EL CICLO DE LA PUERTA DE LA MUERTE • VOL. 1

ALA DE DRAGON

Margaret Weis • Tracy Hickman

timunmas

Lectulandia

Siglos atrás, unos brujos de gran poder dividieron el mundo en cuatro reinos (cielo, piedra, fuego y mar), y a continuación desaparecieron. Con el transcurso del tiempo, la magia perdió vigor y los hechiceros sólo realizaban conjuros en sus propios reinos, olvidándose de los demás. Hoy, únicamente los pocos que han sobrevivido al Laberinto y han atravesado la Puerta de la Muerte conocen la existencia a los cuatro reinos..., pero ni siquiera ellos han desvelado todos los misterios que guarda su mundo dividido. "Ala de Dragón" es la historia de Ariano, el reino del cielo, un mundo de islas que flotan en el aire donde humanos, elfos y enanos luchan por el control del bien más preciado: el agua. En esta lucha, un asesino humano, conocido como Hugh "la Mano", viola cualquier frontera en sus mortíferos viajes. "La Mano" accede a asesinar al hijo del rey sin saber que su víctima será un chiquillo de excepcional encanto. Tampoco espera encontrarse con el criado del príncipe Bane, que parece saber más de lo normal sobre asuntos de magia..., y sobre el mundo.
Ala de dragón es el primer volumen de la saga de fantasía épica titulada El ciclo de la Puerta de la Muerte y que está compuesta por otros seis volúmenes más.

Lectulandia

Margaret Weis & Tracy Hickman

Ala de Dragón

El Ciclo de la Puerta de la Muerte

Volumen 1

ePUB v1.2
geromar 09.07.11

más libros en lectulandia.com

Título original: Dragón Wing (Volumen 1 The Death Gate Cycle)
Traducción: Hernán Sabaté

© 1990 by Margaret Weis and Tracy Hickman

Published by arrangement with Bantam Books, a división of
Bantam Doubleday Dell Publishing Group, Inc., New York.

© Grupo Editorial Ceac, S.A. 1991

Para la presente versión y edición en lengua castellana.
Timun Mas es marca registrada por Grupo Editorial Ceac, S.A.

ISBN: 84-7722-644-X (Obra completa)
ISBN: 84-7722-645-8 (volumen 6)
Depósito legal: B. 6.371-1994

Printed in Spain

Esta obra está dedicada a
la memoria de mi madre,
FRANCÉS IRENE WEIS

Margaret Weis

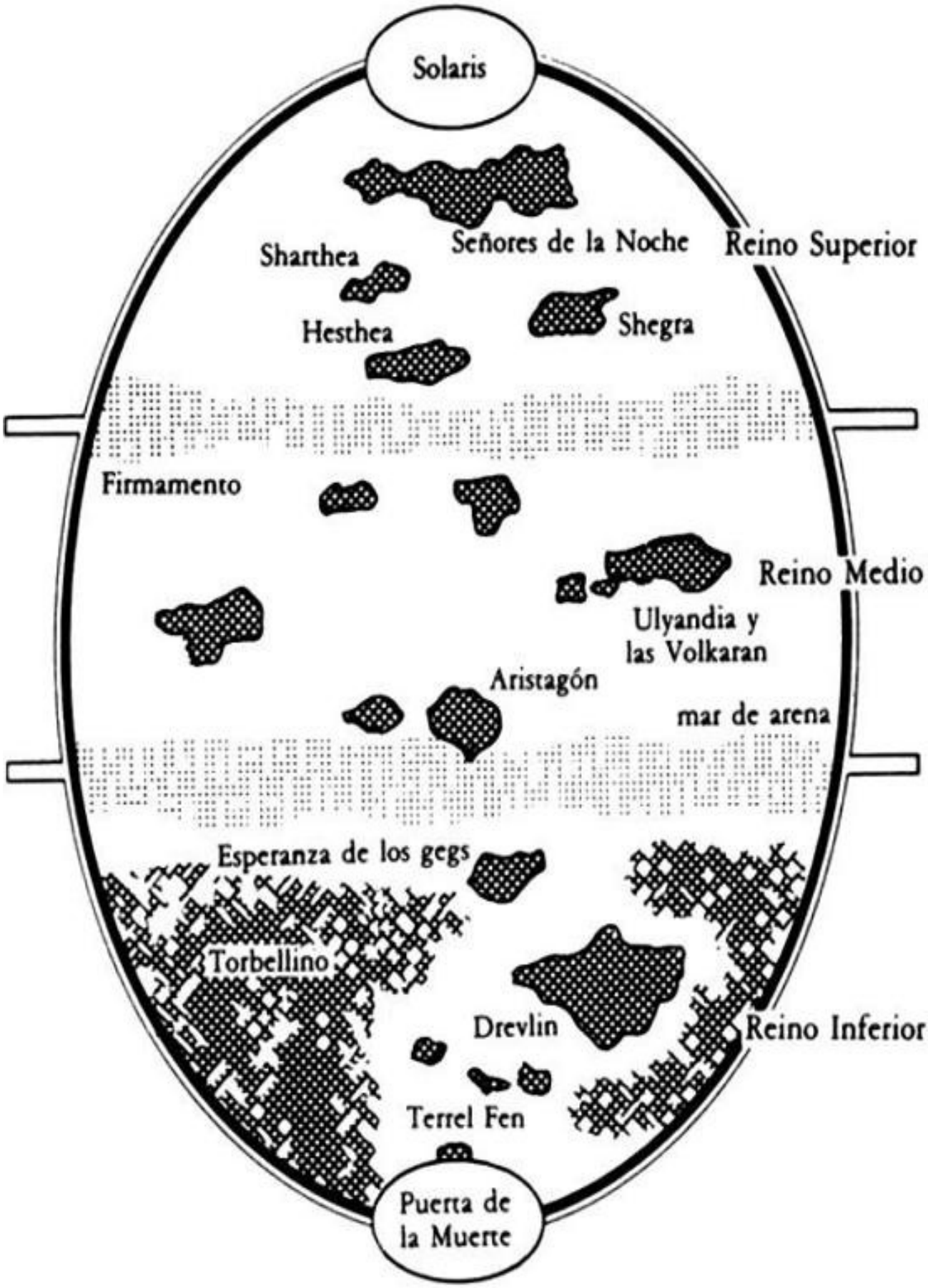
A Dezra y Terry Phillips
POR TODO LO QUE HEMOS COMPARTIDO

Tracy Hickman

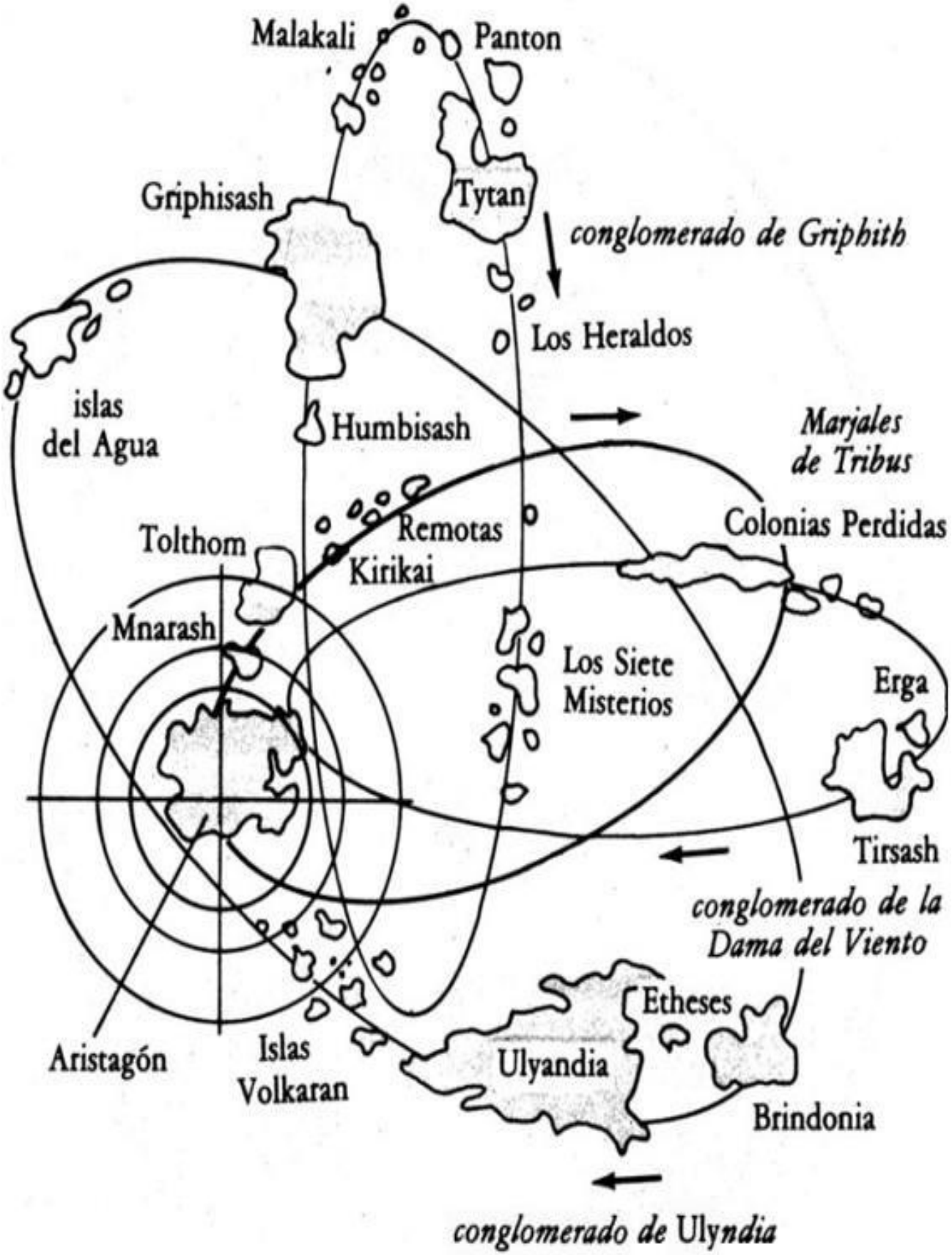
«La única prisión
que puede encerrar al alma
es uno mismo.»

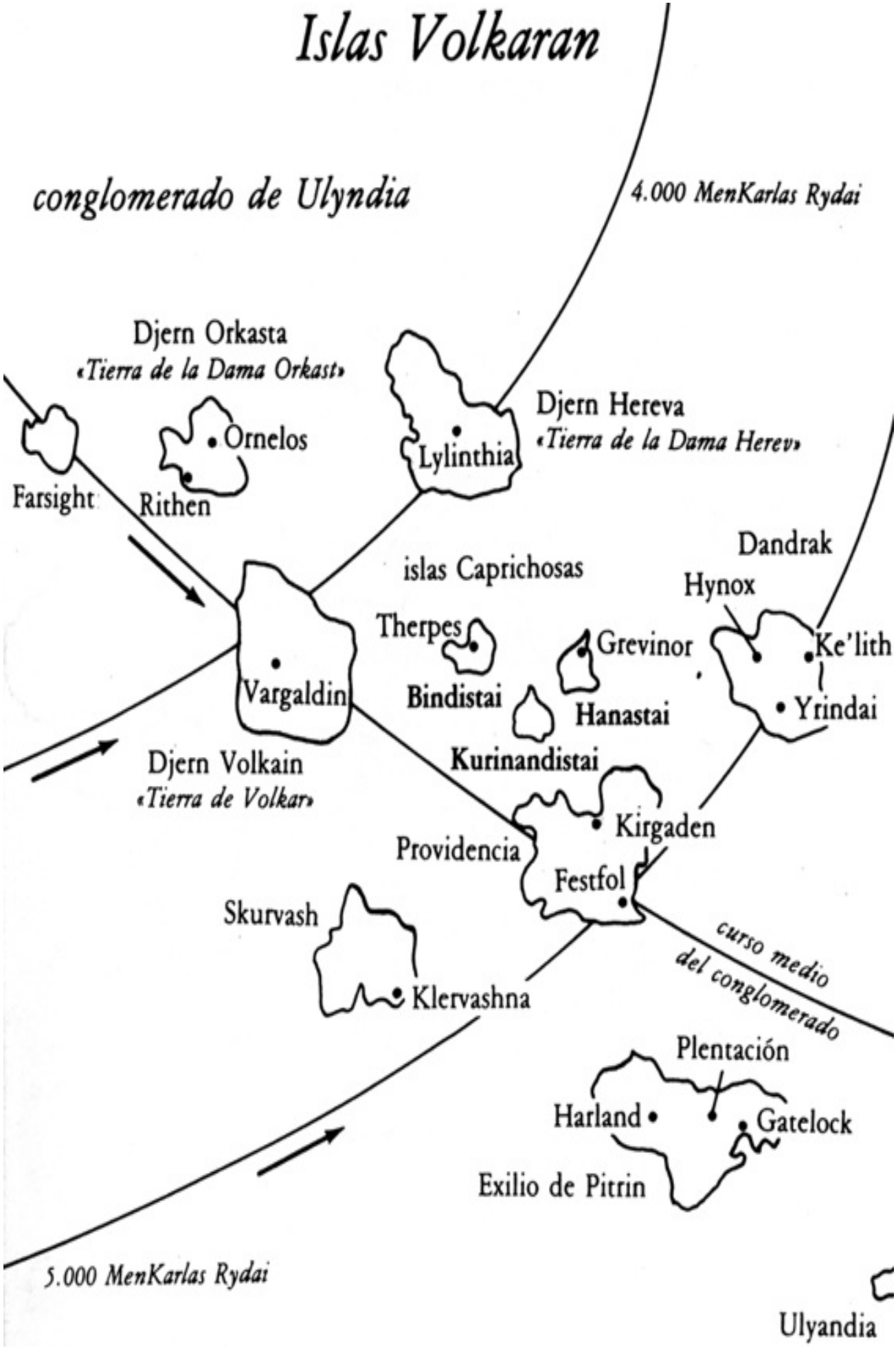
Henry Van Dyke

El mundo de Ariano

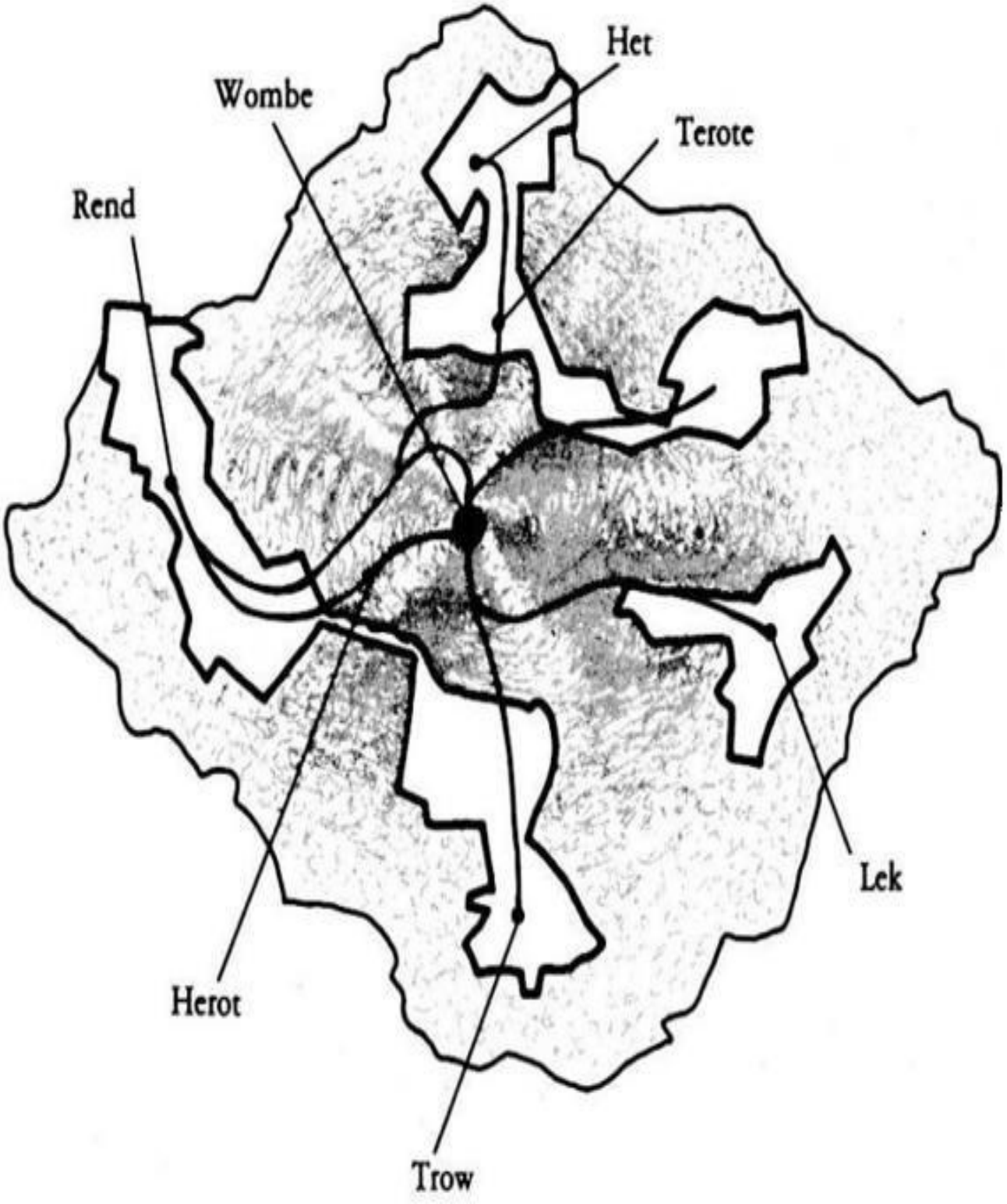


Reino Medio de Ariano

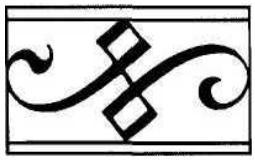



Islas Volkaran
conglomerado de Ulyndia
4.000 MenKarlas Rydai
Djern Orkasta
«Tierra de la Dama Orkast»
Ornelos
Farsight
Rithen
Lylinthia
Djern Hereva
«Tierra de la Dama Herev»
islas Caprichosas
Therpes
Grevinor
Dandrak
Hynox
Ke'lith
Yrindai
Vargaldin
Bindistai
Hanastai
Kurinandistai
Djern Volkain
«Tierra de Volkar»
Kirgaden
Providencia
Festfol
Skurvash
Klervashna
curso medio del conglomerado
Plentación
Harland
Gatelock
Exilio de Pitrin
5.000 MenKarlas Rydai
Ulyandia

Drevlin
Reino Inferior



PRÓLOGO



Tranquilízate, Haplo. Entra y acomódate. Toma asiento. Entre nosotros no son precisas las formalidades.

Permite que te llene la copa. Bebamos lo que en otro tiempo llamábamos la copa del estribo, un brindis por el largo viaje que vas a emprender.

¿Te gusta el vino? ¡Ah!, mis poderes son muchos y diversos, como sabes, pero empiezo a pensar que sólo el paso del tiempo, y no la magia, puede producir un buen vino. Al menos, eso es lo que enseñan los libros antiguos. No dudo que nuestros antepasados acertaban en esto, por muy equivocados que estuvieran en otras cosas. A esta bebida le echo en falta algo: una calidez, un sabor añejo que sólo proporciona el tiempo. Es demasiado áspera, demasiado agresiva; dos cualidades que cuadran al hombre, Haplo, pero no al vino.

Así pues, ¿estás preparado para el viaje? ¿Tienes alguna necesidad o deseo que pueda satisfacer? Dilo y lo tendrás. ¿No hay nada?

¡Ah!, de veras te envidio. Mis pensamientos estarán contigo en todo instante, despierto o dormido. Otro brindis. ¡Por ti, Haplo, mi emisario a un mundo confiado!

Y así debe seguir: confiado y sin recelos. Sé que ya hemos hablado de ello, pero voy a insistir una vez más. El peligro es grande. Si nuestros antiguos enemigos tienen el más leve indicio de que hemos escapado de su prisión, removerán tierra, mar, sol y cielo —como ya hicieron en una ocasión— para frustrar nuestros planes. Olfatea su presencia como ese perro tuyo husmea a las ratas, pero no permitas nunca que huelan el menor rastro de tu existencia.

Deja que vuelva a llenarte la copa para un brindis mas. Éste, por los sartán. ¿Dudas en beber? Vamos, insisto. Tu rabia es tu fuerza. Úsala: te dará energía. Así pues...

Por los sartán. Ellos nos han hecho lo que somos.

¿Qué edad tienes, Haplo? ¿No tienes idea?

Ya sé: el tiempo no tiene sentido en el Laberinto. Deja que piense... La primera vez que te vi, parecías rondar los veinticinco años. Una larga vida para los del Laberinto; una larga vida, que casi había llegado a su final.

Qué bien recuerdo ese momento, hace cinco años. Me disponía a entrar de nuevo en el Laberinto cuando tú emergiste de él. Sangrando, casi incapaz de caminar, agonizante. Pero me miraste con una expresión que nunca olvidaré: una expresión de triunfo. Habías escapado, los habías vencido. Aprecié aquel aire triunfal en tus ojos, en tu sonrisa exultante. Luego, te derrumbaste a mis pies.

Fue esa expresión lo que me atrajo de ti, querido muchacho. Yo sentí lo mismo cuando escapé de ese infierno hace tanto tiempo... Yo fui el primero que salió de él con vida.

Hace siglos, los sartán quisieron poner freno a nuestra ambición dividiendo el mundo que nos pertenecía por derecho y arrojándonos a su prisión. Como bien sabes, el camino para salir del Laberinto es largo y tortuoso. Llevó siglos resolver el zigzagueante rompecabezas de nuestra tierra. Los libros antiguos dicen que los sartán idearon ese castigo con la esperanza de que el tiempo y el sufrimiento moderaran nuestra desmedida ambición y nuestra naturaleza cruel y egoísta.

Debes recordar siempre su plan, Haplo. Eso te dará la fuerza necesaria para cumplir lo que te he pedido. Los sartán llegaron a convencerse de que, cuando emergiéramos del Laberinto a este mundo, estaríamos dispuestos a ocupar nuestro lugar en cualquiera de los cuatro reinos que escogiéramos.

Pero algo salió mal. Quizá descubras qué sucedió cuando penetres en la Puerta de la Muerte. Por lo que he podido descifrar de los libros antiguos, parece que los sartán tendrían que haber controlado el Laberinto y mantenido en orden su magia pero, bien con alguna intención malévola o por alguna otra causa, olvidaron su responsabilidad como celadores de nuestra prisión. Entonces, la prisión cobró vida propia; una vida que sólo conocía una cosa, la *supervivencia.* Así, el Laberinto llegó a considerarnos a nosotros, sus prisioneros, como una amenaza. Después de que los sartán nos abandonaron a nuestra suerte, el Laberinto, movido por el miedo y el odio que nos tenía, se volvió letal.

Cuando al fin conseguí escapar, descubrí el Nexo, esa hermosa tierra que los sartán habían destinado para que nos instaláramos. Y encontré los libros. Incapaz de interpretarlos al principio, me esforcé en estudiarlos y pronto descubrí sus secretos. Leí sobre las «esperanzas» de los sartán respecto a nosotros y me eché a reír. Es la primera y única vez en la vida que me he reído. Tú me comprendes, Haplo. Sabes que en el Laberinto no hay alegría.

Pero volveré a reírme cuando se cumplan mis planes, cuando los cuatro mundos separados —los mundos del Fuego, del Agua, de la Piedra y del Aire— vuelvan a ser uno. Sí, ese día me reiré largo y tendido.

Es hora de que te vayas. Has tenido mucha paciencia con las divagaciones de tu amo. Otro brindis.

Por ti, Haplo.

Así como yo fui el primero en salir del Laberinto y penetrar en el Nexo, que tú seas el primero en cruzar la Puerta de la Muerte y recorrer los mundos más allá.

El Reino del Aire. Estúdialo a fondo, Haplo. Observa a sus gentes. Investiga sus puntos fuertes y sus debilidades. Haz cuanto puedas por sembrar el caos en el reino, pero guarda siempre discreción. Mantén ocultos tus poderes. Por encima de todo, no

hagas nada que atraiga la atención de los sartán porque, si nos descubren antes de que tenga ultimado mi plan, estamos perdidos.

Antes la muerte que traicionarnos. Sé que tienes la disciplina y el valor precisos para tomar esa decisión, Haplo, pero lo más importante es que posees los recursos y la astucia suficientes como para hacer innecesaria tal decisión. Por eso te he escogido para esta misión.

Te encomiendo, además, otra tarea. Tráeme de ese mundo a alguien que me sirva como discípulo. Alguien que después regrese para enseñar la palabra, *mi* palabra, al pueblo. No me importa su raza, si es un elfo, un humano o un enano, pero asegúrate de que sea inteligente, ambicioso..., y dócil.

En un texto antiguo encontré una analogía muy adecuada. Tú, Haplo, serás la voz del que grita en el desierto.

Y, ahora, un postrer brindis. Pongámonos de pie para beber.

Por la Puerta de la Muerte. «Preparad el camino.»

CAPÍTULO 1

PRISIÓN DE YRENI,
DANDRAK, REINO MEDIO

Por el desparejo terreno de coralita avanzaba bamboleándose y saltando un carromato de tosca construcción cuyas ruedas de llantas de hierro tropezaban con todos los baches y salientes de lo que pasaba por ser una calzada. Tiraba del carro un tiero cuyo aliento formaba nubecillas de vapor en el aire helado. Era preciso un hombre para guiar a la terca e impredecible ave mientras otros cuatro, colocados a ambos lados del vehículo, empujaban y tiraban de éste. Una pequeña multitud, procedente de las casas de campo dispersas, se había congregado ante la prisión de Yreni con la intención de escoltar el carromato con su vergonzosa carga hasta las murallas de la ciudad de Ke'lith, donde aguardaba su llegada una muchedumbre mucho más numerosa.

El día tocaba a su fin. La luminosidad del firmamento empezaba a difuminarse y los Señores de la Noche iban extendiendo lentamente la sombra de sus capas sobre las estrellas vespertinas. La penumbra del anochecer era adecuada para aquella procesión.

Los campesinos, en su mayor parte, se mantenían a distancia del carro. Y no lo hacían por temor al tiero, aunque se conocían casos en que aquellas aves enormes se habían vuelto repentinamente y habían lanzado un malintencionado picotazo a cualquiera que tratara de acercarse a ellas por su lado ciego, sino por miedo al ocupante del carromato.

El prisionero tenía las muñecas atadas con unas tensas correas de cuero sujetas a los costados del carromato, y los tobillos cargados de pesados grilletes. Varios arqueros de ojos penetrantes marchaban junto al carro, con las flechas emplumadas a punto para ser disparadas al corazón del criminal si éste hacía el menor movimiento sospechoso. Sin embargo, tales precauciones no parecían causar demasiado alivio entre quienes seguían la marcha del carro. El gentío, con aire sombrío y vigilante, tenía la mirada fija en el hombre y caminaba tras el carro manteniéndose a una respetuosa distancia, que aumentaba marcadamente cuando el hombre volvía la cabeza. Aquellos campesinos de la zona no habrían mostrado más miedo, más temor reverencial, si hubieran visto en el carro, encadenado, a un demonio de Hereka.

El mero aspecto del preso era lo bastante imponente como para llamar la atención y provocar escalofríos. Tenía una edad indefinida, pues era uno de esos hombres a los que la vida ha envejecido más allá de los ciclos. Sus cabellos eran negros, sin una

sola cana, y los llevaba alisados hacia atrás desde la frente, ancha y huidiza, y recogidos en una trenza desde la nuca. Una nariz aguileña como el pico de un halcón sobresalía entre sus cejas oscuras y prominentes. La barba, también negra, formaba dos retorcidas trenzas, cortas y finas, bajo su recio mentón. Sus ojos azabache, hundidos tras unos pómulos altos, casi desaparecían bajo la sombra de las cejas. Casi, pero no del todo, pues no parecía haber en aquel mundo oscuridad capaz de apagar la llama que ardía en el fondo de aquellos pozos.

El prisionero era de estatura mediana; su torso, desnudo hasta la cintura, estaba lleno de cortes y contusiones pues se había resistido a la captura como un verdadero diablo. Tres de los hombres más osados del alguacil yacían en el lecho en aquel momento, y allí seguirían durante una semana, por lo menos, recuperándose de sus heridas. Enjuto y nervudo, el preso mostraba unos movimientos gráciles, rápidos y silenciosos. Uno diría, por su aspecto, que era un hombre nacido y criado para deambular en compañía de la Noche.

Desde lo alto del carro, el prisionero se divertía al comprobar cómo se retiraban los campesinos cada vez que dirigía la mirada hacia ellos. Empezó a volver la cabeza a cada momento para desconcierto de los arqueros, que no dejaban de apuntarle con sus flechas, con los dedos crispados y nerviosos en torno al arco, y dirigían rápidas miradas a su jefe, un joven alguacil de expresión solemne, a la espera de sus instrucciones. A pesar del frío de aquel atardecer otoñal, el alguacil sudaba profusamente y su rostro se iluminó cuando las murallas de coralita de Ke'lith, por fin, aparecieron a la vista.

Ke'lith era pequeña en comparación con las otras dos ciudades de la isla de Dandrak. Sus casas y tiendas, poco cuidadas, cubrían apenas un menka cuadrado. En el centro mismo de la población se alzaba una vieja fortaleza, construida con preciados y pocos comunes bloques de granito, cuyas torres más altas reflejaban aún los últimos rayos de sol. Nadie en Ke'lith recordaba cuándo ni quién había fundado y edificado aquel bastión, cuya historia pasada había quedado oscurecida por el presente, por las guerras que se habían librado por su posesión.

Los centinelas abrieron las puertas de la ciudad y dieron paso al carromato. Por desgracia, el tiero se asustó al escuchar los grandes vítores que acogieron la entrada del carromato en Ke'lith y se detuvo en seco. El conductor de la terca ave amenazó y azuzó alternativamente al animal hasta que éste se puso en marcha de nuevo y el carro avanzó por la abertura de la muralla para tomar una calle de coralita pulimentada que llevaba el grandioso nombre de Avenida de los Reyes, a pesar de que nadie guardaba recuerdo de que ningún rey hubiera puesto el pie en ella.

Una gran multitud se había congregado para ver al prisionero. El alguacil gritó una orden con voz enérgica y los arqueros cerraron filas en torno al carromato, pese a que los hombres que protegían la parte delantera quedaron en grave riesgo de recibir

un picotazo del nervioso tiero.

Envalentonados por su número, los congregados empezaron a lanzar maldiciones y levantar los puños. El prisionero los contempló con descaro, como si los encontrara más divertidos que amenazadores, hasta que una piedra de cantos afilados voló sobre los laterales del carromato e impactó en su frente.

La sonrisa burlona desapareció entonces de su rostro, que se contrajo en una mueca de rabia. Cerró los puños y saltó impulsivamente hacia un grupo de rufianes que habían encontrado coraje en el fondo de una jarra de vino. Las correas de cuero que mantenían al hombre sujeto al carro se tensaron, los costados del vehículo temblaron y se estremecieron, los grilletes de sus pies emitieron un discordante tintineo. El alguacil chilló una orden, alzando el tono de voz una octava debido al miedo, y los arqueros se apresuraron a levantar las armas, aunque se produjo cierta confusión respecto a su objetivo: unos apuntaron al criminal y otros a quienes lo habían atacado.

El carromato, aunque tosco, era sólido, y el hombre que lo ocupaba, pese a aplicar todas sus fuerzas, no consiguió romper sus ataduras ni la madera que las sujetaba. Abandonó sus esfuerzos y, bajo un velo de sangre, observó a uno de los tambaleantes rufianes.

—No te atreverías a hacer eso si no estuviera atado —le dijo.

—¿De veras? —replicó el joven con aire burlón y las mejillas encendidas por efecto de la bebida.

—Desde luego que no —insistió con frialdad el prisionero. Sus ojos negros se clavaron en el joven y había tal animadversión, tal aire amenazador en sus pupilas, como ascuas al rojo, que el joven palideció y se le entrecortó el resuello. Sus acompañantes, que lo animaban con sus voces aunque habían retrocedido a una distancia prudencial, tomaron a mal los comentarios del criminal y su actitud se hizo aún más amenazadora.

El prisionero volvió la cabeza para observar un lado de la calle, primero, y luego el otro. De nuevo, una piedra lo golpeó en el brazo y a ella siguió una lluvia de tomates podridos y un huevo hediondo que no acertó al criminal, sino que fue a estrellarse en pleno rostro del alguacil.

Los arqueros, hasta entonces dispuestos a matar al prisionero a la primera ocasión, se convirtieron de pronto en sus protectores y volvieron sus armas hacia la muchedumbre. Sin embargo, eran sólo seis arqueros contra un centenar de encolerizados seguidores y las cosas parecían bastante peliagudas, tanto para el criminal como para los guardianes, cuando un batir de alas y unos gritos estentóreos procedentes de las alturas hicieron que la mayor parte de la multitud pusiera pies en polvorosa.

Dos dragones, conducidos por jinetes armados y protegidos con armaduras,

dieron una pasada a baja altura sobre la cabeza de los reunidos, haciendo que se refugiasen bajo los dinteles de las puertas o echaran a correr por las callejas. Una llamada de su jefe, que seguía volando en círculos en el firmamento, hizo volver a la formación a los dos caballeros de los dragones. El jefe descendió entonces, seguido de sus jinetes, y las puntas de las alas de los dragones salvaron por apenas un palmo los edificios a ambos lados de la calle. Por fin, con las alas perfectamente recogidas a los flancos y agitando sus largas colas con gesto feroz, los dragones se posaron cerca del carromato.

El capitán de los jinetes, un hombre barrigudo de edad madura que lucía una ígnea barba pelirroja, llevó su montura junto al carro.

El tiero, aterrorizado ante la visión y el olor de los dragones, se agitaba, y aullaba y no dejaba de dar brincos de todo tipo, poniendo en infinitas dificultades a su conductor.

—¡Haz que se calme ese maldito animal! —gruñó el capitán.

El conductor del tiero consiguió sujetar a éste por la cabeza y fijó su mirada en los ojos del animal. Mientras mantuviera la mirada de aquella manera, el estúpido tiero{1} —para el cual no existía lo que no tenía ante sus ojos— se olvidaría de la presencia de los dragones y se tranquilizaría.

Sin hacer caso del alguacil que, tartamudeando, se había agarrado al arnés de la silla como lo haría un niño perdido al encontrar de nuevo a su madre, el capitán de la escuadra de dragones contempló con aire severo al prisionero ensangrentado y cubierto de verduras.

—Parece que he llegado justo a tiempo de salvar tu miserable vida, Hugh *la Mano.*

—No me has hecho ningún favor, Gareth —contestó el preso con voz lúgubre. Alzó sus manos esposadas y añadió—: ¡Suéltame las manos y me enfrentaré a todos vosotros, y a ellos también! —Con un gesto, señaló a los mirones que aún asomaban la nariz entre las sombras para presenciar la escena.

El capitán de los dragones emitió un gruñido.

—Seguro que te gustaría. Una muerte así sería mucho más agradable que la que te espera, con el cuello en el tajo. Mucho más agradable..., demasiado para alguien como tú, Hugh *la Mano.* ¡Si por mí fuera, acabaría contigo de una cuchillada por la espalda, a traición y en la oscuridad!

La mueca burlona del labio superior de Hugh quedó realzada por el ligero bigote negro y se hizo claramente visible pese a la luz mortecina del atardecer.

—Conoces bien la técnica de mi oficio, Gareth.

—Sólo sé que eres un asesino a sueldo y que tu mano ha dado muerte a mi señor —replicó el caballero—. Si te acabo de salvar la cabeza, sólo ha sido para tener la satisfacción de ponerla con mis propias manos al pie del féretro de mi señor. Por

cierto, al verdugo lo apodan Nick *el Tres Golpes*, porque aún no ha conseguido nunca separar la cabeza del cuello al primer intento.

Hugh contempló al capitán y murmuró en voz baja: —Repito una vez más que yo no he matado a tu señor. —¡Bah! El mejor señor al que he servido, asesinado por un puñado de barls.[{2}] ¿Cuánto te ha pagado el elfo, Hugh? ¿Cuántos barls te costará ahora devolverme la vida de mi señor?

El jinete parpadeó para contener las lágrimas y, tirando de las riendas, hizo que el dragón volviera la cabeza. Azuzó a su montura en los flancos, justo por detrás de las alas, y la obligó a elevarse del suelo y sobrevolar en círculos el carromato. Los ojos de serpiente de la criatura observaron a quienes acechaban en las sombras, retándolos a ponerse en su camino. El conductor del tiero parpadeó a su vez, con los ojos llenos de lágrimas. El tiero reemprendió de nuevo su perezosa marcha y el carro continuó traqueteando por la calzada.

Era ya de noche cuando el carromato y su escolta de dragones alcanzó la ciudadela de la fortaleza y la residencia del señor de Ke'lith. El dueño del lugar yacía con gran pompa en el centro del patio. Puñados de cristales de carbón empapados de aceites aromáticos rodeaban el cuerpo. Sobre el pecho reposaba su escudo. Una de sus manos, fría y rígida, asía la empuñadura de la espada; la otra sostenía una rosa que había depositado en ella su doliente esposa. Esta no se encontraba junto al cuerpo sino que estaba en la ciudadela, bajo los potentes efectos de un jarabe de adormidera, pues se temía que tratara de arrojarse sobre el féretro en llamas y, aunque tal inmolación era habitual en la isla de Dandrak, en este caso no podía permitirse ya que la esposa de Rogar de Ke'lith acababa de dar a luz a su primogénito y heredero. Cerca del difunto estaba su dragón favorito, sacudiendo con orgullo su crin espinosa. Al lado del animal, con el rostro lleno de lágrimas, se hallaba el palafrenero mayor con un enorme cuchillo de carnicero en la mano. No era por el difunto señor por quien lloraba. Mientras las llamas consumían el cuerpo de éste, aquel dragón que el jefe de cuadras había criado desde que era un huevo sería sacrificado para que su espíritu sirviera a su amo después de la muerte.

Todo estaba preparado. En cada mano ardía una antorcha. Los congregados en el patio sólo aguardaban una cosa antes de prender fuego al túmulo funerario: que fuera puesta a sus pies la cabeza del asesino.

Aunque las defensas de la ciudadela no estaban reforzadas, se había establecido un cordón de caballeros para mantener alejados del castillo a los curiosos. Los caballeros se hicieron a un lado para permitir la entrada del carromato y volvieron a cerrar filas cuando lo hubo hecho. Entre los congregados en el patio estalló un clamor cuando el carro apareció a la vista, dando tumbos y traqueteando bajo el arco de la entrada. Los jinetes de la escolta desmontaron y sus escuderos se apresuraron a conducir a los dragones hacia las cuadras. El dragón del difunto lanzó un alarido de

bienvenida —o quizá de despedida— a sus congéneres.

El tiero fue desenganchado y conducido a otra parte. El conductor del animal y los cuatro hombres que habían acompañado la marcha del carro fueron invitados a la cocina, donde les dieron de comer y les ofrecieron una buena cantidad de la mejor cerveza del amo. Maese Gareth, con la espada preparada y la mirada pendiente del menor movimiento del prisionero, subió al carro, sacó la daga que llevaba al costado y cortó las correas atadas a los tablones del vehículo.

—Capturamos al elfo, Hugh —murmuró Gareth por lo bajo mientras segaba las ataduras—. Lo cogimos vivo. Iba en su nave dragón, de vuelta a Tribus, cuando lo apresaron nuestros dragones. Lo sometimos a interrogatorio y, antes de morir, confesó que te había entregado el dinero a ti.

—Ya he comprobado cómo *interrogas* a la gente —replicó Hugh. Cuando tuvo libre una mano, dobló varias veces el brazo para relajar la rigidez de los músculos. Mientras le soltaba la otra mano, Gareth lo contempló con cautela—. ¡Ese desgraciado te habría jurado que era humano, si se lo hubieras preguntado!

—¡La daga maldita que sacamos de la espalda de mi señor era la tuya, esa de mango de hueso con extrañas inscripciones! ¡Yo la reconocí!

—¡Es cierto, la encontraste! —Ambas correas quedaron sueltas. Con un movimiento rápido e inesperado, las fuertes manos de Hugh se cerraron sobre la armadura de cota de malla que cubría los hombros del caballero. Los dedos del asesino se clavaron con fuerza, hundiendo dolorosamente los aros de la cota de malla en la carne de su contrincante—. ¡Y los dos sabemos muy bien por qué la encontraste! —masculló.

Gareth aspiró profundamente y lanzó la daga hacia adelante. La hoja había recorrido tres cuartas partes de su camino hasta la caja torácica de Hugh cuando, con un esfuerzo de voluntad, el caballero detuvo su acto reflejo de defensa.

—¡Atrás! —Rugió a varios de sus hombres que, viendo en dificultades a su capitán, habían desenvainado la espada y se disponían a acudir en su auxilio—. Suéltame, Hugh —murmuró con los dientes apretados, su piel tenía un tono plomizo y el sudor perlaba su labio superior—. Te ha fallado el truco. No encontrarás una muerte fácil en mis manos.

Hugh se encogió de hombros y, con una sonrisa irónica, soltó al caballero. Gareth asió la mano derecha del asesino, se la puso a la espalda con gesto enérgico y, haciendo lo mismo con la izquierda, las ató fuertemente con los restos de las correas de cuero.

—Te pagué bien —susurró el caballero—. ¡No te debo nada!

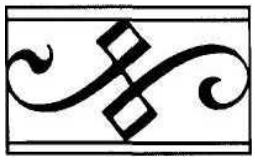
—¿Y qué hay de ella, de tu hija, cuya muerte vengué...?

De un empujón, Gareth obligó a Hugh a volverse y le lanzó un golpe al rostro con el puño envuelto en la cota de malla. El impacto alcanzó al asesino en la mandíbula y

lo hizo salir despedido del carro, tras romper los tablones de éste. *La Mano* se encontró entre la mugre del patio, tendido de espaldas en el suelo. Gareth saltó del carro y, a horcajadas sobre el prisionero, lo miró fríamente.

—Morirás con la cabeza en el tajo, maldito asesino. ¡Lleváoslo! —ordenó a dos de sus hombres, al tiempo que golpeaba a Hugh en los riñones con la punta de su bota. Contempló con complacencia cómo se retorcía de dolor y añadió con gesto torvo—: Y amordazadlo.

CAPÍTULO 2



CIUDADELA DE KE'LITH,
REINO MEDIO

—Aquí está el asesino, Magicka —anunció Gareth, señalando al prisionero atado y amordazado.

—¿Te ha dado algún problema? —preguntó un hombre bien formado, de unos cuarenta ciclos de edad, que miraba a Hugh con aire pesaroso, como si le resultara imposible de aceptar que un ser humano pudiera albergar tanta maldad.

—Ninguno que no haya podido resolver, Magicka —respondió el caballero, amilanado ante la presencia del mago de la casa.

El mago asintió y, consciente de hallarse ante un vasto auditorio, se irguió cuanto pudo y cruzó ceremoniosamente las manos sobre su casaca de terciopelo marrón; por su condición de mago de tierra, éste era el color esotérico que le correspondía. En cambio, no lucía el manto de mago real, título que ambicionaba desde antiguo, según los rumores, pero que el difunto Rogar se había negado a concederle por alguna ignorada razón.

Los presentes en el embarrado patio de la fortaleza vieron cómo el prisionero era conducido ante la persona que, en ausencia del amo, era ahora la máxima autoridad del castillo feudal, y se apretaron en torno a él para escucharlo. La luz de las antorchas parpadeaba y oscilaba bajo la fresca brisa nocturna. El dragón del difunto señor feudal captó la tensión y confusión del ambiente y, tomándolos erróneamente por los preparativos para una batalla, emitió un sonoro trompeteo exigiendo que lo dejaran lanzarse sobre el enemigo. El jefe de cuadras le dio unas palmaditas para tranquilizarlo. Muy pronto, la criatura sería enviada a combatir a un enemigo que ni el hombre ni el dragón de larga vida podían evitar al fin.

—Quítale la mordaza —ordenó el mago.

Gareth carraspeó, soltó una tos y dirigió una mirada de soslayo a *la Mano.* Después, inclinándose hacia el hechicero, murmuró en voz baja:

—No oirás más que una sarta de mentiras. Este asesino dirá cualquier cosa para...

—He dicho que se la quites —lo interrumpió Magicka en un tono imperioso que no dejaba lugar a dudas entre los presentes respecto a quién era ahora el dueño de la ciudadela de Ke'lith.

Gareth obedeció a regañadientes y arrancó la mordaza de la boca de Hugh con tal energía que forzó al prisionero a volver el rostro a un lado y le dejó una fea marca en una de las mejillas.

—Todo hombre, por horrible que haya sido su delito, tiene derecho a confesar su culpabilidad y limpiar así su alma. ¿Cómo te llamas? —preguntó el mago con voz enérgica.

El asesino, con la mirada fija por encima de la cabeza del hechicero, se abstuvo de responder. Gareth contempló al prisionero con aire de reprobación.

—Se lo conoce por Hugh *la Mano,* Magicka.

—¿Cuál es tu apellido?

Hugh escupió sangre.

—¡Vamos, vamos! —Insistió el hechicero, frunciendo el entrecejo—. Hugh *la Mano* no puede ser tu verdadero nombre. Tu voz, tus modales... ¡Sin duda, eres un noble! Algún descendiente ilegítimo, seguramente. Sin embargo, tenemos que conocer el nombre de tus antepasados para encomendarles tu despreciable espíritu. ¿No piensas hablar? —El hechicero alargó la mano y, tomando a Hugh por la barbilla, le volvió el rostro hacia la luz de las antorchas—. Tienes una estructura ósea poderosa, una nariz aristocrática y unos ojos extraordinariamente bellos, aunque me parece apreciar un matiz campesino en las profundas arrugas del rostro y en la sensualidad de los labios. En resumen, es indudable que por tus venas corre sangre noble. Lástima que corra tan negra. Vamos, hombre, revela tu verdadera identidad y confiesa el asesinato de Rogar. Tal confesión limpiará tu alma.

En la boca hinchada del prisionero apareció una sonrisa y en sus ojos negros y hundidos brilló una débil llama.

—Donde está mi padre, pronto lo seguirá su hijo —replicó—. Y tú sabes mejor que ninguno de los presentes que yo no he matado a vuestro señor.

Gareth alzó el puño con intención de castigar a *la Mano* por sus osadas palabras, pero una rápida mirada al rostro del hechicero lo hizo titubear. Magicka abandonó por un instante su expresión ceñuda y su rostro quedó liso como un plato de natillas. No obstante, los perspicaces ojos del capitán de dragones no pasaron por alto la leve agitación que cruzó las facciones del hechicero ante la acusación de Hugh.

—¡Insolente! —respondió el mago fríamente—. Eres muy osado para ser un hombre que se enfrenta a una muerte terrible, pero no tardaremos en oírte pedir clemencia a gritos.

—Será mejor que me hagas callar, y que lo hagas pronto —dijo Hugh, pasando la lengua por sus labios cuarteados y sangrantes—. De lo contrario, el pueblo podría recordar que ahora eres el guardián del nuevo amo, ¿no es cierto, Magicka? Y eso significa que ejercerás el gobierno del feudo hasta que el muchacho cumpla..., ¿cuántos ciclos? ¿Dieciocho? Puede que incluso gobiernes más tiempo, si consigues tejer una buena red en torno a él. Tampoco dudo que serás un gran consuelo para la doliente viuda. ¿Qué manto te pondrás esta noche? ¿La púrpura del mago real? Por cierto..., ¿no te parece extraño que mi daga desapareciera así, *como por arte de*

magia...?

El hechicero levantó los brazos y gritó:

—¡Que el suelo tiemble de furia ante la blasfemia de este hombre!

Y el patio empezó a agitarse y a temblar. Las torres de granito se balancearon. Los presentes lanzaron gritos de pánico, apretujándose unos contra otros. Algunos cayeron de rodillas entre gemidos y, con las manos hundidas en la capa de barro y basura, suplicaron al mago que contuviera su cólera.

Magicka volvió su pronunciada nariz hacia el capitán de la escuadra de dragones. Un puñetazo de Gareth en la rabadilla de Hugh, descargado casi a regañadientes al parecer, hizo que el asesino lanzara un gemido de dolor, acompañado de un jadeo. En cambio, la mirada de *la Mano* no vaciló ni dio muestras de debilidad, sino que permaneció clavada en el mago, cuyo semblante estaba pálido de furia.

—He sido paciente contigo —dijo Magicka, respirando profundamente—, pero no pienso soportar esta vergüenza. Te pido disculpas, capitán Gareth —añadió a gritos para hacerse oír por encima del retumbar de la tierra en movimiento y del vocerío de la gente—. Tenías razón. Este hombre dirá cualquier cosa, con tal de salvar su vida miserable.

Gareth asintió con un gruñido, pero no dijo nada. Magicka alzó las manos en gesto apaciguador y, poco a poco, el suelo dejó de estremecerse. Los presentes en el patio exhalaron profundos suspiros de alivio y volvieron a ponerse en pie. El capitán dirigió un rápido vistazo a Hugh y topó con la mirada intensa y penetrante de *la Mano.* Gareth frunció el entrecejo y, con aire lúgubre y pensativo, desvió los ojos hacia el hechicero.

Magicka, que estaba dirigiéndose a la multitud, no advirtió su mirada.

—Lamento mucho, muchísimo, que este hombre deba abandonar esta vida con tales manchas negras en su alma —decía el hechicero en un tono de voz apenado y piadoso—. Sin embargo, así lo ha escogido. Todos los aquí presentes somos testigos de que ha tenido suficientes oportunidades para confesar.

Se escucharon unos respetuosos murmullos de asentimiento.

—Traed el tajo.

Los murmullos cambiaron de tono, haciéndose más sonoros y expectantes. Los espectadores se movieron en busca de una buena panorámica. Dos corpulentos centinelas, los más fuertes que habían podido encontrar, aparecieron por una pequeña puerta que conducía a las mazmorras de la ciudadela. Entre los dos traían un bloque enorme de una piedra que no era la coralita{3},delicada como una labor de encaje y empleada en la construcción de toda la ciudad salvo de la propia fortaleza. Magicka, a quien le correspondía conocer el tipo, la naturaleza y los poderes de todas las rocas, apreció que el bloque era de mármol. La piedra no procedía de la isla ni del continente vecino de Ulyandia, pues en esos lugares no había yacimientos de tal roca.

Por lo tanto, aquel mármol tenía que proceder del cercano y más extenso continente de Aristagón, lo cual significaba que había sido extraído de tierras enemigas.

O se trataba de una pieza de mármol muy antigua, importada legítimamente durante uno de los escasos períodos de paz entre los humanos y los elfos del Imperio de Tribus (posibilidad que el hechicero descartaba), o bien Nick *el Tres Golpes,* el verdugo, la había pasado de contrabando (lo más probable, en opinión de Magicka).

En el fondo, no tenía mucha importancia. Entre los amigos, familiares y seguidores del difunto Rogar había numerosos nacionalistas radicales, pero el mago no creía que ninguno de ellos pusiera objeciones a que un pedazo de escoria como Hugh *la Mano* fuera decapitado sobre una roca enemiga. Con todo, se trataba de un clan muy obcecado y el hechicero dio gracias de que el mármol estuviera tan cubierto de sangre seca que difícilmente podría nadie reconocer la piedra. Ninguno de los deudos pondría en cuestión su origen.

La roca de mármol medía seis palmos por lado y en uno de ellos tenía tallado un surco casi del tamaño de un cuello humano normal. Los centinelas trasladaron el tajo por el patio, trastabillando debido al peso, y lo colocaron delante de Magicka. El verdugo, Nick *el Tres Golpes,* apareció por la puerta de las mazmorras y una oleada de expectación agitó a la multitud.

Nick era un verdadero gigante y nadie en Dandrak conocía su verdadera identidad, ni su rostro. Cuando llevaba a cabo una ejecución, vestía una túnica negra y llevaba la cabeza cubierta con una capucha para que, en su vida normal entre la gente, ésta no pudiera reconocerlo y rehuirlo. Por desgracia, la consecuencia de su astuto disfraz era que la gente tendía a sospechar de cualquier hombre que midiera más de dos metros y a evitar su compañía sin hacer discriminaciones.

Sin embargo, cuando se trataba de ajusticiar a alguien, Nick era el verdugo más popular y solicitado de Dandrak. Fuera un chapucero increíble o el hombre con dotes escénicas más brillantes de su época, lo cierto era que *el Tres Golpes* poseía una gran habilidad para entretener al público. Ninguna de sus víctimas moría enseguida, sino que soportaba entre gritos una terrible agonía mientras el verdugo descargaba un golpe tras otro con una espada tan obtusa como sus entendederas.

Todas las miradas fueron del encapuchado Nick a su maniatado prisionero, el cual —es preciso reconocerlo— había impresionado a la mayoría de los presentes con su frialdad. No obstante, todos los congregados en el patio aquella noche habían admirado y respetado a su difunto señor feudal e iba a constituir un gran placer para ellos ver sufrir una muerte horrible a su asesino. Por ello, la gente advirtió con satisfacción que, a la vista del verdugo y del arma ensangrentada que blandía en la mano, el rostro de Hugh adquiría una expresión tranquila como la de una máscara y que, pese a contenerse y reprimir un escalofrío, se le aceleraba la respiración.

Gareth asió por los brazos a *la Mano* y, apartándolo del hechicero, condujo al

prisionero los contados pasos que lo separaban del tajo.

—Eso que has dicho de Magicka...

Gareth murmuró estas palabras en un susurro pero, notando tal vez la mirada del mago fija en su nuca, dejó la frase inacabada y se contentó con interrogar al asesino con la mirada.

Hugh le devolvió ésta con unos ojos como dos pozos negros en la noche iluminada por las antorchas.

—Vigílalo —respondió.

Gareth asintió. Tenía los ojos ojerosos e inyectados en sangre, y la barba sin afeitar. No había dormido desde la muerte de su señor, hacía dos noches. Se pasó los dedos por los labios orlados de sudor y, a continuación, llevó la mano al cinto. Hugh percibió un destello de fuego reflejándose en una hoja de filo puntiagudo.

—No puedo salvarte —murmuró Gareth—, pues nos harían trizas a ambos, pero puedo poner fin a tu vida con rapidez. Seguramente me costará el cargo de capitán —volvió la cabeza y lanzó una sombría mirada al hechicero— pero, a juzgar por lo que he oído, es probable que ya lo haya perdido. Tienes razón, Hugh. Se lo debo a ella.

Con un nuevo empujón, colocó a *la Mano* frente al bloque de mármol. Con gesto solemne, el verdugo se despojó de su capa negra (no le gustaba verla salpicada de sangre) y la entregó a un chiquillo que rondaba por allí. Entusiasmado, el niño sacó la lengua a un compañero con menos suerte que también se había acercado con la esperanza de tener tal honor.

Empuñando la espada, Nick lanzó dos o tres golpes de práctica para calentar los músculos y luego, con un gesto de la cabeza, indicó que ya estaba a punto.

Gareth obligó a Hugh a arrodillarse ante el tajo. Después se retiró, pero no mucho, apenas un par de pasos. Sus dedos se cerraron con nerviosismo en torno a la daga oculta en los pliegues de la capa. En su cabeza iba tomando forma la excusa que daría: «Cuando la espada hendía su cuello, Hugh ha gritado que fuiste tú, Magicka, quien mató a mi señor. Lo he oído claramente y, según dicen, las palabras de un moribundo revelan siempre la verdad. Por supuesto, yo sé que ese asesino mentía, pero he tenido miedo de que los campesinos, siempre tan supersticiosos, le prestaran oídos. He creído más conveniente acabar de inmediato con su miserable existencia». Magicka no se lo tragaría; se daría cuenta de la verdad. ¡Ah!, de todos modos, a Gareth no le quedaba ya gran cosa por la que vivir.

El verdugo agarró a Hugh por el cabello con la intención de colocar la cabeza del prisionero sobre el bloque de mármol. Sin embargo, percibiendo tal vez en la multitud cierta inquietud que ni el espectáculo de una inminente ejecución lograba difuminar, Magicka alzó una mano para detener la ceremonia.

—¡Alto! —exclamó.

Con la túnica ondeando en torno a él bajo el impulso del viento fresco que se

había levantado, el hechicero dio unos pasos hacia el bloque de mármol.

—¡Hugh *la Mano!* —proclamó entonces con voz potente y severa—, te ofrezco una última oportunidad. Ahora que estás al borde del reino de la Muerte, dinos: ¿tienes algo que confesar?

Hugh levantó la cabeza. Tal vez el miedo al inminente instante supremo había acabado por doblegarlo.

—Sí, tengo una cosa que confesar.

—Me alegro de ver que nos entendemos —dijo Magicka con voz satisfecha. La sonrisa de triunfo de su rostro fino y atractivo no pasó inadvertida al observador Gareth—. ¿Qué es lo que lamentas en el momento de abandonar esta vida, hijo mío?

En los hinchados labios de *la Mano* se formó una mueca. Enderezando los hombros, miró a Magicka y proclamó fríamente:

—Lamento no haber matado nunca a uno de tu ralea, hechicero.

Una exclamación de horrorizada complacencia se alzó entre la multitud. Nick *el Tres Golpes* lanzó una risilla bajo la capucha. Cuanto más se prolongara la ejecución, mejor lo recompensaría el hechicero.

Magicka ensayó una sonrisa de fría piedad.

—Que tu alma se pudra junto a tu cuerpo —declaró.

Tras dirigir a Nick una mirada que era una clara invitación al verdugo para que empezara a divertirse, el mago se retiró de la escena para que la sangre no le manchara la vestimenta.

El verdugo mostró en alto un pañuelo negro y empezó a vendarle los ojos a su víctima.

—¡No! —Rugió *la Mano*—. ¡Quiero llevarme esa cara conmigo!

—¡Termina de una vez! —gritó el hechicero, echando espumarajos por la boca.

Nick agarró de nuevo el cabello de Hugh, pero éste se desasió con una sacudida. El prisionero colocó voluntariamente la cabeza sobre el mármol teñido de sangre; sus ojos, muy abiertos y acusadores, miraban a Magicka sin parpadear. El verdugo bajó la mano, tomó la corta melena de su víctima y la apartó a un lado. A el *Tres Golpes* le gustaba tener una buena porción de cuello en la que trabajar.

Nick levantó la espada. Hugh exhaló un suspiro, apretó los dientes y mantuvo los ojos fijos en el mago. Gareth, pendiente de la escena, vio que Magicka vacilaba, tragaba saliva y dirigía rápidas miradas a un lado y a otro, como si buscara una escapatoria.

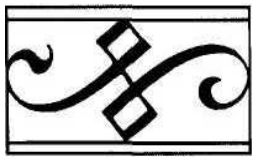
—¡El horror ante la maldad de este hombre es excesivo! —Exclamó el hechicero —. ¡Date prisa! ¡No puedo soportarlo!

Gareth empuñó la daga. Los músculos del brazo de Nick se hincharon, preparándose para descargar el golpe. Las mujeres se taparon los ojos y miraron a hurtadillas entre los dedos, los hombres estiraron el cuello para ver entre las cabezas

de los demás y los niños fueron alzados rápidamente para que pudieran contemplar el espectáculo.

Y, en ese instante, procedente de las puertas de la ciudadela, se escuchó el fragor de unas armas.

CAPÍTULO 3



CIUDADELA DE KE'LITH, DANDRAK,
REINO MEDIO

Una silueta gigantesca, más negra que los Señores de la Noche, apareció sobre las torres de la fortaleza. La penumbra impedía ver con claridad, pero resultaba audible el batir de unas alas enormes. Los centinelas de la puerta continuaron batiendo las espadas contra los escudos, dando la alarma, lo cual provocó que todos los congregados en el patio se olvidaran de la inminente ejecución y volvieran la atención a la amenaza que llegaba de lo alto. Los caballeros desenvainaron sus espadas y reclamaron a gritos las monturas. En Dandrak eran habituales las incursiones de los corsarios de Tribus y, de hecho, se esperaba una de ellas como represalia por el apresamiento y posterior muerte del noble elfo que, presuntamente, había contratado a Hugh *la Mano*.

—¿Qué sucede? —gritó Gareth, tratando en vano de ver de qué se trataba, indeciso entre continuar en su puesto al lado del prisionero o correr a defender las puertas que estaban bajo su responsabilidad.

—¡No hagáis caso! ¡Proseguid la ejecución! —rugió Magicka.

Pero Nick *el Tres Golpes* necesitaba la atención del público y la acababa de perder. La mitad de los espectadores había vuelto la cabeza hacia la puerta y la otra mitad corría ya hacia ella. El verdugo bajó la espada con gesto de orgullo herido y aguardó, en un silencio dolido y digno, a ver cuál era la causa de aquel alboroto.

—¡Es un dragón real, estúpidos! ¡Uno de los nuestros, no una nave élfica! —Gritó Gareth—. ¡Vosotros dos, vigilad al prisionero! —ordenó el capitán, corriendo a las puertas de la ciudadela para acallar el creciente pánico.

El dragón de combate sobrevoló el castillo a baja altura. Un puñado de gruesos cabos, refulgentes a la luz de las antorchas, se agitaba en el aire. Del lomo del dragón saltaron varios hombres que se deslizaron por las cuerdas hasta descender en medio del patio. Todos advirtieron la insignia de plata de la Guardia Real que relucía en sus panoplias y entre la multitud se alzaron unos murmullos agoreros.

Los soldados se desplegaron rápidamente, despejaron una amplia zona en el centro del patio y se colocaron en formación en torno a ella. Con el escudo en la zurda y la lanza en la diestra, permanecieron firmes en posición de relajada atención, vueltos hacia el exterior de la zona despejada, evitando las miradas de los presentes y haciendo caso omiso de sus preguntas.

Apareció entonces un solitario jinete montado en un dragón. Tras sobrevolar la

puerta de la fortaleza, el pequeño dragón de rápido vuelo permaneció suspendido sobre el círculo despejado para él, planeando con las alas muy abiertas mientras estudiaba la zona en que se disponía a posarse. Para entonces ya resultaba fácilmente reconocible el elegante uniforme de su jinete, que despedía destellos rojos y dorados a la luz de las antorchas. Los espectadores contuvieron el aliento y se miraron unos a otros con aire de desconcierto.

Cuando el dragón se posó en el patio, le trepidaban las alas y jadeaba visiblemente, expandiendo y contrayendo los flancos. De su boca armada de colmillos caían regueros de saliva. Su jinete saltó de la silla y echó una rápida mirada en torno a sí. El hombre vestía la capa corta entretejida de hilo de oro y el abrigo rojo encendido de los correos del rey, y los congregados aguardaron con suma expectación a oír las noticias que venía a proclamar.

Casi todos esperaban que sería una declaración de guerra contra los elfos de Tribus; algunos caballeros buscaban ya a sus escuderos para estar dispuestos a tomar las armas de inmediato. Por eso resultó una considerable sorpresa para quienes estaban en el patio ver que el correo alzaba una mano, enfundada en un guante del cuero más suave y flexible, y señalaba el bloque de mármol.

—¿Es Hugh *la Mano* ese que os disponéis a ejecutar? —preguntó en una voz tan suave y flexible como sus guantes.

El mago cruzó el patio a grandes zancadas y los soldados de la Guardia Real le permitieron acceder al círculo despejado.

—¿Y qué si lo es? —replicó Magicka, cauteloso.

—Si es Hugh *la Mano*, te ordeno en nombre del rey que me lo entregues..., vivo —dijo el correo.

Magicka le dirigió una sombría mirada cargada de odio. Los caballeros de Ke'lith se volvieron hacia el hechicero, pendientes de sus órdenes.

Hasta tiempos muy recientes, los volkaranos no habían conocido ningún rey. En los primeros días del mundo, los Volkaran habían constituido una colonia penitenciaria establecida por los habitantes del continente de Ulyandia. La famosa prisión de Yreni custodiaba a ladrones y asesinos; exiliados, prostitutas y demás elementos perniciosos de la sociedad eran desterrados en las islas próximas de Providencia, Exilio de Pitrin y las tres Djern. La vida en estas islas exteriores era dura y, con el paso de los siglos, produjo una gente de igual dureza. Cada isla era regida por varios clanes, cuyos señores pasaban el tiempo repeliendo asaltos a sus propias tierras o atacando las de sus vecinos de Ulyandia.

Así divididos, los humanos fueron presa fácil de las naciones élfícas de Tribus, más ricas y fuertes. Los elfos vencieron rápidamente a los fragmentados feudos humanos y, durante casi cuarenta ciclos, gobernaron Ulyandia y las islas Volkaran. Su férreo dominio sobre los humanos había terminado hacía veinte ciclos, cuando un

caudillo del clan más poderoso de Volkaran contrajo matrimonio con la matriarca del clan más fuerte de Ulyandia. Uniendo sus pueblos, Stephen de Exilio de Pitrin y Ana de Winsher formaron un ejército que venció a los elfos y los arrojó —literalmente, a algunos de ellos— fuera de las islas.

Cuando Ulyandia y las Volkaran quedaron libres de ocupantes, Stephen y Ana se proclamaron monarcas, dieron muerte a sus rivales más peligrosos y, aunque últimamente se rumoreaba que estaban intrigando el uno contra el otro, seguían constituyendo la fuerza más poderosa y temida del reino. En otra época, Magicka se habría limitado a hacer oídos sordos a la orden, llevar a cabo la ejecución y acabar también con el correo real, si se mostraba demasiado insistente. Ahora, en cambio, de pie bajo la sombra de las alas del dragón de combate, negras como la brea, el hechicero no podía hacer otra cosa que protestar.

—Hugh *la Mano* ha asesinado a nuestro señor, Rogar de Ke'lith, y las propias leyes del rey ordenan que le quitemos la vida como castigo.

—Su Majestad aprueba y aplaude tu excelente y rápida administración de justicia en esta parte de su reino —replicó el correo con una airosa reverencia—, y lamenta tener que interferir en ella, pero existe una requisitoria real para la detención del hombre conocido como Hugh *la Mano.* Se lo busca para interrogarlo respecto a una conspiración contra el Estado, asunto que tiene prioridad ante cualquier otra cuestión local. Todo el mundo sabe —añadió el correo, mirando fijamente a los ojos a Magicka— que el asesino ha tenido tratos con los elfos de Tribus.

Por supuesto, el hechicero sabía que Hugh no había tenido ningún trato con los elfos de Tribus y, en aquel mismo instante, se dio cuenta de que el correo real también lo sabía. Y pensó que, si el emisario real estaba al corriente de ello, también conocería otras cosas..., entre ellas cómo se había producido realmente la muerte de Rogar de Ke'lith. Preso en su propia red, Magicka se revolvió y balbució unas palabras:

—Muéstrame el documento real.

Nada, al parecer, produjo mayor placer al correo del rey que presentar el edicto real a la consideración del mago. Llevó la mano a una alforja de cuero que colgaba de la silla del dragón y extrajo un estuche que contenía un rollo de pergamino. Sacó el documento y se lo entregó al hechicero, quien fingió estudiarlo. El edicto debía de estar en orden, pues lo contrario hubiera sido impropio de Stephen. Allí estaba el nombre, Hugh *la Mano,* y el sello del Ojo Alado que constituía la divisa del monarca. Magicka se mordió el labio hasta sangrar, pero no pudo hacer otra cosa que dirigir a los reunidos una mueca de desaliento. Lo había intentado, se leía en su gesto, pero en aquel asunto intervenían poderes superiores. Llevándose la mano al corazón, inclinó la cabeza en un gesto mudo y áspero de asentimiento.

—Su Majestad te da las gracias —dijo el correo con una sonrisa—. ¡Tú, capitán!

—Señaló con un gesto a Gareth. Éste se acercó con un rostro cuidadosamente inexpresivo, pese a que había seguido con suma atención tanto lo que se decía como lo que se callaba, y se colocó detrás del hechicero—. Tráeme al prisionero. ¡Ah!, también necesitaré un dragón descansado para el viaje de vuelta. Asuntos del rey —añadió.

Ante estas palabras —«asuntos del rey»— debía ponerse a disposición del emisario real cualquier cosa que éste pidiera, desde un castillo a una botella de vino, desde un asado de jabalí hasta un regimiento. Quien desobedeciera lo hacía a costa de un extremo peligro. Gareth observó a Magicka. El hechicero temblaba de cólera, pero permaneció mudo y se limitó a asentir brevemente con la cabeza. El capitán se alejó para cumplir la orden.

El correo recuperó hábilmente el pergamino, lo enrolló y volvió a guardarlo en el estuche. Después, mientras su mirada recorría el patio a la espera del regreso de Gareth con el prisionero, advirtió por primera vez el féretro. Al instante, su rostro adquirió una expresión de profundo pesar.

—Sus Majestades quieren hacer extensiva su condolencia a la viuda de Rogar. Si pueden serle de alguna ayuda, la dama puede estar segura de que sólo tiene que recurrir a ellos.

—Mi señora les queda muy agradecida —repuso Magicka con acritud.

El correo, tras una nueva sonrisa, se dio unos golpecitos con los guantes sobre los muslos en gesto de impaciencia. Gareth venía ya con el prisionero entre la Guardia Real, pero aún no había rastro de la montura de refresco.

—¿Y ese dragón que he pedido...?

—Ten, mi señor, llévate éste —se apresuró a responder el palafrenero mayor, ofreciéndole las riendas del dragón de Rogar.

—¿Estás seguro? —inquirió el mensajero real, mirando el féretro y volviéndose luego hacia el hechicero pues, por supuesto, conocía la costumbre de sacrificar al dragón, por valioso que fuera, en honor del difunto.

Magicka, gesticulante, replicó con un bufido:

—¿Por qué no? ¡Llévate al asesino de mi señor en su dragón más preciado! ¡Al fin y al cabo, son «asuntos del rey»!

—Sí, exacto —dijo el correo—. ¡Asuntos del rey!

De pronto, la Guardia Real cambió de postura, volviendo hacia el exterior las puntas de las lanzas y juntando los escudos para formar un círculo de acero en torno al correo y a quienes estaban con él.

—Tal vez prefieras tratar con Su Majestad algunos aspectos de los asuntos reales. Nuestro amable monarca no tendrá inconveniente en disponer medidas para el gobierno de la provincia en tu ausencia, Magicka.

La sombra de las alas del dragón de combate que sobrevolaba la escena cruzó el

patio.

—¡No, no! —Se apresuró a protestar el mago—. ¡El rey Stephen no tiene súbdito más fiel que yo, de eso puede estar seguro!

El correo hizo una reverencia y respondió a Magicka con una sonrisa seductora. Los soldados que lo rodeaban continuaron atentos y alerta.

Gareth penetró en el círculo de acero, sudoroso bajo el yelmo de cuero. Sabía lo cerca que había estado de que le ordenaran enfrentarse a la Guardia Real y aún tenía un nudo en el estómago.

—Aquí tienes al hombre —dijo con rudeza, empujando a Hugh hacia el correo.

El emisario real dirigió una rápida mirada al prisionero y advirtió las señales de los azotes en la espalda, las contusiones y cortes del rostro, los labios hinchados. Hugh, cuyos ojos oscuros y hundidos parecían haberse desvanecido por completo bajo las sombras de las cejas, contempló al correo con una curiosidad cargada de indiferencia. En su mirada no había ninguna esperanza, sino una mera chispa irónica ante la perspectiva de nuevos tormentos.

—Suéltale los brazos y quítale esos grilletes.

—¡Pero, mi señor, este hombre es peligroso...!

—Atado no puede montar y no tengo tiempo que perder. No te preocupes —añadió el correo, moviendo la mano con gesto despreocupado—. Salvo que le crezcan alas, no creo que trate de escapar saltando del lomo de un dragón volador.

Gareth sacó la daga y segó las cuerdas que maniataban a Hugh. El palafrenero mayor llamó a gritos a sus ayudantes, penetró resueltamente en el círculo de acero, desató la silla de la agotada montura del correo y la colocó en el lomo del dragón de Rogar. Tras dar unas palmadas en el cuello al animal, entregó las riendas al emisario real, con gesto satisfecho. El anciano no volvería a ver al dragón, pues nada de cuanto caía en las manos del rey Stephen volvía a salir de ellas, pero era mucho mejor perderlo que verse obligado a hundir un cuchillo en la garganta de una criatura que lo amaba y confiaba en él, y luego contemplar cómo se le iba la vida, desperdiciada en honor de un hombre ya muerto.

El correo montó a la silla y, desde ella, extendió la mano para ayudar a Hugh a subir. El asesino pareció comprender por primera vez que lo acababan de liberar, que no tenía la cabeza en el tajo y que aquella espada terrible no iba a segarle la vida. Con movimientos tensos y dolorosos, alzó la mano, asió la del correo y dejó que el hombre lo alzara a lomos del dragón.

—Traedle una capa o se helará —ordenó el mensajero. De las muchas capas que le ofrecieron, escogió una de gruesa piel y la arrojó a Hugh. El prisionero se echó el abrigo en torno a los hombros y se agarró con fuerza al borde de la silla de montar. El correo dio una breve orden y el dragón, con un atronador anuncio, extendió las alas y remontó el vuelo.

El comandante de la Guardia Real lanzó un silbido que taladraba los tímpanos. El dragón de combate descendió hasta que las cuerdas que colgaban de su lomo quedaron al alcance de los soldados, que se apresuraron a subir por ellas y ocupar sus posiciones en el enorme lomo liso del animal. El dragón batió las alas y, en pocos instantes, la sombra desapareció del cielo y éste quedó vacío, recuperando la gris penumbra de la noche.

Abajo, en el patio de la ciudadela, los hombres se contemplaron en silencio, con rostros torvos. Las mujeres, viendo a sus maridos y percibiendo la atmósfera de tensión, se apresuraron a recoger a los niños, regañando e incluso dando cachetes a los que gimoteaban.

Magicka, muy pálido, penetró en las estancias de la ciudadela.

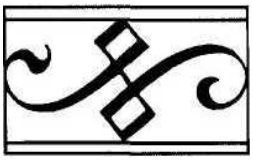
Gareth aguardó a que el hechicero desapareciera y luego ordenó a sus soldados que prendieran fuego al féretro. Hombres y mujeres, reunidos en torno al crepitar de las llamas, empezaron a cantar encomendando el alma del difunto a sus antepasados. El capitán de los caballeros entonó una canción por el señor feudal a quien había amado y servido con fidelidad durante treinta años. Cuando terminó, continuó observando cómo las llamas, agitadas y rugientes, consumían el cuerpo.

—¿De modo que nunca has matado a un hechicero? Hugh, amigo mío, tal vez tengas ocasión de ello. Si vuelvo a verte... ¡Asuntos del rey! —Gruñó Gareth—. Y si no logro dar contigo... Bien, ya soy un viejo sin ninguna razón por la que vivir.

Su mirada se dirigió hacia los aposentos del hechicero, asomada a cuya ventana podía verse una silueta envuelta en una túnica. Recordando que tenía deberes que atender, el capitán se dirigió a la puerta para cerciorarse de que quedaba convenientemente guardada durante la noche.

Olvidado de todos, como un artista privado de su representación, Nick *el Tres Golpes* permaneció sentado sobre el bloque de mármol, desconsolado.

CAPÍTULO 4



ALGÚN LUGAR DE LAS ISLAS VOLKARAN,
REINO MEDIO

El emisario real mantuvo tirantes las bridas de su montura. De haberle dado rienda suelta, el pequeño dragón habría dejado atrás muy pronto al dragón de combate, de mucho mayor tamaño. Sin embargo, el correo no se atrevía a volar sin escolta pues los corsarios elfos solían acechar entre las nubes, aguardando el paso de algún solitario jinete humano. Así pues, la marcha era lenta pero, al fin, las antorchas de Ke'lith se desvanecieron a su espalda. Pronto, los abruptos picachos de Witheril ocultaron el humo que se alzaba de la pira funeraria del malogrado señor de la provincia.

Así pues, el correo obligó a su montura a volar junto a la cola de la quimera, o dragón de combate, cuya silueta era como una esbelta cuña negra que surcaba la gris penumbra de la noche. La Guardia Real, atada a sus arneses, era una serie de bultos negros en el lomo de la quimera.

Los dragones sobrevolaron la pequeña población de Hynox, visible sólo porque sus viviendas, bajas y cuadradas, estaban edificadas en terreno descubierto. Después, dejaron atrás la orilla de Dandrak y se adentraron en el aire profundo. El correo miró arriba y abajo, a un lado y a otro, como si no hubiera volado con frecuencia, cosa extraña en un supuesto mensajero del rey. Creyó reconocer dos de las tres islas Caprichosas. Hanastai y Bindistai eran claramente visibles pues, incluso en el aire profundo, la oscuridad no era completa... La noche no era tan cerrada como decía la leyenda que había sido en el viejo mundo, antes de la Separación.

Los astrónomos elfos habían escrito que existían tres Señores de la Noche y, aunque los supersticiosos creían que eran gigantes que extendían oportunamente sus capas ondeantes sobre Ariano para dar descanso a sus gentes, los eruditos sabían que los Señores de la Noche eran, en realidad, unas lejanas islas de coralita que flotaban sobre el reino, desplazándose en una órbita que las llevaba, cada doce horas, a interponerse entre Ariano y el sol.

Más allá de estas islas se hallaba el Reino Superior, donde se suponía que vivían los misteriarcas, poderosos brujos humanos que se habían retirado allí en un exilio voluntario. Debajo del Reino Superior estaba el Firmamento, la zona de las estrellas diurnas. Nadie sabía con exactitud qué era este Firmamento. Muchos —y no sólo los supersticiosos— creían que se trataba de una franja de diamantes y otras piedras preciosas que flotaban en el aire. Esta creencia era el origen de las leyendas sobre la

fabulosa riqueza de los misteriarcas, pues se suponía que éstos la habían atravesado para llegar al Reino Superior. Tanto los elfos como los humanos habían llevado a cabo numerosos intentos de volar hasta el Firmamento y descubrir sus secretos, pero quienes se habían atrevido a emprender el viaje no habían regresado jamás. Se decía que el frío era tan intenso allá arriba que la sangre se congelaba en las venas.

Durante el vuelo, el correo del rey volvió la cabeza atrás en varias ocasiones para observar a su compañero de montura, ya que sentía curiosidad por estudiar las reacciones de un hombre que acababa de ser arrebatado del cadalso. Sin embargo, si esperaba ver alguna expresión de alivio, alegría o triunfo en su rostro, se llevó una considerable decepción. Torvo, impasible, el asesino no dejaba traslucir un ápice sus sentimientos bajo la máscara de sus facciones. Era el rostro de quien podía presenciar la muerte de un hombre con la misma frialdad que otro contemplaría a alguien comiendo o bebiendo. En el momento de observarlo, Hugh tenía la cabeza vuelta en otra dirección y estudiaba con atención la ruta que seguían en su vuelo, según advirtió el correo con cierta inquietud. *La Mano,* captando tal vez sus pensamientos, alzó la cabeza y clavó su mirada en la del jinete.

Este no sacó nada en claro de su inspección. Hugh, en cambio, pareció deducir muchas cosas de su estudio del emisario real. Sus ojos entrecerrados daban la impresión de taladrar la piel y traspasar los huesos y ser capaces, en cualquier momento, de dejar al desnudo todos los secretos que el correo guardara en su cerebro; sin duda, así habría sucedido si el joven emisario no hubiera apartado la vista para concentrarla en la crin espinosa del dragón. El jinete no volvió a mirar a Hugh en todo el viaje.

Debió de ser una coincidencia pero, cuando el correo advirtió el interés de Hugh por su ruta de vuelo, un manto de niebla empezó de inmediato a extenderse y oscurecer la tierra. La comitiva volaba velozmente y a gran altura, y a sus pies no había mucho que ver bajo las sombras que extendían los Señores de la Noche. Sin embargo, la coralita despide una leve luminosidad azulada que hace que las arboledas destaquen en negro sobre el ligero resplandor casi plateado que presenta el suelo. Los puntos sobresalientes del terreno eran fáciles de localizar. Los castillos y fortalezas de coralita que no habían sido cubiertos con una argamasa de granito triturado resplandecían levemente. Desde el aire, era fácil identificar los pueblos, con sus calles de coralita como cintas relucientes.

Durante la guerra, cuando las naves voladoras de los elfos merodeaban por los cielos, la gente cubría las calles con paja y juncos. Ahora, sin embargo, las islas Volkaran no sufrían conflictos armados. La mayoría de los humanos que las poblaban tenía el ferviente convencimiento de que se debía a su bravura en el combate, al miedo que habían provocado entre los señores de los elfos.

Al pensar en ello, el correo sacudió la cabeza de disgusto ante su ignorancia. Sólo

algunos humanos del reino, entre ellos el rey Stephen y la reina Ana, conocían la verdad.

Los elfos de Aristagón habían dejado de prestar atención a Ulyandia y las Volkaran porque estaban ocupados en otro problema más importante: una rebelión entre su propio pueblo.

Cuando la rebelión fuera aplastada con mano firme y despiadada, los elfos volverían a concentrarse en el reino de los humanos, aquellas fieras bárbaras que habían atizado el fuego inicial de la revuelta. Stephen sabía que, la próxima vez, los elfos no se contentarían con la conquista y la ocupación. La próxima vez se librarían de una vez por todas de la contaminación humana de su mundo. Por ello, con rapidez y en silencio, el rey estaba disponiendo sus piezas en el gran tablero, preparándose para el encarnizado enfrentamiento final.

El hombre que viajaba detrás del emisario real lo ignoraba, pero iba a ser una de esas piezas.

Cuando apareció la niebla, el asesino se encogió de hombros interiormente y renunció de inmediato a seguir intentando determinar hacia dónde se dirigían. También él había sido capitán de una nave y conocía la mayoría de las rutas aéreas entre las islas y más allá. Según sus cálculos, habían recorrido un rydai negativo{4} en dirección a Kurinandistai, aproximadamente. Después, al hacer acto de presencia la niebla, ya no había podido ver nada más.

Hugh sabía que la niebla no había surgido por casualidad, lo cual no hacía sino confirmar algo que ya había empezado a sospechar: que aquel joven «correo» no era ningún vulgar lacayo del rey. *La Mano* se relajó y dejó que la niebla invadiera su mente. De nada servía hacer conjeturas sobre el futuro. No era probable que fuese mejor que el presente, aunque difícilmente podría ser peor. Hugh había hecho todo lo posible para prepararse para lo que pudiera surgir; incluso llevaba al cinto su daga de mango de hueso con inscripciones mágicas, que Gareth le había deslizado en la mano en el último momento. Encogiendo sus hombros desnudos y lacerados bajo la gruesa capa de piel, Hugh se concentró únicamente en lo más urgente: protegerse del frío.

Con todo, sintió cierto sombrío placer al advertir que el correo se mostraba incómodo ante la presencia de la bruma, pues lo obligaba a disminuir la velocidad de la marcha y a descender continuamente hacia las zonas despejadas que se abrían y cerraban debajo del dragón, para comprobar dónde se hallaban. En un momento dado, dio la impresión de haberse perdido y tiró de las riendas de la montura. En respuesta a la orden de su jinete, la criatura batió las alas para mantenerse suspendida en el aire. Hugh notó la tensión del emisario real y advirtió las miradas rápidas y furtivas que dirigía a diversos puntos del suelo. Por las palabras que le oyó murmurar entre dientes, el prisionero creyó entender que se habían alejado demasiado en una dirección. Cambiando de rumbo, el correo hizo volver la cabeza al dragón y éste

reemprendió el vuelo entre la niebla. El mensajero real lanzó luego una mirada ceñuda a Hugh, como si quisiera decirle que el error era culpa suya.

Hugh había aprendido a edad muy temprana, por pura cuestión de supervivencia, a estar alerta a todo cuanto sucedía a su alrededor. Ahora, cumplidos ya los cuarenta ciclos, tal cautela era involuntaria, como un sexto sentido. Era capaz de advertir al instante un cambio en la dirección e intensidad del viento, una subida o bajada de temperatura. Aunque no disponía de aparatos para medir el tiempo, podía calcular con un par de minutos de margen el que había transcurrido desde determinado momento hasta otro. Tenía un oído muy agudo y una vista aún más penetrante, y poseía un sentido de la orientación infalible. Eran pocos los lugares de las islas Volitaran y del continente de Ulyandia que no había recorrido. Sus aventuras de juventud le habían llevado a remotos (y desagradables) rincones del gran mundo de Ariano. Nada dado a alardes, que consideraba una pérdida de tiempo —sólo quien es incapaz de corregir sus defectos siente la necesidad de convencer al mundo de que no tiene ninguno—, Hugh siempre había tenido la íntima convicción de que, donde fuera que lo llevasen, adivinaría en un abrir y cerrar de ojos en qué lugar de Ariano se encontraba.

Pero cuando el dragón, bajo las suaves órdenes de su jinete, descendió de los aires y se posó en suelo firme, Hugh echó un vistazo a su alrededor y tuvo que reconocer que, por primera vez en su vida, estaba desorientado. Jamás hasta entonces había visto el lugar donde se hallaban.

El mensajero del rey descabalgó del dragón, sacó una piedra luminosa de las alforjas y la sostuvo en la palma de la mano. Una vez expuesta al aire, la gema mágica empezó a despedir una luz radiante. Las piedras luminosas también despiden calor y es preciso colocarlas en algún recipiente. El correo se dirigió sin vacilar hacia una esquina del ruinoso muro de coralita que rodeaba el punto de aterrizaje. Allí se agachó y depositó la gema en una tosca lámpara de hierro.

Hugh no vio otros objetos en aquel patio desierto. La lámpara debía de haber sido colocada allí en previsión de la llegada del mensajero, o bien la había dejado él mismo antes de acudir a Ke'lith. *La Mano* sospechó que se trataba de esto último, sobre todo porque no había rastro de nadie más en las inmediaciones. Incluso la quimera había quedado atrás. Era lógico suponer, por tanto, que el correo había iniciado su viaje desde allí con la evidente intención de regresar. Hugh se deslizó al suelo desde el lomo del dragón, pensando que el hecho podía tener mucha, poca o ninguna importancia.

El correo levantó la lámpara de hierro. Regresó hasta el dragón, acarició su cuello orgullosamente arqueado y murmuró unas palabras apaciguadoras y reconfortantes que hicieron que la bestia se echara en el suelo recogiendo las alas bajo el cuerpo y enroscando la cola en torno a las patas. El dragón recostó la cabeza sobre el pecho,

cerró los ojos y emitió un suspiro de satisfacción. Una vez dormido, despertar a un dragón es una tarea terriblemente difícil e incluso peligrosa pues a veces, durante el sueño, los hechizos de sumisión y obediencia a los que están sometidos se rompen por accidente y uno puede encontrarse ante una criatura confusa, airada y vociferante. Un jinete de dragones experimentado no permite nunca que su animal se duerma, excepto cuando sabe que hay algún mago competente en las inmediaciones. Un nuevo dato que Hugh apreció con interés.

Acercándose a él, el correo real alzó la lámpara y miró a *la Mano* con aire irónico, invitándolo a hacer alguna pregunta o comentario. Hugh no vio la necesidad de malgastar saliva haciendo preguntas para las que sabía que no habría respuesta y, en consecuencia, le devolvió la mirada en silencio.

El correo, desconcertado, empezó a decir algo, cambió de idea y exhaló suavemente el aire que había aspirado para hablar. Luego dio media vuelta con brusquedad sobre sus talones al tiempo que hacía un gesto a Hugh para que lo siguiera, y *la Mano* emprendió la marcha tras su guía. El emisario real lo condujo a un lugar que Hugh no tardó en reconocer, gracias a sus remotos y oscuros recuerdos de la infancia, como un monasterio kir.

Era un edificio antiguo, abandonado hacía mucho tiempo. Las losas del patio estaban resquebrajadas y, en muchos casos, habían desaparecido. La coralita había crecido sobre gran parte de los elementos arquitectónicos exteriores que seguían en pie, erigidos con la poco abundante piedra granítica que los kir preferían a la coralita, más común. Un viento helado ululaba a través de las estancias abandonadas, en las que ninguna luz ardía ni había ardido, probablemente, desde hacía siglos. Bajo las botas de Hugh crujían las ramas de unos árboles caídos y crepitaban las hojas secas.

Hugh *la Mano*, que había sido educado por la orden severa e inflexible de los monjes kir, conocía la ubicación de todos los monasterios en las islas Volkaran y no recordaba haber oído hablar nunca de ninguno que hubiera sido abandonado, de modo que el misterio de dónde estaba y por qué había sido conducido allí se hizo aún más oscuro.

El correo llegó ante una puerta de barro cocido al pie de un elevado torreón e introdujo una llave en la cerradura. *La Mano* miró hacia arriba pero no advirtió ninguna luz en las ventanas. La puerta se abrió en silencio, señal de que alguien solía acudir a aquel lugar, ya que las oxidadas bisagras estaban perfectamente aceitadas. Su guía se deslizó en el interior del torreón indicando con la mano a Hugh que lo siguiera. Cuando ambos hubieron cruzado el umbral del frío y ventoso edificio, el correo cerró la puerta y se guardó la llave en el bolsillo de la túnica.

—Por aquí —dijo, aunque no eran necesarias demasiadas indicaciones puesto que sólo había un camino posible, y era hacia arriba. Una escalera de caracol ascendía por el interior del torreón. Hugh contó tres niveles, señalados por otras tantas puertas de

adobe. *La Mano* empujó cada una de ellas a hurtadillas mientras subía, comprobando que todas estaban cerradas.

Al llegar al cuarto nivel, la llave de hierro reapareció en las manos del emisario frente a una nueva puerta de adobe. Delante de ellos se abrió un pasillo largo y estrecho, más oscuro que los Señores de la Noche. Las pisadas de las botas del guía resonaron en las losas del suelo. Hugh, acostumbrado a caminar en silencio con sus flexibles botas de cuero de suela blanda, no hizo más ruido que si fuera la sombra de su acompañante.

Hugh contó hasta seis puertas —tres a la izquierda y tres a la derecha— antes de que el correo alzara la mano y se detuviera ante la séptima. Una vez más, sacó la llave de entre sus ropas. La cerradura chirrió y la puerta se abrió sin esfuerzo.

—Entra —dijo el guía, haciéndose a un lado.

Hugh obedeció. No le extrañó oír que la puerta se cerraba tras él. Sin embargo, no se escuchó el ruido de la llave dando vuelta al pestillo. La única luz de la estancia procedía del leve resplandor que despedía la coralita del exterior, pero la débil iluminación era suficiente para sus penetrantes ojos. Permaneció inmóvil un instante, inspeccionando el lugar con detenimiento y advirtió que no estaba solo.

La Mano no tenía miedo. Bajo la capa de piel, sus dedos sujetaban con fuerza el mango de la daga, pero ésta era una precaución de sentido común en tal situación. Hugh era un hombre de negocios y supo reconocer al instante el escenario para una conversación comercial.

La otra persona presente en la sala era amante de ocultarse. Permanecía en silencio y se escondía en las sombras. Hugh no conseguía verla ni oírla, pero todos los reflejos que lo habían ayudado a sobrevivir a lo largo de cuarenta ásperos y amargos ciclos le decían que había alguien más en la estancia. *La Mano* olfateó el aire.

—¿Eres un animal, acaso, para olisquearme así? —inquirió una voz masculina, grave y resonante—. ¿Ha sido así como has sabido que estaba esperándote?

—Sí, soy un animal —replicó Hugh, lacónico.

—¿Y si te hubiera atacado?

La figura se desplazó hasta colocarse ante la ventana y Hugh vio recortarse su silueta contra el débil fulgor de la coralita. *La Mano* observó que su interlocutor era un hombre alto envuelto en una capa cuyo borde oyó arrastrarse por el suelo. La cabeza y el rostro de la figura estaban cubiertos por una cota de malla que sólo dejaba al descubierto sus ojos. Sin embargo, *la Mano* supo que sus sospechas habían sido acertadas. Ahora estaba seguro de con quién estaba hablando. Mostró la daga y respondió:

—Os habría hundido cuatro dedos de acero en el corazón, Majestad.

—Llevo la cota de malla —replicó Stephen, rey de las islas Volkaran y de las

tierras de Ulyandia. Al parecer, no le sorprendía que Hugh lo hubiese reconocido.

En la comisura de los finos labios del asesino se formó una ligera sonrisa.

—La cota de malla no protege vuestra axila, Majestad. Levantad el codo. —Avanzando un paso, Hugh llevó sus dedos largos y finos a la abertura entre la coraza y la pieza que protegía el brazo—. Una estocada con la daga, aquí...

Stephen no parpadeó siquiera al notar el contacto.

—Tengo que comentar esto con el armero.

—Haced lo que queráis, Majestad —dijo entonces Hugh, sacudiendo la cabeza—, pero si un hombre está dispuesto a mataros, consideraos muerto. Y si ésta es la razón de que me hayáis traído aquí, sólo puedo ofreceros un consejo: decidid si queréis que vuestro cuerpo sea enterrado o incinerado.

—Habla el experto —murmuró Stephen, y Hugh captó el tono de ironía aunque no pudiera ver la sonrisa en el rostro cubierto de su interlocutor.

—Supongo que Su Majestad quería un experto, ya que se ha tomado tantas molestias.

El rey volvió el rostro hacia la ventana. Rondaba los cincuenta ciclos pero era fuerte, de constitución robusta y capaz de soportar increíbles penalidades. Se rumoreaba que dormía con la armadura para endurecer aún más su cuerpo. Desde luego, teniendo en cuenta la fama de que gozaba su esposa, tal protección no parecía superflua.

—Sí, eres un auténtico experto. El mejor del reino, según me han dicho.

Tras esto, Stephen guardó silencio. *La Mano* también era experto en interpretar lo que decían los hombres con los gestos, no con palabras, y aunque el rey tal vez creía enmascarar bastante bien sus agitadas emociones, Hugh observó que los dedos de su mano izquierda se cerraban sobre sí mismos y escuchó el tintineo metálico de la cota de malla que traicionaba el temblor que atenazaba al monarca.

Así solían reaccionar los hombres mientras tomaban la decisión de asesinar a alguien.

—También sé que tienes un extraño sentido del orgullo, Hugh *la Mano* —añadió el rey, rompiendo de improviso su prolongado silencio—. Te anuncias como una mano justiciera, como un instrumento de impartir castigos merecidos. Das muerte a aquellos que presuntamente han ofendido a otros, a aquellos que están por encima de la ley, a aquellos que mi ley, supuestamente, no puede tocar.

Su voz tenía un tono irritado, desafiante. Era evidente que Stephen estaba molesto, pero Hugh sabía que los clanes guerreros de las Volkaran y de Ulyandia sólo se mantenían unidos gracias a una argamasa de miedo y codicia, y no le pareció que mereciera la pena discutir el asunto con un rey que, sin duda, lo conocía a la perfección.

—¿Por qué lo haces? —Insistió Stephen—. ¿Es alguna especie de código de

honor?

—¿Honor? ¡Su Majestad habla como un señor de los elfos! En Therpes, el honor no os serviría para pagar una comida barata en una taberna de mala muerte.

—¡Ah! ¿Es el dinero, entonces?

—¡El dinero...! Por un plato de asado, se puede tener a un asesino que apuñale a su víctima por la espalda. Esto les basta a los que sólo quieren ver muerto a su enemigo. En cambio, los que han sufrido algún agravio, los que han padecido a manos de otro... Éstos quieren que el causante de sus males sufra también. Quieren que su enemigo sepa, antes de morir, quién ha provocado su destrucción. Quieren que experimente el dolor y el terror que causó antes a su víctima. Y están dispuestos a pagar un alto precio por obtener esta satisfacción.

—Me han contado que tú llegas a correr unos riesgos extraordinarios, que incluso desafías a tus víctimas a un combate limpio.

—Si el cliente lo pide...

—...Y si está dispuesto a pagar, ¿no?

Hugh se encogió de hombros. La respuesta era tan obvia que no necesitaba comentarios. Aquella conversación no tenía sentido, no llevaba a ninguna parte. *La Mano* conocía su propia fama y su cotización. No necesitaba oírla recitar a otros, pero estaba acostumbrado a ella. Era parte del negocio. Como cualquier otro cliente, Stephen estaba buscando las palabras adecuadas para proponerle un trabajo y *la Mano* observó con sorpresa que, en tal situación, un rey no reaccionaba de manera distinta de la del más humilde de sus súbditos.

Stephen se había vuelto de espaldas y contemplaba el paisaje por la ventana, apoyando en el alféizar un puño crispado, enfundado en un guante. Hugh aguardó pacientemente, en silencio.

—No lo entiendo. ¿Qué razón puede tener quien te contrata para ofrecer a su enemigo la posibilidad de luchar por su vida?

—Quizá sea porque así obtiene una doble venganza, pues en tal caso no es mi mano la que abate a ese enemigo, Majestad, sino la de los antepasados de mi víctima, que ya no le brindan su protección.

—¿Y tú? ¿Crees eso también?

Stephen se volvió a mirarlo y Hugh captó el reflejo de la luz de la luna sobre la cota de malla que cubría la cabeza y los hombros del monarca.

Hugh frunció el entrecejo. Se llevó la mano a los mechones sedosos de la barba, que le caía del mentón peinada en dos trenzas. Nadie le había hecho jamás aquella pregunta, lo cual demostraba —al menos, así le pareció— que los reyes *sí* eran diferentes de sus súbditos. Por lo menos, aquél lo era. *La Mano* avanzó hasta la ventana y se detuvo junto a Stephen. Un pequeño patio a sus pies atrajo la mirada del asesino. Cubierto de coralita, el suelo del patio despedía un brillo mortecino y

espectral en la oscuridad y Hugh observó, bajo la tenue luz azulada, la figura de un hombre inmóvil en su centro. La figura llevaba una capucha negra y empuñaba una espada de aguzado filo. Ante sus pies tenía un bloque de piedra. Hugh sonrió, al tiempo que retorcía los extremos de su barba.

—Yo sólo creo en una cosa, Majestad: en mi astucia y en mi habilidad. Veo que no tengo elección. O acepto el trabajo que me propondréis, o de lo contrario... ¿No es así?

—No. Podrás escoger. Cuando te haya expuesto eso que llamas «trabajo», podrás optar entre aceptarlo o negarte a hacerlo.

—... En cuyo caso, mi cabeza ya puede ir despidiéndose de la compañía de los hombros.

—Ese hombre que ves ahí abajo es el verdugo real. Es muy ducho en su trabajo. Será una muerte limpia y rápida, mucho mejor que la que te esperaba. Es lo mínimo que te debo por tu tiempo. —Stephen se volvió para mirar cara a cara a Hugh. Sus ojos, bajo la sombra del casco y de la cota de malla, eran oscuros y vacíos; no brillaba en ellos ninguna luz interior, ni reflejaban la del exterior—. Tengo que tomar precauciones. No puedo esperar que aceptes mi encargo sin conocer de qué se trata, pero revelártelo significa ponerme a tu merced. No puedo permitirme que sigas con vida, sabiendo lo que pronto voy a confiarte.

—Si me niego, os libraréis de mí por la noche, aprovechando las sombras, sin testigos. Si acepto, me veré prendido en la misma red en la que Su Majestad se debate ahora.

—¿Qué esperabas? Al fin y al cabo, no eres más que un asesino —replicó Stephen con frialdad.

—Y vos, Majestad, no sois más que un hombre que quiere contratar a un asesino.

Con una pomposa reverencia cargada de ironía, Hugh dio media vuelta sobre sus talones.

—¿Adonde vas? —preguntó Stephen.

—Si Su Majestad me excusa, llego tarde a una cita. Hace una hora que debería estar en el infierno.

La Mano se dirigió a la puerta.

—¡Maldición! ¡Acabo de ofrecerte salvar la vida! —exclamó el rey.

Al replicar, Hugh no se molestó siquiera en volverse:

—Un precio demasiado bajo. Mi vida nada vale, y no le pongo precio. ¿Y pretendéis que, a cambio de ella, acepte un trabajo tan peligroso que habéis tenido que poner a un hombre entre la espada y la pared para obligarlo a aceptarlo? Prefiero afrontar la muerte que me estaba reservada, antes que aceptar las condiciones de Su Majestad.

Hugh abrió la puerta de la estancia. Delante de él, cerrándole el paso, estaba el

correo del rey. A sus pies tenía la lámpara de hierro cuya piedra difundía su luz hacia arriba, bañando un rostro de belleza delicada y etérea.

Hugh pensó: « ¿Éste, un correo? ¡Tanto como yo un sartán!».

—Diez mil barls —dijo el joven.

Hugh se llevó la mano a las trenzas de la barba y las retorció, pensativo. Lanzó una mirada de soslayo a Stephen, que se le había acercado por detrás.

—Apaga esa luz, Triano —ordenó el rey—. ¿De veras consideras esto necesario?

—Majestad —Triano habló con voz respetuosa y paciente, pero en el tono de un amigo que da consejos a otro, no en el de un siervo que responde a su amo—, este hombre es el mejor. No podemos confiar este asunto a nadie más. Hemos efectuado considerables esfuerzos para hacernos con él y no podemos permitirnos perderlo. Si Su Majestad recuerda, desde el primer momento le advertí que...

—Sí, lo recuerdo —lo cono Stephen. Después, guardó silencio, furioso. Sin duda, nada le habría gustado tanto como ordenar al «correo» que condujera al cadalso a aquel asesino. Era probable que, al llegar el momento, el propio rey quisiera blandir la espada del verdugo. El correo cubrió la luz con una pantalla de hierro, dejando la estancia a oscuras.

—¡Está bien! —gruñó el rey.

—¿Diez mil barls? —dijo Hugh, incrédulo.

—Sí —respondió Triano—. Cuando hayas terminado el trabajo.

—La mitad ahora y la mitad cuando haya terminado.

—¡Ahora, tu vida! ¡Los barls, después! —masculló Stephen entre dientes.

Hugh dio un paso más hacia la puerta.

—¡Está bien! ¡La mitad, ahora! —La voz de Stephen era un murmullo casi incoherente.

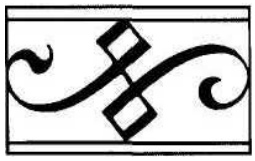
Hugh se volvió hacia el rey, hizo un gesto de asentimiento y formuló una pregunta:

—¿Quién es la víctima?

Stephen exhaló un profundo suspiro. Hugh escuchó un gemido ahogado en la garganta del monarca, un sonido vagamente parecido a los estertores de un agonizante.

—Mi hijo —declaró el rey.

CAPÍTULO 5



MONASTERIO DE LOS KIR, ISLAS VOLKARAN,
REINO MEDIO

La revelación no sorprendió a Hugh. Tenía que ser alguien próximo a Su Majestad, para que éste llevara el apunto con tanta intriga y sigilo. *La Mano* sabía que Stephen temía un heredero, pero desconocía cualquier otro detalle. A juzgar por la edad del rey, el príncipe debía de tener dieciocho o veinte ciclos. Una edad suficiente para haberse metidos en serios problemas.

—El príncipe está aquí, en el monasterio. —Stephen hizo una pausa e intentó humedecer su lengua reseca. Luego añadió—: Le hemos dicho que su vida corre peligro y que tú eres un noble disfrazado al que hemos encargado que lo escolte a un lugar secreto donde estará a salvo. —Al monarca se le quebró la voz. Crispado, carraspeó y continuó hablando—. El príncipe no pondrá objeciones a la decisión, pues sabe muy bien que cuanto le decimos es cierto: se cierne en torno a él un complot amenazador...

—De eso no cabe duda —comentó Hugh.

El rey se crispó aún más. Su cota de malla rechinó y la espada tintineó en la vaina.

—¡Contennos, Majestad! —Susurró el correo, apresurándose a interponer su cuerpo entre el monarca y el asesino—. ¡Recuerda a quién te diriges! —reprendió a éste.

Hugh no le hizo caso.

—¿Adonde tengo que llevar al príncipe, Majestad? ¿Qué debo hacer con él?

—Yo te explicaré los detalles —respondió Triano.

Stephen ya no soportaba aquello por más tiempo y empezaba a perder el aplomo. Se encaminó hacia la puerta y, al hacerlo, volvió un poco el cuerpo para no rozarse con el asesino. Probablemente, el gesto fue inconsciente, pero la afrenta no pasó inadvertida a *la Mano*, que sonrió tétricamente en la oscuridad y murmuró en respuesta:

—Majestad, hay un servicio que ofrezco a todos mis clientes...

Stephen se detuvo, con la mano en el tirador de la puerta.

—¿Y bien? ¿Cuál es? —preguntó sin volver la cabeza.

—Revelarle a la víctima quién lo hace matar y por qué. ¿Debo informar de ello a vuestro hijo, Majestad?

La cota de malla volvió a crujir, revelando que el cuerpo del monarca era presa de

un acusado temblor. Pese a ello, Stephen mantuvo la cabeza enhiesta y los hombros erguidos.

—Cuando llegue el momento —sentenció—, mi hijo lo sabrá.

Tenso, erguido, el rey se adentró en el pasadizo. Hugh escuchó sus pisadas perdiéndose en la distancia. El correo se aproximó a él y guardó silencio hasta que oyó cerrarse una puerta a lo lejos.

—No había necesidad de decir eso —dijo entonces, sin alzar la voz—. Lo has herido profundamente.

—¿Y quién es este «correo» que administra los fondos del tesoro real y se preocupa por los sentimientos del rey? —replicó Hugh.

—Tienes razón. —El joven emisario se había vuelto hacia la ventana y Hugh lo vio sonreír—. No soy ningún correo. Soy el mago del rey.

El asesino frunció el entrecejo.

—Eres muy joven para ser mago, ¿no?

—Tengo más edad de la que parece —respondió Triano con jovialidad—. Las guerras y el gobierno de un reino envejecen a los hombres. La magia, no. Y ahora, si quieres acompañarme, tengo ropas y provisiones para tu viaje, además de la información que precisas. Por aquí...

El mago se apartó para dejar paso a Hugh. El gesto de Triano era cortés, pero *la Mano* advirtió que su acompañante obstruía hábilmente con su cuerpo el pasadizo por el que había desaparecido Stephen. Avanzó en la dirección que le indicaba.

Triano hizo una pausa para recoger la lámpara de la piedra luminosa, alzó la pantalla y avanzó junto a Hugh, muy cerca de su codo.

—Por supuesto, deberás parecer un noble y actuar como tal. Para ello te hemos preparado un vestuario adecuado. Una de las razones de que te escogiéramos es que procedes de noble cuna, aunque no se te haya reconocido. Posees un aire aristocrático innato. El príncipe es muy inteligente y no lo engañaría un patán con ropas caras.

No habían caminado más de diez pasos cuando el mago indicó a Hugh que se detuviera ante una de las muchas puertas que se abrían en el pasillo. Con la misma llave de hierro que había utilizado en las ocasiones anteriores, Triano abrió una vez más. Hugh entró y juntos recorrieron un pasillo transversal al primero y que no estaba en tan buen estado como éste. Las paredes empezaban a desmoronarse y tanto Hugh como el mago avanzaron con toda cautela, pues las grietas del suelo hacían traicionero el camino. Doblaron a la izquierda para entrar en otro pasadizo y un nuevo giro a la izquierda los introdujo en un tercero. Cada uno de los sucesivos corredores era más corto que el anterior. Hugh comprendió que estaban internándose cada vez más en las entrañas del gran monasterio. A continuación, iniciaron una serie de vueltas en zigzag, como si anduvieran al azar. Triano no dejó de hablar un solo instante en todo el recorrido.

—Era aconsejable recoger toda la información posible acerca de ti. Sabemos que naciste en la cama que no debías después de una aventura de tu padre con una criada, y que tu noble padre (cuyo nombre, por cierto, he sido incapaz de descubrir) arrojó a la calle a tu madre. Ella murió durante el ataque de los elfos a Festfol y tú fuiste recogido y criado por los monjes kir. —Triano se estremeció—. No debe de haber sido una vida fácil —añadió en un murmullo, mientras echaba un vistazo a los muros helados que los rodeaban.

Hugh no vio la necesidad de hacer comentarios y guardó silencio. Si el mago pensaba que dándole conversación y siguiendo aquella complicada ruta iba a distraerlo o confundirlo, no lo estaba consiguiendo. Normalmente, todos los monasterios kir estaban construidos según los mismos planos: un patio interior cuadrado, con las celdas de los monjes sobre dos de los lados. El tercero albergaba a los criados de los monjes o a los huérfanos, como Hugh, recogidos por la orden. También estaban allí las cocinas, las salas de estudio y la enfermería.

El niño tendido en el jergón de paja sobre el suelo de piedra se agitó y volvió la cabeza. En la estancia, oscura y sin calefacción, hacía un frío terrible, pero la piel del chiquillo ardía con un calor innatural y, en sus movimientos convulsivos, había arrojado a un lado la fina manta con la que cubría sus brazos desnudos. Otro muchacho, algunos años mayor que el enfermo, el cual parecía tener unos nueve ciclos, entró en la cámara y contempló con aire apesadumbrado a su amigo. El muchacho traía en las manos un cuenco de agua que colocó con cuidado en el suelo al tiempo que se arrodillaba al lado del enfermo. Después, sumergiendo los dedos en el agua, humedeció sus labios resecos, cuarteados por la fiebre.

Esto pareció aliviar los sufrimientos del niño. Dejó de agitarse y volvió los ojos vidriosos hacia su cuidador. Una desvaída sonrisa iluminó su carita pálida y macilenta. El muchacho arrodillado a su lado le respondió con otra sonrisa, rasgó un retal de tela de sus ropas andrajosas y la sumergió en el agua. Después de escurrirla con cuidado para no desperdiciar ni una gota, aplicó la compresa en la frente enfebrecida del pequeño.

—Todo saldrá bien... —empezó a decir el muchacho, cuando una negra sombra se cernió sobre los dos y una mano fría y huesuda lo agarró por la muñeca.

—¡Hugh! ¿Qué estás haciendo?

La voz sonaba tan fría, rancia y oscura como la estancia.

—Yo..., estaba ayudando a Rolf, hermano. Tiene la fiebre y Gran Maude ha dicho que, si no le baja, morirá...

—¿Morir? —La voz hizo estremecerse la cámara de piedra—. ¡Por supuesto que morirá! Es un privilegio para él morir siendo un niño inocente y escapar del mal que es la herencia de la humanidad. De ese mal que debemos sacar de nuestros débiles cuerpos a base de disciplinas. —La mano obligó a Hugh a postrarse de rodillas—.

Reza, Hugh. Reza para que te sea perdonado el pecado de intentar contrariar la voluntad de los antepasados llevando a cabo el acto innatural de sanar a un enfermo. Reza para que la muerte...

El niño enfermo emitió un sollozo y contempló con temor al monje. Hugh se desasió de la mano que lo forzaba a seguir de rodillas.

—Sí que rezaré por la muerte —masculló en un siseo, poniéndose en pie—. ¡Por la tuya, hermano!

El monje descargó su bastón sobre los lomos de Hugh y éste se tambaleó. El segundo golpe lo derribó al suelo. Después, siguieron lloviéndole golpes hasta que el monje se cansó de levantar el palo. Por fin, el hermano abandonó la enfermería. El cuenco de agua se había roto durante la paliza. Lleno de golpes y contusiones, Hugh buscó a tientas en la oscuridad hasta encontrar el paño. Estaba húmedo de agua o de su propia sangre, no lo sabía a ciencia cierta. En cualquier caso, lo notó frío y reconfortante cuando lo colocó con ternura en la frente de su pequeño amigo.

Levantando el cuerpecito enjuto entre sus brazos, Hugh estrechó al enfermo contra su pecho acunándolo torpemente, consolándolo, hasta que el pequeño dejó de temblar y agitarse, y su cuerpo quedó frío y quieto...

—Cuando tenías dieciséis ciclos —continuó contando Triano—, escapaste de los kir. El monje con el que hablé me dijo que, antes de marcharte, irrumpiste en las salas de archivos y averiguaste la identidad de tu padre. ¿Lo encontraste?

—Sí —respondió *la Mano,* pensando para sí que aquel Triano se había tomado mucho interés, realmente, en averiguar cosas acerca de él. El mago había acudido a visitar a los kir y, al parecer, los había interrogado en profundidad. Eso significaba que... Sí, por supuesto. Aquello resultaba muy interesante: ¿quién iba a aprender más del otro durante aquel paseo por los pasadizos?

—¿Era un noble? —lo tanteó Triano con suavidad.

—Así se hacía llamar. En realidad era un..., ¿cómo decías hace un rato?, «un patán con ropas caras».

—Hablas en pasado. ¿Ha muerto, pues?

—Sí. Yo mismo lo maté.

Triano hizo un alto y lo miró con los ojos como platos.

—¡Me dejas helado! Hacer una declaración así con tanta despreocupación...

—¿Y por qué diablos debería preocuparme? —Hugh continuó caminando y Triano tuvo que correr para mantenerse a su lado—. Cuando el muy cerdo supo quién era yo, se me echó encima con la espada. Me enfrenté a él con las manos desnudas y el arma terminó clavada en su vientre. Juré que fue un accidente y el alguacil me creyó. Al fin y al cabo, yo era casi un chiquillo y mi «noble» padre tenía fama de lujurioso: muchachas, jóvenes..., a él le daba igual. No le revelé a nadie quién era, sino que les hice pensar que el muerto me había raptado. Los kir se habían ocupado

de darme educación y aún hoy soy capaz de hablar como un noble, si quiero. El alguacil se convenció de que era el hijo de algún aristócrata, secuestrado para saciar la lascivia de mi padre. Supongo que el hombre tenía más interés en silenciar la muerte del viejo licencioso que en iniciar una enemistad entre clanes.

—Pero no fue un accidente, ¿verdad?

Una piedra se movió bajo el pie de Triano, que alargó instintivamente la mano hacia Hugh. Éste sostuvo al mago y lo ayudó a recobrar el equilibrio. Ahora, el camino descendía hacia las entrañas más profundas del monasterio.

—No, no fue ningún accidente. Le arranqué sin esfuerzo la espada de la mano, pues estaba borracho. Le dije el nombre de mi madre y el lugar donde estaba enterrada, y a continuación le clavé el arma en las tripas. Murió demasiado deprisa. Desde entonces he aprendido.

Triano estaba pálido y silencioso. Levantó la piedra luminosa en su candil de hierro y estudió el rostro ceñudo de Hugh, surcado por profundas arrugas.

—El príncipe no debe sufrir —indicó el mago.

—Bien, volvamos a ese asunto —dijo *la Mano* con una sonrisa—. Por cierto, estábamos teniendo una charla muy agradable. ¿Qué esperabas encontrar? ¿Que no soy tan malo como mi reputación? ¿O tal vez lo contrario, que soy todavía peor?

Triano hacía visibles esfuerzos por no irse por las ramas. Con la mano en torno al brazo de Hugh, se inclinó hacia él y le habló en voz baja, aunque los únicos oyentes que el asesino alcanzó a ver eran unos murciélagos.

—Debes hacerlo con limpieza y rapidez. Por sorpresa. Sin infundir temor. Mientras duerme, tal vez. Hay venenos que...

Hugh se sacudió la mano del mago y replicó:

—Conozco bien mi oficio. Haré las cosas como dices, si es eso lo que deseas. Tú eres el cliente. O, más bien, supongo que hablas por él.

—Sí, eso es lo que deseamos los dos.

Tranquilizado al respecto, Triano suspiró y continuó avanzando un corto trecho hasta detenerse frente a una nueva puerta cerrada. En lugar de abrirla, dejó el candil en el suelo y, con un gesto de la mano, indicó a Hugh que observara el interior. El asesino se agachó, aplicó el ojo al agujero de la cerradura y escrutó la estancia.

La Mano rara vez se emocionaba por nada, nunca exteriorizaba sus sentimientos... Sin embargo, en esta ocasión, su mirada aburrida y desinteresada se convirtió en un destello de sorpresa y conmoción al contemplar por el ojo de la cerradura a su futura víctima. No tenía ante sí al joven intrigante que había forjado en su imaginación; enroscado en un jergón, profundamente dormido, había un chiquillo de rostro pensativo que no debía de tener más de diez ciclos.

Hugh se incorporó lentamente. El mago levantó el candil y estudió el rostro del asesino. Su expresión era sombría y ceñuda y Triano suspiró de nuevo, con una

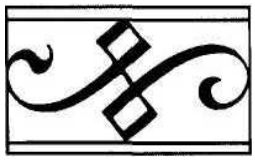
mueca de preocupación en el rostro. Tras llevarse un dedo a los labios, el mago condujo a Hugh a una habitación dos puertas más allá de la anterior. Abrió la puerta con la llave, empujó a Hugh al interior y cerró de nuevo sin hacer ruido.

—¡Ah! —Exclamó Triano sin alzar la voz—, hay algún problema, ¿verdad?

Hugh echó una ojeada rápida y completa a la estancia en que se hallaban y volvió a mirar al ansioso mago.

—Sí. Con gusto echaría unas chupadas a la pipa. La mía me la quitaron en la prisión. ¿No tendrás otra?

CAPÍTULO 6



MONASTERIO KIR, ISLAS VOLKARAN,
REINO MEDIO

—Pero acabas de fruncir el entrecejo y parecías enfadado. He supuesto que...

—¿... que, tal vez, sentía escrúpulos de asesinar a un pobre niño?

«Es un privilegio para él morir siendo un niño inocente y escapar del mal que es la herencia de la humanidad.» Las palabras volvieron a su recuerdo desde el pasado. Era aquella estancia fría y oscura, las paredes de piedra resquebrajadas, lo que le hacía evocar aquel suceso de su vida. Hugh volvió a hundir el recuerdo en lo más profundo de su mente, lamentando que hubiera reaparecido. En el hogar ardía un fuego reconfortante. Levantó una brasa con las pinzas y la aplicó a la cazoleta de una pipa que el mago había extraído de un bulto tirado en el suelo. Al parecer, Stephen había pensado en todo.

Tras unas chupadas, el esterego{5} despidió su brillo incandescente y los viejos recuerdos se desvanecieron como por arte de magia.

—El ceño era por mí mismo, porque he cometido un error. No había calculado debidamente..., una cosa. Y un error así puede resultar caro. Sin embargo, tienes razón: me gustaría saber qué puede haber hecho un niño de esa edad para merecer una muerte tan temprana.

—Se diría que..., que el hecho de haber nacido —respondió Triano, al parecer sin reflexionar, pues de inmediato lanzó una rápida mirada furtiva a Hugh para ver si lo había escuchado.

A *la Mano* se le escapaban muy pocos detalles. Con el tizón encendido sobre la cazoleta de la pipa, hizo una pausa y contempló al mago con aire burlón y curioso. Triano se sonrojó y añadió:

—Se te paga lo suficiente como para que no hagas preguntas. Por cieno, aquí tienes tu dinero.

Introdujo la mano en una bolsa que colgaba de su costado y sacó un puñado de monedas. Contó cincuenta piezas de a cien barls y las sostuvo ante sí.

—Confío en que el anticipo del rey será suficiente —murmuró.

Hugh arrojó el tizón a la chimenea.

—Sólo si puedo hacer uso de él.

Mientras daba unas chupadas a la pipa para mantenerla encendida, *la Mano* aceptó las monedas y las inspeccionó con cuidado. Eran auténticas, desde luego. En la cara aparecía troquelado un barril de agua; una efigie de Stephen (no muy fiel, en

realidad) adornaba la cruz. En un reino donde la mayoría de las cosas se adquiría por trueque o mediante el robo (el propio rey era un notorio pirata cuyos abordajes a las naves de los elfos lo habían ayudado a hacerse con el trono), la moneda del «doble barl», como era denominada, apenas se veía circular. Su valor podía cambiarse directamente por el más preciado líquido: el agua.

En el Reino Medio, el agua escaseaba. La lluvia era infrecuente y, cuando caía, era absorbida y retenida de inmediato por la coralita porosa. Por las islas de coralita no corrían ríos ni torrentes, aunque diversas especies vegetales que crecían en su suelo eran capaces de acumular agua. El cultivo de los árboles de cristal y de las plantas copa era un medio caro y laborioso de obtener el precioso líquido pero constituía, junto con el robo de la que recogían los elfos, la principal fuente de agua del Reino Medio para los humanos{6}. Aquel encargo representaba una fortuna para Hugh. Con ella, no tendría que volver a trabajar, si quería. Y todo por dar muerte a un niño.

Aquello no tenía sentido. Hugh sopesó las monedas en la mano y se quedó mirando al mago.

—Está bien, supongo que tienes derecho a saber algo de la historia —accedió Triano a regañadientes—. Por supuesto, estarás al corriente de la situación actual entre Volkaran y Ulyandia, ¿no?

Sobre una mesilla había una jarra, un cuenco grande y un tazón. El asesino dejó el dinero sobre la mesa, levantó la jarra de agua y, vertiendo parte de su contenido en el tazón, la cató con aire crítico.

—Esto viene del Reino Inferior —dijo—. No está mal.

—Es agua para beber y para asearse. Tienes que aparentar que eres un noble —replicó Triano con irritación—. Tanto en tu aspecto exterior como en tu olor. Por cierto, ¿pretendes hacerme creer que no sabes nada de política?

Hugh se quitó la capa de los hombros, se inclinó sobre el cuenco y sumergió el rostro en el agua. Después, se mojó los hombros y el pecho y empezó a frotarse la piel con una pastilla de jabón. El escozor de la espuma al contacto con las marcas en carne viva de las heridas de la espalda hizo que se le escapara una pequeña mueca de dolor.

—Si pasaras dos días en la prisión de Yreni, como yo, también tú apestarías. En cuanto a la política, no tiene nada que ver con mi oficio, salvo haberme proporcionado un par de clientes esporádicamente. Ni siquiera estaba seguro de si Stephen tenía un hijo...

—Pues así es —dijo el mago, con frialdad—. Y también tiene una esposa. No es ningún secreto que fue un matrimonio de estricta conveniencia, para evitar que las dos poderosas naciones se enfrentaran entre ellas y quedáramos todos a merced de los elfos. Sin embargo, a la reina le gustaría tener consolidado en sus manos todo el

poder. La corona de Volkaran no puede trasmitirse a una mujer y el único medio de que la reina Ana se haga con el mando es a través de su hijo. Hemos descubierto su plan recientemente y, por esta vez, el rey ha salvado la vida por los pelos, pero tememos que la próxima no tenga tanta suerte.

—Y por eso queréis libraros del niño. Sí, supongo que esto resuelve el problema, pero deja al rey sin heredero.

Con la pipa sujeta con fuerza entre los dientes, Hugh se quitó los pantalones y vertió agua en abundancia sobre su cuerpo desnudo. Triano se volvió de espaldas por recato, o mareado tal vez a la vista de las numerosas contusiones y cicatrices de peleas, algunas aún tiernas, que desfiguraban la piel del asesino.

—Stephen no es ningún estúpido. Ese problema está en vías de resolverse. Cuando declaremos la guerra a Aristagón, las naciones se unirán, incluida la de la reina. Durante la contienda, Stephen se divorciará de Ana y tomará por esposa a una mujer de Volkaran. Por fortuna, Su Majestad tiene aún una edad en la que puede engendrar hijos, muchos hijos. La guerra obligará a las naciones aliadas a permanecer unidas a pesar del divorcio. Cuando vuelva la paz (si tal cosa sucede algún día) Ulyandia estará demasiado debilitada, demasiado dependiente de Stephen, para romper sus vínculos.

—Muy hábil —reconoció Hugh. Arrojando la toalla a un lado, tomó dos tragos de aquella agua del Reino Inferior, fría y de sabor dulce, y luego se alivió en un orinal situado en un rincón. Una vez refrescado, empezó a estudiar los diversos artículos de vestuario perfectamente doblados y dispuestos sobre un catre—. *¿Y* cómo haréis para llevar a los elfos a la guerra? Ellos tienen sus propios problemas.

—Pensaba que no sabías nada de política... —murmuró Triano, cáustico—. La causa de la guerra será la..., la muerte del príncipe.

—¡Ah! —Hugh se puso la ropa interior y los calzones de gruesa lana—. Todo limpio y sin rastros. ¡Por eso has tenido que confirmar el asunto en lugar de ocuparte de él tú mismo, con algunos mapas del castillo!

—Exacto.

A Triano se le quebró la voz y pareció a punto de sofocarse. *La Mano* se detuvo mientras se ponía la camisa y dirigió una mirada penetrante al mago, quien, sin embargo, siguió dándole la espalda. Hugh entrecerró los ojos, dejó la pipa a un lado y continuó vistiéndose, pero más despacio, prestando atención al menor matiz en las palabras y el tono de voz de su interlocutor.

-—El cuerpo del niño debe ser encontrado por nuestra gente en Aristagón. No te resultará difícil. Cuando se extienda la noticia de que los elfos han tomado cautivo al príncipe, se enviarán grupos armados en su busca. Te proporcionaré una lista de lugares adecuados. El rey y yo sabemos que posees una nave dragón...

—Diseñada y construida por los elfos. Resulta perfecto, ¿no? —Respondió Hugh

—. Teníais el plan muy estudiado, ¿verdad? Incluso hasta el punto de achacarme la muerte de Rogar.

Hugh se enfundó una casaca de terciopelo negro con galones de oro. Sobre la cama había una espada. Hugh la empuñó y la examinó con ojo crítico. Desenvainó la hoja y la probó con un gesto de muñeca rápido y ágil. Satisfecho, la devolvió a la funda y se ajustó el cinto al cuerpo. Después, guardó la daga en el interior de la bota.

—Y no sólo de achacarme esa muerte —añadió—, sino de cometerla incluso, ¿no es así?

—¡No! —Triano se volvió al fin para mirarlo de frente—. Fue el mago de la fortaleza quien asesinó a su señor, como tú, creo, adivinaste enseguida. Nosotros estábamos observando la situación y, sencillamente, la aprovechamos. Nos apropiamos de tu daga y la pusimos en lugar del arma del crimen. Después, hicimos llegar a ese caballero amigo tuyo la voz de que te hallabas en las inmediaciones.

—Así que me dejas poner la cabeza en esa piedra empapada de sangre, me dejas ver al maníaco levantando su espada mellada sobre mí, y luego me salvas la vida y crees que puedes comprarme por puro miedo.

—Con cualquier otro, así habría sido. En tu caso tenía mis dudas, como habrás advertido, y ya se las había expresado a Stephen.

—De modo que me llevo al chico a Aristagón, lo mato y dejo el cuerpo para que lo encuentre su doliente padre, que entonces agita el puño y jura vengarse de los elfos, y toda la humanidad marcha a la guerra. ¿No se le ha ocurrido a nadie que los elfos no son tan estúpidos, en realidad? En este momento, no les interesa una guerra con nosotros. Esa rebelión entre los suyos es un asunto serio.

—¡Pareces saber más de los elfos que de tu propia gente! A algunos, esto les resultaría chocante...

—Seguramente, a quienes ignoran que tengo que encargar las reparaciones de mi nave a constructores elfos y que su magia debe ser renovada por hechiceros elfos.

—De modo que tratas con el enemigo...

—En mi oficio, todo el mundo es enemigo —replicó Hugh con un encogimiento de hombros.

Triano se humedeció los labios. Era evidente que la conversación le estaba dejando un regusto amargo, pero esto era lo que sucedía, reflexionó Hugh, cuando uno bebía con los reyes.

—En ocasiones, los elfos han capturado a algún hombre y nos han provocado dejando los cuerpos donde pudiéramos descubrirlos con facilidad —dijo Triano en voz baja—. Debes disponer las cosas para que parezca...

—Ya sé cómo disponer las cosas. —Hugh posó la mano en el hombro del mago y tuvo la satisfacción de notar cómo el joven hechicero se encogía al contacto—. Conozco mi oficio.

Bajó la mano, recogió las monedas, volvió a estudiarlas y dejó caer un par en un pequeño bolsillo interior de la casaca. Guardó cuidadosamente las demás en su talega y metió ésta en una alforja.

—Hablando de negocios —dijo entonces—, ¿cómo nos pondremos en contacto para recibir el resto de la paga y qué seguridad tengo de que me espera el dinero, y no una flecha en el pecho, cuando regrese?

—Tienes nuestra palabra, la palabra de un rey. En cuanto a la flecha... —ahora era Triano quien parecía complacido—, supongo que sabrás cuidar de ti mismo.

—Desde luego —asintió Hugh—. Recordaré tus palabras.

—¿Es una amenaza? —se burló Triano.

—Es una promesa —replicó *la Mano* con frialdad—. Y ahora, es mejor que nos demos prisa. Será preciso viajar de noche.

—El dragón te llevará a donde tienes amarrada la nave...

—¿... para que luego vuelva y te diga dónde la tengo? —Hugh enarcó las cejas—. No.

—Tienes nuestra palabra de que...

Hugh sonrió.

—¡La palabra de un hombre que me contrata para dar muerte a su hijo!

El joven mago enrojeció de ira.

—¡No lo juzgues! Tú no puedes entender... —Triano se mordió la lengua, obligándose a callar.

—¿Entender, qué? —Hugh le dirigió una mirada penetrante, aguda.

—Nada. Tú mismo has dicho que no te interesaba la política. —Triano tragó saliva—. Piensa lo que te plazca de nosotros. Poco importa eso.

Hugh lo observó con aire escéptico y llegó a la conclusión de que iba a conseguir más información.

—Dime dónde estamos y sabré llegar hasta el barco —propuso.

—Imposible. Esta fortaleza es secreta. Nos hemos esforzado muchos años para convertirla en un refugio seguro para Su Majestad.

—¡Ah!, pero tienes mi palabra de que... —se burló Hugh—. Parece que estamos en un callejón sin salida.

Triano enrojeció de nuevo y se mordió el labio con tal fuerza que, cuando al fin volvió a hablar, Hugh advirtió unas marcas blancas en la carne.

—¿Qué me dices a esto? Tú me indicas una dirección general..., el nombre de una isla, pongamos, y yo doy instrucciones al dragón de que os conduzca, a ti y al príncipe, a una ciudad de esa isla y os deje allí. Es lo máximo que puedo ofrecer.

Hugh meditó la propuesta y, finalmente, efectuó un gesto de asentimiento con la cabeza. Tras dar unos golpecitos para hacer caer la ceniza, guardó la pipa —de boquilla larga y curva y cazoleta redondeada— en la alforja e inspeccionó el resto del

contenido de ésta. Su satisfacción ante lo que vio en ella fue evidente, pues la volvió a cerrar sin un comentario.

—El príncipe lleva su propia comida e indumentaria, suficiente para... —Triano titubeó, pero se obligó a terminar la frase—: ... para un mes.

—El asunto no debería alargarse tanto —declaró *la Mano,* al tiempo que se cubría los hombros con la capa de piel—. Depende de si esa ciudad está muy lejos del lugar al que debemos ir. Puedo alquilar unos dragones...

—¡El príncipe no debe ser visto! Son pocos quienes lo conocen, fuera de la corte, pero si por casualidad alguien lo reconociera. ..

—Tranquilízate. Sé lo que hago —replicó Hugh con voz calmada, pero en sus ojos negros brilló un destello de advertencia que el mago creyó conveniente atender.

Hugh cargó con la alforja y se encaminó hacia la puerta. Por el rabillo del ojo captó un movimiento que atrajo su atención. Fuera, en el patio, el verdugo real hizo una reverencia en respuesta a alguna orden inaudible y se retiró. En mitad del patio quedó sólo el bloque de piedra de las ejecuciones. El tajo brillaba con una luz blanca extrañamente tentadora en su frialdad, su pureza y su promesa de evasión. *La Mano* hizo una pausa. Era como si, por un instante, notara enroscarse en torno a su cuello un sedal invisible arrojado por el destino. Un filamento que tiraba de él, que lo arrastraba, enredándolo en la misma telaraña inmensa en la que ya se debatían Triano y el rey.

Un golpe de la espada, limpio y rápido, lo liberaría.

Un golpe, a cambio de diez mil barls.

Retorciéndose la trenza de la barba, Hugh se volvió hacia Triano.

—¿Qué prueba debo enviarte?

—¿Prueba? —Triano parpadeó, sin comprender a qué se refería su interlocutor.

—Para indicar que el trabajo está terminado. ¿Una oreja? ¿Un dedo? ¿Qué?

—¡Nuestros benditos antepasados no lo permitan!

Al joven mago lo embargó una palidez mortal. Se tambaleó de un lado a otro y tuvo que apoyarse en una pared para mantenerse en pie. Por eso no llegó a advertir que en los labios de Hugh aparecía una torva sonrisa y que el asesino ladeaba ligeramente la cabeza como si acabara de recibir la respuesta a una pregunta importantísima.

—Por favor..., perdona esta muestra de debilidad —murmuró Triano, pasándose una mano temblorosa por la frente bañada en sudor—. Llevo varias noches sin dormir y..., y luego he tenido que ir y volver a Ke'lith a toda prisa, más de un rydai en cada dirección, a lomos del dragón. ¡Por supuesto que queremos una señal! El príncipe lleva... —Triano tragó saliva y, de pronto, pareció encontrar nuevas fuerzas para continuar—. El príncipe lleva un amuleto, una pluma de halcón que le fue entregada por un misteriarca del Reino Superior cuando acababa de nacer. Debido a sus

propiedades mágicas, no se puede separar ese amuleto de su dueño a menos que el príncipe... —a Triano le vaciló de nuevo la voz—... a menos que esté muerto. —Exhaló un profundo y tembloroso suspiro y añadió—: Mándanos ese amuleto y sabremos que...

El hechicero no terminó la frase.

—¿Qué clase de propiedades mágicas? —quiso saber Hugh, suspicaz.

Pero Triano, pálido y desencajado, permaneció callado como un muerto y sacudió la cabeza. Hugh no pudo determinar si el mago se negaba a responder o si era físicamente incapaz de articular una palabra. En cualquier caso, era evidente que Triano no iba a revelarle mucho más acerca del príncipe y de su amuleto.

Probablemente, no importaba. Era habitual regalar objetos mágicos de aquel tipo a los bebés para protegerlos de la enfermedad o de las mordeduras de ratas, o para preservarlos de caer de cabeza al fuego de la chimenea. La mayoría de amuletos, vendidos por charlatanes ambulantes, poseía las mismas capacidades mágicas que la losa que Hugh estaba pisando en aquel momento. Por supuesto, era muy probable que el dije del hijo de un rey fuera auténtico, pero Hugh no conocía ningún amuleto —ni siquiera los dotados de verdadero poder— que pudiera proteger a su portador de que, por ejemplo, le rebanaran el pescuezo. Según las leyendas, hubo una época en que ciertos hechiceros poseían esta capacidad, pero de eso ya hacía mucho tiempo. Tal conocimiento se había perdido desde que los brujos de antaño abandonaran el Reino Medio para instalarse en las islas que flotaban, lejanas, en el Reino Superior. ¿Era posible que uno de ellos hubiera descendido para entregar la pluma al bebé?

Aquel Triano debía de tomarlo por un verdadero chiflado, pensó Hugh.

—Domínate, mago —dijo a su interlocutor—, o el chico sospechará.

Triano asintió y bebió con avidez el cuenco de agua reconfortante que le sirvió el asesino. Cerrando los ojos, el mago exhaló varios suspiros, se concentró y, en unos instantes, consiguió volver a sonreír con expresión tranquila y normal mientras sus mejillas cenicientas recuperaban el color.

—Ya estoy listo —indicó por fin, saliendo al pasillo e iniciando la marcha hacia la cámara donde yacía dormido el príncipe.

El mago introdujo la llave en la cerradura, abrió la puerta en silencio y se apartó de la entrada.

—Adiós —dijo a Hugh mientras guardaba la llave en el bolsillo de su casaca.

—¿No entras conmigo para presentarme, para explicarle qué sucede?

Triano movió la cabeza al tiempo que musitaba una negativa. Hugh advirtió que el mago se esforzaba en mantener la mirada al frente y que evitaba dirigirla al interior de la estancia.

—Ahora está en tus manos —lo oyó murmurar—. Te dejaré el candil.

El hechicero dio media vuelta sobre sus talones y prácticamente huyó a la carrera

por el pasadizo. Pronto se perdió en las sombras. El agudo oído de Hugh captó el chasquido de una cerradura, seguido de una comente de aire fresco que cesó al poco rato. El mago se había marchado.

Hugh se encogió de hombros, acarició las dos monedas del bolsillo con los dedos de una mano y cerró la otra en torno a la empuñadura de la espada en un gesto que lo tranquilizó. Después, sosteniendo en alto el candil, penetró en la estancia e iluminó al pequeño.

A *la Mano* no le gustaban los niños, ni sabía nada acerca de ellos. No guardaba ningún recuerdo de su infancia, lo cual no era de extrañar pues había sido muy breve. Los monjes kir no encontraban ninguna utilidad en la inocencia infantil, feliz y despreocupada. Desde muy pequeños, los niños a su cuidado eran expuestos a las crudas realidades de la vida. En un mundo donde no existían dioses, los kir veneraban la única certeza de la vida: la muerte. La vida llegaba a la humanidad al azar, de manera fortuita. No había opción ni remedio para ella y demostrar alegría ante tan dudoso don era considerado un pecado. La muerte, en cambio, era la radiante promesa, la feliz liberación.

Como parte esencial de sus creencias, los kir llevaban a cabo las tareas que las mayorías de los humanos consideraban más ofensivas o peligrosas, y eran conocidos por ello como los Hermanos de la Muerte.

Los monjes no tenían piedad para con los vivos. A ellos les incumbían los muertos. No practicaban las artes curativas pero, cuando los cuerpos de las víctimas de una peste eran arrojados a las calles, eran ellos quienes se encargaban de recogerlos, de realizar los solemnes rituales y de incinerarlos. Los pobres a quienes los kir cerraban las puertas mientras estaban vivos eran admitidos una vez muertos. Los suicidas, malditos por los antepasados y considerados como una deshonra por sus familiares, eran acogidos por los kir y sus cuerpos, tratados con respeto. Los cadáveres de asesinos, prostitutas y ladrones..., todos eran recibidos por los kir. Después de una batalla, eran ellos quienes se ocupaban de aquellos que habían sacrificado su vida por la causa que estuviera en juego en ese momento.

Los únicos seres vivos a quienes extendían su caridad los monjes kir eran los hijos varones de los fallecidos, los huérfanos que carecían de cobijo. Los kir les proporcionaban techo y educación. Allí donde ellos iban —siempre algún escenario de miseria y sufrimiento— llevaban consigo a los niños, a quienes utilizaban como criados al tiempo que les enseñaban los hechos de la vida, ensalzando las piadosas ventajas de la muerte. Educando a tales muchachos según sus costumbres y sus lúgubres creencias, los monjes podían mantener el número de miembros de su negra orden. Algunos niños, como Hugh, conseguían escapar, pero ni siquiera él había conseguido huir de la sombra de las capuchas negras bajo cuya tutela había crecido.

Así pues, cuando *la Mano* contempló el rostro dormido del chiquillo, no sintió

lástima ni indignación. Matar al pequeño era sólo un trabajo más para él, aunque podía resultar más difícil y peligroso que la mayoría. Hugh sabía que el mago le había mentido; ahora, sólo le quedaba averiguar la razón.

Dejó caer la alforja en el suelo y utilizó la punta de la bota para despertar al príncipe.

—Chiquillo, despierta.

El niño dio un respingo, abrió los ojos con un destello de cólera y permaneció sentado, en actitud reflexiva, hasta estar completamente despierto.

—¿Qué es esto? —Preguntó, mirando al desconocido a través de una maraña de rizos dorados—. ¿Quién eres?

—Mi nombre es Hugh, maese Hugh de Ke'lith, Alteza —respondió *la Mano,* recordando a tiempo que debía hacerse pasar por noble y mencionando el primer lugar que le vino a la mente—. Corréis peligro y vuestro padre me ha contratado para llevaros a un lugar donde estéis a salvo. Levantaos. El tiempo apremia. Debemos emprender la marcha mientras aún sea de noche.

Al observar el rostro impasible del hombre, con sus pómulos altos, la nariz aguileña y las trenzas negras colgando del mentón hendido, el chiquillo se echó hacia atrás en el jergón.

—¡Vete! ¡No me gustas! ¿Dónde está Triano? ¡Quiero a Triano!

—Yo no soy guapo como el mago, pero tu padre no me ha contratado por mi aspecto. Si tú te espantas al verme, imagina lo que pensarán tus enemigos.

Hugh dijo estas frases en son de burla, sólo por decir algo. Estaba dispuesto a coger al chiquillo, por mucho que pataleara y chillara, y llevárselo por la fuerza. Por eso le sorprendió observar que el pequeño meditaba sus palabras con una expresión seria y de profunda inteligencia.

—Lo que dices tiene sentido, maese Hugh —dijo el muchacho, poniéndose en pie —. Te acompañaré. Recoge mis cosas —añadió, señalando con su mano menuda un fardo colocado junto a él sobre el camastro.

Hugh hubo de morderse la lengua para no decirle al mocoso que cargara con ellas él mismo, pero logró reprimirse.

—Sí, Alteza —dijo humildemente, con una reverencia. Estudió al muchacho con detenimiento. El príncipe era pequeño para su edad y tenía unos ojos grandes de color azul claro, unos labios dulces y llenos y las facciones, blancas como la porcelana, de quien pasa la vida protegido bajo techo. La luz iluminaba una pluma de halcón colgada de una cadena de plata que rodeaba su cuello.

—Ya que vamos a ser compañeros de viaje, apéame el tratamiento y llámame por mi nombre —propuso el chiquillo algo vacilante.

—¿Y cuál es vuestra gracia, Alteza? —preguntó Hugh, cargando con el fardo.

El niño lo miró y *la Mano* se apresuró a añadir:

—He pasado muchos años fuera del país, Alteza.

—Bane —dijo el pequeño—. Soy el príncipe Bane.

Hugh se quedó inmóvil, helado. ¡Bane! Aquélla era la palabra que usaban los monjes kir para designar la mala suerte, la causa de la ruina de los hombres. El asesino no era supersticioso, pero ¿por qué había de poner nadie a un niño un nombre de tan mal agüero? Hugh notó el hilo invisible de la telaraña del destino enroscándose a su cuello. Evocó la imagen del tajo de mármol, aquella piedra fría, pacífica y serena. Molesto consigo mismo, sacudió la cabeza. La sensación paralizante se desvaneció y la imagen de su propia muerte desapareció. Hugh cargó al hombro el fardo del príncipe y sus propias alforjas.

Para su sorpresa, el príncipe le rodeó el cuello con los brazos.

—Me alegro de que seas mi guardián —declaró, con su suave mejilla contra la de Hugh.

La Mano se quedó rígido, impertérrito. Bane se apartó por fin.

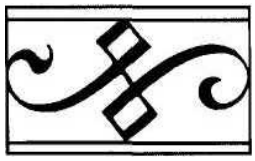
—Ya estoy preparado —anunció con excitación—. ¿Viajaremos en dragón? Esta noche ha sido la primera vez que he montado en uno. Supongo que tú debes de montarlos continuamente.

—Sí —consiguió decir Hugh—. Tengo un dragón en el patio. Si Su Alteza me sigue... —Cargado con los dos bultos, tomó en la mano la lámpara de la piedra luminosa.

—Conozco el camino —respondió el príncipe, abandonando la estancia.

Hugh lo siguió, y notó el contacto de las manos del chiquillo, suave y cálido contra su piel.

CAPÍTULO 7



MONASTERIO KIR, ISLAS VOLKARAN,
REINO MEDIO

Tres personas reunidas en una habitación ubicada en los pisos superiores del monasterio. La estancia había sido la celda de uno de los monjes y, por tanto, era fría, austera, pequeña y carente de ventanas. El trío —dos hombres y una mujer— se hallaba en el centro mismo de la reducida habitación. Uno de los hombres tenía un brazo en torno a los hombros de la mujer y ésta lo enlazaba por la cintura; los dos parecían sostenerse mutuamente, como si fueran a caerse de no apoyarse el uno en el otro. El tercero de los presentes se encontraba muy cerca de la pareja.

—Están preparándose para la marcha.

El mago tenía la cabeza ladeada, aunque no era su oído físico el que captaba el batir de las alas del dragón a través de los gruesos muros del monasterio.

—¡Se marcha! —comenzó a gemir la mujer, dando un paso adelante—. ¡Quiero volver a verlo! ¡Hijo mío! ¡Sólo una vez más!

—¡No, Ana! —La voz de Triano era severa; su mano asió la de la mujer y la apretó con fuerza—. Fueron precisos largos meses para romper el hechizo. ¡De esta manera es más sencillo! ¡Tienes que ser fuerte!

—¡Ojalá hayamos obrado bien! —sollozó la mujer, volviendo el rostro contra el hombro de su esposo.

—Deberías haberlos acompañado, Triano —dijo Stephen con voz áspera, aunque la mano con que acariciaba el cabello de su esposa era suave y cariñosa—. Aún estamos a tiempo.

—No, Majestad. Hemos estudiado este asunto largo y tendido. Nuestros planes están bien urdidos. Ahora, debemos llevarlos a cabo y rogar que los antepasados estén con nosotros y que todo salga como esperamos.

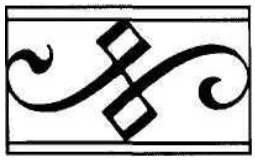
—¿Has advertido a ese..., Hugh?

—Un tipo duro como ese asesino a sueldo no me habría creído. No habría servido de nada y podría haber causado mucho daño. Ese hombre es el mejor. Es frío y despiadado. Debemos confiar en su habilidad y en su modo de ser.

—¿Y si fracasa?

—En ese caso, Majestad —respondió Triano con un leve suspiro—, deberemos prepararnos para afrontar el final.

CAPÍTULO 8



HET, DREVLIN,
REINO INFERIOR

Casi en el mismo instante en que Hugh colocaba su cabeza sobre el tajo en el patio de Ke'lith, otra ejecución —la del tristemente famoso Limbeck Aprietatuercas — se desarrollaba a miles de menkas{7} por debajo de las Volkaran, en la isla de Drevlin. En un principio, cualquiera habría pensado que ambas ejecuciones no tenían otra cosa en común que la coincidencia en el tiempo. Sin embargo, los hilos invisibles tejidos por la araña inmortal del destino se habían enroscado en torno al alma de aquellos dos reos extrañamente dispares y, de forma lenta e inexorable, iban a propiciar su encuentro.

La noche en que fue asesinado Rogar de Ke'lith, Limbeck Aprietatuercas se hallaba en su acogedora y desordenada vivienda de Het, la ciudad más antigua de Drevlin, preparando un discurso.

Limbeck era un geg, como éstos se denominaban a sí mismos. En los demás idiomas de Ariano, igual que en el mundo antiguo previo a la Separación, Limbeck y sus compatriotas recibían el nombre genérico de enanos. Limbeck levantaba del suelo unos respetables seis palmos (sin zapatos). Una barba abundante y despeinada adornaba su rostro, alegre y franco. Empezaba a tener un poco de barriga, algo inhabitual en un joven adulto geg pero que se debía al hecho de pasar gran parte de su tiempo sentado. Sus ojos eran brillantes, inquisitivos y terriblemente miopes.

Limbeck vivía en una pequeña caverna entre cientos de otras cavidades que formaban una especie de panal en un gran montículo de coralita situada en las afueras de Het. La caverna de Limbeck tenía ciertas diferencias con las de sus vecinos, lo cual parecía muy apropiado ya que el propio Limbeck era, sin duda, un geg fuera de lo corriente. Su caverna era más alta que las demás (el techo estaba casi al doble de la altura de un geg). Una plataforma especial, construida con planchas de madera nudosa, le permitía acceder al techo de la vivienda y disfrutar de otra de las rarezas de la caverna: las ventanas.

La mayoría de los gegs no precisaba ventanas pues las tormentas que azotaban la isla las hacían poco prácticas y, en general, los gegs se preocupaban más de lo que sucedía dentro que en el exterior. Con todo, algunos de los edificios originales de la ciudad —los construidos hacía tantísimo tiempo por los venerados y reverenciados dictores— contaban con ellas. Sus pequeños paneles de grueso cristal lleno de burbujas, colocados en los huecos abiertos en las sólidas paredes, estaban

perfectamente adaptados a la exposición permanente al viento, la lluvia y el granizo. Limbeck había requisado algunos de tales paneles de un edificio abandonado del centro de la ciudad y los había trasladado a su caverna. Con unas cuantas vueltas de un taladro que había pedido prestado, había procedido entonces a crear dos aberturas perfectas para sendas ventanas al nivel del suelo y otras cuatro cerca del techo.

Con esto, Limbeck había establecido la principal diferencia entre él y la mayoría de sus congéneres. Éstos sólo miraban hacia adentro, mientras que a él le gustaba contemplar el exterior, aunque sólo fuera para ver caer la lluvia torrencial, el granizo y los relámpagos o, en los breves períodos en que las tormentas remitían, las cubas y los serpentines zumbantes, y los deslumbrantes mecanismos internos de la Tumpa-chumpa.

Otro detalle de la vivienda de Limbeck hacía a ésta decididamente inconfundible. En la puerta de entrada, que se abría al interior del montículo y a sus calles interconectadas, había un rótulo con las letras UAPP pintadas en rojo.

En todos sus restantes aspectos, la vivienda era una típica morada geg. El mobiliario, funcional y confeccionado con los pocos materiales al alcance de los enanos, carecía de cualquier frivolidad decorativa. Nada de cuanto podía verse allí permanecía quieto. Los muros, suelos y techos de la confortable caverna se estremecían y temblaban siguiendo el latido, el martilleo, el zumbido, las crepitaciones y el estrépito de la Tumpa-chumpa, el objeto dominante..., la *fuerza* dominante en Drevlin.

A Limbeck, augusto líder de la UAPP, no le importaba el ruido. El estruendo lo tranquilizaba, pues llevaba oyéndolo, aunque más amortiguado, desde que aún estaba en el vientre de su madre. Los gegs reverenciaban el ruido, igual que veneraban la Tumpa-chumpa, pues sabían que, si cesaba el estruendo, su mundo se derrumbaría. Entre ellos, la muerte era conocida como el Perpetuo Silencio.

Envuelto por el reconfortante rechinar y retumbar, Limbeck se esforzaba en dar forma a su discurso. Las palabras acudían con fluidez a su cabeza, pero le costaba mucho esfuerzo trasladarlas al papel. Lo que sonaba grandioso, solemne y noble cuando surgía de sus labios, parecía trivial y pretencioso una vez puesto por escrito. Al menos, a Limbeck se lo parecía. Jarre siempre insistía en que era demasiado crítico consigo mismo y que sus escritos eran igual de interesantes que su oratoria. Sin embargo, cuando la oía decir tal cosa, Limbeck replicaba depositando un beso en su mejilla e insistiendo en que su opinión no era objetiva.

Limbeck repitió en voz alta lo que iba escribiendo, para oír cómo sonaban sus palabras. Como era muy miope y le resultaba difícil concentrarse cuando llevaba las gafas, Limbeck se las quitaba invariablemente cuando se ponía a escribir. Con el rostro casi pegado al papel mientras deslizaba la pluma línea a línea, el enano terminaba con más tinta en la nariz y en la barba de la que empleaba en redactar sus

escritos.

—Por tanto, nuestra intención como Unión de Adoradores para el Progreso y la Prosperidad es proporcionar a nuestro pueblo una vida mejor *ahora,* no en un tiempo futuro que tal vez no llegue nunca.

Limbeck, llevado de su entusiasmo, descargó el puño sobre la mesa y derramó un poco de tinta del recipiente que utilizaba como tintero. Un reguero de líquido azul se deslizó hacia el papel, amenazando con empapar el discurso. Limbeck cortó el paso de la tinta pasando el codo por la mesa y su túnica desgastada absorbió el líquido ávidamente. Como la tela había perdido hacía mucho tiempo el colorido que un día había tenido, la mancha en la manga representó una alegre mejora.

—Durante siglos, nuestros líderes han insistido en que fuimos enviados a este reino de las tormentas y el caos porque no se nos consideró merecedores de compartir las tierras superiores con los welfos. Nos han dicho que nosotros, que somos de carne y hueso, no podíamos aspirar a vivir en la tierra de los inmortales. Cuando seamos merecedores de ello, apuntan nuestros líderes, los welfos vendrán de Arriba y juzgarán nuestros actos y nos elevarán a los cielos. Mientras llega ese día, añaden, nuestra obligación es servir a la Tumpa-chumpa y aguardar la llegada del gran momento. Pero yo afirmo..., ¡afirmo que ese día nunca llegará!

En este punto, Limbeck alzó por encima de la cabeza su puño apretado y manchado de tinta. Luego, añadió:

—¡Afirmo que nos han mentido, que nuestros líderes viven en el engaño! Es lógico que el survisor jefe y los miembros de su truno hablen de aguardar al día del Juicio para que lleguen los cambios. Al fin y al cabo, ellos no necesitan mejorar sus condiciones de vida. El survisor y los suyos reciben el pago divino, pero ¿lo reparten igualitariamente entre nosotros, acaso? ¡No! ¡Al contrario, nos hacen pagar, y a un precio muy alto, el producto que nosotros mismos hemos obtenido con el sudor de nuestras frentes!

Limbeck decidió hacer una pausa en aquel punto para permitir que se alzaran los vítores y marcó el párrafo con una señal que quería ser una estrella.

—¡Es hora de alzarse y...!

Se interrumpió a media frase, creyendo haber oído un sonido extraño. Para los welfos que acudían cada mes en busca de su cargamento de agua, era un misterio cómo podía nadie en aquella tierra oír otra cosa que el ruido de la Tumpa-chumpa y el ulular y rugir de las tormentas que barrían Drevlin día a día. Sin embargo, los gegs, acostumbrados a los ruidos ensordecedores, prestaban a éstos la misma atención que un señor de los elfos de Tribus al murmullo de una corriente de aire entre las hojas de un árbol. Un geg podía dormir como un tronco en mitad de una furiosa tormenta y, en cambio, despertarse sobresaltado por el rumor de un ratón deambulando por la despensa.

Lo que había llamado la atención de Limbeck era el sonido de un grito lejano; sobresaltado por la inesperada interrupción, echó un vistazo al aparato de medir el tiempo —invento suyo— que tenía colocado en un hueco de la pared. Del artilugio, una compleja combinación de engranajes, ruedas y púas, soltaba cada hora una alubia que era recogida en un recipiente colocado debajo. Cada mañana, Limbeck vaciaba el recipiente de las alubias por un agujero situado en la parte superior del aparato e iniciaba la medición de la nueva jornada.

Incorporándose de un brinco, Limbeck acercó sus ojos miopes al recipiente, contó apresuradamente las alubias y emitió un gruñido. Llegaba tarde. Tomando un abrigo, se encaminó a la puerta cuando, de pronto, le vino a la cabeza la siguiente frase del discurso y decidió retrasar la marcha unos instantes para anotarla. Tomó asiento de nuevo y no volvió a acordarse de la cita. Feliz y embadurnado de tinta se perdió una vez más en su retórica.

—Nosotros, la Unión de Adoradores para el Progreso y la Prosperidad, propugnamos tres medidas: primera, que todos los expertos se reúnan y compartan sus conocimientos de la Tumpa-chumpa y aprendan su funcionamiento para convertirse en sus dueños y dejar de ser sus esclavos. (Señal para aplausos.) Segunda, que los adoradores dejen de esperar el día del Juicio y empiecen a trabajar desde ahora para mejorar la calidad de sus vidas actuales. (Otra señal.) Tercera, que los adoradores acudan al survisor y le exijan una participación justa en los ingresos obtenidos de los welfos. (Dos señales y un garabato.)

Al llegar a este punto, Limbeck emitió un suspiro. Sabía, por anteriores experiencias, que esta última medida sería la más popular entre los jóvenes gegs reacios a trabajar largas horas por una paga exigua. Pero también sabía que, de las tres, era la menos importante.

—¡Si ellos hubieran visto lo que yo! —Se lamentó Limbeck—. ¡Si supieran lo que yo sé! ¡Si pudiera revelárselo!

De nuevo, el sonido de un grito lejano interrumpió sus pensamientos. Alzando la cabeza, sonrió con indisimulado orgullo. El discurso de Jarre estaba teniendo su efecto habitual. «Ella no me necesita», reflexionó Limbeck, no con pena sino con la alegría de un maestro que se enorgullece al ver florecer a un alumno prometedor. Jarre lo estaba haciendo muy bien sin él. «Será mejor que continúe escribiendo y termine de una vez», añadió para sí.

Durante la hora siguiente, empapado de tinta y de inspiración, Limbeck permaneció tan absorto en su tarea que no volvió a oír las voces y, por tanto, no advirtió que cambiaban de tono y pasaban de gritos de aprobación a rugidos de cólera. Cuando, por fin, otro sonido distinto del monótono retumbar y chirriar de la Tumpa-chumpa atrajo su atención, fue el estruendo de un portazo. El sobresalto fue tremendo, pues el golpe sonó apenas a cinco palmos de su asiento.

Distinguió apenas una silueta oscura y borrosa a la que tomó por Jarre.

—¿Eres tú, querida? —preguntó.

Jarre jadeaba como si hubiera hecho más esfuerzo del debido. Limbeck se palpó los bolsillos en busca de las gafas, no las encontró y tanteó la mesa con una mano.

—He oído los vítores. El discurso de hoy te ha salido espléndido, a lo que parece. Lamento no haber asistido como te prometí, pero he estado ocupado... —señaló el papel con una mano salpicada de tinta.

Jarre se abalanzó sobre él. Los gegs son pequeños de estatura pero de constitución recia, con manos grandes y fuertes y una propensión a presentar mandíbulas cuadradas y hombros también cuadrados que les proporcionan un aspecto general de gran robustez. Hombres y mujeres gegs poseen pareja corpulencia, pues todos sirven a la Tumpa-chumpa hasta la edad de contraer matrimonio —en torno a los cuarenta ciclos—, momento en que se exige a ambos sexos que dejen su puesto de trabajo y se queden en sus casas para concebir y criar a la siguiente generación de adoradores de la Tumpa-chumpa. Jarre, que había servido a ésta desde los doce ciclos, era más fuerte que la mayor parte de las mujeres jóvenes. Limbeck, que no había servido a la máquina jamás, era bastante enclenque. En consecuencia, cuando Jarre se abalanzó sobre él, estuvo a punto de hacerlo caer de la silla.

—¿Qué sucede, querida? —preguntó Limbeck mientras la escrutaba con sus ojos miopes, consciente por primera vez de que *algo* estaba sucediendo—. ¿No te ha ido bien con el discurso?

—Sí, me ha ido bien. ¡Muy bien! —respondió Jarre, hundiendo las manos en la túnica harapienta y manchada de tinta de Limbeck e intentando obligar a éste a ponerse en pie—. ¡Vamos! ¡Es preciso que te saquemos de aquí!

—¿Ahora? —Protestó Limbeck con un parpadeo—. Pero mi discurso...

—Sí, es una buena idea. No debemos dejarlo aquí como prueba... —Desasiéndose de Limbeck, Jarre se apresuró a recoger las hojas de papel que constituían un producto de desecho de la Tumpa-chumpa (nadie sabía por qué) y empezó a guardarlas bajo la parte delantera de su vestido—. ¡Deprisa, no tenemos mucho tiempo! —Echó un rápido vistazo al habitáculo y añadió—: ¿Tienes alguna cosa más que debamos llevarnos?

—¿Prueba...? —Inquirió Limbeck, desconcertado, al tiempo que buscaba a tientas las gafas—. ¿Prueba de qué?

—De nuestra Unión de Adoradores —replicó Jarre con impaciencia. Ladeó la cabeza, escuchó con atención y corrió con expresión temerosa a asomarse a una de las ventanas.

—¡Pero, querida mía, si ésta es la sede central de la Unión! —empezó a protestar Limbeck, pero ella lo hizo callar con un siseo.

—¡Escucha! ¿Oyes eso? Ya vienen. —Alargó la mano, recogió las gafas de

Limbeck y con un gesto rápido se las colocó a éste en la nariz, donde se sostuvieron en un precario equilibrio—. Distingo sus linternas. Son los gardas. ¡No, por delante, no! ¡Por la puerta de atrás, por donde he entrado!

Jarre empezó a empujarlo para que se apresurara, pero Limbeck se detuvo y, cuando un geg se planta donde está, resulta casi imposible moverlo.

—No iré a ninguna parte, querida, hasta que me cuentes qué ha sucedido —declaró, mientras se ajustaba las gafas con gesto calmado.

Jarre se retorció las manos, pero conocía bien al geg que amaba. Limbeck tenía un carácter testarudo que ni siquiera la Tumpa-chumpa podría haber derrotado. La mujer había aprendido en ocasiones anteriores a vencer su terquedad actuando con gran rapidez, sin darle tiempo a pensar, pero comprobó enseguida que la estratagema no resultaría esta vez.

—¡Ah!, está bien —asintió exasperada, mientras volvía constantemente la vista hacia la puerta delantera—. Había una gran multitud en el mitin. Mucho mayor de la que esperábamos...

—Eso es estupen...

—No me interrumpas. No tenemos tiempo. Todos escuchaban mis palabras y..., ¡ah, Limbeck, ha sido tan maravilloso! —Pese al miedo y la impaciencia, a Jarre le refulgió la mirada—. Ha sido como aplicar una cerilla a un puñado de salitre. ¡El público se ha inflamado hasta estallar!

—¿Estallar? —Limbeck empezó a sentirse inquieto—. Querida mía, no queremos que se produzca ningún estallido.

—Eres tú quien no lo quería —replicó ella con desdén—. Pero ahora es demasiado tarde. El fuego ya está encendido y nos corresponde conducirlo, no intentar extinguirlo de nuevo. —Apretó los puños y echó hacia adelante su mentón cuadrado—. ¡Esta noche hemos atacado la Tumpa-chumpa!

—¡No!

Limbeck la miró, horrorizado. La noticia le produjo tal conmoción que, al instante, cayó sentado de nuevo en la silla.

—Sí, y creo; que le hemos causado un daño irreparable. —Jarre se sacudió la mata tupida de cabello moreno y rizado, que llevaba bastante corto—. Los gardas y algunos de los ofinistas salieron a perseguirnos, pero todos los nuestros escaparon. Los gardas no tardarán en acudir a la sede de la Unión en tu busca, querido, y por eso he venido para alejarte del peligro. ¡Escucha! —Llegó a sus oídos el sonido de unos golpes en la puerta principal y unas voces roncas que exigían a gritos que abriera la puerta—. ¡Ya están aquí! ¡Deprisa! Es probable que ignoren la existencia de la puerta trasera...

—¿Vienen a tomarme preso? —inquirió Limbeck, meditabundo.

A Jarre no le gustó la expresión de su rostro. Frunció el entrecejo y tiró de él,

tratando de que se pusiera en pie otra vez.

—Sí. Vámooos ya...

—Me llevarán a juicio, ¿verdad? —continuó Limbeck con voz pausada—. Muy probablemente, ante el propio survisor jefe...

—¿Qué estás pensando, Limbeck? —Jarre no tenía necesidad de preguntarlo: sabía muy bien qué se proponía—. ¡Causar daños a la Tumpa-chumpa se castiga con la muerte!

Limbeck hizo caso omiso del comentario, como si aquélla fuera una cuestión sin importancia. Las voces se hicieron más estentóreas y persistentes. Una de ellas pidió a gritos un hacha.

—¡Querida mía —declaró Limbeck—, por fin tendré el público que llevo buscando toda mi vida! ¡Ésta es nuestra oportunidad de oro! Piénsalo bien: ¡así podré presentar nuestra causa al survisor jefe y al Consejo de los Trunos! Estarán presentes cientos de gegs. Los cantores de noticias y el misor-ceptor...

El filo del hacha asomó a través de la puerta de madera. Jarre palideció.

—¡OH, Limbeck! ¡No hay tiempo para jugar a hacerte el mártir! ¡Por favor, vamonos de una vez!

El hacha se liberó, desapareció y cayó con un nuevo golpe sobre la puerta maltrecha.

—No, vete tú, querida —replicó Limbeck, besándola en la frente—. Yo me quedo. Estoy decidido.

—¡Entonces, yo me quedo también! —declaró Jarre con ferocidad, apretando la mano de Limbeck entre las suyas.

El hacha descargó sobre la puerta otro golpe, que hizo volar astillas por toda la estancia.

—¡No, no! —Limbeck sacudió la cabeza—. Tú debes continuar el trabajo en mi ausencia. Cuando mis palabras y mi ejemplo inflamen a los adoradores, debes estar allí para conducir la revolución.

—¡Oh, Limbeck! —Jarre titubeó—, ¿estás seguro?

—Sí, querida.

—Entonces, haré lo que dices. Pero te rescataremos. —Corrió hacia la salida, pero no pudo evitar detenerse allí para echar una última mirada a su espalda—. Cuídate —suplicó a Limbeck.

—Lo haré, querida mía. Ahora, ¡vete! —El geg hizo un gesto festivo con la mano.

Jarre le mandó un beso y desapareció por la salida de atrás en el mismo instante en que los gardas irrumpían por la puerta principal.

—Buscamos a un tal Limbeck Aprietatuercas —dijo uno de los gardas, cuya expresión solemne quedaba algo deslucida por el hecho de que no dejaba de sacarse

pequeñas astillas de la barba.

—Ya lo habéis encontrado —respondió Limbeck majestuosamente. Extendió los brazos al frente, juntó las muñecas y añadió—: Como adalid de mi pueblo, con gusto sufriré en su nombre cualquier tortura o indignidad. ¡Conducidme, pues, a vuestra mazmorra apestosa, infestada de ratas y embadurnada de sangre!

—¿Apestosa? —El garda pareció enfurecerse—. Debes saber que limpiamos nuestra cárcel con regularidad. En cuanto a las ratas, no se ha visto una de ellas en más de veinte años, ¿no es cierto, Fred? —Preguntó a un colega de gremio que irrumpía en aquel instante por la puerta rota—. Desde que trajimos el gato. Y ya hemos limpiado la sangre de anoche, cuando Durkin Tornero llegó con el labio partido tras una pelea con su esposa. ¡No tienes ningún motivo para insultar mi cárcel! —añadió ceñudo el garda.

—Yo..., lo siento mucho —balbució Limbeck, desconcertado—. No tenía idea...

—Bien, acompáñanos —replicó su interlocutor—. ¿Por qué juntas las manos así, delante de mi rostro?

—¿No vas a esposarme, a atarme de pies y manos?

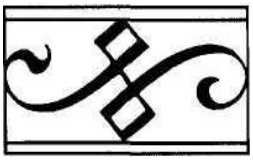
—¿Cómo caminarías, entonces? ¡No esperarás que te llevemos en andas! —El garda hizo un gesto de desdén—. Vaya espectáculo daríamos, cargando contigo por las calles... Y no eres un peso ligero, precisamente. Baja las manos. Las únicas esposas que teníamos dejaron de usarse hace unos treinta años. Seguimos empleándolas cuando algún joven se porta mal; a veces, un padre las pide prestadas para atemorizar al chiquillo revoltoso.

Limbeck, a quien tantas veces habían amenazado con los grilletes en su turbulenta infancia, quedó anonadado.

«Otra fantasía infantil que vuela», se dijo con tristeza al tiempo que se dejaba conducir a la prosaica prisión patrullada por los gatos.

El martirio no empezaba nada bien.

CAPÍTULO 9



DE HET A WOMBE, DREVLIN,
REINO INFERIOR

Limbeck aguardaba con expectación el viaje a través de Drevlin hasta Wombe, la capital, a bordo de la centella rodante. Hasta aquel momento, jamás había montado en la centella. Nadie de su truno lo había hecho y entre la multitud corrían abundantes murmuraciones respecto a que un delincuente común gozara de privilegios que les estaban negados a los ciudadanos normales.

Algo dolido al oírse llamar delincuente común, Limbeck ascendió los peldaños y penetró en lo que parecía una caja de reluciente latón, dotada de ventanas y apoyada en numerosas ruedas que corrían por unos raíles metálicos. Sacó las gafas del bolsillo, ajustó las frágiles patillas de alambre tras las orejas y contempló a la multitud. Localizó enseguida a Jarre, aunque ésta tenía la cabeza y el rostro ocultos bajo la sombra de una voluminosa capa. Era demasiado arriesgado intentar establecer un diálogo por señas, pero Limbeck consideró que no sucedería nada si se llevaba sus gruesos dedos a los labios y le enviaba un breve beso.

Llamó su atención una pareja que permanecía apartada de los demás en el otro extremo del andén y le sorprendió comprobar que se trataba de sus padres. Al principio, lo conmovió pensar que habían acudido a despedirlo. Sin embargo, una ojeada al rostro sonriente de su padre, semioculto bajo una enorme bufanda que llevaba en torno al cuello para asegurarse de que nadie lo reconocía, llevó a Limbeck a pensar que no estaban allí por amor a él, sino, probablemente, para cerciorarse de que veían por última vez a un hijo que no les había traído más que líos y descrédito. Con un suspiro, Limbeck se acomodó en el asiento de madera.

El conductor del vehículo, conocido popularmente como el centellero, echó un vistazo a Limbeck y al garda que lo acompañaba, los dos pasajeros que ocupaban el único compartimiento. Aquella inhabitual parada en la estación de Het le había hecho acumular un considerable retraso sobre el horario y no quería perder más tiempo. Al observar que Limbeck empezaba a ponerse en pie —el enano creyó ver entre la gente a su antiguo maestro—, el centellero se echó por encima de los hombros las dos trenzas de su barba, cuidadosamente partida en el mentón; a continuación, agarró dos de las numerosas clavijas metálicas que tenía ante sí y tiró de ellas. Varias mordazas de metal que sobresalían del techo del compartimiento se elevaron desde éste y se cerraron en torno a un cable suspendido encima del vehículo. Se produjo un chispazo azulado, un silbato dejó oír su voz aguda y potente y, entre chisporroteos y zumbidos

eléctricos, la centella rodante arrancó con una sacudida.

La caja de metal se meció y cabeceó adelante y atrás. Las mordazas que se agarraban al cable encima de los viajeros despedían alarmantes chispas, pero el centellero no pareció inmutarse. Asió otra de las clavijas metálicas, la empujó hasta hundirla en la pared y el vehículo adquirió más velocidad. Limbeck pensó que en su vida había experimentado una sensación tan maravillosa.

La centella rodante había sido creada mucho tiempo atrás por los dictores para su empleo en la Tumpa-chumpa. Una vez que los dictores desaparecieron misteriosamente, la propia máquina se hizo cargo de su funcionamiento y mantuvo con vida aquel medio de transporte igual que se mantenía operativa ella misma. La vida de los gegs estaba destinada a servir a ambas.

Todos los gegs pertenecían a algún truno, es decir, formaban pare de un clan que había vivido en la misma ciudad y había adorado a la misma parte de la Tumpa-chumpa desde que los dictores llevaran por primera vez a los enanos a aquel mundo. Cada geg realizaba la misma tarea que había desempeñado su padre, y el padre de éste, y el padre del abuelo, antes que él.

Los gegs realizaron su trabajo a conciencia. Eran competentes, hábiles y expertos, pero carentes de imaginación. Cada uno sabía servir a la Tumpa-chumpa en el puesto que tenía asignado y no mostraba el menor interés por las demás partes de la máquina. Más aún, ninguno se cuestionaba las razones para hacer lo que hacía. Por qué había que girar la rueda, por qué no debía permitirse que la flecha negra del silbato apuntara nunca hacia la zona roja, por qué había de tirar del tirador, pulsar el pulsador o girar la manivela, eran preguntas que no se le pasaban por la cabeza al geg corriente. Pero Limbeck no era un geg corriente.

Ahondar en los «cómo» y los «porqué» de la gran Tumpa-chumpa era una blasfemia y atraía la cólera de los ofinistas, que constituían la casta sacerdotal de Drevlin. La máxima ambición de la mayoría de los gegs era llevar a cabo su acto de adoración según las enseñanzas de los maestros de su truno, y realizarlo satisfactoriamente. Esto les habría de proporcionar, a ellos o a sus hijos, un lugar en los reinos superiores. Pero Limbeck no se daba por satisfecho con ello.

Cuando pasó la novedad de moverse a una velocidad tan tremenda, el viaje en la centella empezó a resultarle muy deprimente. La lluvia batía contra las ventanas. Unos relámpagos naturales —no los rayos azulados que creaba la Tumpa-chumpa— descendían de las nubes turbulentas y en ocasiones afectaban a los chisporroteos azules del vehículo, haciendo que la caja metálica saltara y vibrara. En el techo del compartimiento se oyó el repiqueteo del granizo. Desplazándose alrededor, debajo, encima y a través de enormes secciones de la Tumpa-chumpa, la centella parecía estar exhibiendo presuntuosamente —al menos, a los ojos de Limbeck— el grado de esclavitud de los gegs.

Las llamas de unos hornos gigantescos iluminaban la penumbra opresiva y permanente. Bajo su resplandor, Limbeck observó a sus congéneres —apenas unas sombras oscuras y achaparradas recortadas contra el fuego deslumbrante— atendiendo las necesidades de la Tumpa-chumpa. La visión despertó en él una rabia que, advirtió compungido, había arrinconado y casi había dejado extinguirse en su interior mientras se dejaba absorber por la tarea de organizar la UAPP.

Se alegró de volverla a experimentar, de aceptar la energía que le proporcionaba, y empezó a meditar sobre cómo trasladar aquel sentimiento a su alegato cuando un comentario de su acompañante interrumpió momentáneamente sus pensamientos.

—¿Qué has dicho? —preguntó.

—Digo que es hermosa, ¿verdad? —repitió el garda, contemplando la Tumpa-chumpa con admiración y respeto.

«Esto ya es demasiado», pensó Limbeck completamente indignado. «Cuando me conduzcan ante el survisor jefe, contaré a todos la verdad...»

—¡Fuera! —Gritó el maestro, con la barba erizada de cólera—. ¡Vete de aquí, Limbeck Aprietatuercas, y que nunca vuelva a ver por esta escuela tus ojos miopes!

—No entiendo por qué se ha molestado así —replicó el joven Limbeck mientras se ponía en pie.

—¡Fuera! —aulló el geg.

—Era una pregunta perfectamente lógica.

La visión de su instructor abalanzándose hacia él y blandiendo una llave de tuerca en la mano hizo que el alumno emprendiera una rápida e indecorosa retirada hasta salir del aula. Limbeck, del decimocuarto gremio, abandonó la escuela de la Tumpa-chumpa con tales prisas que no le dio tiempo a ponerse las gafas y, en consecuencia, cuando llegó a la rechinante rueda roja, se equivocó de dirección. Las salidas estaban señaladas, por supuesto, pero Limbeck era tan corto de vista que no distinguió el rótulo. Abrió la puerta que, creía, daba paso al corredor que conducía a la plaza del mercado, recibió el viento en pleno rostro como una bofetada y se dio cuenta de que aquella puerta se abría en realidad al Exterior.

El joven geg no había estado nunca en el Exterior. Debido a las temibles tormentas que barrían la tierra al ritmo medio de dos por hora, nadie abandonaba nunca el refugio de la ciudad y la reconfortante presencia de la Tumpa-chumpa. Repletos de túneles, pasadizos cubiertos y senderos subterráneos, los pueblos y ciudades de Drevlin estaban construidos de tal modo que los gegs podían recorrerlos durante meses sin que mojara su rostro una sola gota de lluvia. Quienes tenían que viajar por la superficie utilizaban la centella rodante o los gegavadores. Pocos gegs salían alguna vez al Exterior caminando.

Limbeck titubeó en el umbral de la puerta, escrutando con sus ojos miopes el paisaje bañado por la lluvia y barrido por el viento. Aunque éste soplaba con fuerza,

en aquel momento se producía una pausa entre dos tormentas y se filtraba entre las nubes perpetuas una débil luz grisácea que, en Drevlin, era lo más parecido a un día despejado y radiante bajo los rayos de Solarus. La luz daba un aspecto encantador al paisaje de la isla, habitualmente lóbrego, y titilaba y parpadeaba sobre las numerosas palancas, ruedas y mecanismos de la Tumpa-chumpa, que giraban, rodaban y se movían arriba y abajo incansablemente, mientras las nubes de vapor se alzaban hasta unirse a sus hermanas en el cielo. El resplandor mortecino hacía que la superficie de Drevlin, melancólica y deslustrada, llena de grietas y montones de escoria y hoyos y zanjas, pareciera casi atractiva, sobre todo, cuando lo único que alcanzaba a ver el espectador era una especie de suave y borroso contorno de color fango.

Limbeck advirtió inmediatamente que se había equivocado de camino. Sabía que debía volver atrás, pero el único lugar al que podía acudir era su casa y estaba seguro de que, para entonces, ya habría llegado a oídos de sus padres la noticia de que lo habían expulsado de la escuela de la Tumpa-chumpa. Exponerse a los terrores del Exterior le resultaba mucho más atractivo que afrontar la cólera de su padre, de modo que, sin pensarlo más, traspasó el umbral y cerró la puerta de golpe a sus espaldas.

Aprender a caminar por el fango fue toda una experiencia en sí misma. Al dar el tercer paso, resbaló y cayó pesadamente en el cieno. Cuando se incorporó, descubrió que una de sus botas estaba atascada y necesitó todas sus fuerzas para sacarla. Escudriñó el terreno en penumbra y llegó a la conclusión de que los montones de escoria tal vez le proporcionarían un apoyo más firme. Avanzó chapoteando entre el fango hasta alcanzar al fin las pilas de coralita que dejaban a su paso las potentes palas excavadoras de la Tumpa-chumpa. Al escalar la superficie dura y compacta de la coralita, advirtió complacido que había acertado: era mucho más fácil caminar sobre ella que por el barrizal.

También se dijo que la vista debía de ser espectacular y pensó que era preciso contemplarla. Sacó las gafas del bolsillo, se las colgó de la nariz y miró a su alrededor.

En las planicies de Dravlin se alzaban las chimeneas y los tanques contenedores, las antenas productoras de rayos y las enormes ruedas en movimiento de Tumpa-chumpa, muchas de cuyas estructuras se alzaban a tal altura que sus extremos humeantes se perdían entre las nubes. Limbeck observó con temor y respeto la Tumpa-chumpa. Cuando uno servía sólo a una parte de aquella gigantesca creación, tendía a concentrarse únicamente en esa parte y perdía de vista el conjunto. A Limbeck le vino a la cabeza el viejo dicho de que los dientes no le dejan a uno ver la rueda.

«¿Por qué?», se preguntó (por cierto, era la misma pregunta que había provocado su expulsión de la escuela). « ¿Por qué está aquí la Tumpa-chumpa? ¿Por qué la construyeron los dictores, para luego dejarla aquí? ¿Por qué vienen y van cada mes

los inmortales welfos, sin cumplir jamás con la promesa de elevarnos a los refulgentes reinos superiores? ¿Por qué? ¿Por qué?»

Las preguntas martillearon en la cabeza de Limbeck hasta que los resonantes porqués, las ráfagas de viento o la propia visión de la mole reluciente de la Tumpa-chumpa, o las tres cosas a la vez, empezaron a aturdirlo. Parpadeando, se quitó las gafas y se frotó los ojos. En el horizonte se cerraban las nubes, pero el geg calculó que aún quedaba algún tiempo hasta que descargara la siguiente tormenta. Si volvía ahora a casa, una tormenta muy distinta caería sobre él, de modo que decidió continuar explorando.

Temiendo romperse sus preciadas gafas en alguna caída, Limbeck las guardó cuidadosamente en el bolsillo de la camisa y empezó a abrirse paso por el montón de escoria. Los gegs —pequeños, robustos y hábiles de movimientos— caminan con gran seguridad. Deambulan por estrechos pasadizos construidos a cientos de metros de altura sin que se les mueva un pelo de la barba. Cuando desean trasladarse de un nivel a otro, suelen agarrarse a los dientes de una de las enormes ruedas y elevarse con ellas, colgados de las manos, desde el fondo hasta la altura deseada. Pese a su deficiente vista, Limbeck descubrió muy pronto el mejor modo de atravesar las pilas de coralita cuarteada y fragmentada.

Ya estaba moviéndose con soltura y avanzando bastante deprisa, cuando pisó un terrón suelto que se movió y lo hizo trastabillar. Tras ello, tuvo que concentrarse en vigilar dónde ponía el pie y, sin duda, fue ésta la causa de que olvidara vigilar la proximidad de las nubes. Sólo se acordó de la tormenta cuando una racha de viento casi lo derribó y unas gotas de lluvia le cayeron en los ojos.

Se apresuró a sacar las gafas, ponérselas y mirar a su alrededor. Sin darse cuenta, había caminado un trecho considerable. Las nubes se cerraban ya sobre él, el abrigo de la Tumpa-chumpa estaba a cierta distancia y volver sobre sus pasos entre la coralita rota le iba a llevar un buen rato. Las tormentas de Drevlin eran feroces y peligrosas. Limbeck observó en la coralita hoyos ennegrecidos donde habían impactado los relámpagos. Si no le caía encima un rayo, sin duda lo alcanzaría el gigantesco pedrisco que lo acompañaba y el geg empezaba ya a pensar que no tendría que preocuparse nunca más por presentarse ante su padre cuando, dando la vuelta en redondo, vio *algo* de gran tamaño en el horizonte, que se estaba tornando negro rápidamente.

Desde la distancia a la que se hallaba no podía precisar qué era aquel *algo* (sus gafas estaban chorreando agua), pero cabía la esperanza de que pudiera ofrecerle refugio de la tormenta. Sin quitarse las gafas pues sabía que las necesitaba para localizar el objeto, Limbeck avanzó tambaleante por los montones de escoria.

Había empezado a llover y pronto advirtió que veía mejor sin gafas que con ellas, de modo que se las quitó. El objeto no era ahora más que una silueta borrosa frente a

él, pero la silueta se agrandaba cada vez más, señal de que se estaba acercando. Sin las gafas, Limbeck continuó sin distinguir de qué se trataba hasta que lo tuvo justo delante.

—¡Una nave welfa! —exclamó con un jadeo.

Aunque no había visto nunca ninguna, reconoció la nave al instante por las descripciones que había escuchado. Construida con piel de dragón tensada sobre madera y dotada de enormes alas que la mantenían suspendida en el aire, la nave tenía un aspecto y un tamaño monstruosos. El poder mágico de los welfos la hacía flotar para transportarse desde los cielos hasta el Reino Inferior donde vivían los gegs.

Pero aquella nave no volaba ni flotaba. Estaba apoyada en el suelo y Limbeck, contemplándola con sus ojos miopes a través de la lluvia torrencial, habría jurado que estaba rota —si tal cosa era posible en una nave de los welfos inmortales—. Varias piezas de madera astillada sobresalían formando extraños ángulos y la piel de dragón estaba desgarrada, mostrando grandes agujeros.

El estallido de un relámpago muy cerca de él, y el trueno posterior, le recordaron el peligro que corría, así que se apresuró a saltar por uno de los huecos abiertos en el costado de la nave.

Un olor pestilente le provocó náuseas.

«¡Uf!» Se llevó la mano a la nariz. «Me recuerda la vez en que una rata se metió en la chimenea y murió. Me pregunto qué causará este hedor.»

La tormenta se había desatado y la oscuridad en el interior de la nave era casi absoluta. Sin embargo, los relámpagos eran casi continuos y proporcionaban breves destellos de luz antes de que la nave quedara sumergida de nuevo en tinieblas.

La luz no fue de mucha ayuda a Limbeck. Tampoco las gafas, cuando se acordó de ponérselas. El interior de la nave era extraño y no le encontró ningún sentido. Fue incapaz de distinguir la parte superior de la inferior o de decir qué era el suelo y qué un tabique. Había varios objetos esparcidos a su alrededor, pero el geg no supo qué eran ni para qué servían y se mostró reacio a tocarlos. En el fondo de su cabeza, tenía miedo de que, si perturbaba algo de la extraña nave, ésta se elevara de pronto y desapareciera con él. Y, aunque la idea de tal aventura resultaba emocionante, Limbeck sabía que si su padre ya se había mostrado furioso en otras ocasiones, sin duda soltaría espumarajos por la boca si se enteraba de que su hijo había molestado de alguna manera a los welfos.

Limbeck decidió quedarse cerca de la salida, tapándose la nariz con los dedos, hasta que pasara la tormenta y pudiese regresar a Het. Sin embargo, los «porqués», los «cómo» y los «cuándo» que continuamente le creaban problemas en la escuela empezaron a darle vueltas en la cabeza.

—Qué serán esos bultos —murmuró, observando varios contornos borrosos de

aspecto fascinante esparcidos por el suelo unos palmos delante de él.

Se acercó con cautela. No parecían peligrosos. De hecho, tenía aspecto de...

—¡Libros! —Exclamó con asombro—. Igual que esos con los que el viejo escribiente me enseñó a leer.

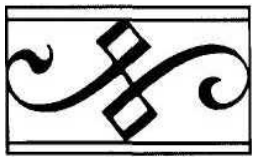
Antes de que Limbeck se diera cuenta cabal de lo que estaba sucediendo, el « ¿porqué?» lo empujó hacia adelante.

Estaba muy cerca de los objetos y comprobó, con creciente expectación, que efectivamente eran libros. Entonces, su pie tocó algo blando y húmedo. Se inclinó, sufriendo arcadas debido a la pestilencia, y aguardó a que un nuevo rayo iluminara el obstáculo.

Horrorizado, observó que se trataba de un cadáver ensangrentado y descompuesto...

—¡Eh, despierta! —dijo el garda, dando un codazo en el costado a Limbeck—. La siguiente parada es Wombe.

CAPÍTULO 10



WOMBE, DREVLIN,
REINO INFERIOR

En Drevlin, un ratero vulgar habría sido llevado ante el survisor local para ser juzgado. Pequeños maleantes, borrachos pendencieros y esporádicos alborotadores eran considerados bajo la jurisdicción del líder del propio truno del acusado. Sin embargo, un delito contra la Tumpa-Chumpa era considerado alta traición y era preciso que el acusado fuese presentado ante el survisor jefe.

El survisor jefe era el líder del truno más importante de Drevlin; al menos, así era cómo se veían sus miembros y cómo consideraban que los demás clanes gegs debían verlos. Era su truno el que estaba a cargo de la Palma, el altar sagrado donde, una vez al mes, los welfos descendían de los cielos en sus poderosas naves dragón aladas y aceptaban el homenaje de los gegs, ofrecido en forma de sagrada agua. A cambio, los welfos repartían «bendiciones» antes de partir.

Wombe, la capital, era muy moderna en comparación con otras ciudades de Drevlin. Pocos de los edificios originales construidos por los dictores permanecían en pie. La Tumpa-chumpa, necesitada de espacio, los había derruido para crecer sobre sus restos, destruyendo con ello muchas de las viviendas de los gegs. Sin intimidarse, los gegs se habían limitado a trasladarse a secciones de la Tumpa-chumpa que ésta había abandonado. Vivir en la Tumpa-chumpa era considerado muy elegante. El propio survisor jefe tenía una casa en lo que una vez había sido un tanque de almacenamiento.

El survisor jefe celebraba sesión en el interior de un edificio conocido como la Factría. Esta, una de las construcciones más grandes de Drevlin, estaba hecha de hierro y acero ondulado y, según la leyenda, era el lugar de nacimiento de la Tumpa-chumpa. La Factría estaba abandonada desde hacía mucho tiempo y demolida en parte, pues la Tumpa-chumpa, como un parásito, se había alimentado de lo que la había hecho nacer. Con todo, aquí y allá, silencioso y fantasmal bajo la luz espectral de los reflectores, se veía el esqueleto de una grúa como una garra.

La Factría era un lugar sagrado para los gegs. No sólo era el lugar de nacimiento de la Tumpa-chumpa, sino que era allí donde se encontraba el icono más venerado de los gegs: la estatua metálica de un dictor. La estatua, que representaba la figura de un hombre con túnica y capucha, era más alta que los gegs y considerablemente más delgada. El rostro había sido esculpido de tal forma que quedaba oscurecido por la capucha. Se apreciaba un esbozo de nariz y el contorno de unos labios y de unos

pómulos prominentes; el resto se difuminaba en el metal. El dictor sostenía en una de las manos un enorme globo ocular que miraba al frente. El otro brazo, en una postura forzada, aparecía doblado por el codo.

En una tarima elevada junto a la estatua del dictor había una silla alta rellena de cojines, construida obviamente para gentes de dimensiones muy distintas de las de un geg, pues el asiento quedaba casi a la altura de la cabeza de un geg, el respaldo era casi tan alto como el dictor y toda ella era estrecha en extremo. La silla constituía el trono ceremonial del survisor jefe, quien acomodaba en ella su grueso corpachón en las ocasiones de gran pompa. El cuerpo del survisor sobresalía por los costados del asiento y sus pies colgaban en el aire a buena altura sobre la tarima, pero estos detalles menores no desmerecían en absoluto su dignidad.

El gentío que había acudido a presencia del survisor estaba sentado con las piernas cruzadas sobre el suelo de cemento bajo la tarima, encaramado a viejos vástagos de la Tumpa-chumpa o asomado a las galerías que daban sobre el piso principal. Ese día, una multitud considerable se había congregado en la Factría para presenciar el juicio de aquel geg que tenía fama de problemático y a quien se consideraba líder de un grupo rebelde e insurrecto que, finalmente, había llegado al extremo de causar daños en la Tumpa-chumpa. Estaban presentes la mayoría de los trunos de noche de cada sector y también los gegs de más de cuarenta ciclos que ya habían dejado de trabajar en la Tumpa-chumpa y se encontraban en sus casas, criando a sus hijos. La Factría estaba abarrotada por encima de su capacidad y los que no podían ver o escuchar directamente eran informados de lo que sucedía mediante el misor-ceptor, un medio de comunicación sagrado y misterioso desarrollado por los dictores.

Un toque de silbato, repetido por tres veces, logró imponer un relativo silencio. Por supuesto, sólo callaron los gegs; la Tumpa-chumpa no se inmutó. Los prolegómenos estuvieron salpicados de golpes, martilleos, siseos y crujidos metálicos, esporádicos estampidos de truenos y ráfagas silbantes de viento del Exterior. Acostumbrados a tales ruidos, los gegs consideraron que se había hecho el silencio y que la ceremonia de Justiz podía iniciarse.

Dos gegs con la cara rasurada, uno pintado de negro y el otro de blanco, aparecieron de detrás de la estatua del dictor, donde habían esperado a que sonara la señal. Entre los dos sostenían una gran plancha de metal. Después de recorrer la multitud con una mirada severa para comprobar que todo estaba en orden, los dos gegs empezaron a sacudir enérgicamente el metal, creando el efecto de un trueno.

Los truenos reales no impresionaban en absoluto a los gegs, que los escuchaban todos los días de su vida. El trueno artificial que se extendió por la Factría por el misor-ceptor sonó misterioso y sobrenatural y provocó jadeos de temor y murmullos de admiración en la multitud. Cuando se desvanecieron las últimas vibraciones de la

plancha metálica, hizo acto de presencia el survisor jefe.

Éste, un geg de unos sesenta ciclos, pertenecía al clan más rico y poderoso de Drevlin, los Estibadores. Su familia había ejercido el cargo de survisor jefe durante varias generaciones, pese a los intentos de los Gruistas por arrebatárselo. Darral Estibador había entregado sus ciclos de servicio a la Tumpa-chumpa antes de asumir los deberes de su cargo a la muerte de su padre. Darral era un geg astuto, nada estúpido, y, si había enriquecido a su propio clan a expensas de otros, no había hecho sino continuar una tradición largamente arraigada en Drevlin.

El survisor jefe Darral vestía la indumentaria de trabajo normal de los gegs: unos calzones anchos que caían sobre unas botas gruesas y pesadas y un guardapolvo de cuello alto que le iba algo justo en su robusta caja torácica. Esta ropa sencilla quedaba rematada por una incongruente corona de hierro forjado, regalo de la Tumpa-chumpa, que constituía el orgullo del survisor jefe (pese a que, a los quince minutos de llevarla, le producía un intenso dolor de cabeza).

En torno a los hombros llevaba una capa confeccionada con grandes plumas de pájaro de feo aspecto —plumas de tiero—, un regalo de los welfos que simbolizaba el deseo de los gegs de volar hasta el cielo. Además de la capa de plumas, que sólo aparecía en las sesiones de Justiz, el survisor jefe llevaba el rostro pintado de gris, una mezcla simbólica de las caras blanca y negra de los guardianes geg, que se situaron a ambos lados de él, con la que se pretendía demostrar a los gegs que Darral era neutral en todas las cosas.

El survisor sostenía en la mano una larga vara de la que colgaba una cola larga, terminada en horquilla. A una señal de Darral, uno de los guardianes tomó el extremo de esa cola y la introdujo con gesto reverente en la base de la estatua, mientras murmuraba palabras de alabanza al dictor. Una bola alargada de vidrio fijada en el extremo de la vara emitió un siseo y un chisporroteo alarmantes por un momento y luego empezó a brillar mortecinamente con una luz blanco azulada.

Los gegs hicieron comentarios elogiosos y muchos padres llamaron la atención de sus hijos a otras luces similares que colgaban del techo boca abajo, como murciélagos, e iluminaban la oscuridad barrida por las tormentas donde se hallaban los gegs.

Cuando los murmullos se acallaron de nuevo, hubo una pequeña espera hasta que remitió una serie de estampido especialmente violentos de la Tumpa-chumpa. A continuación, el survisor jefe inició su alocución.

Volviéndose hacia la estatua del dictor, alzó la vara luminosa.

—Invoco a los dictores para que desciendan de su elevado reino y nos guíen con su sabiduría al iniciar el juicio en el día de hoy.

No es preciso decir que los dictores no respondieron a la llamada del survisor jefe. Nada sorprendido ante el silencio —los gegs se habrían llevado un tremendo

sobresalto si alguien hubiera contestado a la invocación— el survisor jefe, Darral Estibador, determinó que era su deber, por ausencia, presidir el juicio.

Y así lo hizo, encaramándose a la silla con la ayuda de los dos guardianes y de un taburete.

Una vez colocado en el incomodísimo asiento, el survisor jefe indicó con un gesto que llevaran a su presencia al prisionero, con la secreta esperanza (por el bien de su torturado trasero y de su cabeza, ya dolorida) de que fuera un juicio rápido.

Un joven geg de unos veinticinco ciclos, que llevaba unos gruesos fragmentos de vidrio colgados de la nariz y un gran puñado de papeles en la mano, se adelantó respetuosamente hacia el estrado que ocupaba el survisor. Darral, con los ojos entrecerrados y cargados de suspicacia, contempló los fragmentos de vidrio que cubrían los ojos del joven geg. Estuvo a punto de preguntar qué era aquello, pero de inmediato recordó que se suponía que un survisor jefe lo sabía todo. Irritado, descargó su frustración sobre los guardianes.

—¿Dónde está el prisionero? —rugió—. ¿A qué se debe el retraso?

—Si el survisor jefe me perdona, el prisionero soy yo —dijo Limbeck, ruborizándose de vergüenza.

—¿Tú? —El survisor jefe frunció el entrecejo—. ¿Dónde está tu Voz?

—Si el survisor me permite, yo soy mi propia Voz, Seoría —replicó Limbeck con humildad.

—Todo esto es muy irregular, ¿no es cierto? —inquirió Darral a los guardianes, que parecieron perplejos al oír que se dirigía a ellos de aquel modo; su única respuesta fue encogerse de hombros ofreciendo, con el rostro pintado, un aspecto de increíble estupidez. El survisor resopló y buscó ayuda en otra dirección.

—¿Dónde está la Voz de la Acusación?

—Tengo el honor de ser la Voz Acusadora, Seoría —respondió una geg de mediana edad cuya voz chillona resultaba claramente audible sobre el distante retumbar de la Tumpa-chumpa.

—¿Se..., se ha hecho eso alguna vez? —El survisor, a falta de palabras, señaló a Limbeck con una mano.

—Es irregular, Seoría —replicó la geg, adelantándose y clavando en Limbeck una torva mirada de desaprobación—, pero tendrá que valer. Para ser sincera, Seoría, no encontraríamos a nadie dispuesto a defender al prisionero.

—¿De veras? —El survisor jefe se animó. Se sentía inmensamente contento. El juicio prometía ser *muy* corto—. Entonces, prosigamos.

La geg hizo una reverencia y regresó a su silla, tras una mesa construida con un bidón metálico oxidado. La Voz de la Acusación iba vestida con una falda larga{8} y un guardapolvo ceñido a la cintura. Llevaba el cabello, de color gris acero, recogido en un moño sobre la nuca y sujeto con varias horquillas largas, de aspecto

formidable. Era una mujer de espalda erguida, cuello erguido y labios apretados que, para gran incomodidad de Limbeck, le recordaba a su madre.

Mientras ocupaba su asiento tras otro bidón metálico que le servía de mesa, Limbeck se sintió rebosante de confianza y advirtió de pronto que estaba dejando un rastro de barro por todo el suelo.

La Voz de la Acusación llamó la atención del survisor jefe hacia el varón geg sentado junto a ella.

—El ofinista jefe representará a la Iglesia en este asunto, Seoría —anunció.

El ofinista jefe llevaba una camisa blanca bastante gastada con el cuello almidonado y las mangas demasiado largas, calzones atados con cintas deslustradas por debajo de las rodillas, medias altas y zapatos en lugar de botas. Se puso en pie y saludó con aire digno.

El survisor jefe hundió la cabeza en los hombros y se resolvió en la silla, incómodo. No era frecuente que la Iglesia participara en un juicio, y menos aún que formara parte de la Acusación. Darral debería haber sabido que su santurrón cuñado estaría metido en aquello, ya que atacar la Tumpa-chumpa era un crimen blasfemo. El survisor jefe veía con suspicacia y preocupación a la Iglesia en general y a su cuñado, en particular. Sabía que éste se consideraba más capaz que él para dirigir adecuadamente a la nación. ¡Muy bien!, se dijo Darral: no iba a darle la oportunidad de decir lo mismo respecto a aquel juicio. Dirigió una fría mirada a Limbeck y, acto seguido, una benevolente sonrisa a la Acusación.

—Presenta tus alegaciones.

La Voz Acusadora afirmó que, desde hacía algunos años, la Unión de Adoradores para el Progreso y la Prosperidad (pronunció el nombre en un tono de voz grave y desaprobador) se habían convertido en una molestia en varias ciudades pequeñas entre los trunos del norte y del este.

—Su líder, Limbeck Aprietatuercas, es un conocido alborotador. Desde la infancia ha sido fuente de preocupaciones, disgustos y pesares para sus padres. Por ejemplo, con la ayuda de un anciano ofinista descamado, el joven Limbeck aprendió a leer y a escribir.

El survisor jefe aprovechó la ocasión para dirigir una mirada de reproche al ofinista jefe.

—¡Enseñarle a leer! ¡Un ofinista! —exclamó, alterado. Únicamente los ofinistas aprendían a leer y escribir, para poder transmitir al pueblo la Palabra de los Dictores, contenida en el Manal de Trucciones. Se consideraba que ningún otro geg tenía tiempo de molestarse en tal tontería.

Se escucharon murmullos en la sala. Los padres mostraban el ejemplo de Limbeck a aquellos de sus hijos que estuvieran tentados de seguir su espinoso camino.

El ofinista jefe se sonrojó, con aspecto de sentirse profundamente mortificado ante aquel pecado cometido por un colega. Darral, con una sonrisa pese al dolor de cabeza, movió el trasero dolorido en la silla. Aunque la nueva postura no era más cómoda, se sintió mejor ante la satisfactoria certeza de que vencía por uno a cero en la competición con su cuñado.

Limbeck miró a su alrededor con una sonrisa de ligero placer, como si le divirtiera revivir los días de su infancia.

—Su siguiente fechoría les rompió el corazón a sus padres —continuó la Voz Acusadora con severidad—. Estaba matriculado en la Escuela de Prentices de Aprietatuercas y un nefasto día, en clase, el acusado Limbeck... —hizo una pausa señalándolo con mano temblorosa— ¡... se levantó y exigió saber *por qué!*

A Darral se le había dormido el pie izquierdo. Estaba concentrado en devolverle un poco de sensibilidad moviendo los dedos cuando escuchó exclamar el tremendo *¡por qué!* a la Voz Acusadora y volvió la atención al juicio con un sobresalto y cierto sentimiento de culpabilidad.

—*¿Por qué,* qué? —preguntó el survisor jefe.

La Acusadora, creyendo que ya había dicho lo suficiente, puso cara de desconcierto como si no supiera qué más añadir. El ofinista jefe se puso en pie con una mueca despectiva que no tardó en empatar el marcador entre la Iglesia y el Estado.

—Simplemente *por qué,* Seoría. Una palabra que pone en cuestión todas nuestras creencias más profundas. Una palabra radical y peligrosa que, si se llevara muy lejos, podría conducir a un colapso del gobierno, a la decadencia de la sociedad y, muy probablemente, al término de la vida como la conocemos.

—¡Ah, ese *por qué!* —asintió el survisor jefe con aire de suficiencia, al tiempo que dirigía una torva mirada a Limbeck y lo maldecía por haber proporcionado al ofinista jefe la oportunidad de apuntarse un tanto.

—El acusado fue expulsado de la escuela y, a continuación, trastornó a la ciudad de Het desapareciendo un día entero. Fue preciso mandar patrullas de búsqueda, con grandes costos. Es de imaginar la angustia de sus padres —continuó la Voz con emoción—. Al ver que no lo encontraban, se dio por hecho que había caído en el interior de la Tumpa-chumpa. En aquel momento, alguien dijo que la Tumpa-chumpa, enfadada con el *por qué,* había decidido ocuparse en persona de él. Y justo cuando todos lo creían muerto y andaban ocupados en preparar un funeral, el acusado tuvo la osadía de reaparecer con vida.

Limbeck sonrió con aire de disculpa y pareció ruborizarse. El survisor, tras un bufido indignado, volvió su atención a la Acusación

—Declaró que había estado en el *Exterior* —dijo la Voz con un susurro de pavor que el misor-ceptor captó fielmente.

Los gegs congregados se quedaron boquiabiertos.

—No tenía intención de alejarme tanto —protestó Limbeck sin mucha convicción —. Me perdí.

—¡Silencio! —rugió el survisor, y al instante se arrepintió de haber gritado. El dolor de cabeza arreció. Volvió la vara luminosa hacia Limbeck, casi cegándolo—. Ya tendrás ocasión de hablar, joven. Hasta entonces, guarda silencio o te expulsaré de la sala, ¿entendido?

—Sí, Seoría —respondió Limbeck con docilidad, y se sentó.

—¿Algo más? —preguntó el survisor jefe a la Acusadora, malhumorado. No notaba en absoluto el pie izquierdo y el derecho empezaba a ser presa de un extraño picor.

—Poco después de su regreso, el acusado formó la organización antes mencionada, conocida como UAPP. Esta autodenominada Unión propugna, entre otras cosas, la distribución libre e igualitaria de los pagos de los welfos, que todos los adoradores se reúnan y compartan sus conocimientos sobre la Tumpa-chumpa para descubrir con ello los «cómo» y los «porqué»...

—¡Blasfemia! —gritó tembloroso el ofinista jefe con voz hueca.

—...Y que todos los gegs dejen de esperar el día del Juicio y trabajen para mejorar sus condiciones de vida...

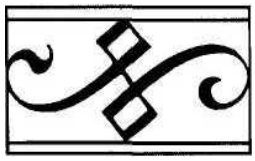
—¡Seoría! —El ofinista jefe se puso en pie de un salto—. ¡Solicito que los menores abandonen la sala! Es terrible que unas mentes jóvenes e impresionables deban someterse a unos conceptos tan profanos y peligrosos.

—¡No son peligrosos! —protestó Limbeck.

—¡Silencio! —El survisor frunció el entrecejo y meditó la petición. Le disgustaba conceder otro tanto a su cuñado, pero aquello le ofrecía una excusa perfecta para escapar de la silla—. Haremos una pausa. No se permitirá volver a la sala a los menores de dieciocho ciclos. Vayamos a comer y dentro de una hora reanudaremos la vista.

Con ayuda de los guardianes, que tuvieron que arrancarlo materialmente, el survisor jefe desalojó su grueso cuerpo del asiento. Se quitó de la cabeza la corona de hierro, devolvió la vida a su torturado trasero con unos masajes, dio una serie de fuertes pisotones hasta que volvió a sentir el pie y exhaló un suspiro de alivio.

CAPÍTULO 11



WOMBE, DREVLIN,
REINO INFERIOR

Se reanudó la sesión, a la que faltaron los menores y los padres que se vieron forzados a volver a casa para cuidar de ellos. El survisor jefe, con resignada expresión de mártir, se encasquetó la corona y se encaramó una vez más a su silla de tortura. Trajeron al prisionero y la Voz de la Acusación terminó su exposición.

—Estas ideas peligrosas, tan seductoras para mentes impresionables, influyeron finalmente en un reducido grupo de jóvenes tan rebeldes y descontentos como el acusado. El survisor local y los ofinistas, sabedores de que los jóvenes son rebeldes por naturaleza y esperando que sólo se tratara de una fase por la que estuvieran pasando...

—¿Como el sarampión? —apuntó el survisor jefe. La intervención provocó la deseada carcajada de la multitud, aunque los asistentes parecían algo remisos a reír en presencia del ceñudo ofinista jefe, y la risa terminó en un brusco estallido de toses nerviosas.

—Hum..., sí, Seoría —asintió la Voz, lamentando la interrupción. El ofinista jefe sonrió con el aire paciente de quien tolera la presencia de un estúpido. El survisor, cegado por el súbito impulso de retorcerle el cuello al ofinista jefe, se perdió una parte considerable del parlamento de la Voz Acusadora.

—... e incitó a una revuelta durante la cual sufrió daños de poca consideración la Tumpa-chupa, sector Y-362. Por fortuna, la Tumpa-chumpa pudo repararse a sí misma casi de inmediato, de modo que no se han producido perjuicios irreparables. ¡Al menos, para nuestro adorado ídolo! —La Voz Acusadora aumentó de tono hasta convertirse en un chillido—. En cambio, es incalculable el daño que podría haber causado a quienes osaron llevar a cabo el acto. ¡Por eso pido que el acusado Limbeck Aprietatuercas, sea eliminado de esta sociedad para que no pueda conducir nunca más a nuestros jóvenes por este camino, que sólo puede llevarlos a la perdición y la destrucción!

La Voz Acusadora, terminada su exposición, se retiró tras su bidón. Un aplauso atronador resonó en la Factría. Sin embargo, aquí y allá, se escucharon siseos y algún abucheo, lo cual provocó una mueca ceñuda en el rostro del survisor jefe, al tiempo que su cuñado ofinista se ponía en pie de un brinco.

—¡Seoría, esta actitud rebelde sólo viene a demostrar que el veneno se extiende! Pero podemos hacer una cosa para erradicarlo. —El ofinista jefe señaló a Limbeck—.

¡Eliminar el origen! Me temo que, si no lo hacemos, el día del Juicio que muchos de nosotros creemos tener por fin al alcance de la mano se verá pospuesto, tal vez indefinidamente. ¡En realidad, Seoría, te insto a que prohíbas al acusado hablar a esta asamblea!

—Yo no considero una rebelión cuatro siseos y un abucheo —replicó Darral con dureza, lanzando una mirada feroz al ofinista jefe—. Acusado, podrás hablar en tu defensa, pero ten cuidado: no toleraré arengas blasfemas en este tribunal.

Limbeck se incorporó lentamente. Hizo una pausa como si meditara lo que se disponía a hacer y, tras profundas deliberaciones, dejó el legajo de papeles sobre el bidón y se quitó las gafas.

—Seoría —empezó a decir con profundo respeto—, lo único que pido es que se me permita relatar lo que me sucedió el día en que me perdí. Fue un hecho muy importante que, espero, servirá para explicar por qué he sentido la necesidad de hacer lo que he hecho. Jamás le he revelado esto a nadie —añadió con voz solemne—. Ni a mis padres, ni siquiera a la persona que más quiero en el mundo.

—¿Tardarás mucho? —quiso saber el survisor, posando las manos en los brazos de la silla y tratando de encontrar cierto alivio de su incómoda posición apoyándola en un costado.

—No, Seoría —respondió Limbeck con aire grave.

—Entonces, adelante.

—Gracias, Seoría. Sucedió el día en que me expulsaron de la escuela. Tuve que buscar un rincón tranquilo para pensar a fondo en lo sucedido. Veréis, yo no consideraba que mi «por qué» hubiera sido blasfemo o peligroso. No siento odio por la Tumpa-chumpa. Al contrario, la venero y respeto, de verdad. Me fascina. ¡Es tan magnífica, tan grande, tan poderosa! —Limbeck alzó los brazos con el rostro iluminado por el sagrado resplandor—. Obtiene su energía de las tormentas y lo hace con increíble eficacia. Incluso puede extraer hierro en bruto de Terrel Fen, convertir ese mineral en acero y fabricar con el acero las piezas necesarias para permitir su continua expansión. Y sabe repararse a sí misma si sufre algún daño.

»La Tumpa-chumpa acepta gustosamente nuestra ayuda. Nosotros somos sus manos, sus pies, sus ojos. Nosotros acudimos donde ella no puede y la ayudamos cuando tiene algún problema. Si uno de sus garfios se atasca en Terrel Fen, nos encargamos de bajar allí para liberarlo. Nosotros pulsamos los botones, giramos las ruedas, manipulamos las palancas, y todo funciona como es debido. O, al menos, eso parece. Pero no puedo evitar preguntarme *por qué* —añadió Limbeck en un susurro.

El ofinista jefe frunció el entrecejo y se incorporó, pero el survisor Darral, satisfecho de tener la oportunidad de ganarle otro tanto a la Iglesia, miró a su cuñado con aire severo.

—He concedido permiso para hablar a este joven. Confío en que nuestro pueblo

sea lo bastante fuerte como para oír lo que el acusado tenga que decir sin que por ello se tambalee su fe. ¿No opinas igual? ¿O acaso la Iglesia ha sido negligente en el cumplimiento de sus deberes?

El ofinista jefe se mordió los labios, volvió a sentarse y lanzó una mirada furiosa al survisor, quien sonrió complacido.

—El acusado puede continuar.

—Gracias, Seoría. Veréis, yo siempre me he preguntado por qué la Tumpa-chumpa tiene algunas partes muertas. En varios sectores, sus mecanismos permanecen parados, oxidándose o cubriéndose progresivamente con nuevos depósitos de coralita. Hay partes que no se han movido desde hace siglos. Sin embargo, los dictores deben haberlas construido por alguna razón. ¿Cuál era su cometido y por qué no lo están llevando a cabo? Pensando en ello, se me ocurrió que si descubríamos *por qué* funcionan las partes de la Tumpa-chumpa que lo hacen, y si estudiáramos *cómo* es ese funcionamiento, podríamos alcanzar a comprender su naturaleza y su verdadero propósito.

»Ésta es una de las razones por las que opino que todos los trunos deberían juntarse y aunar sus conocimientos...

—¿Adonde nos lleva todo esto? —preguntó el survisor jefe con irritación. El dolor de cabeza empezaba a producirle náuseas.

—Ahora verás —respondió Limbeck, al tiempo que se ponía las gafas con gesto nervioso—. Me puse a pensar en estas cosas y a preguntarme cómo podría lograr que la gente las entendiera, de modo que no presté mucha atención adonde me llevaban mis pasos hasta que, cuando miré a mi alrededor, descubrí que me había alejado bastante de los límites de la ciudad de Het. ¡Os aseguro que no fue nada premeditado!

»En aquel instante no caía ninguna tormenta en la zona y decidí dar un breve vistazo por la zona para tratar de distraerme de mis problemas. El avance era muy difícil y supongo que me concentré demasiado en asegurarme de dónde ponía los pies, ya que de pronto me sorprendió una tormenta. Busqué entonces un lugar donde refugiarme y vi un objeto de gran tamaño en el suelo, de modo que corrí hacia él.

»Puedes imaginar mi sorpresa, Seoría —añadió Limbeck, con la vista vuelta hacia el survisor jefe y parpadeando tras los gruesos cristales de sus gafas—, cuando descubrí que se trataba de una nave dragón de los welfos.

Sus palabras, repetidas por el misor-ceptor, resonaron en la Factría. Los gegs se revolvieron en sus asientos e intercambiaron murmullos y comentarios.

—¿Una nave posada en el suelo? ¡Imposible! ¡Los welfos no aterrizan nunca en Drevlin! —El ofinista jefe tenía un aire piadoso, relamido y complacido de sí mismo. Darral, el survisor, se sintió inquieto pero comprendió, a la vista de la reacción de la multitud, que había dejado que el asunto fuera demasiado lejos para detenerse ahora.

—No habían aterrizado —explicó Limbeck—. La nave se había estrellado...

Sus palabras causaron sensación entre los presentes. El ofinista jefe se incorporó de un salto. Los gegs cruzaron comentarios con voces excitadas; muchos de ellos gritaban: « ¡Hacedlo callar!», pero otros replicaban: « ¡Callad vosotros! ¡Dejadlo continuar!». El survisor hizo una señal a los guardianes, que agitaron la atronadora plancha metálica hasta que volvió el orden a la sala.

—¡Exijo que se ponga fin a esta parodia de Justiz! —exclamó a gritos el ofinista jefe.

Darral estuvo a punto de aceptar la propuesta. Si ponía término al juicio en aquel instante, conseguiría tres cosas: librarse de aquel geg chiflado, poner fin al dolor de cabeza y recuperar la circulación sanguínea en sus extremidades inferiores. Sin embargo, por desgracia, sus partidarios considerarían tal decisión como una cesión ante la Iglesia y, por otra parte, su cuñado no le permitiría olvidar nunca el asunto. No, se dijo; era mejor dejar que el tal Limbeck continuara hablando y terminara de hacer su exposición. Sin duda, no tardaría en proporcionar suficiente cuerda como para colgarlo.

—Ya he tomado una decisión —replicó, pues, con una voz terrible mientras dirigía una furiosa mirada al ofinista jefe y a la multitud—. Y sigue en pie. —Volvió la severa mirada hacia Limbeck y le dijo—: Continúa.

—Reconozco que no estoy seguro de que la nave se estrellara —precisó Limbeck —, pero deduje que así era, pues estaba caída entre las rocas, casi destrozada. El único lugar donde podía refugiarme era en el interior de la nave, de modo que penetré en ella por una gran abertura de su piel desgarrada.

—Si lo que cuentas es cierto, tuviste suerte de que los welfos no te fulminaran por tu osadía —lo interrumpió el ofinista jefe.

—Los tripulantes no estaban, precisamente, en situación de fulminar a nadie —replicó Limbeck—. Esos welfos que tú llamas inmortales... ¡estaban muertos!

Voces indignadas, exclamaciones de horror y de alarma, junto a vítores amortiguados, inundaron la Factría. El ofinista jefe se dejó caer en el asiento, abrumado. La Voz Acusadora lo abanicó con su pañuelo y pidió agua. El survisor, dando un respingo, se sentó muy erguido y quedó encajado firmemente en la silla. Incapaz de ponerse en pie para restaurar el orden, no pudo hacer otra cosa que menearse, maldecir y blandir la vara, casi cegando a los guardianes que intentaban liberarlo.

—¡Escuchadme! —gritó Limbeck en un tono de voz que ya le había permitido calmar a la multitud en otras ocasiones. Ningún orador de la UAPP, incluida Jarre, podría resultar tan convincente y carismático como Limbeck cuando estaba inspirado. Aquel discurso era la razón por la que había permitido que lo llevaran preso y tal vez fuera la última oportunidad de trasmitir su mensaje al pueblo, por lo que estaba dispuesto a aprovecharla al máximo.

Así pues, se encaramó de un salto al bidón, desordenando los papeles bajo sus pies, y agitó las manos para atraer la atención de la multitud.

—¡Esos welfos de los mundos superiores no son dioses, como nos quieren hacer creer! ¡No son inmortales, sino que están hechos de carne, hueso y sangre, como nosotros! Lo sé porque vi sus cuerpos descompuestos, su carne putrefacta. Encontré sus cadáveres en la nave accidentada.

»¡Y también vi su mundo! Vi su «glorioso paraíso». En la nave traían libros y hojeé varios de ellos. ¡Y, realmente, es el paraíso! Los welfos viven en un mundo de abundancia y riqueza. Un mundo de belleza que no podemos ni imaginar. Un mundo de comodidades que se sostiene gracias a nuestro sudor y a nuestro trabajo. Y dejad que os diga algo más: ¡no tienen ninguna intención de «llevarnos un día a ese reino», como nos repiten los ofinistas, «si nos hacemos merecedores de ello»! ¿Por qué habrían de hacerlo, si nos tienen aquí abajo para utilizarnos como esclavos voluntarios? Vivimos en la miseria, sirviendo a la Tumpa-chumpa, para que los welfos obtengan el agua que precisan para sobrevivir. ¡Nos enfrentamos a la tormenta todos los días de nuestra miserable vida, para que ellos vivan en el lujo a costa de nuestras lágrimas!

»¡Por ello propugno —gritó Limbeck, imponiendo su voz sobre el creciente tumulto— que aprendamos todo lo posible acerca de la Tumpa-chumpa, que nos hagamos con el control de ésta y que obliguemos a esos welfos, que no son en absoluto dioses sino mortales como nosotros, a reconocer nuestros derechos!

En la sala estalló el caos. Los gegs gritaban, aullaban, se empujaban y tiraban unos de otros. Consternado ante el monstruo que había dejado suelto sin proponérselo, el survisor jefe (liberado por fin de la silla) pataleó enérgicamente y golpeó el piso de cemento con el extremo de la vara luminosa con tal energía que arrancó la cola bifurcada conectada a la estatua y el foco se apagó.

—¡Despejad la sala! ¡Despejad la sala!

Los gardas realizaron una carga pero pasó cierto tiempo hasta que la Factría quedó vacía de excitados gegs. Durante un rato permanecieron arremolinados en los pasillos pero, por fortuna para el survisor jefe, el silbato anunció un cambio de truno y los reunidos se dispersaron, unos para ir a cumplir su servicio en la Tumpa-chumpa y otros para volver a sus casas.

El survisor jefe, su pariente ofinista, la Voz Acusadora, Limbeck y los dos guardianes de rostros pintados quedaron a solas en la sala.

—Eres un hombre peligroso —dijo el survisor a Limbeck—. Esas mentiras...

—¡No son mentiras! ¡He contado la verdad! Juro que...

—Esas mentiras no deberían haber sido creídas por el pueblo, por supuesto; sin embargo, como hemos comprobado hace un rato cuando las has pronunciado, provocan inquietud y alborotos. Te has condenado a ti mismo, Limbeck. Tu destino

está ahora en manos del dictor. ¡Sujetad al prisionero y haced que guarde silencio! —ordenó a los guardianes, que inmovilizaron al prisionero enérgicamente, aunque a regañadientes, como si el contacto pudiera contaminarlos.

El ofinista jefe se había recuperado lo suficiente de la sorpresa como para adoptar de nuevo su aire relamido y santurrón, una expresión en la que se mezcla la justa indignación y la firme certeza de que el pecado iba a ser castigado.

El survisor jefe, apoyándose sin mucha seguridad sobre unas piernas que apenas empezaban a recuperar la circulación sanguínea normal, dio unos pasos hasta la estatua del dictor, con un intenso dolor de cabeza. Tras él avanzó Limbeck, conducido por los guardianes. Como siempre, pese al peligro que corría, se dejó llevar por su insaciable curiosidad, más interesado por la estatua en sí que por el veredicto que el dictor pudiera pronunciar. El ofinista y la Voz se aproximaron a observar. El survisor jefe, tras muchas reverencias, alharacas y oraciones musitadas que el ofinista repetía con fervor, extendió el brazo, apretó la mano izquierda del dictor y tiró de ella.

De pronto, el globo ocular que el dictor sostenía en la diestra parpadeó y cobró vida. Un ligero resplandor y unas imágenes en movimiento empezaron a pasar rápidamente a través del globo. El survisor jefe dirigió una mirada triunfal a su cuñado y a la Voz. Limbeck estaba absolutamente fascinado.

—¡Nos habla el dictor! —exclamó el ofinista jefe, cayendo de rodillas.

—¡Una linterna mágica! —Murmuró Limbeck, excitado, contemplando el globo —. Pero no es verdadera magia; no es como la magia de los welfos. ¡Es una magia mecánica! Una vez encontré un artilugio de ésos en otra sección de la Tumpa-chumpa y lo desmonté. Las imágenes que parecen moverse son pequeños cuadros que giran en torno a una luz a tal velocidad que engaña a nuestra vista...

—¡Silencio, hereje! —Tronó el survisor—. La sentencia ha sido pronunciada. Los dictores ordenan que te entreguemos en sus manos.

—No creo que digan nada parecido, Seoría —protestó Limbeck—. En realidad, no estoy seguro de qué pretenden decir. Me pregunto por qué...

—*¡Por qué! ¡Por qué!* ¡Tendrás mucho tiempo para preguntártelo mientras estés cayendo hacia el corazón de la tormenta! —exclamó Darral.

Limbeck estaba observando la linterna mágica que repetía las mismas imágenes una y otra vez y no escuchó con claridad lo que acababa de decir el survisor jefe.

—¿El corazón de la tormenta, Seoría?—Los gruesos cristales le hacían más grandes los ojos y le daban un aire de insecto que el survisor encontraba especialmente desagradable.

—Sí, ésta ha sido la sentencia de los dictores. —El survisor movió la mano de la estatua y el globo ocular parpadeó y se apagó.

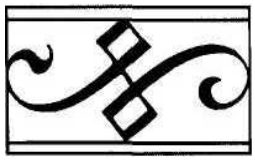
—¿Qué? ¿Con esas imágenes? ¡Desde luego que no, Seoría! —Protestó Limbeck

—. No estoy seguro de qué son, pero si me dieras la oportunidad de estudiarlas...

—Mañana por la mañana —lo interrumpió el survisor— serás obligado a recorrer los Peldaños de Terrel Fen. ¡Que los dictores tengan piedad de tu alma!

Cojeando, frotándose el trasero insensible con una mano y llevándose la otra a la dolorida cabeza, Darral Estibador dio media vuelta en redondo y abandonó la Factría.

CAPÍTULO 12



WOMBE, DREVLIN,
REINO INFERIOR

—Visita —anunció el carcelero al otro lado de los barrotes.

—¿Qué? —Limbeck se incorporó hasta quedar sentado en el catre.

—Tienes visita. Tú hermana. Vamos.

Las llaves tintinearon. Hubo un chasquido en la cerradura y la puerta se abrió bruscamente. Limbeck, sorprendido y muy confuso, se levantó del catre y siguió al carcelero a la sala de visitas. Por lo que sabía, no tenía ninguna hermana. Era cierto que llevaba varios años ausente de su casa y que no sabía gran cosa de cómo crecían los niños, pero tenía la vaga impresión de que un bebé tardaba un tiempo considerable en nacer, y luego en caminar y crecer lo suficiente como para visitar a un hermano en la cárcel.

Estaba realizando los cálculos necesarios para determinarlo cuando llegó a la sala de visitas, donde una mujer joven se echó sobre él con tal fuerza que casi lo derriba.

—¡Mi querido hermano! —exclamó, pasándole los brazos en torno al cuello y besándolo con más afecto del que normalmente se exhibe entre hermanos.

—Tenéis hasta el toque de silbato del próximo cambio de turno —dijo el carcelero en tono aburrido antes de cerrar la puerta y la aldaba.

—¿Jarre? —murmuró Limbeck, parpadeando en dirección a ella, pues se había dejado las gafas en la celda.

—¡Por supuesto! —respondió Jarre, abrazándolo con fuerza—. ¿Quién creías que podía ser, si no?

—No..., no estaba seguro —balbuceó Limbeck. Tenía una alegría tremenda de ver a Jarre, pero no podía evitar un leve sentimiento de decepción ante la pérdida de una hermana. Era como si la familia pudiera representar un consuelo en un trance como aquél—. ¿Cómo has llegado aquí?

—Odwin Aflojatornillos tiene un cuñado que se ocupa de uno de los viajes de la centella rodante y me ha dejado subir. ¿No te puso furioso —continuó, aflojando su abrazo— ver expuesta ante tus propios ojos la esclavitud de tu pueblo?

—Sí, desde luego —respondió Limbeck. No le sorprendió comprobar que Jarre había experimentado las mismas sensaciones y los mismos pensamientos que habían ocupado su cabeza durante el viaje en la centella a través de Drevlin. Aquello sucedía a menudo entre ellos.

Jarre se apartó de él y desenrolló lentamente la gruesa bufanda que le envolvía la

cabeza. Limbeck no estaba seguro (sin gafas, el rostro de Jarre era apenas una mancha borrosa) pero tuvo la sensación de que lo miraba con expresión preocupada. Desde luego, podía deberse al hecho de que lo hubieran condenado a muerte, pero Limbeck no lo creía pues Jarre solía tomarse aquellos asuntos sin alterarse. Se trataba de algo diferente, más profundo.

—¿Qué tal está la Unión? —preguntó.

Jarre suspiró. Ahora sí vamos a algún sitio, se dijo Limbeck.

—¡Oh, Limbeck! —Exclamó ella, entre irritada y pesarosa—, ¿por qué tuviste que ir contando esos cuentos ridículos en el juicio?

—¿Cuentos? —Las cejas tupidas de Limbeck se levantaron hasta las raíces de sus cabellos rizados—. ¿Qué cuentos?

—Ya sabes... Eso de los welfos muertos y de los libros con imágenes del cielo...

—Entonces, ¿los cantores de noticias lo han cantado? —A Limbeck le brilló la cara de placer.

—¿Cantarlas? —Jarre apretó las manos—. ¡Las han gritado en cada cambio de truno! No hemos oído otra cosa que esos cuentos...

—¿Por qué insistes en llamarlos así? —Entonces, de pronto, Limbeck lo comprendió—. Tú no los tomas en serio, ¿verdad? ¡Lo que conté en el tribunal es cierto, Jarre! Lo juro por...

—No lo jures por nadie —lo cortó Jarre con frialdad—. Nosotros no creemos en dioses, ¿recuerdas?

—Lo juro por el amor que te tengo, querida mía —declaró Limbeck—. Todo lo que dije ahí es verdad. Todas esas cosas me sucedieron realmente. Fue esa visión y lo que me reveló, el conocimiento de que los welfos no son dioses, sino mortales como nosotros, lo que me inspiró a fundar nuestra Unión. Es el recuerdo de ese suceso lo que me da el valor para afrontar lo que me espera —añadió con una serena dignidad que conmovió el corazón de Jarre.

Sollozando, se arrojó de nuevo en sus brazos.

Limbeck le dio unas suaves palmaditas en su robusta espalda y le preguntó dulcemente:

—¿He perjudicado mucho a la causa?

—No... —musitó Jarre con voz ahogada, sin levantar la cara de la túnica, ahora empapada de lágrimas—. En realidad..., hum... Verás, querido, hicimos..., hum..., hicimos correr la voz de las torturas y penalidades que has padecido a manos del poder brutal e imperialista...

—Pero no me han torturado. Han sido realmente amables conmigo, querida.

—¡Oh, Limbeck! —exclamó Jarre, apartándose de él con gesto de exasperación —. ¡No tienes remedio!

—Lo siento.

—Ahora, escúchame —continuó ella rápidamente, mientras se secaba las lágrimas—. No tenemos mucho tiempo. De momento, lo más importante para nosotros es tu ejecución. No se te ocurra estropear esa escena. No se te ocurra —repitió, levantando el índice en gesto de advertencia— volver a hablar de welfos muertos y cosas así.

Limbeck emitió un suspiro.

—No lo haré —prometió.

—Ahora eres un mártir de la causa, no lo olvides. Y, por el bien de la causa, debes tratar de representar tu papel. —Jarre estudió la robusta figura de Limbeck con una mirada de desaprobación—. Pero me da la impresión de que incluso has aumentado de peso.

—Es que la comida de la cárcel es verdaderamente...

—En un momento así, deberías pensar en algo más que en ti mismo —lo reprendió Jarre—. Sólo te queda esta noche y supongo que no podrás adquirir un aspecto demacrado en ese tiempo, pero haz todo lo que puedas. ¿Serías capaz de aparecer ensangrentado?

—No lo creo —respondió Limbeck apenado, consciente de sus limitaciones.

—Bueno, tendremos que hacer lo que podamos —suspiró Jarre—. Hagas lo que hagas, intenta al menos parecer martirizado.

—No estoy seguro de cómo.

—¡Ah!, ya sabes: muéstrate valiente, digno, desafiante y clemente.

—¿Todo a la vez?

—Perdonar a tus verdugos es muy importante. Incluso puedes decir algo al respecto mientras te estén atando al pájaro rayo.

—Perdonar a los verdugos —murmuró Limbeck, confiando el detalle a su memoria.

—Y deberías lanzar un grito final de desafío cuando te empujen al vacío. Algo así como, « ¡Viva siempre la UAPP...! ¡No nos vencerán!». Y anuncia tu regreso, por supuesto.

—Desafío. Viva siempre la UAPP. Mi regreso. —Limbeck la miró con sus ojos miopes—. ¿Regresar? ¿Voy a hacerlo?

—¡Por supuesto! He dicho que te sacaríamos de ésta, y hablaba en serio. No habrás pensado que dejaríamos que te ejecuten, ¿verdad?

—Bueno, yo...

—Eres un tonto —murmuró Jarre, revolviéndole los cabellos con un gesto festivo —. Bueno, ya sabes cómo funciona ese pájaro mecánico...

Sonó el silbato y su aullido resonó por la ciudad.

—¡Tiempo! —gritó el carcelero, apretando su rostro obeso contra los barrotes de la puerta de la sala de visitas. Se oyó el tintineo de la llave al introducirse en la

cerradura.

Jarre, con una mueca de enfado en el rostro, se acercó a la puerta y miró al hombre desde el otro lado de los barrotes.

—Danos unos minutos más.

El carcelero frunció el entrecejo. Jarre le mostró su puño, de aspecto formidable, y añadió, amenazadora:

—Recuerda que, al final, tendrás que abrirme...

El hombre murmuró algo ininteligible y se alejó.

—Bien, ¿dónde estábamos? —dijo Jarre, dando la espalda a la puerta—. ¡Ah, sí! Este artilugio que llaman «pájaro». Según dice Lof Letri...

—¿Qué sabe ése del asunto? —inquirió Limbeck, celoso.

—Lof pertenece al truno de los Letricistas —replicó Jarre con tono orgulloso—, que se ocupan de dirigir los pájaros rayo encargados de recoger letricidad para la Tumpa-chumpa. Según él, van a colocarte encima de lo que parecen dos alas gigantes fabricadas con madera y plumas de tiero, enganchadas a un cable. Te atarán al artefacto y luego te soltarán en el vacío sobre los Peldaños de Terrel Fen. Te encontrarás flotando en plena tormenta y recibirás el impacto del granizo, la lluvia intensa y la aguanieve...

—¿Y los rayos? —preguntó Limbeck con nerviosismo.

—No hay rayos —respondió Jarre, tranquilizadora.

—Pero los llaman «pájaros rayo»...

—No es más que un nombre.

—Pero, cargado con mi peso, ¿no se hundirá en lugar de remontar los aires?

—¡Por supuesto! ¿Quieres dejar de interrumpirme?

—Sí —respondió Limbeck débilmente.

—El artefacto romperá el cable y empezará a caer. Al fin, acabará por estrellarse en alguna de las islas de Terrel Fen...

—¿De veras? —Limbeck palideció.

—Sí, pero no te preocupes. Según Lof, es casi seguro que el armazón principal resistirá el impacto. Es muy fuerte. La Tumpa-chumpa produce los listones de madera.

—¿Por qué lo hará? —Musitó Limbeck—. ¿Por qué habrá de hacer listones de madera la Tumpa-chumpa?

—¿Y cómo voy a saberlo? —gritó Jarre—. En cualquier caso, ¿qué importa eso ahora? Préstame atención, Limbeck.

Con ambas manos, agarró las trenzas de la barba de éste y tiró de ellas hasta que le hizo saltar las lágrimas. La experiencia le había enseñado que aquél era un buen método para borrar de la mente de Limbeck aquellas ociosas especulaciones.

—Como digo, irás a parar a una de las islas de Terrel Fen. Esas islas están siendo

excavadas por la Tumpa-chumpa en busca de minerales. Cuando las garras excavadoras desciendan para cargar el mineral bruto, deberás colocar una señal en una de ellas. Los nuestros estarán a la espera y, cuando vuelva la pala, veremos tu marca y sabremos en qué isla estás.

—¡Es un plan magnífico, querida mía! —Limbeck le dedicó una sonrisa de admiración.

—Gracias. —Jarre se ruborizó de placer—. Lo único que debes hacer es apartarte de las garras excavadoras para que no te alcancen mientras trabajan.

—Sí, estaré atento a eso.

—La siguiente vez que desciendan las excavadoras, nos aseguramos de que bajen un manipulador. —Al advertir que Limbeck parecía desconcertado, Jarre le explicó pacientemente—: Ya sabes, una de esas garras con una burbuja incorporada en la que los gegs descienden a las islas para liberar las palas atascadas.

—¿Es así como lo hacen? —se asombró Limbeck.

—¡Ah, ojalá hubieras servido alguna vez a la Tumpa-chumpa! —dijo Jarre, tirándole de la barba con gesto de irritación—. ¡Oh, querido, lo siento! No quería hacerlo... —Lo cubrió de besos y le frotó las mejillas para aliviar el dolor—. No te va a suceder nada, recuérdalo. Cuando te subamos, fingiremos que has sido declarado inocente. Será evidente que los dictores están de tu lado y que, por tanto, apoyan nuestra causa. ¡Seguro que los gegs se unirán a nosotros a montones! ¡Y llegará por fin el día de la revolución!

A Jarre le brillaban los ojos y Limbeck se sintió llevar por su entusiasmo.

—¡Sí! ¡Estupendo!

El carcelero introdujo la nariz entre los barrotes y carraspeó.

—¡Está bien, yo voy! —Jarre se envolvió de nuevo la cabeza con la bufanda. Ya con ella puesta, y con cierta dificultad, besó a Limbeck por última vez, dejando un rastro de pelusa en su boca. El carcelero abrió la puerta.

—Recuerda —susurró Jarre en tono misterioso—, martirizado.

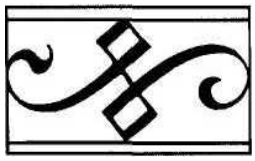
—Sí, martirizado —asintió Limbeck de buen grado.

—¡Y no sigas con tus cuentos sobre dioses muertos!

Esto último lo cuchicheó Jarre en un tono desgarrador mientras el carcelero le daba prisa para que saliera.

—¡No son cuentos...! —empezó a replicar Limbeck, pero se interrumpió con un suspiro. Jarre ya había desaparecido.

CAPÍTULO 13



WOMBE, DREVLIN,
REINO INFERIOR

Los gegs, un pueblo muy pacífico y bonachón, no habían librado una sola guerra en toda su historia (hasta donde podían recordar). Quitarle la vida a otro geg era algo insólito, impensable, inimaginable. Únicamente la Tumpa-chumpa tenía derecho a matar a un geg, y ello sucedía casi siempre por accidente. Y, aunque los gegs tenían establecida en sus códigos legales la ejecución como castigo para ciertos crímenes terribles, eran incapaces de dar muerte a uno de sus semejantes con sus propias manos. Así pues, dejaban que se encargaran de ello los dictores, que no estaban presentes para protestar. Si los dictores decidían que el condenado viviera, se ocuparían de que así fuera. En caso contrario, no lo volverían a ver en Drevlin.

Los gegs utilizaban para deshacerse de los indeseables un método que denominaban «bajar los Peldaños de Terrel Fen». Terrel Fen era una serie de islotes que flotaban debajo de Drevlin, girando y cayendo en una espiral perpetua hasta que un día desaparecían en las nubes turbulentas de la Oscuridad Completa. Se decía que en tiempos antiguos, justo después de la Separación, era posible descender a pie a las Terrel Fen, pues las islas estaban tan próximas a Drevlin que un geg podía saltar de una a otra. Probablemente, éste era ya el castigo que imponían a los delincuentes los antiguos gegs.

Sin embargo, con el transcurso de los siglos, los islotes se habían unido más y más hacia el Torbellino; así, ahora sólo era posible —durante las pausas entre tormentas— distinguir el borroso contorno de la isla más próxima, desplazándose muy abajo. Según había señalado uno de sus survisores más ocurrentes, un geg debería tener alas para sobrevivir en su caída el tiempo suficiente para que los dictores emitieran una sentencia contra él. Naturalmente, este comentario hizo que los gegs se preocuparan de proporcionar unas alas al condenado, lo cual condujo al desarrollo del «pájaro» que Jarre había descrito.

Su denominación oficial era la de «Plumas de Justiz» y estaba confeccionado con los listones perfectamente aserrados y desbastados que escupía la Tumpa-chumpa para utilizarlos en los lectrozumbadores.

El armazón de madera, de seis palmos de ancho, tenía una envergadura de alas de unos veinte palmos. El armazón iba cubierto con un tejido (producto también de la Tumpa-chumpa), que era decorado a continuación con plumas de tiero sujetas mediante una sustancia pegajosa a base de harina y agua. Normalmente, un fuerte

cable unido al lectrocumulador permitía que el artefacto se remontara hasta el corazón de la tormenta y recogiera los rayos. Sin embargo, como es lógico, mal podía elevarse si debía soportar el peso de un robusto geg.

Aprovechando una pausa entre tormentas, el reo Limbeck fue conducido al borde de Drevlin y colocado en el centro del Plumas de Justiz. Con las manos firmemente atadas al armazón de madera, sus pies quedaron colgados a los lados de la cola. Seis ofinistas levantaron el artefacto y, a una orden del survisor jefe, echaron a correr hacia el borde de la isla para lanzarlo.

Los únicos gegs presentes en la ejecución eran el survisor, el ofinista jefe y seis ofinistas ayudantes, necesarios para mandar al aire el Plumas de Justiz. Mucho tiempo atrás, asistían a las ejecuciones todos los gegs que no estuvieran de servicio en la Tumpa-chumpa. Pero un día tuvo lugar el sensacional «descenso» del tristemente famoso Dirk Tornillo. Dirk, ebrio, se quedó dormido durante el trabajo y no advirtió que la manecilla del silbato conectado al caldero de burbujas se agitaba furiosamente. La explosión que se produjo sancochó a varios gegs y, aún más grave, causó graves daños en la Tumpa-chumpa, que se vio obligada a cerrar durante un día y medio para efectuar reparaciones.

Dirk, pese a la gravedad de sus quemaduras, salvó la vida y fue sentenciado a descender los Peldaños. Gran número de gegs acudieron a presenciar la ejecución. Los que estaban más atrás, quejándose de que no veían, empezaron a empujar para abrirse paso hasta adelante, con el trágico resultado de que numerosos gegs que estaban en el borde de la isla iniciaron imprevistos «descensos». Desde entonces, una orden del survisor jefe prohibía la presencia de público en las ejecuciones.

En esta ocasión, el público no se perdió gran cosa. Limbeck estaba tan fascinado con los preparativos que se olvidó por completo de parecer martirizado y no dejó de molestar con una interminable retahíla de preguntas a los ofinistas que le ataban las manos al armazón de madera.

—¿De qué está hecho este material? —se interesó, refiriéndose a la sustancia pegajosa—. ¿Cómo se mantiene sujeto al armazón? ¿Qué tamaño tienen las láminas del tejido que lo recubre? ¿Así de grandes salen? ¿De veras? ¿Por qué produce tejido la Tumpa-chumpa?

Finalmente, en interés de la protección a los inocentes, el ofinista jefe ordenó que Limbeck fuera amordazado. Así se hizo sin ceremonias, a las órdenes de un apurado survisor jefe, quien no disfrutaba en absoluto con la ejecución debido al penetrante dolor de cabeza que le producía la corona.

Seis robustos ofinistas sujetaron la sección central del artefacto y la levantaron por encima de sus cabezas. A una señal del ofinista jefe, iniciaron un tambaleante descenso a la carrera por una rampa, en dirección al borde de la isla. De pronto, inesperadamente, una ráfaga de viento prendió el artilugio, lo arrancó de sus manos y

lo levantó en el aire. El Plumas de Justiz cabeceó y se ladeó, dio tres círculos en picado y se estrelló contra el suelo.

—¿Qué estáis haciendo? —Gritó el survisor jefe—. ¿Qué estáis haciendo, maldita sea? —preguntó a su cuñado. Este, con aire molesto, corrió a enterarse.

Los ofinista desataron a Limbeck del artefacto destrozado y lo condujeron de vuelta a la plataforma de salida, mareado y escupiendo plumas de la boca. Mandaron traer otro Plumas de Justiz, mientras el survisor jefe se impacientaba ante el retraso, y ataron de nuevo al condenado. Los seis porteadores recibieron una severa arenga de su superior sobre la necesidad de sujetar con fuerza el armazón, y volvieron a partir.

El viento levantó las alas en el momento preciso y Limbeck surcó el cielo con elegancia. El cable se rompió con un chasquido. Los ofinistas, su superior y el survisor jefe permanecieron en el borde de la isla, observando cómo el artilugio emplumado se deslizaba lentamente hacia el vacío y se perdía hacia abajo, planeando, con la misma lentitud.

Limbeck debió de haberse ingeniado de algún modo para quitarse la mordaza de la boca, pues Darral Estibador hubiera jurado que escuchó un último « ¿Por qué...?» desvaneciéndose en el corazón del Torbellino. Se quitó la corona de hierro de la cabeza, reprimiendo el impulso de arrojarla por el borde de la isla, y con un profundo suspiro de alivio emprendió el regreso a su casa del tanque de almacenamiento.

Limbeck se encontró flotando en las corrientes de aire que lo impulsaban en suaves círculos y volvió la cabeza para contemplar la isla de Drevlin desde abajo. En muchos momentos disfrutó con la sensación de volar, girando ociosamente debajo de la superficie de la isla y contemplando las formaciones de coralita que, desde aquella perspectiva, resultaban únicas y muy distintas de cuando se observaban desde arriba. No llevaba puestas las gafas (las guardaba en un bolsillo de los calzones, envueltas en un pañuelo), pero una corriente ascendente lo había arrastrado hasta muy cerca de la parte inferior de la isla y ello le proporcionó una excelente vista.

El interior estaba taladrado por millones y millones de agujeros. Algunos eran enormes, y Limbeck habría podido penetrar volando en varios de ellos si hubiera sabido y podido pilotar las alas. Le sorprendió observar que de tales agujeros salían miles de burbujas que reventaban casi inmediatamente al entrar en contacto con el aire y advirtió, como un destello, que había tropezado con un notable descubrimiento.

«La coralita debe de producir algún gas más ligero que el aire y eso mantiene a flote la isla.» Su mente evocó la imagen que había visto en el Globo Ocular. « ¿Por qué, entonces, unas islas flotan más arriba que otras? ¿Por qué la isla donde viven los welfos, por ejemplo, está más alta que la nuestra? Su isla debe de pesar menos, lógicamente. Sí, pero ¿por qué? ¡Ah, ya entiendo!» Limbeck no se dio cuenta, pero había empezado a descender a gran velocidad en una espiral que le habría causado vértigo de haberla advertido. «Depósitos minerales. Esto explicaría la diferencia de

peso. En nuestra isla debe de haber más depósitos de minerales —hierro y demás— que en la de los welfos. Probablemente, por eso los directores montaron la Tumpachumpa aquí abajo, en lugar de más arriba. De todos modos, eso sigue sin explicar por qué la construyeron.»

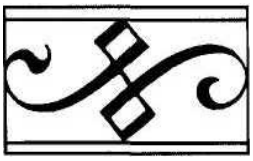
Limbeck decidió tomar nota de esta última observación y descubrió, irritado, que tenía las manos atadas a alguna parte. Cuando volvió los ojos para ver qué sucedía, recordó la interesante —si bien desesperada— situación en que se hallaba. A su alrededor, el cielo estaba oscureciendo deprisa. Ya no veía nada de Drevlin. El viento era más fuerte y había adquirido un claro movimiento circular; el vuelo era considerablemente más agitado y errático. El aire lo zarandeó a un lado y a otro, arriba y abajo, y dándole vueltas. Empezó a caer la lluvia y Limbeck hizo otra observación. Aunque no era tan trascendente como la primera, ésta tenía bastante más impacto.

La pasta que sujetaba las plumas al tejido se disolvió con el agua. Limbeck observó con creciente alarma cómo, una a una y luego a puñados, las plumas de tiero empezaban a desprenderse. El primer impulso de Limbeck fue liberarse las manos, aunque no tenía una idea muy precisa de qué haría cuando lo consiguiera. Dio un violento tirón con la muñeca derecha y el movimiento tuvo el efecto —un efecto realmente alarmante— de provocar que el artilugio volador quedara del revés en el aire. Cuando hubo pasado el primer momento de pánico paralizante y cuando se sintió bastante seguro de que no iba a vomitar, Limbeck advirtió que su situación había mejorado. El tejido, desprovisto ahora de casi todas las plumas, se había hinchado encima de él, aminorando la velocidad de descenso y, aunque el viento todavía lo zarandeaba bastante, la trayectoria era más estable y menos errática.

En la fecunda mente de Limbeck empezaban a tomar forma las leyes de la aerodinámica cuando vio ante él, apareciendo tras las nubes de tormenta a sus pies, un bulto oscuro. Forzando la vista, se cercioró por fin de que el bulto era una de las islas de Terrel Fen. Mientras descendía entre las nubes le había parecido que caía muy despacio y le asombró comprobar que la isla parecía levantarse hacia él a una velocidad alarmante. En aquel instante, Limbeck descubrió simultáneamente dos importantes leyes: una, la teoría de la relatividad; la otra, la ley de la gravedad.

Por desgracia, ambas leyes fueron borradas de su mente por el impacto.

CAPÍTULO 14



EN ALGÚN LUGAR DEL CONGLOMERADO
DE ULYNDIA, REINO MEDIO

La mañana en que Limbeck se precipitaba planeando hacia Terrel Fen, Hugh y el príncipe volaban en plena noche a lomos del dragón sobre algún lugar del conglomerado de Ulyndia. El vuelo era frío y desagradable. Triano había señalado la dirección al dragón y Hugh no tenía otra cosa que hacer más que permanecer en la silla y pensar. Ni siquiera podía saber qué ruta seguían, pues los acompañaba una niebla mágica.

De vez en cuando, el dragón descendía por debajo de las nubes para orientarse y Hugh aprovechaba esos instantes para, estudiando el paisaje de coralita que discurría bajo sus pies con su ligera luminiscencia, tratar de hacerse alguna idea de dónde se hallaba o de dónde había estado. La única duda de Hugh era si sería víctima de alguna traición y tendría que gastar la mitad del dinero de la bolsa en averiguar el paradero oculto del rey Stephen, en el caso de que decidiera protestar personalmente ante él por el trato recibido. Sin embargo, de momento era inútil preocuparse por ello y pronto dejó de darle vueltas al asunto.

—Tengo hambre... —empezó a decir Bane, cuya aguda voz infantil hendió el silencio nocturno.

—¡Cierra el pico! —replicó Hugh con brusquedad.

Escuchó un rápido jadeo y, al volverse, vio que el chiquillo tenía los ojos muy abiertos y brillantes, a punto de que le saltaran las lágrimas. Probablemente, nadie le había hablado en aquel tono en toda su vida.

—En el aire nocturno, cualquier sonido se oye desde muy lejos, Alteza —añadió *la Mano* con suavidad—. Si alguien nos viene siguiendo, es mejor que no le demos facilidades.

—¿Nos siguen, pues? —Bane estaba pálido pero impertérrito y Hugh tuvo que reconocer que el chiquillo era valiente.

—Eso creo, Alteza. Pero no te preocupes.

El príncipe apretó los labios. Con timidez, pasó los brazos en torno a la cintura de Hugh.

—No te molesta, ¿verdad? —susurró.

Cuando los bracitos se apretaron en torno a él, Hugh notó un cuerpo caliente acurrucado contra el suyo. La cabecita del niño se apoyó ligeramente en su robusta espalda.

—No tengo miedo —añadió Bane con voz resuelta—. Es sólo que me siento mejor cuando estás cerca.

Una sensación extraña embargó al asesino. Hugh se sintió de pronto vacío, siniestro y terriblemente malvado. Apretó los dientes, combatiendo el impulso de desasirse del abrazo del chiquillo, y se concentró en el peligro inmediato que los acechaba.

Tenía la certeza de que alguien los seguía. Y, fuera quien fuese, era muy hábil haciéndolo. Se volvió sobre la silla y escrutó el cielo con la esperanza de que su perseguidor, temiendo perderlos de vista, cometiera un descuido y se dejara ver. Sin embargo, no descubrió nada. Ni siquiera habría podido explicar por qué estaba tan seguro de que tenían compañía. Era una picazón en la nuca, una reacción maquinal a un sonido, un olor, algo entrevisto por el rabillo del ojo. Tomó la advertencia con calma y un solo pensamiento: ¿quién los seguía, y por qué?

Triano. Cabía esa posibilidad, por supuesto, pero Hugh la descartó. El mago conocía su destino mejor que ellos mismos, aunque tal vez los seguía para asegurarse de que *la Mano* no intentaba confundir al dragón y escapar con él. Pero tal cosa habría sido una solemne tontería. Hugh no era ningún hechicero y se abstendría de entrometerse en un conjuro, en especial si tenía que ver con un dragón. Hechizados, los dragones eran obedientes y tratables. Roto el encantamiento, los animales recobraban su inteligencia y su voluntad, con lo que se volvían totalmente caprichosos e imprevisibles. Podían seguir sirviéndolo a uno, pero también podían decidir convertirlo en su cena.

Y, si no era Triano, ¿de quién podía tratarse?

Algún partidario de la reina, sin duda. Hugh maldijo en silencio al mago y al rey. Aquel par de estúpidos chapuceros habían permitido que se conocieran sus planes y ahora, sin duda, Hugh tenía que enfrentarse a algún noble que trataba de rescatar al niño. *La Mano* tendría que librarse de tal molestia, lo que significaba tender una trampa, rebanar una garganta y esconder un cuerpo. Lo más probable era que el niño acabaría viendo al hombre y lo reconocería como un amigo. Ello despertaría sus suspicacias y Hugh tendría que convencerlo de que el amigo era un enemigo y de que su auténtico enemigo era su verdadero amigo. Iba a ser una buena complicación, ¡y todo por una indiscreción de Triano y su rey, abrumado por los remordimientos!

Bueno, pensó con ánimo sombrío, ya se lo cobraría.

Sin ninguna indicación de Hugh, el dragón empezó a descender en espiral y *la Mano* intuyó que habían llegado a su destino. La nube mágica desapareció y Hugh observó un bosque de árboles en sombras contra el resplandor azulado de la coralita, seguido de una gran zona despejada y de las formas de perfiles rectos y definidos que no se encontraban nunca en la naturaleza, sino que eran obra de la mano del hombre.

Era una pequeña aldea, abrigada en un valle de coralita y rodeada de tupidos

bosques. Hugh conocía muchos lugares como aquél, cuyos habitantes utilizaban los árboles y las montañas para ocultarse de las incursiones de los elfos.

A cambio, pagaban el precio de estar alejados de las principales rutas aéreas pero, cuando se trataba de escoger entre una buena vida y asegurar la supervivencia, había quienes se decidían gustosamente por la pobreza.

Hugh conocía el valor de una vida humana y, contraponiéndolo al disfrute de los goces y comodidades, consideraba unos estúpidos a quienes renunciaban a éstos.

El dragón sobrevoló en círculo la aldea dormida. Hugh divisó un claro en el bosque y guió al animal hasta posarse con suavidad. Mientras descargaba el equipaje de lomos del dragón, se preguntó dónde habría tomado tierra su perseguidor. Pero no perdió mucho tiempo dando vueltas al asunto, pues ya había preparado su celada. Sólo necesitaba un cebo.

El dragón los dejó apenas terminaron de descargar. Remontando el vuelo, desapareció sobre las copas de los árboles. Calmosamente, tomándose su tiempo, Hugh se cargó el equipaje a la espalda. Hizo un gesto al príncipe para que lo siguiera y empezó a dirigirse hacia la espesura cuando notó que Bane le tiraba de la manga.

—¿Qué sucede, Alteza?

—¿Ya podemos hablar en voz alta? —dijo el chico, con los ojos muy abiertos.

Hugh asintió.

—Puedo llevar mis cosas —afirmó Bane—. Soy más fuerte de lo que parece. Dice mi padre que cuando crezca seré alto y fuerte como él.

¿De verdad había dicho Stephen tal cosa? ¿A un niño del que sabía que nunca iba a llegar a hombre? Si hubiese tenido a aquel maldito delante de él, Hugh le habría retorcido con gusto el pescuezo.

Sin una palabra, entregó su mochila al príncipe. Llegaron a la linde del bosque y se internaron en las densas sombras bajo los árboles.

Pronto quedaron fuera del alcance de cualquier ojo u oído, y sus pies avanzaron sin el menor ruido por la gruesa alfombra de finos cristales como arenas.

La Mano notó otro tirón en la manga.

—Maese Hugh —dijo Bane, señalando algo—, ¿quién es ése?

Sobresaltado, *la Mano* miró a un lado y a otro.

—No hay nadie, Alteza.

—Sí, ahí está —insistió el chiquillo—. ¿No lo ves? Es un monje kir.

Hugh se detuvo y miró fijamente al niño.

—Es normal que no lo veas —añadió entonces Bane, moviendo la mochila para colocársela mejor entre sus hombros poco desarrollados—. Suelo percibir muchas cosas que los demás no pueden captar, pero nunca había visto a nadie acompañado por la presencia de un monje kir. ¿Por qué viene contigo?

—Déjame llevar eso, Alteza. —Hugh tomó la mochila del príncipe y echó a andar

de nuevo, empujando al chiquillo con mano firme para que abriera la marcha.

¡Maldito Triano!, se dijo. Al condenado mago debía de habérsele escapado algo más. El chiquillo debía de haberlo captado y ahora se le había desbocado la imaginación. Incluso era posible que hubiera adivinado la verdad. Bien, de momento no podía hacer nada al respecto. Sencillamente, aquello complicaba considerablemente su trabaja... y, por tanto, encarecía el precio en la misma proporción.

Pasaron el resto de la noche en el cobertizo de un recolector de agua{9}. Empezaba a clarear; Hugh advirtió en el firmamento el leve resplandor que presagiaba el amanecer. Los bordes de los Señores de la Noche despedían un intenso brillo encarnado. Ahora podría determinar la dirección en la que se movían y orientarse un poco, por lo menos. Antes de abandonar el monasterio había inspeccionado el contenido de su mochila y se había asegurado de que contuviera todo el instrumental de navegación necesario, pues el suyo le había sido confiscado en la prisión de Yreni. Sacó del morral un librito encuadernado en cuero y una vara de plata con una esfera de cuarzo en la parte superior. En el otro extremo, la vara tenía un clavo largo que Hugh hundió en el suelo.

Todos los sextantes como aquél eran creaciones de los elfos, pues los humanos no poseían ningún artilugio mágico. La vara estaba prácticamente nueva y Hugh supuso que era un trofeo de guerra. Dio un golpecito en el objeto con la yema de un dedo y la esfera se elevó en el aire para sorpresa y placer de Bane, que observaba la escena con ojos fascinados.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Mira a través de ella —le sugirió Hugh. Con cierta vacilación, el príncipe situó los ojos a la altura de la esfera.

—Sólo veo un puñado de números —dijo entonces, decepcionado.

—Es lo que debe verse.

Hugh tomó nota mental de la primera cifra, hizo girar un anillo situado en el extremo inferior de la vara, apuntó la segunda cifra y, por último, una tercera. Después, empezó a pasar las páginas del librito.

—¿Qué buscas? —Bane se puso en cuclillas, tratando de mirar por encima del hombro de Hugh.

—Esos números que has visto son las posiciones de los Señores de la Noche, las cinco Damas de la Noche y Solarus; indican las posiciones relativas entre ellos. Busco las cifras en este libro, las ajusto al momento del año, que me dice dónde se encuentran las islas en este preciso instante, y así puedo averiguar dónde nos encontramos, con un margen de pocos menkas.

—¡Qué escritura más rara! —Bane ladeó la cabeza casi boca abajo para observarla. —¿Qué letras son éstas?

—Es la escritura de los elfos. Fueron sus navegantes quienes hicieron todos esos cálculos y crearon el aparato mágico que realiza las mediciones.

El príncipe frunció el entrecejo.

—¿Por qué no has usado algo semejante mientras volábamos a lomos del dragón?

—Porque los dragones saben instintivamente adonde se dirigen. Nadie ha averiguado cómo lo hacen, pero utilizan todos sus sentidos para guiarse: vista, oído, olfato, tacto... y posiblemente algunos otros que nosotros ni siquiera sabemos que posean. La magia de los elfos, en cambio, no ha funcionado nunca con los dragones y por eso tuvieron que construir naves dragón e inventar aparatos como éste para saber dónde se encontraban. Ésta es la razón de que los elfos nos consideren unos bárbaros —añadió Hugh con una sonrisa.

—Muy bien, ¿dónde estamos, pues? ¿Lo sabes?

—Lo sé —respondió Hugh—. Y ahora, Alteza, es hora de echar un sueñecito.

Se encontraban en Exilio de Pitrin, probablemente a unos 123 menkas a contracurso{10} de Winsher. Hugh se sintió más relajado cuando tuvo el dato en su poder. Le había resultado muy inquietante no poder .distinguir, por decirlo así, los pies de la cabeza. Ahora lo sabía y podía descansar. No habría luz completa hasta pasadas otras tres horas.

Frotándose los ojos, bostezando y estirándose como quien ha viajado mucho y tiene los huesos molidos, Hugh condujo al príncipe al interior del cobertizo; andaba con los hombros hundidos y arrastrando los pies. Con aire medio adormilado, dio un empujón a la puerta para cerrarla. La plancha no ajustó del todo pero el asesino estaba, al parecer, demasiado cansado para advertirlo.

Bane sacó una manta de la mochila, la extendió y se acostó. Hugh hizo lo mismo y cerró los ojos. Cuando oyó que la respiración del niño adoptaba una cadencia lenta y constante, se incorporó con un movimiento rápido y felino y se deslizó con rapidez por el interior de la estancia sin hacer el menor ruido.

El príncipe ya estaba profundamente dormido. Hugh lo observó con detenimiento, pero el chiquillo no parecía estar fingiendo y dormía hecho un ovillo sobre la manta. El aire frío de la madrugada podía helarlo y Hugh, sacando otra manta de su macuto, se la echó por encima a Bane. Después, continuó avanzando hasta el otro extremo del cobertizo, junto a la puerta.

Se quitó las botas de caña alta y las dejó en el suelo, colocándolas cuidadosamente de costado, una encima de la otra. Acercó a rastras el macuto y lo situó justo a continuación de las botas. Quitándose la capa, hizo una bola con ella y la colocó a continuación del macuto. Por último, extendió una manta sobre el macuto y la capa, dejando a la vista las suelas de las botas. Si alguien miraba a hurtadillas por la rendija de la puerta, vería los pies de un hombre envuelto en una manta y profundamente dormido.

Satisfecho, Hugh sacó el puñal de la bota y se sentó en cuclillas en un rincón en sombra del invernadero. Con los ojos fijos en la puerta, *la Mano* aguardó.

Transcurrió media hora. Su perseguidor le estaba dando mucho tiempo para que se durmiera, mientras Hugh continuaba su paciente vigilia. Ya no podía tardar mucho, pues había amanecido y el sol brillaba en el cielo.

El desconocido debía de temer que despertaran y reemprendieran la marcha. El asesino observó la fina línea de luz grisácea que penetraba por la puerta, parcialmente ajustada. Cuando la línea se hizo más ancha, la mano de Hugh se cerró con más fuerza en torno a la empuñadura del arma.

Lenta y silenciosamente, la puerta se abrió y asomó por ella una cabeza. El individuo estudió con detenimiento la presunta figura de Hugh dormida bajo la manta y luego observó con la misma atención al muchacho. Hugh contuvo el aliento. Aparentemente satisfecho, el hombre entró en el cobertizo.

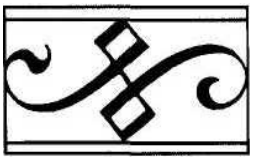
Hugh había calculado que el hombre estaría armado y atacaría de inmediato al muñeco que ocupaba su lugar; por eso le desconcertó comprobar que el hombre no empuñaba ninguna arma y que pasaba de largo junto al engaño para acercarse con pasos silenciosos al muchacho. «Así pues», pensó, «se trata de un rescate.»

Se incorporó de un salto, pasó un brazo en torno al cuello del desconocido y le puso el puñal en la garganta.

—¿Quién te envía? ¡Dime la verdad y te recompensaré con una muerte rápida!

El cuerpo que Hugh acababa de sujetar se relajó y *la Mano* comprobó, con asombro, que el individuo se había desmayado.

CAPÍTULO 15



EXILIO DE PITRIN, ISLAS VOLKARAN,
REINO MEDIO

—No es precisamente el tipo de hombre que yo enviaría con la misión de rescatar a mi hijo de las manos de un asesino —murmuró Hugh, tendiendo en el suelo del cobertizo al exánime desconocido—. Aunque podría ser que la reina tuviera problemas para encontrar caballeros osados, en estos tiempos. A menos que esté fingiendo...

El hombre tenía una edad indeterminada y un rostro macilento, cargado de ansiedad. Lucía una coronilla calva y de sus sienes colgaban unos mechones de cabellos grises que formaban una orla en torno a ella, pero su piel era fina y las arrugas en las comisuras de los labios eran producto de la preocupación, no de la edad. Alto y delgaducho, parecía ensamblado por alguien que se hubiera quedado sin las piezas adecuadas y se hubiera visto obligado a sustituirlas por las primeras que había encontrado. Las manos y los pies eran demasiado grandes; la cabeza, de facciones delicadas y sensibles, parecía demasiado pequeña.

Arrodillándose junto al hombre, Hugh le cogió un dedo y lo dobló hacia atrás hasta que la uña casi le tocaba la muñeca. El dolor era insoportable y cualquier persona que fingiera estar inconsciente se traicionaría inexorablemente, pero el tipo ni siquiera se movió.

Hugh le dio un sonoro bofetón en la mejilla para despenarlo y se disponía a añadir otro cuando oyó al príncipe acudir a su lado. —¿Es ése el que nos seguía? —Bane, pegado a Hugh, miró con curiosidad al hombre—. ¡Pero si es Alfred! —exclamó. Agarró las solapas de la capa del hombre, le alzó la cabeza y lo sacudió—. ¡Alfred! ¡Despierta! ¡Despierta!

La cabeza del hombre golpeó el suelo con un ruido sordo.

El príncipe lo sacudió de nuevo. La cabeza volvió a dar en el suelo y Hugh, relajándose, se retiró un poco y observó la escena.

—¡Ay, ay, ay! —gimió Alfred cada vez que su cabeza tocaba el suelo. Abrió los ojos, dirigió una mirada borrosa al príncipe e hizo un débil esfuerzo por apartar de su capa las pequeñas manos de éste.

—Por favor..., Alteza. Ya estoy despierto... ¡Oh! Gracias, Alteza, pero no es necesa...

—¡Alfred! —El príncipe le echó los brazos al cuello y lo abrazó con tal fuerza que estuvo a punto de asfixiarlo—. ¡Pensábamos que eras un asesino! ¿Has venido

para viajar con nosotros?

Alfred se incorporó hasta quedar sentado y dedicó una mirada nerviosa a. Hugh (y, en particular, a su daga).

—Tal vez no sea muy factible acompañaros, Alt...

—¿Quién eres? —lo interrumpió Hugh.

El hombre se frotó la cabeza y respondió humildemente:

—Señor, mi nombre es...

—¡Es Alfred! —lo cortó Bane, como si eso lo explicara todo. Al advertir que no era así por la torva expresión de Hugh, el chiquillo añadió—: Está a cargo de todos mis criados y escoge a mis tutores, y se asegura de que el agua del baño no esté demasiado caliente...

—Me llamo Alfred Montbank, señor —dijo el hombre.

—¿Eres criado de Bane?

—El término correcto es «chambelán», señor —lo corrigió Alfred, sonrojándose —. Y ese al que te refieres de manera tan irrespetuosa es tu príncipe, recuérdalo.

—¡Oh!, no te preocupes por eso, Alfred —lo tranquilizó Bane, sentándose sobre los talones. Sus dedos juguetearon con el amuleto de la pluma que llevaba en torno al cuello—. Le he dicho a maese Hugh que podía apearme el tratamiento, ya que viajamos juntos. Es mucho más fácil que estar diciendo «Alteza» todo el tiempo.

—Tú eres el que venía siguiéndonos —lo acusó Hugh.

—Tengo el deber de estar siempre con Su Alteza, señor.

Hugh frunció sus negras cejas.

—Es evidente que alguien no creyó que debía ser así.

—Me dejaron atrás por error. —Alfred bajó los ojos y clavó la mirada en el suelo del cobertizo—. Su Majestad, el rey, escapó con tantas prisas que, sin duda, se olvidó de mí.

—Y por esto lo seguiste..., a él y al muchacho.

—Sí, señor. Por poco llego demasiado tarde. Tuve que recoger algunas cosas que sabía que el príncipe iba a necesitar y que Triano había olvidado. Luego tuve que ensillar personalmente mi dragón y, por último, tuve una discusión con los guardianes de palacio, que no querían dejarme salir. Cuando crucé las puertas, el rey y Triano, con el príncipe, habían desaparecido. Por un momento, no supe qué hacer, pero el dragón parecía tener cierta idea de adonde quería ir y...

—Debió de seguir a sus compañeros de establo. Continúa.

—Los encontramos. Es decir, el dragón los encontró. Pero no quise cometer la osadía de presentarme de improviso ante ellos y me mantuve a cierta distancia. Al fin, nos posamos en ese lugar horrible...

—El monasterio kir.

—Sí, yo...

—¿Podrías volver allí si quisieras?

Hugh hizo la pregunta despreocupadamente, como por curiosidad, y Alfred respondió sin imaginar en absoluto que su vida estaba en juego.

—Vaya... Sí, señor, creo que podría. Tengo buen conocimiento del territorio, en especial de la zona que rodea al castillo. ¿Por qué lo preguntas? —añadió, alzando la vista y mirando a los ojos de Hugh.

La Mano procedía a guardar de nuevo la daga en la bota.

—Porque ese sitio con el que tropezaste por casualidad es el escondite secreto de Stephen. Los centinelas le dirán que lo seguiste y el rey sabrá que lo encontraste; tu desaparición concuerda con ello. Yo no apostaría una gota de agua por tus posibilidades de llegar a viejo, si vuelves a la corte.

—¡Sartán piadoso! —Alfred tenía el rostro del color de la arcilla; era como si llevara una máscara de limo—. ¡No lo sabía! ¡Lo juro, noble señor! —alargó la mano y asió la de Hugh con gesto suplicante—. Olvidaré el camino, lo prometo...

—No quiero que lo olvides. ¿Quién sabe?, algún día podría ser útil conocerlo.

—Sí, señor... —dijo Alfred, titubeante.

—Este es maese Hugh —Bane terminó las presentaciones—. Tiene un monje negro que camina con él, Alfred.

Hugh miró al chiquillo en silencio. La expresión de su rostro, como una máscara de piedra, no mostró más cambio que, tal vez, una ligera vibración en sus ojos negros.

Alfred, ruborizado, alargó la mano y acarició los cabellos dorados de Bane.

—¿Qué os he enseñado, Alteza? —Murmuró el chambelán, regañándolo con suavidad—. Ir contando los secretos de la gente no está bien. —Dirigió una mirada de disculpa a Hugh y le murmuró—: Debes ser comprensivo, maese Hugh. Su Alteza posee el don de la clarividencia pero aún no ha aprendido del todo a utilizarlo.

Hugh soltó un bufido, se puso en pie y empezó a guardar su manta.

—Por favor, permíteme.

Alfred se incorporó de un salto, con intención de quitarle la manta de las manos. Uno de los enormes pies del chambelán le obedeció, pero el otro pareció creer que había recibido otra orden distinta y giró en dirección opuesta. Alfred trastabilló, se tambaleó y habría caído de cabeza sobre Hugh si éste no lo hubiera agarrado del brazo y lo hubiera sostenido en pie.

—Gracias, señor. Me temo que soy muy torpe. Bueno, ya está. Ya puedo hacer eso.

Alfred empezó a luchar con la manta, que de pronto parecía haber adquirido vida propia, cargada de mala intención. Las esquinas se le escapaban de los dedos. Doblaba una punta y la otra se le desdoblaba. Arrugas y bultos aparecían en los lugares más impensables. Durante el forcejeo, resultó difícil decir quién terminaría ganando.

—Lo que dice Su Alteza es verdad, señor —continuó Alfred mientras seguía su furiosa pugna con el pedazo de tela—. El pasado, y en especial la gente que ha influido en nuestras vidas, se adhiere a nosotros. Su Alteza tiene el don de visualizarlo.

Hugh avanzó un paso, inmovilizó la manta y rescató a Alfred, que volvió a sentarse entre jadeos, secándose el sudor de su alta y abovedada frente.

—Apuesto a que el muchacho también podría leerme el futuro en los posos del vino —murmuró Hugh en voz baja, de modo que el príncipe no pudiera oírlo—. ¿De dónde habrá sacado esa capacidad? Sólo los brujos engendran brujos. Tal vez Stephen no sea su verdadero padre...

Hugh había lanzado este dardo verbal al azar, sin esperanzas de clavarlo en ningún sitio. En cambio, la flecha encontró una diana y se hundió en ella muy profundamente, a juzgar por las apariencias. El rostro de Alfred adquirió un enfermizo tono verdoso, el blanco de sus ojos destacó claramente en torno a los iris grises y sus labios se movieron sin pronunciar sonido alguno. Anonadado y mudo, el chambelán contempló a Hugh.

Aquello empezaba a cobrar sentido, se dijo *la Mano.* Al menos, explicaba el extraño nombre del chiquillo. Dirigió una mirada a Bane, que estaba rebuscando en el macuto de Alfred.

—¿Me has traído los dulces? ¡Sí! —Con gesto triunfal, sacó los caramelos—. Sabía que no te olvidarías.

—Recoge las cosas, Alteza —ordenó Hugh, echándose la capa sobre los hombros y cargando con su mochila.

—Yo me encargo de eso, Alteza —intervino Alfred en tono de alivio, contento de tener algo con que ocupar la cabeza y las manos y poder evitar la mirada de Hugh. De los tres pasos que dio en el cobertizo, sólo falló uno; eso bastó para que cayera de rodillas, posición que, de todos modos, hubiera tenido que adoptar. Con gran coraje y determinación, se dispuso a entablar batalla de nuevo con la manta del príncipe.

—Alfred —dijo Hugh—, mientras nos seguías has podido ver las tierras que sobrevolamos. ¿Sabes dónde estamos ahora?

—Sí, maese Hugh. —El chambelán, sudoroso bajo el aire helado, no se atrevió a levantar la vista para evitar que la manta lo pillara desprevenido—. Creo que esta aldea se llama Watershed.

—Watershed —repitió *la Mano*—. No te alejes, Alteza —añadió al advertir que el príncipe se disponía a cruzar la puerta. Bane se volvió a mirarlo.

—Sólo quiero echar un vistazo ahí fuera. No me alejaré y tendré cuidado.

El chambelán había renunciado a intentar doblar la manta y, finalmente, la introdujo en el macuto por la fuerza. Cuando el muchacho hubo desaparecido tras la puerta, Alfred se volvió hacia Hugh.

—Me permitirás que os acompañe, ¿verdad, señor? Te juro que no daré ningún problema.

Hugh lo miró detenidamente.

—Te das cuenta de que no podrás volver nunca al palacio, ¿verdad?

—Sí, señor. He quemado mis naves, como reza el dicho.

—No sólo las has quemado. Has cortado las amarras y las has dejado a la deriva.

Alfred se pasó una mano temblorosa por la calva de la coronilla y bajó la mirada hacia el suelo.

—Te llevo con nosotros para que cuides del muchacho. Supongo que comprendes que tampoco él debe volver nunca a palacio. Soy muy ducho en seguir pistas y sería mi deber detenerte antes de que cometieras alguna tontería, como intentar escapar con él.

—Sí, señor. Lo comprendo muy bien. —Alfred volvió a mirar a los ojos a Hugh —. ¿Sabes, maese Hugh?, yo conozco la razón de que el rey te contratara.

Hugh echó un vistazo al exterior. Bane se dedicaba a arrojar piedras contra un tronco. Tenía los brazos delgaduchos y su estilo de lanzar era torpe. La mayoría de los proyectiles se quedaba corta y no alcanzaba el blanco, pero el pequeño continuaba insistiendo con paciencia y optimismo.

—¿Estás al corriente de los planes contra la vida del príncipe? —inquirió Hugh como quien no quiere la cosa mientras, debajo de la capa, su mano se movía hasta la empuñadura de la espada.

—Conozco la razón— repitió Alfred—. Por eso estoy aquí. No me entrometeré, señor, te lo prometo.

Hugh estaba desconcertado. Precisamente cuando pensaba que la madeja estaba desenredada, se liaba todavía más. Aquel hombre afirmaba conocer la razón... ¡y lo decía como si se refiriera a la *auténtica* razón! El asesino pensó: «Este hombre conoce la verdad acerca del muchacho, sea la que sea. ¿Habrá venido a ayudar o a estorbar? ¿A ayudar?» Tal posibilidad casi daba risa. Aquel chambelán no era capaz ni de vestirse sin ayuda pero, por otro lado, Hugh tenía que reconocer que había realizado una excelente labor siguiéndoles el rastro, asunto nada fácil en una noche cerrada que contribuía a hacer más oscura la densa niebla mágica. Y, en el monasterio kir, había sabido ocultar a los seis sentidos de un brujo no sólo su propia presencia, sino también la de su dragón.

No había duda de que aquel Alfred era un criado, pues era evidente que el príncipe lo conocía y lo trataba como tal, pero ¿a quién servía? *La Mano* lo ignoraba y estaba dispuesto a descubrirlo. Hasta entonces, tanto si era el tonto que parecía como si se trataba de un astuto mentiroso, Alfred le resultaría de utilidad, sobre todo para encargarse de atender a Su Alteza.

—Está bien, pongámonos en marcha. Daremos un rodeo en torno a la aldea y

tomaremos la carretera a unos ocho kilómetros de las casas. No es probable que nadie de por aquí conozca de vista al príncipe, pero así nos ahorraremos posibles preguntas. ¿Tiene el príncipe alguna capucha? Si la tiene, pónsela. Y que no se la quite. —Contempló con desagrado la refinada indumentaria de Alfred, su casaca de satén, sus calzones hasta las rodillas, sus cintas y lazos y sus medias de seda—. Apestas a cortesano a una legua de distancia, pero de momento no podemos hacer nada al respecto. Lo más probable es que te tomen por un charlatán de feria. A la primera ocasión que se presente, negociaremos con algún campesino un cambio de ropas.

—Sí, maese Hugh —murmuró Alfred.

Hugh salió al exterior.

—Nos vamos, Alteza —anunció.

Bane se apresuró a volver dando saltos de alegría y se agarró a la mano de Hugh.

—Ya estoy preparado. ¿Nos detendremos a desayunar en alguna posada? Mi madre ha dicho que podíamos. Hasta ahora, nunca me habían permitido comer en uno de esos sitios...

Lo interrumpieron un golpe y un gemido ahogado a sus espaldas: Alfred había tropezado con la puerta.

Hugh se desasió de la mano del príncipe. El contacto con sus suaves dedos le resultaba casi físicamente doloroso.

—Me temo que no, Alteza. Quiero alejarme de la aldea mientras aún es temprano, antes de que los vecinos se levanten y empiecen a trabajar.

Bane puso una mueca de decepción.

—No sería prudente, Alteza —asintió Alfred, asomando por la puerta. Un gran chichón empezaba a formarse en su frente reluciente—. En especial si alguien trama..., hum..., causaros daño.

Mientras pronunciaba estas palabras, Alfred miró a Hugh y éste volvió a interrogarse acerca del chambelán.

—Supongo que tienes razón —dijo el príncipe con un suspiro, habituado a las servidumbres de la fama.

—Pero haremos una comida campestre bajo un árbol —añadió el chambelán.

—¿Y comeremos sentados en el suelo? —Bane alegró el ánimo, pero pronto decayó de nuevo—. ¡Ah, me olvidaba! Mi madre no me permite nunca sentarme en el suelo. Dice que puedo pillar un resfriado o ensuciarme la ropa.

—No creo que esta vez le importe —afirmó Alfred con seriedad.

—Si estás seguro... —El príncipe ladeó la cabeza y clavó los ojos en Alfred.

—Lo estoy.

—¡Hurra!

Bane se adelantó a la carrera, saltando alegremente cuesta abajo. Alfred corrió tras él, portando la mochila del príncipe. «Habría ido más deprisa», pensó Hugh, «si

hubiera podido convencer a sus pies para que se desplazaran en la misma dirección que el resto de su cuerpo.»

La Mano ocupó la retaguardia del grupo con la mano en la espada, manteniendo a sus dos compañeros de viaje bajo una atenta vigilancia. Si Alfred hacía el menor ademán de inclinarse hacia Bane y cuchichearle algo al oído, ese cuchicheo sería su último suspiro.

Cubrieron un kilómetro y medio. Alfred parecía completamente ocupado en la tarea de mantenerse sobre sus pies y Hugh, acompañándose al ritmo fácil y relajado del camino, dejó que su ojo interior se encargara de mantener la vigilancia. Libre, su mente divagó y el asesino se encontró contemplando, superpuesta al cuerpo del príncipe, la figura de otro muchacho que avanzaba por una carretera, aunque éste sin muestras de alegría. El muchacho caminaba con un ademán de desafío; todo su cuerpo llevaba las marcas de los castigos recibidos por tal actitud. A su lado caminaban unos monjes negros.

—... Vamos, muchacho. El señor abad quiere verte.

Hacía frío en el monasterio kir. Al otro lado de la muralla, el mundo sudaba y se sofocaba bajo el calor estival. Dentro, el frío de la muerte rondaba los sombríos pasadizos y se enseñoreaba de las sombras.

El muchacho, que ya no lo era sino que se hallaba en el umbral de la edad adulta, dejó su tarea y siguió al monje por los pasillos silenciosos. Los elfos habían hecho una incursión en una aldea cercana. Había muchos muertos y la mayoría de los hermanos habían acudido a quemar los cuerpos y rendir respeto a aquellos que habían escapado de la prisión de la carne.

Hugh debería haber ido con ellos. La tarea encomendada a él y a los demás muchachos era buscar el carcristal y construir las piras. Los hermanos sacaban los cuerpos, arreglaban sus posturas, les cerraban los ojos y los colocaban sobre los haces de ramas empapados en petróleo. Los monjes no dirigían una sola palabra a los vivos. Reservaban sus voces para los muertos y el murmullo de su cántico resonaba por las calles. Aquel cántico se había convertido en una música que cualquier habitante de Ulyndia y las Volkaran temía escuchar.

Parte de los monjes entonaba la letra:

...el nacimiento de cada nuevo niño,
morimos en nuestros corazones,
negra verdad, la que nos es revelada,
la muerte siempre regresa...

Los demás monjes entonaban una y otra vez una sola palabra: «con». Insertando el «con» tras la palabra «regresa», completaban un ciclo de la lúgubre canción.

Hugh había acompañado a los monjes desde que tenía seis ciclos de edad, pero

esta vez le habían ordenado quedarse en el monasterio y completar sus tareas matutinas. El muchacho obedeció sin hacer preguntas; obrar de otro modo habría sido una invitación a recibir una paliza, administrada sin malicia y de modo impersonal por el bien de su alma. A menudo había rezado en silencio para que lo dejaran en el monasterio cuando los demás salían a una de sus lúgubres misiones, pero esta vez había rezado para que lo llevaran con ellos.

Las puertas se cerraron con un siniestro trueno ahogado; el vacío envolvió su corazón como un manto. Hugh llevaba una semana proyectando la huida. No había hablado de ello con nadie, pues el único amigo que había tenido durante su estancia en el monasterio había muerto y Hugh había cuidado de no hacer amistad con nadie más. Pese a ello, tenía la inquietante impresión de llevar grabadas en la frente sus secretas intenciones, pues le parecía que todos los que lo miraban lo hacían con mucho más interés del que habían demostrado nunca por él.

En esta ocasión le habían ordenado quedarse cuando los demás hermanos emprendían su misión. Y ahora lo llamaban a presencia del señor abad, un hombre al que sólo había visto en las ceremonias, al que no había dirigido nunca la palabra y que nunca hasta entonces lo había llamado a su presencia.

Cuando entró en la cámara de piedra que rehuía la luz del sol como si ésta fuera algo frívolo y pasajero, Hugh aguardó, con la paciencia que le había sido inculcada a golpes desde la infancia, a que el hombre sentado tras el escritorio advirtiera no sólo su presencia, sino su propia existencia. Mientras esperaba, el miedo y el nerviosismo en el que llevaba viviendo una semana se helaron, se secaron y se disiparon. Era como si la fría atmósfera de la estancia hubiera entumecido en su corazón cualquier emoción o sentimiento humanos. De pronto, allí plantado en mitad de la estancia, supo que nunca más sentiría amor, pena ni compasión. A partir de aquel instante, nunca más conocería el miedo.

El abad alzó la cabeza y sus ojos oscuros escrutaron el alma de Hugh.

—Te acogimos entre nosotros cuando tenías seis ciclos de edad y veo en los registros que ya han transcurrido diez ciclos desde entonces. —El abad no se dirigió a él por su nombre. Sin duda, ni siquiera lo conocía—. Ya tienes, pues, dieciséis ciclos. Es hora de que inicies la preparación para tomar los votos e ingresar en la hermandad.

Tomado por sorpresa y demasiado orgulloso para mentir, Hugh no respondió nada. Su silencio, sin embargo, resultó muy elocuente.

—Siempre has sido rebelde, pero eres un buen trabajador y nunca te quejas. Aceptas el castigo sin protestas y puedo advertir claramente que has adoptado nuestros preceptos. ¿Por qué, entonces, quieres dejarnos?

Hugh, que se había hecho esa misma pregunta a menudo durante las noches oscuras en vela, tenía preparada la respuesta.

—No quiero servir a ningún hombre.

El rostro del abad, severo y amenazante como los muros de piedra que lo rodeaban, no mostró sorpresa ni cólera.

—Eres uno de nosotros, te guste o no —dijo—. Donde quiera que vayas, aunque no estés al servicio de nuestra hermandad, lo estarás al de nuestra vocación. La muerte siempre será tu dueña.

Hugh fue despedido de la presencia del abad. El dolor de la paliza que siguió a la entrevista no dejó mella en la coraza de hielo del alma del muchacho. Esa noche, Hugh llevó a cabo sus planes. Colándose en la cámara donde los monjes guardaban sus registros, encontró un libro con información sobre los niños huérfanos que los monjes habían adoptado. A la luz de una vela que había hurtado, Hugh buscó su nombre hasta descubrirlo.

«Hugh Backthorn. Madre: Lucy, apellido desconocido. Padre: según las últimas palabras de la madre antes de morir, el padre del niño es el noble sir Perceval Blackthorn, de la mansión Blackthorn Hall, en Djern: Hereva.» Una anotación posterior, fechada una semana más tarde, añadía «Sir Perceval se niega a reconocer al niño y nos invita a "hacer lo que queramos con el bastardo"».

Hugh arrancó la hoja del libro encuadernado en cuero, devolvió el volumen a su sitio, apagó la vela y se escabulló en la oscuridad de la noche. Volviendo la vista a los muros cuyas lúgubres sombras habían apagado hacía mucho tiempo cualquier asomo de calor o de felicidad que hubiera conocido en la infancia, Hugh refutó en silencio las palabras del abad.

—Seré yo el dueño de la muerte.

CAPÍTULO 16

PELDAÑOS DE TERREL FEN,
REINO INFERIOR

Limbeck recobró el conocimiento y descubrió que su situación había mejorado, pasando de desesperada a peligrosa. Por supuesto, dado su estado de confusión, le llevó un tiempo considerable recordar cuál era, exactamente, dicha situación. Tras meditar profundamente al respecto, llegó a la conclusión de que *no* estaba colgando por las muñecas de los barrotes de la cama. Se movió enérgicamente y notó un intenso dolor en la cabeza que lo hizo gemir. Miró a su alrededor en la penumbra de la tormenta y vio que había caído en una zanja gigantesca, excavada sin duda por las garras de la Tumpa-chumpa.

Una observación más precisa le reveló que no había caído en la zanja, sino que estaba suspendido sobre ella. Las enormes alas del artefacto estaban encajadas a ambos lados de la sima y lo habían dejado colgando en el vacío. El geg dedujo, por el dolor, que las alas debían de haberle infligido un buen golpe en la cabeza durante el aterrizaje.

Limbeck empezaba a preguntarse cómo iba a liberarse de aquella incómoda y poco airosa posición cuando le llegó la respuesta, muy desagradable, en forma de un seco crujido. El peso del geg estaba causando la rotura del armazón de madera. Limbeck descendió un palmo hacia la zanja y luego las alas se inmovilizaron, sosteniéndolo todavía. El estómago se le comprimió pues, debido a la oscuridad y al hecho de que no llevaba puestas las gafas, no tenía idea de la profundidad que podía tener la zanja. Frenéticamente, trató de imaginar algún medio de salvarse. En lo alto se estaba descargando una tormenta y el agua se deslizaba por las paredes de la zanja haciéndolas resbaladizas en extremo.

Y, en aquel momento, se produjo un nuevo crujido y las alas se hundieron otro palmo.

El geg soltó un jadeo, cerró con fuerza los ojos y se estremeció de pies a cabeza. De nuevo, las alas se detuvieron y lo sostuvieron, aunque no muy bien. Limbeck notaba que se deslizaba lentamente hacia el fondo. Sólo tenía una posibilidad: si conseguía liberar una mano, tal vez pudiera agarrarse a uno de los agujeros de coralita que horadaban las paredes de la zanja. Dio un tirón con la mano derecha...

... y las alas se partieron.

Limbeck tuvo el tiempo justo de experimentar una sobrecogedora sensación de pánico antes de aterrizar pesada y dolorosamente en el fondo de la zanja, mientras las

alas llovían en pedazos a su alrededor. Primero, se echó a temblar. Luego, decidiendo que así no mejoraba su situación, se desembarazó de los restos del artefacto y miró hacia arriba. La zanja no tenía más de once o doce palmos de profundidad y advirtió que podría escalar las paredes con facilidad. Al estar compuesta de coralita, el agua que caía en ella era absorbida por la roca con rapidez. Limbeck se sintió satisfecho, pues la zanja le ofrecía un abrigo de la tormenta. Allí no corría peligro.

Estaba a salvo hasta que las zarpas de la Tumpa-chumpa bajaran de nuevo para seguir cavando.

Limbeck se acababa de instalar bajo un enorme pedazo de tela desgarrado de las alas para protegerse de la lluvia, cuando le vino a la cabeza el terrible pensamiento de las zarpas excavadoras. De un salto, se puso en pie y miró hacia arriba, pero no distinguió otra cosa que una borrosa negrura que, probablemente, era una masa de nubes tormentosas, acompañada del difuso resplandor de unos relámpagos. Como no había trabajado nunca en la Tumpa-chumpa, el geg no tenía idea de si las excavadoras funcionaban durante las tormentas. No veía ninguna razón para que no lo hicieran pero, por otra parte, tampoco veía ningún motivo para lo contrario. Todo lo cual no le servía de mucho.

Volvió a sentarse, cuidando primero de sacar varias astillas afiladas y de hacerlas desaparecer por los agujeros de la coralita, y meditó sobre el asunto a pesar del dolor de la cabeza. Por lo menos, la zanja le ofrecía protección ante la tormenta. Y, con toda probabilidad, las zarpas de la excavadora, que eran unos objetos enormes, pesados y difíciles de manejar, se moverían con la lentitud suficiente como para permitirle evacuar la zanja.

Y así sucedió.

Limbeck llevaba poco más de treinta tocks en el fondo, sin que la tormenta diera muestras de remitir, y empezaba a lamentar no haber tenido la previsión de haber guardado un par de panecillos en los calzones, cuando se escuchó un pesado golpe y la zanja experimentó una tremenda vibración.

«Las garras excavadoras», pensó Limbeck, y empezó a escalar la pared de la fosa. La ascensión no era difícil. La coralita ofrecía numerosos asideros para manos y pies y el geg llegó arriba en un instante. De nada servía ponerse las gafas en aquellas circunstancias, pues la lluvia habría empañado los cristales impidiéndole ver. La zarpa, cuyo metal brillaba bajo el destello casi continuo de los relámpagos, estaba apenas a unos palmos de él.

Alzando la vista, distinguió otras zarpas que descendían del cielo por largos cables procedentes de la Tumpa-chumpa. El espectáculo era asombroso y el geg se detuvo a contemplarlo, boquiabierto e insensible al dolor de cabeza.

Construidas de reluciente metal y adornadas con dibujos grabados que evocaban las patas de una enorme ave rapaz, las excavadoras hundían en la coralita sus afilados

espolones. Cerrándose sobre la roca desmenuzada, las zarpas la arrancaban del suelo como las garras de un ave arrebatan a su presa. Una vez en la isla de Drevlin, las excavadoras depositaban la roca recogida de Terrel Fen en grandes contenedores donde los gegs separaban la coralita y recuperaban la preciada mena gris de la cual se alimentaba la Tumpa-chumpa y sin la cual, según la leyenda, ésta no podía sobrevivir.

Fascinado, Limbeck observó cómo las excavadoras golpeaban el suelo a su alrededor y, tras hundirse en la coralita excavando la roca, se alzaban cargadas a rebosar. El geg estaba tan interesado en el proceso, totalmente nuevo para él, que se olvidó por completo de lo que había acordado con Jarre hasta que casi fue demasiado tarde. Las garras ya estaban llenas de coralita y a punto de alzarse del suelo cuando Limbeck recordó que debía dejar una señal en una de ellas para que Jarre y los suyos supieran dónde estaba.

Unos fragmentos de coralita, caídos de una de las excavadoras, le serviría como útil de escritura. Agarró un pedazo y avanzó bajo la intensa lluvia en dirección a una de las zarpas, que acababa de tocar el suelo y empezaba a enterrarse en la coralita. Cuando llegó junto a ella, Limbeck se sintió amilanado ante la empresa que se proponía llevar a cabo. La excavadora era enorme; jamás había imaginado algo tan grande y poderoso. Entre sus garras habrían cabido cómodamente cincuenta gegs. La zarpa vibraba, mordía y se clavaba en la superficie de la coralita, lanzando afiladas lascas de rocas en todas direcciones. Era imposible acercarse a ella, pero Limbeck no tenía elección.

Tenía que llegar hasta allí. Apenas había dado un paso, con el fragmento de coralita en una mano y toda su valentía en la otra, cuando un relámpago cayó sobre la excavadora. Una llamarada azul envolvió la superficie metálica y el trueno que estalló simultáneamente hizo rodar a Limbeck por el suelo. Confundido y aterrado, el geg se disponía a abandonar su empresa y refugiarse de nuevo en la zanja (donde temía que pasaría el resto de una vida breve y desgraciada), cuando la excavadora se detuvo con una vibración. Todas las zarpas en torno a Limbeck quedaron paralizadas: unas en el suelo, otras suspendidas en el aire a medio camino de vuelta, y unas terceras con los espolones abiertos, esperando a terminar de descender.

Tal vez el rayo las había estropeado, o tal vez tenía lugar el cambio de trunos. Quizás algo había fallado en Drevlin. Limbeck no lo sabía. Si hubiera creído en los dioses, les habría dado las gracias. En lugar de ello, avanzó trastabillando por las rocas, empuñando todavía el fragmento de coralita, y se aproximó con cautela a la excavadora más próxima.

Observó que había numerosas marcas en la parte de las zarpas que se hundían en la coralita y comprendió que debería dejar la marca en la parte superior del brazo excavador, una parte que no entraba en contacto con el suelo. Esto significaba que tendría que escoger una zarpa que ya estuviera enterrada. Y esto significaba que

existían grandes posibilidades de que la maquinaria se pusiera de nuevo en marcha, se levantara del suelo y derramara toneladas de rocas sobre la cabeza del geg.

Con cautela, Limbeck tocó el costado de la pala excavadora con el fragmento de coralita. Le temblaba la mano de tal manera que produjo un tintineo como el de una campanilla. La piedra no dejó marcas en el metal. Limbeck apretó los dientes y, con la fuerza que da la desesperación, repitió el gesto con más energía. El chirrido de la coralita sobre el costado metálico de la zarpa le taladró los oídos y pensó que le iba a estallar la cabeza, pero tuvo la satisfacción de observar una larga raya vertical en la superficie lisa e impoluta del brazo de la excavadora.

Sin embargo, aún era fácil que cualquiera tomara aquel único trazo por un hecho fortuito. Limbeck hizo otra raya en la zarpa, perpendicular a la primera en el extremo inferior. La zarpa se estremeció con una vibración. Limbeck dejó caer la piedra y retrocedió asustado. Las excavadoras empezaban a funcionar otra vez. El geg se detuvo un instante a contemplar con orgullo su obra.

Una de las zarpas que se alzaba en el cielo tormentoso llevaba marcada una letra L.

Corriendo bajo la lluvia, Limbeck regresó a la zanja. No parecía probable que ninguna de las zarpas descendiera sobre él, al menos en esta ocasión. Bajó las paredes y, ya en el fondo, se acomodó lo mejor que pudo. Cubriéndose la cabeza con la tela, intentó no pensar en comida.

CAPÍTULO 17

PELDAÑOS DE TERREL FEN,
REINO INFERIOR

Las palas excavadoras se alzaron con su carga hacia las nubes de la tormenta, camino de los depósitos de Drevlin. Limbeck, viéndolas ascender, se preguntó cuánto tardarían en descargar la coralita y volver en busca de más. ¿Cuánto tardaría alguien en descubrir su marca? ¿La advertiría alguien? Y, si era así, ¿sería algún simpatizante de su causa, o un ofinista? Si la encontraba un ofinista, ¿cuál sería su reacción más probable? Si era un amigo, ¿cuánto tardaría en ensamblar el manipulador? ¿Llegaría a tiempo de salvarlo de la muerte por frío o inanición?

Estos lúgubres pensamientos eran inusuales en Limbeck, quien por lo general no se atormentaba con preocupaciones, sino que tenía un carácter alegre y optimista. Tendía a ver lo mejor en la gente. No sentía ninguna animadversión contra nadie por el hecho de que lo hubieran atado al Plumas de Justiz y lo hubieran lanzado allí abajo a una muerte segura. El survisor jefe y el ofinista jefe habían hecho lo que consideraban mejor para el pueblo. No era culpa suya si creían en aquellos que afirmaban ser dioses. No era extraño que el survisor y sus seguidores no hubieran creído la historia que les contaba: ni la propia Jarre la había aceptado.

Tal vez fue pensar en Jarre lo que dejó a Limbeck triste y desanimado. Confiadamente, había dado por seguro que ella, al menos, tomaba en serio su descubrimiento de que los welfos no eran dioses. Limbeck, encogido y tiritando en el fondo de la zanja, aún no podía aceptar el hecho de que no era así. Aquella certeza casi había echado a perder toda la ejecución. Ahora que la emoción inicial había pasado y no tenía otra cosa que hacer sino esperar que todo saliera bien e intentar no pensar que había un increíble número de cosas que podían salir mal, Limbeck empezó a reflexionar seriamente en lo que sucedería cuando (no *si)* fuera rescatado.

—¿Cómo pueden aceptarme como líder, si creen que miento? —Preguntó a un reguero de agua que corría por la pared de la zanja—. ¿Por qué quieren que vuelva, siquiera? Jarre y yo siempre hemos dicho que la virtud más importante es la verdad, que la búsqueda de la verdad debía ser nuestro objetivo supremo. Ahora, Jarre cree que miento y, pese a ello, es evidente que espera que continúe como líder de nuestra Unión.

»¿Y cuando regrese, qué? —Limbeck lo vio claramente, con más nitidez de lo que había visto nada en años—. Me seguirá la corriente. Sí, eso hará todos. ¡Oh, sí!, me mantendrán como líder de la Unión... Al fin y al cabo, los dictores me han

juzgado y me han dejado vivir. Pero sabrán que es un engaño. Más aún: ¡yo mismo sabré que es un engaño! Los dictores no tienen nada que ver en esto. Habrá sido la astucia de Jarre lo que me habrá devuelto a Drevlin, y ella lo sabrá y yo también. ¡Mentir! ¡Eso será lo que haremos!

El geg estaba cada vez más trastornado.

—Sí, claro —continuó—, tendremos muchos nuevos simpatizantes, pero vendrán a nosotros por razones equivocadas. ¿Puede basarse una revolución en una mentira? ¡No! —Limbeck apretó con fuerza su puño recio y mojado—. Es como edificar una casa sobre barro. Tarde o temprano, se hundirá bajo tus pies. ¡Tal vez me quede aquí abajo! ¡Eso es! ¡No volveré!

»Pero eso no demostraría nada —reflexionó-—. Simplemente, pensarán que los dictores me han condenado y esto no ayudaría en absoluto a la causa. ¡Ya sé! Les escribiré una nota y la enviaré en el manipulador en lugar de subir yo. Veo algunas plumas de tiero por aquí. Usaré una para escribir. Como tinta emplearé limo. —Se incorporó de un salto y murmuró—: "Al escoger quedarme aquí abajo y tal vez morir donde me encuentro..." Sí, suena bien. "... espero demostraros que cuanto os he dicho sobre los welfos es cierto. No puedo ser líder de quienes no creen en mí, de quienes han perdido la fe en mí." Sí, está muy bien.

Limbeck trató de parecer animado, pero advirtió que la complacencia por el discurso se desvanecía con rapidez. Tenía hambre y estaba mojado, frío y asustado. La tormenta estaba cesando y descendía sobre él un silencio espantoso, terrible; un silencio que le recordaba el gran silencio, el Perpetuo Oír Nada. Recordó que estaba ante el Perpetuo Oír Nada y se dio cuenta de que la muerte de la que hablaba con tanta ligereza podía resultarle sumamente penosa.

Después, como si la muerte no fuera suficiente, imaginó a Jarre recibiendo la nota, leyéndola con los labios apretados y aquella arruga que siempre le aparecía sobre la nariz cuando estaba disgustada. Limbeck ni siquiera necesitaría las gafas para leer la nota que ella le enviaría entonces. Casi podía oír ya su contestación:

«¡Limbeck, déjate de tonterías y sube inmediatamente!»

—¡Oh, Jarre! —Musitó con tristeza para sí—. Si al menos tú me hubieras creído... Los demás no importan, pero tú...

Un impacto que sacudió el suelo le hizo vibrar los huesos y rechinar los dientes, sacándolo de su desesperación y arrojándolo al suelo simultáneamente.

Tendido de espaldas, desconcertado y mirando hacia lo alto de la zanja, el geg se preguntó si ya habrían regresado las excavadoras. ¿Tan pronto? ¡Si no le había dado tiempo de escribir la nota!

Se incorporó, aún aturdido, y contempló la penumbra gris. La tormenta había amainado. Seguía cayendo una lluvia fina y había niebla, pero habían cesado los truenos, los relámpagos y el granizo. No divisó las zarpas descendiendo, pero lo

cierto es que no podía distinguir una mano delante de la cara. Buscó las gafas en el bolsillo, se las puso y volvió a observar el cielo.

Entrecerrando los ojos, creyó observar una serie de borrosos globos que se materializaban entre las nubes. Pero, si se trataba de las excavadoras, se encontraban a una buena altura todavía y, a menos que alguna hubiera descendido prematuramente o se hubiera estrellado —lo cual parecía improbable ya que la Tumpa-chumpa rara vez permitía que se produjeran accidentes de este tipo— las palas mecánicas no podían haber sido la causa de aquel ruido sordo. ¿Cuál era, entonces?

Limbeck se apresuró a escalar las paredes de la zanja. Se sentía más animado. ¡Ahora tenía un «qué» o un «por qué» para investigar!

Al llegar al borde de la zanja, se asomó con cautela para observar. Al principio no vio nada, pero fue porque no miraba en la dirección correcta. Cuando volvió la cabeza, reprimió una exclamación, maravillado.

Una luz brillante, que irradiaba más colores de los que Limbeck había imaginado nunca que existieran en su mundo gris y metálico, surgía de un agujero gigantesco a no más de veinte pasos de él. Sin detenerse a pensar que la luz podía ser peligrosa, o que cualquiera que fuera el objeto o ser que había causado el tremendo golpe pudiera resultar letal, o que las palas excavadoras podían estar descendiendo lenta e inexorablemente, Limbeck se encaramó sobre el borde de la zanja y corrió hacia la luz todo lo deprisa que sus piernas, cortas y gruesas, podían trasladar su cuerpo rechoncho.

Numerosos obstáculos le impedían el paso. La superficie de la pequeña isla estaba salpicada de hoyos producidos por las zarpas excavadoras y Limbeck tuvo que evitarlos, así como los montones de coralita suelta caídos de las palas cuando éstas transportaban la roca hacia arriba. Abrirse camino entre tantos impedimentos le llevó cierto tiempo, además de unas energías considerables. Cuando por fin alcanzó la luz, estaba jadeante, tanto por el esfuerzo físico, al que no estaba acostumbrado, como por la expectación que sentía. Porque, al llegar a las proximidades, Limbeck advirtió que los colores de la luz formaban claramente dibujos y formas.

Abstraído por las hermosas imágenes que observaba en la luz, Limbeck trastabilló casi a ciegas sobre el suelo rocoso y se salvó de caer de cabeza en el hoyo al tropezar con un saliente de coralita y caer de cara junto al borde del agujero. Tembloroso, se llevó la mano al bolsillo para comprobar si se le habían roto las gafas. No las encontró en su sitio. Al cabo de un terrible momento de pánico, recordó que las llevaba puestas. Avanzando a rastras, observó con admiración el fondo del hoyo.

Al principio, sólo distinguió una luminosidad brillante, multicolor y en perpetuo cambio. Después, los colores se aglutinaron en diversas formas y combinaciones. Las imágenes luminosas eran verdaderamente fascinantes y Limbeck las contempló con cauteloso asombro. Mientras observaba aquel carrusel de luces en constante cambio,

la parte de su mente que siempre andaba interrumpiendo sus pensamientos maravillosos y trascendentales con cuestiones mundanas como « ¡Ten cuidado de no tropezar con esa puerta!», « ¡La sartén está caliente!» o « ¿Por qué no fuiste antes de que nos marcháramos?», le dijo ahora en tono apremiante: « ¡Las zarpas excavadoras están bajando!».

Limbeck, concentrado en las imágenes, no hizo caso.

Comprendió que estaba viendo un mundo. No el suyo, sino un mundo ajeno. Era un lugar de una belleza increíble que le recordó algunas de las imágenes que había visto en los libros de los welfos, aunque no era el mismo. El cielo no era gris, sino de un azul luminoso, claro e inmenso, salpicado apenas de unas cuantas nubecillas blancas. La vegetación abundaba por todas partes, y no sólo en las macetas caseras. Vio espléndidas construcciones de líneas fantásticas, vio amplios paseos y avenidas y vio gentes que hubieran podido ser gegs, sólo que eran altos y delgados, y con los brazos y las piernas más esbeltos...

¿De veras lo había visto? Limbeck parpadeó y observó la luz. ¡Estaba empezando a descomponerse en pedazos! Las imágenes se desfiguraban. Limbeck deseaba que reaparecieran aquellas gentes. Desde luego, no había visto nunca a nadie —ni siquiera a los welfos— que se pareciera a lo que había creído distinguir en la fracción de segundo antes de que la luz se apagara con un parpadeo, volviera a ponerse en marcha al instante y pasara a otra imagen.

Limbeck, con los ojos escocidos y doloridos pero deseosos de sacar algún sentido a las imágenes parpadeantes, se arrastró sobre el borde del hoyo hasta localizar la fuente de la luz. Ésta irradiaba de un objeto situado en el fondo.

—Ha sido eso lo que ha producido el impacto —murmuró Limbeck, protegiéndose los ojos con la mano y observando el objeto con interés—. Ha caído del cielo, igual que yo. ¿Es una parte de la Tumpa-chumpa? Si lo es, ¿por qué ha caído? ¿Por qué me muestra esas imágenes?

¿Por qué?, ¿por qué?, ¿por qué? Limbeck no podía soportar no saber las respuestas. Sin pensar en absoluto en el posible peligro, salvó el borde del hoyo y se deslizó por la pendiente. Cuanto más se acercaba al objeto, mejor podía verlo. La luz que surgía de él se difundía hacia arriba y, desde su nueva posición, resultaba menos brillante y cegador.

Al principio, el geg quedó decepcionado.

—¡Pero si no es más que un pedazo de coralita! —exclamó, levantando unos fragmentos de roca que se había desprendido—. Aunque, desde luego, es la pieza de coralita más grande que he visto nunca. Pues es mayor que mi casa... Y, por otra parte, jamás he oído hablar de un trozo de coralita que cayera del cielo.

Bajó deslizándose un poco más, desplazando pequeños guijarros de roca que resbalaron debajo de él y cayeron dando tumbos por la pendiente del cráter. Limbeck

contuvo el aliento. Complacido, asombrado y pasmado, acalló al instante la advertencia mental que le estaba recordando: « ¡Las zarpas excavadoras! ¡Las zarpas!».

La coralita era sólo una cáscara, una envoltura externa. Se había agrietado, probablemente en la caída, y Limbeck podía observar el interior.

Al principio creyó que era parte de la Tumpa-chumpa, pero luego pensó que no era así. Estaba hecho de metal, como la Tumpa-chumpa, pero el cuerpo metálico de ésta era liso e impoluto. El metal del objeto estaba cubierto de símbolos extraños y estrambóticos, y la luz cegadora surgía de las grietas abiertas en él. Y esas grietas eran también —o así le parecía a Limbeck— la causa de que no pudiera ver la imagen completa.

—Si abriera un poco más las grietas, tal vez podría ver mejor. ¡Esto es realmente emocionante!

Se dejó caer hasta el fondo del cráter y corrió hacia el objeto metálico. Medía unas cuatro veces su estatura y era grande como una casa —como bien había calculado desde el primer momento—. Alargó resueltamente la mano y efectuó un rápido tamborileo sobre el metal con las yemas de los dedos. No estaba caliente al tacto, cosa que Limbeck temía debido a la luz resplandeciente que surgía de su interior. El metal estaba frío y el geg pudo apoyar la mano en él e incluso seguir con los dedos los símbolos grabados en su superficie.

Encima de él sonó un crujido extraño y de mal agüero, mientras aquella molesta parte de su cerebro seguía chillándole algo acerca de palas excavadoras que descendían, pero Limbeck ordenó a aquella voz interna que se callara y dejara de molestarlo. Aplicó la mano a una de las rendijas y advirtió que éstas corrían alrededor de los símbolos pero no cortaban ninguno de ellos. Limbeck empezó a dar tirones de ambas panes de la grieta para ver si podía abrirla un poco más.

Sin embargo, sus manos parecían reacias a llevar a cabo la tarea asignada y Limbeck entendió la razón: de pronto, lo había asaltado el desagradable recuerdo de la nave welfa accidentada.

«Cuerpos putrefactos. Pero me condujeron a la verdad.»

La idea pasó por su mente con la rapidez de un latido y, obligándose a no volver a pensar en ello, dio un enérgico tirón a los bordes de la rendija de metal.

La grieta se ensanchó y toda la estructura metálica empezó a estremecerse con una vibración. Limbeck retiró las manos y retrocedió de un salto pero, al parecer, el objeto sólo estaba asentándose mejor en el cráter, pues el movimiento no tardó en cesar. Con cautela, Limbeck se acercó de nuevo y esta vez escuchó algo.

Era una especie de gemido. Aplicó el oído a la rendija y escuchó con atención, deseando que los crujidos de las palas excavadoras que descendían de los cielos cesaran y le permitieran oír mejor. Volvió a captar el gemido, más fuerte esta vez, y

no tuvo la menor duda de que había algo vivo en el interior de la cáscara metálica y que estaba herido.

Todos los gegs, incluso los más débiles, poseen una fuerza tremenda en los brazos y el cuerpo. Limbeck colocó las manos a ambos lados de la grieta y empujó con todas sus energías. Aunque el metal se le clavó en la carne, las planchas se abrieron bajo la presión y, tras un breve esfuerzo, el geg pudo colarse por la rendija.

Si fuera la luz habría resultado muy brillante, allí dentro el fulgor era cegador y Limbeck desesperó de poder ver algo. Finalmente, localizó la fuente del resplandor, irradiando desde el centro de lo que el geg, por asociación con el pasado, había dado en considerar una nave. Los gemidos procedían de algún lugar a su derecha y Limbeck, utilizando las manos como visera, consiguió evitar la mayor parte de la potente luz y escrutar la nave en busca del autor de aquellas muestras de dolor.

De pronto, el corazón le dio un vuelco.

—¡Un welfo! —Fue su primer pensamiento—. ¡Y está vivo!

Lleno de excitación, se acuclilló junto a la figura y observó una gran mancha de sangre bajo la cabeza, pero ningún otro signo de heridas en el resto del cuerpo. También comprobó, con cierta decepción, que no se trataba de un welfo. Limbeck sólo había visto en una ocasión a un humano, y había sido en los grabados de los libros de la nave welfa. La criatura que ahora tenía ante él guardaba parecido con los humanos, aunque no era del todo como ellos. No obstante, una cosa era cierta:

Aquel ser, de gran estatura y cuerpo delgado y musculoso, era sin duda uno de los presuntos dioses.

En aquel instante, los alarmados avisos del cerebro de Limbeck se hicieron tan insistentes que, a regañadientes, se vio obligado a prestarles atención.

Echó un vistazo por la grieta del armazón de la nave y se encontró contemplando la boca abierta de una pala excavadora que se cernía directamente sobre su cabeza y descendía a gran velocidad. Si se daba prisa, tendría el tiempo justo de escapar de la nave antes de que la zarpa cayera sobre ella.

El dios que no lo era soltó un nuevo gemido.

—¡Tengo que sacarte de aquí! —le dijo Limbeck.

Los gegs son una raza de buen corazón y no cabe duda de que Limbeck actuó movido por consideraciones altruistas al poner en peligro su propia vida para salvar la del dios, pero es preciso reconocer que lo movió también el pensamiento de que, si volvía con un dios que no lo era, Jarre se vería obligada a aceptar su historia.

Asió al dios por las muñecas y empezó a arrastrarlo por el suelo de la nave accidentada, cubierto de escombros, cuando notó —con un escalofrío— que las manos del herido lo agarraban a su vez. Sobresaltado, miró al dios. Los ojos de éste estaban muy abiertos y lo observaban. Sus labios se movieron.

—¿Qué? —Con el estruendo de las excavadoras, Limbeck no podía oírlo—. ¡No

hay tiempo! —añadió, alzando la cabeza.

El dios dirigió la vista hacia arriba. En su rostro había una mueca de dolor y Limbeck se percató de que estaba realizando un esfuerzo supremo por conservar la conciencia. Pareció reconocer el peligro, pero éste no hizo sino ponerlo más frenético y apretó con fuerza las muñecas de Limbeck. Las marcas le durarían semanas.

—¡Mi... perro! —musitó.

Limbeck observó al dios. ¿Había oído bien? Echó una rápida ojeada a la nave accidentada y de pronto vio, justo a los pies del dios, a un animal atrapado bajo unas planchas de metal retorcido. Limbeck lo contempló con un acelerado parpadeo, sorprendido de no haberlo visto antes. El perro lanzaba gañidos y se meneaba entre los hierros que lo apresaban. No podía liberarse, pero no parecía estar herido y era evidente que todos sus esfuerzos estaban concentrados en acercarse a su amo, pues no prestó la menor atención a Limbeck.

El geg levantó la vista. La zarpa bajaba con una rapidez que a Limbeck le resultó muy fastidiosa, teniendo en cuenta la lentitud con que habían descendido todas la vez anterior. Enseguida, volvió los ojos de nuevo hacia el dios y el perro.

—Lo siento —dijo con aire impotente—. ¡No hay tiempo!

El dios, con los ojos fijos en el perro, intentó desasirse de las manos del geg pero el esfuerzo consumió sus últimas energías pues, de pronto, sus brazos quedaron fláccidos y la cabeza le cayó hacia atrás. El perro, viendo a su amo, gimoteó con más fuerza e incrementó los esfuerzos por liberarse.

—Lo siento —repitió Limbeck dirigiéndose al animal, que continuó sin prestarle atención. El geg apretó los dientes, oyendo cada vez más cerca el sonido de la zarpa, y arrastró el cuerpo del dios por el suelo lleno de escombros. Los esfuerzos del perro se hicieron frenéticos y sus gemidos se convirtieron en aullidos, pero Limbeck advirtió que sólo era porque veía que se llevaba a su amo y él no podía seguirlo.

Con un nudo en la garganta que era a la vez de lástima por el animal atrapado y de miedo por sí mismo, Limbeck tiró y arrastró y empujó el cuerpo del dios hasta alcanzar al fin la brecha en la cubierta metálica. Con enorme esfuerzo, logró pasar por ella al herido y, tras depositar el cuerpo exánime en el fondo del cráter, se arrojó al suelo junto a él en el instante en que la pala excavadora golpeaba la nave de metal.

Se produjo una explosión ensordecedora. La sacudida levantó a Limbeck del suelo y lo volvió a arrojar contra él, dejándolo sin aliento. Una lluvia de fragmentos de coralita cayó sobre él y los afilados cantos se clavaron dolorosamente en su piel. Cuando la lluvia cesó, todo quedó en silencio.

Aturdido, Limbeck levantó la cabeza muy despacio. La zarpa colgaba inmóvil sobre el cráter, dañada sin duda por la explosión. Miró a su alrededor para observar qué había sido de la nave, esperando encontrar un amasijo de restos retorcidos.

Sin embargo, no vio absolutamente nada. La explosión la había destruido. No,

aquello no era del todo exacto, pues no se veía ningún fragmento metálico en el cráter. No quedaba resto alguno de la nave. Ésta no sólo había resultado destruida, sino que se había volatilizado como si nunca hubiera existido.

Aun así, Limbeck todavía tenía al dios para demostrarle a Jarre que no había perdido la razón. El dios se agitó y abrió los ojos. Con un gemido de dolor, movió la cabeza para mirar a su alrededor.

—¡Perro! —murmuró con voz débil—. ¡Eh, perro, ven aquí!

Limbeck volvió la vista a la coralita hecha añicos por la explosión y sacudió la cabeza, sintiéndose inexplicablemente culpable pese a que sabía que no había tenido la menor oportunidad de rescatar al animal si quería salvar la vida de su amo.

—¡Perro! —insistió el dios con una voz que parecía quebrada por el pánico.

El geg sintió una nueva punzada de dolor en el corazón y alargó la mano con la intención de procurar tranquilizar al dios, pues temía que acabara causándose nuevas heridas.

—¡Ah, perro! —Musitó de nuevo el dios con un profundo suspiro de alivio y con la mirada fija en el lugar que había ocupado la nave—. ¡Estás ahí! ¡Ven! ¡Ven aquí! Vaya un viaje, ¿verdad, muchacho?

Limbeck miró en aquella dirección, ¡y allí estaba el perro! Arrastrándose entre los fragmentos de roca, renqueante y apoyado solamente sobre tres patas, el animal avanzó hacia su amo. Con un alegre brillo en los ojos y las fauces abiertas en lo que Limbeck hubiera jurado que era una sonrisa de satisfacción, el perro lamió la mano de su amo herido. El dios que no lo era volvió a caer en la inconsciencia. El perro, con un gañido y una sacudida, se dejó caer a su lado, apoyó la cabeza sobre las patas y clavó sus inteligentes ojos en Limbeck.

CAPÍTULO 18

PELDAÑOS DE TERREL FEN,
REINO INFERIOR

—Hasta aquí he llegado. ¿Qué hago ahora?

Limbeck se pasó la mano por la frente sudorosa y frotó con los dedos la montura de las gafas, que le resbalaban por la nariz. El dios se encontraba en bastante mal estado; al menos, eso le pareció a Limbeck, que no estaba muy seguro de las características físicas de los dioses. La profunda brecha de la cabeza habría sido gravísima en un geg y Limbeck no podía hacer otra cosa que considerarla igualmente grave en un dios.

—¡El manipulador!

Limbeck se puso en pie de un salto y, tras una última mirada al dios sin sentido y a su sorprendente perro, subió gateando la pendiente del cráter. Al llegar al borde, vio todas las zarpas dedicadas a su trabajo. El ruido era casi ensordecedor; crujidos, chirridos y resoplidos: todo muy reconfortante para un geg. Dirigió una rápida mirada a lo alto para comprobar que no estuvieran bajando otras zarpas, salió del cráter y volvió corriendo a la zanja.

Era lógico pensar que el geg de la Unión que encontrara la L en el brazo de la excavadora enviaría el manipulador al mismo punto o lo más cerca posible de éste. Naturalmente, era más que posible que nadie hubiera advertido la marca, o que no pudieran haber preparado el manipulador a tiempo, o innumerables otros contratiempos. Mientras corría, tambaleándose y tropezando sobre los montones de coralita suelta, Limbeck intentó prepararse para aceptar sin decepcionarse d hecho de que no hubiera ningún manipulador.

Pero allí estaba.

La oleada de alivio que recorrió a Limbeck cuando vio el aparato posado en el suelo, justo al lado de la zanja, casi lo sofocó. Le fallaron las rodillas, se sintió mareado y tuvo que sentarse un momento para reponerse.

Su primer pensamiento fue echar a correr, pues las zarpas estaban a punto de levantarse otra vez. Tambaleándose, retrocedió a la carrera hacia el cráter. Las piernas le informaron en términos nada amistosos que estaban a punto de rebelarse contra aquel despliegue de ejercicio físico tan inhabitual. Se detuvo un momento para que remitiera el dolor y se dijo que, después de todo, probablemente no era preciso que se diera prisa. Sin duda, sus amigos no harían subir el manipulador hasta tener la seguridad de que él estaba dentro.

El dolor de las piernas desapareció, pero pareció llevarse consigo todas las fuerzas que le quedaban. Le parecía que los brazos le pesaban seis veces más de lo normal y, además, tenía la clara impresión de estar arrastrando las piernas, en lugar de sostenerse sobre ellas. Fatigosamente, tropezando y cayendo al suelo, cubrió de nuevo la distancia hasta el cráter. Se deslizó por la pendiente casi contra su voluntad, convencido de que el dios que no lo era habría muerto durante su ausencia.

Sin embargo, observó que todavía respiraba. El perro, acurrucado lo más cerca posible del cuerpo de su amo, tenía apoyada la cabeza en el pecho del dios y sus ojos vigilaban su cara pálida y manchada de sangre.

La idea de arrastrar el pesado cuerpo del dios por la pendiente del cráter y el campo de coralita, lleno de montículos y zanjas, descorazonó a Limbeck y dejó sus ánimos tan exhaustos como lo estaban sus piernas.

—No podré hacerlo —murmuró, dejándose caer al lado del dios y apoyando la cabeza en las rodillas dobladas de éste—. Ni siquiera creo..., que pueda regresar..., yo solo.

Se le velaban las gafas del acaloramiento del esfuerzo. Estaba entumecido de frío y sudoroso. Un nuevo elemento vino a sumarse a su aturdimiento físico y mental: el rumor de un trueno anunciaba la proximidad de otra tormenta. A Limbeck no le importó. Con tal de no tener que ponerse en pie otra vez...

«¡Pero este dios que no lo es demostrará que tenías razón!», le sermoneó aquella vocecilla irritante. «Por fin estarás en posición de convencer a los gegs de que han sido engañados y utilizados como esclavos. ¡Éste podría ser el amanecer de un nuevo día para tu pueblo! ¡Podría ser el inicio de la revolución!»

¡La revolución! Limbeck levantó la cabeza. La niebla de las gafas le impedía ver nada, pero no importaba. De todos modos, no estaba mirando el paisaje. Volvía a encontrarse en Drevlin, vitoreado por los gegs. Y algo todavía más hermoso: estaban siguiendo sus consejos.

¡Estaban preguntándose « ¿por qué?»!

Limbeck no logró nunca recordar con claridad lo que sucedió a partir de entonces. Le quedó la vaga imagen de que se desgarraba la camisa para improvisar una venda y envolver con ella la cabeza del dios. Recordaba haber mirado de soslayo al perro, sin saber cómo reaccionaría si alguien se acercaba a su amo, y que el perro le lamía la mano y lo miraba con sus ojos acuosos y permanecía a un lado, observando con nerviosismo cómo el geg agarraba el cuerpo exánime del dios y empezaba a tirar de él, ascendiendo la pendiente del cráter. A partir de ahí, los únicos recuerdos de Limbeck eran el dolor de sus músculos y la respiración jadeante mientras se arrastraban unos palmos, él y el cuerpo, y caían al suelo, y volvían a avanzar y a caer, sin cejar nunca en el empeño.

Las zarpas excavadoras volvieron a perderse en el cielo, aunque el geg no llegó a

advertirlo. La tormenta estalló, lo que aumentó su terror pues sabía que no tenían ninguna posibilidad de sobrevivir a toda su furia en terreno abierto, sin protección. Se vio obligado a quitarse las gafas y entre su miopía, la lluvia cegadora y la creciente oscuridad, no consiguió localizar el manipulador. Lo único que podía hacer era seguir avanzando en la dirección que esperaba fuera la correcta.

Más de una vez, Limbeck pensó que el dios había muerto, pues el cuerpo aterido por la lluvia mostraba una piel cenicienta y unos labios amoratados. El agua había limpiado la sangre y el geg apreció la herida de la cabeza, profunda y de feo aspecto, de la cual aún salía un reguero rojo de sangre. Con todo, el dios aún respiraba.

«Tal vez es realmente inmortal», pensó Limbeck en su aturdimiento.

Consideró que se había perdido pues, según sus cálculos, debían de haber recorrido la mitad de aquella inhóspita isla, por lo menos. No había visto el manipulador o tal vez el aparato, cansado de esperar, había sido izado otra vez. La tormenta arreciaba y a su alrededor caían los relámpagos, abriendo agujeros en la coralita y ensordeciendo a Limbeck con sus intimida-dores truenos. El viento lo mantenía aplastado contra el suelo y el geg no tenía fuerzas para intentar ponerse en pie. Se disponía a arrastrarse hasta la primera zanja para escapar de la tormenta —o para morir, si tenía esa suerte— cuando advirtió confusamente que la zanja que tenía ante él era la suya. Allí estaban los restos destrozados del armazón de las alas. ¡Y, junto a la zanja, estaba el manipulador!

La esperanza dio fuerzas al geg. Se incorporó y, batido por el viento, consiguió pese a todo arrastrar al dios los últimos pasos que quedaban. Dejando el cuerpo en el suelo, abrió la portezuela de la burbuja de cristal y observó el interior con curiosidad.

El manipulador era un aparato destinado a facilitar el descenso de los gegs para auxiliar a las palas excavadoras, en caso necesario. De vez en cuando, alguna de ellas quedaba atascada en la coralita, o se rompía o funcionaba defectuosamente. Cuando tal cosa ocurría, un geg ocupaba el manipulador y descendía en él hasta una de las islas para efectuar las reparaciones necesarias.

El manipulador tenía el aspecto que evocaba su nombre: el de una gigantesca mano metálica seccionada a la altura de la muñeca. Un cable atado a la muñeca permitía izar y bajar el artefacto desde arriba. La mano estaba doblada formando un hueco, con todos los dedos juntos, y sostenía en su seguro interior una gran burbuja de cristal protectora en la que viajaban los gegs encargados de las reparaciones. Una puerta con bisagras servía de entrada y salida de la burbuja, y una bocina de metal unida a un tubo que corría junto al cable permitía a los ocupantes comunicarse con sus colegas de arriba.

En el interior de la burbuja de cristal cabían con comodidad dos gegs de proporciones normales. El dios, considerablemente más alto que un geg, representaba un problema. Limbeck arrastró al dios hasta la burbuja y lo empujó adentro, pero las

piernas le quedaron colgando fuera. Al fin, logró alojarlas en la burbuja, doblándoselas hasta que las rodillas le tocaban la barbilla y cruzándole los brazos sobre el pecho. Agotado, Limbeck se introdujo como pudo en el artefacto y, a continuación, saltó adentro el perro. Los tres iban a estar aún más apretados, pero Limbeck no estaba dispuesto a abandonar al animal otra vez. No creía que pudiera soportar el sobresalto de verlo aparecer por segunda vez de entre los muertos.

El perro se enroscó contra el cuerpo de su amo. Limbeck alargó la mano entre los brazos fláccidos del dios, luchando contra la ventolera en un esfuerzo inútil por cerrar la puerta. El viento cambió para atacar desde otra dirección y, de pronto, la puerta se cerró por sí sola, arrojando a Limbeck contra la pared de la burbuja. Así permaneció durante un largo instante, entre gemidos y jadeos.

Limbeck advirtió que la mano temblaba y se mecía bajo la tormenta. Imaginó que el cristal se rompía, que el cable se soltaba, y de pronto sólo tuvo un deseo: acabar de una vez con aquel bamboleo. Le costó un acto supremo de voluntad mover los músculos, pero consiguió alargar la mano y asir la bocina.

—¡Arriba! —exclamó jadeante.

No hubo respuesta y comprendió que su voz quizá resultaba inaudible.

Llenando de aire los pulmones, Limbeck cerró los ojos y concentró las escasas fuerzas que le quedaban.

—*¡Arriba!* —gritó con tal fuerza que el perro se levantó de un brinco, alarmado, y el dios se agitó y emitió un gruñido.

—*¿Kplf guf?* —le llegó una voz, cuyas palabras retumbaron por el tubo como un puñado de guijarros.

—*¡Arriba!* —chilló de nuevo con exasperación, desesperación y absoluto pánico.

El manipulador dio un tremendo bandazo que hubiera arrojado a Limbeck al suelo, de haber estado de pie. Por fortuna, ya estaba encajado contra el costado de la burbuja para dejar sitio al dios. Lentamente, con un alarmante crujido y balanceándose a un lado y a otro bajo el viento huracanado, el aparato empezó a ascender por los aires.

Tratando de no pensar en qué sucedería si el cable se partía, Limbeck se apoyó en el cristal de la burbuja, cerró los ojos y esperó no marearse.

Por desgracia, al cerrar los ojos le vino el vértigo. Se sintió como si todo diera vueltas y estuviera a punto de caer en una profunda zanja oscura.

—No puede ser —se dijo Limbeck, temblorosamente—.

No me puedo desmayar. Es preciso que explique a los de arriba lo que sucede.

El geg abrió los ojos y, para evitar mirar al exterior, se concentró en estudiar al dios. Advirtió que lo había considerado un varón desde el primer momento. Al menos, su aspecto era más el de un geg que el de una geg, y era lo único en lo que podía basarse Limbeck para determinarlo. Las facciones del dios eran angulosas: la

barbilla, cuadrada y hendida, estaba cubierta con una perilla corta; los labios, firmes y tensos, cerrados con fuerza, no se relajaban en ningún momento y parecían guardar secretos que se llevaría con él a la tumba. Las arrugas en torno a los ojos parecían indicar que el dios, aunque no era un viejo, tampoco era ningún muchacho. El cabello contribuía a darle esta impresión de edad. Lo llevaba corto —muy corto— y, pese a estar salpicado de sangre y empapado por la lluvia, Limbeck advirtió unos mechones canosos en las sienes, sobre la frente y en la nuca. El cuerpo del dios parecía hecho sólo de huesos, músculos y tendones. Era muy delgado; para los criterios geg, demasiado delgado.

—Probablemente, por eso lleva tanta ropa —murmuró Limbeck para sí, esforzándose en no mirar por los laterales de la burbuja, donde los relámpagos hacían la noche tormentosa más brillante que el día más luminoso que conocían los gegs en su mundo sin sol.

El dios llevaba una gruesa túnica de cuero sobre una camisa de cuello cerrado, ajustado con una cinta. En torno al cuello llevaba una banda de tela con los extremos anudados debajo de la barbilla y recogidos bajo la túnica. Las mangas de la camisa, largas y amplias, le cubrían las muñecas, cerradas también con sendas cintas. Llevaba unos pantalones de cuero blando con las perneras metidas por dentro de unas botas hasta las rodillas, que se abrochaban por los costados con botones de un material que parecía el hueso o el asta de algún animal. Encima de todo esto, lucía una casaca larga sin cuello, con mangas anchas que le llegaban hasta el codo. Los colores de la ropa eran apagados: blancos y pardos, grises y negros deslustrados. Las telas estaban desgastadas, deshilachadas en algunos lugares. La túnica de cuero, los pantalones y las botas se ajustaban a los contornos del cuerpo como una segunda piel.

Lo más peculiar eran los harapos que le cubrían las manos. Sorprendido por aquel detalle que debería haber advertido, pero que se le había pasado por alto hasta aquel instante, Limbeck estudió con más detenimiento las manos del dios. Los jirones de tela estaban dispuestos con gran cuidado. Partiendo de las muñecas, le cubrían el revés y la palma de la mano, y estaban entrelazados en torno a la base de los dedos.

—¿Por qué? —se preguntó Limbeck, adelantando la mano para averiguarlo.

El gruñido del perro resultó tan amenazador que el geg notó cómo se le erizaba el vello de la cerviz. El animal se había incorporado de un salto y observando al geg con una mirada que decía claramente: «Yo, en tu lugar, dejaría en paz a mi amo».

—Está bien —balbució Limbeck, encogiéndose contra el cristal de la burbuja.

El perro le lanzó una mirada de aprobación. Volvió a acomodarse e incluso cerró los ojos, como si dijera: «Ahora sé que te portarás bien, de modo que, si me disculpas, echaré una cabezadita».

El animal tenía razón, Limbeck iba a portarse bien. Estaba paralizado, temeroso de moverse, casi asustado de respirar.

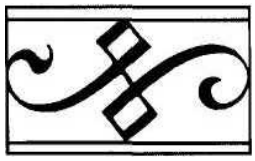
A los gegs, con su mentalidad práctica, les gustaban los gatos. El gato era un animal útil que se ganaba el sustento cazando ratones y que se ocupaba de sí mismo. A la Tumpa-chumpa también le gustaban los gatos o, al menos, así se suponía, ya que habían sido sus creadores, los dictores, quienes habían traído los primeros gatos desde los reinos superiores para que vivieran con los gegs. En cambio, había pocos perros en Drevlin. Sus propietarios eran, por lo general, los gegs más ricos, como el survisor jefe y los miembros de su clan. Los perros no eran animales de compañía, sino que se empleaban para proteger las riquezas. Los gegs eran incapaces de dar muerte a sus semejantes, pero había algunos que no mostraban reparos en coger lo que pertenecía a otros.

Aquel perro era diferente de los que tenían los gegs, los cuales guardaban cierto parecido con sus propietarios: paticortos, de cuerpos como toneles, con rostros chatos, redondos y de grandes narices..., y una expresión de malvada estupidez. El perro que tenía a Limbeck a raya tenía la piel lisa y el cuerpo enjuto, un morro alargado, cara de excepcional inteligencia y ojos grandes, de un pardo aguado. El pelaje era de un negro indefinido con manchas blancas en las puntas de las orejas, y cejas blancas. Eran estas últimas, se dijo Limbeck, lo que daban al perro un aire excepcionalmente expresivo para tratarse de un animal.

Tales fueron las observaciones de Limbeck sobre el dios y su perro. Fueron muy detalladas, porque tuvo un buen rato para estudiar a ambos durante la ascensión en el manipulador, de regreso a la isla de Drevlin.

Y, mientras duró el viaje, no pudo dejar de preguntarse un solo instante: *¿Qué?... ¿Por qué?...*

CAPÍTULO 19



LEK, DREVLIN,
REINO INFERIOR

Jarre aguardó con impaciencia a que la Tumpa-chumpa recuperara lenta y trabajosamente el cable del que colgaba el manipulador. De vez en cuando, si se acercaba por casualidad algún otro geg, se cubría el rostro con un pañuelo y miraba con profundo y ceñudo interés una gran caja redonda de cristal que encerraba una flecha negra que en toda su vida no hacía prácticamente otra cosa que oscilar, vacilante, entre un sinfín de rayas negras junto a las que había unos símbolos extraños y misteriosos. Lo único que sabían los gegs de esta flecha negra —conocida familiarmente por «el dedo puntiagudo»— era que, cuando oscilaba hacia la zona donde las rayas negras pasaban a ser rojas, todos salían huyendo para salvar la vida.

Esa noche, el dedo puntiagudo se portaba bien y no daba ninguna muestra de que fuera a desencadenar uno de sus terribles chorros de vapor que sancocharía a cuantos gegs pillara en su camino. Esa noche todo funcionaba muy bien, perfectamente. Las ruedas giraban, las palancas impulsaban y los engranajes encajaban. Los cables subían y bajaban. Las excavadoras depositaban la carga de roca en las carretillas empujadas por los gegs, que volcaban su contenido en la enorme boca de la Tumpa-chumpa, la cual masticaba la roca, escupía lo que no quería y digería el resto.

La mayoría de los gegs que trabajaban esa noche eran miembros de la UAPP. Durante el día, uno del grupo había observado la L grabada por Limbeck en el brazo de la excavadora. Por un extraordinario golpe de suerte, la zarpa pertenecía a la parte de la Tumpa-chumpa situada cerca de la capital de la isla, Wombe. Jarre, desplazándose en la centella rodante (gracias a la ayuda de unos miembros de la Unión), había llegado a tiempo para recibir a su amado y afamado líder.

Todas las excavadoras habían subido ya salvo una, que parecía haberse estropeado en la isla de abajo. Jarre abandonó su supuesto lugar de trabajo y se reunió con los otros gegs, que se asomaban nerviosamente al vacío —un enorme hueco excavado en el suelo de coralita de la isla, a través del cual podía observarse el cielo que quedaba debajo de Drevlin—. De vez en cuando, Jarre dirigía una inquieta mirada a su alrededor pues se suponía que no pertenecía a aquella cuadrilla de trabajo y, si la sorprendían allí, debería dar muchas explicaciones. Por fortuna, rara vez acudían a la zona reservada al manipulador otros gegs, que sólo se acercaban allí si surgían problemas con alguna de las zarpas.

Jarre observó con inquietud las carretillas que rodaban por el nivel superior al que

ocupaban.

—No te preocupes —dijo Lof—. Si alguien mira hacia aquí, creerá que estamos ayudando a reparar alguna zarpa.

Lof era un geg joven y bien parecido que sentía una inmensa admiración por Jarre y a quien no había producido un gran pesar, precisamente, el anuncio de la ejecución de Limbeck. Lof estrechó la mano de Jarre y pareció que trataba de prolongar el contacto, pero Jarre necesitaba la mano y la retiró.

—¡Ahí está! —Gritó ella, excitada, mientras señalaba el fondo del hueco—. ¡Ahí está!

—¿Te refieres a eso que acaba de recibir la descarga de un rayo?

—¡No! —replicó Jarre—. Es decir, sí, pero no le ha caído encima ningún rayo.

Todos los presentes pudieron observar cómo ascendía por la inmensa abertura el manipulador, sosteniendo entre los dedos la burbuja de cristal. Jamás hasta aquel momento le había parecido tan lenta la Tumpa-chumpa a la impaciente Jarre. En varias ocasiones se preguntó si no estaría estropeada y alzó la vista a la enorme grúa elevadora, pero siempre comprobó que seguía funcionando imperturbablemente.

Por fin, el manipulador penetró en el seno de la Tumpa-chumpa. La grúa se detuvo con un chirrido y unas planchas metálicas se deslizaron desde ambos costados de la zanja con un ruido atronador, formando un piso firme debajo del artilugio.

—¡Es él! ¡Es Limbeck! —gritó Jarre al distinguir una forma borrosa a través del cristal de la burbuja, que aún chorreaba agua.

—Yo no estoy tan seguro —replicó Lof dubitativamente, asido a un último resto de esperanza—. ¿Acaso Limbeck tiene rabo?

Pero Jarre ya no lo escuchaba. Había echado a correr sobre las planchas móviles del suelo antes de que el hueco terminara de cerrarse y los demás gegs se apresuraron detrás de ella. Al llegar a la puerta de la burbuja, se puso a tirar de ella con impaciencia.

—¡No quiere abrirse! —exclamó, dejándose llevar por el pánico.

Lof soltó un suspiro, alargó el brazo y movió el tirador de la portezuela.

—¡Limbeck! —chilló Jarre al tiempo que se precipitaba en el interior de la burbuja. Casi al instante, se apartó del aparato con una rapidez inusitada.

Del interior de la burbuja surgió entonces un sonoro gruñido cargado de hostilidad.

Al advertir la palidez que se había adueñado de Jarre, los demás gegs retrocedieron hasta una distancia prudencial de la burbuja.

—¿Qué es eso? —preguntó uno.

—Un..., un perro, creo —balbuceó Jarre.

—Entonces, ¿no es Limbeck? —intervino Lof, ansioso.

Una voz débil se dejó oír en el interior de la burbuja.

—¡Sí, soy yo! No os preocupéis del perro. Lo habéis sobresaltado, eso es todo. Está preocupado por su amo. Vamos, echadme una mano. Aquí dentro estamos muy apretados.

Junto a la puerta vieron agitarse las yemas de unos dedos. Los gegs se miraron con aire aprensivo y, al unísono, dieron otro paso atrás.

Jarre hizo una pausa, nerviosa, esperando la colaboración de los demás gegs. Éstos, amedrentados, volvieron la mirada a la grúa elevadora, a la trituradora de rocas o al suelo abatible..., a cualquier parte, salvo a la burbuja que acababa de gruñir.

—¡Vamos, ayudadme a salir de aquí! —insistió Limbeck a gritos.

Jarre, con los labios apretados hasta quedar reducidos a una fina línea recta que no auguraba nada bueno, cubrió la distancia que la separaba de la burbuja e inspeccionó la mano. Parecía la de Limbeck..., incluidas las manchas de tinta. Con cierta cautela, agarró los dedos y tiró de ellos. Las esperanzas de Lof se desvanecieron definitivamente cuando Limbeck, sudoroso y con el rostro enrojecido, saltó al suelo.

—Hola, querida —dijo a Jarre mientras le estrechaba la mano, sin advertir en absoluto (con su habitual despiste) que ella le había acercado la cara para recibir un beso. Limbeck se apartó unos pasos de la burbuja pero, de inmediato, dio media vuelta y pareció disponerse a entrar de nuevo en ella.

—Ven, ayúdame a sacarlo de aquí —gritó una vez dentro, y su voz resonó con un extraño eco.

—¿A quién? ¿Al perro? —inquirió Jarre—. ¿No puede salir por sí solo?

Limbeck se volvió y lanzó una mirada radiante a los gegs.

—¡Al dios! —respondió con aire triunfal—. ¡He traído conmigo a un dios!

Los gegs lo observaron en un silencio entre asombrado y suspicaz.

Jarre fue la primera en recuperarse lo suficiente como para decir algo.

—Limbeck —murmuró en tono severo—, ¿era necesario eso?

—¿Que si era...? ¡Sí! ¡Claro que sí! —contestó, algo desconcertado—. Tú no me creías. Vamos, ayúdame a sacarlo. Está herido.

—¿Herido? —repitió Lof, viendo titilar de nuevo un rayo de esperanza—. ¿Cómo puede estar herido un dios?

—¡Aja! —Exclamó Limbeck, y fue un « ¡Aja!» tan potente y rotundo que el pobre Lof quedó paralizado y se encontró, completamente y para siempre, fuera de la carrera—. ¡Eso mismo digo yo!

Con estas palabras, Limbeck desapareció de nuevo en el interior de la burbuja.

Tuvo algunas dificultades con el perro, que se había plantado delante de su amo y gruñía. Limbeck estaba bastante preocupado por su presencia. Durante el ascenso en la burbuja, el perro y él habían llegado a un entendimiento, pero este acuerdo —que Limbeck permanecería en su rincón y que el perro, a cambio, no le saltaría a la

garganta— no parecía que fuera a bastar para tranquilizar al animal y convencerlo de que se apartara. Con frases como « ¡perrito bonito!» o « ¡sé buen chico!» no consiguió ningún resultado. Desesperado y temiendo que su dios estuviera muñéndose, el geg intentó razonar con el animal.

—Escucha —le dijo—, no queremos hacerle daño. ¡Tratamos de ayudarlo! Y el único modo de hacerlo es sacarlo de este artefacto y llevarlo a un lugar seguro. Tendremos mucho cuidado con él, te lo prometo. —Los gruñidos del perro disminuyeron y el animal observó a Limbeck con un aire que parecía de cauto interés —. Tú puedes acompañarlo y, si sucede algo que no te gusta, puedes saltarme al cuello entonces.

El perro ladeó la cabeza, con las orejas tiesas, escuchándolo con atención. Cuando el geg terminó de hablar, el animal lo contempló gravemente.

Voy a darte una oportunidad, pero recuerda que sigo teniendo los dientes.

—Dice que está bien —explicó Limbeck, satisfecho.

—¿Qué quiere? —chilló Jarre cuando el perro saltó ágilmente de la burbuja y se posó en el suelo a los pies de Limbeck.

Los gegs retrocedieron al instante para ponerse a cubierto y se refugiaron tras las piezas de la Tumpa-chumpa que parecían más seguras para protegerse de los afilados colmillos. Jarre fue la única en permanecer donde estaba, dispuesta a no abandonar a su amado fuera cual fuese el peligro. Pero el perro no estaba en absoluto interesado por los temblorosos gegs, sino que tenía concentrada toda su atención en su amo.

—¡Toma! —Dijo Limbeck con un jadeo, tirando de los pies del dios—. Tú cógelo por ahí, Jarre. Yo le sostendré la cabeza. Así, con cuidado. Con mucho cuidado. Creo que ya lo tenemos.

Tras haber desafiado al perro, Jarre se sentía capaz de cualquier cosa, incluso de arrastrar por los pies a un dios. Dirigió una seca mirada a sus acobardados congéneres, agarró al dios por sus botas de cuero y tiró de él. Limbeck guió la salida del cuerpo a través de la portezuela y lo sostuvo por los hombros cuando éstos aparecieron. Entre los dos, depositaron al dios en el suelo.

—¡Oh, vaya! —musitó Jarre, pasando del miedo a la lástima. Tocó suavemente la herida de la cabeza con la yema de los dedos y las retiró cubiertas de sangre—. ¡Tiene una herida terrible!

—Ya lo sé —contestó Limbeck, agitado—. Y he tenido que moverlo sin muchos miramientos para arrastrarlo fuera de su nave antes de que la zarpa excavadora lo hiciera pedazos.

—Tiene la piel helada y los labios amoratados. Si fuera un geg, yo diría que se está muriendo. Pero tal vez los dioses tengan este aspecto, precisamente.

—No lo creo. No estaba así la primera vez que lo vi, justo después de que se estrellara su nave. ¡Oh, Jarre, no podemos dejar que muera!

El perro, al escuchar el tono de voz compasivo de Jarre y comprobar que trataba a su amo con cariño, le dio un lametón en la mano y la miró con unos ojos pardos suplicantes.

Al principio, Jarre se sobresaltó al notar el húmedo contacto, pero pronto se tranquilizó.

—Vamos, vamos, no te preocupes. Todo saldrá bien —dijo con voz dulce al animal, al tiempo que alargaba la mano y le daba unas tímidas palmaditas en la cabeza. El perro consintió que lo hiciera, agachando las orejas y meneando ligerísimamente su cola de tupido pelaje.

—¿De veras lo crees? —inquirió Limbeck con profunda preocupación.

—¡Claro que sí! Mira cómo mueve los párpados. —Jarre se volvió y empezó a dar enérgicas órdenes—: Lo primero que haremos será llevarlo a un lugar caliente y tranquilo donde podamos ocuparnos de él. Es casi la hora del cambio de turno y no nos interesa que nadie lo vea...

—¿No nos interesa...? —la interrumpió Limbeck.

—¡No! Hasta que el dios se recupere y nosotros estemos preparados para conocer las respuestas a nuestras preguntas. Este va a ser un gran momento en la historia de nuestro pueblo y es mejor que no lo estropeemos precipitando las cosas. Tú y Lof id a buscar una camilla...

—¿Una camilla? ¿Cómo quieres que el dios quepa en ella? —replicó Lof, resentido—. Le colgarán las piernas y arrastrará los pies por el suelo.

—Es cierto. —Jarre no estaba acostumbrada a tratar con alguien tal alto y delgado. Se detuvo a pensar, arrugando la frente, cuando de pronto el poderoso sonido de un gong la sacó de sus meditaciones y la hizo mirar a su alrededor, alarmada—. ¿Qué es eso? —preguntó.

—¡Van a abrir de nuevo el suelo! —exclamó Lof.

—¿Qué suelo? —quiso saber Limbeck.

—¡Éste! —Lof señaló las planchas metálicas sobre las que apoyaban los pies.

—¿Por qué...? ¡Ah, ya entiendo...!

Limbeck alzó la vista hacia las zarpas excavadoras que habían soltado su cargamento y se disponían a descender de nuevo por el agujero para recoger el siguiente.

—¡Tenemos que salir de aquí! —dijo Lof con voz apremiante. inclinándose hacia Jarre, le susurró al oído—: Deja estar al dios. Cuando se abra el suelo, volverá a caer al aire del que ha venido. Y el perro también.

Pero Jarre no le prestaba atención, con la mirada vuelta hacia las carretillas que trajinaban de un lugar a otro en el nivel superior.

—¡Lof! —exclamó con excitación, agarrando al joven por la barba y tirando de ella (costumbre que había adquirido en su relación con Limbeck y que le costaba

mucho reprimir) —. ¡Las carretillas! ¡El dios cabrá en una de ellas! ¡Deprisa! ¡Deprisa!

El suelo empezaba a vibrar amenazadoramente y cualquier cosa era preferible a que le tiraran a uno de la barba de aquella manera. Lof asintió y echó a correr con otros gegs en busca de una carretilla vacía.

Jarre envolvió al dios con su pequeña capa y, entre ella y Limbeck, alejaron el cuerpo del centro de la plataforma, arrastrándolo lo más cerca posible del borde. Para entonces, Lof y compañía ya estaban de vuelta con la carretilla, que habían hecho rodar por la empinada rampa que conectaba el nivel inferior con el siguiente. El gong sonó de nuevo. El perro gimoteó y se puso a ladrar. Una de dos: o el ruido le lastimaba los oídos, o el animal presentía el peligro y animaba a los gegs a darse prisa. (Lof insistió en lo primero. Limbeck apostaba por lo segundo. Jarre ordenó a ambos que cerraran la boca y se apresuraran.)

Entre todos, los gegs lograron levantar el cuerpo e introducirlo en la carretilla. Jarre envolvió la cabeza herida del dios con la capa de Lof —éste pareció decidido a protestar, pero el sonoro bofetón en la mejilla que le propinó una Jarre nerviosa y enojada resultó muy convincente—. El gong sonó por tercera vez. Las excavadoras iniciaron el descenso entre los chasquidos y chirridos de los cables, y el suelo empezó a abrirse con un ruido sordo. Los gegs, casi perdiendo el equilibrio, se alinearon detrás de la carretilla y le dieron un fuerte empujón. La carretilla empezó a rodar pendiente arriba mientras los gegs se esforzaban tras ella, sudorosos, y el perro corría entre sus pies mordisqueándoles los talones.

Los gegs son fuertes, pero la vagoneta era de hierro y pesaba mucho, por no hablar de la carga que suponía el dios que transportaba. El vehículo no estaba pensado para ascender por una rampa que era de uso exclusivo de los gegs, y mostraba una tendencia mucho más pronunciada a rodar hacia abajo que a hacerlo hacia arriba.

Limbeck, dándose cuenta de ello, empezó a divagar sobre conceptos como el peso, la inercia y la gravedad y, sin duda, habría acabado desarrollando alguna ley física de no haber estado en inminente peligro su vida. Debajo de ellos, el suelo se había abierto ya por completo y las zarpas excavadoras se precipitaban al vacío; durante un instante particularmente tenso, dio la impresión de que los gegs no podían aguantar más y que la carretilla terminaría por ganar, arrastrando al abismo a gegs, dios y perro.

—¡Vamos, una vez más! ¡Todos a la vez! —gruñó Jarre. Su cuerpo robusto apuntalaba la carretilla, con el rostro encendido por el esfuerzo. Limbeck, a su lado, no era de gran ayuda pues su natural debilidad se veía agravada por la agotadora experiencia que acababa de padecer. Pese a todo, hacía valientemente lo que podía. Lof flaqueaba y parecía a punto de rendirse.

—¡Lof! —jadeó Jarre—. ¡Si empieza a deslizarse hacia abajo, pon el pie bajo la rueda!

La orden de su líder fue un nuevo estímulo para Lof, quien ya tenía los pies planos pero no veía ninguna razón para llevar las cosas a tal extremo. Con renovadas fuerzas, aplicó el hombro a la vagoneta, apretó los dientes, cerró los ojos y dio un poderoso empujón. La carretilla alcanzó la repisa superior de la rampa y los gegs se dejaron caer junto a ella, agotados. El perro dio un lametón en la cara a Lof, para gran disgusto de éste. Limbeck escaló la rampa arrastrándose a cuatro patas y, cuando llegó arriba, cayó desvanecido.

—¡Lo que faltaba! —murmuró Jarre, exasperada.

—¡No pienso cargar también con *él!* —protestó Lof con acritud. El joven geg empezaba a pensar que su padre tenía razón cuando le decía que no se metiera nunca en política.

Un malicioso tirón de la barba y un sonoro cachete en la mejilla consiguieron despertar a medias a Limbeck. Éste empezó a balbucear algo acerca de inclinaciones y planos, pero Jarre le ordenó que callara e hiciera algo útil, como coger al perro y meterlo en la carretilla con su amo.

—¡Y dile que se esté quieto! —añadió Jarre.

Limbeck abrió tanto los ojos que parecieron a punto de saltarle de las órbitas.

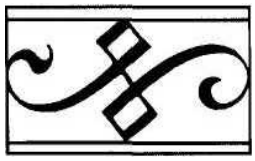
—¿Yo...? ¿Coger a ese...?

Pero el perro, como si los entendiera, solventó el problema saltando ágilmente a la carretilla, donde se enroscó a los pies de su amo.

Jarre echó un vistazo al dios e informó que seguía vivo y que tenía un aspecto algo mejor, ahora que iba envuelto en las capas. Los gegs cubrieron el cuerpo con pequeños fragmentos de coralita y otra escoria que la Tumpa-chumpa dejaba caer de vez en cuando, arrojaron un saco de yute sobre el perro y dirigieron la vagoneta hacia la salida más próxima.

Nadie los detuvo. Nadie les preguntó *por qué* empujaban una carretilla de mineral por los túneles. Nadie se interesó en saber *adonde* se dirigían, ni *qué* pensaban hacer cuando llegaran allí. Jarre, con un suspiro, meneó la cabeza y consideró tal falta de curiosidad una triste característica de su pueblo.

CAPÍTULO 20



LEK, DREVLIN,
REINO INFERIOR

En el Laberinto, uno tiene que aguzar los reflejos hasta hacerlos tan afilados y penetrantes como la hoja de una espada o una daga, pues también ellos son armas para la autoconservación y, a menudo, resultan tan valiosos o más que el acero. Luchando por recobrar la conciencia, Haplo se abstuvo instintivamente de revelar que había recuperado el conocimiento. Hasta que no volviera a tener el control completo de todas sus facultades, permanecería absolutamente quieto e insensible; reprimió un gemido de dolor y resistió con firmeza el arrollador impulso de abrir los ojos y ver dónde estaba.

«Hazte el muerto. Muchas veces, el enemigo te dejará en paz.»

Escuchó voces que entraban y salían de su radio de audición. Se agarró mentalmente a ellas, pero fue como agarrar un pez con las manos desnudas; conseguía tocarlas, pero nunca atraparlas del todo. Eran voces potentes, profundas, que se dejaban oír con claridad por encima del rugiente traqueteo que parecía resonar por todas partes; incluso dentro de él, pues notaba que todo su cuerpo vibraba. Las voces hablaban a cierta distancia de él y parecían discutir, pero lo hacían sin violencia. Haplo no se sintió amenazado y se relajó.

«Al parecer, he ido a caer entre Ocupantes Ilegales...», pensó.

—... El chico aún está vivo. Tiene una fea brecha en la cabeza, pero saldrá bien librado.

—¿Y los otros dos? Supongo que eran sus padres.

—Muertos. Fugitivos, por su aspecto. Los snogs los atraparon, sin duda. Supongo que el niño les pareció demasiado pequeño para preocuparse de él.

—No. Los snogs no tienen miramientos a la hora de matar. No creo que advirtieran su presencia: el pequeño estaba bien escondido entre los arbustos y, si no hubiera gemido, tampoco nosotros lo habríamos descubierto. Esta vez, el gemido le ha salvado la vida, pero es una mala costumbre. Tendremos que quitársela. Para mí que los padres sabían que estaban en peligro, de modo que le dieron un buen golpe al pequeño para que no hiciera ruido, lo ocultaron y luego trataron de alejar de él a los snogs que los seguían.

—Tuvo suerte de que fueran snogs y no dragones. Los dragones lo habrían olido.

—¿Cómo se llama?

El pequeño notó unas manos recorriendo su cuerpo, que estaba desnudo salvo una

tira de cuero suave en torno a la cintura. Las manos siguieron los trazos de una serie de tatuajes que empezaban en el corazón, se extendían por el pecho y el estómago hasta las piernas y los empeines, pero no las plantas de los pies, y por los brazos hasta el revés de las manos, pero no los dedos ni la palma. Los tatuajes ascendían también por el cuello, dejando libres la cabeza y el rostro.

—Haplo —dijo el hombre, leyendo las runas grabadas sobre el corazón—. Nació en la época en que cayó la Séptima Puerta. De eso hace unos nueve ciclos.

—Tiene suerte de haber vivido tanto. No puedo imaginarme a unos fugitivos tratando de escapar cargados con un niño. Será mejor que nos vayamos pronto de aquí. Los dragones no tardarán en oler la sangre. ¡Vamos, muchacho, despierta! ¡En pie! No podemos llevarte a cuestas. ¿Qué, estás despierto? Estupendo. —El hombre agarró a Haplo por los hombros y lo depositó junto a los cuerpos mutilados y desfigurados de sus padres—. Fíjate bien y recuérdalo. Y recuerda otra cosa: no han sido los snogs quienes han matado a tu padre y a tu madre. Han sido los mismos que nos encerraron en esta prisión y nos dejaron aquí para que muriéramos. ¿Quiénes son, muchacho? ¿Lo sabes?

Sus dedos se clavaron en la carne de Haplo.

—Los sartán —respondió con voz apagada.

—Más alto.

—¡Los sartán! —gritó.

—Está bien, muchacho. No lo olvides nunca. Nunca...

Haplo flotó de nuevo hasta la superficie de la conciencia. El ruido sordo y traqueteante, acompañado de silbidos y tamborileos, no le impedía escuchar unas voces, las mismas que recordaba vagamente haber oído antes, sólo que ahora parecían ser menos. Trató de concentrarse en las palabras pero no lo consiguió. Los aguijonazos de dolor de la cabeza le impedían cualquier chispa de pensamiento racional. Tenía que poner fin al dolor.

Con cautela, Haplo abrió un poco los ojos y miró entre las pestañas. La luz de una única vela, colocada cerca de su cabeza, no bastaba para iluminar los alrededores. No tenía idea de dónde estaba, pero se dio perfecta cuenta de que no estaba solo.

Poco a poco, levantó la mano izquierda y, cuando la acercó a la cabeza, advirtió que tenía ésta envuelta en tiras de tela. Un recuerdo titiló en su mente, lanzando un débil rayo de luz en las tinieblas de dolor que lo envolvían.

Razón de más para librarse enseguida de aquella herida que lo debilitaba.

Apretando los dientes y moviéndose con gran cuidado de no hacer el menor ruido, Haplo movió la mano derecha y tiró de las vendas que le cubrían la zurda. Debido a los nudos entre los dedos, no consiguió soltarlas del todo, pero las dejó lo bastante flojas como para dejar al descubierto una parte del revés.

La piel estaba cubierta de tatuajes. Los remolinos y espirales, las curvas y rizos,

estaban grabados en diversos tonos de rojo y azul y tenían un aire y un dibujo de apariencia fantástica.

Sin embargo, cada signo cabalístico tenía su significado propio y especial que, combinado con cualquier otro signo que tocara, se expandía en un significado nuevo y superior{11}. Alerta para paralizar sus movimientos al menor indicio de que alguien lo observara, Haplo levantó el brazo y apretó el revés de la mano sobre la brecha de la frente.

El círculo quedó cerrado. Una sensación de calor pasó de su mano a la cabeza, corrió de ésta hacia el brazo y, por éste, volvió a la mano. Ahora vendría el sueño y, mientras su cuerpo reposaba, el dolor se aliviaría, la herida se cerraría, las lesiones internas quedarían curadas y, al despertar, habría recuperado la conciencia y la memoria de todo lo sucedido. Con sus últimas fuerzas, Haplo colocó la venda de modo que le cubriera la mano. El brazo le cayó al costado y golpeó un objeto duro debajo de él. Una nariz fría le buscó la mano..., un hocico suave le frotó los dedos...

... Lanza en mano, Haplo se enfrentaba a dos caodines. La única emoción que sentía era la cólera, una furia feroz y rabiosa que ahogaba el miedo. Tenía a la vista su objetivo. En el horizonte ya se distinguía la Ultima Puerta. Para llegar a ella sólo tenía que cruzar una gran pradera abierta que le había parecido desierta al estudiarla. Pero debería haber sabido que el Laberinto no le permitiría nunca escapar. Dirigiría contra él cualquier arma que tuviera. Y el Laberinto era muy listo. Su malévola inteligencia había combatido contra los patryn durante mil años antes de que algunos de sus enemigos lograran hacerse con la habilidad necesaria para conquistarlo. Haplo había vivido y luchado durante veinticinco puertas{12} para ser derrotado en el último instante. Porque no tenía ninguna posibilidad de salir vencedor. El Laberinto le había permitido adentrarse en la pradera desierta, donde no había un solo árbol o roca con los que cubrirse la espalda. Y había lanzado contra él a dos caodines.

Los caodines son enemigos mortales. Engendrados por la desquiciada magia del Laberinto, esas inteligentes criaturas parecidas a insectos gigantes son diestras en el manejo de todo tipo de armas (aquellas dos blandían espadas anchas de dos filos). Altas como un hombre, con el cuerpo protegido por una dura coraza negra, los ojos saltones, cuatro brazos y dos poderosas patas traseras, existe un modo de acabar con ellas... Sí, existe un modo de acabar con cualquier criatura del Laberinto. Pero, para dar muerte a un caodín, hay que acertarle justo en el corazón, quitándole la vida en el mismo instante. Porque si vive, aunque sólo sea un segundo, de una gota de su sangre saldrá otro como él y los dos, intactos y frescos, reanudarán la lucha.

Haplo se enfrentaba a dos de ellos y sólo disponía de una lanza con signos cabalísticos grabados y su puñal de caza. Si sus armas erraban el blanco y herían a sus oponentes, tendría frente a él a cuatro caodines. Si volvía a fallar, serían ocho. No, así no podía ganar.

Los dos caodines avanzaron, uno por la derecha de Haplo y otro por su izquierda. Cuando atacara a uno, el otro lo asaltaría por detrás. La única posibilidad del patryn sería matar a uno a la primera con la lanza y luego volverse para hacer frente al otro.

Con esta estrategia en la cabeza, Haplo retrocedió lanzando una finta hacia uno, primero, y luego hacia el otro, obligándolos a guardar las distancias. Así lo hicieron los caodines, jugando con él, conscientes de que lo tenían en su poder, pues los caodines disfrutan jugando con sus víctimas y rara vez las matan enseguida, para tener ocasión de divertirse un poco con ellas.

Furioso hasta perder la razón, sin importarle ya si vivía o moría, sin otro deseo que acabar con aquellas criaturas y, a través de ellas, con el Laberinto, Haplo sacó fuerzas de toda una vida de miedo y desesperación, y utilizó la energía de su rabia y su frustración para impulsar la lanza. El arma salió despedida de su mano y él gritó tras su estela las invocaciones mágicas que la harían volar rápida y recta hasta su enemigo. Su puntería fue excelente: la lanza atravesó el negro caparazón del insecto y éste cayó hacia atrás, muerto antes de tocar el suelo.

Un destello doloroso recorrió a Haplo. Con un gemido de dolor, encogió el cuerpo hacia un lado y se volvió para hacer frente a su otro enemigo. Notaba la sangre, caliente sobre su piel fría, que manaba de la herida. El caodín no puede usar la magia de los signos, pero su larga experiencia combatiendo a los patryn le ha permitido averiguar dónde es vulnerable a los ataques un cuerpo tatuado. El mejor blanco es la cabeza. El caodín, sin embargo, había clavado su espada en la espalda de Haplo. Sin duda, el insecto no deseaba matarlo..., todavía.

Haplo se había quedado sin lanza y se enfrentaba con una daga de caza a la espada de dos filos. Sólo podía hacer una de dos cosas: arremeter bajo la guardia del caodín y tratar de apuñalarlo directamente en el corazón, o arriesgarse a otro lanzamiento. El puñal, que utilizaba para despellejar, afilar y cortar, no llevaba grabados símbolos mágicos para volar. Si fallaba, quedaría desarmado y, probablemente, frente a dos enemigos. Sin embargo, era preciso que terminara pronto aquella batalla. Estaba perdiendo sangre y no tenía escudo con el que parar los golpes de espada del caodín.

Éste, advertido del dilema de Haplo, alzó su inmensa hoja. Apuntando al brazo izquierdo, el insecto intentó cortárselo de cuajo para dejarlo impedido, pero aún con vida. Haplo vio venir el golpe y lo esquivó lo mejor que pudo, volviéndose para recibirlo en el hombro. La hoja se hundió profundamente y el hueso crujió bajo ella. El dolor dejó a Haplo al borde del desmayo. No notaba la mano izquierda, y mucho menos podía utilizarla.

El caodín retrocedió, disponiéndose para el siguiente golpe. Haplo asió la daga y trató de ver algo entre la bruma rojiza que rápidamente nublaba su visión. La vida ya no le importaba. Sólo lo movía el odio. La última sensación que quería experimentar

antes de morir era la satisfacción de saber que se había llevado con él a su enemigo.

El caodín alzó de nuevo la espada, preparándose para descargar otro hachazo torturador a su víctima impotente. Lleno de serena determinación, perdido en un estupor que no era del todo ficticio, Haplo esperó. Tenía una nueva estrategia. Significaba que moriría, pero lo mismo sucedería con su enemigo. El caodín echó el brazo hacia atrás y, en aquel mismo instante, una silueta negra surgió de alguna parte a espaldas de Haplo y se lanzó sobre su enemigo.

Desconcertado ante aquel súbito e inesperado ataque, el caodín apartó la mirada de Haplo para ver qué era lo que se le echaba encima y, al hacerlo, cambió el movimiento de la espada para enfrentarse a su nuevo enemigo. Haplo escuchó un aullido cargado de dolor, un gañido, y creyó ver vagamente un cuerpo peludo que caía al suelo. Sin embargo, no prestó atención a qué era. El caodín, al bajar los brazos para golpear a su nuevo enemigo, había dejado el pecho al descubierto y Haplo apuntó su daga directamente al corazón.

El caodín vio el peligro e intentó revolverse, pero Haplo ya estaba demasiado cerca. La espada de la criatura insectil hirió en el costado al patryn, resbalando sobre sus costillas. Haplo no notó siquiera el golpe y hundió la daga en el pecho del caodín con tal fuerza que los dos perdieron el equilibrio y rodaron por el suelo.

Cuando consiguió desembarazarse del cuerpo de su enemigo, Haplo no intentó siquiera ponerse en pie. El caodín estaba muerto y, ahora, también él moriría y encontraría la paz, como tantos antes que él. El Laberinto había triunfado, pero él le había plantado batalla hasta el instante final.

Se quedó tendido en el suelo y dejó que la vida se le escapara del cuerpo. Podría haber intentado curarse las heridas, pero ello hubiera requerido esfuerzo, movimiento y más dolor. No quería moverse. No quería luchar con nadie más. Bostezó, sintiéndose soñoliento. Se estaba muy bien allí tendido, sabiendo que muy pronto las luchas terminarían para siempre.

Un leve gemido le hizo abrir los ojos, no tanto por miedo como de irritación por el hecho de que no le permitieran ni siquiera morir en paz. Volvió ligeramente la cabeza y vio un perro. Así que era eso la cosa negra y peluda que había atacado al caodín... ¿De dónde habría salido? Probablemente, el animal estaba en la pradera, de caza tal vez, y había acudido en su ayuda.

El perro estaba tumbado sobre el vientre, con la cabeza entre las patas. Al ver que Haplo lo miraba, emitió un nuevo gañido y, avanzando a rastras, hizo ademán de lamerle la mano al hombre. Fue entonces cuando Haplo advirtió que el perro estaba herido.

De un profundo tajo en el cuerpo del animal manaba sangre a borbotones. Haplo recordó confusamente haber oído su aullido y los gemidos posteriores al caer abatido. El perro lo miraba con aire expectante, esperando —como hacen los perros— que

aquel humano se ocupara de él e hiciera desaparecer el terrible dolor que estaba padeciendo.

—Lo siento —murmuró Haplo, adormilado—, no puedo ayudarte. Ni siquiera puedo hacer nada por mí mismo...

El perro, al sonido de la voz del hombre, meneó débilmente la cola de tupido pelaje y continuó mirándolo con una fe ciega.

—¡Vete a morir a otra parte!

Haplo hizo un brusco gesto de enfado. El dolor le atravesó el cuerpo y lanzó un grito de agonía. El perro respondió con un breve ladrido y Haplo notó un hocico frío que le frotaba la mano. Herido como estaba, el animal le ofrecía su compasión.

Y entonces, al volver la mirada hacia él entre irritado y reconfortado, Haplo observó que el perro malherido luchaba por incorporarse. El animal, que se sostenía a duras penas, volvió la vista hacia la hilera de árboles que se alzaban detrás de ambos. Lamió la mano de Haplo una vez más y luego emprendió la marcha hacia los troncos, cojeando y casi sin fuerzas. Había malinterpretado el gesto de Haplo e iba a intentar encontrar ayuda. Ayuda para el hombre.

El perro no llegó muy lejos. Renqueante, apenas consiguió dar dos o tres pasos antes de caer. Tras una breve pausa para recobrar fuerzas, volvió a intentarlo.

—¡Basta! —Susurró Haplo—. ¡Déjalo! ¡No merece la pena!

El animal no le entendió. Volvió la cabeza y miró a Haplo como si le dijera: «Ten paciencia. No puedo ir muy rápido pero no te dejaré en la estacada».

La compasión, la lástima y la abnegación no son actitudes que los patryn consideren virtudes, sino defectos propios de razas inferiores que disimulan sus debilidades internas exaltándolas. Haplo no se sintió impresionado. Cruel, desafiante e inflamado de odio, se había abierto paso por el Laberinto luchando a diestro y siniestro, siempre solo. Jamás había pedido ayuda, y jamás la había ofrecido. Y había sobrevivido donde muchos otros habían caído. Hasta aquel momento.

—Eres un cobarde —se dijo a sí mismo con un murmullo—. Ese perro idiota tiene el valor para luchar por la vida, y tú prefieres rendirte. Y algo aún peor: morirás con deudas. Morirás con una deuda en el alma pues, te guste o no, ese perro te ha salvado la vida.

No fueron sentimientos de ternura los que llevaron a Haplo a alargar la mano derecha para asir con ella su zurda inutilizada. Lo que lo impulsó fue el orgullo y la vergüenza propia.

—¡Ven aquí! —ordenó al perro.

Éste, demasiado débil para sostenerse sobre las patas, avanzó a rastras por el suelo, dejando tras él un reguero de sangre sobre la hierba.

Rechinando los dientes, entre jadeos y maldiciones ante el dolor, Haplo apretó el signo cabalístico del revés de la mano contra el flanco desgarrado del can. Sin

moverla de este punto, colocó la mano derecha sobre la testuz del animal. El círculo curativo quedó cerrado y Haplo comprobó, con la mirada nublada, cómo se cerraba instantáneamente la herida de su peludo salvador...

—Si se recupera, lo llevaremos al survisor jefe para demostrarle que cuanto le dije era cierto. ¡Les demostraremos, a él y a nuestro pueblo, que los welfos no son dioses! Nuestro pueblo comprenderá entonces que hemos sido utilizados y engañados durante todos estos años.

—Eso, *si* se recupera —musitó una voz femenina, más suave—. Está malherido de veras, Limbeck. Tiene esa herida profunda en la cabeza y tal vez haya recibido más en otras partes de su cuerpo, aunque el perro no me deja acercarme lo suficiente para comprobarlo. De todos modos, no importa mucho que lo haga pues una herida en la cabeza de tal gravedad conduce casi siempre a la muerte. ¿Recuerdas cuando Hal Martillador tropezó en la pasarela elevada y cayó de cabeza...?

—Ya lo sé, ya lo sé —replicó la otra voz con abatimiento—. ¡Oh, Jarre, no puede morirse ahora! Quiero que lo conozcas todo de su mundo. Es un lugar hermoso, como el que vi en los libros. Con un cielo azul despejado de nubes y un sol brillante y resplandeciente que lo ilumina todo, y unos edificios altos y maravillosos, grandes como la Tumpa-chumpa...

—Limbeck —lo interrumpió la voz severa de la mujer—, no te darías también tú un golpe en la cabeza, ¿verdad?

—No, querida. Yo vi esos libros, de verdad. Igual que vi a los dioses muertos. ¡Ahora he traído una prueba, Jarre! ¿Por qué te niegas a creerme?

—¡Oh, Limbeck, ya no sé qué creer! Antes tenía las cosas muy claras; todo era blanco o negro, con perfiles claros y precisos, y yo sabía exactamente lo que quería para nuestro pueblo: mejores condiciones de vida y una participación igualitaria en los pagos de los welfos. Eso era todo. Mi idea era causar un poco de agitación, presionar al survisor jefe, y éste se vería obligado a ceder, finalmente. Ahora, todo está confuso y borroso. ¡Me estás hablando de una revolución, Limbeck! ¡De echar por tierra todas las creencias que hemos profesado durante siglos! ¿Qué te propones instaurar en su lugar?

—Tenemos la verdad, Jarre.

Haplo sonrió. Llevaba ya una hora despierto y pendiente de lo que oía. Comprendía parte de las palabras y, aunque aquellos seres se llamaban a sí mismos «gegs», advirtió que hablaban un idioma derivado del que en el Mundo Antiguo se había conocido por «lengua de los enanos». Sin embargo, eran muchas las cosas que no entendía. Por ejemplo, ¿qué era aquella Tumpa-chumpa a la que se referían con tan reverente respeto? Para eso lo habían mandado allí, se dijo: para aprender. Para tener los ojos y oídos bien abiertos, la boca cerrada y las manos quietas.

Alargando la mano hacia el suelo, al costado de la cama, Haplo le rascó la cabeza

al perro para tranquilizarlo. El viaje a través de la Puerta de la Muerte no había empezado precisamente como lo había previsto. De algún modo, en alguna parte, su amo y protector había cometido graves errores de cálculo. Los signos mágicos estaban mal alineados y Haplo lo había advertido demasiado tarde, cuando poco podía hacer ya para evitar el choque y la consiguiente destrucción de la nave.

La constatación de que se encontraba atrapado en aquel mundo no preocupó excesivamente a Haplo. Ya había estado encerrado en el Laberinto y había conseguido escapar. Tras semejante experiencia, en un mundo normal como aquél sería —como le había dicho su amo— «invencible». De momento, tenía que dedicarse a cumplir su cometido. Cuando hubiera completado lo que había venido a hacer, ya encontraría algún modo de regresar.

—Me ha parecido oír algo.

Jarre entró en la habitación acompañada de la suave luz de un candelabro. Haplo entrecerró los ojos, parpadeando. El perro emitió un gruñido y empezó a incorporarse, pero volvió a tenderse a un gesto imperioso y furtivo de su amo.

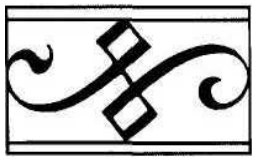
—¡Limbeck! —exclamó Jarre.

—¡Ha muerto! —El robusto geg irrumpió en la estancia a toda prisa.

—No, no —replicó ella. inclinándose sobre el costado de la cama, señaló con una mano temblorosa la frente de Haplo y añadió—: ¡Mira! ¡La herida está curada! ¡Completamente curada! ¡Ni..., ni siquiera le queda cicatriz! ¡Oh, Limbeck, tal vez estás equivocado, después de todo! ¡Tal vez éste sea de verdad un dios!

—No —respondió Haplo. Incorporándose sobre un codo, miró resueltamente a los sorprendidos gegs—. Yo era un esclavo. —Habló despacio y con voz grave, buscando las palabras en la complicada lengua de los enanos—. Una vez fui lo que sois ahora vosotros, pero mi pueblo triunfó sobre sus dominadores y he venido para ayudaros a hacer lo mismo.

CAPÍTULO 21



EXILIO DE PITRIN,
REINO MEDIO

El viaje a través de Exilio de Pitrin resultó más sencillo de lo que Hugh había previsto. Bane mantuvo la marcha con valentía y, cuando se sintió cansado, hizo cuanto pudo para no demostrarlo. Alfred observaba con inquietud al príncipe y, cuando éste empezaba a dar señales de que le dolían los pies, era el chambelán quien anunciaba que era incapaz de dar un paso más. En realidad, Alfred lo pasaba mucho peor que su pequeño pupilo. Los pies del hombrecillo parecían poseídos de una voluntad propia y continuamente tomaban caminos diferentes, tropezaban con baches inexistentes y se enredaban con pequeñas ramas casi imperceptibles.

En consecuencia, el avance no fue muy rápido; Hugh, sin embargo, no les dio prisa. Tampoco él la tenía. No estaban lejos de una cala, abrigada por los bosques en el extremo de la isla, donde tenía amarrada su nave y, sin embargo, sentía muy pocos deseos de llegar hasta ella. Tal sensación le producía irritación, pero se negó a averiguar la causa de ésta.

La caminata resultó agradable, al menos para Bane y para Hugh. El aire era frío, pero brillaba el sol y sus rayos evitaban que el frío fuera constante. Apenas soplaba el viento. En la carretera encontraron más viajeros de lo normal, los cuales aprovechaban aquel breve intervalo de buen tiempo para emprender los viajes urgentes que debían realizarse durante el invierno. El tiempo también era bueno para los asaltantes de caminos y Hugh advirtió que todo el mundo tenía, como decía el refrán, un ojo en el camino y otro en el cielo.

Vieron tres naves élficas, con mascarones de dragón en la proa y dotadas de velas como alas, pero pasaron muy lejos, rumbo a algún destino desconocido, en dirección kiracurso. Ese mismo día, una formación de cincuenta dragones pasó justo por encima de sus cabezas. Distinguieron a los jinetes de los dragones en sus sillas de montar, con el brillante sol invernal reflejado en el casco, la coraza y las puntas de la jabalina y de las saetas. El destacamento llevaba con él a una hechicera que volaba en el centro, rodeada de jinetes. La bruja no llevaba armas a la vista, sólo su magia y ésta estaba en su mente. Los jinetes también pasaron a kiracurso. Los elfos no eran los únicos que aprovechaban los días despejados y sin viento.

Bane contempló las naves élficas con asombro infantil, boquiabierto y con los ojos como platos. Jamás había visto ninguna, afirmó, y tuvo una terrible decepción al comprobar que no se acercaban. De hecho, un escandalizado Alfred se vio forzado a

impedir que Su Alteza se quitara la capucha y la utilizara como bandera para señalar su posición. A los viajeros que recorrían el camino no les divirtió en absoluto la inconsciente osadía del pequeño. Hugh se entretuvo contemplando con torvo interés cómo los campesinos se dispersaban en busca de un refugio hasta que Alfred pudo poner freno al entusiasmo del príncipe.

Esa noche, reunidos en torno a la fogata tras la cena frugal, Bane fue a sentarse al lado de Hugh, en lugar de ocupar su lugar habitual cerca del chambelán. Se sentó en cuclillas y se acomodó.

—¿Me hablarás de los elfos, maese Hugh?

—¿Cómo sabes que conozco alguna historia sobre ellos?

Hugh sacó del macuto la pipa y la bolsa de esterego. Apoyado en un árbol y con los pies estirados hacia las llamas, sacó unos hongos secos de la bolsita de cuero y los introdujo en la cazoleta, lisa y redonda.

Bane no fijó la mirada en Hugh sino en un punto a la derecha de éste, por encima de su hombro. Sus ojos azules dejaron de enfocar. Hugh acercó un palo a las llamas y lo utilizó para encender la pipa. Tras echar una chupada, observó al muchacho con ociosa curiosidad.

—Veo una gran batalla —anunció Bane, como si estuviera sonámbulo—. Veo elfos y hombres que combaten y mueren. Veo derrota y desesperación, y luego oigo voces de hombres cantando y estalla la alegría.

Hugh permaneció callado tanto tiempo que se le apagó la pipa. Alfred, incómodo, cambió de postura y apoyó la mano sobre una brasa. Reprimiendo un grito de dolor, sacudió violentamente la mano quemada.

—Alteza —murmuró con voz lastimera—, ya os he dicho...

—No, no importa —lo interrumpió Hugh. Con gesto despreocupado, sacó la ceniza de la pipa, volvió a llenar la cazoleta y la encendió de nuevo. Luego, dio unas chupadas lentas con la vista fija en el muchacho—. Acabas de describir la batalla de los Siete Campos.

—Tú estuviste allí.

Hugh dejó escapar al aire una fina columna de humo.

—Es cierto. Igual que casi todos los varones de la raza humana de mi edad, incluido tu padre, el rey. —Dio una larga chupada y añadió—: Si es esto lo que llamas clarividencia, Alfred, he visto trucos mejores en una taberna de tercera. El muchacho debe de haber escuchado la historia de labios de su padre un centenar de veces.

La expresión de Bane sufrió un cambio súbito y desconcertante. La felicidad dio paso a un dolor intenso, lacerante. Mordiéndose el labio, bajó la cabeza y se pasó la mano por los ojos.

Alfred dirigió una mirada extraña, casi suplicante, a Hugh.

—Te aseguro, maese Hugh, que ese don de Su Alteza es totalmente real y no debe tomarse a la ligera. Bane, maese Hugh no entiende de magia, eso es todo. Lo lamenta mucho. Y ahora, ¿por qué no coges tú mismo un caramelo del macuto?

Bane dejó su lugar junto a Hugh y se acercó al macuto del chambelán para buscar la golosina. Alfred bajó la voz para que sólo lo escuchara Hugh.

—Es que... Verás, señor, el rey nunca ha hablado mucho con el chico. El rey Stephen nunca se ha sentido muy..., muy cómodo en presencia de Bane.

Es cierto, pensó Hugh, a Stephen no debe de haberle resultado agradable mirar a la cara a su vergüenza. Tal vez el monarca veía en las facciones del muchacho el rostro de un hombre que él —y la reina— conocían muy bien.

El resplandor de la pipa se apagó. Mientras vaciaba las cenizas, Hugh encontró un palito y, tras aguzar el extremo con el puñal, lo introdujo en la cazoleta para intentar desatascar el conducto. Echó un vistazo al chico y lo vio revolviendo todavía en el macuto.

—Tú crees de verdad que el chico es capaz de hacer lo que dice, ¿verdad? Eso de ver imágenes en el aire.

—Sí, claro que es capaz —le aseguró Alfred con vehemencia—. Lo he visto hacerlo demasiadas veces para tener dudas. Y tú también debes creerlo, señor, pues de lo contrario...

Hugh hizo un alto en sus manipulaciones y miró a Alfred.

—¿O qué? Eso me suena mucho a amenaza.

Alfred bajó los ojos y su mano lesionada arrancó con gesto nervioso las hojas de una planta cáliz.

—Yo..., no pretendía tal cosa.

—Sí, claro que sí. —Hugh dio unos golpecitos con la pipa en una roca—. No tendrá esto algo que ver con esa pluma que lleva encima, ¿verdad? Esa que le dio un misteriarca...

Alfred se puso mortalmente pálido, tanto que Hugh casi temió que fuera a desmayarse otra vez. El chambelán tragó saliva varias veces hasta que recobró la voz.

—Yo no...

El crujido de una rama al quebrarse lo interrumpió: Bane regresaba junto al fuego. Hugh vio que Alfred dirigía al muchacho la mirada agradecida del náufrago a quien se ha arrojado un cabo.

El príncipe, absorto en disfrutar del caramelo, no lo advirtió. Se dejó caer en el suelo y, tomando un palo, revolvió el fuego con él.

—¿Quieres oír la historia de la batalla de Siete Campos, Alteza? —preguntó Hugh sin alzar la voz.

El príncipe lo miró con ojos brillantes.

—Apuesto a que fuiste un héroe, ¿verdad, maese Hugh?

—Ruego me disculpes, señor —intervino Alfred humildemente—, pero no te tengo por un patriota. ¿Cómo fue que te encontraste en la batalla por la liberación de nuestra patria?

Hugh se disponía a responder cuando el chambelán frunció el entrecejo y se incorporó de un salto. Agachándose frente al lugar donde había estado sentado, el hombrecillo levantó un fragmento de coralita de buen tamaño cuyos bordes afilados como cuchillas destellaban a la luz de la fogata. Por fortuna, los calzones de cuero que llevaba, adquiridos a un zapatero, lo habían protegido de sufrir un buen contratiempo.

—Tienes razón. La política no me importa nada. —Una fina columna de humo se elevó formando volutas de entre los labios de Hugh—. Digamos que estaba allí por cuestión de negocios...

... Un hombre entró en la posada y se detuvo parpadeando bajo la luz mortecina. Era primera hora de la mañana y en la sala común no había más que una mujer desaliñada fregando el suelo y un viajero sentado a una mesa y oculto en la sombra.

—¿Eres Hugh, a quien llaman *la Mano?* —preguntó el recién llegado al viajero.

—Si.

—Quiero contratarte.

El hombre puso una maleta delante de Hugh. Este la abrió e inspeccionó el interior. Había monedas, joyas e incluso algunas cucharas de plata. Hizo una pausa, extrajo lo que sin duda era un anillo de boda de mujer y observó al hombre minuciosamente.

—Esto lo hemos reunido entre varios, pues ninguno era lo bastante rico como para contratarte por su cuenta. Hemos puesto los objetos de valor que teníamos.

—¿Quién es el objetivo?

—Cierto capitán que se pone al servicio de los nobles para instruir y conducir a soldados de infantería en el combate. Es un mentiroso y un cobarde y ha enviado a la muerte segura a más de una patrulla, mientras él se quedaba a salvo en la retaguardia, y cobraba su sueldo. Lo encontrarás con Warren de Kurinandistai, marchando en el ejército del rey Stephen. He oído que se dirigen a un lugar llamado Siete Campos, en el continente.

—¿Y cuál es el servicio especial que quieres de mí? Tú y..., y todos ésos. —Hugh dio unos golpecitos en la maleta del dinero.

—Viudas y parientes de los últimos al mando de ese hombre, señor —dijo el hombre, con los ojos brillantes—. Te pedimos lo siguiente, a cambio de nuestro dinero: que muera de tal modo que resulte evidente que no le tocó ninguna mano enemiga, que él sepa quién ha pagado por su muerte y que dejes esto en su cuerpo. —El hombre entregó ceremoniosamente a Hugh un pequeño pergamino.

—¿Maese Hugh? —dijo Bane, impaciente—. Continúa. Cuéntame lo de Siete

Campos.

—Fue en los tiempos en que nos gobernaban los elfos. Con el paso de los años, los elfos se habían relajado en su ocupación de nuestras tierras. —Hugh contempló el humo que ascendía enroscándose hasta perderse en la oscuridad—. Los elfos consideran a los humanos poco más que animales, de modo que nos subestiman. Desde luego, en muchas cosas tienen razón, así que mal se los puede culpar por seguir cometiendo el mismo error una y otra vez.

»E1 conglomerado de Ulyndia, en la época de su dominación, estaba dividido en fragmentos y cada uno de éstos era gobernado nominalmente por un señor humano, aunque en realidad ejercía el control un virrey elfo. Los elfos no tenían que actuar para impedir que los clanes humanos se unieran; los clanes colaboraban activamente a ello.

—Muchas veces me he preguntado por qué no exigieron que destruyéramos nuestras armas, como se hacía en los siglos pasados —intervino Alfred.

Hugh sonrió, dando una nueva chupada.

—¿Por qué iban a preocuparse? Les convenía tenernos armados, pues utilizábamos las armas entre nosotros ahorrándoles multitud de problemas. De hecho, su plan funcionó tan bien que terminaron encerrándose en sus refinados castillos sin preocuparse siquiera de abrir una ventana y echar un buen vistazo a lo que estaba cociéndose a su alrededor. Lo sé porque solía escuchar sus conversaciones.

—¿Eso hiciste? —Bane, sentado, se inclinó hacia adelante con un destello en sus ojos azules—. ¿Cómo? ¿Cómo sabes tantas cosas de los elfos?

En la pipa, el ascua despidió su fulgor rojizo y fue apagándose hasta desaparecer. Hugh hizo caso omiso de la pregunta.

—Cuando Stephen y Ana consiguieron unificar a los clanes, los elfos abrieron por fin las ventanas. Y por ellas entraron flechas y lanzas, mientras los humanos escalaban los muros empuñando espadas. El alzamiento fue rápido y bien planificado. Cuando llegó la noticia al imperio de Tribus, la mayoría de los virreyes elfos había perdido la vida o había huido de su mansión. Los elfos se desquitaron. Reunieron su flota, la mayor nunca visto en este mundo, y zarparon hacia Ulyandia. Cientos de miles de preparados guerreros elfos, junto a sus hechiceros, se enfrentaron a unos miles de humanos (sin la ayuda de sus magos más poderosos, pues para entonces los misteriarcas habían huido). Nuestro pueblo no tuvo la menor oportunidad. Cientos resultaron muertos. Muchos más fueron hechos prisioneros. El rey Stephen fue capturado con vida...

—¡No fue su voluntad! —exclamó Alfred, picado por el tonillo irónico de la voz de Hugh.

La pipa brilló y volvió a apagarse. *La Mano* no dijo nada y el silencio impulsó a Alfred a continuar hablando, cuando no había tenido el menor deseo de intervenir.

—El príncipe elfo, Reesh'ahn, identificó a Stephen y ordenó a sus hombres que lo apresaran ileso. Los nobles del rey cayeron al lado de su monarca, defendiéndolo. E incluso cuando se quedó solo, Stephen continuó luchando. Dicen que había un círculo de muertos a su alrededor, pues los elfos no se atrevían a desobedecer a su comandante y, sin embargo, ninguno lograba acercarse lo suficiente como para inmovilizarlo antes de que lo matara. Al fin, se lanzaron en masa sobre él, lo derribaron al suelo y lo desarmaron. Stephen luchó con valentía, tanto como el que más.

—No sabía nada de eso —respondió *la Mano*—. Lo único que sé es que el ejército se rindió...

Desconcertado, Bane se volvió hacia los dos hombres.

—¡Debes de estar equivocado, maese Hugh! ¡Fue nuestro ejército el que ganó la batalla de Siete Campos!

—¿Nuestro ejército? —Hugh levantó la ceja—. No, no fue el ejército. Fue una mujer quien derrotó a los elfos, una trovadora que llamaban Cornejalondra porque se dice que tenía la piel negra como el ala de un cuervo y la voz de una alondra cuando canta su bienvenida al día. Su señor la había llevado al campo de batalla para que cantara su victoria, supongo, pero terminó entonando su canto fúnebre. La mujer fue capturada y hecha prisionera como el resto de los humanos, y la condujeron con los demás por una carretera que atravesaba los Siete Campos, una carretera sembrada con los cuerpos de los muertos y regada con su sangre. Los cautivos formaban una columna abatida, pues sabían el destino que les esperaba: la esclavitud. Envidiando a los muertos, avanzaban con los hombros hundidos y la cabeza gacha.

»Y entonces la trovadora se puso a cantar. Era una vieja canción, que todo el mundo recuerda de su infancia.

—¡Yo la conozco! —Exclamó Bane con animación—. Esa parte de la historia ya la he oído.

—Cántala, entonces —dijo Alfred con una sonrisa, contento de ver animado al príncipe. —Se titula *Mano de llama.* La voz del pequeño sonó aguda y ligeramente desentonada, pero entusiasta:

La Mano que sostiene el Arco y el Puente,
el Fuego que cerca el Trayecto Inclinado,
toda Llama como Corazón, corona la Sierra,
todos los Caminos nobles son Ellxman.{13}
El Fuego en el Corazón guía la Voluntad,
la Voluntad de la Llama, prendida por la Mano,
la Mano que mueve la Canción del Ellxman,
la Canción del Fuego, el Corazón y la Tierra:

el Fuego nacido al Final del Camino,
la Llama una parte, una llamada iluminada,
el camino lóbrego, el objetivo parpadeante,
el Fuego conduce de nuevo desde los futuros, todos.
El Arco y el Puente son pensamientos y corazón,
el Trayecto una vida, la Sierra una parte.

—Mi niñera me la enseñó cuando era pequeño, pero no supo decirme qué significaban las palabras. ¿Lo sabes tú, maese Hugh?

—Dudo que nadie sepa interpretarlas hoy día. La tonada conmueve el corazón. Cornejalondra empezó a cantarla y los prisioneros no tardaron en levantar las cabezas con orgullo, erguidos y marciales, y en cerrar filas en formación, dispuestos a caminar con dignidad hacia la esclavitud o hacia la muerte.

—He oído que esta canción es de origen élfico —murmuró Alfred—. Y que se remonta a antes de la Separación.

—¿Quién sabe? —Hugh se encogió de hombros, desinteresado—. Lo único que importa es que ejerce un efecto sobre los elfos. Desde que sonaron sus primeras notas, los elfos se quedaron paralizados, con la vista fija al frente. Parecían sumidos en un sueño, aunque movían los ojos. Algunos afirmaron estar «viendo imágenes».

Bane se sonrojó y su mano se cerró con fuerza en torno a la pluma.

—Los prisioneros, al darse cuenta de ello, continuaron cantando. La trovadora sabía la letra de todos los versos. La mayoría de los prisioneros se perdió tras la primera estrofa, pero continuaron entonando la música e interviniendo con entusiasmo en los coros. A los elfos les resbalaron las armas de las manos. El príncipe Reesh'ahn cayó de rodillas y se puso a llorar. Y, a una orden de Stephen, los prisioneros escaparon a toda la velocidad que les permitían sus pies.

—Dice mucho en favor de Su Majestad que no ordenara el exterminio de un enemigo indefenso —comentó Alfred.

—Por lo que el rey sabía —replicó Hugh con una sonrisa burlona—, una simple espada en la garganta de la trovadora podría haber roto el hechizo. Nuestros hombres estaban derrotados y sólo querían salir de aquella situación. Según me han contado, el rey tenía el plan de replegarse hacia uno de los castillos cercanos, reagruparse y atacar de nuevo. Sin embargo, no fue necesario. Los espías de Stephen informaron que, cuando los elfos despertaron del hechizo, fue como si salieran de un hermoso sueño y sólo desearan volverse a dormir. Abandonaron sus armas y sus muertos donde habían caído, y regresaron a sus naves. Una vez allí, liberaron a sus esclavos humanos y volvieron a su tierra renqueantes.

—Y éste fue el inicio de la revolución élfica.

—Así parece. —Hugh dio una parsimoniosa chupada a su pipa—. El rey elfo declaró proscrito y deshonrado a su hijo, el príncipe Reesh'ahn, y lo sentenció al

exilio. Ahora, Reesh'ahn se dedica a provocar problemas por todo Aristagón. Se han llevado a cabo varios intentos para capturarlo, pero siempre se les ha escurrido entre los dedos.

—Y dicen que con él viaja la trovadora, la cual, según la leyenda, quedó tan conmovida ante el dolor del príncipe que decidió seguirlo —añadió Alfred en voz baja—. Juntos cantan esa tonada y, allí donde van, encuentran nuevos seguidores.

El chambelán se inclinó hacia atrás, calculó mal la distancia que lo separaba del árbol y se dio un sonoro golpe en la cabeza contra el tronco.

A Bane se le escapó una risilla, pero se apresuró a taparse la boca con la mano.

—Lo siento, Alfred —dijo en tono contrito—. No quería reírme. ¿Te has hecho daño?

—No, Alteza —respondió Alfred con un suspiro—. Gracias por tu interés. Y ahora, Alteza, es hora de acostarse. Mañana nos espera una larga jornada.

—Sí, Alfred. —Bane corrió a sacar la manta de la mochila—. Si te parece bien, esta noche dormiré aquí —añadió entonces y, dirigiendo una tímida mirada a Hugh, extendió la manta junto a la de éste.

Hugh se puso en pie bruscamente y se acercó a la fogata. Sacudiendo la cazoleta de la pipa contra su mano, vació las cenizas.

—La rebelión... —*La Mano* fijó los ojos en las llamas, evitando mirar al pequeño —. Han transcurrido diez años y el imperio de Tribus sigue tan fuerte como siempre. Y el príncipe vive como un lobo acosado en las cuevas de las Remotas Kirikai.

—Por lo menos, esa rebelión ha impedido que nos aplastaran bajo sus botas — afirmó Alfred, envolviéndose en una manta—. ¿Estáis seguro de que no tendréis frío tan lejos de la fogata, Alteza?

—Sí, sí —respondió el príncipe con alegría—. Estaré al lado de maese Hugh.

Se incorporó hasta quedar sentado, encogió las rodillas y se cogió las manos rodeando éstas. Luego, alzó la mirada hacia Hugh con aire inquisitivo.

—¿Qué hiciste en la batalla, maese Hugh...?

—¿Adonde vas, capitán? Me parece que la batalla se está librando justo detrás de ti...

—¿Eh?

El capitán se sobresaltó al escuchar una voz cuando creía estar a solas. Desenvainó la espada, se volvió en redondo y escrutó la maleza.

Hugh, espada en mano, salió de detrás de un árbol. La espada del asesino estaba roja de sangre élfica y el propio Hugh había recibido varias heridas en el fragor del combate, pero en ningún instante había perdido de vista su objetivo.

Al ver que se trataba de un humano y no de un elfo, el capitán se relajó y, con una sonrisa, bajó su espada, aún limpia y brillante.

—Mis hombres están ahí atrás —afirmó, indicando la dirección con el pulgar—.

Ellos se encargarán de esos bastardos.

Hugh mantuvo fija la mirada, con los ojos entrecerrados.

—Tus hombres están siendo destrozados.

El capitán se encogió de hombros y trató de continuar su camino. Hugh lo agarró por el brazo que blandía la espada, le hizo saltar el arma de la mano y lo obligó a volverse de cara a él. Sorprendido, el capitán masculló un juramento y lanzó un golpe a Hugh con su puño carnoso. Pero dejó de debatirse cuando advirtió la punta de la daga de Hugh en la garganta.

—¿Qué...? —graznó, sudoroso y jadeante. Sus ojos parecían a punto de salirse de las órbitas.

—Me llaman Hugh *la Mano*. Y esto —añadió, mostrándole el puñal— es de parte de Tom Hales, de Henry Goodfellow, de Neds Carpenter, de la viuda Tanner, de la viuda Giles...

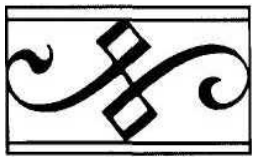
Hugh recitó los nombres. Una flecha elfa se clavó en un árbol próximo con un ruido sordo. *La Mano* no parpadeó. El puñal no se movió de sitio.

El capitán emitió un gemido, trató de encogerse y lanzó gritos de auxilio, pero en aquella jornada eran muchos los humanos que gritaban pidiendo ayuda y nadie le respondió. Su grito de muerte se confundió con el de otros muchos.

Cumplida su tarea, Hugh se marchó. Captó a su espalda unas voces que entonaban una canción, pero no prestó mucha atención. Se alejaba imaginando el desconcierto de los monjes kir, que encontrarían el cadáver del capitán lejos del campo de batalla, con un puñal en el pecho y una nota en la mano: «Nunca más enviaré a hombres valientes a la muerte...»

—¡Maese Hugh! —La manita de Bane le estaba dando tirones de la manga—. ¿Qué hiciste en la batalla? —Me enviaron allí a entregar un mensaje.

CAPÍTULO 22



EXILIO DE PITRIN,
REINO MEDIO

Al principio del viaje, la carretera que seguía Hugh era una calzada ancha y despejada en la que encontraron numerosos caminantes, pues el interior de la isla estaba muy transitado. En cambio, cuando se acercaron a la costa, la vía se estrechó y se hizo áspera y descuidada, cubierta de fragmentos de roca y de ramas caídas. Los árboles hargast, o «árboles de cristal», como eran denominados en ocasiones, crecían silvestres en aquella región y eran muy diferentes de sus congéneres «civilizados», que eran cultivados con esmero en las plantaciones.

No existe nada más hermoso que un huerto de árboles hargast, con sus troncos plateados reluciendo al sol y sus ramas cristalinas, concienzudamente podadas, tintineando con sus sonidos musicales. Los campesinos laboran entre ellos, podándolos para evitar que alcancen su espectacular tamaño natural, que impide sacarles provecho. El árbol hargast tiene la facultad natural no sólo de almacenar agua, sino de producirla también en cantidades limitadas. Cuando los árboles son de pequeño tamaño, de nueve o diez palmos de altura, el agua producida no es utilizada para potenciar su crecimiento y puede ser recolectada introduciendo canillas en los troncos. El hargast completamente desarrollado, de más de ciento cincuenta palmos de altura, utiliza el agua para sí mismo y su corteza resulta demasiado dura para colocar las espitas. En estado silvestre, las ramas de este árbol alcanzan longitudes extraordinarias. Duras y frágiles, se quiebran con facilidad y se rompen en fragmentos al tocar el suelo, de tal modo que éste queda cubierto de letales astillas de afilada corteza cristalina. Atravesar un bosque de árboles hargast resulta peligroso y, en consecuencia, Hugh y sus compañeros encontraron cada vez menos transeúntes en la carretera.

El viento soplaba con fuerza, como sucede siempre cerca de la costa, pues las corrientes de aire que se alzan de debajo de la isla forman torbellinos que barren los mellados acantilados. Las fuertes ráfagas hacían trastabillar al trío mientras los árboles crujían y se estremecían a su alrededor, y más de una vez oyeron el chasquido de una rama al desprenderse del tronco y caer al suelo, donde se hacía añicos con estrépito. Alfred se mostró cada vez más nervioso, escrutando el cielo en busca de naves elfas e inspeccionando la espesura con el temor de que apareciera algún guerrero elfo, a pesar de que Hugh le aseguró, divertido, que ni siquiera los elfos se molestaban en hacer incursiones por aquella zona de Exilio de Pitrin.

La región era agreste y desolada. Unos acantilados de coralita se alzaban en el aire. Los grandes árboles hargast se apretaban al borde del camino, ocultando el sol con sus coriáceos filamentos pardos, largos y delgados. El follaje se mantenía en el árbol durante el invierno y sólo caía en primavera, antes de que crecieran los nuevos filamentos que absorberían la humedad del aire. Casi era ya mediodía cuando Hugh, después de prestar una inhabitual atención a los troncos de una serie de árboles hargast que bordeaban el camino, ordenó de pronto un alto.

—¡Eh! —Gritó a Alfred y al príncipe, que avanzaban trabajosamente delante de él—. Por aquí.

Bane se volvió a mirarlo, perplejo. Alfred también se volvió; al menos, parte de él lo hizo. Su mitad superior giró en respuesta a la orden de Hugh, pero la mitad inferior continuó obedeciendo las instrucciones que ya tenía. Cuando todo su cuerpo se puso de acuerdo por fin, Alfred se encontró ya tendido sobre el polvo del camino.

Hugh aguardó con paciencia a que el chambelán se incorporara.

—Dejamos el camino en este punto —indicó *la Mano*, señalando el bosque con un gesto.

—¿Por aquí? —Alfred observó con desmayo la tupida maraña de matorrales y árboles hargast que se alzaban inmóviles y cuyas ramas se rozaban con un siniestro tintineo musical bajo el impulso del viento.

—Yo me ocuparé de ti, Alfred —dijo Bane al chambelán, tomándolo de la mano y apretando ésta con fuerza—. Vamos, vamos, ya no tienes miedo, ¿verdad? Yo no estoy nada asustado, ¿lo ves?

—Gracias, Alteza —respondió Alfred, muy serio—. Ya me siento mucho mejor. De todos modos, si me permites la pregunta, maese Hugh, ¿cómo es que nos haces tomar esta dirección?

—Tengo mi nave voladora oculta aquí cerca.

—¿Una nave *elfa*? —exclamó Bane, boquiabierto.

—Por aquí —volvió a indicar Hugh—. Démonos prisa, antes de que aparezca alguien —añadió, mientras volvía la mirada a un extremo y otro de la senda desierta.

—¡Oh, Alfred, vamos! ¡Vamos! —El príncipe tiró de la mano del chambelán.

—Sí, Alteza —repuso Alfred, desconsolado, al tiempo que ponía el pie en la masa de filamentos putrefactos de la primavera anterior que se acumulaba al borde del camino. Se escuchó un ruido misterioso, algo saltó y se estremeció entre la maleza y Alfred hizo lo mismo.

—¿Qué..., qué ha sido eso? —preguntó con un jadeo, señalando las matas con un dedo tembloroso.

—¡Adelante! —gruñó Hugh, y empujó a Alfred para que avanzara.

El chambelán resbaló y trastabilló. Más por miedo a caer de cabeza entre lo desconocido que por agilidad, logró mantenerse en pie entre la tupida maleza. El

príncipe echó a andar tras él y mantuvo al pobre chambelán en un constante estado de pánico al anunciar la presencia de serpientes bajo cada roca y cada tronco caído. Hugh los observó hasta que el denso follaje los dejó fuera de su vista..., y a él de la suya. Entonces bajó la mano al suelo, levantó una roca y sacó de debajo una astilla de madera que volvió a colocar en la muesca tallada en el tronco de uno de los árboles.

Cuando penetró en el bosque, no tuvo problemas para encontrar de nuevo a los otros dos; un jabalí abriéndose paso en la espesura no habría hecho más ruido.

Avanzando con su habitual sigilo, Hugh se encontró al lado de sus compañeros sin que ninguno de los dos se percatara de su presencia. Carraspeó a propósito, pensando que el chambelán podía caer muerto de miedo si se presentaba sin anunciarse. En efecto, Alfred casi se salió de su pellejo al oír el alarmante sonido, y estuvo a punto de derramar lágrimas de alivio al comprobar que era Hugh.

—¿Dónde...? ¿Por dónde seguimos, señor?

—Continúa recto al frente. Saldrás a una senda despejada dentro de unos treinta palmos.

—¡Treinta palmos! —balbuceó Alfred, señalando las espesas matas en las que estaba enredado—. ¡Tardaremos al menos una hora en avanzar esa distancia!

—Si no nos atrapa algo antes —se burló Bane con un brillo de animación en sus ojillos.

—Muy divertido, Alteza.

—Aún estamos demasiado cerca de la carretera. Seguid caminando —ordenó Hugh.

—Sí, señor —murmuró el chambelán.

Llegaron a la senda en menos de una hora, pero el avance fue arduo, a pesar de todo. Aunque pardas y sin vida en invierno, las zarzas eran como las manos de los no muertos que alargaban sus afiladas uñas desgarrando las ropas y hendiendo la carne. En el corazón del bosque, los tres captaron perfectamente el leve murmullo cristalino causado por el roce del viento contra las ramas de los árboles hargast. Sonaba como si alguien pasara el dedo mojado sobre una plancha de cristal y producía una terrible dentera.

—¡Nadie en su sano juicio se metería en este maldito lugar! —gruñó Alfred, alzando la vista a los árboles, con un escalofrío.

—Exacto —asintió Hugh sin dejar de abrirse paso entre los matorrales.

Alfred avanzaba delante del príncipe y apartaba las ramas espinosas para que Bane pudiera pasar sin pincharse, pero las zarzas eran tan tupidas que, a menudo, tal cosa resultaba imposible. Bane soportó sin quejarse los arañazos en las mejillas y los rasguños en las manos, lamiéndose las heridas para aliviar el dolor.

«¿Con qué valentía afrontará el dolor de morir?»

Hugh no había querido formularse la pregunta y se obligó a responderla. «Con la

misma que otros muchachos que he visto.» Al fin y al cabo, es mejor morir joven, como dicen los monjes kir. ¿Por qué va a considerarse más valiosa la vida de un niño que la de un hombre maduro? En buena lógica, debería serlo menos, pues un adulto contribuye a la sociedad y un niño es un parásito. «Es algo instintivo», se dijo Hugh. «Nuestra necesidad animal de perpetuar la especie. Sólo se trata de un encargo más. ¡El hecho de que sea un niño no debe, no *puede* importar!»

Las zarzas cedieron por fin, tan de improviso que, como era lógico, pillaron por sorpresa a Alfred. Cuando Hugh llegó hasta él, el chambelán estaba tendido de bruces en un estrecho claro de bosque libre de matojos.

—¿Hacia dónde? Por ahí, ¿verdad? —inquirió Bane, bailando lleno de excitación alrededor de Alfred. El sendero sólo conducía en una dirección y, deduciendo que debía llevar a la nave, el príncipe echó a correr por él sin darle tiempo a Hugh a responder.

Hugh abrió la boca para ordenarle que regresara, pero la volvió a cerrar bruscamente.

—Señor, ¿no deberíamos detenerlo? —preguntó Alfred, nervioso, mientras Hugh esperaba a que se pusiera en pie.

El viento gemía y aullaba a su alrededor, impulsando pequeños fragmentos de cortante coralita y de corteza de hargast contra sus rostros. A sus pies se arremolinaban las hojas y sobre sus cabezas se mecían las ramas cristalinas de los árboles. Hugh aguzó la mirada entre el fino polvo y vio al muchacho corriendo temerariamente por el sendero.

—No le pasará nada. La nave no está lejos y no puede confundir el camino.

—¿Pero..., asesinos?

«El pequeño está huyendo de su único peligro real», se dijo Hugh en silencio. «Que escape.»

—En estos bosques no hay nadie. Habría visto los rastros.

—Si no te importa, señor, Su Alteza es responsabilidad mía. —Alfred avanzó un par de pasos por el camino—. Me apresuraré a...

—Adelante —aceptó Hugh, moviendo la mano.

Alfred sonrió y movió la cabeza en un gesto de servil agradecimiento. Luego, echó a correr. *La Mano* casi esperaba ver al chambelán abrirse la cabeza a las primeras de cambio, pero Alfred consiguió que sus pies lo sostuvieran y apuntaran en la misma dirección que su nariz. Balanceando sus largos brazos y con las manos aleteando a los costados, el hombrecillo se lanzó camino abajo tras el príncipe.

Hugh se retrasó, haciendo más lentos sus pasos, como si esperara que se produjera algo incierto y desconocido. Había experimentado a veces aquella sensación con la proximidad de una tormenta: una tensión, una comezón en la piel. Sin embargo, el aire no olía a lluvia ni llevaba el acre olor fugaz del relámpago. Los

vientos siempre soplaban con fuerza en la costa...

El ruido de un crujido hendió el aire con tal potencia que el primer pensamiento de Hugh fue que se trataba de una explosión y, el segundo, que los elfos habían descubierto la nave. El estrépito que siguió y el grito de dolor, cortado bruscamente, revelaron a Hugh lo que había sucedido en realidad.

Y lo embargó una abrumadora sensación de alivio.

—¡Auxilio, maese Hugh! ¡Ayuda! —La voz de Alfred, entrecortada por el viento, era casi ininteligible—. ¡Un árbol! ¡Un árbol..., caído..., mi príncipe!

«Un árbol, no», se dijo Hugh; «una rama.» Una de buen tamaño, a juzgar por el ruido. Arrancada por el viento, había ido a caer en mitad del camino. Hugh había visto aquello muchas veces en aquel bosque; en ocasiones, él mismo había escapado por poco de que le cayera encima.

No echó a correr. Era como si el monje negro que llevaba a su lado lo tuviera agarrado por el brazo y le susurrara: «No es necesario que te apresures». Las astillas de una rama de hargast desgarrada eran afiladas como puntas de flecha. Si Bane estaba aún con vida, no sería por mucho tiempo. En el bosque había plantas que aliviarían su dolor, que adormecerían al pequeño y que, aunque Alfred nunca lo sabría, acelerarían su muerte al tiempo que la endulzaban.

Hugh continuó avanzando lentamente por el sendero. Los gritos de auxilio de Alfred habían cesado. Tal vez se había dado cuenta de su inutilidad, o quizás había encontrado ya muerto al príncipe. Llevarían el cuerpo a Aristagón y lo dejarían allí, como había querido Stephen. Daría la impresión de que los elfos habían abusado de mala manera del muchacho antes de matarlo, lo cual inflamaría aún más a los humanos. El rey Stephen tendría su guerra, y que le hiciera buen provecho.

Pero esto no era asunto suyo. Llevaría consigo al torpe chambelán para que lo ayudara y, al mismo tiempo, para sonsacarle la oscura trama que sin duda encubría y apoyaba. Luego, con Alfred a buen recaudo, *la Mano* se pondría en contacto con el rey desde un lugar seguro y exigiría que se le pagara el doble. Le diría...

Al doblar un recodo del camino, Hugh vio que Alfred no se había equivocado mucho al decir que había caído un árbol. Una rama enorme, mayor que muchos troncos, se había quebrado bajo la fuerza del viento y, en su caída, había partido por la mitad el tronco de un viejo hargast. El árbol debía de estar podrido, para haberse partido de aquel modo. Al acercarse, Hugh apreció en lo que quedaba de tronco los túneles de los insectos que habían sido los verdaderos asesinos del árbol.

Incluso caída en el suelo, la rama tenía otras secundarias que sobrepasaban en altura a Hugh. Las que habían chocado con el suelo se habían hecho añicos y habían lanzado una amplia oleada de devastación a través del bosque. Los restos cristalinos obstruían totalmente el paso, y el polvo levantado por la caída aún llenaba el aire. Hugh miró entre las ramas pero no logró ver nada. Se encaramó sobre el tronco

hendido y, cuando llegó al otro lado, se detuvo a observar de nuevo.

El muchacho, que debería haber estado muerto, se encontraba sentado en el suelo y se frotaba la cabeza, desconcertado y perfectamente vivo. Tenía las ropas sucias y arrugadas, pero ya las llevaba así cuando había entrado en el bosque. Hugh estudió al muchacho con la mirada y apreció que no había fragmento alguno de corteza o de filamentos en sus cabellos. Tenía sangre en el pecho y en los jirones de la camisa, pero el resto de su cuerpo estaba intacto. *La Mano* contempló el tronco partido y volvió luego su mirada al camino, haciendo unos cálculos mentales. Bane estaba sentado justo en el punto en el que debía de haber caído la rama, y en torno al cual se amontonaban las astillas afiladas y mortales.

Y sin embargo, no estaba muerto. —Alfred... —llamó Hugh.

Y entonces vio al chambelán, agachado en el suelo junto al muchacho, de espaldas al asesino, concentrado en algo que Hugh no alcanzó a ver. Al sonido de una voz, el cuerpo de Alfred dio un brinco de desconcierto y se incorporó como si alguien hubiera tirado de él con una cuerda atada al cuello de la camisa. Hugh reconoció por fin qué estaba haciendo: vendarse un corte en la mano.

—¡Oh, señor! Agradezco tanto que estés aquí...

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Hugh.

—El príncipe Bane ha tenido una suerte extraordinaria, señor. Nos hemos librado de una tragedia terrible. Por muy poco, la rama no le ha caído encima a Su Alteza.

Hugh, que estaba mirando fijamente a Bane, advirtió la expresión de extrañeza del pequeño al escuchar a su chambelán. Alfred no se dio cuenta, pues tenía los ojos en la mano herida, que había intentado vendar (sin mucho éxito, al parecer) con una tira de tela.

—He oído gritar al muchacho —afirmó.

—De miedo —explicó Alfred—. Yo he echado a correr...

—¿Está herido? —Hugh volvió una mirada torva hacia Bane y señaló la sangre del pecho del príncipe y de la parte delantera de su camisa.

Bane se miró la zona señalada.

—No, yo...

—La sangre es mía, señor —lo interrumpió Alfred—. Cuando venía corriendo para ayudar a Su Alteza, me he caído y me he cortado en la mano.

Alfred exhibió la herida. Era un corte profundo, del que goteaba sangre sobre los restos destrozados de la rama. Hugh observó al príncipe para estudiar su reacción a la declaración de Alfred y vio el ceño fruncido del muchacho, que seguía mirándose el pecho detenidamente. Hugh trató de descubrir qué había llamado la atención del príncipe, pero sólo vio la mancha de sangre.

¿O era aquello? Hugh empezó a inclinarse hacia adelante para examinarla mejor cuando Alfred, con un gemido, se tambaleó y rodó por el suelo. Hugh dio unos

golpecitos al chambelán con la puntera de la bota pero no obtuvo respuesta. Una vez más, Alfred se había desmayado.

Al levantar los ojos, encontró a Bane tratando de borrar la sangre de su pecho con el faldón de la camisa. Bien, hubiera allí lo que hubiese, ahora ya no estaba. Sin hacer caso del inconsciente Alfred, Hugh se dirigió al príncipe.

—¿Qué ha sucedido realmente, Alteza?

Bane lo miró con ojos encandilados.

—No lo sé, maese Hugh. Recuerdo un crujido y luego... —se encogió de hombros —, eso es todo.

—¿La rama te cayó encima?

—No me acuerdo. En serio.

Bane se incorporó, moviéndose con cuidado entre las astillas afiladas como el cristal. Luego, cepillándose la ropa, acudió en ayuda de Alfred.

Hugh arrastró el cuerpo exánime del chambelán fuera del camino y lo apoyó contra el tronco de un árbol. Tras unos cuantos cachetes en las mejillas, Alfred empezó a volver en sí, parpadeando agitadamente.

—Yo..., lo siento mucho, señor —murmuró Alfred, tratando de incorporarse y fracasando penosamente—. Es la visión de la sangre. Jamás he podido...

—Entonces, no la mires —lo cortó Hugh, viendo que la horrorizada mirada de Alfred iba a la mano y volvía a perderse mientras le rodaba la cabeza.

—Está bien, señor... No lo haré. —El chambelán cerró con fuerza los párpados.

Arrodillado a su lado, Hugh le vendó la mano, aprovechando la oportunidad para examinar la herida. Era un corte limpio y profundo.

—¿Con qué te has cortado?

—Con un pedazo de corteza, creo.

«¡Mentiroso!», pensó Hugh. «Eso le hubiera producido un corte irregular. La herida es producto de un cuchillo afilado...»

Se oyó otro crujido, seguido de un estruendo.

—¡Sartán bendito! ¿Qué ha sido eso? —Alfred abrió unos ojos como platos y se puso a temblar de tal manera que Hugh tuvo que agarrarle la mano y sostenerla con fuerza para terminar de ajustarle el vendaje.

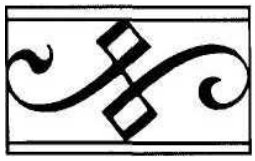
—Nada —respondió Hugh. Se sentía completamente perplejo y no le gustaba la sensación, igual que no le había gustado la sensación de alivio por no tener que matar al príncipe. No le gustaba nada de aquello. El árbol le había caído encima a Bane, tan seguro como que la lluvia caía del cielo. El príncipe debería estar muerto.

¿Qué diablos estaba sucediendo?

Hugh dio un enérgico tirón de la venda. Cuanto antes se librara del pequeño, mejor. Cualquier sensación de disgusto que hubiera experimentado ante la perspectiva de matar a un niño quedó muy pronto sofocada.

—¡Ay! —Exclamó Alfred—. Gracias, señor —añadió humildemente.
—Vamos, en pie, no podemos retrasarnos más. Continuemos hacia la nave.
En silencio, sin mirarse siquiera entre ellos, los tres retomaron el camino.

CAPÍTULO 23



EXILIO DE PITRIN,
REINO MEDIO

—¿Es eso? —El príncipe asió por el brazo a Hugh y señaló la cabeza de dragón que se veía flotar sobre las hojas. El cuerpo principal de la nave aún quedaba oculto a la vista por los altos árboles hargast que la rodeaban.

—Sí, es eso —respondió Hugh.

El chiquillo miró hacia arriba, lleno de curiosidad y temor. Fue preciso un empujón de Hugh para obligarlo a ponerse en marcha de nuevo.

No era una cabeza de dragón de verdad; sólo una máscara tallada y pintada, pero los artesanos elfos son muy hábiles y el mascarón parecía más real y mucho más feroz que la mayoría de dragones vivos que surcaban los aires.

La cabeza medía aproximadamente lo que la de un dragón de verdad, pues la de Hugh era una nave pequeña, para un solo tripulante, pensada para navegar entre las islas y continentes del Reino Medio. Los mascarones de las gigantescas naves que utilizaban los elfos en las batallas o para descender al Torbellino eran tan enormes que un hombre de diez palmos podía caminar por el interior de sus bocas abiertas sin tener que agacharse.

La cabeza del dragón estaba pintada de negro, con los ojos rojos llameantes y los colmillos blancos al descubierto en un gesto de fiereza, y oscilaba encima de ellos, mirando al frente con una expresión malévola y un aire tan amenazador que tanto a Alfred como a Bane les resultó difícil dejar de observarla mientras se acercaban. (La tercera vez que Alfred tropezó con un hoyo y cayó de rodillas, Hugh le ordenó que no levantara los ojos del suelo.)

El sendero que habían seguido a través del bosque los condujo a una hendidura natural en un acantilado. Cuando llegaron al otro lado, salieron a una pequeña hondonada. En su interior apenas se apreciaba el viento, pues las abruptas paredes del acantilado le cortaban el paso. En el centro flotaba la nave dragón. La cabeza y la cola sobresalían de las paredes de la hondonada y el cuerpo estaba inmovilizado mediante numerosos cabos tensos atados a los árboles. Bane lanzó una exclamación de placer y Alfred, alzando la vista a la nave, dejó que le resbalara entre los dedos, sin darse cuenta, la mochila del príncipe.

Esbelto y garboso, el cuello del dragón, rematado en una crin espinosa que era a la vez decorativa y funcional, se dobló hacia atrás hasta tocar el casco de la nave, que constituía el cuerpo del dragón. El sol de la tarde arrancó destellos de sus escamas

negras y brilló en los ojos encendidos.

—¡Parece un dragón de verdad! —Suspiró Bane—. Sólo que más poderoso.

—Es el aspecto que debe tener, alteza —dijo Alfred con una insólita nota de severidad en su voz—. Está hecho con el pellejo de un dragón auténtico y las alas son las de uno de verdad, muerto por los elfos.

—¿Alas? ¿Dónde tiene las alas? —Bane estiró el cuello hasta casi caer de espaldas.

—Están plegadas a lo largo del cuerpo. Ahora no las ves, pero ya aparecerán cuando emprendamos el vuelo. —Hugh siguió dándoles prisa—. Vamos, quiero zarpar esta noche y nos quedan muchas cosas que hacer.

—¿Qué sostiene la nave entonces, si no son las alas? —preguntó Bane.

—La magia —contestó Hugh con un gruñido—. ¡Y ahora, seguid andando!

El príncipe se lanzó adelante y se detuvo de pronto para intentar agarrar de un salto una de las cuerdas de sujeción. No lo consiguió y corrió hasta situarse bajo la panza de la nave, donde alzó la cabeza hasta que se sintió mareado.

—Entonces, señor, es así como has llegado a conocer tantas cosas de los elfos... —comentó Alfred en voz baja.

Hugh le dirigió una mirada de soslayo, pero el chambelán mantuvo una expresión insulsa, que sólo mostraba una ligera preocupación.

—Sí —respondió el asesino—. La nave precisa renovar su magia una vez cada ciclo, y siempre es preciso hacer alguna reparación menor: un ala rota o un desgarro en la piel que cubre el armazón.

—¿Dónde aprendiste a pilotar? He oído que requiere una enorme habilidad.

—Fui esclavo en una nave de transporte de agua durante tres años.

—¡Sartán bendito! —Alfred se detuvo a contemplarlo.

Hugh le lanzó una mirada irritada y el chambelán, apartando la suya, continuó avanzando.

—¡Tres años! ¡No he oído de nadie que hubiera sobrevivido tanto! ¿Y, a pesar de ello, aún eres capaz de hacer negocios con ellos? ¿No deberías odiarlos?

—¿En qué me beneficiaría odiarlos? Los elfos hicieron lo que debían, y yo también. Aprendí a pilotar sus naves y hablo su idioma con fluidez. No, Albert; he descubierto que el odio suele costarle a un hombre más de lo que puede permitirse.

—¿Qué me dices del amor? —inquirió Alfred con suavidad.

Hugh no se molestó siquiera en responder.

—¿Por qué una nave? —El chambelán juzgó conveniente cambiar de tema—. ¿Por qué arriesgarse con ella? La gente de las Volkaran te despedazaría si la descubriera. ¿No te serviría igual un dragón de verdad?

—Los dragones se cansan. Es preciso darles descanso y alimento. Pueden sufrir heridas, ponerse enfermos o caer muertos. Además, siempre se corre el riesgo de que

el hechizo se rompa y uno se encuentre manteniendo al animal a raya, discutiendo con él o tranquilizando su ataque de histeria. Con esta nave, la magia dura un ciclo. Si sufre daños, la hago reparar. Con esta nave, tengo siempre el control.

—Y eso es lo que cuenta, ¿verdad? —replicó Alfred, pero lo hizo en un murmullo inaudible.

La precaución de Alfred era innecesaria pues Hugh había concentrado ya toda su atención en la nave. Pasando por debajo de ella, inspeccionó detenida y meticulosamente cada palmo de la quilla, desde la cabeza hasta la cola (de proa a popa). Bane lo siguió al trote, haciéndole una pregunta tras otra.

—¿Para qué sirve ese cable? ¿Por qué? ¿Qué la hace funcionar? ¿Por qué no nos damos prisa y partimos ya? ¿Qué estás haciendo?

—Porque si descubrimos algún desperfecto allá arriba, Alteza —Hugh señaló hacia el cielo—, no será preciso repararlo.

—¿Por qué?

—Porque estaremos muertos.

Bane guardó silencio durante un par de segundos y luego empezó otra vez:

—¿Cómo se llama? No alcanzo a ver las letras. *Ala..., Ala de...*

—*Ala de Dragón.*

—¿Cuánto mide?

—Setenta y cinco palmos.

Hugh inspeccionó la piel de dragón que cubría el casco. Las escamas negro azuladas despedían destellos irisados al contacto con los rayos del sol. Tras recorrer a todo lo largo y ancho la quilla, Hugh se convenció de que no faltaba ninguna.

Rodeó la nave hasta la parte frontal, con Bane pegado prácticamente a sus talones, estudió con detenimiento dos grandes paneles de cristal situados en la zona correspondiente al pecho de un dragón. Los paneles, ideados para parecer las placas pectorales de la armadura de un dragón, eran en realidad dos ventanas. Hugh frunció el entrecejo al advertir unos arañazos en una de ellas. Una rama debía de haberla rozado en su caída.

—¿Qué hay detrás? —quiso saber Bane al advertir la concentrada mirada de Hugh.

—La sala de mandos. Es donde va el piloto.

—¿Podré entrar? ¿Me enseñarás a volar?

—Aprender a pilotar una nave requiere meses y meses de estudio, Alteza —intervino Alfred, viendo que Hugh estaba demasiado ocupado para contestar—. No sólo eso, sino que el piloto ha de tener mucha fuerza física para maniobrar las velas.

—¿Meses? —Bane parecía decepcionado—. Pero, ¿qué hay que aprender? Sencillamente, uno se sube ahí —hizo un gesto con la mano—... ¡y a volar!

—Es preciso saber cómo llegar al lugar que uno quiere —explicó el chambelán

—. En cielo abierto, según me han dicho, no hay puntos de referencia y a veces cuesta distinguir dónde queda arriba y dónde abajo. Uno debe saber utilizar el equipo de navegación de a bordo, además de conocer las rutas celestes y las aeropistas...

—Todo eso no es difícil de aprender. Yo te enseñaré —dijo Hugh al ver la expresión abatida del pequeño.

El rostro de Bane se iluminó.

Mientras retorcía el amuleto de la pluma en un sentido y en otro, echó a correr detrás de Hugh, quien ya estaba de nuevo recorriendo el casco para examinar las junturas donde el metal y el hueso se fusionaban con la quilla de epsol{14}. No apreció ninguna grieta. Le habría sorprendido encontrarlas, pues era un piloto habilidoso y cauto. Había sido testigo de primera mano de lo que les sucedía a quienes no lo eran, a quienes descuidaban sus naves.

Hugh continuó hasta la popa. El casco se alzaba en un grácil arco, formando el castillo. Una única ala de dragón —el timón de la nave— colgaba del final del casco. Varios cables sujetos al extremo del timón se mecían fláccidamente al viento. Asiéndose a la cuerda, Hugh balanceó las piernas y se encaramó a la costilla inferior del timón. Desde allí, a fuerza de brazos, ascendió por un cable.

—¡Déjame ir contigo, por favor!

En el suelo, Bane saltaba para agarrar la cuerda sacudiendo los brazos como si pudiera echar a volar sin ayuda.

—¡No, Alteza! —Exclamó un pálido Alfred, tomando al príncipe por el hombro y sujetándolo con fuerza contra sí—. En realidad, vamos a subir ahí enseguida. Ahora, deja que maese Hugh continúe con su trabajo.

—Está bien —aceptó Bane de buen talante—. Oye, Alfred, ¿por qué no vamos a buscar unas bayas para llevárnoslas?

—¿Bayas, Alteza? —dijo Alfred, algo desconcertado—. ¿Qué clase de bayas?

—Las que encontremos. Podemos comerlas con la cena. Sé que crecen en bosques como éste; Drogle me lo dijo.

El chiquillo tenía los ojos muy abiertos, como solía ponerlos cuando hacía alguna propuesta; sus iris azules brillaban al sol del mediodía. Sus dedos jugueteaban con el amuleto de la pluma.

—Un mozo de cuadra no es compañía adecuada para Su Alteza —replicó Alfred, dirigiendo una mirada a los tentadores cables, atados a los árboles al alcance de la mano y que parecían colocados allí casi a propósito para que un chiquillo subiera por ellos—. Está bien, Alteza, vayamos juntos a buscar bayas.

—No os alejéis —les advirtió Hugh desde lo alto.

—No te preocupes, señor —contestó Alfred con voz hueca.

Los dos se internaron en el bosque, el chambelán resbalando en las hondonadas y el muchacho penetrando resueltamente en la espesura hasta perderse entre los tupidos

matorrales.

—Bayas —murmuró *la Mano*.

Agradeciendo que hubieran desaparecido, se concentró en la nave. Asido al pasamano de la borda, se encaramó a la cubierta superior. El entarimado abierto —una plancha cada cuatro palmos— permitía caminar, aunque no era fácil hacerlo. Hugh estaba habituado y avanzó de plancha en plancha, tomando nota mental de impedir que subiera allí el torpe Alfred. Debajo de las planchas corría lo que a ojos de un navegante bisoño parecía un número abrumador y desconcertante de cables de control. Tendido sobre el entarimado, examinó los cables para comprobar si estaban deshilachados o gastados.

Se tomó su tiempo en la inspección. Hacerla con prisa podía llevar a que se partiera algún cable de las alas con la consiguiente pérdida de control. Bane y Alfred regresaron poco después de que hubo terminado el trabajo. A juzgar por la animada charla del muchacho, Hugh dedujo que la recolección de bayas había sido fructífera.

—¿Podemos subir ya? —gritó Bane.

Hugh empujó con el pie un rollo de cuerda atado a la cubierta. La cuerda se desplegó junto al costado de la nave, formando una escala que quedó colgando casi a ras de suelo. El príncipe ascendió por ella animosamente. Alfred dirigió una mirada aterrada a la escala y anunció su intención de quedarse abajo para guardar el equipaje.

—¡Es maravilloso! —exclamó Bane, saltando la borda. Hugh lo pescó justo a tiempo de impedir que cayera entre las planchas.

—Quédate aquí y no te muevas —ordenó *la Mano*, empujando al muchacho contra la amura. Bane se asomó por la borda y contempló el casco.

—¿Qué es esa pieza larga de madera de ahí abajo...? ¡Ah, ya sé! Son las alas, ¿verdad? —dijo con voz aguda y excitada.

—Es un mástil —le explicó Hugh, revisando el palo con ojo crítico—. La nave lleva dos, unidos al palo mayor ahí, en el castillo de proa.

—¿Son como las alas de un dragón? ¿Baten el aire arriba y abajo?

—No, Alteza. Una vez extendidas, se parecen más a las de un murciélago. Es la magia lo que sostiene la nave. Quédate ahí un momento más. Voy a soltar el mástil y verás.

El mástil se desplegó hacia afuera, abriendo con él el ala de dragón. Hugh tiró de un cable para impedir que se extendiera demasiado, pues ello pondría en acción la magia y despegaría prematuramente. Soltó el mástil de babor y se cercioró de que el mástil central, que se extendía a lo largo de la nave apoyado en su armazón de soporte, estuviera libre de trabas para elevarse como era debido. Cuando hubo comprobado que todo funcionaba a su gusto, se asomó por la borda.

—Alfred, voy a bajar un cabo para los bultos. Átalos bien. Cuando lo hayas hecho, sueltas las amarras. La nave se elevará un poco, pero no te preocupes: no

despegará hasta que las alas laterales estén extendidas y la central quede completamente levantada. Cuando todos los cabos estén libres, sube por la escala.

—¡Subir por ahí! —Alfred contempló horrorizado la escala de cuerda que se mecía bajo la brisa.

—A menos que sepas volar —sentenció Hugh mientras lanzaba el cabo por la borda.

El chambelán lo ató a las mochilas y dio un tirón para indicar que podían subirlas. Hugh las izó hasta la cubierta. Entregó un bulto a Bane, le dijo que lo siguiera y se dirigió a proa, saltando de plancha en plancha. Tras abrir una escotilla, bajó los peldaños de una recia escalerilla de madera seguido de un jubiloso Bane.

Penetraron en un estrecho pasillo que, bajo la cubierta superior, comunicaba la sala de gobierno de la nave con los camarotes del pasaje, los compartimientos de carga y las dependencias del piloto, situadas en el castillo de popa. El pasadizo estaba en sombras, en contraste con la luminosidad del exterior, y tanto el hombre como el chiquillo se detuvieron para adaptar sus ojos a la oscuridad.

Hugh notó que una manita asía con fuerza la suya.

—¡No puedo creer que vaya a volar de verdad en una nave como ésta! ¿Sabes, maese Hugh? —Añadió Bane con melancólica jovialidad—, una vez que haya volado en una nave dragón, se habrán cumplido todos mis deseos en esta vida. De veras, creo que después de esto podría morir contento.

A Hugh le embargó un dolor opresivo en el pecho que casi lo sofocó. Se quedó sin respiración y, durante un largo instante, sin visión. Y no era la oscuridad del interior de la nave lo que lo cegaba. Era el miedo, se dijo *la Mano*; el miedo a que el muchacho hubiera descubierto sus intenciones. Sacudiendo la cabeza para apartar de sus ojos la sombra que había caído sobre ellos, se volvió y miró intensamente al muchacho.

Pero Bane lo contemplaba con afectuosa inocencia, no con malévola astucia. Hugh sacudió la mano para desasirse del pequeño.

—Alfred y tú dormiréis en ese camarote —indicó—. Poned el equipaje ahí. —Encima de sus cabezas se oyó un golpe sordo, seguido de un gemido ahogado—. ¿Alfred? Baja aquí y ocúpate del príncipe. Yo tengo mucho trabajo.

—Sí, señor —respondió la voz temblorosa del chambelán, quien se deslizó (resbaló, en realidad) por la escalerilla y aterrizó en la cubierta inferior hecho un ovillo.

Hugh dio media vuelta bruscamente y se alejó hacia la sala de gobierno, apartando de su camino a Alfred, sin decir palabra.

—¡Sartán piadoso! —exclamó el chambelán, retirándose para no ser arrollado. Contempló a Hugh mientras se alejaba y luego se volvió hacia Bane—. ¿Has hecho o dicho algo para molestarlo, Alteza?

—Desde luego que no, Alfred —respondió el muchacho mientras alargaba la mano para asir la del chambelán—. ¿Dónde has dejado esas bayas?

—¿Puedo entrar?

—No. Quédate en la escotilla —le ordenó Hugh.

Bane se asomó a la sala de gobierno y sus ojos se abrieron de asombro. Después, soltó una risilla.

—¡Parece que estés atrapado en una telaraña enorme! ¿Para qué son todos esos cabos? ¿Y por qué llevas puesto ese artilugio?

La pieza que Hugh estaba ajustándose al cuerpo parecía un peto de cuero, del cual salían numerosos cables sujetos con ganchos. Los cables, que se extendían en diversas direcciones, pasaban por un complejo sistema de poleas colgadas del techo.

—¡En toda mi vida no había visto tanta madera! —La voz de Alfred flotó en la sala—. Ni siquiera en el palacio real. Sólo por la madera, esta nave debe de valer su peso en barls. Por favor, Alteza, no entres ahí. ¡Y no se te ocurra tocar esos cables!

—¿Puedo ir a mirar por las ventanas? ¡Por favor, Alfred! No molestaré.

—No, Alteza —intervino Hugh—. Si uno de esos cabos se te enrosca al cuello, te lo segaría en un instante.

—Desde donde estás puedes ver bastante bien. Muy bien, diría yo —añadió Alfred, con el rostro ligeramente verdoso. El suelo quedaba muy abajo y lo único que se divisaba eran las copas de los árboles y la pared de un farallón de coralita.

Una vez ajustado debidamente el arnés, Hugh se instaló en una silla de madera de respaldo alto clavada al piso en el centro de la sala de gobierno. La silla giraba a izquierda y derecha, facilitando las maniobras del piloto. Delante de él, surgiendo entre las planchas del suelo, había una larga palanca de metal.

—¿Por qué tienes que llevar eso? —quiso saber Bane, contemplando el arnés.

—Así puedo manipular los cables con facilidad, impedir que se enreden y saber adonde va a parar cada uno.

Hugh tocó suavemente la palanca con el pie. Una serie de alarmantes golpes recorrió la nave. Los cables se deslizaron por las poleas hasta quedar tensos. Hugh tiró de varios de ellos, sujetos al pecho. Su acción provocó varios crujidos y ruidos sordos, un brusco bamboleo, y todos notaron que la nave se alzaba ligeramente bajo sus pies.

—Las alas se van desplegando y la magia empieza a actuar —dijo Hugh.

Una bola de cristal que utilizaba como sextante, situada justo encima de la cabeza del piloto, empezó a emitir una suave luz azulada. En su interior aparecieron unos símbolos. Hugh tiró con más fuerza de los cables y, de pronto, las copas de los árboles y la pared del acantilado empezaron a desaparecer del campo de visión. La nave estaba elevándose.

Alfred soltó un jadeo y retrocedió tambaleándose, buscando apoyo en la amura

para no perder el equilibrio. Bane, saltando de alegría, batió palmas. De pronto, el acantilado y los árboles se desvanecieron y ante ellos apareció la inmensidad del firmamento, azul y despejado.

—¡Oh! Maese Hugh, ¿puedo subir a la cubierta? Quiero ver adonde vamos.

—De ningún modo, Alteza... —empezó a responder Alfred.

—Claro que sí —le interrumpió Hugh—. Ve por la escalerilla que usamos para bajar. Sujétate del pasamano y no te llevará el viento.

Bane salió a escape y, al cabo de un momento, Hugh y Alfred escucharon sus pisadas encima de ellos.

—¡El viento! —Exclamó el chambelán—. ¡Se puede caer!

—No le sucederá nada. Los magos elfos tienden una red mágica en torno a la nave. No podría saltar aunque quisiera. Mientras las alas sigan extendidas y la magia funcione, está a salvo. —Hugh lanzó una breve y divertida mirada a Alfred—. Pero tal vez quieras subir a vigilarlo de todos modos...

—Sí, señor —respondió el chambelán, tragando saliva—. Yo..., será mejor que haga lo que dices.

Pero no se movió. Asido a la amura como si de ello dependiera su vida y con el rostro paralizado y blanco como las nubes que pasaban junto a ellos, Alfred mantuvo fija la mirada en el cielo azul.

—¿Alfred? —insistió Hugh mientras tiraba de uno de los cables.

La nave se escoró hacia la izquierda y de improviso apareció ante la vista la fugaz y vertiginosa visión de la copa de un árbol.

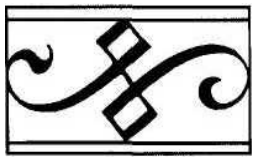
—Ya voy, señor. Ahora mismo —aseguró el chambelán, sin mover un músculo.

En la cubierta superior, Bane se asomó sobre la pasarela, extasiado por la visión panorámica. Distinguió Exilio de Pitrin deslizándose tras la nave. Debajo y delante de él se abría un cielo azul moteado de nubes blancas; arriba, centelleaba el firmamento. La piel coriácea de las alas de dragón, extendidas a ambos lados, apenas vibraba con el avance de la nave. El ala central se alzaba vertical detrás de su posición, meciéndose ligeramente adelante y atrás.

El muchacho se llevó la mano al amuleto y, sin darse cuenta, empezó a pasarse la pluma por la barbilla mientras murmuraba para sí.

—La nave se controla mediante el arnés. La magia la sostiene a flote. Las alas son como las de un murciélago. La bola de cristal del techo indica dónde está uno. —Se puso de puntillas y miró hacia abajo, preguntándose si desde allí se vería el Torbellino—. Realmente, es sencillo —añadió mientras seguía jugando distraídamente con la pluma.

CAPÍTULO 24



EN CIELO ABIERTO,
REINO MEDIO

La nave dragón hendió la noche perlada y de color gris tórtola, planeando con la magia elfa y las corrientes de aire que se alzaban sobre la isla flotante de Djern Hereva. Enfundado en el arnés de piloto y acomodado en la reducida sala de gobierno, Hugh encendió la pipa y se relajó, dejando que la nave casi volara sola. Un esporádico tirón de los cables sujetos al arnés hacía oscilar las alas para atrapar las corrientes de aire y deslizarse sin esfuerzo por el cielo, de un remolino al siguiente, avanzando procurso hacia Aristagón

La Mano mantuvo una laxa vigilancia del cielo en busca de otros transportes alados, fueran vivos o mecánicos. A bordo de la nave, era muy vulnerable al ataque de sus congéneres humanos, pues los jinetes de los dragones lo tomarían al instante por un espía elfo. Sin embargo, Hugh no estaba demasiado preocupado, pues conocía las rutas del aire que seguían los jinetes de los dragones en sus incursiones contra Aristagón o contra los convoyes elfos. Para evitar riesgos, había llevado la nave muy arriba, donde consideraba improbable que nadie les molestara. Y, si tropezaba con alguna patrulla, siempre podría esquivarla ocultándose entre las nubes.

La atmósfera estaba en calma, el vuelo era fácil y Hugh tuvo un momento para pensar. Y fue entonces cuando decidió no matar al príncipe. La necesidad de tomar una determinación ya le rondaba la cabeza hacía algún tiempo, pero había ido retrasando el momento de pensar en ello hasta aquel instante, en que se hallaba a solas y todo a su alrededor estaba tranquilo y propicio para cavilaciones. *La Mano* no había incumplido jamás un contrato y necesitaba convencerse de que su razonamiento era lógico y válido, y no influido por los sentimientos.

Los sentimientos. Aunque *la Mano* hubiera sentido interiormente alguna simpatía por un chiquillo con una infancia como la de Bane —una infancia fría, triste y sin amor—, el asesino se había vuelto demasiado insensible para apreciar siquiera su propio dolor, y mucho menos el de los demás. Dejaría con vida al muchacho por la sencilla razón de que le sería más valioso vivo que muerto.

Hugh no tenía demasiado perfilados sus planes. Necesitaba tiempo para pensar, para sonsacarle la verdad a Alfred, para desentrañar los misterios que envolvían al príncipe. *La Mano* tenía un escondrijo en Aristagón, que utilizaba cuando necesitaba reparar la nave. Iría allí y esperaría a tener la información precisa; después, o bien volvería para enfrentarse a Stephen con estos conocimientos y exigirle más dinero a

cambio de guardar silencio, o bien se pondría en contacto con la reina para saber cuánto estaba dispuesta a pagar por la devolución de su hijo. Hugh se dijo que, fuera cual fuese la decisión, le procuraría una fortuna.

Cuando ya se había acostumbrado a la rutina de pilotar la nave, cosa que podía llevar a cabo con el cuerpo y una parte de su mente mientras la otra seguía sumida en profundos pensamientos, el objeto de éstos asomó su cabecita por la escotilla.

—Alfred te envía algo de cenar.

Los ojos del muchacho, vivaces y curiosos, estudiaron los cables sujetos al arnés, sobre los cuales Hugh apoyaba cómodamente los brazos.

—Acércate —lo invitó el piloto—. Pero ten cuidado con lo que tocas y dónde pisas. Y mantente a distancia de los cables.

Bane hizo lo que le decía y, colándose por la escotilla, puso los pies en la sala de gobierno con sumo cuidado. Llevaba en las manos un tazón de carne y verduras. La cena ya estaba fría, pues Alfred la había preparado antes de dejar Exilio de Pitrin y la había reservado para tomarla cuando hubiera ocasión. Sin embargo, el aroma era exquisito para un hombre acostumbrado, como un buen viajero, a vivir de pan y queso o a padecer los grasientos cocidos de alguna posada.

—Trae eso aquí. —Con unos golpecitos, Hugh vació la ceniza de la pipa en un recipiente de loza que llevaba a tal objeto. Luego, extendió las manos para recoger el tazón.

Bane abrió asombrado los ojos.

—¿No estás pilotando la nave?

—Puede volar sola —afirmó Hugh, tomando el tazón y llevándose a la boca la cuchara de hueso.

—¿Y no nos caeremos? —insistió Bane, mirando por las ventanas de cristal.

—La magia nos mantiene a flote y, aunque no lo hiciera, las alas podrían sostenemos en este aire encalmado. Sólo tengo que asegurarme de que sigan extendidas. Si las plegara, empezaríamos a caer.

Bane asintió, pensativo, y volvió sus ojos azules hacia Hugh.

—¿Cuáles son los cables para cerrarla?

—Estos. —Señaló dos gruesos cabos sujetos al arnés a la altura del pecho, cerca de los hombros—. Tiro de ellos así, delante del cuerpo, y eso hace que se cierren. Estos otros cables me permiten dirigir la nave, levantando las alas o bajándolas. Éste controla el palo mayor y este otro gobierna la cola. Haciéndola oscilar a un lado o a otro, puedo controlar la dirección de nuestro avance.

—Entonces, ¿cuánto tiempo podríamos mantenernos a flote como estamos?

—Indefinidamente, supongo —contestó—. O hasta que llegásemos a una isla. Entonces, las corrientes de aire nos atraparían y podrían atraernos contra un acantilado o debajo de la isla, para estrellarnos a continuación contra la coralita.

Bane asintió, muy serio, pero añadió:

—Sigo pensando que podría gobernarla.

Hugh se sentía lo bastante satisfecho consigo mismo como para ensayar una sonrisa condescendiente.

—No. No eres lo suficientemente fuerte.

El muchacho contempló el arnés con codicia.

—Compruébalo —lo invitó Hugh—. Ven, colócate aquí, a mi lado.

Bane obedeció con movimientos cautos, atento a no tropezar con ningún cable. Una vez colocado delante de Hugh, puso la mano en una de las cuerdas que hacían subir o bajar el ala y tiró de ella. La cuerda se movió ligeramente, lo justo para provocar que el ala vibrara un poco, pero no sucedió nada más.

El príncipe, poco acostumbrado a ver contrariados sus deseos, apretó los dientes y enrolló el cable en torno a ambas manos, tirando de él con todas sus fuerzas. El armazón de madera crujió y el ala se movió un par de dedos. Con una sonrisa, Bane afianzó los pies en la cubierta y tiró aún más fuerte. Una ráfaga de viento ascendente hinchó el ala. El cable se deslizó entre las manos del príncipe y éste lo soltó con un grito. Cuando se miró las palmas, las tenía ensangrentadas y llenas de arañazos.

—¿Aún piensas que puedes pilotar? —inquirió *la Mano* con frialdad.

Bane parpadeó, tragándose las lágrimas.

—No, maese Hugh —murmuró, desconsolado, al tiempo que cerraba las manos con fuerza en torno al amuleto de la pluma como si buscara algún tipo de consuelo. Tal vez se lo dio, pues el pequeño tragó saliva y levantó sus trémulos ojos azules hasta encontrar los de Hugh—. Gracias por dejarme probar.

—Lo has hecho bastante bien, Alteza —dijo Hugh—. He visto a hombres del doble de tu tamaño hacerlo mucho peor.

—¿De veras? —Las lágrimas desaparecieron.

Ahora, Hugh era rico. Podía permitirse una mentira.

—Sí. Y ahora, ve abajo a ver si Alfred necesita ayuda.

—¡Volveré para recoger el tazón! —dijo Bane antes de desaparecer por la escotilla. Hugh escuchó su voz excitada llamando a Alfred para contarle que había pilotado la nave dragón.

Mientras comía en silencio, Hugh dejó vagar la mirada por el cielo. Decidió que, una vez que tomaran tierra en Aristagón, lo primero que haría sería llevar la pluma a Kev'am, la hechicera elfa, para ver qué averiguaba acerca del objeto. Era uno de los misterios menores que tenía que resolver.

O, al menos, eso era lo que pensaba entonces.

Transcurrieron tres días. Volaban de noche, ocultándose durante el día en pequeñas islas que aún no aparecían en las cartas de navegación. Hugh anunció que tardarían una semana en llegar a Aristagón.

Bane acudió cada noche a sentarse con Hugh, a observarlo pilotar y a hacer preguntas. *La Mano* respondía o no, según el humor que tuviera. Ocupado con sus planes y el pilotaje, no prestaba a Bane más atención de la obligada. En aquel mundo, los afectos eran nefastos, pues no traían más que dolor y pena. El muchacho, simplemente, era oro en paño.

Quien llevaba de cabeza a Hugh era el chambelán. Alfred vigilaba al príncipe con ansiedad, con nerviosismo. Quizá fuera una reacción excesiva tras la caída del árbol, pero su actitud no era de protección. A Hugh le recordaba poderosamente la ocasión en que un obús de fuego de los elfos había caído tras las almenas de un castillo que habían capturado en una incursión. Mientras rodaba sobre las losas, el negro recipiente metálico parecía inocuo, pero todo el mundo sabía que en cualquier momento podía estallar en llamas. Los hombres observaban el obús exactamente igual que Alfred miraba a Bane.

Percibiendo la tensión del chambelán, Hugh se preguntó —no por primera vez—, qué sabía Alfred que él ignoraba. *La Mano* incrementó también su vigilancia sobre el muchacho cuando estaban en tierra, con la sospecha de que podía intentar escapar, pero Bane obedecía con docilidad la orden de Hugh de no dejar el campamento al menos que lo escoltara Alfred, y sólo para buscar en los bosques las bayas que tanto parecía gustarle recolectar.

Hugh no los acompañaba nunca en esas expediciones, que consideraba estúpidas. De haber tenido que buscarse la comida, habría pasado con lo primero que tuviera a mano, con tal que lo mantuviera vivo. En cambio, Alfred insistía en que Su Alteza tuviera lo que deseaba y, cada día, el torpe chambelán se internaba con decisión en el bosque para batallar con las ramas bajas, los matorrales tupidos y las zarzas traicioneras. Hugh los esperaba en el campamento, reposando en un estado de duermevela que le permitía oír el menor ruido.

La cuarta noche, Bane acudió a la sala de gobierno y se quedó observando por las ventanas acristaladas la espléndida vista de las nubes y el inmenso cielo desierto a sus pies.

—Alfred dice que la cena estará enseguida.

Hugh dio una chupada a la pipa con un gruñido evasivo.

—¿Qué es esa gran sombra de ahí fuera? —preguntó Bane.

—Aristagón.

—¿De veras? ¿Llegaremos pronto?

—No. Está más lejos de lo que parece. Un par de días más.

—Pero ¿dónde vamos a detenernos hasta que lleguemos? No veo ninguna isla más. —Hay algunas. Lo más probable es que las oculte la niebla. Son pequeños islotes que utilizan las naves pequeñas como la nuestra para las escalas cortas.

Bane se puso de puntillas para mirar debajo de la nave dragón.

—Allí, muy abajo, distingo unas grandes nubes oscuras que giran y giran. Es el Torbellino, ¿verdad?

Hugh no consideró necesario responder a una pregunta tan obvia. Bane continuó mirando, aún más concentrado.

—Esas dos cosas de ahí abajo parecen dragones, pero son mucho más grandes que todos los dragones que he visto en mi vida.

Hugh se levantó de la silla con cuidado de no enredar los cables y echó un vistazo.

—Son corsarios elfos, o naves de transporte de agua.

—¡Elfos! —El príncipe pronunció la palabra con voz tensa, ansiosa. Su mano se alzó para acariciar la pluma que llevaba al cuello. Cuando volvió a hablar, lo hizo con fingida calma—. ¿No deberíamos escapar de ellos, entonces?

—Están lejos de nosotros. Probablemente, ni nos ven y, aunque así fuera, pensarían que es una de sus naves. Además, parece que tienen otros asuntos de que ocuparse...

El príncipe miró de nuevo, pero sólo vio las dos naves y nada más. Hugh, en cambio, adivinó qué se estaba cociendo.

—Son rebeldes que tratan de escapar de una nave de guerra imperial.

Bane apenas le echó un vistazo.

—Creo que Alfred me llama. Debe de ser hora de cenar.

Hugh continuó observando la confrontación con interés. La nave de guerra se había puesto a la altura de los rebeldes. Del dragón imperial surgieron unos garfios que fueron a caer en la cubierta de la nave rebelde. Hugh recordó que debía su liberación de la esclavitud de los transportes de agua elfos a un ataque similar a aquél, llevado a cabo por los humanos.

Varios de los elfos rebeldes, en un intento de incrementar su nivel de magia y escapar al abordaje, estaban realizando la peligrosa maniobra conocida como «el paseo del ala de dragón». Hugh los vio correr velozmente, con firmes pisadas, por el mástil del ala. En las manos llevaban amuletos que les había entregado el hechicero de la nave y que debían sujetar al palo.

La maniobra era peligrosa, temeraria y desesperada. A aquella distancia del centro de la nave, la red mágica no los alcanzaba y no podía protegerlos. Una racha de viento o, como sucedía en aquel instante, una flecha enemiga podía derribarlos y, haciéndolos resbalar del ala, arrojarlos a la vorágine del Torbellino.

La expresión de «el paseo del ala de dragón» se había convertido entre los elfos en sinónimo de una aventura arriesgada que merecía la pena. El término, al parecer de Hugh, tenía un significado especial para él y para su modo de vida, y había puesto el nombre a la nave en su honor.

Bane regresó con un tazón.

—¿Dónde están los elfos? —preguntó, entregando la cena a Hugh.

—Los hemos dejado atrás. Ya están fuera de la vista. —Hugh tomó un bocado, se atragantó y lo escupió—. ¡Maldita sea! ¿Qué ha hecho Alfred, vaciar el tarro de la pimienta en la olla? —Ya le he dicho que estaba demasiado picante. Toma, te he traído un poco de vino.

El príncipe pasó el pellejo de vino a Hugh, quien dio un largo trago, engulló el líquido y dio otro tiento. Tras devolver el odre, apartó el tazón de un puntapié.

—Llévate esa bazofia y que se la coma Alfred.

Bane recogió la cena intacta, pero no abandonó la sala. Jugueteando una vez más con la pluma colgada de su cuello, se quedó mirando a Hugh con una extraña y calmosa expectación.

—¿Qué sucede? —masculló *la Mano.*

Pero en aquel mismo instante lo supo.

No había notado el veneno, pues la pimienta lo había encubierto. Pero ya empezaba a notar los primeros efectos: unos retortijones en el vientre. Una sensación ardiente se extendió por su cuerpo y la lengua pareció hinchársele en la boca. Los objetos que tenía ante los ojos parecieron alargarse, primero, y luego encogerse. El muchacho se hizo enorme cuando se inclinó sobre él con una sonrisa dulce, encantadora, y la pluma colgando en la mano.

Una sensación de rabia recorrió a Hugh, aunque no con la rapidez y la fuerza del veneno.

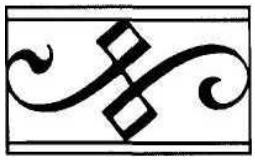
Mientras caía hacia atrás y se le nublaba la visión, Hugh entrevió la pluma y escuchó la voz de asombro del muchacho como si llegara de muy lejos.

—¡Ha funcionado, padre! ¡Se está muriendo!

Hugh alargó la mano para atrapar y estrangular a su asesino, pero el brazo le pesaba demasiado para levantarlo y siguió colgado a su costado, fláccido e inerte. Y, a continuación, ya no vio junto a él al muchacho, sino a un monje negro con una mano extendida.

—Y ahora, ¿quién es el amo? —preguntó el monje.

CAPÍTULO 25



EN CIELO ABIERTO,
REINO MEDIO

Hugh se derrumbó sobre la cubierta arrastrando consigo los cables sujetos al arnés. La nave cabeceó bruscamente y lanzó a Bane contra un mamparo. El tazón de comida le cayó con estrépito de las manos. Del camarote inferior le llegó un estruendo seguido de un quejido lleno de dolor y de pánico.

El príncipe se incorporó a duras penas, se apoyó en el costado de la nave y miró en torno a sí, aturdido. La cubierta se inclinó en un ángulo precario. Hugh permaneció tendido de espaldas, enredado en los cables. Bane echó una rápida mirada al exterior, vio que las fauces del dragón apuntaban directamente hacia abajo y se dio cuenta de lo que había sucedido. Hugh, en su caída, había cerrado las alas y la magia había dejado de actuar y ahora caían sin control por el aire, para zambullirse en el Torbellino.

A Bane no se le había pasado por la cabeza que tal cosa pudiera ocurrir. Y, al parecer, tampoco a su padre. Esto último no era sorprendente ya que un misteriarca humano de la Séptima Casa, habitante de unos reinos muy por encima de los conflictos y la agitación del resto del mundo, no podía tener conocimiento de los artefactos mecánicos. Probablemente, Sinistrad no había visto jamás una nave dragón elfa. Y, al fin y al cabo, Hugh le había asegurado al muchacho que la nave volaba sola.

Bane se abrió paso entre el lío de cables y, apoyado en el cuerpo de Hugh, tiró de las cuerdas con todas sus fuerzas. No logró moverlas. Las alas no se desplegaban.

—¡Alfred! —Chilló el príncipe—. ¡Alfred, ven enseguida!

Abajo se oyó otro golpe y un forcejeo; instantes después, asomó por la escotilla el rostro del chambelán, pálido como un cadáver.

—¡Maese Hugh! ¿Qué sucede? ¡Estamos cayendo...! —Sus ojos descubrieron el cuerpo del asesino—. ¡Sartán bendito!

Con una rapidez y una agilidad inusuales en un hombre tan torpe y desmañado, Alfred cruzó la escotilla, se abrió paso entre el desorden de cabos y se arrodilló junto a Hugh.

—¡Bah, déjalo en paz! ¡Está muerto! —gritó el príncipe. Asiendo a Alfred por la camisa, lo obligó a incorporarse y mirar hacia la proa de la nave—. ¡Mira eso! ¡Tienes que detenerla! ¡Quítale el arnés y haz que esta cosa vuele como antes!

—¡Alteza —Alfred estaba cerúleo—, no sé pilotar una nave! ¡Se requiere pericia

y años de práctica! —El chambelán entrecerró los ojos—. ¿Qué quieres decir, con eso de que está muerto?

Bane le lanzó una mirada desafiante, pero tuvo que bajarla ante la de Alfred. El chambelán ya no era ningún bufón; de pronto, sus ojos resultaban extrañamente apremiantes e intensos y su penetrante mirada le producía al muchacho una profunda incomodidad.

—Ha tenido su merecido —murmuró con aire hosco—. Era un asesino contratado por el rey Stephen para acabar conmigo. Yo lo he matado antes, eso es todo.

—¿Tú? —La mirada de Alfred se clavó en la pluma—. ¿O tu padre?

Bane expresó su desconcierto. Abrió la boca y volvió a cerrarla con fuerza. Llevó la mano al amuleto como para esconderlo y empezó a balbucear.

—No es preciso que mientas —insistió Alfred con un suspiro—. Estoy al corriente desde hace mucho. Desde antes que tus padres, o debería decir que tus padres *adoptivos*, aunque la adopción implica una elección y ellos no tuvieron ninguna. ¿Qué clase de veneno le has dado, Bane?

—¿A Hugh? ¿Por qué te preocupas por él? ¿Vas a dejar que nos estrellemos? —chilló el príncipe con voz muy aguda.

—¡Él es el único que puede salvarnos! ¿Qué le has dado? —exigió saber Alfred, alargando el brazo para agarrar al muchacho y sacarle la información por las malas si era preciso.

Bane retrocedió de un brinco, resbaló y rodó por la cubierta inclinada hasta que el mamparo lo detuvo. Volviéndose, miró por la ventana y soltó una exclamación de alegría.

—¡Bravo! ¡Las naves elfas! ¡Vamos directos hacia ellas! ¡No necesitamos a ese sucio asesino, los elfos nos salvarán!

—¡No! ¡Espera! Bane, han sido las bayas, ¿verdad?

El muchacho salió corriendo de la sala de gobierno. Oyó a Alfred gritarle que los elfos eran peligrosos, pero no prestó atención.

«Soy príncipe de Ulyandia», se dijo a sí mismo mientras subía la escalerilla hasta la cubierta superior. Una vez allí, sujeto con fuerza al pasamano, cruzó las piernas en torno a los barrotes para asegurarse mejor. «No se atreverán a ponerme la mano encima. Aún tengo el encantamiento. Triano cree que lo ha roto, pero sólo porque le he dejado que lo crea. Mi padre dice que no debemos correr ningún riesgo, y por eso hemos tenido que matar al asesino para conseguir su nave. ¡Pero sé que aún llevo conmigo el encantamiento! Ahora tendré una nave elfa. Haré que me lleven junto a mi padre y entre él y yo los gobernaremos. ¡Sí, los gobernaremos a todos, tal como lo hemos proyectado!»

—¡En! —gritó Bane. Sujetándose al pasamano con las piernas, se soltó lo suficiente para agitar los brazos—. ¡Eh! ¡Los de ahí! ¡Auxilio! ¡Auxilio!

Los elfos estaban muy abajo, demasiado lejos para oír los gritos del muchacho. Además, tenían otras cosas más importantes que atender..., como salvar la vida. Asomado desde lo alto, Bane vio que la nave de guerra y el dragón de guerra imperial estaban trabados y se preguntó qué estaría sucediendo. Estaba demasiado lejos para distinguir la sangre que bañaba las cubiertas, para escuchar los gritos de los encargados de los cables que, atrapados en sus arneses, eran arrastrados a través de los cascos hechos astillas, para oír la canción de los elfos rebeldes que trataban de levantar el ánimo de sus camaradas mientras continuaban defendiéndose.

Las alas de dragón de brillantes colores batían el aire frenéticamente o pendían, rotas, de los cables sueltos. Largos garfios sujetos a cuerdas mantenían firmemente unidas las dos naves. Los guerreros elfos se descolgaban a mano por los cables para abordar la nave rebelde o saltaban por los aires para aterrizar en la cubierta. Al fondo, las nubes negras del Torbellino giraban y hervían, con sus bordes blancos como la espuma iluminados de púrpura por el incesante destellear de los relámpagos.

Bane contempló con ansia a los elfos. No sentía ningún temor, sólo un embriagador regocijo causado por el contacto del viento en el rostro, la novedad de la situación y la excitación de ver empezar a cumplirse los planes de su padre. La caída del dragón se había hecho un tanto más lenta. Alfred había conseguido abrir las alas lo suficiente como para que la nave no continuara precipitándose de cabeza en el Torbellino, pero aún seguía fuera de control y continuaba cayendo en una perezosa espiral.

Le llegó desde abajo la voz de Alfred. Sus palabras eran confusas y le resultaron ininteligibles, pero algo en el tono o en el ritmo despertó en su mente el borroso recuerdo del momento en que le había caído encima el árbol. Bane no prestó mucha atención. Estaban acercándose a los elfos, aproximándose por momentos. Distinguió unos rostros vueltos hacia arriba, mirándolo y señalándolo. Empezó a gritar de nuevo cuando, de pronto, las dos naves elfas se separaron y se despedazaron ante sus ojos.

Unas delgadas figuras cayeron hacia la nada a su alrededor. Bane estaba lo bastante cerca como para escuchar sus gritos, que se apagarían cuando fueran engullidos por el Torbellino. Aquí y allá, pedazos de las dos naves flotaban en el aire sostenidos gracias a sus propios encantamientos y el príncipe pudo ver a los elfos agarrados a ellos o, en los fragmentos mayores, algunos que aún combatían.

Y Bane y su pequeña nave estaban zambulléndose justo en el centro del caos.

Los monjes kir no se ríen. No encuentran nada gracioso en la vida y les gusta señalar que, cuando los humanos se ríen, suelen hacerlo de la desgracia ajena. La risa no está prohibida en un monasterio kir. Sencillamente, no se practica. La primera vez que un niño entra en las estancias de los monjes negros, tal vez suelte alguna risa el primer par de días, pero no más.

El monje negro que llevaba de la mano a Hugh no sonreía, pero Hugh vio una risa

en sus ojos. Furioso, luchó y se debatió contra aquel oponente con más ferocidad de la que había mostrado ante cualquier otro enemigo. Este no era de carne y hueso. Ninguna arma dejaba su marca en él. Ninguna estocada lo detenía. Era eterno y lo tenía sujeto.

—Tú nos odiabas —dijo el monje negro, riéndose de él en silencio—, pero nos has servido. Nos has servido toda tu vida.

—¡Yo no sirvo a ningún hombre! —gritó Hugh. Las fuerzas lo abandonaban. Se sentía cada vez más débil, más cansado. Quería descansar. Sólo la vergüenza y la rabia le impedían sumirse en un placentero olvido: vergüenza, porque sabía que el monje decía la verdad; rabia, por haberse dejado engañar durante tanto tiempo...

Amargado, frustrado, juntó las pocas fuerzas que le quedaban en un último intento por liberarse. Fue un golpe débil y lastimoso que no hubiera hecho asomar las lágrimas a los ojos de un chiquillo, pero el monje lo soltó.

Confuso, privado de apoyo, Hugh cayó. Pero no sintió pavor, pues tuvo la extrañísima impresión de que no estaba cayendo hacia abajo, sino hacia arriba. No estaba zambulléndose en la oscuridad.

Estaba sumergiéndose en la luz.

—¿Maese Hugh? —La cara de Alfred, angustiada y temerosa, apareció sobre él —. ¿Maese Hugh? ¡Oh, alabado sea el Sartán! ¡Te has recuperado! ¿Cómo te encuentras?

Con la ayuda de Alfred, Hugh se incorporó hasta quedar sentado. Echó una rápida mirada en torno a sí, buscando al monje. No vio a nadie más que al chambelán, nada salvo un lío de cuerdas y su arnés.

—¿Qué ha sucedido?

Hugh sacudió la cabeza para despejarse. No sufría ningún dolor, sino sólo una especie de atontamiento. Le parecía como si el cerebro no le cupiera en el cráneo, como si la lengua fuera demasiado grande para la boca. A veces había despertado en alguna posada con aquella misma sensación y un odre de vino vacío a su lado.

—El muchacho te ha narcotizado, pero ya te están pasando los efectos. Sé que no te sientes demasiado bien, maese Hugh, pero estamos en un apuro. La nave está cayendo...

—¿Narcotizado? —Hugh miró a Alfred, tratando de concentrar la vista en él entre la bruma—. ¡Lo que me ha dado no era ninguna droga! ¡Era un veneno! Notaba que me moría —añadió, entrecerrando los ojos.

—No, no, maese Hugh. Sé que debes de haber tenido esa impresión, pero...

Hugh se inclinó hacia adelante, agarró a Alfred por el cuello de la camisa y lo atrajo hacia sí, clavando la mirada en los ojos claros del chambelán como si quisiera asomarse al fondo de su alma.

—Yo estaba *muerto.* —Hugh lo asió aún más enérgicamente—. ¡Y *tú* me has

devuelto a la vida!

Alfred sostuvo la mirada de Hugh con aire calmado y, con una sonrisa algo triste, sacudió la cabeza.

—Te confundes. Era un narcótico. Yo no he hecho nada.

¿Cómo era posible que aquel hombrecillo inepto y simplón pudiera mentir sin que él lo notara? Y otra cosa aún más importante: ¿cómo era posible que Alfred le hubiera salvado la vida? Su expresión era de candidez y sus ojos lo miraban con pena y tristeza, nada más. El chambelán parecía incapaz de ocultar nada. Si hubiera tenido enfrente a cualquier otra persona, sin duda le habría convencido.

Pero *la Mano* conocía el veneno que había tomado. Él mismo lo había administrado a otros y los había visto morir igual que él. Y ninguno se había recuperado.

—¡Maese Hugh, la nave...! —Insistió Alfred—. ¡Estamos cayendo! Las alas..., se plegaron. He intentado abrirlas de nuevo, pero no lo he conseguido.

Ahora que prestaba atención a lo que decía el chambelán, Hugh advirtió el curso de la nave. Miró a Alfred y relajó la presión de su mano. Un misterio más, se dijo, pero no lo aclararía desplomándose en el Torbellino. Se puso en pie a duras penas, llevándose las manos a la cabeza. El dolor era insoportable y la notaba demasiado pesada. Tuvo la aturdida sensación de que, si retiraba las manos, la cabeza se soltaría y rodaría de su cuello.

Una mirada por la ventana le mostró que no corrían un peligro inmediato; al menos, de seguir cayendo. Alfred había conseguido proporcionar a la nave cierto grado de estabilidad y Hugh podía recuperar el control completo con bastante facilidad, pese a que algunos de los cables estaban rotos.

—Caer al Torbellino es la menor de nuestras preocupaciones.

—¿Qué quieres decir, señor? —Alfred corrió a su lado y miró.

Muy cerca de ellos, tanto que los dos hombres podían apreciar con todo detalle sus vestimentas desgarradas y ensangrentadas, tres guerreros elfos con unos garfios de abordaje en la mano tenían vuelta la mirada hacia la nave.

—¡Vamos, arrojad los garfios! ¡Yo los aseguraré!

Era la voz de Bane, que se dirigía a los elfos desde la cubierta superior. Alfred soltó un jadeo.

—Su Alteza ha dicho algo de pedir ayuda a los elfos...

—¡Ayuda! —Hugh torció los labios en una sonrisa burlona. Parecía que había vuelto a la vida sólo para morir de nuevo.

Los garfios serpentearon en el aire y *la Mano* escuchó sus golpes sordos al chocar con la cubierta y el chirrido de las puntas metálicas al arrastrarse sobre la madera. Unos bruscos vaivenes le hicieron perder el equilibrio, precario como sus fuerzas. Los garfios habían encontrado asidero. Hugh se llevó la mano al costado. La espada

había desaparecido.

—¿Dónde...?

Alfred había observado el gesto y ya retrocedía por la inclinada cubierta, resbalando y gateando.

—Aquí, señor. He tenido que usarla para cortar los nudos.

Hugh empuñó el arma y ésta casi le cayó de la mano. Si Alfred le hubiera entregado un yunque, no le habría parecido más pesado que la espada en su puño débil y tembloroso. Los garfios estaban deteniendo el avance de la nave, que quedó flotando en el aire junto a la destartalada nave elfa. Tras un brusco tirón, *Ala de Dragón* derivó ligeramente hacia abajo. Los elfos estaban escalando las cuerdas y disponiéndose para el abordaje. Hugh escuchó a Bane parloteando animadamente encima de su cabeza.

Tomando la espada con esfuerzo, Hugh dejó la sala de gobierno y avanzó sin hacer ruido por el pasillo hasta situarse bajo la escotilla. Alfred lo siguió haciendo eses y sus pisadas, torpes y sonoras, pusieron fuera de sí a Hugh. *La Mano* lanzó una mirada asesina al chambelán, adviniéndole que guardara silencio. Luego, extrajo el puñal de la bota y se lo ofreció.

Alfred palideció, sacudió la cabeza y se llevó las manos a la espalda.

—No —declaró con labios temblorosos—. ¡No podría! ¡No puedo..., poner fin a una vida!

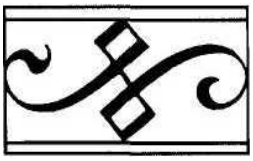
Hugh alzó la vista al techo de la estancia, donde podían oírse unos pies calzados con botas que deambulaban por la cubierta.

—¿Ni siquiera para salvar la tuya? —musitó.

—No. Lo siento...

—Si no lo lamentas ahora, ya lo harás muy pronto—murmuró Hugh al tiempo que empezaba a subir en silencio por la escalerilla.

CAPÍTULO 26



EN CIELO ABIERTO,
DESCENDIENDO

Bane observó a los tres elfos que se encaramaban a pulso por las cuerdas, agarrados a ellas con los talones y las rodillas de sus piernas delgadas y bien proporcionadas. Debajo de ellos no había más que el vacío y, al fondo, la oscura y pavorosa tormenta perpetua del Torbellino. Sin embargo, los elfos eran expertos en abordajes y no se detuvieron para mirar abajo. Alcanzaron la borda de la pequeña nave dragón, pasaron las piernas sobre la pasarela y, con movimientos ágiles, aterrizaron de pie en la cubierta.

El príncipe no había visto en su vida a un elfo y lo estudió con la misma curiosidad que desinterés mostraron por él los asaltantes. Los elfos tenían la misma altura aproximada que los humanos, pero sus cuerpos delgados los hacían parecer más altos. Sus facciones eran delicadas, pero duras y frías, como talladas en mármol. De fina musculatura, estaban dotados de una excelente coordinación de movimientos y caminaban con gracia y facilidad pese a la inclinación de la nave. Tenían la piel de color marrón avellanado y el cabello y las cejas blancas, con unas sombras plateadas que brillaban al sol. Vestían chalecos y faldas cortas confeccionados con una tela de tapicería, decorada con bellos motivos de aves, flores y animales. A menudo, los humanos se burlaban de la indumentaria de brillantes colores de los elfos (y la mayoría descubría demasiado tarde —para su pesar— que esa vestimenta era en realidad la armadura elfica; los hechiceros elfos poseen la capacidad de potenciar mediante su magia el hilo de seda normal, haciéndolo tan duro y resistente como el acero).

El elfo que parecía ser el líder del grupo indicó por gestos a los otros dos que echaran un vistazo a la nave. Uno corrió a popa y se asomó por la borda a observar las alas, probablemente para evaluar los daños que había provocado la caída sin control de la nave. El otro corrió a proa. Los elfos iban armados, pero no empuñaban sus armas. Al fin y al cabo, se encontraban en una de sus naves.

Una vez desplegados sus hombres, el comandante elfo se dignó por fin advertir la presencia del pequeño.

—¿Qué hace un cachorro humano a bordo de una nave de mi pueblo? —El comandante apuntó su nariz aguileña hacia Bane—. ¿Y quién es el capitán de esta embarcación?

Hablaba el idioma de los humanos con fluidez, pero acompañándose de un rictus

en los labios, como si las palabras tuvieran mal sabor y se alegrara de librarse de ellas. Su voz era melodiosa y animada; su tono, imperioso y altivo. Bane estaba irritado, pero supo ocultarlo.

—Soy el príncipe heredero de Volkaran y de Ulyandia. Mi padre es el rey Stephen.

Bane juzgó que lo mejor era empezar de aquel modo, al menos hasta que hubiera convencido a los elfos de que era alguien importante. Después les contaría la verdad, les revelaría la auténtica importancia de su persona..., una importancia mayor de lo que podía imaginar.

El capitán elfo sólo prestó atención a medias a Bane, pendiente de los movimientos de sus hombres.

—De modo que los nuestros han capturado a un principito humano, ¿no es eso? Me pregunto qué piensan que conseguirán de ti.

—Me capturó un hombre malo —dijo Bane, derramando rápidamente unas lágrimas—. Quería matarme, pero vosotros me habéis rescatado. ¡Seréis unos héroes! Llevadme ante vuestro rey para que pueda expresarle mi gratitud. Esto puede significar el principio de la paz entre nuestros pueblos.

El elfo que se había dedicado a inspeccionar las alas regresó, dispuesto a ofrecer su informe. Al escuchar las palabras del chiquillo, miró a su capitán y ambos se echaron a reír al unísono.

Bane se quedó boquiabierto. ¡Nunca nadie se había reído de él de aquella manera! ¿Qué estaba pasando? El encantamiento debería haber producido su efecto, pues estaba seguro de que Triano no había logrado romper el hechizo. Entonces ¿por qué no afectaba a los elfos?

En aquel instante, vio los talismanes en torno al cuello de éstos. Los talismanes habían sido creados por los hechiceros elfos para proteger a su pueblo de la magia de guerra de los humanos. Bane no entendía mucho del tema, pero sabía reconocer un talismán de protección cuando lo veía y comprendió que, inadvertidamente, aquellos collares ponían a los elfos a salvo de su encantamiento.

Antes de que pudiera reaccionar, el capitán lo agarró y lo lanzó por los aires como un saco de basura. El otro elfo, cuya fuerza no se correspondía con su cuerpo extremadamente delgado, lo cogió en el aire. El capitán dio una orden en tono indiferente y el soldado, sujetando al muchacho lo más lejos posible con el brazo extendido al frente, dio unos pasos hasta la borda de la nave. Bane no hablaba elfo, pero entendió la orden del capitán por sus gestos.

Iban a arrojarlo por la borda.

Bane trató de gritar pero el miedo le atenazó la garganta. Se debatió con todas sus fuerzas, pero el elfo lo sujetaba por el cogote y parecía divertirse mucho con los frenéticos esfuerzos del chiquillo por liberarse. Bane poseía los poderes de la magia,

pero era inexperto en su uso pues no había sido educado en la casa de su padre. Notaba que la magia impregnaba su cuerpo como la adrenalina, pero carecía de los conocimientos para hacerla actuar.

Pero había alguien que podía guiarlo.

—¡Padre! —gritó, cerrando una mano en torno al amuleto de la pluma.

—Ahora no puede ayudarte —se burló el elfo.

—¡Padre! —volvió a gritar Bane.

—Yo tenía razón —dijo el capitán a su subordinado—. Hay alguien más a bordo de la nave. El padre del cachorro. Ve a buscarlo —ordenó con un gesto al tercer elfo, pero regresó corriendo a su posición. Acto seguido, el capitán murmuró con un gruñido—: Adelante, librémonos de ese pequeño demonio.

El elfo que sujetaba a Bane pasó el cuerpo del príncipe por encima de la borda y lo dejó caer.

Bane se precipitó hacia abajo. Aspiró profundamente para exhalar el aire en un aullido de terror y, en aquel instante, una voz le ordenó bruscamente que guardara silencio. La voz llegó al muchacho como siempre, con palabras que sonaban en su mente, que sólo eran audibles para él.

«Tienes el poder para salvarte a ti mismo, Bane. Pero antes debes vencer el miedo.»

En su rápida caída, viendo a sus pies los fragmentos flotantes de las naves elfas y, más abajo, las nubes negras del Torbellino, el miedo tenía rígido y paralizado a Bane.

—No..., no puedo, padre —gimió.

«Si no puedes, morirás, y eso será lo mejor. No me sirve de nada un hijo cobarde.»

Durante toda su corta vida, Bane se había esforzado en agradar al hombre que le hablaba a través del amuleto, al hombre que era su verdadero padre, y su mayor deseo era obtener la aprobación del poderoso brujo.

«Cierra los ojos», fue la siguiente orden de Sinistrad.

Bane obedeció.

«Ahora, vamos a utilizar la magia. Piensa que eres más ligero que el aire. Tu cuerpo no es de carne sólida, sino gaseoso, etéreo. Tus huesos son huecos como los de un ave.»

El príncipe quiso reírse, pero algo en su interior le dijo que, si lo hacía, no lograría volverse a dominar y caería hacia la muerte. Reprimió la risilla histérica, desquiciada, e intentó seguir las instrucciones de su padre. Parecían ridículas. Sus ojos se negaban a permanecer cerrados y, con una desesperación impulsada por el pánico, seguían parpadeando en busca de algún resto del naufragio al que agarrarse hasta que pudieran rescatarlo. Pero el viento que azotaba su rostro le hacía saltar las lágrimas y la visión se le hacía borrosa. De su garganta brotó un sollozo.

«¡Bane!» La voz de Sinistrad chasqueó como un látigo en la mente del pequeño.

Sofocando el sollozo, Bane apretó resueltamente los párpados e intentó imaginar que era un pájaro.

Al principio le costó y le pareció imposible, pero generaciones de brujos ya desaparecidos, más las facultades y la inteligencia innatas del muchacho, vinieron en su auxilio. El truco era abstraerse de la realidad, convencer a la mente de que el cuerpo no pesaba sus sesenta y pico piedras, que no pesaba nada, o menos aún que nada. Era una habilidad que la mayoría de jóvenes brujos humanos sólo conseguía dominar tras años de estudio, pero Bane tenía que aprenderla en unos instantes. Las aves enseñan a volar a sus polluelos arrojándolos desde el nido. Bane tenía que adquirir el arte de la magia del mismo modo. La conmoción y el puro terror obligaron a sus facultades naturales a hacerse cargo de la situación y salvarlo.

«Mi carne está hecha de nubes. Mi sangre es una bruma tenue. Mis huesos son huecos y están llenos de aire.»

Un hormigueo se extendió por el cuerpo del príncipe. Parecía como si la magia lo estuviera transformando en una nube, pues se sentía ingrávido y etéreo. A medida que esta sensación fue aumentando, también lo hizo su confianza en la ilusión que estaba tejiendo en torno a sí, y la confianza incrementó a su vez el efecto de la magia, haciéndolo más fuerte y potente. Abriendo los ojos, Bane comprobó con satisfacción que ya no seguía cayendo. Más ligero que un copo de nieve, se sostenía en el aire.

—¡Lo he logrado! ¡Lo he logrado! —se rió, jubiloso, batiendo los brazos como un pájaro.

«¡Concéntrate!», le espetó Sinistrad. « ¡No estamos jugando! ¡Si pierdes la concentración, perderás el poder!»

Bane se serenó —no tanto por efecto de las palabras de su padre como por la súbita y aterradora sensación de que empezaba a recobrar su peso— y concentró sus pensamientos en la tarea de mantenerse a flote entre las nubes.

—¿Qué hago ahora, padre? —preguntó, más calmado.

«De momento, quédate donde estás. Los elfos te rescatarán.»

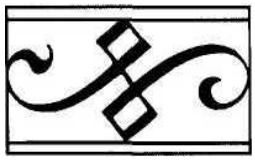
—¡Pero si han querido matarme!

«Sí, pero verán que estás dotado con el poder y querrán llevarte ante sus hechiceros. Tal vez pases algún tiempo entre ellos antes de que vuelvas conmigo. Podrías conseguir informaciones útiles.»

Bane miró hacia arriba para intentar ver qué sucedía en la nave. Las únicas partes visibles desde su posición eran la quilla y las alas semidesplegadas. Y la nave dragón seguía cayendo.

El muchacho se relajó, flotando en el aire, y aguardó a que llegara a su altura.

CAPÍTULO 27



EN CIELO ABIERTO,
DESCENDIENDO

Hugh y Alfred se agacharon al pie de la escalerilla. Oyeron los pasos de los elfos que inspeccionaban la nave y escucharon la conversación de Bane con el capitán elfo.

—Pequeño bastardo —murmuró Hugh.

A continuación, llegó a sus oídos el grito de Bane.

Alfred palideció.

—Si lo quieres, será mejor que me ayudes a rescatarlo —dijo Hugh al chambelán —. Mantente cerca de mí.

Subiendo la escalerilla, Hugh abrió de golpe la escotilla. Puñal en mano, saltó a cubierta seguido inmediatamente por Alfred. Lo primero que vio fue al elfo en el momento de arrojar a Bane por la borda. Alfred soltó un grito de terror.

—¡No hagas caso! —Gritó Hugh, buscando con una rápida mirada cualquier cosa que pudiera utilizar como arma—. Cúbreme la espalda... ¡Por todos los antepasados, no...! ¡No vayas a...!

Alfred había puesto los ojos en blanco y, con el rostro ceniciento, se tambaleaba de un lado a otro. Hugh extendió la mano, lo cogió por el hombro y lo sacudió enérgicamente, pero era demasiado tarde: el chambelán se desplomó y quedó hecho un bulto patético en la cubierta.

—¡Maldición! —exclamó Hugh con un grito feroz.

Los elfos estaban fatigados y doloridos tras el combate con los rebeldes. No esperaban encontrar humanos a bordo de una nave dragón y tardaron en reaccionar. Hugh alargó la mano hacia una percha en el instante en que uno de los guerreros elfos trataba de alcanzarla primero. *La Mano* fue más rápido. Alzando la percha, la volteó con toda la fuerza de que fue capaz y alcanzó al elfo en pleno rostro. El guerrero cayó hacia atrás y se golpeó la cabeza contra la escotilla. Probablemente, estaría fuera de combate un buen rato. Hugh no se atrevió a acabar con él pues aún debía enfrentarse a sus dos compañeros.

Los elfos no son demasiado hábiles con la espada. Prefieren el arco y la flecha, que requieren habilidad y temple, a la lucha con el acero, que consideran una mera exhibición de fuerza bruta. Por lo general sólo utilizan las espadas cortas que portan al costado para la lucha cuerpo a cuerpo y para acabar con los enemigos ya heridos con las flechas.

Conocedor del poco agrado de los elfos por el acero, Hugh blandió su espada de

un lado a otro con ferocidad, obligando a sus adversarios a mantenerse fuera de su alcance. Retrocedió, saltando de plancha en plancha, hasta chocar con la amura; los elfos lo acosaron, pero sin lanzarse al ataque todavía. Lo que les faltaba de buena esgrima, lo compensaban en paciencia y cautela. Hugh estaba consumiendo sus escasas energías en sostener a duras penas la espada y los elfos se daban cuenta de que estaba enfermo y débil; a base de fintas y tientos, lo estaban agotando. Podían permitirse esperar a que el cansancio lo obligara a bajar la guardia.

A Hugh le dolía el brazo y aún más la cabeza. Sabía que no podría resistir mucho tiempo y que debía encontrar el modo de acabar rápidamente con sus enemigos. Sus ojos captaron un movimiento.

—¡Alfred! —gritó—. ¡Eso es! ¡Sorpréndelos por atrás!

Era un viejo truco y ningún guerrero humano merecedor de tal nombre habría caído en él. En efecto, también el capitán elfo mantuvo los ojos fijos en Hugh, pero el otro guerrero se amilanó y volvió la cabeza. Detrás no encontró a ningún amenazador humano abalanzándose sobre él, sino a Alfred, sentado en el suelo y mirando a su alrededor con aire confuso.

Hugh se lanzó contra el elfo como un rayo, le hizo saltar la espada de la mano con un golpe de su acero y lo derribó al suelo de un puñetazo en el rostro. Este último movimiento lo dejó al descubierto para el ataque del capitán, pero no pudo evitarlo. El capitán elfo saltó adelante para lanzar una estocada, pero sus pies resbalaron en la cubierta inclinada; en torpe golpe no alcanzó su blanco en el corazón de Hugh, sino que le desgarró los músculos del brazo que empuñaba el arma. Hugh giró sobre los talones, golpeó al capitán en la mandíbula con la empuñadura de la espada y lo mandó de espaldas sobre la cubierta, donde quedó tendido mientras le volaba la espada de la mano.

Hugh se dejó caer de rodillas, luchando por sobreponerse al mareo y las náuseas.

—¡Maese Hugh! ¡Estás herido! Deja que te ayude...

Unas manos le tocaron el brazo, pero Hugh las rechazó.

—Estoy bien —replicó. Se incorporó tambaleándose y lanzó una mirada de ira al chambelán, que se sonrojó y bajó la cabeza.

—Yo..., lamento haberte fallado —tartamudeó Alfred—. No sé qué me sucede...

Hugh no lo dejó terminar y señaló a los elfos.

—Echa a esta escoria por la borda antes de que despierten.

Alfred se puso tan pálido que Hugh pensó que iba a desmayarse de nuevo.

—No puedo hacerlo. Arrojar a un hombre indefenso..., a la muerte...

—¡Ellos han arrojado a ese crío tuyo! —Hugh levantó la espada, apuntando al cuello del elfo inconsciente—. Entonces, tendré que acabar con ellos aquí. No puedo arriesgarme a que vuelvan en sí.

Se dispuso a rebanar el esbelto cuello pero lo detuvo una extraña aversión a

hacerlo. Una voz, surgida de una oscuridad inmensa y aterradora, resonó en su mente.

Toda tu vida nos has servido.

—¡Por favor, señor! —Alfred lo cogió del brazo—. Los restos de su nave aún están sujetos a la nuestra —añadió, señalando el gran fragmento de la embarcación elfa anclado al costado del *Ala de Dragón* mediante los garfios de abordaje—. Puedo encargarme de trasladarlos allí. Al menos, tendrán una oportunidad de que los rescaten.

—Está bien. —Demasiado cansado y mareado para discusiones, Hugh aceptó con disgusto la propuesta—. Haz lo que quieras, pero líbrate de ellos. De todos modos, ¿por qué te preocupas por esos elfos? Ellos acaban de matar a tu preciado príncipe.

—Todas las vidas son sagradas —musitó Alfred mientras se inclinaba para levantar por los hombros al inconsciente capitán elfo—. Nosotros lo aprendimos. Demasiado tarde. Demasiado tarde.

Al menos, eso fue lo que Hugh creyó escuchar. El viento silbaba en los aparejos, se sentía dolorido y enfermo y, en todo caso, a quién le importaba qué había dicho el chambelán.

Alfred llevó a cabo la tarea con su habitual torpeza, tropezando con las planchas, dejando caer los cuerpos y, en un momento dado, casi ahorcándose al enredarse en uno de los cables de las alas. Por último, consiguió arrastrar a los elfos sin sentido hasta la borda de la nave y pasarlos al pecio demostrando una fuerza que a *la Mano* le costó de creer en un hombre delgaducho como aquél.

Sin embargo, eran muchas las cosas de Alfred que resultaban inexplicables. Hugh se hizo muchas preguntas: ¿Había muerto realmente? ¿Alfred lo había devuelto a la vida? Y, si así era, ¿cómo? Ni siquiera los misteriarcas tenían la facultad de revivir a los muertos.

«Todas las vidas son sagradas... Demasiado tarde. Demasiado tarde.»

Hugh sacudió la cabeza y lo lamentó de inmediato, pues creyó que los ojos iban a salírsele de las órbitas.

Cuando Alfred regresó a su lado, lo encontró tratando de anudar un improvisado vendaje en torno al brazo.

—Maese Hugh... —lo llamó Alfred con timidez.

La Mano no levantó los ojos de la venda. Con suavidad, el chambelán se encargó del asunto, atando el vendaje con dedos expertos.

—Creo que deberías venir a ver una cosa, señor.

—Ya sé. Seguimos cayendo, pero aún podemos salir de ésta. Estamos muy cerca del Torbellino

—No se trata de eso. Es el príncipe. ¡Está a salvo!

—¿A salvo? —Hugh lo miró, pensando que Alfred se había vuelto loco.

—Es muy extraño, señor. Aunque no tanto, supongo, teniendo en cuenta quién es

él y quién es su padre.

¿Quién diablos es?, quiso preguntar Hugh. Pero no era el momento. Mareado y exhausto, atravesó la cubierta, cuyos movimientos se hacían cada vez más irregulares a medida que se aproximaban a la tormenta. Cuando miró hacia abajo no pudo reprimir un largo silbido de asombro.

—Su padre es un misteriarca del Reino Superior —explicó Alfred—. Supongo que le ha enseñado al muchacho a hacer eso.

—Se comunican mediante el amuleto —añadió *la Mano,* recordando la última visión del muchacho con la mano cerrada en torno a la pluma, justo antes de perder el sentido.

—Sí.

Hugh alcanzó a ver el rostro del príncipe vuelto hacia arriba, mirándolos con aire triunfal y visiblemente satisfecho de sí mismo.

—Supongo que tengo que rescatarlo. Un crío que ha intentado envenenarme. Un crío que ha destrozado mi nave. ¡Un crío que ha intentado entregarnos a los elfos!

—Al fin y al cabo, señor —replicó Alfred, mirándolo fijamente—, tu accediste a darle muerte..., por dinero.

Hugh volvió la vista hacia Bane y comprobó que se estaba acercando al Torbellino. Se distinguían ya las nubes de polvo y escombros que flotaban sobre él y llegaba a sus oídos el sordo retumbar del trueno. Un viento frío y húmedo con olor a lluvia hacía que el timón de cola diera furiosos bandazos. En aquel instante, Hugh debería haber estado examinando los cables rotos y tratando de repararlos para poder extender las alas y ganar altura antes de que la nave derivara demasiado y los vientos de la tormenta le impidieran remontar el vuelo a posiciones menos peligrosas. Y el martilleo en la cabeza le seguía provocando náuseas.

Dándose media vuelta, *la Mano* se apartó de la borda.

—No te culpo —dijo Alfred—. Es un chico difícil...

—¡Difícil! —Hugh soltó una risotada; luego enmudeció, con los ojos cerrados, mientras la cubierta se escoraba bajo sus pies. Cuando recuperó el dominio de sí mismo, exhaló un profundo suspiro—. Toma esa percha y tiéndesela. Trataré de maniobrar para acercarnos a él, aunque estamos arriesgando nuestras vidas al hacerlo. Es posible que el viento nos atrape y nos aspire al centro de la tormenta.

—Sí, maese Hugh.

Alfred corrió a coger la percha y, por una vez, sus pies y su cuerpo avanzaron en la misma dirección.

La Mano se dejó caer en la sala de gobierno a través de la escotilla, contempló el lío de cables y se preguntó por qué estaba haciendo aquello. «Muy sencillo», se respondió: «hay un padre que pagará para que su hijo *no vuelva* y otro padre que pagará por tener junto a sí al muchacho».

Parecía un motivo lógico, reconoció Hugh para sí. Siempre, por supuesto, que no terminaran todos en el Torbellino. A través de las ventanas de cristal vio al muchacho flotando entre las nubes. La nave dragón estaba cayendo a su encuentro pero, a menos que consiguiera corregir el rumbo, pasaría a cierta distancia de él.

Con el ánimo abatido, *la Mano* inspeccionó los daños y forzó a su dolorida mente a ponerse en marcha e identificar los diversos cables que se deslizaban y retorcían por el suelo como serpientes. Cuando encontró los que necesitaba, los desenrolló y los extendió para que corrieran libremente a través de los escobenes. Una vez que los tuvo dispuestos, cortó con la espada los nudos que los ataban al arnés y se los enroscó en los brazos. Hugh había visto a muchos hombres romperse los huesos haciendo aquella maniobra. Si perdía el control, la enorme ala se desplegaría de pronto, tensaría los cables y éstos le arrancarían los brazos como si fueran dos palillos.

Tomó asiento con los pies firmes en el suelo y empezó a arriar los cables poco a poco. Uno de ellos corrió rápidamente y sin problemas a través del agujero. El ala empezó a levantarse y a poner en acción la magia. Sin embargo, el cable del brazo derecho permaneció flojo e inmóvil, balanceándose en la cubierta. Hugh se secó el sudor de la frente con el revés de la mano. El ala estaba atascada, trabada".

Tiró del cable con todas sus fuerzas, pero no sirvió de nada y Hugh dedujo que uno de los cabos exteriores atados al cable guía debía de haberse partido. Mascullando un juramento, abandonó el cable inutilizado y se concentró en tratar de pilotar la nave con una sola ala.

—¡Más cerca! —Gritó Alfred—. Un poco más a la izquierda..., ¿o es a estribor? Nunca lo recuerdo. ¿Babor? ¿Es babor, acaso? Así, muy bien. Ya casi lo tengo... ¡Ahora! ¡Sujétate bien, Alteza!

Hugh escuchó la voz chillona del príncipe en un excitado parloteo y el sonido de sus pequeñas botas sobre la cubierta.

Después le llegó la voz de Alfred, grave y amonestadora, y el gimoteo defensivo de Bane.

Hugh volvió a tirar del cable, notó que el ala se levantaba y la nave dragón, ayudada de la magia, empezó a planear ganando altura. Abajo, las nubes del Torbellino continuaron sus vertiginosos giros como si les enfureciera ver que su presa se escapaba. Hugh contuvo el aliento y concentró todas sus energías en sostener firme el ala mientras proseguían su lenta ascensión.

Entonces fue como si una mano gigantesca se hubiera levantado para aplastarlos como a un molesto mosquito. De pronto, la nave empezó a caer vertiginosamente, a tal velocidad que les pareció que sus cuerpos descendían con ella pero sus estómagos y tripas se quedaban arriba. Hugh escuchó un chillido asustado y un fuerte golpe, y supo que alguien había rodado por la cubierta. Esperó que tanto Alfred como el chiquillo hubieran encontrado algo de que agarrarse pues, en caso contrario, no

podría hacer nada por ellos.

Con gesto ceñudo, continuó asido a los cables tratando de mantener desplegada la vela para frenar la caída. Entonces llegó a sus oídos el siniestro sonido de algo que se desgarraba y el ominoso silbido que paraliza el corazón de cualquier piloto de nave dragón: el ala se había rasgado y a través de ella se colaba el viento. Hugh largó todo el cabo posible para abrir la vela al máximo. Aunque no podía usarla para gobernar el rumbo, su magia contribuiría al menos a amortiguar la caída cuando tocaran tierra..., si aterrizaban en alguna parte y si el Torbellino no los hacía pedazos antes.

Hugh desenrolló el cable del brazo y lo dejó caer sobre la cubierta. Todavía no habían llegado al Torbellino y el viento ya sacudía la nave de un lado a otro. No consiguió ponerse en pie y tuvo que gatear por las planchas, asiéndose a los cables y usándolos para avanzar hasta el pasillo. Una vez allí, se arrastró escalerilla arriba y asomó la cabeza. Alfred y Bane estaban tendidos en la cubierta superior. El chambelán estrechaba contra sí al muchacho con el brazo.

—¡Bajad! —gritó Hugh para hacerse oír entre el aullido del viento—. ¡La vela se ha partido y nos precipitamos en el Torbellino!

Alfred se arrastró por la cubierta llevando consigo al príncipe. Hugh sintió cierto malévolo placer al observar que el chiquillo parecía haber enmudecido de terror. Al llegar a la escotilla, el chambelán introdujo primero por ella a Bane. Hugh lo agarró sin miramientos, lo arrastró adentro y lo dejó caer sobre las planchas del suelo.

Bane soltó un grito de dolor que interrumpió bruscamente cuando la nave cabeceó y lo lanzó contra los mamparos, donde quedó sin aliento. El brusco movimiento mandó a Alfred de cabeza por la escotilla, haciendo que Hugh perdiera pie y rodara por la escalerilla hasta el suelo.

Se incorporó a duras penas y volvió a subir los peldaños (o tal vez era a bajarlos, pues la nave se movía tanto que Hugh ya había perdido por completo el sentido de la orientación). Buscó a tientas la tapa de la escotilla. Una ráfaga de lluvia alcanzó la nave con unas gotas que caían con la fuerza de unas saetas elfas. El quebrado centelleo de un relámpago hendió el aire tan cerca de ellos que el olor le hizo arrugar la nariz; el estruendo que lo siguió de inmediato casi lo dejó sordo. Sus dedos asieron por fin la tapa de la escotilla, mojada y resbaladiza, y consiguieron cerrarla de una vez. Agotado, Hugh se deslizó de nuevo escalerilla abajo y cayó derrumbado al suelo.

—¡Tú...! ¡Estás vivo! —Bane lo contempló con absoluto desconcierto. Luego, su expresión se transformó en una sonrisa de alegría. Corriendo hacia Hugh, el muchacho le echó los brazos al cuello y lo apretó contra sí—. ¡Ah, qué contento estoy! ¡Tenía tanto miedo! ¡Me has salvado la vida!

Hugh se desasió del abrazo y apartó al príncipe a prudente distancia. Tanto la voz entrecortada por las lágrimas como la inocencia de su rostro resultaban incuestionablemente sinceras. En sus ojos azules no había engaño ni artificio. *La*

Mano casi llegó a convencerse de que lo había soñado todo.

Casi, pero no del todo.

Aquel Bane, de nombre tan apropiado, había intentado envenenarlo. Hugh cerró la mano en torno al blanco cuello del príncipe. Sería muy sencillo. Un gesto. El cuello, roto. El contrato, cumplido.

La nave continuó cabeceando y dando vueltas en la tormenta. El casco crujía y gruñía y parecía a punto de romperse en pedazos en cualquier momento. A su alrededor destelleaban los relámpagos y en sus oídos resonaban los truenos.

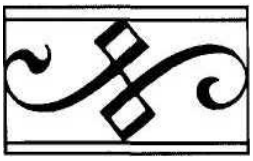
Toda tu vida nos has servido.

Hugh apretó con más fuerza. Bane lo miró con aire confiado y una tímida sonrisa. Era como si el asesino estuviera reconfortando al príncipe con una tierna caricia.

Enfurecido, *la Mano* arrojó al muchacho lejos de sí, mandándolo contra Alfred, quien lo recogió con buenos reflejos.

Hugh, tambaleándose, dejó atrás a ambos y se encaminó a la sala de gobierno, pero antes de llegar cayó al suelo de cuatro manos y vomitó hasta las tripas.

CAPÍTULO 28



DREVLIN,
REINO INFERIOR

Bane fue el primero en recuperar el conocimiento. Abrió los ojos y echó un vistazo a su alrededor, a la nave dragón y sus otros dos ocupantes. Escuchó el grave retumbar de un trueno y, por un instante, le acometió de nuevo el pánico. Después, se dio cuenta de que la tormenta estaba a bastante distancia. Miró afuera y observó que el tiempo estaba en calma y que sólo empapaba la nave una lluvia ligera. El espantoso vaivén había cesado. Todo estaba tranquilo, nada se movía.

Hugh yacía en el suelo entre los cables, con los ojos cerrados, el brazo y la cabeza ensangrentados y una mano asida a uno de los cables como si su último esfuerzo hubiera sido un intento final para salvar la nave. Alfred estaba tendido de espaldas y no parecía herido. Bane recordaba poco del aterrador descenso a través de la tormenta, pero tenía la vaga impresión de que el chambelán se había desmayado en algún momento de la caída.

También a él le había entrado pánico, más incluso que cuando el elfo lo había arrojado por la borda. Entonces, todo había sucedido tan rápido que apenas había tenido tiempo de sentir miedo. La caída en el Torbellino, en cambio, le había parecido eterna y el pánico lo había atenazado más y más a cada segundo. Realmente, había llegado a pensar que iba a morirse de miedo. Entonces, la voz de su padre le había susurrado unas palabras que lo habían adormecido. El príncipe intentó incorporarse hasta quedar sentado. Se sentía raro; no dolorido, sino raro. Notaba el cuerpo demasiado pesado, como si una fuerza tremenda lo empujara contra el suelo, aunque no tenía nada encima. Atemorizado, Bane lloriqueó un poco ante la sensación de encontrarse solo. Aquel extraño estado no le agradaba y se arrastró hasta Alfred para intentar despertarlo. En ese momento vio la espada de Hugh en el suelo, debajo del cuerpo del asesino, y se le ocurrió una idea.

—Podría matarlos a ambos ahora —murmuró, asiendo con fuerza el amuleto de la pluma—. Podríamos librarnos de ellos, padre.

«¡No!» La réplica fue seca y cortante, y sorprendió a Bane.

—¿Por qué?

«Porque los necesitas para salir de donde estas y llegar junto a mí. Pero, antes de eso, quiero que lleves a cabo una tarea. Habéis aterrizado en la isla de Drevlin, en el Reino Inferior. Ocupa esta tierra un pueblo conocido como los gegs. En realidad, me alegro mucho de que el azar te haya conducido ahí. Había pensado en acudir yo

mismo, cuando tuviera una nave.

»En esa isla existe una gran máquina que me intriga mucho. Fue construida hace mucho tiempo por los sartán, pero nadie ha conseguido descubrir con qué propósito. Quiero que la investigues mientras estés ahí. Hazlo y averigua lo que puedas sobre esos gegs. Aunque dudo que me sean de mucha utilidad para la conquista del mundo, conviene saber cuanto sea posible de los pueblos que me propongo conquistar. Tal vez incluso puedan servirme de algo. Debes buscar la ocasión para informarte, hijo mío.»

La voz se desvaneció y Bane frunció el entrecejo. Ojalá Sinistrad abandonara aquella irritante costumbre de decir: «Cuando *yo* conquiste, cuando *yo* gobierne...». El príncipe había decidido que debía emplear el plural: «Cuando *nosotros...*».

«Es lógico», se dijo: «mi padre no puede saber mucho de mí, todavía, y por eso no me ha incluido jamás en sus planes. Cuando nos reunamos, llegará a conocerme, se enorgullecerá de mí y le alegrará compartir su poder conmigo. Me enseñará toda su magia. Lo haremos todo juntos y no volveré a estar solo.»

Hugh empezó a gemir y revolverse, por lo que Bane se apresuró a tenderse de nuevo en la cubierta y cerró los ojos.

Hugh se incorporó dolorosamente, apuntalando el cuerpo con los brazos. Su primer pensamiento fue de absoluto asombro al descubrir que seguía vivo. El segundo fue que, aunque le hubiera pagado al mago elfo el doble de lo que le había pedido por el hechizo para la nave, seguiría pareciéndole barato. El tercer pensamiento fue para la pipa. Se llevó la mano bajo la túnica de terciopelo llena de manchas y de humedad y la descubrió entera, a salvo.

La Mano observó a sus compañeros. Alfred estaba sin sentido. Hugh no había visto en su vida a nadie que se desmayara de puro miedo. Un tipo maravilloso para tenerlo cerca en un momento de apuro. El muchacho también estaba inconsciente, pero su respiración era cadenciosa y sus mejillas tenían buen color. No apreció que estuviera herido. El seguro del futuro de Hugh estaba vivito y coleando.

—Pero antes —murmuró *la Mano,* arrastrándose por la cubierta hasta el muchacho—, es preciso que nos deshagamos de papá, si es realmente quien Albert me dijo.

Con movimientos cautos y lentos, atentos a no despertar al chiquillo, Hugh pasó los dedos bajo la cadena de plata de la que pendía el amuleto de la pluma y empezó a levantarla del cuello del pequeño

La cadena se escurrió entre sus dedos.

Hugh la miró, desconcertado. La cadena no le había resbalado de los dedos, sino que había pasado *a través* de ellos, literalmente. La había visto atravesar la carne y el hueso con la misma facilidad que si su mano fuera intangible como la de un fantasma.

—Son imaginaciones mías. El golpe en la cabeza —murmuró, y agarró la cadena, esta vez con fuerza.

Y no encontró en la mano otra cosa que aire.

Advirtió entonces que Bane había abierto los ojos y lo miraba, no con enfado o suspicacia, sino con tristeza.

—No se puede sacar —explicó—. Ya lo he intentado. —El príncipe incorporó el cuerpo—. ¿Qué ha sucedido? ¿Dónde estamos?

—A salvo —respondió Hugh, sentándose también y sacando la pipa. Ya había dado cuenta de sus últimas provisiones de esterego y tampoco hubiera tenido con qué encenderlo, de todos modos. Sujetó la boquilla entre los dedos y dio una chupada a la cazoleta vacía.

—Nos has salvado la vida —le dijo Bane—. Incluso después de que intentara matarte. Lo siento. ¡Lo siento de veras! —Sus diáfanos ojos azules se alzaron hacia Hugh—. ¡Es que te tenía miedo!

Hugh dio una nueva chupada y permaneció callado.

—Me siento muy extraño —continuó el príncipe con despreocupación, una vez aclarado por fin aquel pequeño asunto pendiente entre ambos—. Como si me pesara demasiado el cuerpo

—Es la presión de aquí abajo, el peso del aire. Ya te acostumbrarás. Quédate sentado y no te muevas.

Bane obedeció, inquieto, y fijó la mirada en la espada de Hugh.

—Tú eres un guerrero y puedes defenderte de forma honorable, pero yo soy débil. ¿Qué otra cosa podía hacer? Al fin y al cabo, tú eres un asesino, ¿verdad? Te contrataron para darme muerte, ¿no?

—Y tú no eres hijo de Stephen —replicó Hugh.

—No, señor, no lo es. —Era la voz de Alfred. El chambelán se irguió, mirando a su alrededor con aire confuso—. ¿Dónde estamos?

—Calculo que estamos en el Reino Inferior. Con suerte habremos ido a caer en Drevlin.

—¿Por qué «con suerte»?

—Porque Drevlin es el único continente habitado de este reino. Si conseguimos llegar a alguna de sus ciudades, los gegs nos ayudarán. Este Reino Inferior está barrido constantemente por terribles tormentas —añadió como explicación—. Si nos sorprende una de ellas en terreno abierto... —Hugh terminó la frase con un encogimiento de hombros.

Alfred palideció y dirigió una mirada de preocupación al exterior. Bane volvió la cabeza en la misma dirección.

—Ahora no hay tormenta. ¿Por qué no aprovechamos para salir?

—Espera a que tu cuerpo se acostumbre al cambio de presión. Cuando nos

pongamos en marcha, tendremos que movernos deprisa.

—Así pues, ¿crees que estamos en ese..., Drevlin? —inquirió Alfred.

—A juzgar por nuestra posición cuando caímos, diría que sí. La tormenta nos arrastró un poco, pero Drevlin es la masa de tierra más grande aquí abajo y sería difícil confundirla. Si nos hubiéramos desviado demasiado de rumbo, no habríamos llegado a ningún sitio.

—Tú has estado aquí antes —afirmó Bane, sentado con la espalda muy erguida y los ojos fijos en Hugh. —Sí. —¿Cómo es? —preguntó con avidez.

Hugh no respondió enseguida, sino que volvió los ojos hacia Alfred. Este había levantado la mano y la observaba con perplejidad, como si estuviera seguro de que pertenecía a otra persona.

—Sal afuera y compruébalo tú mismo, Alteza —dijo Hugh por fin.

—¿Lo dices de veras? —Bane se puso en pie con esfuerzo—. ¿Puedo salir?

—Observa si encuentras algún signo de una población geg. En este continente hay una gran máquina. Si descubres alguna parte de esa máquina, sin duda habrá gegs viviendo en los alrededores. No te alejes de la nave. Si te sorprende una tormenta sin un buen lugar donde refugiarte, estás acabado.

—¿Es prudente eso, señor? —intervino Alfred dirigiendo una nerviosa mirada al muchacho, que ya estaba escurriendo su pequeño cuerpo por un boquete abierto en el casco.

—No llegará lejos. Terminará agotado antes de que se dé cuenta. Y ahora que Bane está ausente, cuéntame la verdad.

Alfred palideció una vez más. Incómodo, cambió de postura, bajó los ojos y se miró las manos, desproporcionadamente grandes.

—Estabas en lo cierto, señor, cuando has dicho que Bane no era hijo de Stephen. Te contaré lo que sé, lo que cualquiera de nosotros conoce de cierto, aunque creo que Triano ha elaborado algunas teorías para explicar lo ocurrido. Debo puntualizar que tales teorías no parecen abarcar por completo todas las circunstancias que... —Advirtió que Hugh torcía el gesto y fruncía el entrecejo impaciente—. Hace diez ciclos, Stephen y Ana tuvieron un hijo. Era un bebé hermoso, con el cabello oscuro del padre y los ojos y orejas de la madre. Te parecerá extraño que mencione las orejas, pero más adelante entenderás su importancia en la historia. Verás: Ana tiene un corte en la oreja izquierda, justo aquí, en la hélice. Es un rasgo peculiar de su familia. Según la leyenda, cuando los sartán aún recorrían el mundo, uno de su estirpe se salvó de resultar herido gracias a que una flecha lanzada contra él fue desviada por un antepasado de la reina. La punta del arma le quitó al hombre un fragmento de oreja y, desde entonces, todos sus descendientes han nacido marcados con ese corte como símbolo del honor familiar.

»El hijo de Ana tenía la marca. Yo mismo la vi cuando trajeron al niño para la

presentación. —Alfred bajó la voz—. El bebé que ocupaba la cuna a la mañana siguiente, no

—Eso significa que el recién nacido fue suplantado —comentó Hugh—. Sin duda, los padres debieron darse cuenta.

—En efecto. Todos lo advertimos. El bebé parecía de la misma edad que el príncipe, apenas un par de días de vida, pero aquel niño era rubio y tenía los ojos azules, pero no de ese azul lechoso que luego se vuelve castaño. Y sus orejas tenían una curva exterior perfecta. Interrogamos a todos los moradores del palacio, pero nadie supo decir cómo se había efectuado la suplantación. Los guardianes juraron que no había entrado nadie en los aposentos. Todos eran hombres fieles y Stephen no dudó de su palabra. La niñera pasó toda la noche en la habitación con el niño y se despertó para llevarlo al ama de cría, quien aseguró que había dado el pecho al niño mono de Ana. Debido a estos y otros indicios, Triano llegó a la conclusión de que el niño había sido cambiado mediante algún acto de magia.

—¿Otros indicios?

Alfred suspiró y su mirada se desvió hacia el exterior. Bane estaba de pie sobre una roca, escudriñando atentamente la lejanía. En el horizonte empezaban a asomar unos negros nubarrones orlados de relámpagos. Y comenzaba a levantarse viento.

—Un poderoso encantamiento envolvía al pequeño. Todo el que lo miraba sentía el imperioso deber de amarlo. No, «amarlo» no es la palabra. —El chambelán buscó el término adecuado—. «Idolatrarlo», tal vez, o «perder el juicio por él». Verlo infeliz era una idea insoportable. Una lágrima que resbalaba de sus ojos nos dejaba roto el corazón durante días. Antes habríamos perdido la vida que separarnos del pequeño. —Alfred hizo una pausa y se pasó la mano por la calva—. Stephen y Ana conocían el peligro de aceptar al niño como suyo pero tanto ellos como todos los demás éramos totalmente impotentes para evitarlo. Por eso le pusieron por nombre Bane, que significa ponzoña o veneno en la lengua antigua.

—¿Y cuál era ese peligro?

—Un año después de que se produjera la suplantación, en el aniversario del nacimiento del auténtico hijo de Ana, apareció entre nosotros un misteriarca del Reino Superior. Al principio nos sentimos muy honrados porque hacía muchos ciclos que no se producía una cosa igual: que uno de los poderosos magos del Reino Superior se dignara rebajarse a abandonar su glorioso reino para visitar a sus inferiores. Sin embargo, nuestros vítores de orgullo y de alegría se nos helaron en los labios. Sinistrad es un mago perverso y se encargó enseguida de que lo conociéramos y lo temiéramos. Dijo que venía a honrar al pequeño príncipe y que le había traído un regalo. Cuando Sinistrad alzó al niño en sus brazos, hasta el último de nosotros supo de quién era en realidad el pequeño.

»Nadie podía hacer nada al respecto, por supuesto, pues no había modo de

enfrentarse a un hechicero de la Séptima Casa. Triano, que es uno de los magos más sabios del reino, apenas pertenece a la Tercera Casa. Así pues, tuvimos que presenciar con unas fingidas sonrisas en los labios cómo el misteriarca colocaba ese amuleto con la pluma en torno al cuello de Bane. Sinistrad felicitó a Stephen por *su* heredero y se marchó. El énfasis que puso en la palabra nos causó a todos un escalofrío de horror, pero Stephen no pudo hacer otra cosa que idolatrar al pequeño con más intensidad que nunca, aunque empezaba a repugnarle su presencia.

Hugh se mesó la barba y frunció el entrecejo.

—Pero, ¿por qué iba a desear una tierra en el Reino Medio un hechicero del Mundo Superior? Ellos nos abandonaron por su propia voluntad hace incontables ciclos, y su reino tiene más riquezas de las que podemos imaginar, según se dice.

—Ya te he dicho que lo ignoramos. Triano tiene varias teorías, la más evidente de las cuales es un plan de conquista. Pero, si quisieran sojuzgarnos, podrían traer un ejército de misteriarcas y derrotarnos con facilidad. No; como he comentado, no tiene sentido. Stephen sabía que Sinistrad estaba en comunicación con su hijo. Bane es un espía muy astuto. Ha descubierto todos los secretos del reino y tenemos la certeza de que los ha transmitido íntegramente a su padre. Parecía que la vida iba a transcurrir con normalidad a pesar de este incidente, pues han transcurrido diez ciclos desde entonces y nuestra fuerza ha aumentado. Si los misteriarcas querían adueñarse de nosotros, podrían haberlo hecho ya. Sin embargo, últimamente ha sucedido algo que obliga a Stephen a quitar de en medio al suplantador. —Alfred echó un nuevo vistazo al exterior y observó al muchacho ocupado todavía en divisar una ciudad, aunque se le notaba visiblemente cansado y descansaba ahora sentado en la roca, en lugar de permanecer de pie. El chambelán hizo un gesto a Hugh para que se acercara y le cuchicheó al oído—: ¡Ana espera otro hijo!

—¡Ah! —Hugh asintió, comprendiendo de pronto el meollo del asunto—. Y, ahora que tienen otro heredero en camino, quieren librarse del primero, ¿no es eso? ¿Qué hay de ese encantamiento?

—Triano lo ha roto. Le ha costado diez ciclos de estudios, pero al fin lo ha conseguido. De este modo, Stephen se ha encontrado en disposición de... —Alfred hizo una pausa y balbuceó, turbado—: El rey ha podido...

—... contratar a un asesino para que le diera muerte. ¿Cuánto tiempo hace que lo sabes?

—Desde el principio. —Alfred se sonrojó—. Por esta razón te seguí.

—¿Y habrías intentado impedírmelo?

—No estoy seguro. —Alfred frunció el entrecejo y sacudió la cabeza, desconcertado—. No..., no lo sé.

Una semilla oscura cayó en la mente de Hugh y arraigó en ella. Y creció deprisa, dando vuelta en su cerebro, echando flores y produciendo un fruto dañino. ¿Por qué

había decidido incumplir el contrato? ¿Porque el muchacho era más valioso vivo que muerto? También lo eran muchos de los hombres que se había comprometido a matar, y nunca había faltado a su palabra. Nunca había quebrantado un contrato, aunque a veces hubiera podido sacar con ello diez veces más de lo que le pagaban por realizar el trabajo. ¿Por qué lo hacía ahora? ¡Si incluso había arriesgado la vida por salvar al pequeño bastardo! ¡Si no había sido capaz de matarlo ni siquiera después de que el príncipe había intentado acabar con él!

¿Y si el encantamiento no estaba roto? ¿Y si Bane aún seguía manipulándolos a todos, empezando por el rey Stephen?

Hugh miró fijamente a Alfred.

—¿Y cuál es la verdad acerca de ti, chambelán?

—Me temo que la tienes ante ti, señor —respondió Alfred con aire humilde, al tiempo que abría los brazos—. He servido a la familia de la reina toda mi vida. Ya estaba con la familia de Su Majestad en su castillo de Ulyandia. Cuando Su Majestad se convirtió en reina, tuvo la amabilidad de llevarme con ella.

Un lento azoramiento cubrió el rostro de Alfred. Su mirada se clavó en las tablas del suelo y sus manos dieron unos tirones nerviosos de sus ropas andrajosas con dedos torpes.

Hugh pensó que aquel hombre tenía pocas aptitudes para contar mentiras, al contrario de lo que sucedía con el príncipe. Sin embargo, le pareció que, al igual que Bane, Alfred era un redomado falsario.

El asesino no insistió en el tema y cerró los ojos. Le dolía el hombro y se sentía aletargado y mareado, por efecto del veneno y de la presión atmosférica. Pensando en todo lo que había sucedido, torció los labios en una amarga sonrisa. Lo peor de todo era que él, un hombre con las manos manchadas por la sangre de tantas víctimas, un hombre que había creído con orgullo ser indomable, se había visto sometido..., por un chiquillo.

El príncipe Bane asomó la cabeza por el destartalado costado de la nave.

—Creo que he visto la gran máquina. Está bastante lejos, en esa dirección. Ahora no se alcanza a ver porque la han ocultado las nubes, pero recuerdo hacia dónde quedaba. ¡Vayámonos enseguida! Al fin y al cabo, no es tan peligroso. Sólo un poco de lluvia y...

Un rayo cayó de las nubes con una explosión que abrió un agujero en la coralita. El trueno consiguiente hizo temblar el suelo y estuvo a punto de derribar al muchacho.

—Ahí tienes —comentó Hugh.

Otro relámpago descargó con una fuerza descomunal. Bane cruzó la cubierta a toda prisa y se agachó junto a Alfred. La lluvia resbaló sobre el casco. El granizo tamborileaba sobre la madera con ensordecedora fiereza. Pronto, el agua empezó a

filtrarse por las grietas de la quilla destrozada. Bane puso unos ojos como platos y palideció, pero no chilló ni se echó a llorar. Cuando vio que le temblaban las manos, las apretó con fuerza. Observando al muchacho, Hugh se vio a sí mismo mucho tiempo atrás, luchando con orgullo contra el miedo, la única arma de su arsenal.

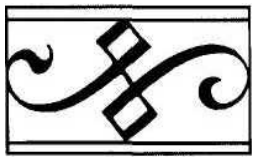
Y se le ocurrió que quizás era aquello, precisamente, lo que Bane quería demostrarle.

El asesino acarició la empuñadura de su espada. Sólo emplearía unos segundos. Desenvainarla, blandiría y hundirla en el cuerpo del muchacho. Si se lo iba a impedir algún encantamiento, quería verlo en acción. Quería saberlo con certeza.

Aunque quizá ya lo había comprobado.

Hugh apartó la mano de la espada. Levantó la pipa y encontró la mirada de Bane. El príncipe tenía una sonrisa dulce y encantadora en los labios.

CAPÍTULO 29



WOMBE, DREVLIN,
REINO INFERIOR

El survisor jefe estaba pasando una temporada pésima. Los dioses lo estaban atormentando. Como caídos textualmente de los cielos, los dioses llovían sobre su cabeza indefensa. Nada funcionaba como era debido. Su reino antes pacífico, que no había conocido el menor asomo de agitación durante los últimos siglos, se estaba volviendo loco por momentos.

Mientras avanzaba pesadamente por la coralita, seguido a regañadientes de su dotación de gardas y acompañado de un escandalizado ofinista jefe, el survisor pensó largo y tendido en los dioses y decidió que le caían demasiado bien. En primer lugar, en vez de desembarazarse limpiamente de Limbeck, *el Loco,* los dioses habían tenido la audacia de devolverlo con vida. ¡No sólo eso, sino que habían vuelto con él! Bueno, uno de ellos lo había hecho. Un dios que se hacía llamar Haplo. Y, aunque habían llegado a oídos del survisor jefe confusos informes acerca de que el dios no se consideraba tal, Darral Estibador no les había hecho el menor caso.

Por desgracia, lo fuera o no, aquel Haplo estaba causando problemas allí donde iba... Es decir, casi en todas partes, incluida ahora la ciudad de Wombe, capital de los gegs. Limbeck, *el Loco,* y sus bárbaros de la UAPP llevaban al dios por todo el país, pronunciaban discursos diciendo a la gente que habían sido utilizados, maltratados, esclavizados y los dictores sabían qué más. Desde luego, Limbeck, *el Loco,* ya llevaba cierto tiempo propagando aquellos desvaríos pero ahora, con el dios a su lado, los gegs empezaban a prestarle atención.

La mitad de los ofinistas se habían dejado convencer por completo. El ofinista jefe, viendo que su Iglesia se hacía pedazos a su alrededor, exigía al survisor jefe que hiciera algo.

—¿Y qué se supone que debo hacer? —preguntó Darral con voz agria—. ¿Arrestar a ese Haplo, el dios que dice no ser un dios? ¡Con eso sólo conseguiríamos convencer a quienes creen en él de que han tenido razón desde el principio, y convencer a quienes no creen de que deberían hacerlo!

—¡Tonterías! —bufó el ofinista jefe, sin haber entendido una palabra de lo que acababa de decir el survisor, pero seguro de que no podía estar de acuerdo con él.

—¿Tonterías? ¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¡En el fondo, esto es culpa tuya! —Exclamó el survisor jefe, hecho una furia—. Dejemos que los dictores se ocupen de Limbeck, *el Loco,* dijiste. ¡Desde luego que se han ocupado de él! ¡Lo han

enviado de vuelta para destruirnos!

El ofinista jefe se había retirado con muestras de enojo, pero se había apresurado a regresar junto al survisor tan pronto como había sido avistada la nave.

Desplomándose de los cielos cuando no lo esperaba nadie, ya que aún no era la fecha de la ceremonia mensual, la nave dragón se había posado en el Exterior, a poca distancia de una zona periférica de Wombe conocida como Estomak. El survisor jefe la había visto caer desde la ventana de su dormitorio y el corazón le había dado un vuelco. ¡Más dioses! ¡Precisamente lo que necesitaba!

Al principio, Darral pensó que tal vez fuera el único testigo presencial del descenso y podía fingir que no había visto nada, pero no tuvo tanta suerte. Un puñado de gegs, incluido el ofinista jefe, vio también la nave. Peor aún, uno de sus gardas de ojo penetrante y cerebro vacío había asegurado que había observado Algo Vivo saliendo de ella. Como castigo, el garda avanzaba ahora dando tumbos detrás de su jefe, formando parte del destacamento de exploradores.

—¡Supongo que con esto aprenderás! —continuó reprendiendo Darral al desdichado garda—. Es culpa tuya que nos hayamos visto obligados a salir aquí fuera. ¡Si hubieses mantenido la boca cerrada! ¡Pero no! ¡Tenías que ver, además, a un dios con vida junto a la nave! ¡No sólo eso, sino que tenías que contárselo a gritos a la mitad del reino!

—Sólo se lo he comunicado al ofinista jefe —protestó el garda.

—Es lo mismo —murmuró Darral.

—Está bien, pero me parece estupendo que también nosotros tengamos ahora nuestro dios, survisor jefe —insistió el garda—. A mi modo de ver, no era justo que esos zoquetes de Het tuvieran un dios y nosotros, ninguno. ¡Creo que esto les enseñará!

El ofinista jefe levantó una ceja. Olvidando rencores, se acercó furtivamente al survisor.

—En eso tiene razón —murmuró al oído de Darral—. Si tenemos nuestro propio dios, podremos utilizarlo para contrarrestar al dios de Limbeck.

Mientras avanzaba a trompicones sobre la coralita resquebrajada e irregular, el survisor jefe tuvo que reconocer que, por una vez en la vida, su cuñado había planteado algo que sonaba medianamente inteligente. «Mi propio dios», meditó Darral Estibador mientras chapoteaba entre los charcos, camino de la nave dragón. Tenía que existir un modo de sacar provecho de todo aquello.

Al comprobar que se aproximaban a la nave accidentada, el survisor jefe redujo la marcha y alzó la mano para advertir a quienes lo seguían que aminoraran la suya. Su gesto resultó innecesario, pues los gardas ya se habían detenido quince palmos detrás de su líder.

El survisor miró a sus hombres con exasperación y estuvo a punto de llamarlos

cobardes, pero lo pensó mejor y llegó a la conclusión de que era preferible que sus hombres se mantuvieran a distancia. Quedaría mejor visto que fuera él solo quien tratara con los dioses.

Darral dirigió una mirada de soslayo al ofinista jefe y le dijo:

—Creo que deberías quedarte aquí. Puede ser peligroso.

Dado que Darral Estibador no se había preocupado jamás por su bienestar, el ofinista jefe se tomó el súbito interés de su pariente con lógica suspicacia y rechazó el consejo rápida e inequívocamente.

—Es justo y razonable que un miembro de la Iglesia acuda a recibir a estos seres inmortales —declaró en tono altisonante—. De hecho, sugiero que permitas que sea yo quien hable.

La tormenta había despejado, pero ya se estaba formando otra (en Drevlin *siempre* se estaba formando otra) y Darral no tenía tiempo para discusiones. Limitándose a murmurar que el ofinista jefe podría hablar cuanto quisiera, el survisor y su pariente se pusieron en marcha de nuevo hacia el casco astillado de la nave naufragada, con un valor heroico que más tarde sería celebrado en relatos y canciones. (En el fondo, la valentía exhibida por los gegs no debería haberse considerado tan heroica, pues el garda había informado que la Criatura que había visto salir de la nave era menuda y de aspecto debilucho. Su verdadero valor se pondría a prueba en breve.)

Cuando llegó junto al casco dañado, el survisor jefe se encontró momentáneamente desorientado. Hasta aquel momento, jamás había hablado con un dios. En la sagrada ceremonia mensual de la Entrega, los welfos aparecían en sus enormes naves aladas, aspiraban el agua, arrojaban su recompensa y partían. No era una mala manera de hacer las cosas, se dijo el survisor, pesaroso. Se disponía a abrir la boca para anunciar al dios pequeño y debilucho del interior de la nave que allí estaban sus siervos, cuando apareció un dios que era cualquier cosa menos menudo y enclenque.

Era un ser alto y moreno, con una barba negra que le colgaba del mentón en dos trenzas y una melena negra que se desparramaba sobre sus hombros. Tenía un rostro de facciones duras y unos ojos fríos y cortantes como la coralita sobre la que estaba plantado el geg. El dios portaba en la mano un arma de acero pulido y destellante.

A la vista de aquella criatura formidable y aterradora, el ofinista jefe olvidó por completo el protocolo eclesiástico, dio media vuelta y puso pies en polvorosa. La mayor parte de los gardas, al ver que la Iglesia abandonaba el campo, pensó que había llegado el día del Juicio y huyó también. Sólo se quedó un fornido garda: el que había visto al dios y había informado que era pequeño y débil. Tal vez pensó que no tenía nada que perder.

—¡Oh! ¡En buena hora se me ocurrió venir! —murmuró Darral. Volviéndose

hacia el dios, hizo una reverencia tan profunda que su luenga barba se arrastró por el suelo encharcado—. Venerable Señor —empezó a decir con voz humilde—, sé bienvenido a tu reino. ¿Has venido para el Juicio?

El dios lo miró; acto seguido, se volvió hacia otro dios («¿Cuántos más habrá ahí dentro?», se preguntó interiormente el survisor) y le dijo algo en una lengua ininteligible para el survisor. El segundo dios (un dios calvo, débil y de aspecto apacible, si alguien le hubiera pedido su opinión a Darral Estibador) movió la cabeza de un lado a otro con rostro inexpresivo.

Y al survisor jefe se le ocurrió pensar que aquellos dioses no habían entendido una palabra de lo que había dicho.

En aquel instante, Darral Estibador comprendió que Limbeck, *el Loco*, no estaba desquiciado después de todo. Aquellos seres no eran dioses. Los dioses le habrían comprendido. Aquéllos eran hombres mortales. Y habían llegado en una nave dragón, lo cual significaba que los welfos a bordo de las naves dragón también eran, muy probablemente, seres mortales. El survisor jefe no se habría sentido más consternado si la Tumpa-chumpa hubiese dejado de funcionar de pronto, si todos los engranajes hubieran dejado de girar, si todas las palancas hubiesen dejado de impulsar, si todos los silbatos hubieran dejado de sonar. ¡Limbeck, *el Loco,* tenía razón! ¡No habría ningún Juicio! Jamás serían elevados hasta la Esperanza de los Gegs. Darral observó con irritación a los dioses y su nave hecha trizas y se dio cuenta de que ni siquiera ellos podrían marcharse jamás de Drevlin.

El sordo rumor de un trueno advirtió al survisor que él y aquellos «dioses» no disponían de tiempo para quedarse mirando unos a otros. Desilusionado, enfadado y necesitado de tiempo para meditar, Darral volvió la espalda a los «dioses» y se dispuso a desandar el camino hasta la ciudad.

—¡Espera! —Dijo una voz—. ¿Adonde vas?

Sobresaltado, Darral giró en redondo. Había aparecido un tercer dios. Éste debía de ser el que había visto el garda, pues era pequeño y de aspecto frágil. ¡Aquel dios era un niño! El survisor no sabía si eran sólo imaginaciones suyas, pero ¿no le acababa de hablar el dios niño con palabras inteligibles?

—Saludos. Soy el príncipe Bane —declaró el niño en un geg excelente aunque algo vacilante, como si alguien le estuviera apuntando cada palabra. Una de sus manos apretaba con fuerza un amuleto con una pluma que llevaba colgando sobre el pecho. La otra mano estaba extendida hacia adelante con la palma a la vista, en el gesto ritual de amistad entre los gegs—. Mi padre es Sinistrad, misteriarca de la Séptima Casa y gobernante del Reino Superior.

Darral Estibador se estremeció y exhaló un suspiro. Jamás en su vida había visto un ser tan hermoso como aquél. Relucientes cabellos dorados, relucientes ojos azules... El niño brillaba como el metal pulido de la Tumpa-chumpa.

Tal vez se había confundido y Limbeck, *el Loco,* se equivocaba después de todo. ¡Sin duda, aquel ser debía ser inmortal! De lo más hondo del geg, enterrada bajo siglos de Separación, holocausto y ruptura, surgió en la mente de Darral una frase: «Y un chiquillo los conducirá».

—Saludos, príncipe Bane —respondió, vacilando al pronunciar aquel nombre que, en su idioma, no tenía ningún significado—. ¿Has venido a celebrar el Juicio por fin?

El chiquillo parpadeó; luego, dijo fríamente:

—Sí, he venido a juzgaros. ¿Dónde está tu rey?

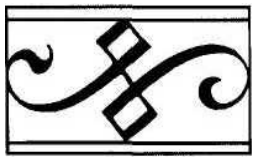
—Soy el survisor jefe, Venerable, gobernante de mi pueblo. Sería un gran honor que te dignaras visitar nuestra ciudad.

El geg dirigió una nerviosa mirada a la tormenta que se aproximaba. Probablemente, a los dioses no les afectaban los rayos que caían de los cielos, pero a Darral le resultaba algo embarazoso dar a entender que a los survisores jefes, sí. El niño pareció darse cuenta de los apuros del geg y apiadarse de él. Con una mirada a sus dos compañeros, a quienes Darral tomó ahora por sirvientes o guardianes del dios, el príncipe Bane indicó que estaba dispuesto para el viaje y miró a su alrededor como si buscara un vehículo.

—Lo siento, Venerable —murmuró el survisor jefe, sonrojándose y sudando—. Me temo que..., tendremos que andar.

—¡Ah! ¡Está bien! —respondió el dios, saltando alegremente en mitad de un charco.

CAPÍTULO 30



WOMBE, DREVLIN,
REINO INFERIOR

Limbeck se hallaba en la ventosa sede central de la UAPP, escribiendo el discurso que pronunciaría en el mitin de esa noche. Con las gafas en precario equilibrio sobre su nariz, el geg garabateaba sus palabras en el papel, salpicándolo todo de tinta y completamente abstraído del caos que lo rodeaba. Cerca de él se sentaba Haplo, con el perro a sus pies.

Silencioso, taciturno y discreto —de hecho, casi inadvertido—, el patryn estaba repantigado en una silla geg demasiado pequeña para su tamaño. Con las piernas extendidas frente a él, contemplaba ociosamente la organizada confusión y bajaba de vez en cuando la mano vendada para rascarle la cabeza al perro o para darle unas palmaditas reconfortantes si algo asustaba al animal.

La sede central de la UAPP en la ciudad de Wombe era, textualmente, un agujero en un muro. En cierto momento, la Tumpa-chumpa había dispuesto que necesitaba extenderse en determinada dirección, había abierto un hueco en la pared de una vivienda geg y después, por alguna razón desconocida, había acabado decidiendo que no quería ampliarse en aquella zona, después de todo.

El agujero en la pared había quedado tal cual y la veintena de familias geg que habían ocupado la vivienda se habían trasladado a otra parte, pues nadie podía estar seguro de que la Tumpa-chumpa no volvería a cambiar de idea.

Salvo algunos inconvenientes menores, como la perpetua corriente de aire, el lugar resultó ideal, en cambio, para la instalación de la sede central de la UAPP. En la capital de Drevlin no había existido ninguna sede de la Unión hasta aquel momento, pues el survisor jefe y la Iglesia ejercían allí un dominio aplastante. Pero cuando llegó a Wombe la noticia del triunfal retorno de Limbeck de entre los muertos, trayendo consigo a un dios que afirmaba no serlo, los gegs reclamaron conocer más a fondo a la Unión y a su líder. Jarre viajó personalmente a la ciudad para instituir la Unión, distribuir panfletos y buscar un edificio adecuado que les sirviera de centro de operaciones y de vivienda. Sin embargo, su principal y secreto objetivo era descubrir si el survisor jefe y/o la Iglesia iban a plantearles problemas.

Jarre esperaba que así fuera. Casi podía oír a los cantores de noticias de todo Drevlin voceando: «¡Gardas golpean a conversos!». Pero nada por el estilo había sucedido, para disgusto de Jarre, y Limbeck y Haplo (y el perro) habían sido recibidos por una multitud jubilosa al entrar en la ciudad. Jarre había apuntado que se

trataba sin duda de un oscuro y sutil ardid tramado por el survisor jefe para tenderles una trampa, pero Limbeck había replicado que, sencillamente, demostraba que Darral Estibador era justo y razonable.

Ahora, una multitud de gegs se agolpaba ante el agujero de la pared, estirando el cuello para echar un breve vistazo al famoso Limbeck y a su dios que no lo era. Los miembros de la UAPP entraban y salían con aire de importancia llevando mensajes de Jarre o para ésta, quien estaba tan ocupada encargándose de los asuntos que ya no tenía tiempo para preparar discursos.

Jarre estaba en su elemento, dirigiendo la UAPP con implacable eficacia. Su capacidad organizativa, su conocimiento interno de los gegs y su manejo de Limbeck habían logrado que el mundo de los gegs estallara de cólera y de llamadas a la revolución. Ella se encargó de azuzar, pinchar y sacudir a Limbeck hasta moldearlo, lo impulsó a pronunciar palabras brillantes y lo contuvo cuando fue momento de callar. El temor reverencial que sentía por Haplo no tardó en desvanecerse y empezó a tratarlo igual que lo hacía con Limbeck, indicándole qué decir y cuánto tiempo hablar.

Haplo se sometió a ella en todo con una docilidad relajada y despreocupada. Jarre descubrió que era un hombre de pocas palabras, pero esas palabras tenían el efecto de quemar en el corazón, en el que dejaban una marca que seguía escociendo mucho después de que el hierro se hubiera enfriado.

—¿Tienes preparado el discurso de esta noche, Haplo?

Jarre, a quien Limbeck había enseñado a su vez a leer y a escribir, tenía a medio redactar el borrador de una réplica a un ataque que la Iglesia había vertido sobre ellos. Un ataque tan ridículo que contestarlo era darle más crédito del que merecía.

—Diré lo de siempre, si eso te agrada, señora —respondió Haplo con la calmosa respetabilidad que distinguía todos sus tratos con los gegs.

—Sí —respondió Jarre, acariciándose el mentón con el extremo de la pluma de escribir—. Creo que será lo más conveniente. Ya sabes que probablemente reuniremos el mayor auditorio hasta el momento. Según dicen, algunos trunos hablan incluso de dejar el trabajo, ¡algo que no tiene el menor precedente en la historia de Drevlin!

Limbeck se sobresaltó lo suficiente con el tono de voz de Jarre como para levantar sus ojos miopes del papel y volverlos hacia ella. En realidad, lo único que alcanzó a distinguir de Jarre fue una borrosa silueta rechoncha rematada en un bulto que era su cabeza. No le podía ver los ojos, pero Limbeck la conocía lo suficiente como para imaginarlos chispeantes de placer.

—Querida, ¿te parece bien eso? —intervino, con la pluma suspendida sobre el papel. Una gran gota de tinta fue a caer justo en mitad del texto sin que se diera cuenta—. Seguro que hará montar en cólera al survisor jefe y a los ofinistas...

—¡Eso espero! —declaró Jarre enérgicamente, para gran disgusto de Limbeck. Nervioso, metió la manga en el borrón de tinta.

—Ojalá envíe a sus gardas para disolver el mitin —continuó ellas—. ¡Con eso ganaríamos cientos de seguidores más!

—¡Pero habría problemas! —Limbeck estaba horrorizado—. ¡Alguien podría resultar herido!

—¡Todo por la causa!

Jarre se encogió de hombros y volvió a su trabajo. Limbeck dejó caer otra gota de tinta.

—¡Pero mi causa ha sido siempre pacífica! ¡Nunca he querido que nadie saliera malparado!

Poniéndose en pie, Jarre dirigió una breve y expresiva mirada hacia Haplo para recordarle a Limbeck que el dios que no lo era estaba escuchando. Limbeck se sonrojó y se mordió el labio, pero sacudió la cabeza con gesto terco y Jarre dio unos pasos hasta él. Con un trapo, le limpió una mancha de tinta que destacaba en la punta de su nariz.

—Querido mío —murmuró, no sin ternura—, siempre me has hablado de la necesidad de un cambio. ¿Cómo pensabas que iba a producirse?

—De forma gradual —respondió Limbeck—. De forma lenta y gradual, de modo que todo el mundo tuviera tiempo de habituarse a él y llegara a considerarlo lo más conveniente.

—¡Hay que ver cómo eres! —exclamó Jarre con un suspiro.

Un miembro de la Unión asomó la cabeza por el agujero de la pared, tratando de llamar la atención de Jarre. Ella lo miró ceñuda y el geg pareció algo intimidado, pero se mantuvo firme, esperando. Volviendo la espalda al recién llegado, Jarre alisó el entrecejo arrugado de Limbeck con una mano áspera y encallecida por el duro trabajo.

—Tú quieres que el cambio se produzca de manera suave y agradable. Quieres imaginarlo como algo que penetra poco en la gente sin que lo advierta, hasta que una mañana despierte y se dé cuenta de que es más feliz que antes. ¿No es eso, Limbeck? ¡Claro que sí! —respondió Jarre a su propia pregunta—. Es muy maravilloso y muy considerado por tu parte, y también es muy infantil y muy estúpido.

Se inclinó y depositó un beso en la coronilla de Limbeck para quitarle hiél a sus palabras.

—Precisamente es eso lo que me encanta de ti, querido —añadió—. Pero ¿no has prestado atención a lo que decía Haplo, Limbeck? ¿Por qué no nos repites una parte de tu discurso, Haplo?

El geg que había intentado llamar la atención de Jarre volvió la cabeza y gritó a la multitud:

—¡Haplo va a pronunciar un discurso!

Los seguidores reunidos en la calle prorrumpieron en crecientes vítores y todos intentaron meter la cabeza, los brazos, las piernas y otras partes del cuerpo por el agujero de la pared. Este movimiento, un tanto alarmante, hizo que el perro se incorporara de un salto. Haplo lo hizo tumbarse de nuevo con unas palmaditas tranquilizadoras y, con aire complaciente, empezó su arenga en voz muy alta para hacerse oír por encima del crujir, rechinar y batir de la Tumpa-chumpa.

—Vosotros, los gegs, conocéis vuestra historia. Fuisteis traídos aquí por esos a quienes llamáis «dictores». En mi mundo los conocemos por el nombre de los «sartán», y os diré que también nos dieron el mismo trato que a vosotros. Esos dictores os esclavizaron, os obligaron a trabajar en eso que llamáis la Tumpa-chumpa. Vosotros la consideráis un ser vivo, ¡pero yo os aseguro que es una máquina! ¡Nada más que una máquina! ¡Una máquina que sigue funcionando gracias a vuestro cerebro, a vuestros músculos, a vuestra sangre!

»¿Y dónde están los sartán? ¿Dónde están esos presuntos dioses que dijeron haber traído aquí a vuestro pueblo, amable y pacífico, para protegerlo de los welfos? ¡Nada de eso! ¡Os instalaron aquí porque sabían que podrían aprovecharse de vosotros!

»¿Dónde están los dictores? ¿Dónde están los sartán? ¡Ésa es la pregunta que debemos hacer! Al parecer, nadie conoce la respuesta. Estaban aquí y ahora han desaparecido, y os han dejado a merced de los secuaces de los sartán, esos welfos que habéis aprendido a considerar dioses. ¡Pero los welfos no son dioses, igual que yo tampoco lo soy..., aunque es cierto que viven como tales! ¡Claro! ¡Viven como dioses porque sois sus esclavos! ¡Y así es cómo os ven los welfos!

»¡Es hora de rebelarse, de romper las cadenas y ser dueños de lo que os corresponde por derecho! ¡Tomad lo que os ha sido negado durante siglos!

Los entusiastas aplausos de los gegs asomados al agujero interrumpieron a Haplo. Jarre, con ojos brillantes, se puso en pie con las manos juntas y movió los labios al ritmo de sus palabras, que había aprendido de memoria. Limbeck prestó atención a la arenga, pero con expresión abatida y preocupada.

Aunque también él había oído a menudo el discurso de Haplo, le parecía estar escuchándolo por primera vez. Palabras como «sangre», «rebelión», «expulsar» o «apoderarse» saltaban de su boca como gruñidos del perro que tenía a sus pies. Limbeck las había oído con frecuencia, tal vez incluso las había pronunciado en alguna ocasión, pero sin considerarlas otra cosa que palabras.

Ahora, en cambio, las veía como palos, garrotes y piedras, veía a muchos gegs caídos por las calles o conducidos a prisión u obligados a descender los Peldaños de Terrel Fen.

—¡Yo no pretendía esto! —exclamó—. ¡Nada de esto!

Jarre, con los labios muy apretados, dio unos pasos hacia la entrada del local y,

con un gesto enérgico, echó la manta que hacía las funciones de cortina. Entre la multitud se alzaron murmullos de protesta al quedarse sin visión de lo que sucedía en el interior.

—¡Lo pretendieras o no, Limbeck, esto ya ha ido demasiado lejos para que lo detengas! —masculló entonces con voz áspera. Al observar la expresión atormentada del rostro de su amado, suavizó el tono y añadió—: Todos los partos causan dolor, sangre y lágrimas, querido mío. El recién nacido siempre grita y llora cuando debe abandonar su prisión tranquila y segura. Sin embargo, si se quedara en el útero, no crecería ni maduraría jamás. Sería un parásito alimentándose de otro cuerpo. Eso es lo que somos. En eso nos hemos convertido, ¿no lo ves? ¿No puedes entenderlo?

—No, querida mía —respondió Limbeck. En su mano temblorosa sostenía la pluma, salpicando de tinta todo lo que tenía alrededor. Dejó el útil de escritura sobre el papel en el que había estado trabajando y se puso en pie lentamente—. Creo que saldré a dar un paseo.

—Yo no lo haría —dijo Jarre—. La gente...

Limbeck parpadeó.

—¡Oh!, sí, claro. Tienes razón.

—Con tanto viaje y tanta excitación, estás agotado. Ve a acostarte y echa una siesta. Yo terminaré tu discurso. Aquí tienes las gafas —dijo Jarre con voz enérgica, tomándolas de encima de la mesa y colocándoselas en la nariz—. Sube las escaleras y vete a la cama.

—Sí, querida —contestó Limbeck, ajustándose las gafas que Jarre, con bien intencionada ternura, le había dejado ladeadas. Mirar por ellas de aquel modo, con un cristal hacia arriba y el otro hacia abajo, le producía mareo—. Me..., me parece que es una buena idea. Realmente, me siento cansado —suspiró y hundió la cabeza—. Muy cansado...

Cuando ya se dirigía a las destartaladas escaleras, Limbeck notó sobresaltado una lengua húmeda que le lamía los nudillos. Era el perro de Haplo, que lo miraba meneando la cola. «Te comprendo», parecía decir el animal, cuyas mudas palabras resultaron desconcertantemente claras en la mente de Limbeck. «Lo siento.»

—¡Perro!

Haplo llamó al animal con voz severa.

—No, no importa —dijo Limbeck, alargando la mano para darle unas cuantas palmaditas en la cabeza al animal.

—¡Perro! ¡Aquí!

La voz de Haplo tenía un tono casi enfadado. El perro corrió al lado de su amo y Limbeck se retiró escaleras arriba.

—¡Es tan idealista! —suspiró Jarre mientras veía alejarse a Limbeck con una mezcla de admiración y exasperación—. Y nada práctico. No sé qué voy a hacer.

—Mantenlo cerca —apuntó Haplo mientras acariciaba el largo morro del animal para indicarle que todo estaba perdonado y olvidado. El perro se tendió en el suelo, se echó de costado y cerró los ojos—. Limbeck proporciona a tu revolución un elevado tono moral. Vas a necesitarlo, cuando empiece a correr la sangre.

Jarre frunció el entrecejo preocupada.

—¿Tú crees que llegaremos a eso?

—Es inevitable —respondió él, encogiéndose de hombros—. Tú misma acabas de decírselo a Limbeck.

—Ya lo sé. Como acabas de apuntar, parece que es algo inevitable, que éste es el final lógico de lo que iniciamos hace tanto tiempo. Sin embargo, últimamente se me ha ocurrido —volvió los ojos hacia Haplo— que hasta tu llegada no habíamos considerado en serio el empleo de la violencia. A veces me pregunto si no serás realmente un dios.

—¿A qué viene eso? —preguntó Haplo con una sonrisa.

—A que tus palabras tienen un extraño poder sobre nosotros. Yo las escucho una y otra vez, pero no en la cabeza sino en el corazón. —Jarre se llevó la mano al pecho y la apretó como si le doliera—. Y me da la impresión de que, al tenerlas en el corazón, soy incapaz de meditar sobre ellas racionalmente. Lo único que deseo es reaccionar, salir a hacer..., actuar de alguna manera. ¡Hacerle pagar a alguien lo que hemos sufrido, lo que hemos soportado!

Haplo se incorporó de la silla y, acercándose a Jarre, hincó una rodilla ante ella para que sus ojos quedaran al mismo nivel que los de la robusta enana.

—¿Y por qué no habrías de hacerlo? —dijo con suavidad, tanto que Jarre no escuchó sus palabras entre el traqueteo y los jadeos de la Tumpa-chumpa. Sin embargo, Jarre comprendió lo que le decía y el dolor de su corazón se hizo aún más intenso—. ¿Por qué no tendrías que hacerles pagar? ¿Cuántas generaciones de tu pueblo han vivido y muerto aquí abajo? ¿Y todo para qué? ¡Para servir a una máquina que engulle vuestra tierra, que destruye vuestras casas, que toma vuestras vidas y no os da nada a cambio! ¡Habéis sido utilizados y traicionados! Tenéis el derecho..., ¡el deber!, de devolver el golpe.

—¡Sí!

Jarre estaba extasiada, hipnotizada por los ojos azules cristalinos de Haplo. Poco a poco, la mano que se había llevado al pecho se cerró en un puño. Haplo, con su apacible sonrisa, se puso en pie y se desperezó.

—Creo que iré a hacer una siesta con tu amigo. Creo que nos espera una noche muy larga.

—Haplo... —murmuró Jarre—. Tú nos has dicho que venías de debajo de nosotros, de un reino que..., que nadie sabe que existe ahí abajo.

El hombre no respondió, limitándose a mirarla.

—Nos has dicho también que erais esclavos —prosiguió la geg—, pero lo que no nos has contado es cómo viniste a parar a nuestra isla. ¿No serás un... —Jarre vaciló y se humedeció los labios como para que las palabras pudieran surgir más fácilmente— un fugitivo?

—No, no soy ningún fugitivo —respondió Haplo con una ligera mueca de crispación en la comisura de los labios—. Verás, Jarre, nosotros ganamos nuestra lucha. Hemos dejado de ser esclavos. Y yo he sido enviado para liberar a otros.

El perro levantó la cabeza y miró a Haplo con aire soñoliento. Al ver que su amo se marchaba, bostezó y se incorporó, primero con las patas traseras, estirando las delanteras casi exageradamente. Con un nuevo bostezo, echó el cuerpo hacia adelante para extender las patas traseras y luego, perezosamente, acompañó a Haplo escaleras arriba.

Jarre lo vio alejarse, sacudió la cabeza y se dispuso a sentarse para ultimar el discurso de Limbeck, cuando un alboroto al otro lado de la cortina le recordó sus obligaciones. Tenía que hablar con algunos, repartir panfletos, inspeccionar el salón, organizar desfiles...

La revolución ya no tenía nada de divertida.

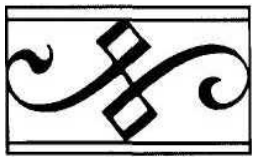
Haplo subió las escaleras con cuidado, pegado a la pared. Los tablones de madera nudosa de los peldaños estaban cuarteados y deteriorados. Anchas grietas de agudos bordes acechaban para engullir a los incautos y hacerlos caer al vacío hasta estrellarse contra el suelo. Una vez en su habitación, se tumbó en la cama pero no concilio el sueño. El perro saltó al lecho, se tendió a su lado y apoyó la cabeza en el pecho de su amo, clavando sus ojos brillantes en el rostro del hombre.

—Jarre es un buen elemento —le murmuró Haplo—, pero no servirá para nuestros propósitos. Piensa demasiado, como diría mi amo, y eso la hace peligrosa. Lo que necesitamos para fomentar el caos en este reino es un fanático. Limbeck sería perfecto para ello, pero debe mantener ese papel de quimérico idealista.

Y yo tengo que abandonar este lugar para llevar a cabo mi misión de investigar los reinos superiores y hacer cuanto pueda para preparar el camino para la venida de mi señor. La nave ha quedado destrozada y tengo que encontrar otra, pero ¿cómo..., dónde?

Perdido en sus meditaciones, acarició las blandas orejas del perro. El animal, percibiendo la tensión del hombre, permaneció despierto y le brindó su limitado apoyo. Poco a poco, Haplo se relajó. Estaba seguro de que se le presentaría la oportunidad. Sólo tenía que estar atento a ella y aprovecharla. El perro cerró los ojos con un suspiro satisfecho y se durmió. Al cabo de breves momentos, Haplo lo imitó.

CAPÍTULO 31



WOMBE, DREVLIN,
REINO INFERIOR

—¿Alfred?

—¿Sí?

—¿Entiendes lo que hablan?

Hugh señaló a Bane y al geg, que avanzaban charlando entre la coralita. A sus espaldas asomaban las nubes de tormenta y el viento empezaba a arreciar con un aullido fantasmagórico entre los fragmentos de coralita arrancados por los impactos de los rayos. Delante del grupo se distinguía ya la ciudad que Bane había visto. Mejor dicho, no una ciudad sino una máquina. O, tal vez, una máquina que era una ciudad.

—No, señor —respondió el chambelán, con la vista fija en la espalda de Bane y hablando en un tono de voz más elevado del habitual en él—. No conozco la lengua de este pueblo. No creo que haya muchos de nuestra raza, o incluso entre los elfos, que la dominen.

—Te equivocas. Algunos elfos la hablan: los capitanes de las naves de transporte de agua. Pero entonces, si tú no lo hablas (y supongo que Stephen tampoco), ¿dónde la ha aprendido el príncipe?

—¿No te lo imaginas? —replicó Alfred, alzando una mirada al cielo.

Hugh comprendió que no se estaba refiriendo a las nubes de tormenta. Allá arriba, muy por encima del Torbellino, estaba el Reino Superior donde moraban los misteriarcas en su exilio autoimpuesto, viviendo en un mundo cuyas riquezas, según decían las leyendas, superaban los sueños del hombre más codicioso y cuya belleza desbordaba la imaginación más desbocada.

—Entender el idioma de una raza o cultura distintas de la propia es uno de los conjuros mágicos más sencillos. No me sorprendería que ese amuleto que lleva... ¡Oh!

Los pies de Alfred decidieron desviarse del camino y hundirse en un hoyo, y arrastraron con ellos al resto del chambelán. El geg se detuvo y volvió la cabeza, alarmado por su grito, pero Bane hizo un comentario burlón y los dos continuaron su avance. Hugh ayudó a Alfred a incorporarse y, sujetándolo por el brazo, lo condujo apresuradamente por el áspero terreno. Las primeras gotas de lluvia empezaban a caer del cielo y se estrellaban contra la coralita con un sonoro chapoteo.

El chambelán lanzó una inquieta mirada a Hugh y éste captó su muda petición de que guardara silencio. En aquella embarazosa mirada, *la Mano* leyó la auténtica

respuesta a su pregunta de momentos antes, una respuesta que poco tenía que ver con la que Alfred le había dado. Estaba claro que el chambelán hablaba el idioma de los gegs: a nadie se le ocurriría prestar atención a una conversación que no podía entender, y Alfred estaba muy pendiente de lo que decían Bane y su acompañante. Pero lo más interesante de todo, para Hugh, era que Alfred le ocultase el hecho al príncipe.

Hugh aprobó sin reservas el hecho de espiar a Su Alteza, pero tal cosa dejaba abiertas otras inquietantes cuestiones: ¿dónde y por qué había aprendido un chambelán a hablar el idioma de los gegs? ¿Quién o qué era Alfred?

La tormenta estalló con toda su mortífera furia y el grupo de gegs y humanos se lanzaron en una loca carrera hacia la ciudad de Wombe. La lluvia formaba delante de ellos una muralla gris que casi les impedía ver hacia dónde avanzaban. Sin embargo, por fortuna, el ruido que producía la máquina era tan potente que resultaba audible a pesar de la tormenta y sus vibraciones eran perceptibles bajo los pies. Gracias a ello, supieron que corrían en la buena dirección.

Una multitud de gegs los esperaba junto a una puerta abierta y los hizo pasar a todos al interior de la máquina. El ruido de la tormenta cesó, pero el estruendo de la máquina era aún más potente con sus chirridos metálicos y sus golpes sordos procedentes de todas partes: de arriba, de abajo, de alrededor de ellos y de la lejanía. Varios gegs con aspecto de guardianes armados, precedidos por otro geg vestido a imitación de los sirvientes de los nobles elfos, aguardaban allí con cierto nerviosismo para recibirlos.

—¿Qué sucede, Bane? —Preguntó Hugh a gritos, para hacerse oír sobre el estrépito causado por la máquina—. ¿Quién es ese tipo y qué quiere?

Bane volvió el rostro hacia Hugh con una candorosa sonrisa, visiblemente complacido consigo mismo y con aquel poder recién descubierto.

—¡Es el rey de su pueblo!

—¿Qué?

—¡El rey! Va a llevarnos a una especie de sala de juicios.

—¿No puede llevarnos a algún sitio donde no haya ruido? —preguntó Hugh, a quien empezaba a dolerle la cabeza.

Bane se volvió hacia el rey para formularle la pregunta. Perplejo, Hugh comprobó que todos los gegs lo miraban con expresión horrorizada y sacudía la cabeza enérgicamente.

—¿Qué diablos les sucede?

El príncipe soltó una risilla.

—¡Creen que has preguntado por un sitio donde ir a morir!

En esta coyuntura, el rey geg presentó a Bane al geg vestido con medias de seda, calzones hasta las rodillas y una raída casaca de terciopelo. El geg hincó la rodilla

delante de Bane y, tomando la mano de éste, la apretó contra su frente.

—¿Quién creen que eres, Alteza? —quiso saber *la Mano.*

—Un dios —respondió Bane alegremente—. Uno al que han esperado mucho tiempo, parece. Ahora voy a someterlos a juicio.

Los gegs condujeron a sus dioses recién descubiertos por las calles de Wombe, unas calles que corrían por encima, por debajo y a través de la Tumpa-chumpa. A Hugh no le impresionaba casi nada de este mundo (ni siquiera la muerte lo atemorizaba demasiado), pero la gran máquina le inspiraba un temor reverencial. La Tumpa-chumpa centelleaba, brillaba y soltaba chispas. Siseaba, aporreaba y martilleaba. Bombeaba y giraba, y lanzaba resoplidos de vapor ardiente. Creaba arcos de chisporroteantes relámpagos azulados. Se alzaba a más altura de la que alcanzaba a divisar y se hundía a más profundidad de la que podía imaginar. Sus enormes palancas se movían, sus enormes ruedas giraban, sus enormes calderas hervían. Tenía brazos y manos y piernas y pies, todos de reluciente metal, concienzudamente dedicados a desplazarse a otro lugar distinto de aquel que ocupaban. Tenía ojos que despedían una luz cegadora y bocas que chillaban y ululaban.

Y los gegs se desplazaban sobre la máquina, ascendían por ella, descendían gateando a sus entrañas, la controlaban, la ayudaban y, en general, se ocupaban de atenderla con visible amor y devoción.

Bane también estaba pasmado y miraba a su alrededor boquiabierto y con los ojos como platos, en una expresión muy poco digna de un dios.

—¡Esto es asombroso! —Exclamó con un jadeo—. Nunca había visto nada igual.

—¿De veras, Venerable? —Replicó el survisor jefe, observando con desconcierto al niño dios—. ¡Pero si la construisteis vosotros, los dioses!

—¡Oh!, sí, esto... —balbució Bane—. A lo que me refería era a que no he visto nunca..., nada parecido al cuidado con que os ocupáis de ella —acabó la frase apresuradamente, soltando las palabras con una sensación de alivio.

—Sí —afirmó el ofinista jefe con aire digno y una cara radiante de orgullo—. La cuidamos con toda dedicación.

El príncipe se mordió la lengua. Ardía en deseos de preguntar cuál era el cometido de aquella máquina asombrosa, pero era evidente que el reyecito esperaba de él que estuviera al corriente de todo (cosa que no era irrazonable pedir de un dios). Bane también se encontraba solo en aquel asunto, pues su padre ya le había facilitado toda la información que poseía sobre la gran máquina del Reino Inferior. Aquello de ser un dios no era tan sencillo como le había parecido al principio y el príncipe empezó a lamentarse de haber aceptado tan deprisa tal condición. Y estaba también aquello del juicio. ¿A quién iba a juzgar, y por qué? ¿Tendría que mandar a alguien a las mazmorras? Desde luego, necesitaba averiguarlo, pero ¿cómo?

Aquel rey geg resultaba un poco demasiado despierto. Era muy respetuoso y

solícito, pero Bane se dio cuenta de que, cuando miraba a otra parte, el rey lo estudiaba con una mirada aguda y penetrante. En cambio, a su derecha, el príncipe tenía a otro geg que le recordaba a un mono amaestrado que había visto una vez en la corte. Por lo que había llegado a sus oídos, Bane dedujo que el emperifollado geg vestido de terciopelos y cintas tenía algo que ver con la religión en la que se había encontrado involucrado tan profundamente. Aquel geg no parecía ser demasiado brillante y el príncipe decidió sonsacarle las respuestas a él.

—Perdóname, pero no he retenido tu nombre —le dijo al ofinista jefe con una sonrisa encantadora.

—Wes Tornero, Venerable —respondió el geg, inclinándose todo lo que le permitía su gruesa cintura, hasta casi tropezar con su larga barba—. Tengo el honor de ser tu ofinista jefe.

«A saber qué es eso», murmuró Bane para sí, pero dedicó una sonrisa y un gesto de asentimiento al enano, dando a entender que en todo Drevlin no podría haber encontrado un geg más indicado para tal cargo.

Aproximándose aún más al ofinista jefe, Bane posó su mano en la del geg. Su gesto hizo que el ofinista jefe se hinchara de orgullo de un modo casi alarmante y dirigiera un mirada de suprema satisfacción a su cuñado, el survisor jefe.

Darral no prestó mucha atención. La multitud agolpada en las calles para verlos se estaba alborotando y le alegró ver que los gardas reaccionaban. De momento, parecían tener las cosas bajo control, pero se dio cuenta de que tendría que vigilar de cerca las cosas. Lo único que esperaba era que el niño dios no entendiera lo que gritaban muchos de los gegs. ¡Maldito fuera aquel Limbeck!

Por fortuna para Darral, el niño dios estaba completamente absorto en sus propios problemas.

—Tal vez tú puedas ayudarme, ofinista jefe —murmuró, sonrojándose tímida y delicadamente.

—Sería un honor para mí, Venerable.

—¿Sabes?, hace muchísimo tiempo que nosotros, vuestros dioses..., esto..., ¿cómo nos llamáis?

—Los dictores, Venerable. Es así como os llamáis a vosotros mismos, ¿no es verdad?

—¿Eh? ¡Ah, sí! Los dictores. Pues bien, como te iba diciendo, nosotros los dictores hemos estado ausentes muchísimo tiempo...

—... muchos siglos, Venerable —asintió el ofinista jefe.

—Sí, muchos siglos, y hemos observado que aquí abajo han cambiado muchas cosas desde que nos marchamos. —Bane exhaló un profundo suspiro. Las cosas se hacían más fáciles por momentos—. Por lo tanto, hemos decidido que ese asunto del juicio también debe cambiarse.

El ofinista jefe notó que empezaba a deshincharse su vanidosa complacencia y dirigió una mirada inquieta al survisor jefe. Si, en su condición de ofinista jefe, estropeaba la ceremonia del Juicio, ésa sería su última oportunidad de estropear algo.

—No estoy muy seguro de a qué te refieres, Venerable.

—Hablo de modernizarlo, de ponerlo al día —apuntó Bane.

El ofinista jefe puso cara de absoluta confusión. ¿Cómo podía cambiarse una cosa que no había sucedido nunca hasta entonces? Sin embargo, el geg supuso que los dioses debían haberlo dispuesto de aquel modo.

—Supongo que tienes razón...

—No importa. Veo que no te sientes cómodo con esa idea —dijo el príncipe, dando unas palmaditas en el brazo del ofinista—. Se me ocurre una cosa: tú me indicas cómo quieres que celebre la ceremonia y yo sigo tus instrucciones.

El rostro del ofinista jefe se iluminó de nuevo.

—No sabes qué maravilloso es este momento para mí, Venerable. He soñado tanto tiempo con algo así... ¡Y ahora, por fin, poder celebrar el Juicio como siempre lo había imaginado...! —Emocionado, se secó las lágrimas de las mejillas.

—Sí, sí —murmuró Bane, advirtiendo que el survisor jefe los observaba con los ojos entrecerrados y cada vez estaba más cerca de ellos. El rey geg ya había cortado la conversación de no ser porque, sin duda, se consideraría una muestra de mala educación interrumpir a un dios en mitad de un diálogo confidencial—. Continúa.

—Bueno, siempre he imaginado que todos los gegs (o, al menos, todos los que podían acudir) se congregaban en la Factría vestidos con sus mejores galas. Y que tú estabas presente, sentado en la Silla del Dictor, por supuesto.

—Desde luego. Y...

—Y que también yo estaba allí, delante de la multitud, con el nuevo traje de ofinista jefe que me había hecho especialmente para la ocasión. Blanco, creo, sería el color más adecuado, con lazos negros en las rodillas; nada demasiado exagerado...

—Muy elegante. Y, a continuación...

—Supongo que el survisor jefe también estará allí con nosotros, ¿no? Es decir, Venerable, a menos que le encontremos otra misión. Verás, seguro que va a ser problemático encontrarle una indumentaria adecuada. Tal vez, con esta modernización a la que te has referido, podamos prescindir de él.

—Pensaré en ello. —Bane asió con fuerza el amuleto, esforzándose por mantener la paciencia—. Sigue explicando. Estamos ante la multitud y yo me levanto y... —El príncipe miró al ofinista jefe con aire expectante.

—¡Y entonces nos sometes al Juicio, Venerable!

Por un instante, el niño dios imaginó complacido que hundía los dientes en el brazo cubierto de terciopelo del geg. Reprimiendo a duras penas tal impulso, exhaló un profundo suspiro.

—Muy bien. Os juzgo. Y luego, ¿qué? ¡Ya sé! ¡Proclamamos un día de fiesta!

—En realidad, no creo que haya tiempo para eso, ¿no te parece, Venerable? —apuntó el geg, mirando a Bane con expresión de desconcierto.

—Tal vez..., tal vez no —titubeó el príncipe—. Me había olvidado de..., de lo otro. Cuando todos estemos... —Bane retiró su mano de la del ofinista jefe y se secó con ella el sudor de la frente. Desde luego, dentro de la máquina hacía mucho calor. Calor y ruido. Le dolía la garganta de tanto gritar—. ¿Qué es lo que haremos, una vez que os haya juzgado?

—Bueno, eso depende de si nos has encontrado dignos, Venerable.

—Pongamos que os encuentro dignos —insistió Bane, apretando los dientes—. Entonces, ¿qué?

—Entonces, ascenderemos todos, Venerable.

—¿Ascender? —El príncipe echó un vistazo a las pasarelas que corrían aquí y allá a gran altura sobre sus cabezas.

El ofinista jefe, malinterpretando el gesto, soltó un suspiro de felicidad y, con una expresión beatífica en el rostro, elevó las manos

—¡Sí, Venerable! ¡Ascenderemos directamente al cielo!

Mientras avanzaba detrás de Bane y sus devotos gegs, Hugh dividió su atención entre la vigilancia del príncipe y la observación del lugar en el que estaban. No tardó en abandonar sus intentos de memorizar el camino que recorrían, reconociendo interiormente que jamás lograría encontrar sin ayuda la salida de las entrañas de la máquina. La noticia de su llegada los había precedido, evidentemente. Miles de gegs llenaban las salas y pasadizos de la máquina y contemplaban su paso, señalándolos con el dedo y lanzando gritos. Incluso los gegs que estaban de servicio volvían la cabeza, concediendo a Hugh y a sus compañeros —que no pudieron apreciarlo en todo su valor— el gran honor de olvidarse de sus tareas por unos segundos. No obstante, la reacción de los gegs era confusa. Algunos lanzaban vítores de entusiasmo, pero otros parecían enfadados.

Hugh estaba más interesado en el príncipe Bane y en qué estaría tramando en tan secreta confabulación con el geg emperifollado. Mientras se maldecía en silencio por no haberse molestado en aprender una sola palabra del idioma de los gegs durante su permanencia en poder de los elfos, *la Mano* notó que le tiraban de la manga y volvió su atención a Alfred.

—Señor —dijo éste—, ¿has advertido qué grita la gente?

—Por lo que a mí respecta, un galimatías sin pies ni cabeza. Pero tú entiendes su lengua, ¿verdad, Alfred?

El chambelán se sonrojó.

—Lamento haber tenido que ocultártelo, señor, pero he considerado importante que no se enterara cierta persona... —Dirigió una mirada al príncipe—. Cuando me

has preguntando al respecto, antes de la tormenta, cabía la posibilidad de que él pudiera oír mi respuesta, de modo que no tuve otro remedio que...

Hugh hizo un gesto con la mano, disculpándolo. Alfred tenía razón y había sido él, *la Mano,* quien había cometido el error al preguntar. Debería haberse dado cuenta de lo que Alfred pretendía y no haber abierto la boca. La única explicación del desliz era que en toda su vida se había sentido Hugh tan impotente.

—¿Dónde aprendiste a hablar geg?

—Siempre he tenido afición por el estudio de los gegs y del Reino Inferior, señor —respondió Alfred con la rotundidad, entre tímida y orgullosa, de un sincero entusiasta del tema—. Me atrevería a decir que poseo una de las mejores colecciones de libros escritos sobre su cultura que existe en el Reino Medio. Si te interesa, me encantará mostrártela a nuestro regreso...

—Si dejaste esos libros en el palacio, puedes olvidarte de ellos. A menos que decidas pedirle a Stephen permiso para volver allí y recoger tus cosas.

—Tienes razón, señor. Naturalmente. ¡Qué estúpido soy! —Alfred hundió los hombros—. Todos mis libros... Supongo que nunca más volveré a verlos.

—¿Qué me decías de los gritos de la gente?

—¡Ah, sí! —El chambelán echó un vistazo a los gegs que lanzaban vítores y esporádicas burlas a la comitiva—. Algunos corean « ¡Abajo el dios del survisor!» y « ¡Queremos al dios de Limbeck!».

—¿Limbeck? ¿Qué significa eso?

—Creo que es un nombre geg, señor. Significa «destilar» o «extraer». Si me permites una sugerencia, creo que...

El chambelán bajó maquinalmente la voz y Hugh no logró entender sus palabras debido al ruido y a la conmoción.

—Habla más alto. Aquí nadie entiende lo que decimos, ¿verdad?

—Supongo que no —asintió Alfred, con una expresión de ligera sorpresa—. No había caído en eso. Decía, señor, que tal vez haya otro humano como nosotros aquí abajo.

—O un elfo. Lo más probable es esto último pero, en todo caso, eso nos abre la posibilidad de que exista una nave que podríamos utilizar para salir de aquí.

—Sí, señor. En eso estaba pensando.

—Tenemos que encontrar a ese Limbeck y a su dios, o lo que sea.

—No debería resultar muy difícil, señor. Sobre todo, si lo pide nuestro pequeño «dios».

—Nuestro pequeño «dios», como tú lo llamas, parece haberse metido en algún problema —comentó Hugh, volviendo la mirada hacia el príncipe—. Mírale la cara.

—¡Oh, vaya! —murmuró Alfred.

Bane había vuelto la cabeza en busca de sus compañeros. Tenía las mejillas

pálidas y los ojos azules muy abiertos. Mordiéndose los labios, hizo un breve y rápido movimiento con la mano para que se acercaran a él.

Un escuadrón completo de gegs armados avanzaba entre Bane y sus dos compañeros. Hugh movió la cabeza en gesto de negativa. Bane insistió con una mirada suplicante. Alfred le dedicó una sonrisa comprensiva y señaló a la multitud. Bane era un príncipe y sabía qué significaba una audiencia. Con un suspiro, el pequeño se volvió a un lado y a otro, y empezó a agitar su manita sin energía ni entusiasmo.

—Ya me temía algo así —dijo Alfred.

—¿Qué crees que ha sucedido?

—El príncipe ha dicho algo acerca de que los gegs lo toman por un dios que ha venido a «juzgarlos». Se ha referido a ello con ligereza, pero para los gegs es un asunto muy serio. Según sus leyendas, esa gran máquina fue construida por los dictores y los gegs recibieron la orden de cuidar de ella hasta el Día del Juicio, en que recibirían su recompensa y serían transportados a los reinos superiores. Ésta es la causa de que la isla Esperanza de los Gegs recibiera tal nombre.

—Dictores... ¿Quiénes son esos dictores?

—Los sartán

—¡Espero que no podrá fingir tal cosa, aunque si lo ayuda su padre...!

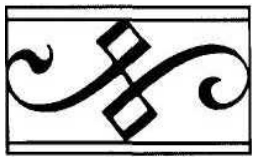
—No, señor. Ni siquiera un misteriarca de la Séptima Casa, como su padre, posee unos poderes mágicos comparables a los de los sartán. Al fin y al cabo —añadió Alfred, abriendo los brazos—, fueron ellos quienes construyeron todo esto.

En aquellos momentos, a Hugh le importaba poco tal cosa.

—¡Estupendo! ¡Sencillamente estupendo! —exclamó—. ¿Y qué crees que nos harán cuando descubran que somos unos impostores?

—No sabría decirlo. Por lo general, los gegs son gente pacífica y tolerante; sin embargo, no creo que se hayan encontrado nunca con alguien que se hiciera pasar por uno de sus dioses. Además, parecen estar muy agitados por alguna causa. —Tras dirigir una nueva mirada a la multitud, que daba crecientes muestras de hostilidad, sacudió la cabeza—. Yo diría que hemos llegado en un momento bastante inoportuno.

CAPÍTULO 32



WOMBE, DREVLIN,
REINO INFERIOR

Los gegs condujeron a los «dioses» a la Factría, el mismo lugar donde Limbeck había sido sometido a juicio. Tuvieron algunas dificultades para entrar, debido a la masa de gegs que se arremolinaba en el exterior. Hugh no entendía una palabra de lo que gritaba la multitud pero, pese a ello, advirtió claramente que ésta se hallaba dividida en dos facciones enfrentadas y muy vocingleras, junto a un gran grupo que parecía incapaz de decidirse por una de ellas. Las dos facciones parecían muy radicales en la defensa de sus opiniones, pues Hugh vio que estallaban peleas entre ellas en varias ocasiones y recordó lo que le acababa de decir Alfred respecto a que los gegs eran de ordinario pacíficos y tolerantes.

Hemos llegado en un momento bastante inoportuno. No era ninguna broma. ¡Si parecía que estaban en medio de alguna revolución!

Los gardas mantuvieron a raya a la multitud y el príncipe y sus compañeros consiguieron escurrirse entre sus robustos cuerpos hasta ganar la relativa tranquilidad de la Factría (relativa por el hecho de que el estruendo de la Tumpa-chumpa seguía incesante en segundo plano).

Una vez dentro, el survisor jefe mantuvo una apresurada reunión con los gardas. El pequeño dirigente tenía una expresión grave y Hugh observó que sacudía la cabeza en gesto de negativa en varias ocasiones. A *la Mano* no le importaban en absoluto los gegs, pero había vivido lo suficiente como para saber que verse atrapado en un país sometido a agitaciones políticas no era lo más favorable para quien deseara una vida larga y feliz.

—Discúlpame —dijo, acercándose al survisor jefe. Éste asintió con la cabeza y le dedicó esa sonrisa radiante e inexpresiva de quien no entiende una palabra de lo que le están diciendo, pero trata de aparentar que sí para no parecer descortés—. Tenemos que hablar un momento con tu dios.

Asiendo a Bane por el hombro con mano firme, y sin hacer caso de sus gemidos e intentos de desasirse, Hugh atravesó con el príncipe la inmensa sala vacía hasta el lugar donde Alfred se encontraba contemplando la estatua de un hombre encapuchado que sostenía en la mano un objeto que recordaba un enorme globo ocular.

—¿Sabes qué esperan que haga? —Dijo Bane a Alfred no bien llegó a su lado—. ¡Esperan que los transporte al cielo!

—¿Puedo recordarte que has sido tú mismo quien ha provocado esta situación, Alteza, al decirles que eras uno de sus dioses?

El chiquillo bajó la cabeza. Se escurrió más cerca del chambelán y lo tomó de la mano. Con un leve temblor en el labio inferior, Bane respondió en un susurro:

—Lo siento, Alfred. Tenía miedo de que os fueran a hacer daño a ti y a maese Hugh, y fue lo único que se me ocurrió hacer.

Unas manos fuertes, dedos ásperos que se le clavaron en los hombros, obligaron a Bane a dar media vuelta. Hugh hincó una rodilla frente a él y lo miró directamente a los ojos, en los cuales deseaba ver una llama de astucia y malevolencia. Sin embargo, lo único que encontró fue la mirada de un chiquillo asustado y montó en cólera.

—Muy bien, Alteza, sigue engañando a esos gegs todo el tiempo que puedas. Cualquier cosa vale, con tal de poder salir de aquí. Pero queremos que quede muy claro que ya no nos engañas en absoluto. Será mejor que te enjugues esas falsas lágrimas y prestes atención..., y esto va también por tu padre. —Mientras decía estas palabras, volvió la mirada hacia el amuleto de la pluma. El muchacho tenía la mano cerrada en torno al objeto con gesto protector—. A menos que puedas elevar a los cielos a esos enanos, será mejor que te prepares para pensar en algo pronto. No creo que toda esa gente se tome muy a buenas que los hayamos embaucado.

—Maese Hugh, nos están viendo.

La Mano volvió la vista hacia el survisor jefe, que observaba la escena con interés. Soltó al muchacho, le dio unas palmaditas en los hombros y, sonriendo, le murmuró entre dientes:

—¿Qué planes tienes ahora, Alteza?

Bane se tragó las lágrimas. Por suerte, no era preciso que hablaran en voz baja pues el rítmico martilleo de la máquina lo apagaba todo, hasta los pensamientos.

—He decidido decirles que los he juzgado y los he encontrado indignos. Que no se han ganado el derecho a subir al cielo.

Hugh miró a Alfred y el chambelán movió la cabeza en gesto de negativa.

—Eso sería muy peligroso, Alteza. Si proclamas una cosa así en el estado de agitación que parece haberse adueñado del reino, los gegs podrían volverse contra nosotros.

El príncipe parpadeó con nerviosismo y su mirada fue de Alfred a Hugh, y de nuevo al chambelán. Bane estaba visiblemente asustado. Se había lanzado de cabeza a aquel asunto y ahora estaba hundiéndose. Peor aún, debía darse cuenta de que las dos únicas personas que podían salvarlo tenían muy buenas razones para dejar que se ahogara.

—¿Qué hacemos, pues?

¡Hacemos! A Hugh, nada le hubiera gustado más que abandonar al suplantador en aquel pedazo de roca barrido por las tormentas. Sin embargo, supo que no podría.

¿Obra del encantamiento? ¿O era, simplemente, que el pequeño le daba lástima? Ninguna de ambas cosas, se aseguró a sí mismo, pensando todavía en utilizar al príncipe para labrarse una fortuna.

—He oído mencionar que existe otro dios aquí abajo. El «dios de Limbeck» —dijo Alfred.

—¿Cómo lo has averiguado? —quiso saber Bane, colérico—. ¡Antes dijiste que no entendías su idioma!

—Sí que lo entiendo, Alteza. Hablo un poco de geg...

—¡Entonces, me has mentido! —El chiquillo miró al chambelán, desconcertado —. ¿Cómo has podido hacerlo, Alfred? ¡Yo me fiaba de ti!

—Creo que será mejor para todos reconocer que ninguno de nosotros se fía de los demás —contestó el chambelán.

—¿Quién me puede culpar por ello? —Replicó Bane con aire de absoluta inocencia—. Este hombre quería matarme y, por lo que sé, Alfred, tú lo ayudabas.

—Eso no es cierto, Alteza, aunque puedo entender cómo has podido llegar a pensarlo. Pero no era mi intención hacer acusaciones. Creo conveniente llamar vuestra atención al hecho de que, pese a no confiar los unos en los otros, la vida de los tres depende ahora de cada uno de nosotros. Pienso que...

—¡Tú piensas demasiado! —Lo interrumpió Hugh—. El chico lo ha entendido, ¿verdad, Bane? Y tú, olvida ese papel de bebé perdido en el bosque. Tanto Alfred como yo sabemos quién y qué eres. Supongo que deseas salir de aquí, subir y hacerle una visita a tu padre. Pues bien, la única manera de escapar de esta roca es mediante una nave y yo soy el único piloto que tienes. Alfred, por su parte, tiene ciertos conocimientos sobre este pueblo y su manera de pensar; al menos, asegura tenerlos. Y tiene razón cuando dice que cada uno de nosotros es la única baza que tenemos los demás en este juego, así que sugiero que tú y tu papaíto os portéis bien.

Bane lo miró fijamente. Sus ojos habían dejado de ser los de un niño descubriendo afanosamente el mundo; eran los de quien ya lo conoce todo. Hugh se vio a sí mismo reflejado en aquellos ojos; vio una infancia helada y sin amor, vio a un niño que había destapado todos los bellos regalos de la vida y había descubierto que los envoltorios contenían basura.

«Igual que yo», pensó Hugh, «ya no cree en lo luminoso, en lo brillante, en lo hermoso. Sabe lo que se esconde debajo.»

—No me estás tratando como a un niño —dijo Bane, con cautela.

—¿Acaso lo eres? —replicó Hugh con brusquedad.

—No. —Bane asió con fuerza el amuleto mientras hablaba, y repitió en voz más alta—: ¡No, no lo soy! Colaboraré contigo. Prometo hacerlo, mientras no me traicionéis. Si lo hacéis, cualquiera de los dos, haré que lo lamentéis.

Sus ojos azules centellearon con una expresión de astucia nada infantil.

—Eso basta. Yo os doy mi promesa a ambos. ¿Alfred?

El chambelán los miró con desesperación y suspiró.

—¿Tiene que ser así? ¿Confiar los unos en los otros sólo porque cada cual tiene puesto un puñal en la espalda de los demás?

—Tú has mentido respecto a que no hablabas el idioma de los gegs. Y no me contaste la verdad acerca del chico hasta que casi era demasiado tarde. ¿En qué más has mentido, Alfred? —exigió saber Hugh.

El chambelán se puso pálido. Movió los labios, pero no logró responder. Al fin, consiguió musitar:

—Lo prometo.

—Está bien. Arreglado. Ahora, tenemos que informarnos sobre ese otro dios. Podría ser nuestra vía de escape de este lugar. Lo más probable es que se trate de un elfo cuya nave fue atrapada por la tormenta y arrojada aquí.

—Podría decirle al survisor jefe que deseo un encuentro con ese dios. —Bane captó y entendió enseguida las posibilidades de tal petición—. Le diré que no puedo juzgar a los gegs hasta que sepa cuál es la opinión de ese otro «dios» colega sobre el asunto. ¿Quién sabe?, podríamos tardar varios días en encontrar la respuesta —añadió con una sonrisa angelical—. De todos modos, ¿nos ayudaría un elfo?

—Si se encuentra en las mismas dificultades que nosotros aquí abajo, lo hará. Nuestra nave está destrozada. Probablemente, la suya también. Pero podríamos utilizar partes de una para reparar la otra... ¡Silencio! Tenemos compañía.

El survisor jefe se acercó a ellos, seguido de un ofinista jefe pomposo y engreído.

—¿Cuándo querrás empezar el Juicio, Venerable?

Bane se irguió cuan alto era y puso gesto de sentirse ofendido.

—He oído a la gente gritar algo respecto a que tenéis a otro dios en esta tierra. ¿Cómo es que no me habéis informado de ello?

—Porque es un dios que afirma no serlo, Venerable —dijo el survisor, lanzando una mirada de reproche al ofinista jefe—. Dice que ninguno de vosotros sois dioses, sino mortales que nos habéis esclavizado.

Hugh se contuvo pacientemente durante esta conversación, de la que no entendió palabra. Alfred estaba muy pendiente de lo que hablaba el geg y *la Mano* observó con detalle la expresión del chambelán. No se le pasó por alto su reacción de desaliento ante lo que oía. El asesino apretó los dientes, frustrado casi hasta el punto de volverse loco. La vida de los tres dependía de un chiquillo de diez ciclos que, en aquel momento, parecía perfectamente capaz de romper a llorar.

Sin embargo, el príncipe Bane no perdió la compostura. Con rostro altivo, dio alguna respuesta que, al parecer, alivió la situación pues Hugh vio relajarse la cara de Alfred. El chambelán incluso hizo un leve asentimiento antes de dominarse, consciente de que no debía mostrar ninguna reacción.

El muchacho era valiente y tenía una cabeza muy ágil, reconoció Hugh retorciéndose la barba. «Y quizás estoy subyugado por el hechizo», se recordó a sí mismo.

—Tráeme a ese dios —dijo Bane con un aire imperioso que, por un instante, hizo que se pareciera al rey Stephen.

—Si deseas verlos, Venerable, el dios y el geg que lo trajo aquí hablarán en público esta noche, en un mitin. Puedes enfrentarte a él ante los asistentes.

—Muy bien —asintió Bane. No le gustaba la idea, pero no sabía qué otra respuesta dar.

—Ahora, Venerable, tal vez quieras descansar un poco. Observo que uno de tus acompañantes está herido. —El survisor volvió la vista hacia la manga de la camisa de Hugh, desgarrada y manchada de sangre—. Puedo mandar llamar a un sanador.

Hugh vio la mirada, entendió lo que decía e hizo un gesto de negativa.

—Gracias —dijo Bane—. La herida no es grave. En cambio, podrías hace que nos trajeran comida y agua.

El survisor jefe hizo una reverencia.

—¿Es todo lo que puedo hacer por ti, Venerable?

—Sí, gracias. Con eso bastará —respondió Bane, sin conseguir ocultar el tono de alivio de su voz.

Los dioses fueron conducidos a unas sillas colocadas a los pies de la estatua del dictor, probablemente para que les proporcionara inspiración. Al ofinista jefe le hubiera gustado mucho quedarse a cumplimentar a los Venerables, pero Darral asió a su cuñado por la manga de terciopelo de su casaca y lo arrastró lejos de ellos entre un torrente de protestas.

—¿Qué haces? —exclamó el ofinista jefe, furioso—. ¿Cómo puedes atreverte a insultar al Venerable con una cosa así? ¡Dar a entender que no es un dios! ¡Y todo eso de si somos esclavos...!

—Calla y escúchame —replicó Darral Estibador enérgicamente. Ya tenía bastante de dioses. Un «Venerable» más y vomitaría—. O bien esos tipos son dioses, o no lo son. Si no lo son y resulta que ese Limbeck tiene razón, ¿qué crees que será de nosotros, que nos hemos pasado la vida diciendo a nuestro pueblo que servíamos a los dioses?

El ofinista jefe miró a su cuñado. Poco a poco, su rostro fue perdiendo el color. Tragó saliva.

—Exacto —asintió Darral con rotundidad, haciendo oscilar la barba—. Ahora, supón que son dioses. ¿De veras deseas ser juzgado y elevado al cielo? ¿O prefieres seguir aquí abajo, tal como estaban las cosas antes de que se armara todo este alboroto?

El ofinista jefe reflexionó. Estaba muy orgulloso de ser ofinista jefe. Llevaba una

buena vida. Los gegs lo respetaban, le hacían reverencias y se quitaban el sombrero cuando se cruzaban con él por la calle. No tenía que servir a la Tumpa-chumpa, salvo cuando decidía comparecer por allí. Lo invitaban a todas las mejores fiestas. Pensándolo bien, ¿qué más podía ofrecerle el cielo?

—Tienes razón —se vio obligado a reconocer, aunque le dolía hacerlo—. ¿Qué hacemos, entonces?

—Ya me estoy ocupando de ello —respondió el survisor jefe—. Déjalo en mis manos.

Hugh observó a los gegs que se alejaban cuchicheando.

—Daría cien barls por saber qué están hablando esos dos.

—Esto no me gusta nada —asintió Alfred—. Ese otro dios, sea quien sea, está fomentando el caos y la rebelión en esta tierra y me pregunto por qué. Los elfos no tendrían ninguna razón para perturbar las cosas en el Reino Inferior, ¿no te parece?

—No. Mantener a los gegs tranquilos y trabajando duro sólo les reporta ventajas. En cualquier caso, supongo que no podemos hacer otra cosa que acudir al mitin de esta noche y oír lo que ese dios tenga que decir.

—Sí —dijo Alfred, abstraído.

Hugh se volvió a mirarlo. Su frente alta y abovedada estaba perlada de sudor y sus ojos habían adquirido un brillo febril. Tenía la piel cenicienta y los labios grises. De pronto, Hugh se dio cuenta de que el chambelán no había tropezado con nada desde hacía mucho rato.

—No tienes buen aspecto. ¿Te sientes bien?

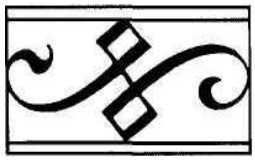
—Yo..., no me siento muy bien, maese Hugh. No es nada serio; una mera reacción tras la caída de la nave. Me recuperaré. No te preocupes por mí, haz el favor. Príncipe Bane, ¿entiendes la importancia del encuentro de esta noche?

Bane le dirigió una mirada reflexiva, meditabunda.

—Sí, la entiendo. Haré cuanto pueda por ayudar, aunque no estoy seguro de qué debo hacer.

El muchacho parecía sincero, pero Hugh aún tenía presente aquella sonrisa inocente mientras el príncipe le entregaba el vino emponzoñado. ¿Estaba Bane, realmente, de su parte? ¿O simplemente los estaba moviendo, a Alfred y a él, de una casilla a la siguiente?

CAPÍTULO 33



WOMBE, DREVLIN,
REINO INFERIOR

Un tumulto en el exterior del agujero en la pared atrajo la atención de Jarre, que acababa de dar los toques finales al discurso de Limbeck. Dejó el papel en la mesa, llegó hasta la cortina que hacía las veces de puerta y asomó la cabeza. Comprobó con satisfacción que la multitud congregada en la calle había crecido, pero los miembros de la UAPP que montaban guardia junto a la entrada estaban discutiendo acaloradamente con otro grupo de gegs que pretendían entrar.

Ante la aparición de Jarre, el clamor aumentó.

—¿Qué sucede? —preguntó ella.

Los gegs se pusieron a gritar a la vez y Jarre tardó algún tiempo en calmarlos. Cuando lo consiguió y hubo oído lo que tenían que decir, impartió unas instrucciones y desapareció de nuevo en el interior de la sede de la Unión.

—¿Qué era eso? —preguntó Haplo desde la escalera, con el perro a su lado.

—Lamento que el alboroto te despertara —se disculpó Jarre—. No es nada, en realidad.

—No dormía. ¿De qué se trata?

—El survisor jefe se acerca con su propio dios —contestó Jarre—. Debería haber esperado una cosa así de Darral Estibador. Pues bien, no le dará resultado, esto es todo.

—¿Su propio dios? —Haplo descendió los peldaños con pasos rápidos y ligeros como los de un gato—. Cuéntame.

—No irás a tomártelo en serio, ¿verdad? Ya sabes que los dioses no existen. Supongo que Darral les ha contado a los welfos que constituíamos una amenaza y han mandado a alguien aquí abajo para intentar convencer al pueblo que «Sí, de verdad, los welfos somos auténticos dioses».

—Ese dios que traen..., ¿sabes si es un elf..., un welfo?

—No lo sé. La mayoría de nuestro pueblo no ha visto nunca ninguno. Supongo que nadie sabe qué aspecto tienen. Lo único que sé es que, al parecer, ese dios es un niño y que ha estado proclamando que ha venido a juzgarnos y que va a hacerlo en el mitin de esta noche, para demostrar que estamos equivocados. Pero, naturalmente, tú podrás encargarte de él.

—Naturalmente —murmuró Haplo.

Jarre dio muestras de impaciencia.

—Tengo que ir a asegurarme de que está todo preparado en la Sala de Juntos. —Se echó un mantón por encima de los hombros. Camino de la salida, hizo una pausa y miró atrás—. No le cuentas esto a Limbeck: se pondría demasiado nervioso. Será mejor que el asunto lo tome completamente por sorpresa, así no tendrá tiempo de pensar.

Corriendo la cortina, abandonó la sede de la Unión entre grandes vítores de los congregados.

Ya a solas, Haplo se dejó caer en una silla. El perro, percibiendo el estado de ánimo de su amo, hundió el hocico en la mano de éste en un gesto reconfortante.

—¿Qué piensas, muchacho? ¿Los sartán? —Musitó Haplo, rascando al perro bajo los belfos con gesto ausente—. Ellos son lo más parecido a un dios que pueden encontrar estos enanos en un universo sin dioses. ¿Qué hago si lo son? No puedo desafiar a ese «dios» y revelarle mis poderes. Los sartán no deben tener noticia de nuestra huida de su prisión. Todavía no, hasta que mi amo esté completamente preparado.

Cayó en su silencio ceñudo y meditabundo. La mano que acariciaba al perro relajó sus movimientos y pronto quedó inmóvil. El animal, al advertir que ya no lo necesitaba, se instaló a los pies del hombre con el hocico sobre las patas. Sus ojos acuosos reflejaron la preocupación de la mirada de su amo.

—Qué ironía, ¿no? —murmuró Haplo y, al oír la voz, el animal irguió las orejas y alzó los ojos hacia él, con una de sus cejas blancas ligeramente levantada—. Tener los poderes de un dios y tener que reprimirse de utilizarlos. —Retirando el vendaje que le cubría la mano, pasó un dedo sobre las enmarañadas líneas azules y rojas de los signos mágicos cuyos fantásticos dibujos y espirales decoraban su piel—. Podría construir una nave en un día, salir volando de aquí mañana mismo, si quisiera. Podría mostrar a estos enanos un poder como nunca han imaginado. Podría convertirme en un dios para ellos y conducirlos a la guerra contra los humanos y los «welfos». —Haplo ensayó una sonrisa, pero su rostro recobró enseguida la seriedad—. ¿Por qué no? ¿Qué importancia tendría?

Lo embargó un poderoso deseo de utilizar su poder. No sólo de emplear la magia, sino de usarla para conquistar, para controlar, para dirigir. Los gegs eran pacíficos, pero Haplo sabía que no era éste el verdadero modo de ser de los enanos. De algún modo, los sartán habían conseguido despojarlos de su auténtico carácter y reducirlos a la condición de estúpidos «gegs» servidores de la máquina en que se habían convertido. No había de costar mucho reavivar en sus corazones el feroz orgullo, el valor legendario de los enanos. Las cenizas parecían frías pero, sin duda, aún debía de arder una llama en alguna parte.

—Podría organizar un ejército y construir naves... ¡Pero no! ¿Qué estoy diciendo? ¿Qué me ha dado, de pronto? —Haplo volvió a cubrirse la mano con gesto irritado.

El perro, encogiéndose ante el áspero tono de voz de su amo, le dirigió una mirada de disculpa creyendo tal vez que había hecho algo malo—. ¡Es mi verdadero carácter, mi naturaleza de patryn, y va a conducirme al desastre! Mi señor me advirtió al respecto: debo moverme con calma. Los gegs no están preparados, ni debo ser yo quien los guíe. Ha de ser uno de los suyos. Limbeck. Sí, he de encontrar el modo de avivar la llama que representa Limbeck.

»En cuanto a ese niño dios, no puedo hacer otra cosa que esperar a ver qué sucede y confiar en mí mismo. Si no es un Satán, tanto mejor, ¿verdad, muchacho?

Inclinándose, Haplo dio unas palmaditas en el flanco del animal. Este, satisfecho de que su amo hubiera recobrado el buen humor, cerró los ojos y exhaló un profundo suspiro.

—Y si resulta ser un sartán —murmuró luego para sí, echándose hacia atrás en su pequeño e incómodo asiento y estirando las piernas—, ¡que mi amo me contenga de arrancarle el corazón a ese bastardo!

Cuando Jarre regresó, Limbeck ya estaba despierto y repasaba nerviosamente su discurso, y Haplo había tomado una decisión.

—Bien —anunció Jarre, radiante, mientras se quitaba el mantón de sus anchos hombros—, todo está preparado para esta noche. Querido, creo que éste va a ser el mitin más concurrido desde que...

—Es preciso que hablemos con el dios —la interrumpió Haplo con su voz calmosa.

Jarre le lanzó una mirada de alarma, recordándole que no debía mencionar aquel tema en presencia de Limbeck.

—¿El dios? —Limbeck los miró tras las gafas que colgaban de su nariz en precario equilibrio—. ¿Qué dios? ¿Qué sucede?

—Limbeck tiene que saberlo —apaciguó Haplo a la irritada Jarre—. Siempre es mejor conocer todo lo que se pueda del enemigo.

—¿Enemigo? ¿Qué enemigo?

Limbeck, pálido pero sereno, se había puesto en pie.

—No creerás en serio que son lo que afirman ser, unos dictores..., ¿verdad? —preguntó Jarre a Haplo, mirándolo con expresión ceñuda y los brazos en jarras.

—No, y eso es lo que debemos demostrar. Tú misma has dicho que, sin duda, se trata de un ardid del survisor jefe para desacreditar nuestro movimiento. Si logramos capturar a ese ser que se proclama dios y demostramos públicamente que no es tal...

—¡... entonces podremos derrocar al survisor jefe! —exclamó Jarre, batiendo palmas con gran excitación.

Haplo bajó la cabeza, fingiendo acariciar al perro, para disimular una sonrisa. El animal alzó los ojos hacia su amo con un aire melancólico e inquieto.

—Cabe esa posibilidad, desde luego, pero debemos avanzar paso a paso —

planteó Haplo tras una pausa, como si hubiera meditado profundamente sobre el asunto—. Antes de nada, es fundamental descubrir quién es ese dios y por qué está aquí.

—¿De quién habláis? ¿Quién está aquí? —A Limbeck le resbalaron las gafas por la nariz. Las colocó de nuevo en su sitio y alzó la voz—. ¡Hablad!

—Lo siento, querido. Todo ha sucedido mientras dormías.

Jarre lo puso al corriente de la llegada del dios del survisor jefe y de que éste había hecho desfilar al niño por las calles de la ciudad. Después, comentó lo que decía y hacía la gente de Drevlin y que unos creían que el niño era un dios y otros, que no lo era...

—... y va a haber problemas. Es eso a lo que te refieres, ¿no? —la cortó Limbeck, terminando la frase. Después, se dejó caer en su asiento y contempló a Jarre con aire sombrío—. ¿*Y* si realmente son los dictores? ¿Y si me he equivocado y por fin han acudido a..., a someter al Juicio a nuestro pueblo? ¡Se sentirán ofendidos y tal vez vuelvan a abandonarnos! —Estrujó el discurso entre sus manos y añadió—: ¡Quizá mis actos hayan causado un gran daño a nuestro pueblo!

Jarre abrió la boca con un gesto de exasperación pero Haplo, con un movimiento de cabeza, le indicó que guardara silencio. Luego, dijo:

—Precisamente por eso es necesario que hablemos con ellos. Si son los sar..., los dictores —se corrigió—, podremos explicarles lo que sucede y estoy seguro de que lo entenderán.

—¡Yo estaba tan convencido...! —exclamó Limbeck, entristecido.

—¡Y sigues teniendo razón, querido! —Jarre se arrodilló junto a él y, tomando su rostro entre ambas manos, lo obligó a volverlo hasta que sus ojos se encontraron—. ¡Ten fe en ti mismo! ¡Ese «dios» es un impostor traído por el survisor jefe! ¡Demostraremos eso, y demostraremos también que el survisor y los ofinistas se han aliado con quienes nos tienen esclavizados! ¡Ésta puede ser nuestra gran oportunidad, la ocasión perfecta para cambiar nuestro mundo!

Limbeck no respondió. Apartó con suavidad las manos de Jarre y las apretó entre las suyas, agradeciéndole en silencio su apoyo. Después, levantó la cabeza y miró fijamente a Haplo, con expresión preocupada.

—Ya has ido demasiado lejos para echarte atrás ahora, amigo mío —dijo el patryn—. Tu gente confía en ti, cree en tu palabra. No puedes decepcionarla.

—Pero, ¿y si estoy equivocado?

—No lo estás —respondió Haplo con convicción—. Incluso si se trata de un dictor, los dictores no son dioses y nunca lo han sido. Son humanos, como yo. Fueron dotados de grandes poderes mágicos, pero siguen siendo mortales. En el caso de que el survisor jefe afirme que el dictor es un dios, pregúntale directamente a éste. Si se trata de un verdadero dictor, te responderá la verdad.

Los dictores siempre decían la verdad. Habían recorrido todo el mundo declarando que no eran seres divinos, aunque tomando sobre sí las responsabilidades propias de los dioses. Su falsa modestia encubría su orgullo y su ambición. Si aquel «dios» era un auténtico sartán, rechazaría su condición divina. Si no lo era, Haplo sabría que estaba mintiendo y no le costaría mucho desenmascararlo.

—¿Podemos ponernos en contacto con él? —preguntó a Jarre.

—Lo tienen con sus compañeros en la Factría —respondió ella, pensativa—. No sé mucho de ese lugar, pero preguntaré a algunos de nuestro grupo que sí lo conocen.

—Debemos darnos prisa. Pronto oscurecerá y el mitin esta anunciado para dentro de dos horas. Deberíamos verlos antes de empezar.

Jarre ya estaba en pie y se encaminaba hacia la salida. Limbeck descansó la cabeza en una mano con un suspiro. Las gafas le resbalaron de la nariz y le cayeron en el regazo, sin que él se diera cuenta.

Haplo admiró la energía y determinación de la enana. Jarre conocía sus limitaciones; ella era capaz de convertir en realidad una visión, pero era Limbeck quien tenía los ojos —por muy cegatos que fueran— para captarla. Ahora debía ser él, Haplo, quien mostrara al geg lo que debía ver.

Jarre regresó con varios gegs de aspecto torvo y aire impaciente.

—Existe un camino de entrada a la Factría, unos túneles que corren por debajo del suelo y tienen una boca junto a la estatua del dictor.

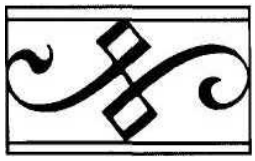
Haplo señaló a Limbeck con un gesto de cabeza. Jarre captó su intención.

—¿Me has oído, querido? Podemos penetrar en la Factría y hablar con el presunto dios. ¿Vamos allá?

Limbeck alzó la cabeza. Bajo la barba, su rostro estaba pálido pero en sus facciones había una expresión de determinación.

—Sí —respondió, levantando una mano para que Jarre no lo interrumpiera—. Me he dado cuenta de que no importa si tengo razón o estoy equivocado. Lo único que importa es descubrir la verdad.

CAPÍTULO 34



WOMBE, DREVLIN,
REINO INFERIOR

Dos guías gegs, Limbeck, Jarre, Haplo y, por supuesto, el perro recorrieron una serie de pasadizos sinuosos y retorcidos que se entrecruzaban, se bifurcaban y taladraban el subsuelo bajo la Tumpa-chumpa. Los túneles eran construcciones antiguas y espléndidas, recubiertos de losas que, por sus formas regulares, parecían producto de la mano del hombre o de las manos metálicas de la Tumpa-chumpa. Aquí y allá, tallados en las losas, descubrieron unos curiosos símbolos. Limbeck estaba absolutamente fascinado con ellos y Jarre a duras penas consiguió convencerlo de que debían darse prisa, recurriendo de nuevo a darle unos tirones de la barba.

Haplo podría haberle contado muchas cosas acerca de los símbolos. Podría haberle explicado que en realidad eran runas, signos mágicos de los sartán, y que aquellas runas grabadas en la piedra eran lo que mantenía secos los túneles a pesar del casi constante flujo de agua de lluvia que rezumaba a través de la coralita porosa. Eran aquellos signos lo que mantenía abiertos los túneles siglos después de que sus constructores los hubieran abandonado.

El patryn estaba tan interesado en los túneles como Limbeck. Cada vez se hacía más evidente que los sartán habían abandonado su trabajo. No sólo eso, sino que lo habían dejado inacabado..., y tal cosa no era en absoluto propia de aquellos humanos que habían conseguido el poder y la consideración de semidioses. La gran máquina, cuyos latidos, golpes y martilleos seguían oyéndose incluso a gran profundidad, funcionaba (según había observado Haplo) por sí misma, siguiendo sus propios impulsos y haciendo su propia voluntad.

Y no hacía nada. Nada creativo que Haplo pudiera observar. Acompañando a Limbeck y a los miembros de la UAPP, Haplo había viajado a lo largo y ancho de Drevlin y había inspeccionado la enorme máquina allí donde había estado. La máquina derribaba edificios, excavaba agujeros, construía nuevos edificios, rellenaba agujeros, rugía y resoplaba, y zumbaba y echaba vapor, todo ello con un inmenso gasto de energía. Pero el resultado de todo ello era que no hacía nada.

Una vez al mes, según había oído Haplo, los «welfos» descendían de lo alto con sus trajes metálicos en sus naves voladoras y recogían la sustancia más preciosa: el agua. Los welfos llevaban siglos haciéndolo y los gegs habían terminado por convencerse de que éste era el propósito último de su amada y sagrada máquina: producir agua para los divinos welfos. Sin embargo, Haplo había constatado que el

agua era un mero subproducto de la Tumpa-chumpa, tal vez incluso un producto de desecho. El propósito de la fabulosa máquina era, sin duda, algo más importante, algo mucho más grandioso que escupir agua para saciar la sed de la nación elfa. No obstante, cuál pudiera ser ese propósito y por qué los sartán se habían marchado antes de alcanzarlo eran dos incógnitas que Haplo no podía ni empezar a desentrañar.

No iba a encontrar la respuesta en los túneles. Tal vez diera con ella más adelante. Haplo, como todos los patryn, había aprendido que la impaciencia —el menor desliz en el control de las tensas riendas con que uno se dominaba a sí mismo— podía conducir al desastre. El Laberinto no tenía piedad con los descuidados. La paciencia, una paciencia infinita, era uno de los regalos que los patryn habían recibido del Laberinto, aunque les llegara empapado en su propia sangre.

Los gegs se mostraban excitados, ruidosos y vocingleros. Haplo avanzó por los túneles tras ellos, sin causar más ruido del que hacía su sombra, recortada por la luz de las lámparas de los gegs. El perro avanzaba al trote junto a él, silencioso y vigilante como su amo.

—¿Estáis seguros de que éste es el camino? —preguntó Jarre en más de una ocasión, cuando daba la impresión de que estaban caminando en interminables círculos.

Los guías gegs le aseguraron que sí. Al parecer, varios ciclos atrás, el cerebro mecánico de la Tumpa-chumpa había decidido que debía abrir los túneles. Y así lo había hecho, taladrando el suelo con sus puños y pies de hierro. Los gegs se habían afanado debajo de ella, apuntalando los muros y proporcionando apoyo a la máquina. Entonces, tan de improvisto como había empezado, la Tumpa-chumpa había cambiado de idea y se había lanzado en otra dirección totalmente distinta. Los dos gegs que ahora los conducían habían formado parte de aquel truno de zapadores y conocían los túneles casi mejor que sus propias casas.

Por desgracia, los túneles no estaban desiertos, como había esperado Haplo. Los gegs los utilizaban para desplazarse de un lugar a otro y, camino de la Factría, los miembros de la Unión se cruzaron con muchos de ellos. La presencia de Haplo creó una gran expectación y los guías se sintieron obligados a proclamar a todos quién era, y que el geg que lo acompañaba era Limbeck. Así, casi todos los gegs que no tenían otros asuntos más urgentes que atender decidieron seguir a la comitiva.

Pronto se congregó una multitud de gegs que avanzaba por los túneles camino de la Factría. «Adiós al sigilo y a la sorpresa», se dijo Haplo, a quien le quedó el consuelo de saber que podría haber recorrido el túnel un ejército de gegs a lomos de dragones aullantes sin que nadie en la superficie se enterase de ello, debido al estruendo de la máquina.

—Hemos llegado —gritó uno de los gegs con voz atronadora, y señaló una escalera metálica vertical que ascendía por un hueco hasta perderse en la oscuridad.

Haplo echó un vistazo al siguiente tramo del túnel, observó la existencia de otras numerosas escaleras similares colocadas a intervalos (era la primera vez que encontraban un fenómeno semejante) y dedujo que el geg tenía razón. Evidentemente, aquellas escaleras conducían a alguna parte. Confió en que llevaran a la Factría.

Haplo indicó por señas a los guías, a Jarre y a Limbeck que se acercaran. Con un gesto de la mano, Jarre mantuvo a distancia al resto del numeroso tropel de gegs.

—¿Qué hay en lo alto de la escalera? ¿Cómo entramos en la Factría?

Los gegs le explicaron que había un agujero en el suelo, cubierto con una tapa de metal. Moviendo la tapa, se accedía a la planta baja de la Factría.

—Esa Factría es un lugar enorme —dijo Haplo—. ¿A qué lugar de ella saldremos? ¿En cuál se encuentra ahora ese dios?

Sus preguntas provocaron una larga discusión. Un geg había oído que el dios estaba en la sala del dictor, dos pisos por encima de la planta baja. Según el otro geg, había sido conducido a la Sala de Juntos por orden del survisor jefe.

—¿Qué es eso? —preguntó Haplo con voz paciente.

—Es el lugar donde se celebró *mi* juicio —explicó Limbeck, a quien se le iluminó el rostro con el recuerdo de su momento de suprema importancia—. Presiden el lugar la estatua de un dictor y la silla que ocupa el survisor jefe durante el juicio.

—¿Dónde queda esa sala?

Los gegs calcularon que un par de escaleras más allá y todo el grupo avanzó en esa dirección. Los dos guías continuaron discutiendo entre ellos hasta que Jarre, tras lanzar una avergonzada mirada a Haplo, les ordenó en tono severo que cerraran la boca.

—Les parece que es por aquí —añadió a continuación, apoyando la mano en los peldaños metálicos de la escalera vertical.

Haplo asintió.

—Yo iré delante —indicó, en el tono de voz más bajo que le permitiera hacerse oír sobre el estruendo de la máquina.

Los guías gegs protestaron. Era su aventura: ellos conducían al grupo y ellos tenían que ser los primeros en subir.

—Ahí arriba podría haber gardas del survisor jefe —insinuó Haplo—. Y ese presunto dios podría ser peligroso.

Los gegs se miraron el uno al otro, volvieron los ojos hacia Haplo y se apartaron de la escalera. No hubo más discusiones.

—¡Pero yo quiero verlos! —protestó entonces Limbeck, que empezaba a pensar que habían llegado hasta allí para nada.

—¡Silencio! —Lo reprendió Haplo—. Ya los verás. Sólo voy a subir para..., para echar un vistazo. Un reconocimiento. Volveré a buscarte cuando no haya riesgos.

—Haplo tiene razón, Limbeck, así que estate quieto —intervino Jarre—. Tú tendrás tu oportunidad muy pronto. ¡Sería un desastre que el survisor nos detuviera antes del mitin de esta noche!

Insistiendo en la necesidad de guardar silencio —al oír lo cual todos los *gegs* lo miraron como si estuviera completamente chiflado—, Haplo se volvió hacia la escalera.

—¿Qué hacemos con el perro? —preguntó Jarre—. No puede subir los peldaños y tú no puedes llevarlo encima.

Haplo se encogió de hombros, despreocupado.

—No le pasará nada, ¿verdad, perro? —Se inclinó y dio unas palmaditas en la cabeza al animal—. Tú, quieto aquí, ¿de acuerdo? Quieto.

El perro, con la boca abierta y la lengua fuera, se tumbó en el suelo y miró a su alrededor con interés y con las orejas muy erguidas.

Haplo inició el ascenso, escalando los peldaños lenta y cuidadosamente y dando tiempo a que sus ojos se acostumbraran a la creciente oscuridad a medida que se alejaba de la brillante luz de las lámparas. La subida no fue muy larga y pronto advirtió que la luz procedente del fondo del hueco arrancaba reflejos como alfileres de una superficie metálica situada encima de él.

Extendió el brazo hacia la plancha metálica, apoyó la mano en ella y empujó hacia arriba con cautela y suavidad. La plancha cedió sin ofrecer resistencia y —comprobó aliviado— sin hacer ruido. No era que temiese problemas, sino que deseaba tener ocasión de observar a aquellos «dioses» sin que ellos lo vieran. Pensando con tristeza que, en los viejos tiempos, la amenaza —o promesa— del peligro habría movido a los enanos a lanzarse escaleras arriba en un vociferante tropel, Haplo maldijo en silencio a los sartán, levantó discretamente la tapa y asomó la cabeza.

Los focos bañaban la Factría con una luz mucho más intensa que la del día. Haplo pudo observar el lugar con toda claridad y comprobó, complacido, que los guías habían acertado en sus cálculos. Justo en su línea de visión se alzaba la estatua de una figura alta, envuelta en una túnica y encapuchada. Descansando en las inmediaciones de la estatua había tres siluetas humanas: dos adultos y un niño. A primera vista, ésta fue la impresión que le causaron, pero Haplo se dijo que los sartán también eran de ascendencia humana.

Inspeccionó detenidamente a cada uno de los tres pero, aun así, se vio obligado a reconocer que no era capaz de distinguir, por su mero aspecto, si aquellos humanos eran o no sartán. Uno de los adultos estaba sentado a la sombra de la estatua. Vestido con ropas sencillas, parecía de mediana edad y tenía un cabello ralo, con grandes entradas que destacaban aún más su frente abovedada y sobresaliente, y su rostro surcado de arrugas y cargado de inquietud. El hombre se movió, nervioso, y volvió

una mirada preocupada hacia el niño. Al hacerlo, Haplo advirtió que sus movimientos, en especial los de manos y pies, eran torpes y desgarbados.

En agudo contraste con éste, el otro adulto presente tenía un aspecto tal que Haplo habría podido tomarlo por un colega superviviente del laberinto. Ágil y musculoso, el hombre producía la impresión de mantenerse en un involuntario estado de vigilia a pesar de que yacía en el suelo, relajado, fumando una pipa. Su rostro, con los profundos y oscuros cortes y la barba negra y crespa, reflejaba un alma de duro y frío hierro.

El niño era un niño, nada más, aunque era de destacar su considerable guapura. Un extraño trío. ¿Qué los habría juntado? ¿Qué los habría llevado allí?

Al pie de la escalera, uno de los excitadísimos gegs olvidó la orden de guardar silencio y preguntó a gritos —en lo que a él debió parecerle apenas un susurro— si Haplo podía ver algo.

El hombre de la barba crespa reaccionó al instante, se puso en pie de un brinco y sus ojos recorrieron las sombras mientras cerraba la mano en torno a la empuñadura de una espada. Haplo escuchó un resonante bofetón debajo de él y supo que Jarre había castigado convenientemente al infractor.

—¿Qué sucede, Hugh? —preguntó el hombre sentado a la sombra de la estatua. La voz era humana y temblaba de nerviosismo.

El hombre al que había llamado Hugh se llevó los dedos a los labios y dio unos pasos cautos en dirección a Haplo; no bajó la mirada pues de lo contrario habría visto la plancha, sino que continuó escrutando las sombras.

—Me ha parecido oír algo.

—No sé cómo puedes oír nada, aparte del matraqueo de esta maldita máquina —declaró el chiquillo mientras daba cuenta de un pedazo de pan, vuelto hacia la estatua.

—Cuida tu lenguaje, Alteza —lo regañó el hombre nervioso. Éste se había puesto en pie y parecía dispuesto a unirse a Hugh en su búsqueda, pero dio un traspié y sólo se salvó de caer de bruces agarrándose a la estatua—. ¿Ves algo, Hugh?

Los gegs, debido sin duda a la amenaza de recibir una caricia de Jarre, lograron guardar completo silencio. Haplo permaneció inmóvil, sin atreverse a respirar apenas, mirando y escuchando con atención.

—No —respondió Hugh—. Vuelve a sentarte antes de que te mates, Alfred.

—Habrá sido la máquina, hazme caso —replicó Alfred con cara de querer convencerse a sí mismo.

El muchacho, aburrido, arrojó el pedazo de pan al suelo y anduvo unos pasos hasta colocarse justo delante de la estatua del dictor. Una vez allí, alargó la mano para tocarla.

—¡No! —gritó Alfred con voz alarmada.

El muchacho dio un brinco y retiró la mano.

—¡Me has asustado! —exclamó en tono acusador.

—Lo siento, Alteza. Por favor..., aléjate de la estatua.

—¿Por qué? ¿Me va a hacer daño?

—No, Alteza. Sólo sucede que la estatua del dictor es..., es sagrada para los gegs. Seguro que no les gustaría ver que la molestas.

—¡Bah! —Replicó el pequeño, echando un vistazo a la Factría—. Se han ido todos. Además, parece como si la estatua quisiera darme la mano o algo así —soltó una risilla—. Tal como tiene puesta la mano, realmente parece que quiera estrecharla con la mía...

—¡No! ¡Alteza!

Pero el torpe hombrecillo llegó tarde para impedir que el muchacho alargara el brazo y encajara su mano en la palma mecánica del dictor. Para delicia del príncipe, el globo ocular parpadeó con una luz brillante.

—¡Mira! —Bane apartó la mano desesperada de Alfred, que intentaba tirar de su brazo—. ¡Déjame seguir! ¡Se ven imágenes! ¡Quiero mirar!

—¡Alteza, debo insistir! ¡Ahora estoy seguro de que he oído algo! Los gegs...

—Me parece que podemos tratar con esos gegs —lo interrumpió Hugh, acercándose para observar las imágenes—. Déjalo seguir, Alfred. Yo también quiero ver qué aparece.

Aprovechando la distracción del trío, Haplo emergió furtivamente del agujero, llevado también él de un profundo interés por la estatua.

—¡Mirad, es un mapa! —exclamó el pequeño, muy excitado.

Los tres estaban concentrados en el globo ocular. Haplo se acercó con sigilo por detrás y reconoció las imágenes que parpadeaban en la superficie del ojo como un mapa del Reino del Aire. Un mapa considerablemente parecido al que su amo había descubierto en las Mansiones de los Sartán, en el Nexo. En la parte superior estaban las islas conocidas como los Señores de la Noche. Debajo de ellas quedaba el firmamento y en sus proximidades flotaba la isla del Reino Superior. Después venía el Reino Medio. Más abajo aparecían el Torbellino y la tierra de los gegs.

Lo más sorprendente era que el mapa se movía. Las islas se desplazaban en sus órbitas oblicuas, las nubes de la tormenta giraban en espiral y el sol quedaba oculto periódicamente por los Señores de la Noche.

Luego, de pronto, las imágenes cambiaron. Las islas y continentes dejaron de trazar sus órbitas y se alinearon en fila, cada reino inmediatamente debajo del superior. A continuación, la imagen parpadeó, titubeó y se detuvo.

El llamado Hugh no pareció muy impresionado.

—Una linterna mágica. Ya las había visto en el reino de los elfos.

—Pero ¿que significa? —Preguntó el muchacho, mirando con fascinación el

globo—. ¿Por qué todo da vueltas y, de pronto, se detiene?

Haplo estaba haciéndose la misma pregunta. También había visto con anterioridad una linterna mágica. En su nave llevaba algo parecido, que proyectaba imágenes del Nexo, pero había sido diseñado por su amo y era mucho más complicado. A Haplo le dio la impresión de que debía haber más imágenes de las que estaban viendo, pues se habían detenido bruscamente y se advertía que quedaba alguna a medio pasar.

Se escuchó entonces un grave chirrido y, de pronto, las imágenes se animaron de nuevo. Alfred, a quien Haplo tomó por una especie de criado, empezó a extender la mano para estrechar la de la estatua, con el probable propósito de detenerlas.

—Por favor, no lo hagas —dijo Haplo con su voz calmosa.

Hugh giró en redondo, desenvainó la espada y se enfrentó al intruso con una agilidad y una habilidad que Haplo aplaudió interiormente. El hombre nervioso cayó derrumbado al suelo y el niño, volviéndose, contempló al patryn con unos ojos azules en los que, más que miedo, había astucia y curiosidad.

Haplo permaneció donde estaba con las manos en alto, mostrando las palmas.

—No estoy armado —le aseguró a Hugh. Al patryn no le daba ningún miedo la espada del hombre. No había en aquel mundo ninguna arma que pudiera herirlo, protegido como estaba por las runas grabadas en su cuerpo, pero debía evitar la lucha pues el mero acto de protegerse pondría al descubierto, a ojos conocedores, quién y qué era realmente—. No le deseo ningún mal a nadie. —Sonrió y se encogió de hombros, siempre con las manos levantadas y visibles—. Soy como el chico. Sólo quiero ver las imágenes.

De todos ellos, fue el chico quien más intrigó a Haplo. El cobarde criado, hecho un patético guiñapo en el suelo, no mereció su interés. Respecto al hombre que parecía ser un guardaespaldas, también podía despreocuparse de él una vez que hubo comprobado su fuerza y agilidad. En cambio, cuando miró al chiquillo, Haplo notó un escozor en los signos mágicos de su pecho y supo, gracias a esa sensación, que le estaba afectando algún encantamiento. Su propia magia entraba en acción automáticamente para repelerlo, pero Haplo advirtió con sorpresa que el hechizo que intentaba arrojarle el pequeño no habría funcionado en ningún caso. Su magia, fuera cual fuese el origen, había sido destruida.

—¿De dónde has salido? ¿Quién eres? —exigió saber Hugh.

—Me llamo Haplo. Mis amigos, los gegs —señaló el agujero del que había salido; al escuchar una conmoción, supuso que el siempre curioso Limbeck había subido tras él— y yo nos hemos enterado de vuestra llegada y hemos decidido que debíamos encontrarnos y hablar en privado, si era posible. ¿Hay gardas del survisor jefe por aquí?

Hugh bajó un tanto la espada, aunque sus ojos pardos siguieron atentos al menor movimiento de Haplo.

—No, se han marchado. Pero probablemente nos vigilan.

—Sin duda. Entonces, no tenemos mucho tiempo antes de que se presente alguien.

Limbeck apareció detrás de Haplo, jadeando y resoplando después de su rápido ascenso por la escalerilla. El geg miró de reojo la espada de Hugh, pero pudo más la curiosidad que el miedo.

—¿Sois dictores? —preguntó, pasando la mirada de Haplo al muchacho.

Haplo, que observaba atentamente a Limbeck, vio una expresión de asombro que alisaba su rostro. Los ojos miopes del geg, empequeñecidos tras las gafas, se abrieron como platos.

—Tú eres un dios, ¿verdad?

—Sí —respondió el niño, en el idioma de los gegs—. Soy un dios.

—¿Alguno de ésos habla la lengua de los humanos? —preguntó Hugh, indicando a Limbeck, Jarre y los otros dos gegs, que asomaban con cautela la cabeza por el agujero.

Haplo dijo que no con la cabeza.

—Entonces, a ti puedo decirte la verdad —le confío Hugh—. Ese chico es tan dios como tú o como yo. —A juzgar por la expresión de los ojos pardos, Hugh había llegado a la misma conclusión respecto a Haplo que éste respecto a él. Seguía mostrándose cauto, suspicaz y alerta, pero las posadas llenas obligan a veces a dormir con extraños compañeros de cama, si no quiere uno pasar la noche al raso—. El Torbellino atrapó nuestra nave y la estrelló contra Drevlin, no lejos de aquí. Los gegs nos han encontrado y nos han tomado por dioses, de modo que les hemos seguido la corriente.

—Igual que yo —dijo Haplo, asintiendo. Dirigió una mirada al criado, que había abierto los ojos y miraba a su alrededor con aire confundido—. ¿Quién es ése?

—El chambelán del chico. Yo soy Hugh, *la Mano.* Ése es Alfred y el niño se llama Bane y es hijo del rey Stephen de Ulyandia y las Volkaran.

Haplo se volvió hacia Limbeck y Jarre —que observaba al trío con intensa suspicacia— y efectuó las presentaciones. Alfred se incorporó, tambaleándose, y contempló a Haplo con una curiosidad que aumentó al ver sus manos vendadas.

Haplo, advirtiendo la mirada de Alfred, tiró tímidamente de las vendas.

—¿Estás herido, señor? —Preguntó con aire respetuoso el chambelán—. Perdona la pregunta, pero me he fijado en los vendajes que llevas. Tengo cierta experiencia en curaciones y...

—No, gracias. No estoy herido. Se trata de una enfermedad de la piel, habitual entre mi pueblo. No es contagiosa ni me causa ningún dolor, pero las pústulas que produce no son agradables de ver.

En el rostro de Hugh apareció una mueca de desagrado. Alfred palideció

ligeramente y se esforzó por expresar su condolencia con las palabras adecuadas. Haplo observó la reacción general con secreta satisfacción y consideró que nadie iba a hacerle más preguntas acerca de sus manos.

Hugh envainó la espada y se acercó.

—¿Tu nave también se estrelló? —preguntó a Haplo en voz baja.

—Sí.

—¿Y quedó destruida?

—Por completo.

—¿De dónde procedes?

—De más abajo. Soy de una de las islas inferiores. Probablemente, nunca habrás oído hablar de ellas. No son muchos lo que conocen su existencia. Estaba librando un combate en mi tierra cuando la nave resultó alcanzada y perdí el control...

Hugh avanzó unos pasos hacia la estatua. Profundamente absorto en la conversación, al parecer, Haplo lo imitó. Sin embargo, tuvo tiempo de echar una mirada indiferente al criado. La piel de Alfred había adquirido una palidez mortal y sus ojos seguían fijos en las manos del patryn, como si el chambelán ansiara con desesperación atravesar las vendas con la mirada.

—Entonces, tú también estás atrapado aquí, ¿no es eso? —inquirió *la Mano.*

Haplo asintió.

—¿Y quieres...? —Hugh no terminó la frase. Estaba seguro de cuál iba a ser la respuesta, pero quería que fuera su interlocutor quien la pronunciara.

—¡... quiero salir! —completó sus palabras Haplo, categóricamente.

Esta vez fue Hugh quien asintió. Los dos hombres se entendían a la perfección. Entre ellos no existía confianza, pero ésta no era necesaria mientras cada uno de ellos pudiera utilizar al otro para conseguir un objetivo común. Eran compañeros de cama que, al parecer, no se pelearían por las mantas. Los dos continuaron su conversación en un murmullo, estudiando el problema que debían resolver.

Alfred seguía mirando las manos del desconocido. Bane, con el entrecejo fruncido, observaba también a Haplo. Los dedos del chiquillo acariciaban el amuleto que colgaba de su cuello. Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la pregunta de Limbeck.

—Entonces, ¿no eres un dios? —Llevado por un impulso irresistible, Limbeck se había acercado a Bane.

—No —respondió éste, apartando los ojos de Haplo. Cuando se volvió hacia el geg, el príncipe dulcificó rápida y cuidadosamente su áspera expresión—. No lo soy, pero mis compañeros me han aconsejado que le dijera lo contrario a ese rey vuestro, el survisor, para que no nos hicieran daño.

—¿Haceros daño? —Limbeck parecía desconcertado. Tal idea escapaba de su comprensión.

—En realidad, soy un príncipe del Reino Superior —prosiguió el chiquillo—. Mi padre es un poderoso hechicero. Ibamos a verlo cuando nuestra nave se accidentó.

—¡Me encantaría ver el Reino Superior! —Exclamó Limbeck—. ¿Cómo es?

—No estoy seguro. No lo he visitado nunca, ¿sabes? He pasado toda mi vida en el Reino Medio, con mi padre adoptivo. Es una larga historia.

—Tampoco yo he estado nunca en el Reino Medio, pero he visto grabados en un libro que descubrí en una nave welfa. Te contaré cómo lo encontré.

Limbeck empezó a recitar su narración preferida: la de cómo había topado con la nave elfa. Bane, impaciente, volvió la cabeza para mirar a Haplo y Hugh, que conferenciaban delante de la estatua del dictor. Alfred seguía murmurando para sí. Nadie prestaba la menor atención a Jarre.

A ésta no le gustaba nada de lo que veía. No le gustaban los dos dioses altos y fornidos que intercambiaban ideas y hablaban en un idioma incomprensible para ella. No le gustaba la manera en que Limbeck miraba al niño dios, ni la manera en que éste miraba a los demás. Ni siquiera le gustaba cómo había tropezado y caído al suelo el otro dios alto y desgarbado. Jarre tuvo la sensación de que aquellos dioses, como parientes pobres que llegaran de visita, iban a devorar toda la comida y, cuando hubieran dado cuenta de ella, se marcharían dejando a los gegs con la despensa vacía.

Jarre se acercó furtivamente a los dos guías gegs, que aguardaban nerviosos junto a la boca del pozo.

—Decid a todos que suban —les dijo en el tono de voz más bajo posible para un geg—. El survisor jefe ha tratado de engañarnos con unos falsos dioses. ¡Los capturaremos y los llevaremos ante el pueblo para demostrar que el survisor es un falsario!

Los guías observaron a los presuntos dioses y cruzaron una mirada. Aquellos dioses no parecían demasiado impresionantes. Eran altos, sí, pero no muy robustos. Sólo uno de ellos portaba un arma de aspecto intimidador. Si se le echaba encima un montón de gegs, no tendría ocasión de emplearla. Haplo había lamentado la desaparición del legendario valor de los gegs, pero la llama no se había apagado por completo. Sólo había quedado enterrada bajo siglos de sumisión y de trabajos forzados. Ahora que se habían removido las ascuas, esa llama empezaba a parpadear de nuevo aquí y allá.

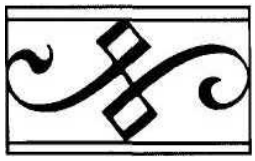
La pareja de gegs descendió por la escalerilla, presa de una gran excitación. Jarre se inclinó hacia adelante y observó cómo bajaban los peldaños. El rostro cuadrado de la enana, débilmente iluminado por las luces del fondo del pozo, resultaba imponente, casi etéreo, visto desde abajo. Más de un geg evocó de improviso una imagen de los tiempos antiguos, cuando las sacerdotisas de los clanes los convocaban a la guerra.

Ruidosos, pero exhibiendo la misma disciplina con la que habían aprendido a servir a la gran máquina, los gegs subieron uno tras otro por la escalera. El estruendo

incesante que lo llenaba todo hizo que nadie los oyera.

Olvidado en la confusión, el perro de Haplo permaneció tendido al pie de la escalera. Con el hocico sobre las patas, miró y escuchó, y pareció sopesar si su amo había hablado en serio, realmente, al decirle que se quedara allí, quieto.

CAPÍTULO 35



WOMBE, DREVLIN,
REINO INFERIOR

Haplo escuchó un gañido y notó que una pata le tocaba la pierna. Apartando la atención de las imágenes que aparecían en el globo ocular del dictor, volvió la vista hacia sus pies.

—¿Qué sucede, muchacho? Creía haberte dicho que... ¡Ho! —El patryn advirtió la presencia de los gegs que surgían del agujero.

Simultáneamente, *la Mano* escuchó un ruido tras él y le dio la espalda a Haplo, volviéndose hacia la entrada principal de la Factría.

—Tenemos compañía —masculló Hugh—. El survisor jefe y sus guardianes.

—Por aquí también llegan visitas —replicó Haplo.

Hugh dirigió una rápida mirada hacia el agujero y llevó la mano a la espada, pero Haplo movió la cabeza en gesto de negativa.

—No, nada de luchas. Son demasiados y, además, no pretenden hacernos daño. Quieren aclamarnos. Somos su premio o su botín. Parece que estamos atrapados en mitad de unos disturbios. Será mejor que te ocupes de ese príncipe tuyo.

—Es una inversión para mí... —empezó a decir Hugh.

—¡Los gardas! —exclamó Jarre al descubrir la presencia del survisor jefe—. ¡Deprisa! ¡Coged a los dioses antes de que nos lo impidan!

—Entonces, será mejor que vayas a proteger tu inversión —sugirió Haplo.

—¿Qué sucede? —soltó Alfred al ver que Hugh corría hacia el príncipe, espada en mano.

Los dos grupos de gegs intercambiaban gritos e insultos, agitaban los puños y recogían armas improvisadas del suelo de la Factría.

—Tenemos problemas. Coge al chico y ve con... —comenzó a decir Hugh—. ¡No! ¡Maldita sea, no vayas a desmayarte...!

Alfred puso los ojos en blanco. Hugh alargó la mano para darle una sacudida, un bofetón o algo parecido, pero era demasiado tarde. El cuerpo fláccido del chambelán se derrumbó y rodó sin gracia a los pies de la estatua del dictor.

Los gegs se precipitaron hacia los dioses. El survisor jefe advirtió al instante el peligro y ordenó a sus gardas que cargaran contra los gegs. Con gritos vehementes, unos a favor de la Unión y otros en defensa del survisor, los dos grupos chocaron. Por primera vez en la historia de Drevlin, se produjo un intercambio de golpes con derramamiento de sangre. Haplo cogió a su perro en brazos, se retiró entre las

sombras y observó la escena en silencio, con una sonrisa.

Jarre se quedó cerca del agujero, ayudando a los gegs a salir e incitándolos a atacar. Cuando hubo subido el último geg de los túneles, miró a su alrededor y descubrió que la pelea ya había estallado sin ella. Peor aún, había perdido completamente de vista a Limbeck, Haplo y los tres extraños seres. Encaramándose de un salto a una caja, echó una ojeada sobre las cabezas de la masa de combatientes y advirtió la presencia del survisor y del ofinista jefe cerca de la estatua del dictor. Horrorizada, comprobó que los dos dirigentes aprovechaban la confusión para llevarse en secreto no sólo a los dioses, ¡sino también al augusto líder de la UAPP!

Furiosa, Jarre saltó de la caja y corrió hacia ellos, pero se encontró en medio del tumulto. A empujones, apartando a manotazos a los gegs que se interponían en su camino, se abrió paso dificultosamente hacia la estatua. Cuando llegó por fin a su objetivo estaba sofocada y jadeante, llevaba los pantalones desgarrados y el cabello caído sobre el rostro, y tenía un ojo cerrado de un golpe.

Los dioses habían desaparecido. Limbeck había desaparecido. El survisor jefe se había salido con la suya.

Con el puño apretado, Jarre se disponía a sacudir en la cabeza al primer garda que se acercara a ella cuando escuchó un gemido y, al mirar hacia abajo, vio dos grandes pies apuntando hacia el techo. No eran unos pies de geg. ¡Eran los pies de un dios!

Jarre rodeó a toda prisa la peana hasta quedar frente a la figura del dictor y advirtió con asombro que la base de la estatua estaba abierta de par en par. Uno de los dioses del survisor —el alto y desgarbado— había caído al parecer por aquella abertura y se hallaba en ella, mitad dentro y mitad fuera.

—¡He tenido suerte! —exclamó Jarre—. ¡Al menos, tengo a éste!

Volvió una mirada temerosa a su espalda, esperando encontrar a los gardas del survisor, pero nadie le había prestado atención en el fragor de la lucha. El survisor debía de estar concentrado en conducir a los dioses fuera de peligro y, sin duda, nadie había echado en falta a aquél, hasta el momento.

—Pero no tardarán en hacerlo. Tenemos que sacarte de aquí —murmuró Jarre. Al llegar junto al dios, vio que estaba caído en una escalera que conducía al interior de la estatua. Los peldaños, que descendían bajo el nivel del suelo, proporcionaban una vía de escape rápida y cómoda.

La enana vaciló. Estaba violando la estatua, el objeto más sagrado de los gegs. No tenía idea de por qué había aparecido allí aquella abertura ni de adonde conducía, pero no importaba. Sólo tenía intención de utilizar el hueco como escondite temporal. Esperaría allí dentro hasta que todo el mundo se hubiera marchado. Jarre pasó por encima del dios inconsciente y descendió unos peldaños. Después se volvió, tomó por las axilas al dios y lo arrastró al interior de la estatua dando tumbos, jadeando y a punto de resbalar.

Jarre no tenía ningún plan concreto en la cabeza. Sólo esperaba que, cuando el survisor jefe volviera en busca de aquel dios y descubriera la abertura en la estatua, ella ya hubiese conseguido trasladarlo a escondidas a la sede central de la UAPP.

Sin embargo, cuando tiró de los pies del dios para introducirlos en el hueco, la abertura se cerró silenciosa e inesperadamente y Jarre se encontró en completa oscuridad.

Se quedó sin mover un músculo e intentó decirse a sí misma que no sucedía nada, pero el pánico continuó creciendo en su interior hasta que le pareció que iba a reventar. La causa de aquel pánico no era el miedo a la oscuridad pues los gegs, que pasaban casi toda su vida en el interior de la Tumpa-chumpa, estaban acostumbrados a la ausencia de luz. Jarre se estremeció. Le sudaban las manos, tenía la respiración acelerada, el corazón le latía desbocado, y no sabía por qué. Entonces, de pronto, lo descubrió.

Todo estaba en silencio.

No se escuchaba la máquina, no llegaban a sus oídos los reconfortantes estampidos, silbidos y martilleos que habían arrullado sus sueños desde que naciera. Ahora no reinaba más que un silencio terrible, sobrecogedor. La vista es un sentido externo y separado del cuerpo, una imagen en la superficie del ojo. El sonido, en cambio, penetra en los oídos, en la cabeza, y vive en el interior de uno. En ausencia de otro sonido, el silencio resuena.

Abandonando al dios en la escalera, sobreponiéndose al dolor y olvidando el miedo a los gardas, Jarre se lanzó contra la puerta cerrada de la estatua.

—¡Socorro! —gritó—. ¡Ayudadme!

Alfred recuperó el conocimiento pero, al incorporar la cabeza, empezó a escurrirse involuntariamente escaleras abajo y sólo se salvó de la caída agarrándose por puro reflejo a los peldaños hasta detenerse. Lleno de perplejidad, envuelto en una oscuridad total y con una *geg* chillando como un silbato de vapor junto a su oído, el chambelán tuvo que preguntar varias veces qué estaba sucediendo. La geg continuó sin prestarle atención. Por último, ascendiendo a gatas y a ciegas los peldaños por los que acababa de deslizarse, extendió una mano en dirección a la casi histérica Jarre.

—¿Dónde estamos?

Ella continuó dando golpes y chillando, sin hacerle el menor caso.

—¿Dónde estamos? —Alfred agarró a la geg con sus manazas (sin saber muy bien, en la oscuridad, por dónde la sujetaba) y empezó a zarandearla con energía—. ¡Basta! ¡Esto no sirve de nada! ¡Dime dónde estamos y tal vez pueda encontrar el modo de que los dos salgamos de aquí!

Sin entender muy bien lo que Alfred le decía, pero molesta con sus modales bruscos, Jarre volvió en sí con un jadeo y apartó al chambelán con un empujón de sus robustos brazos. Alfred trastabilló, resbaló y estuvo a punto de rodar escaleras abajo,

pero consiguió evitar la caída.

—¡Ahora, escúchame! —Dijo Alfred, separando cada palabra y pronunciándolas lentamente y con claridad—. ¡Dime dónde estamos y tal vez pueda ayudarte a salir!

—¡No sé cómo! —Con la respiración aún alterada, temblando de pies a cabeza, Jarre rehuyó a Alfred encogiéndose todo lo posible en el rincón opuesto de la escalera —. Aquí eres un extraño. ¿Cómo ibas a ayudarme?

—¡Tú dime dónde estamos! —Le rogó Alfred—. Ahora no puedo explicártelo pero, al fin y al cabo, ¿qué mal hay en ello?

—Bueno... —musitó Jarre, pensativa—. Estamos en el interior de la estatua.

—¡Ah! —exclamó Alfred.

—¿Qué significa ese « ¡ah!»?

—Significa que..., hum..., que ya me lo había parecido.

—¿Puedes hacer que se abra de nuevo?

No, no podía. Ni él ni nadie. Desde dentro, era imposible. Sin embargo, ¿cómo era que sabía tal cosa, si no había estado nunca allí? ¿Qué podía responder a la geg? Alfred agradeció que el lugar estuviera a oscuras. No servía para mentir y el hecho de que no pudiera verle el rostro, ni ella ver el suyo, hacía más fáciles las cosas.

—Bueno..., no estoy seguro, pero lo dudo. Verás, hum... Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Eso no importa.

—Claro que sí. Estamos los dos aquí, juntos en la oscuridad, y es preciso que sepamos quiénes somos. Yo me llamo Alfred, ¿y tú?

—Jarre. Continúa. Si has abierto una vez, ¿por qué no puedes volver a hacerlo?

—Yo..., yo no he hecho nada —balbució Alfred—. Creo que se abrió por casualidad. Verás, tengo esa maldita costumbre de desmayarme cuando me asusto. Es una reacción que no puedo controlar. Vi la lucha, y que algunos de los tuyos corrían hacia nosotros y..., y perdí el sentido. —Hasta este punto, todo era verdad. Lo que vino a continuación, ya no—. Supongo que, al caer, debí de tropezar con algo que hizo que la estatua se abriera.

Y Alfred añadió para sí: «Cuando recuperé el conocimiento, alcé la vista hacia la estatua y, por primera vez en muchísimo tiempo, me sentí seguro y a salvo y lleno de una paz profunda e intensa. La sospecha que había despertado en mi mente, la responsabilidad, las decisiones que me veré obligado a tomar si tal sospecha se confirma, me abrumaron. Deseé escapar y mi mano se movió por propia voluntad, sin que yo la guiara, hasta tocar la túnica de la estatua en determinado lugar, de determinada manera.

»La base se abrió, mostrando un hueco, pero la enormidad de mi acto debió resultarme excesiva en aquel instante y supongo que me desmayé otra vez. Entonces se acercaría la geg y, buscando cobijo de la refriega que se había desencadenado en la

Factría, me arrastraría aquí dentro. La base ha debido cerrarse automáticamente, y así seguirá. Sólo quienes conocen la manera de entrar saben el modo de salir. Nadie que descubriese la entrada por casualidad podría regresar para contarlo. ¡Ah!, tales curiosos no morirían. La magia, la máquina, se ocuparía de ellos y los cuidaría muy bien. Pero serían sus prisioneros el resto de sus vidas.»

Por fortuna, se dijo Alfred, él conocía el modo de entrar y también el de salir. Sin embargo, ¿cómo podía explicárselo a la geg?

Le vino a la cabeza un pensamiento terrible. Según la ley, debería dejar a Jarre allí dentro. Al fin y al cabo, ella tenía la culpa por haber entrado en la estatua sagrada. Pero, por otra parte, reflexionó Alfred, con una vocecilla acusadora en la conciencia, tal vez Jarre se había puesto en peligro por él, tratando de salvarle la vida. No podía abandonarla sin más. Y decidió que no lo haría, dijera lo que dijese la ley. No obstante, de momento, todo resultaba muy confuso. ¡Ojalá no se hubiera dejado llevar por su debilidad!

—¡No pares! —Jarre se agarró a él.

—¿Parar, qué?

—¡No dejes de hablar! ¡Es el silencio! ¡No puedo soportarlo! ¿Por qué no se oye nada, aquí dentro?

—Se construyó así a propósito —respondió Alfred con un suspiro—. Se diseñó para ofrecer descanso y refugio. —El chambelán había tomado una decisión. Probablemente no era la acertada, pero eran contadas las decisiones correctas que había adoptado en su vida, de modo que...—. Pronto voy a sacarte de aquí, Jarre.

—¿Conoces el modo?

—Sí.

—¿Cuál es? —Jarre era terriblemente suspicaz.

—No te lo puedo explicar. De hecho, vas a ver muchas cosas que no entenderás y que no puedo explicarte. Ni siquiera puedo pedirte que confíes en mí porque, como es obvio, no me conoces y no espero que me creas. —Alfred hizo una pausa y meditó sus siguientes palabras—. Míralo de este modo: ya has intentado salir por ahí y no has podido. Ahora, puedes hacer dos cosas: quedarte aquí, o acompañarme y dejar que te conduzca fuera.

Alfred escuchó que Jarre tomaba aire para replicar, pero se le adelantó.

—Hay una cosa más que deberías meditar. Yo quiero regresar con los míos tan desesperadamente como tú deseas volver con los tuyos. Ese niño que has visto está a mi cuidado, y el hombre siniestro que lo acompaña me necesita, aunque no lo sepa.

Alfred permaneció un momento en silencio pensando en el otro hombre, el que se hacía llamar Haplo, y advirtió que allí dentro el silencio era muy intenso, más de lo que recordaba.

—Te acompañaré —dijo Jarre—. Lo que has dicho parece razonable.

—Gracias —contestó Alfred con aire grave—. Ahora, guarda silencio un momento. La escalera es empinada y peligrosa, a oscuras.

Alfred alargó la mano y palpó la pared a su espalda. Era de piedra, como los túneles, y resultaba lisa al tacto. Pasó la mano por su superficie y, casi en el ángulo donde se encontraban la pared y los peldaños, sus dedos notaron unas líneas, espirales y muescas talladas en la piedra, que formaban un dibujo bien conocido para el chambelán. Mientras las yemas de sus dedos recorrían los ásperos bordes de los signos grabados, siguiendo los trazos de un dibujo que su mente reconocía claramente, Alfred pronunció la runa.

El signo mágico que estaba tocando empezó a brillar con una luz azul, suave y radiante. Jarre, al ver aquello, contuvo el aliento y retrocedió hasta topar con la pared. Alfred le dio unas suaves palmaditas en el brazo para tranquilizarla y repitió la runa. Un signo esotérico tallado junto al primero y en contacto con él empezó a irradiar el mismo fulgor mágico. Pronto, una tras otra, aparecieron en la oscuridad una serie de runas que se extendían a lo largo de la empinada escalera. Al pie de ésta, marcaban una curva que conducía hacia la derecha.

—Ahora ya podemos bajar sin peligro —dijo Alfred mientras se incorporaba y sacudía de sus ropas el polvo de incontables siglos. Con palabras y gestos deliberadamente enérgicos y un tono de voz indiferente, le tendió la mano a Jarre—. Si puedo prestarte ayuda...

Jarre titubeó, tragó saliva y se ciñó con más fuerza el manto en torno a los hombros. Luego, apretando los labios y con rostro ceñudo, apoyó su manita encallecida por el trabajo en la de Alfred. El fulgor azulado de las runas se reflejó, brillante, en sus ojos asustados.

Bajaron la escalera con rapidez, pues las runas les permitían ver dónde pisaban. Hugh no hubiera reconocido al chambelán bamboleante, de torpes andares. Los movimientos de Alfred estaban ahora llenos de seguridad y su porte era erguido y elegante mientras avanzaba a toda prisa con una expectación cargada de impaciencia, pero también de nostalgia y melancolía.

Al llegar al pie de la escalera, observaron que se abría a un pasadizo corto y estrecho, del que salía un verdadero laberinto de corredores y túneles en innumerables direcciones. Las runas azules los condujeron hasta uno de los túneles, el tercero a la derecha de los exploradores. Alfred siguió los signos, sin vacilar, llevando consigo a una Jarre asombrada y anonadada.

Al principio, la geg había dudado de las palabras del hombre. Había pasado toda su vida entre las excavaciones y las galerías abiertas por la Tumpa-chumpa y, como sus compatriotas, tenía un ojo penetrante para los menores detalles y una memoria excelente. Lo que para un humano o para un elfo no es más que una pared lisa, posee para un geg infinidad de características individuales —grietas, salientes,

desportilladuras de pintura— que, una vez vistas, no olvidan con facilidad. En consecuencia, los gegs no suelen extraviarse, ni en la superficie ni bajo tierra. Pues bien, a pesar de ello, Jarre se perdió casi al momento en aquellos túneles. Las paredes eran perfectamente lisas y completamente vacías de la vida que un geg solía apreciar, incluso en la piedra. Y, aunque los túneles se abrían en todas direcciones, no se apreciaba que formaran recodos, sinuosidades o curvas. No había la menor indicación de que alguno de los túneles hubiera sido construido porque sí, por puro sentido de la aventura. Los pasadizos se extendían rectos y uniformes y daban la impresión de que, donde quiera que se dirigieran, lo hacían por la ruta más corta posible, la más directa. Jarre apreció en aquella disposición una manifiesta intencionalidad, un calculado propósito que la atemorizó por su esterilidad. En cambio, su extraño acompañante parecía encontrarlo reconfortante y la confianza que mostraba aliviaba su temor.

Los signos mágicos los guiaron por una suave curva que los condujo sostenidamente hacia su derecha. Jarre no tenía idea de cuánto llevaban caminando, pues allí abajo se perdía también la noción del tiempo. Las runas azules los precedían e iluminaban su camino, encendiendo su suave fulgor cuando se aproximaban. Jarre estaba hipnotizada; era como si estuviese caminando en sueños y fuera capaz de seguir haciéndolo eternamente, mientras los signos mágicos continuaran guiándola. La voz del hombre contribuía a aquella impresión fantasmagórica pues, siguiendo su petición, no dejaba de hablar un solo instante.

Entonces, de pronto, llegaron a un recodo y Jarre vio que los signos ascendían en el aire formando un arco luminoso que brillaba en la oscuridad, invitándolos a cruzarlo. Alfred hizo una pausa.

—¿Qué es eso? —preguntó Jarre saliendo de su trance con un parpadeo y apretando con más fuerza la mano de aquél—. ¡No quiero entrar ahí!

—No tenemos más remedio. Tranquilízate —murmuró Alfred, y en su voz sonó de nuevo aquella nota de añoranza y melancolía—. Lamento haberte asustado. No me he detenido porque tenga miedo. Es sólo que conozco lo que hay ahí dentro, ¿sabes?, y..., y me llena de tristeza, eso es todo.

—Regresemos —dijo Jarre con vehemencia. Se volvió en redondo y dio un paso pero, casi de inmediato, las runas que les habían mostrado el camino hasta allí emitieron un brillante destello azul y luego, poco a poco, empezaron a apagarse. Pronto, la oscuridad los envolvió, con la única excepción de los parpadeantes signos azules que dibujaban el arco.

—Ya estoy preparado —anunció Alfred, exhalando un profundo suspiro—. Podemos entrar. No tengas miedo, Jarre —añadió, al tiempo que le daba unas palmaditas en la mano—. No te asustes por nada de lo que veas. Nada puede hacerte daño.

Pero Jarre estaba asustada, aunque no hubiera sabido decir de qué. Lo que la

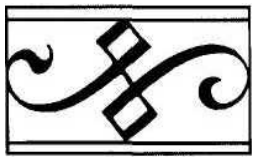
esperaba tras el arco estaba oculto en las sombras, pero la sensación que la atenazaba no era el miedo a un daño físico ni el terror a lo desconocido. Era una sensación de tristeza, como Alfred había dicho. Tal vez se debía a las palabras que él había venido hablando durante su larga caminata, aunque Jarre estaba tan desorientada y confusa que no lograba recordar nada de cuanto había dicho. En cualquier caso, experimentaba una sensación de desesperación, de abrumadora pesadumbre, de algo perdido y nunca recuperado, ni siquiera buscado jamás. La pena le provocó una doliente sensación de soledad, como si todas las cosas y todos los seres que había conocido en su vida hubieran desaparecido de pronto. Los ojos se le llenaron de lágrimas y se echó a llorar, y no tuvo la menor idea de por quién lloraba.

—Vamos, tranquilízate —repitió Alfred—. No es nada. ¿Entramos ya? ¿Te sientes con ánimos?

Jarre no puedo responder ni dejar de llorar, pero asintió. Llorosa y asida con fuerza a Alfred, cruzó el arco a su lado. Y entonces comprendió, en parte, la razón de su miedo y de su tristeza.

Estaba en un mausoleo.

CAPÍTULO 36



WOMBE, DREVLIN,
REINO INFERIOR

—¡Esto es terrible! ¡Sencillamente terrible! ¡Inaudito! ¿Qué vas a hacer? ¿Qué te propones hacer?

El ofinista jefe se estaba poniendo visiblemente histérico. Darral Estibador notó una comezón en las manos y hubo de esforzarse para resistir la tentación de propinarle un derechazo en la mandíbula.

—Ya ha habido suficiente derramamiento de sangre —musitó para sí, sujetándose con fuerza las manos a la espalda por si alguno de sus puños decidía actuar por su cuenta. A duras penas logró acallar la vocecilla que le susurraba: «Aunque un poco más de sangre tampoco empeoraría las cosas, ¿verdad?».

Sacudir a su cuñado, aunque sin duda sería una satisfacción, no iba a resolver los problemas.

—¡Domínate! —Dijo Darral en voz alta—. ¿No has tenido suficiente con lo sucedido?

—Jamás se había derramado sangre en Drevlin! —chilló el ofinista en un tono insoportable—. ¡Y todo es culpa del genio perverso de Limbeck! ¡Debemos expulsarlo, hacerle descender los Peldaños de Terrel Fen! Que los dictores se encarguen de juzgarlo y...

—¡Oh, basta ya! ¡Si fue precisamente eso lo que desencadenó todo este quebradero de cabeza! Mandamos a Limbeck a los dictores, ¿y qué hicieron? ¡Devolvérnoslo! ¡Y enviar con él a un dios! ¿Qué quieres ahora? ¿Volver a echarlo a los Peldaños? —Darral agitó los brazos, furioso—. ¡Quizás esta vez regrese con todo un ejército de dioses y nos destruya a todos!

—¡Pero ese dios de Limbeck no es tal dios! —protestó el ofinista jefe.

—En mi opinión, ninguno de ellos lo es —afirmó Darral Estibador.

—¿Ni siquiera el niño?

La pregunta, hecha en tono melancólico y pensativo por su cuñado, planteó un problema a Darral. Cuando estaba en presencia de Bane, sentía que sí, que realmente había topado por fin con un dios. Pero en el mismo instante en que dejaba de ver los ojos azules, el rostro hermoso y las suaves curvas de los labios del muchacho, era como si despertara de un sueño. No: el niño no era más que un niño y él, Darral Estibador, era un estúpido por haber pensado en algún momento lo contrario.

—No —respondió, pues—. Ni siquiera el niño.

Los dos gobernantes de Drevlin estaban solos en la Factría, bajo la estatua del dictor, inspeccionando con aire pensativo el campo de batalla.

En realidad, no había sido una gran batalla. Casi no cabía catalogarla ni de escaramuza. Era cierto que se había derramado sangre, pero no de ningún corazón, sino de algunos golpes en la cabeza y de algunas narices tumefactas. El ofinista jefe lucía un chichón y el survisor se había magullado un pulgar, que se le había hinchado y estaba adquiriendo un colorido muy notable. Nadie había resultado muerto, ni siquiera herido de gravedad, pues la costumbre de muchos siglos de vida pacífica es difícil de romper. Sin embargo, Darral Estibador, survisor jefe de su pueblo, era lo bastante inteligente como para darse cuenta de que aquello era sólo el comienzo. Un veneno había penetrado en el cuerpo colectivo de los gegs y, aunque el cuerpo lograra sobrevivir, no volvería nunca a estar sano.

—Además —dijo Darral, con sus pobladas cejas levantadas en un gesto irónico —, si esos dioses no lo son, como proclama Limbeck, ¿cómo podemos castigarlo por decir la verdad?

Inhabituado a caminar por tan profundas aguas filosóficas, el ofinista jefe hizo caso omiso de la pregunta y buscó un terreno más firme bajo sus pies.

—No lo castigaríamos por tener razón, sino por propagar sus ideas.

Darral tuvo que admitir que había cierta lógica en las palabras de su cuñado. Se admiró con amargura de que a su pariente se le hubiera ocurrido una idea tan magnífica y concluyó que debía de ser cosa del golpe que había recibido en la cabeza. Apretándose el pulgar lesionado y deseando estar de vuelta en su casa del tanque de almacenamiento, con su esposa revoloteando a su alrededor y llevándole un reconfortante tazón de corteza caliente{15}, Darral sopesó la idea, nacida de la desesperación, que corría furtivamente por los oscuros recovecos de su mente.

—Quizás esta vez, al arrojarlo a los Peldaños de Terrel Fen, podríamos prescindir de la cometa —apuntó el ofinista jefe—. Siempre he pensado que era una ventaja injusta.

—¡No! —replicó Darral. Las atolondradas ideas de su cuñado lo impulsaron a tomar la decisión—. Nunca más enviaremos a Limbeck ni a nadie Abajo. Es evidente que Abajo no es seguro. Ese dios que no lo es, el que está con Limbeck, dice que viene de Abajo. Por tanto —el survisor jefe hizo una pausa durante un acceso de golpes y ruidos especialmente virulentos de la Tumpa-chumpa—, voy a mandarlo Arriba.

—¿Arriba?

En esta ocasión, el chichón en la cabeza no iba a acudir en ayuda del ofinista, que estaba absolutamente desconcertado.

—Voy a entregar a esos dioses a los welfos —declaró Darral Estibador con siniestra satisfacción.

El survisor jefe hizo una visita a la cuba-prisión para anunciar el castigo a los detenidos. Un anuncio que, supuso, causaría terror en sus corazones culpables.

Pero, si así fue, los prisioneros no dieron ninguna muestra de ello. Hugh reaccionó con un gesto de desdén, Bane con otro de aburrimiento y Haplo permaneció impasible, mientras que Limbeck estaba tan abatido que, posiblemente, no oyó siquiera las palabras del survisor. Al no obtener de sus prisioneros más que unas miradas frías y fijas y, en el caso de Bane, un bostezo y una sonrisa soñolienta, Darral se marchó muy enojado.

—Supongo que habéis entendido a qué se refería —comentó Haplo—. ¿Qué es eso de que nos entregará a los «welfos»?

—Elfos —lo corrigió Hugh—. Una vez al mes, los elfos descienden en una nave de transporte y recogen una carga de agua. Esta vez, nos recogerán a nosotros con ella. Pero no debemos terminar prisioneros de los elfos; sobre todo, si nos atrapan aquí abajo, con su preciado suministro de agua. Esos malditos pueden hacer muy desagradable nuestra muerte.

Los cautivos estaban encerrados en la prisión local, un conjunto de cubas de almacenamiento abandonadas por la Tumpa-chumpa y que, dotadas de puertas y cerrojos, constituían unas magníficas celdas. Por lo general, estas celdas eran poco utilizadas y apenas acogían a algún esporádico ladrón o a algún geg que se había mostrado negligente en el servicio a la gran máquina. No obstante, debido a la agitación social del momento, las cubas estaban ahora llenas a rebosar de perturbadores del orden. Una de las cubas hubo de ser evacuada por sus moradores para hacer sitio a los dioses. Los gegs arrestados estaban agrupados en otra cuba para impedirles el contacto con Limbeck, *el Loco.*

La cuba tenía las paredes empinadas y sólidas. Varias aberturas con rejas taladraban los costados. Hugh y Haplo investigaron los barrotes y descubrieron que entraba por ellos aire fresco, impregnado de la humedad de la lluvia, lo que llevó a los dos hombres a la conclusión de que las rejas daban a unos pozos de ventilación que, finalmente, se abrían al exterior.

—Entonces, ¿sugieres que nos resistamos? —Inquirió al fin Haplo—. Supongo que las naves elfas llevarán una dotación numerosa. Nosotros somos cuatro, contando al chambelán, y un niño. Y entre todos tenemos una única espada; una espada que en este momento se encuentra en manos de los guardianes.

—El chambelán no nos será de ninguna ayuda —gruñó Hugh. Apoyándose cómodamente en la pared de ladrillo de su prisión, sacó la pipa y se la llevó a los labios—. Al primer indicio de peligro, el tipo cae desmayado. Ya lo has visto durante la pelea.

—Una cosa muy extraña, ¿no te parece?

—Sí. El mismo es un tipo muy raro —declaró Hugh.

Haplo recordó la mirada de Alfred tratando desesperadamente de traspasar la venda que cubría las manos del patryn, casi como si supiera lo que ocultaba debajo.

—Me pregunto dónde se habrá metido. ¿Lo viste durante el tumulto?

Hugh movió la cabeza en gesto de negativa.

—Lo único que veía eran gegs, y sólo me ocupé del chico. Pero estoy seguro de que ese chambelán aparecerá. O, más bien, tropezará con nosotros. Alfred no abandonará al príncipe. —*La Mano* señaló con la barbilla a Bane, que estaba charlando con un abatido Limbeck.

Haplo siguió la mirada de Hugh y estudió al geg.

—Siempre nos queda Limbeck y su Unión. Seguro que lucharán por salvarnos, si no a nosotros, al menos a su líder.

—¿De veras lo crees? —Hugh lo miró con aire dubitativo—. Siempre he oído que los gegs tienen el espíritu combativo de un rebaño de corderos.

Hugh volvió de nuevo la vista hacia Limbeck y sacudió la cabeza.

El geg estaba sentado en un rincón, acurrucado, con los hombros hundidos y los brazos colgándole lasos entre las rodillas. El príncipe le estaba hablando pero el geg parecía completamente ausente.

—Limbeck siempre ha tenido la cabeza en las nubes —afirmó Haplo—. No ha visto que se precipitaba contra el suelo y se ha hecho daño en la caída, pero él es quien ha de guiar a su pueblo.

—Estás muy informado de los detalles de esta revuelta —observó Hugh—. Cualquiera se preguntaría por qué te interesa tanto.

—Limbeck me salvó la vida —respondió Haplo mientras rascaba perezosamente las orejas del perro, que estaba tendido a su lado con la cabeza apoyada en el regazo de su amo—. Me caen bien, tanto él como su pueblo. Como he dicho, conozco algunas cosas de su pasado y me disgusta ver en qué se han convertido —sus suaves facciones se ensombrecieron—. Corderos, creo que los has llamado.

Hugh dio una chupada a su pipa vacía, pensativo y silencioso. La respuesta parecía clara, pero a Hugh le costaba aceptar que Haplo estuviera tan preocupado por un puñado de enanos. El hombre era retraído y discreto, tanto que uno tendía a no hacer caso de su presencia, a olvidar que estaba allí. Y eso, se dijo Hugh, podía ser un gran error. Los lagartos que se camuflan con las rocas lo hacen para cazar mejor las moscas.

—Entonces, tenemos que infundir un poco de determinación en nuestro Limbeck —comentó a Haplo—. Si queremos salvarnos de los elfos, necesitaremos que los gegs nos ayuden.

—Deja el asunto en mis manos —asintió Haplo—. ¿Adonde os dirigíais, antes de veros envueltos en todo esto?

—Me disponía a devolver a ese chico a su padre. A su padre auténtico, el

misteriarca.

—Cuánta amabilidad por tu parte —comentó Haplo.

—Hum... —gruñó Hugh, torciendo los labios en una extraña sonrisa.

—Esos magos que viven en el Reino Superior..., ¿por qué abandonaron el mundo inferior? Debían de disfrutar de un gran poder entre tu gente.

—La respuesta depende de a quién se lo preguntes. Los misteriarcas afirman que se retiraron porque habían progresado en cultura y sabiduría y el resto de nosotros, no. Nuestras costumbres bárbaras les disgustaban y no quisieron seguir educando a sus hijos en un mundo malvado.

—¿Y qué decís a todo eso vosotros, los bárbaros? —inquirió Haplo, sonriendo. El perro se había puesto de espaldas, con las cuatro patas al aire y la lengua colgándole de la boca con aire de embobado placer.

Hugh dio una nueva chupada a la pipa vacía y pronunció su respuesta entre la boquilla de ésta y los dientes que la sostenían.

—Nosotros decimos que los misteriarcas se asustaron del creciente poder de los elfos y se largaron. Desde luego, nos dejaron en la estacada. Su partida fue la causa de nuestra decadencia. De no haber sido por una revuelta entre sus propias filas, los elfos aún serían nuestros amos.

—Así pues, esos misteriarcas no serían bien recibidos si regresaran, ¿no es eso?

—¡Claro que serían bien recibidos! ¡Si del pueblo dependiera, les darían la bienvenida con frío acero! Pero nuestro rey mantiene relaciones amistosas con ellos, o al menos eso he oído. Y el pueblo se pregunta la razón.

Hugh dirigió de nuevo la mirada a Bane. Haplo estaba al corriente de la historia de la suplantación pues el propio príncipe se la había contado, lleno de orgullo.

—Pero los misteriarcas podrían regresar si uno de ellos fuera el hijo del rey humano.

Hugh no respondió a lo que resultaba totalmente obvio. Apartó la pipa de los labios y la guardó de nuevo en el bolsillo. Cruzó los brazos sobre el pecho, apoyó la barbilla en el pecho y cerró los ojos.

Haplo se puso en pie, desperezándose. Necesitaba andar, ejercitar los músculos para quitarse las agujetas. Deambulando por la celda, el patryn meditó sobre todo lo que había oído. Al parecer, le quedaba muy poco trabajo por hacer. Todo el reino estaba maduro y a punto de caer. Su amo no tendría ni que extender la mano para tomarlo. La fruta aparecería podrida en el suelo, a sus pies.

Sin duda, aquélla era la demostración más palpable de que los sartán ya no intervenían en el mundo. ¿O no? El único interrogante era el niño. Bane había evidenciado tener poderes mágicos, pero tal cosa era de esperar en el hijo de un misteriarca de la Séptima Casa. Mucho tiempo atrás, antes de la Separación, la magia de aquellos hechiceros había alcanzado el nivel inferior de la que poseían los sartán y

los patryn. Era probable que, desde entonces, sus poderes hubieran aumentado.

Pero Bane también podía ser un joven sartán, lo suficientemente listo como para no delatarse. Haplo volvió la vista hacia el muchacho, que seguía sumido en una profunda conversación con el afligido Limbeck.

El patryn hizo un gesto casi imperceptible con su mano vendada. El perro, que rara vez apartaba los ojos de su amo, trotó al instante hasta el geg y le propinó un lametón en sus manos laxas. Limbeck alzó la vista y dirigió una débil sonrisa al perro, que, meneando la cola, se instaló cómodamente al lado del geg.

Haplo se dirigió al extremo opuesto de la cuba y se dedicó a mirar por uno de los conductos de aire, aparentemente absorto. Ahora podía escuchar con claridad todo lo que hablaban.

—¡No puedes abandonar! —Decía el chiquillo—. ¡Ahora, no! ¡La lucha no ha hecho más que empezar!

—¡Pero yo no pretendía que hubiera ninguna lucha! —Protestó el pobre Limbeck —. ¡Gegs atacando a otros gegs! ¡En toda nuestra historia no se había producido nada semejante, y es todo culpa mía!

—¡Vamos, deja de lamentarte! —insistió Bane. Notando una extraña sensación en el estómago, echó un vistazo en torno a sí y frunció el entrecejo—. Tengo hambre. No pretenderán dejarnos sin comer, ¿verdad? Me alegraré cuando lleguen los welfos. Yo...

El muchacho calló de pronto, como si alguien le hubiera ordenado que cerrara la boca. Haplo miró a hurtadillas por encima del hombro y vio que Bane sostenía en su mano el amuleto de la pluma y se acariciaba la mejilla con ella. Cuando el príncipe volvió a hablar, le había cambiado la voz.

—Tengo una idea, Limbeck —murmuró, inclinándose hacia adelante hasta quedar muy cerca del geg—. ¡Cuando nos marchemos de aquí, puedes venir con nosotros! Verás lo bien que viven los elfos y los humanos allá arriba, mientras los gegs permanecéis aquí abajo, esclavizados. Después podrás regresar y contar a tu gente lo que has visto. Se pondrán furiosos. Incluso ese rey vuestro tendrá que estar de acuerdo contigo. Mi padre y yo te ayudaremos a organizar un ejército para atacar a los elfos y a los humanos...

—¡Un ejército! ¡Atacar! —Limbeck lo miró, horrorizado, y Bane se dio cuenta de que había ido demasiado lejos.

—No te preocupes por eso ahora —dijo, quitándole hierro a la sugerencia de una guerra entre reinos—. Lo importante, de momento, es que puedas ver la verdad.

—La verdad... —repitió Limbeck.

—Sí —afirmó Bane, percibiendo que el geg, por fin, estaba impresionado—. La verdad. ¿No es eso lo que importa? Tú y tu pueblo no podéis seguir viviendo en la mentira. Espera. Acabo de tener una idea. Háblame de ese Juicio que, supuestamente,

ha de llegarles a los gegs.

Limbeck adoptó un gesto pensativo y su aire apenado fue difuminándose. Era como si se hubiera puesto las gafas. Todo lo que antes resultaba borroso, podía verlo ahora con claridad: las líneas eran nítidas y los contornos, marcados.

—Cuando se celebre el Juicio y seamos declarados dignos de ello, ascenderemos a los reinos superiores.

—¡Exacto, Limbeck! —dijo Bane, con aire admirado—. ¡Éste es el Juicio! Todo ha sucedido tal como decía la profecía. ¡Hemos bajado y te hemos encontrado digno y ahora vas a ascender a los reinos superiores!

«Muy astuto, muchacho», se dijo Haplo. «Muy astuto.» Bane ya no tenía el amuleto entre sus dedos. Ya no era su padre quien le dictaba las palabras. Aquello último había sido idea del propio Bane, al parecer. Aquel suplantador era un chiquillo notable, añadió Haplo para sí. Notable..., y peligroso.

—Pero nosotros pensábamos que el Juicio iba a ser pacífico.

—¿Dónde se afirma tal cosa? —Replicó Bane—. ¿Lo dice la profecía?

Limbeck volvió su atención al perro, le dio unas palmaditas en la cabeza y trató de evitar una respuesta hasta haberse acostumbrado a aquella nueva visión.

—¿Qué contestas, Limbeck? —lo presionó el príncipe.

El geg siguió acariciando al perro, que permanecía inmóvil entre sus manos.

—Una nueva visión —dijo al fin, levantando la vista—. Eso es. Ya sé qué haré cuando lleguen los welfos.

—¿Qué? —preguntó Bane, expectante.

—Pronunciaré un discurso.

Esa noche, cuando los carceleros les hubieron llevado la cena, Hugh convocó una reunión.

—No queremos terminar prisioneros de los elfos, ¿verdad? —Explicó el asesino —. Pues bien, tenemos que salir de este lugar y tratar de escapar. Podemos lograrlo..., si los gegs nos ayudan.

Limbeck no le prestaba atención, pues estaba componiendo su discurso.

—«Welfos y miembros de la Unión, gegs todos...» No, no me gusta. «Distinguidos visitantes de otro reino...» Eso está mejor. ¡Ah, me gustaría tener con qué ponerlo por escrito! —El geg deambulaba arriba y abajo ante sus compañeros de celda, dándole vueltas al discurso y tirándose de la barba distraídamente. El perro trotaba tras él meneando la cola, con aire comprensivo.

Haplo movió la cabeza en gesto de negativa.

—Aquí no busques ayuda.

—¡Pero, Limbeck, si no sería una gran batalla! —Protestó Bane—. Los gegs superan en número a los elfos. Además, los tomaremos totalmente por sorpresa. Los elfos no me gustan. Me arrojaron de su nave y estuve a punto de morir.

—«Distinguidos visitantes de otro reino...»

Haplo insistió en su planteamiento.

—Los gegs no tienen instrucción ni disciplina. Ni siquiera tienen armas e, incluso si las tuvieran, no podríamos confiar en ellos. Sería como enviar un ejército de niños..., de niños normales —añadió, al ver que Bane montaba en cólera—. Los gegs no están preparados *todavía.*

Sin darse cuenta, Haplo hizo hincapié en esta última palabra, lo cual despertó el interés de Hugh.

—*¿Todavía?* —repitió.

—Cuando mi padre y yo regresemos —intervino Bane—, pondremos orden entre esos gegs. Atacaremos a los elfos y venceremos. Después nos haremos con el control de toda el agua del mundo, y seremos más ricos y poderosos de lo que es posible imaginar.

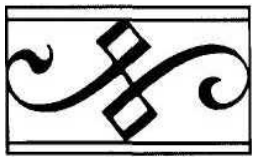
Ricos. Hugh se mesó la barba. Un pensamiento cruzó por su cabeza. Si se producía la guerra abierta, cualquier humano con una nave y el valor para pilotarla por el Torbellino podría hacerse una fortuna con un viaje. Y para ello necesitaría una nave de transporte. Un carguero de agua elfo con una dotación de tripulantes. Sería una lástima destruir a aquellos elfos.

—¿Y qué será entonces de los gegs? —preguntó Haplo.

—¡Oh!, nos ocuparemos de ellos —respondió Bane—. Tendrán que combatir mucho mejor de lo que he visto hasta ahora, pero...

—¿Combatir? —Repitió Hugh, interrumpiendo a Bane a media frase—. ¿Por qué estamos hablando de combatir? —Se llevó la mano al bolsillo, extrajo la pipa y sujetó la boquilla entre los dientes—. ¿Qué tal cantas? —preguntó a Haplo.

CAPÍTULO 37



EL LUGAR DE DESCANSO,
REINO INFERIOR

La mano de Jarre se escurrió, fláccida, de entre los dedos de Alfred. La enana era incapaz de moverse; las fuerzas parecían haber abandonado su cuerpo. Encogiéndose, retrocedió contra el arco y se sostuvo en él buscando apoyo. Alfred no pareció darse cuenta y continuó su avance, dejando allí a la geg, temblorosa y asustada, para que lo esperara.

La cámara en la que penetró era inmensa; Jarre no recordaba haber visto en su vida un espacio abierto tan enorme. Un espacio no ocupado por ninguna pieza de la Tumpa-chumpa que girara, martilleara o retumbara. Construidas con la misma piedra lisa y sin marcas que los túneles, las paredes de la cámara despedían una suave luz blanca que empezó a irradiar de ellas cuando Alfred puso el pie en el interior del arco. Gracias a esa luz, Jarre vio los ataúdes. Abiertos en las paredes y cubierto cada uno con un cristal, los ataúdes se contaban por cientos y contenían cuerpos de hombres y de mujeres. Jarre no podía distinguir con claridad los cuerpos, que eran poco más que siluetas recortadas contra la luz. Sin embargo, advirtió que pertenecían a la misma raza que Alfred y los otros dioses que habían llegado a Drevlin. Los cuerpos eran altos y esbeltos y yacían horizontales, con los brazos a los costados.

El suelo de la cámara era amplio y uniforme, y los ataúdes lo rodeaban en hileras que se extendían hasta el techo abovedado, muy alto. La sala en sí estaba totalmente vacía. Alfred avanzó despacio, mirando a su alrededor con gestos evocadores y apesadumbrados, como quien regresa al hogar tras una larga ausencia.

La luz de la estancia se hizo más brillante y Jarre distinguió unos símbolos en el suelo, parecidos en forma y diseño a las runas que habían iluminado su camino hasta allí. Había doce signos mágicos, cada uno de ellos tallado, separado de los demás, sin rozar ni superponerse con ninguno de ellos. Alfred se movió con cuidado entre los símbolos; su figura delgada y desgarbada se desplazó por la cámara vacía en una danza solemne, y las líneas y movimientos de su cuerpo parecieron dibujar cada uno de los símbolos mágicos sobre los que iba pasando.

Dio una vuelta completa a la sala, desplazándose sobre el suelo al son de una música silenciosa. Se deslizó hacia cada runa sin llegar a tocarla, pasando luego a la siguiente, honrándolas una tras otra por turno, hasta que llegó al centro de la cámara. Una vez allí, se arrodilló, puso las manos en el suelo y empezó a cantar.

Jarre no entendió lo que decía, pero la canción la llenó de una alegría que

resultaba agridulce porque no contribuía en absoluto a aliviar la terrible tristeza. Las runas del suelo despidieron un brillo más intenso, casi cegador, durante la canción de Alfred. Cuando ésta cesó, el resplandor empezó a desvanecerse y, al cabo de unos momentos, se apagó del todo.

Alfred, de pie en el centro de la sala, lanzó un suspiro. Su cuerpo, que se había movido con tanta gracia durante la danza, volvió a encorvarse y sus hombros se hundieron de nuevo. Luego, miró a Jarre y le dirigió una sonrisa melancólica.

—¿No estarás asustada todavía? —Dijo, señalando los ataúdes con un débil gesto —. Aquí nadie puede hacerte daño. Ya no. Tampoco es que hubieran querido hacértelo..., al menos, no adrede. —Suspiró de nuevo y, girando sobre sí mismo sin moverse del sitio, paseó su mirada por la estancia—. Sin embargo, ¿cuánto mal hemos hecho sin querer, proponiéndonos lo mejor? No éramos dioses, pero estábamos dotados del poder de los dioses. Y, en cambio, carecíamos de su sabiduría.

Se acercó lentamente y con la cabeza gacha a una hilera de ataúdes situados muy cerca de la entrada, próximos a Jarre. Alfred posó la mano en uno de los paneles de cristal y sus dedos lo tocaron casi en una caricia. Con un suspiro, apoyó la frente en otro ataúd de la hilera superior. Jarre advirtió que este último nicho estaba vacío. Los de alrededor contenían cuerpos y la geg, concentrando en ellos su atención debido al gesto de Alfred, observó que todos ellos parecían jóvenes. Más jóvenes que él, pensó Jarre, contemplando su cabeza calva y su frente alta y redonda, surcada por unas arrugas de ansiedad, preocupación y solicitud tan marcadas que la sonrisa de sus labios no hacía sino resaltarlas.

—Éstos son mis amigos —anunció a Jarre—. Te he hablado de ellos mientras bajábamos. —Acarició con la mano el panel de cristal—. Te he dicho que tal vez no estuvieran aquí, que quizás hubiesen desaparecido, pero en el fondo de mi corazón sabía que no era cierto lo que estaba diciendo. Seguro que estarían aquí. Aquí seguirán para siempre. Porque están muertos, Jarre, ¿lo ves? Muertos antes de su hora. ¡Y yo estoy vivo mucho tiempo después!

Cerró los ojos y se cubrió el rostro con la mano. Un sollozo traspasó el cuerpo delgado y falto de gracia que se apoyaba en los ataúdes. Jarre no entendió de qué le hablaba. No había oído nada acerca de aquellos amigos y no podía ni quería pensar en lo que estaba viendo. Pero Alfred estaba afligido de dolor y su pena le rompía el corazón. Viendo a aquellos jóvenes de hermosas facciones, serenas e intactas y frías como el cristal tras el cual yacían, Jarre comprendió que Alfred no lloraba por uno sino por muchos, entre ellos por él mismo.

La geg se despegó con esfuerzo del arco, avanzó hacia Alfred y deslizó su mano en la de él. La solemnidad, la desesperación, el dolor de aquel lugar y de aquel hombre habían afectado a Jarre profundamente, aunque no llegaría a saber cuánto hasta mucho tiempo después. Avanzada su vida, en un momento futuro de gran crisis

en que le parecería que estaba perdiendo lo más valioso para ella, volvería a su recuerdo todo lo que Alfred hombre le había contado: su historia personal, la de su pueblo y la de sus fracasos.

—Alfred, lo siento.

El hombre la miró, a punto de saltarle las lágrimas. Apretando su manita, musitó algo que Jarre no entendió, pues no lo dijo en el idioma de los gegs ni en ningún otro que se hubiera hablado en el mundo de Ariano desde hacía eras.

—Por eso fracasamos —musitó, pues, en esa lengua antigua—. Pensamos en los muchos..., y nos olvidamos del uno. Y por eso estoy solo. Solo y abandonado para hacer frente, tal vez, a un peligro antiquísimo. El hombre de las manos vendadas —añadió, sacudiendo la cabeza—. El hombre de las manos vendadas...

Alfred abandonó el mausoleo sin mirar atrás. Olvidado ya el miedo, Jarre avanzó con él.

Hugh despertó al oír el sonido. Se incorporó, extrajo el puñal de la bota y se puso en acción antes de haberse despertado del todo. Sólo tardó un instante en reconocer dónde estaba: con un parpadeo, despejó de sus ojos la bruma de la somnolencia y ajustó la visión al resplandor mortecino de las lámparas que iluminaban la perpetua actividad de la Tumpa-chumpa.

Volvió a escuchar el sonido y se dijo que había apuntado en la dirección correcta: el ruido procedía del otro lado de una de las rejas situada en las ventanas laterales de la cuba prisión.

Hugh tenía el oído muy agudo y los reflejos muy rápidos. Se había disciplinado a dormir con un sueño muy ligero y, debido a ello, no le gustó nada descubrir a Haplo, completamente despierto, plantado junto al conducto de aire con toda tranquilidad, como si llevara allí horas enteras. El sonido se escuchaba ahora con claridad. Algo o alguien se acercaban, arrastrándose por el suelo y rozando las paredes. El perro, con el pelaje brillante en torno al cuello, volvió el hocico hacia la abertura y emitió un leve gañido.

—¡Chist! —siseó Haplo; el animal enmudeció, dio unos pasos en un nervioso círculo y volvió a detenerse bajo el conducto. Al ver a Hugh, Haplo hizo un gesto con la mano, indicándole que cubriera uno de los lados.

Hugh no dudó en obedecer la silenciosa orden. Habría sido una estupidez discutir sobre liderazgos en aquel momento, cuando algo desconocido se acercaba furtivamente al amparo de la noche y los dos hombres sólo tenían sus manos desnudas y un puñal para hacerle frente. Mientras ocupaba su posición, *la Mano* pensó para sí que Haplo no sólo había oído y reaccionado ante el sonido, sino que se había movido con tal sigilo que Hugh, pese a haber escuchado el sonido, no había oído a Haplo.

El sonido se hizo cada vez más audible, más cercano. El perro se puso en tensión

y descubrió los dientes. De pronto, se oyó un golpe y un amortiguado « ¡Ay!».

Hugh se relajó.

—Es Alfred —dijo.

—¿Cómo ha podido encontrarnos? —murmuró Haplo.

Una cara pálida apareció al otro lado de las rejas.

—¿Maese Hugh?

—Ese hombre posee una amplia gama de cualidades innatas —apuntó Hugh.

—Me gustaría conocer cuáles son —replicó Haplo—. ¿Cómo lo sacamos de ahí? ¿Quién viene contigo? —añadió, escrutando las sombras al otro lado de los barrotes.

—Una de las gegs. Se llama Jarre.

La geg asomó su cabeza bajo el brazo de Alfred. Al parecer, el espacio donde ambos estaban era muy reducido y Alfred se vio obligado a encogerse hasta quedar prácticamente doblado por la cintura para dejar sitio a su acompañante.

—¿Dónde está Limbeck? —exigió saber Jarre—. ¿Se encuentra bien?

—Está por ahí, dormido. Las rejas están muy firmes por este lado, Alfred. ¿No hay algún perno suelto donde estáis vosotros?

—Voy a ver, maese Hugh, pero será difícil con esta oscuridad. Tal vez si utilizara los pies para empujar los barrotes...

—Buena idea —asintió Haplo, apartándose de la reja con el perro pegado a sus talones.

—Ya era hora de que esos pies le sirvieran para algo —murmuró Hugh, retirándose también hacia la pared de la cuba—. Aunque va a producir un estrépito tremendo.

—Por fortuna, la máquina también organiza un escándalo mayúsculo. Quédate quieto, perro.

—¡Quiero ver a Limbeck!

—Dentro de un momento, Jarre —contestó la voz apaciguadora de Alfred—. Ahora, haz el favor de acurrucarte ahí para dejarme sitio.

Hugh escuchó un golpe sordo y vio que la reja se estremecía levemente. Dos golpes más, un gruñido de Alfred y la reja saltó del costado de la cuba y cayó al suelo.

Para entonces, Limbeck y Bane ya estaban despiertos y se habían acercado para contemplar con curiosidad a sus visitantes nocturnos. Jarre fue la primera en pasar al interior de la cuba cárcel, colándose por la abertura con los pies por delante. Cuando éstos tocaron el suelo, corrió hacia Limbeck, le pasó los brazos por el cuello y lo estrechó con fuerza.

—¡Oh, querido! —Dijo la geg en un enérgico susurro—. ¡No puedes imaginar dónde he estado! ¡No lo puedes imaginar!

Limbeck, notándola temblorosa entre sus brazos, le acarició el cabello con cierta

perplejidad y le dio unas afectuosas palmaditas en la espalda.

—¡Pero eso no importa ahora! —Continuó ella, volviendo al grave asunto que tenían entre manos—. Los cantores de noticias dicen que el survisor jefe va a entregaros a los welfos. No te preocupes. Vamos a sacarte de aquí ahora mismo. El conducto de aire que ha encontrado Alfred llega hasta las afueras de la ciudad. No estoy muy segura de adonde iremos cuando hayamos huido de aquí, pero esta misma noche podemos salir de Wombe y...

—¿Te encuentras bien, Alfred? —preguntó Hugh mientras ayudaba al chambelán a evacuar el conducto.

—Sí, señor. —Alfred pasó por la abertura hecho un ovillo, trató de apoyar el peso en las piernas y se derrumbó sobre el suelo hecho un guiñapo—. Es decir, tal vez no —rectificó, sentado en el suelo de la cuba con una expresión dolorida en el rostro—. Temo que me he hecho daño, señor, pero no es nada grave. —Sosteniéndose sobre un pie con la ayuda de Hugh, apoyó la espalda en la pared de la cuba—. Puedo andar.

—Si no eras capaz de hacerlo ni con las dos piernas buenas...

—No es nada, señor. La rodilla...

—¿Sabes qué, Alfred? —Lo interrumpió Bane—. ¡Vamos a enfrentarnos a los elfos!

—¿Cómo dices, Alteza?

—No vamos a tener que escapar, Jarre —explicó Limbeck—. Al menos, yo no pienso hacerlo. Me propongo dirigir un discurso a los welfos y solicitarles ayuda y cooperación. Así, los welfos nos conducirán a los reinos superiores y entonces podré ver la verdad, Jarre. ¡Podré verla con mis propios ojos!

—¡Dirigir un discurso a los welfos! —jadeó Jarre, a quien la asombrosa declaración había dejado sin aliento.

—Sí, querida. Y tú tienes que difundir la noticia entre nuestro pueblo, pues necesitaremos su colaboración. Haplo te dirá lo que debes hacer.

—No pensarás..., pelearte con nadie, ¿verdad?

—No, querida —contestó Limbeck mientras se mesaba la barba—. Vamos a cantar.

—¡A cantar! —Jarre miró al resto de los presentes con aire de absoluto desconcierto—. Yo..., yo no sé mucho acerca de los welfos. ¿Les gusta la música?

—¿Qué está diciendo la enana? —Quiso saber Hugh—. ¡Alfred, tenemos que poner en marcha ese plan! Ven aquí y traduce mis palabras. Tengo que enseñarle esa canción antes del amanecer.

—Muy bien, señor —dijo Alfred—. Supongo que te estás refiriendo a la canción de la *Batalla de Siete Campos.*

—Sí. Dile a esa geg que no se preocupe por el significado de las palabras. Tendrán que aprenderla a cantar en idioma humano. Haz que la aprenda de memoria

línea por línea y te la repita para estar seguros de que ha captado las palabras. La música no ha de resultarles muy difícil, pues los niños siempre la están tarareando.

—Yo te ayudaré —se ofreció Bane.

Haplo, puesto en cuclillas, acarició al perro, observó la escena y escuchó la conversación sin intervenir.

—¿Jarre? Es así como te llamas, ¿no? —Hugh se acercó a los dos gegs mientras Bane bailaba a su lado. Bajo la luz vacilante, la expresión de *la Mano* era sombría y severa. Los ojos azules de Bane brillaban de excitación—. ¿Puedes congregar a tu pueblo y hacer que aprenda esta canción y que acuda a la ceremonia? —Alfred se encargó de traducir—. Ese rey vuestro ha dicho que los welfos llegarían hoy a mediodía, de modo que no dispones de mucho tiempo.

—¡Cantar! —murmuró Jarre con la mirada fija en Limbeck—. ¿De veras te propones irte, subir a esos otros reinos?

Limbeck se quitó las gafas, frotó los cristales en la manga de la camisa y se las volvió a poner.

—Sí, querida. Si a los welfos no les parece mal...

—«Si a los welfos no les parece mal...» —tradujo Alfred, lanzando una expresiva mirada a Hugh.

—No te preocupes por los welfos, Alfred —intervino Haplo—. Limbeck va a pronunciar un discurso.

—¡Oh, Limbeck! —Jarre, muy pálida, se mordió el labio inferior—. ¿Estás seguro de que debes subir ahí? Yo creo que no deberías dejarnos. ¿Qué hará la Unión sin ti? Si te largas de esta manera..., ¡parecerá que el survisor jefe ha salido vencedor!

—No había pensado en eso —murmuró Limbeck, frunciendo el entrecejo. Se quitó las gafas y empezó a limpiar los cristales. Luego, en lugar de volver a ponérselas, las guardó en el bolsillo con aire ausente. Miró a Jarre y parpadeó como preguntándose por qué la veía tan borrosa—. No sé... Quizá tengas razón tú, querida.

Hugh apretó los dientes con frustración. No sabía qué estaban diciendo, pero advirtió que el geg titubeaba en su decisión y supo que aquello podía costarle la nave y, probablemente, la vida. Se volvió con impaciencia hacia Alfred en busca de ayuda pero el chambelán, renqueante de un pie, parecía encogido y abrumado, como si se sintiera muy triste y desgraciado. Hugh empezaba a reconocer interiormente que debería confiar en Haplo cuando vio que éste, con un gesto de la mano, mandaba al perro hacia la pareja de gegs.

Atravesando el suelo de la cuba, el animal se acercó a Limbeck y apoyó el morro en su mano. Limbeck se sobresaltó ante el inesperado contacto con el frío hocico y retiró la mano. Sin embargo, el perro no se apartó y clavó los ojos en él, al tiempo que meneaba lentamente el rabo de un lado a otro. La mirada miope del geg pasó del perro a su amo, atraída por un impulso irresistible. Hugh dirigió una rápida mirada a

Haplo para intuir qué mensaje le estaba transmitiendo, pero el rostro del hombre estaba relajado y tranquilo, con su habitual sonrisa apacible.

Limbeck acarició al perro, con gesto ausente, mientras sus ojos permanecían fijos en Haplo. Por fin, exhaló un profundo suspiro.

—¿Querido? —Jarre lo tocó en el brazo.

—La verdad. Y mi discurso. Tengo que pronunciar el discurso. Voy a ir, Jarre, y cuento contigo y con nuestro pueblo para que me ayudéis. ¡Y, a mi regreso, cuando haya visto la verdad, empezaremos la revolución!

Jarre advirtió en la voz de Limbeck el tono terco que ya conocía y comprendió que era inútil discutir con él. Además, ni siquiera estaba segura de querer hacerlo. Una parte de ella estaba excitada ante la perspectiva de lo que se proponía hacer Limbeck, pues aquello era realmente el inicio de la revolución. Pero, esto significaba su separación y Jarre no se había dado cuenta hasta aquel momento de lo mucho que amaba a aquel geg.

—Podría acompañarte —propuso, pues.

—No, querida —respondió Limbeck, mirándola con cariño—. Marcharnos los dos no serviría de nada. —Dio un paso adelante y llevó las manos hacia donde sus miopes ojos creyeron que Jarre tenía sus hombros. Ella, acostumbrada al gesto, se acercó un poco para colocarse donde Limbeck creía que estaba—. Tú debes preparar al pueblo para mi regreso.

—¡Lo haré!

El perro, asaltado por un súbito escozor, se sentó para rascarse con una de las patas traseras.

—Empieza a enseñarle la canción, maese Hugh —propuso Alfred.

Traducido por el chambelán, Hugh dio las instrucciones pertinentes a Jarre, le enseñó la canción y volvió a encaramarla al conducto de aire. Limbeck se acercó a la abertura y, antes de que Jarre se marchara, extendió la mano para asir la de ella.

—Gracias, querida. Estoy seguro de que esto es lo mejor.

—Sí, yo también lo estoy.

Para ocultar el nudo que tenía en la garganta, Jarre se inclinó y estampó un tímido beso en la mejilla de Limbeck. Agitando la mano, se despidió de Alfred, quien le respondió con una solemne reverencia; tras esto, la geg dio media vuelta rápidamente y empezó a ascender por el conducto de aire.

Hugh y Haplo levantaron la reja y la colocaron en su sitio como mejor pudieron, utilizando los puños como martillos.

—¿Te has hecho mucho daño, Alfred? —preguntó Bane, luchando contra el sueño y las ganas de volver a la cama, por si se perdía algo importante.

—No, Alteza. Te agradezco tu interés.

Bane asintió con un bostezo.

—Creo que voy a acostarme, Alfred. No para dormir, que quede claro; sólo para descansar.

—Deja que te arregle las mantas, Alteza. —Alfred echó una rápida mirada a hurtadillas hacia Hugh y Haplo, que seguían golpeando la reja—. ¿Te molesta que te haga una pregunta?

Bane bostezó hasta que le crujieron las mandíbulas. Con los párpados casi cerrados, se dejó caer al suelo de la cuba y respondió, soñoliento:

—Claro que no.

—Alteza... —Alfred bajó la voz y mantuvo los ojos fijos en la manta que, como de costumbre, retorcía y arrugaba con torpeza entre sus manos sin conseguir arreglarla—, cuando miras a ese tal Haplo, ¿qué ves?

—Veo a un hombre. No muy agradable, pero tampoco repulsivo como Hugh. Ya que me lo preguntas, ese Haplo no es nada especial. ¡Eh, Alfred!, ya estás montando un lío con esa manta, como siempre.

—No, Alteza. Ahora lo soluciono. —El chambelán continuó maltratando la manta —. Volviendo a mi pregunta, no era a eso a lo que me refería.

Alfred hizo una pausa y se humedeció los labios. Sabía que, sin duda, su siguiente pregunta daría qué pensar a Bane; con todo, también consideraba que no tenía otra elección, dadas las circunstancias. Tenía que descubrir la verdad.

—¿Qué es lo que ves con..., con tu visión especial?

Bane abrió los ojos como platos y luego los entrecerró, con un destello de astucia y perspicacia. El brillo de inteligencia desapareció de ellos tan deprisa, enmascarado por la falsa mueca de inocencia, que Alfred lo habría creído producto de su imaginación si no lo hubiera visto ya en ocasiones anteriores.

—¿Por qué lo preguntas, Alfred?

—Por pura curiosidad, Alteza. Sólo por eso.

El chiquillo lo observó con aire especulativo, calculando tal vez cuánta información más podría conseguir del chambelán con halagos. Quizás estaba sopesando si sacaría más diciendo la verdad, mintiendo o combinando ambas cosas de la manera más conveniente.

El príncipe dirigió una cauta mirada furtiva a Haplo, se inclinó hacia Alfred y añadió en tono confidencial:

—No veo nada.

Alfred se sentó en cuclillas, con un gesto de preocupación en su rostro contraído y agobiado, y miró intensamente a Bane tratando de determinar si el muchacho era sincero o no.

—Sí —continuó Bane, tomando la mirada por otra pregunta—. No veo nada. Y sólo conozco a otra persona con la que me suceda lo mismo: tú, Alfred. ¿Qué deduces de ello?

El muchacho lo miró con unos ojos luminosos, resplandecientes. De pronto, la manta pareció extenderse sola, lisa y perfecta, sin la menor arruga.

—Ya puedes acostarte, Alteza. Parece que mañana nos espera otro día emocionante.

—Te he hecho una pregunta, Alfred —insistió el príncipe mientras se acostaba, obediente.

—Sí, Alteza. Debe de ser una coincidencia. Nada más.

—Supongo que tienes razón, Alfred.

Bane le dirigió una dulce sonrisa y cerró los ojos. La sonrisa se mantuvo en sus labios; el muchacho debía de estar riéndose de alguna gracia íntima.

Alfred se dio un masaje en la rodilla y llegó a la conclusión de que, una vez más, había metido la pata. Le acababa de dar una pista a Bane y antes, contraviniendo todas las órdenes expresas al respecto, había conducido a un ser de otra raza a la cámara del mausoleo y le había permitido salir de nuevo. De todos modos, se dijo, ¿tenía aquello alguna importancia, todavía? ¿De veras importaba?

No pudo evitar una mirada a Haplo, que se estaba preparando para pasar la noche. Ahora, Alfred sabía la verdad; sin embargo, se resistió a aceptarla. Se dijo a sí mismo que era una coincidencia. Bane no conocía a todas las personas del mundo. Podía haber muchas cuya vida pasada resultara invisible a sus facultades clarividentes.

El chambelán vio que Haplo se acostaba, vio que le daba unas palmaditas al perro y vio que el animal adoptaba una posición protectora al costado de su amo.

«Tengo que asegurarme —pensó—. Tengo que salir de dudas y así se tranquilizará mi mente. Y podré burlarme de mis temores.»

O podría prepararse para hacerles frente.

No, era mejor que dejara de pensar así. Bajo las vendas sólo encontraría llagas, como el hombre había dicho.

Alfred esperó. Limbeck y Hugh volvieron a sus camas y *la Mano* dirigió una mirada hacia el chambelán. Éste fingió dormir. El príncipe parecía profundamente dormido, pero no estaría de más asegurarse. Limbeck permanecía despierto, con la vista fija en el techo de la cuba, asustado y preocupado, repasando mentalmente todas sus resoluciones. Hugh apoyó la espalda en la pared de la cuba y, sacando la pipa, la sostuvo entre sus dientes y miró al vacío con aire sombrío.

El chambelán no disponía de mucho tiempo. Se apoyó sobre un codo, con los hombros hundidos y la mano junto al cuerpo, y se volvió hacia Limbeck. Levantando los dedos índice y corazón, dibujó entonces un signo en el aire. Musitando la runa, volvió a dibujar los trazos. Limbeck bajó los párpados, los alzó, le volvieron a caer y, tras unas vibraciones, quedaron definitivamente cerrados e inmóviles. La respiración del geg se hizo rítmica y pausada. Con movimientos ágiles y sigilosos, Alfred se volvió ligeramente hasta quedar de cara a *la Mano* y repitió el signo mágico. La

cabeza de Hugh cayó hacia adelante. La pipa se deslizó de sus labios y resbaló hasta el regazo. A continuación, Alfred miró a Bane y dibujó la runa una vez más; si el chiquillo estaba despierto todavía, con esto quedaría dormido al instante.

Por fin, vuelto hacia Haplo, Alfred trazó el signo mágico y susurró las mismas palabras, pero esta vez con más concentración, con más fuerza.

Por supuesto, el perro era muy importante pero, si las sospechas de Alfred respecto al animal eran acertadas, todo saldría bien.

Se obligó a esperar pacientemente unos momentos más, para permitir que el encantamiento sumiera a todo el mundo en un sueño profundo. Nadie se movió. Todo estaba en silencio.

Alfred se puso en pie lenta y cautelosamente. El hechizo era poderoso; hubiera podido echar a correr por la cuba gritando, batiendo tambores y haciendo sonar las cornetas, y ninguno de los presentes habría pestañeado siquiera. Pese a ello, sus propios temores irracionales lo contenían, atenazaban sus pasos. Avanzó con sigilo y agilidad, sin asomo de cojera pues el dolor de la rodilla había sido fingido. Aun así, a juzgar por la lentitud de sus movimientos, el dolor podría haber sido auténtico y la herida, realmente debilitadora. Notaba los latidos del corazón en el cuello y tenía los ojos llenos de chiribitas que le oscurecían la visión.

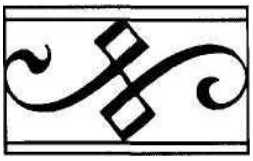
Se obligó a continuar. El perro estaba dormido, con los ojos cerrados; de lo contrario, Alfred no habría podido acercarse a su amo. Sin atreverse a respirar, luchando contra unos espasmos en el pecho que lo dejaban sin aliento, el chambelán se arrodilló junto a la figura dormida de Haplo. Alargó una mano tan temblorosa que apenas consiguió guiarla hacia donde debía ir y se detuvo. En aquel instante, habría rezado una plegaria si hubiera habido algún dios cerca para oírla. Pero allí sólo estaba él.

Apartó las vendas que envolvían la mano de Haplo.

Allí, tal como había sospechado, estaban los símbolos mágicos.

Los ojos de Alfred se llenaron de unas lágrimas que le escocían y le impedían ver con claridad. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para volver a cubrir la piel tatuada con la venda para que Haplo no advirtiera que había hurgado en ella. Sin apenas ver por dónde iba, Alfred regresó a trompicones hasta su manta y se dejó caer en ella. Cuando su cuerpo tocó el suelo, le dio la impresión de que no se detenía, sino que seguía cayendo y cayendo en espiral por un oscuro pozo de inexpresable horror.

CAPÍTULO 38



EN CIELO ABIERTO,
SOBRE EL TORBELLINO

El capitán de la nave elfa *Carfa'shon*{16} era miembro de la familia real. No un miembro muy importante, pero un miembro en cualquier caso, hecho del cual se sentía extraordinariamente consciente y así se lo hacía sentir también a quienes lo rodeaban. Con todo, había una pequeña cuestión acerca de aquella sangre real que nunca era aconsejable sacar a relucir, y era su desafortunada relación de parentesco con el príncipe Reesh'ahn, el líder de la rebelión que había estallado entre los elfos.

En los prósperos tiempos de antaño, el capitán solía proclamar modestamente que era nada menos que primo quinto del elegante, joven y guapo príncipe elfo. Ahora, tras la desgraciada actuación de Reesh'ahn, el capitán Zankor'el aseguraba a la gente que era apenas un primo quinto del hombre, y eso parecía poner un par de primos más de por medio.

Siguiendo la costumbre y tradición de toda la estirpe real elfa, tanto rica como pobre, el capitán Zankor'el servía a su pueblo trabajando dura y enérgicamente durante su vida. Y, siguiendo asimismo la tradición de la realeza, esperaba continuar sirviendo a los elfos en el momento de su muerte. A los señores y damas de sangre real no se les permite pasar apaciblemente al olvido eterno cuando les llega la hora, sino que sus almas son capturadas antes de que puedan alejarse aleteando para pasar el tiempo futuro en los eternos prados primaverales.

Las almas de la estirpe real son mantenidas entonces en extasis por los magos elfos, que emplean la energía de las almas para llevar a cabo su magia.

Debido a ello, es necesario que los magos acompañen constantemente a los miembros de la familia real, dispuestos en todo momento —de día y de noche, en la paz y en mitad de una feroz batalla— para hacerse cargo del alma si se produce la muerte{17}. Los hechiceros destinados a tal deber tienen un título oficial, *weesham,* por el que se los nombra entre la alta sociedad elfa. En cambio, entre todos los demás se los conoce por *geir,* palabra cuyo antiguo significado era «buitre».

El geir sigue al elfo de sangre real desde la infancia hasta la vejez, sin abandonarlo nunca. Al nacer, al niño se le adjudica un geir y éste lo ve dar los primeros pasos, viaja con él durante los años de aprendizaje, vigila junto a su cama todas las noches (incluso la de bodas) y lo asiste en la hora de la muerte.

Los magos que aceptan esta tarea —que, entre los elfos, ha adquirido un carácter sagrado— son sometidos a un meticuloso aprendizaje. Se les estimula a desarrollar

una estrecha relación personal con aquel sobre el cual extienden la sombra negra de sus alas. El o la geir no puede casarse, de modo que el pupilo se convierte en toda su vida, ocupando el lugar del marido, la esposa y el hijo. Como los geir son de más edad que sus pupilos (por lo general están entre los veinte y treinta ciclos cuando aceptan la responsabilidad de los niños), suelen asumir el papel adicional de mentor y confidente. Entre la sombra y su pupilo surgen muchas amistades profundas y duraderas. En tales casos, a menudo, los geir no sobreviven mucho tiempo a su protegido, sino que envía el alma a la Catedral del Albedo y luego se esconde para morir de pena.

Así pues, los miembros de la familia real viven, desde su nacimiento, con el recuerdo constante de su mortalidad revoloteando en torno a sus hombros. Y han llegado a vanagloriarse de los geir. Los magos de la túnica negra denotan la estirpe regia y simbolizan ante los elfos que sus líderes no sólo les sirven en vida, sino también tras la muerte. La presencia del geir tiene el efecto adicional de aumentar el poder real. Resulta difícil negarle al rey elfo lo que desea, con la figura de túnica oscura presente siempre a su lado.

Es comprensible que los miembros de la familia real, en especial los más jóvenes, sean un poco alborotados y temerarios y vivan la vida con despreocupación. Las fiestas reales suelen ser acontecimientos caóticos. El vino corre con prodigalidad y la alegría tiene un punto de frenesí, de histeria. Una doncella elfa refulgente, bellamente vestida, baila y bebe, y no se priva de nada que pueda darle placer pero, allí donde vuelva la mirada, tiene que ver a su geir de pie, apoyado en la pared, con los ojos siempre puestos en aquel o aquella cuya vida —y, más importante aún, cuya muerte — le ha sido confiada.

El capitán de la nave elfa de transporte de agua tenía su correspondiente geir y es preciso reconocer que a bordo había más de uno que deseaba que la sombra del primo quinto del príncipe Reesh'ahn diera pronto cumplimiento a su sagrada misión; la mayoría de quienes servían al capitán expresaban (en voz baja) la opinión de que el alma del capitán sería mucho más valiosa para el reino de los elfos si dejara de estar unida a su cuerpo.

Alto, delgado y bien parecido, el capitán Zankor'el sentía una gran consideración personal para consigo mismo y ninguna en absoluto para con aquellos que tenían la manifiesta desgracia de no ser de alto rango, de no ser de estirpe real y, en resumen, de no ser él.

—Capitán...

—¿Teniente?

Esto último siempre sonaba con un ligero retintín de suficiencia.

—Estamos entrando en el Torbellino.

—Gracias, teniente, pero no estoy ciego ni soy tan estúpido como tal vez lo fuera

su último y difunto capitán. Viendo las nubes de tormenta, he sido capaz de deducir casi al instante que estábamos en una tormenta. Si quiere, puede pasar el anuncio al resto de la tripulación, que quizá no se ha dado cuenta.

El teniente se puso tenso y su piel clara enrojeció hasta un delicado tono carmesí.

—¿Puedo recordar al capitán con todo respeto que tengo la obligación reglamentaria de informarle de nuestra entrada en cielos peligrosos?

—Puede recordárselo si quiere, pero yo que usted no lo haría, porque al capitán le parece que está usted al borde de la insubordinación —replicó Zankor'el, llevándose a los ojos un catalejo y echando un vistazo por las portillas de la nave dragón—. Ahora, vaya abajo y encárguese de los esclavos. Por lo menos, supongo que para esta tarea estará preparado, ¿verdad, teniente?

El capitán no llegó a pronunciar en voz alta esta última frase, pero quedaba implícita en su tono de voz. Tanto el teniente como los demás tripulantes que se hallaban en el puente escucharon con toda claridad sus mudas palabras.

—Muy bien, señor —respondió el teniente Bothar'in. El tono carmesí había desaparecido de sus mejillas, dejándolas blancas de cólera contenida.

Ninguno de los otros miembros de la tripulación se atrevió a mirar a los ojos al teniente, pues era absolutamente inaudito que se enviara al segundo de a bordo a la cubierta inferior durante un descenso. Siempre era el propio capitán quien se encargaba de aquella arriesgada maniobra, ya que el control de las alas era fundamental para la seguridad de la nave. Se trataba de un puesto peligroso durante un descenso (el anterior capitán había perdido la vida allí abajo), pero un buen comandante ponía la seguridad de la nave y de la tripulación por encima de la suya y por ello, al ver que era el teniente quien bajaba a la cubierta inferior mientras el capitán se quedaba en el puesto más cómodo, en el puente, la tripulación elfa no pudo evitar intercambiar unas miradas sombrías.

La nave dragón se sumergió en la tormenta. Los vientos empezaron a sacudir el casco y en torno a él estallaron los relámpagos, casi cegadores, acompañados de unos truenos ensordecedores. En la cubierta de los galeotes, los esclavos humanos, sujetos a los correajes que los unían a las alas mediante cables, luchaban con todas sus energías para mantener derecha la nave y continuar el vuelo a través de la tormenta. Las alas habían sido cerradas lo más posible, reduciendo su efecto mágico para posibilitar el descenso. Sin embargo, las alas no podían plegarse del todo pues, de hacerlo, la magia dejaría de actuar por completo y la nave se desplomaría sin control hasta estrellarse en la superficie de Drevlin. Así pues, era preciso mantener un delicado equilibrio durante la maniobra, que era una tarea sencilla cuando el tiempo era bueno y despejado pero que entrañaba dificultades extremas en mitad de una furiosa tormenta.

—¿Dónde está el capitán? —preguntó el contramaestre.

—Yo me encargaré de la maniobra aquí abajo —respondió el teniente.

El contramaestre echó un vistazo al rostro tenso y pálido del teniente, observó sus mandíbulas encajadas y sus labios apretados y comprendió la situación.

—Tal vez no sea pertinente que diga esto, señor, pero me alegro de que esté aquí usted, en lugar de él.

—Tiene razón, contramaestre, su comentario no es pertinente —respondió el teniente mientras ocupaba su posición delante de los galeotes.

Prudentemente, el contramaestre no dijo nada más, pero cruzó una mirada con el mago de la nave, cuya tarea consistía en mantener la magia en funcionamiento. El mago se encogió de hombros y el contramaestre sacudió la cabeza en gesto de negativa. Tras ello, los dos se dedicaron a sus respectivas tareas, que eran lo bastante complicadas como para exigir toda su atención.

Arriba, el capitán Zankor'el permanecía firme en la oscilante cubierta, con las piernas abiertas, contemplando a través del catalejo la masa de nubes que se arremolinaba debajo de la nave. El geir estaba sentado a su lado en una silla de cubierta; demudado de terror y mareado hasta la náusea, el mago se agarraba a todo lo que alcanzaban sus manos como si en ello le fuera la vida.

—Ten, weesham. Creo que he visto los Escollos Flotantes. Sólo ha sido un momento, en el ojo de ese remolino de nubes. ¿Quieres echar un vistazo? —añadió, ofreciéndole el catalejo.

—¡No lo permitan las almas de nuestros antepasados! —replicó el hechicero con un escalofrío. Ya era suficientemente terrible tener que viajar en aquel frágil artefacto de piel, madera y magia, para encima tener que mirar por dónde se desplazaban—. ¿Qué ha sido eso?

El hechicero levantó la cabeza con gesto alarmado y en su mentón afilado, desprovisto de barba, apareció un temblor. Abajo, en la cubierta de los galeotes, acababa de resonar un perceptible crujido. La nave cabeceó de pronto y el capitán perdió el equilibrio.

—¡Maldito sea ese Bothar'in! —masculló Zankor'el—. ¡Le abriré un expediente por esto!

—Si aún está vivo —acotó el pálido hechicero con un jadeo.

—¡Por su bien, será mejor que no lo esté! —exclamó el capitán, incorporándose.

Entre la tripulación se cruzaron nuevas miradas y un joven elfo imprudente llegó a abrir la boca para replicar, pero un compañero le dio un codazo en las costillas justo a tiempo y el joven tripulante se tragó sus palabras sediciosas.

Durante un aterrador instante, la nave pareció quedar fuera de control y a merced del viento. Se desplomó vertiginosamente y estuvo a punto de volcar por impulso de una violenta ráfaga de aire. Una corriente ascendente la elevó a continuación, para dejarla caer de nuevo. El capitán gritó maldiciones y órdenes contradictorias a la

cubierta inferior, pero se cuidó mucho de abandonar la seguridad del puente. El geir se encogió en un rincón y la expresión de su rostro pareció dar a entender que ojalá hubiera escogido otra ocupación en su vida.

Por fin, la nave se enderezó y alcanzó el centro del Torbellino, donde reinaba la calma y lucía el sol, y donde, por contraste, el remolino de nubes que lo circundaba parecía mucho más negro y amenazador. Allá abajo, en Drevlin, los Escollos Flotantes titilaban brillantes bajo los rayos solares.

Construidos por los dictores con el propósito de estar permanentemente enfocados hacia el ojo de la eterna tormenta, los Escollos Flotantes eran el único lugar del continente donde los gegs podían alzar la vista y contemplar el rutilante firmamento, y sentir el calor del sol. No es de extrañar, pues, que aquél fuera para los gegs un lugar sagrado, y más aún por el hecho de que allí se producía el descenso mensual de los «welfos».

Tras un breve intervalo, durante el cual la respiración se hizo más relajada y muchos rostros pálidos recuperaron el color, el teniente hizo acto de presencia en el puente. El joven imprudente tuvo la osadía de entonar unos vítores que provocaron una mirada malévola del capitán, y el joven elfo comprendió que le quedaba poco tiempo como tripulante en aquella nave.

—Bien, ¿qué estragos has causado ahí abajo, además de haber estado a punto de matarnos a todos? —exigió el capitán.

Al teniente le corría un reguero de sangre por el rostro, tenía sus rubios cabellos salpicados de coágulos y manchas del rojo líquido y sus mejillas mostraban un tono ceniciento, con los ojos nublados por el dolor.

—Se soltó un cable, señor, y el ala derecha se deslizó. Ya hemos aparejado provisionalmente un nuevo cable y volvemos a tener el control de la nave.

El teniente Bothar'in no hizo mención de la caída contra la cubierta, de su esfuerzo hombro con hombro junto a un esclavo humano, ambos luchando desesperadamente para recuperar el dominio del ala y salvar las vidas de todos. No era preciso explicar tales cosas. La experimentada tripulación era consciente de la lucha a vida o muerte que se había desarrollado bajo sus pies. Tal vez el capitán también, pese a no haber comandado nunca una nave hasta aquel viaje, o quizá lo vio reflejado en el rostro de los tripulantes. Por eso no se lanzó a una diatriba contra el teniente y su incompetencia, sino que se limitó a preguntar:

—¿Ha muerto alguna de las bestias?{18}

Al teniente se le ensombreció la expresión.

—Un humano ha resultado gravemente herido, señor: el esclavo al que se le rompió el cable. Ha salido despedido y se ha estrellado contra el casco. El cable se le ha enroscado a la cintura y casi lo parte en dos antes de que pudiéramos liberarlo.

—Pero no ha muerto, ¿no es eso? —El capitán levantó una ceja perfectamente

depilada.

—No, señor. El mago de a bordo se está ocupando de él ahora.

—¡Tonterías! Es una pérdida de tiempo. Que lo arrojen por la borda. Hay muchas más bestias como ésa en el lugar del que ha salido.

—Sí, señor —respondió el teniente con la mirada fija en algún punto inconcreto a la izquierda del hombro del capitán.

Una vez más, los ojos almendrados de los tripulantes elfos intercambiaron miradas con disimulo. Para ser sinceros, debe reconocerse que ninguno de ellos sentía el menor amor por los esclavos humanos. Con todo, aquellos humanos gozaban al menos de un cierto respeto, reconocido de mala gana, por no hablar del hecho de que la tripulación había decidido, perversamente, tomar partido siempre por aquel que sufriera los ataques del capitán. Todos los presentes en el puente, incluido el propio capitán Zankor'el, sabían que el teniente no tenía la menor intención de cumplir la orden.

La nave se estaba acercando al punto de encuentro con el Conducto Vital. El capitán Zankor'el no tenía tiempo para hacer una cuestión de aquel asunto, ni podía hacer otra cosa, en realidad, sino bajar y ocuparse en persona de que la orden fuera obedecida. Sin embargo, tal cosa iría en detrimento de su dignidad de comandante y podía salpicarle de sangre el uniforme.

—Eso es todo, teniente.

Vuelva a sus obligaciones —dijo, pues, y se dio la vuelta catalejo en mano para mirar por las portillas, alzando el artilugio óptico para comprobar si ya estaba a la vista la tubería. No obstante, Zankor'el no olvidó el incidente ni perdonó al teniente.

—Esto le costará la cabeza —murmuró a su geir, que se limitó a asentir, cerró los ojos y pensó en ponerse gravemente enfermo.

Por fin, la tubería del agua fue avistada descendiendo del cielo y la nave elfa se colocó en posición para guiarla y escoltarla. El conducto del agua era muy antiguo y había sido construido por los sartán cuando llevaron a los supervivientes de la Separación al mundo de Ariano, que tenía abundancia de agua en el Reino Inferior pero carecía de ella en los reinos superiores. La tubería era de un metal que no se oxidaba nunca. La aleación seguía siendo un misterio para los alquimistas elfos, que habían pasado siglos tratando de reproducirla. Accionada mediante un enorme mecanismo, la tubería caía por un pozo que atravesaba el continente de Aristagón. Una vez al mes, de forma automática, descendía por cielo abierto hasta el continente de Drevlin.

Aunque el conducto podía bajar por sí solo, era precisa una nave elfa para guiarlo hacia los Escollos Flotantes, donde tenía que ser conectado a un enorme surtidor. Cuando ambas bocas quedaban sujetas, la Tumpa-chumpa recibía una misteriosa señal y abría el paso del agua. Una combinación de fuerzas mágicas y mecánicas

enviaban el líquido tubería arriba. Y en lo alto, en Aristagón, los elfos conducían el agua a inmensas cisternas de almacenamiento.

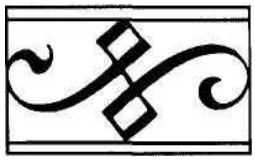
Después de la Separación, elfos y humanos habían convivido en paz en Aristagón y las islas que lo rodeaban. Bajo la dirección de los sartán, las dos razas compartían por igual el líquido vital. Sin embargo, con la desaparición de los sartán, su caro sueño de paz se hizo añicos. Los humanos dijeron que la guerra era culpa de los elfos, que habían caído poco a poco bajo el control de una poderosa facción de hechiceros. Los elfos afirmaron que los responsables eran los humanos, manifiestamente belicosos y bárbaros.

Los elfos, con sus vidas más largas, su población más numerosa y su conocimiento de las artes mágicas, habían demostrado ser los más fuertes y habían expulsado a los humanos de Aristagón, la fuente de agua del Reino Medio. Los humanos contraatacaron con ayuda de los dragones, asaltando las ciudades elfas para robarles el agua o abordando las naves elfas que transportaban el preciado líquido a las islas vecinas bajo el control elfo.

Un transporte de agua como el comandado por el capitán Zankor'el llevaba a bordo ocho enormes toneles de rara madera de roble (obtenida sólo los sartán sabían dónde), ribeteados con aros de acero. Cuando la nave regresaba a las islas elfas, llevaba agua en esos toneles, pero en su viaje de ida los recipientes iban llenos de la chatarra que los elfos daban a los gegs como pago{19}.

Los elfos tenían un desprecio absoluto por los gegs. Si los humanos eran bestias, los gegs eran insectos.

CAPÍTULO 39



WOMBE, DREVLIN,
REINO INFERIOR

Los sartán construyeron la Tumpa-chumpa, nadie sabe cómo ni por qué. Los magos elfos habían hecho hacía tiempo un estudio minucioso de la máquina, del que sacaron en conclusión un montón de teorías, pero ninguna respuesta. La Tumpa-chumpa tenía algo que ver con el mundo, pero ¿qué? El bombeo de agua a los reinos superiores era importante, desde luego, pero para los magos resultaba evidente que tal trabajo podría haberlo llevado a cabo una máquina mágica mucho más pequeña y menos complicada (aunque también menos maravillosa).

De todas las construcciones de los sartán, los Levarriba eran las más impresionantes, misteriosas e inexplicables. Nueve brazos gigantescos, hechos de latón y acero, se alzaban de la coralita, algunos de ellos a varios menka de altura sobre el suelo. Sobre cada brazo había una mano enorme con los dedos de oro y goznes de latón en todas las articulaciones y en la muñeca. Las manos resultaban visibles a las naves elfas en su descenso y todos cuantos alcanzaban a verlas coincidían en que muñecas y dedos —de un tamaño tal que hubieran podido sostener una de las enormes naves de transporte de agua en la dorada palma— eran móviles.

¿Para qué habían sido diseñadas aquellas manos? ¿Habían cumplido su cometido? ¿Lo estaban cumpliendo todavía? Esto último parecía improbable. Todas, menos una, habían languidecido hasta caer en una agotada rigidez, como la de un cadáver. La única mano que aún poseía vida pertenecía a un brazo más corto que los demás y se erguía en un enorme círculo de brazos que circundaba una extensa zona correspondiente en tamaño, aproximadamente, a la circunferencia del ojo de la tormenta. El brazo corto estaba situado cerca del orificio de salida del agua y tenía la mano extendida y plana, con los dedos juntos y la palma hacia arriba, formando una plataforma perfecta en la que podía sostenerse en pie quien así quisiera. El interior del brazo estaba hueco, con un pozo en su centro. Un portalón en la base permitía el acceso, y cientos de peldaños que subían en espiral alrededor del hueco central permitían ascender hasta lo alto a los dotados de buenos pulmones y piernas resistentes.

Aparte de las escaleras, una puerta dorada y bellamente tallada conducía al pozo central del brazo. Entre los gegs corría una leyenda según la cual todo el que entrara por la puerta sería aspirado hasta la cima con la fuerza y velocidad del agua que surgía del geiser, y de ahí el nombre que daban los gegs a los artefactos, «Levarriba»,

aunque no se guardaba recuerdo de nadie que se hubiera atrevido a abrir la puerta dorada.

Allí, en aquel brazo, el survisor jefe, el ofinista jefe y otros gegs considerados dignos de compartir el honor se congregaban cada mes para dar la bienvenida a los welfos y recibir su pago por los servicios prestados. Todos los gegs de la ciudad de Wombe y los que acudían en peregrinación de sectores vecinos de Drevlin se aventuraban bajo la furiosa tormenta para reunirse en torno a la base de los brazos, observando el cielo y esperando que cayera de éste el soldo, como se lo conocía. Durante la ceremonia, se producían frecuentes heridos entre los gegs, pues nunca se sabía qué podía caer de los toneles de las naves welfas. (En cierta ocasión, un voluminoso sofá de terciopelo con patas como garras había acabado con una familia entera.) Pese a ello, todos los gegs estaban de acuerdo en que el riesgo merecía la pena.

La ceremonia de aquella mañana estaba especialmente concurrida, pues los cantores de noticias y el misor-ceptor habían corrido la voz de que Limbeck y sus dioses que no lo eran iban a ser entregados a los dioses que sí lo eran, los welfos. El survisor jefe, que esperaba problemas, parecía bastante desconcertado al observar que no se producían. La multitud, que había apretado el paso entre la coralita aprovechando un respiro entre tormenta y tormenta, estaba tranquila y en orden. Demasiado tranquila, pensó el survisor jefe mientras avanzaba chapoteando entre los charcos.

A su lado marchaba el ofinista jefe, cuyo rostro era el retrato de la indignación más hipócrita. Tras ellos venían los dioses que no lo eran. Considerando su situación, se tomaban las cosas bastante bien. También ellos guardaban silencio; incluso Limbeck, el agitador, quien parecía, al menos, amansado y serio. Su actitud proporcionó al survisor jefe la satisfacción de pensar que, por fin, el joven rebelde había aprendido la lección.

Los brazos apenas podían distinguirse entre las veloces nubes, con su acero y su metal despidiendo reflejos de la luz solar que únicamente brillaba en aquel lugar de todo Drevlin. Haplo los observó con indisimulado asombro.

—En nombre de la creación, ¿qué es eso?

Bane también los contemplaba boquiabierto y con los ojos como platos. Hugh explicó en breves palabras lo que sabía de los brazos; es decir, lo que había oído comentar sobre ellos a los elfos y que se reducía a casi nada.

—¿Entendéis ahora por qué resulta tan frustrante? —Dijo Limbeck, despertando de sus preocupaciones y contemplando casi con enfado los Levarriba que centelleaban en el horizonte—. Sé que si los gegs reuniéramos nuestros conocimientos y analizáramos la Tumpa-chumpa, comprenderíamos el cómo y el porqué. Pero no quieren. Sencillamente no quieren.

Irritado, dio un puntapié a un fragmento suelto de coralita y lo envió rodando por el suelo.

El perro, animado, se lanzó a perseguirlo dando alegres saltos entre los charcos. Los gardas que rodeaban a los prisioneros echaron miradas nerviosas al animal.

—El «porqué» es un arma peligrosa —comentó Haplo—. Desafía los usos antiguos a los que uno está acomodado; obliga a la gente a pensar en lo que hace, en lugar de llevarlo a cabo mecánica y estúpidamente. No es extraño que tus congéneres le tengan miedo.

—Creo que el peligro no está tanto en preguntarse el «porqué» como en creer que ha topado uno con la única respuesta —intervino Alfred, casi como si hablara consigo mismo.

Haplo lo oyó y pensó que era una sentencia bastante extraña para proceder de un humano. Aunque aquel Alfred era, en efecto, un humano muy extraño. La mirada del chambelán ya no se volvía furtivamente hacia las manos vendadas del patryn. Al contrario, parecía evitar mirarlas y también parecía evitar en lo posible el roce con él. Alfred parecía haber envejecido durante la noche. Las arrugas de preocupación eran más hondas y unas marcadas ojeras cubrían las bolsas de piel bajo sus párpados. Era evidente que había dormido poco o nada, aunque ello tal vez no fuera insólito tratándose de un hombre que iba a afrontar una batalla por su vida esa mañana.

Haplo se tocó las vendas, pensativo, para cerciorarse de que los reveladores signos mágicos tatuados en su piel estaban a cubierto. Mientras lo hacía, se vio obligado a preguntarse por qué razón el gesto le parecía, de pronto, vacío e inútil.

—No te preocupes, Limbeck —dijo Bane en voz muy alta, olvidando que estaban alejándose del estruendo de la enorme máquina—. ¡Cuando lleguemos junto a mi padre, el misteriarca, él tendrá todas las respuestas!

Hugh no sabía que acababa de decir el chiquillo, pero vio que Limbeck fruncía el entrecejo y echaba una mirada de temor hacia los guardianes, y advirtió que éstos observaban con suspicacia al príncipe y a sus compañeros. Sin duda, Bane había dicho alguna inconveniencia. ¿Dónde diablos estaba Alfred? Se suponía que debía ocuparse de su príncipe...

Se volvió, dio un golpe en el brazo al chambelán y, cuando éste alzó la mirada, *la Mano* le señaló al muchacho. Alfred parpadeó como si por un momento se preguntara quién era, pero enseguida reaccionó. Apretando el paso, resbalando y tropezando, y moviendo los pies en direcciones que uno no hubiera creído humanamente posibles, Alfred llegó al lado de Bane y, para distraer su atención, empezó a responder a las preguntas de Su Alteza sobre las armas de fuego.

Por desgracia, la mente de Alfred seguía concentrada en el terrible descubrimiento de la noche anterior y no en lo que estaba diciendo. Bane, a su vez, estaba concentrado en hacer cierto descubrimiento y, gracias a las irreflexivas

respuestas del chambelán, se estaba acercando mucho a su objetivo.

Jarre y los miembros de la UAPP marchaban tras los gardas, quienes lo hacían a su vez detrás de los prisioneros. Ocultos bajo las capas, mantones y largas barbas llevaban tronadores, tintineadoras, un surtido de bocinas y alguno que otro gemidor de fuelle{20}. En una reunión de la UAPP celebrada apresuradamente y en secreto avanzada la noche, Jarre había enseñado la canción a sus correligionarios. Siendo una raza amante de la música —los cantores de noticias habían mantenido informados a los gegs durante siglos—, no tuvieron problemas en aprenderla muy pronto. Luego, regresaron a sus casas y la cantaron a sus esposas, hijos y vecinos de confianza, que también la aprendieron. Nadie sabía muy bien por qué cantaban aquella pieza en concreto. Jarre había sido bastante imprecisa al respecto, pues ella tampoco estaba muy segura.

Corría el rumor de que era así cómo luchaban welfos y humanos: cantaban y hacían sonar las bocinas y los demás instrumentos. Cuando los welfos fueran derrotados (y podían serlo, ya que no eran inmortales) serían obligados a entregar más tesoros a los gegs.

Jarre, cuando supo que corría este rumor entre los miembros de la Unión, no lo negó. Al fin y al cabo, era algo parecido a la verdad.

Camino de los Levarriba, sus correligionarios parecían tan ansiosos y entusiasmados que Jarre estaba convencida de que los gardas leerían sus planes en los ojos radiantes y las sonrisas presumidas de la comitiva —por no hablar del hecho de que quienes portaban los instrumentos tintineaban, tronaban y en ocasiones gemían de la manera más misteriosa—. Al entender de los gegs, perturbar la ceremonia era en cierto modo un acto de justicia, pues aquellos rituales mensuales con los welfos eran un símbolo del trato de esclavos que recibía el pueblo geg. Quienes vivían en Drevlin —la mayoría de ellos pertenecientes al mismo truno que el survisor jefe— eran los únicos que recibían con regularidad el soldo mensual y, aunque el survisor jefe insistía en que todos los gegs podían acudir a reclamar el suyo, tanto él como el resto de moradores de Drevlin sabían que los gegs estaban atados a la Tumpa-chumpa y que sólo un puñado de ellos —y, en su mayor parte, ofinistas— podían abandonar su servidumbre el tiempo suficiente para complacerse con la visión de los welfos y para conseguir una parte de la recompensa que éstos entregaban en sus visitas.

Los gegs, muy exaltados, marchaban a la batalla y en sus manos tintineaban, tronaban y gemían las armas. Jarre, avanzando entre ellos, les recordó las instrucciones que les había impartido.

—Cuando los humanos empiecen a cantar, irrumpiremos en las escaleras cantando a voz en grito. Limbeck pronunciará un discurso...

Sonaron algunos aplausos.

—... y, junto con los dioses que no lo son, entrará en la nave...

—¡Queremos esa nave! —gritaron varios de sus correligionarios.

—¡No, no! —replicó Jarre con irritación—. Lo que queréis es la recompensa. Esta vez vamos a conseguir nuestro soldo. Integro.

El aplauso fue ahora multitudinario.

—¡El survisor jefe no se llevará esta vez ni un tapete de punto! ¡Limbeck subirá a la nave y viajará en ella a los mundos superiores, donde conocerá la Verdad, y volverá para proclamarla y liberar a su pueblo!

En esta ocasión, no hubo aplausos. Después de la promesa de acceder a la recompensa de los welfos —en especial a los tapetes de punto, de los que había una gran demanda últimamente—, a nadie le importaba ya la Verdad. Jarre se dio cuenta de ello y se entristeció, pues sabía que también apenaría a Limbeck si alguna vez se enteraba.

Pensando en Limbeck, Jarre se abrió paso poco a poco entre la multitud hasta que se encontró caminando detrás de él. Cubriéndose la cabeza con el mantón para que nadie la reconociera, mantuvo sus ojos y sus pensamientos fijos en Limbeck.

Jarre quería acompañarlo; al menos, se decía a sí misma que lo deseaba. Sin embargo, no había protestado demasiado y había guardado completo silencio cuando Limbeck le había dicho que debía quedarse en Drevlin y encabezar el movimiento en su ausencia.

En realidad, Jarre estaba asustada. Al parecer, había espiado por una rendija y había visto fugazmente algún fragmento de la Verdad durante su recorrido por los túneles con Alfred. La Verdad no era algo que uno salía a buscar y encontraba con facilidad. La Verdad era amplia, vasta, profunda e inacabable, y lo único que uno podía esperar era ver una pequeña parte de ella. Y ver esa pequeña parte y confundirla por el todo era falsear tal Verdad.

Pero Jarre había dado su promesa. No podía defraudar a Limbeck, cuando aquello significaba tanto para él. Y también estaba su pueblo, sumido en la mentira. Sin duda, un poco de Verdad lo beneficiaría y no le haría daño.

Los gegs que avanzaban junto a Jarre comentaban lo que harían con su soldo. Jarre permaneció callada, con los ojos clavados en Limbeck; no estaba muy segura de si prefería que sus planes se cumplieran o se vieran frustrados.

El survisor jefe llegó ante el portalón ubicado al pie del brazo. Vuelto hacia el ofinista jefe, aceptó ceremoniosamente una gran llave, casi mayor que su mano, y la utilizó para abrir el cerrojo.

—Traed a los prisioneros —ordenó, y los gardas condujeron al grupito hacia la puerta.

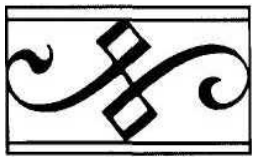
—¡Cuidado con el perro! —masculló el ofinista jefe, largando un puntapié al animal, que le olisqueaba los zapatos con gran interés.

Haplo llamó al perro a su lado. El survisor jefe, su cuñado el ofinista, varios

miembros de la guardia personal del survisor y el grupo de prisioneros penetraron en el Levarriba. En el último momento, Limbeck se detuvo en el umbral y, volviéndose, paseó la mirada por la multitud. Al reconocer a Jarre, la contempló larga e intensamente. La expresión de Limbeck era serena y resuelta. No llevaba puestas las gafas, pero Jarre tuvo la sensación de que la estaba viendo con toda claridad.

Tragándose las lágrimas, Jarre alzó una mano en un amoroso gesto de despedida. La otra mano, oculta bajo la capa, asía su arma: una pandereta.

CAPÍTULO 40



LEVARRIBA, DREVLIN,
REINO INFERIOR

—Capitán —informó el teniente tras estudiar el terreno a sus pies—, se observa una cantidad inusual de gegs esperándonos en la Palma.

—No son gegs, teniente —replicó el capitán, con el ojo en el catalejo—. Por su aspecto, yo diría que son humanos.

—¡Humanos! —El teniente continuó mirando hacia la Palma. Sus manos deseaban vehementemente arrancarle el catalejo al capitán para comprobar lo que decía.

—¿Qué deduce usted de eso, teniente? —inquirió el capitán.

—Yo diría que problemas, señor. He servido muchos años en esta ruta, y mi padre antes que yo, y jamás he oído hablar de que se haya encontrado a algún humano en el Reino Inferior. Yo le sugeriría... —el teniente se interrumpió, mordiéndose la lengua.

—¿Sugeriría? —repitió el capitán Zankor'el en tono peligroso—. ¿Usted le *sugeriría* a su comandante? Vamos, teniente, ¿qué sugeriría?

—Nada, señor. No es mi cometido.

—No, no, teniente. Insisto —replicó Zankor'el, con una mirada a su geir.

—Sugeriría que no atracásemos hasta haber descubierto qué sucede.

Era una propuesta perfectamente lógica y razonable, como bien sabía el capitán, pero ello significaba dialogar con los gegs y Zankor'el no conocía una sola palabra del idioma geg. El teniente, en cambio, sí lo hablaba. El capitán llegó de inmediato a la conclusión de que estaba ante otro truco de su subordinado para burlarse de él, ¡del capitán Zankor'el de la familia real, ante los ojos de la tripulación! Bothar'in ya lo había hecho en una ocasión, con su condenada y estúpida heroicidad.

Zankor'el decidió que prefería ver su alma en la cajita con incrustaciones de lapislázuli y calcedonia que el geir llevaba consigo en todo momento, antes que permitir que tal cosa sucediera de nuevo.

—No sabía que le dieran tanto miedo los humanos, teniente —contestó, pues—. No puedo tener a mi lado a un hombre asustado en lo que podría ser una situación peligrosa. Vaya a su camarote, teniente Bothar'in, y quédese allí lo que resta de viaje. Yo me ocuparé de las bestias.

Un silencio de perplejidad cayó sobre el puente. Nadie sabía dónde mirar y, por tanto, todos evitaban mirar a cualquier lado. Una acusación de cobardía contra un oficial elfo significaba la muerte a su regreso a Aristagón. Desde luego, el teniente

podría hablar en su propia defensa ante el tribunal, pero su único recurso sería denunciar al capitán. Y, si éste era miembro de la familia real, ¿a quién creerían los jueces?

La cara del teniente estaba rígida; sus ojos almendrados no parpadeaban. Un tripulante abatido comentaría más tarde que había visto más vida en muchos cadáveres.

—Como ordene, señor. —El teniente dio media vuelta con marcialidad y abandonó el puente.

—¡Si hay algo que no voy a tolerar, es la cobardía! —exclamó el capitán Zankor'el—. ¡Que todo el mundo lo tenga presente!

—Sí, señor —fue la respuesta seca y fría de unos hombres que habían servido a las órdenes del teniente en varias batallas contra los elfos rebeldes y contra los humanos, y que conocían mejor que nadie el valor de Bothar'in.

—Que venga el mago de a bordo —ordenó el capitán, observando de nuevo por el catalejo al pequeño grupo congregado en la palma de la mano gigantesca.

Mandaron llamar al mago de a bordo, que apareció de inmediato. Algo aturdido, el hechicero estudió la expresión de los reunidos en el puente como si quisiera asegurarse de que era cierto el rumor que había oído mientras acudía hacia allí.

Nadie lo miró. Nadie se atrevía a hacerlo. No era preciso: viendo sus caras tensas sus miradas fijas, el mago de a bordo adivinó la respuesta.

—Vamos a tener un encuentro con humanos, mago. —El capitán lo dijo con voz imperturbable, como si no sucediera nada anormal—. Supongo que se habrán repartido silbatos a toda la tripulación.

—Sí, capitán.

—¿Todo el mundo está familiarizado con su uso?

—Creo que sí, señor. El último combate de esta nave fue con un grupo de rebeldes elfos que nos abordó...

—No te he pedido que recites el historial bélico de la nave, ¿verdad, mago?

—No, capitán.

El mago de a bordo no se disculpó. A diferencia de la tripulación, él no estaba obligado a obedecer las órdenes de un capitán de nave. Dado que sólo ellos conocían el empleo adecuado de sus artes misteriosas, los hechiceros eran responsables únicamente de mantener la magia a bordo de las naves. Un capitán insatisfecho con el trabajo de un mago podía presentar acusaciones contra él, pero el hechicero sería juzgado por el Consejo de los Arcanos, no por el Tribunal Naval. Y, en tal juicio, no importaría si el capitán era miembro de la familia real pues todo el mundo sabía quiénes eran los auténticos gobernantes de Aristagón.

—¿La magia funciona? —Prosiguió el capitán—. ¿Está en plena operatividad?

—Los tripulantes sólo tienen que llevarse el silbato a los labios. —El mago de a

bordo se puso muy erguido y miró al capitán con aire altivo. Ni siquiera añadió el acostumbrado «señor». Se estaba poniendo en duda su capacidad.

El geir, que también era mago, advirtió que Zankor'el se había excedido en su autoridad.

—Y lo has hecho todo muy bien, mago de a bordo —intervino con voz apaciguadora y zalamera—. Desde luego, comentaré elogiosamente tu trabajo cuando volvamos a puerto.

El mago de a bordo replicó con una sonrisa burlona. ¡Como si le importara mucho la opinión de un geir! Pasarse la vida corriendo tras chiquillos malcriados con la esperanza de atrapar un alma... ¡Eso era casi lo mismo que ser un criado y correr tras un perro faldero con la esperanza de poder recoger sus excrementos!

—¿Nos acompañarás en el puente? —preguntó el capitán con cortesía siguiendo la sugerencia del geir.

El mago de a bordo no tenía intención de moverse de él. Allí estaba su puesto de combate y, aunque en esta ocasión el capitán actuaba con absoluta corrección al formular la invitación, el hechicero decidió tomarla como un insulto.

—Por supuesto —declaró en tono seco y frío. Se acercó a las portillas, observó la Palma y el grupo de gegs y humanos y añadió—: Creo que deberíamos establecer contacto con los gegs y averiguar qué sucede.

¿Sabía el mago que ésta había sido la sugerencia del teniente? ¿Sabía que tal comentario había precipitado la crisis en que se encontraban? El capitán, con sus enjutas mejillas encendidas, le dirigió una mirada furibunda. El mago de a bordo, vuelto de espaldas, no la advirtió. El capitán abrió la boca pero, al percatarse de que su geir movía la cabeza a modo de advertencia, volvió a cerrarla rápidamente.

—¡Esta bien! —Zankor'el estaba haciendo un evidente esfuerzo por contener su cólera. Al escuchar un ruido a sus espaldas, se volvió en redondo y clavó una mirada furiosa en la tripulación, pero todos los hombres parecían concentrados en sus respectivas tareas.

Con una rígida reverencia, el mago de la nave ocupó una posición en la proa, junto al mascaron. Ante él tenía una bocina cónica fabricada con un diente de grenko ahuecado{21}. En el extremo más ancho, el diente llevaba un parche de piel de tiero que amplificaba por arte de magia la voz que se proyectaba en su interior. El sonido surgía con gran potencia por la boca abierta del dragón y resultaba muy impresionante incluso para aquellos que sabían cómo funcionaba. Para los gegs, constituía un milagro.

Inclinado junto al cono, el mago gritó algo en la lengua tosca de los enanos, que sonaba a oídos de los elfos como un matraqueo de piedras en el fondo de un tonel. Mientras lo hacía, el capitán mantuvo una postura rígida, con las facciones pétreas, dando a entender con su actitud que consideraba todo aquello un capricho sin sentido.

Les llegó de abajo un gran griterío: los gegs respondían a su llamada. El mago elfo prestó atención a lo que decían y contestó. Después, se dio la vuelta y miró al capitán.

—Resulta muy desconcertante. Por lo que he podido entender, parece que esos humanos han llegado a Drevlin y les han contado a los gegs que nosotros, los «welfos», no somos dioses sino explotadores que hemos tenido esclavizados a los enanos. El rey geg pide que aceptemos a los humanos como regalo y, a cambio, hagamos algo para restaurarnos como divinidades. Sugiere —añadió el mago— que doblemos la cantidad habitual de «obsequios» que les traemos.

El capitán elfo pareció recobrar el buen humor.

—¡Prisioneros humanos! —Se frotó las manos—. ¡Más aún!, prisioneros que evidentemente han tratado de sabotear nuestros suministros de agua. Un descubrimiento muy valioso. Me valdrá una condecoración. Informa a los gegs que nos satisface el acuerdo.

—¿Qué hay de su recompensa?

—¡Bah!, tendrán la cantidad de costumbre. ¿Qué esperan? No traemos más.

—Podríamos prometer que enviaremos otra nave —apuntó el mago, frunciendo el entrecejo.

El capitán enrojeció de cólera.

—¡Si hiciera un trato semejante, sería el hazmerreír de la Armada! ¿Poner en peligro una nave para llevarle más basura a esos gusanos? ¡Ja, ja!

—Señor, hasta hoy, jamás se había producido nada semejante. Parece que los humanos han descubierto una manera de descender a través del Torbellino y tratan de perturbar la sociedad geg para su proyecto. Si los humanos consiguieran hacerse con el control de nuestros suministros de agua...

El mago movió la cabeza; las meras palabras parecían incapaces de trasmitir la gravedad de la situación.

—¡Perturbar la sociedad geg! —Zankor'el se echó a reír—. ¡Yo sí que perturbaré su sociedad! Voy a descender y tomar el control de su estúpida sociedad. Es lo que deberíamos haber hecho mucho tiempo atrás. Di a esos gusanos que vamos a quitarles de las manos a los prisioneros. Con eso bastará.

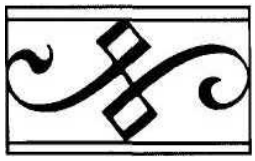
El mago de la nave frunció aún más el entrecejo, pero no podía hacer nada más..., al menos de momento. No podía autorizar el envío de una nave con un nuevo cargamento ni se atrevía a formular una promesa que no podía mantener. Con ello sólo empeoraría las cosas. En cambio, podía informar al Consejo de todo aquello de inmediato y recomendar que se adoptara alguna decisión, tanto respecto a la nave extra como a aquel imbécil de capitán.

Hablando por la bocina, el mago formuló la negativa en términos vagos y oscuros que pretendían hacerla pasar por una aceptación salvo que uno se fijara de verdad en

lo que decían. Como la mayoría de los elfos, consideraba que los procesos mentales de los gegs eran parecidos al sonido de su idioma: guijarros matraqueando en un barril.

La nave planeó con las alas extendidas, majestuosa y temible. La tripulación elfa, empuñando pértigas, ocupó la cubierta y guió la tubería descendente hasta colocarla con precisión sobre el geiser. Una vez logrado el objetivo, entró en acción la magia. Encajonada en un conducto de luz azul que surgía del suelo, el agua brotaba del orificio y era aspirada por la tubería y transportada a miles de menkas hasta los elfos que la esperaban arriba, en Aristagón. Una vez iniciado este proceso, la nave elfa había completado su objetivo principal. Cuando los tanques de almacenamiento estaban a plena capacidad, el flujo mágico de líquido cesaba y la tubería era izada de nuevo. La nave podía entonces dejar caer su cargamento y regresar o, como en este caso, atracar y perder unos minutos para impresionar a los gegs.

CAPÍTULO 41



LOS LEVARRIBA, DREVLIN,
REINO INFERIOR

Al survisor jefe no le gustaba nada de aquello. No le gustaba que los prisioneros se estuvieran tomando las cosas con tanta docilidad, no le gustaban las palabras que los welfos estaban dejando caer sobre ellos en lugar de mandar más soldo, y tampoco le gustaban las esporádicas notas musicales que escapaban de la multitud congregada bajo la Palma.

Contemplando la nave, el survisor se dijo que nunca había visto ninguna que se moviera tan despacio. Escuchó el chasquido del cable que tiraba de las alas gigantescas hacia el casco enorme de la nave, acelerando así su descenso, pero ni siquiera entonces le pareció lo bastante rápido a Darral Estibador, que mantenía la ardiente esperanza de que, una vez que aquellos dioses y Limbeck, *el Loco*, hubieran desaparecido, la vida retornaría a la normalidad. Si conseguía salir bien librado de los momentos que se avecinaban...

La nave quedó en posición, con las alas recogidas de modo que actuara la magia suficiente para mantenerla a flote en el aire, inmóvil sobre la Palma. Las bodegas de carga se abrieron y los gegs que esperaban abajo recibieron su soldo. Unos cuantos gegs empezaron a vociferar mientras caían los objetos, y los que tenían más vista y sentido comercial se lanzaron sobre las piezas de valor.

Sin embargo, la mayoría de los gegs no hizo caso y permaneció donde estaba, mirando hacia lo alto del brazo con tensa, nerviosa (y tintineante) expectación.

—¡Deprisa, deprisa! —murmuró el survisor jefe.

La apertura de la escotilla se prolongó interminablemente. El ofinista jefe, haciendo caso omiso de todo lo demás, contemplaba la nave dragón con su habitual e insoportable expresión de farisaica santurronería. Darral sintió la tentación de hacerle tragar aquella mueca (junto con su dentadura).

—¡Aquí vienen! —Parloteó el ofinista jefe con excitación—. ¡Aquí vienen! —Se volvió en redondo y miró a los prisioneros con severidad—. ¡Procurad tratar con respeto a los welfos! ¡Ellos, al menos, sí son dioses!

—¡Lo haremos, no te preocupes! —Respondió Bane con una dulce sonrisa—. Vamos a obsequiarles con una canción.

—¡Silencio, Alteza, por favor! —lo reprendió Alfred, posando una mano en el hombro del príncipe. Añadió algo en idioma humano que el survisor jefe no logró entender y echó al muchacho hacia atrás, sacándolo de en medio.

¿De en medio de qué? ¿Y qué era aquella tontería sobre una canción?

Al survisor jefe no le gustó aquello, tampoco. No le gustó lo más mínimo.

Se abrió la compuerta y la pasarela se deslizó de la amura hasta quedar sujeta con firmeza a las yemas de los dedos de la Palma. Luego apareció el capitán elfo. Plantado en el hueco de la compuerta y contemplando los objetos dispersos a sus pies, el elfo parecía enorme con el traje de hierro profusamente decorado que cubría su cuerpo delgado desde el cuello hasta los dedos de los pies. Su rostro no era visible pues un casco en forma de cabeza de dragón le cubría la testa. Colgada al hombro llevaba una espada ceremonial enfundada en una vaina incrustada de piedras preciosas que pendía de un cinto de seda bordada desgastado por el uso.

Viendo que todo parecía en orden, el elfo avanzó con pasos pesados por la pasarela. Al caminar, la vaina le rozaba el muslo produciendo un tintineo metálico. Llegó a los dedos de la Palma, se detuvo y miró en torno a sí. El casco de cabeza de dragón le daba un aire severo e imperioso. El traje de hierro añadía un palmo más de la estatura del elfo, ya de por sí considerable, y le permitía cernerse sobre los gegs y también sobre los humanos. El casco estaba trabajado con tal realismo y resultaba tan atemorizador que incluso los gegs que ya lo habían visto antes lo contemplaban con respeto y espanto. El ofinista jefe se postró de rodillas.

Pero el survisor jefe estaba demasiado nervioso para mostrarse impresionado.

—Ahora no hay tiempo para esas cosas —masculló, agarrando a su cuñado y obligándolo a incorporarse otra vez—. ¡Gardas, traed a los dioses!

—¡Maldición! —juró Hugh por lo bajo.

—¿Qué sucede? —Haplo se acercó a él.

El capitán elfo había descendido ruidosamente hasta los dedos, el ofinista jefe había caído de rodillas y el survisor lo estaba levantando a tirones. Limbeck, por su parte, revolvía en ese momento un puñado de papeles.

—El elfo. ¿Ves eso que lleva en torno al cuello? Es un silbato.

—Son una creación de sus hechizos. Se supone que, cuando un elfo lo sopla, el sonido que produce puede anular por arte de magia los efectos de la canción.

—Lo cual significa que los elfos lucharán.

—Sí. —Hugh soltó una nueva maldición—. Sabía que los guerreros los portaban, pero no pensé que los tripulantes de un transporte de agua..., y no tenemos nada con qué luchar, salvo nuestras manos desnudas y un puñal.

Nada. Y todo. Haplo no necesitaba armas. Con sólo quitarse las vendas de las manos, y utilizando únicamente la magia, podría haber destruido a todos los elfos a bordo de la nave, o hechizarlos para que hicieran su voluntad o sumirlos en el sopor mediante un encantamiento. Pero le estaba vedado el uso de la magia. El primer signo mágico que trazara en el aire lo identificaría como un patryn, el viejo enemigo que hacía tanto tiempo había estado muy cerca de conquistar el mundo antiguo.

«Antes la muerte que traicionarnos. Tienes la disciplina y el valor para tomar tal decisión y posees la habilidad y la astucia precisas para hacerla innecesaria.»

El survisor jefe estaba ordenando a los gardas que acercaran a los dioses. Los gardas se dirigieron hacia Limbeck, que los apartó con firmeza y cortesía. Avanzando por propia iniciativa, manoseó sus papeles y exhaló un profundo suspiro.

—«Distinguidos visitantes de otro reino, survisor jefe, ofinista jefe, colegas de la Unión. Me produce un gran placer...

—Al menos, moriremos luchando —dijo Hugh—. Y contra los elfos. Es un consuelo.

Haplo no tenía que morir luchando, no tenía que morir de ningún modo. No había pensado que la situación resultara tan frustrante.

El misor-ceptor, colocado para transmitir a todos las bendiciones de los welfos, difundía ahora a toda potencia el discurso de Limbeck.

—¡Haced que calle! —gritó el survisor jefe.

—« ¡Salvad los grillos!» ... No, esto no puede ser. —Limbeck hizo una pausa. Sacó las gafas, las montó en la nariz y repasó sus papeles—. « ¡Sacudíos los grilletes!» —corrigió sus palabras. Los gardas se abalanzaron sobre él y lo sujetaron por los brazos.

—¡Empieza a cantar! —Susurró Haplo—. Tengo una idea.

Hugh abrió la boca y entonó con una voz grave de barítono las primeras notas de la canción. Bane se unió a él y su voz aguda se elevó por encima de la de Hugh en un chillido que taladraba los tímpanos, discordante, pero sin confundir una sola palabra. La voz de Alfred los acompañó temblorosa, casi inaudible; el chambelán estaba pálido de miedo como un hueso calcinado y parecía al borde del colapso.

La Mano que sostiene el Arco y el Puente,
el Fuego que cerca el Trayecto Inclinado...

A la primera nota, los gegs al pie del brazo metálico aplaudieron y, enarbolando sus instrumentos, empezaron a soplar, golpear, tintinear y cantar con todas sus fuerzas. Los gardas de la Palma escucharon el cántico de la gente de abajo y dieron muestras de aturdimiento y nerviosismo. Al escuchar las notas de la odiada canción, el capitán elfo asió el silbato que le colgaba del cuello, levantó la visera del yelmo y se llevó el instrumento a los labios.

Haplo dio una suave palmadita en la testa al perro y, con un gesto de la mano, señaló al elfo.

—Ve a cogerlo —le ordenó.

...toda Llama como Corazón, corona la Sierra,
todos los Caminos nobles son Ellxman.

Rápido y silencioso como una saeta en pleno vuelo, el perro se lanzó entre el grupo confuso que ocupaba la Palma y saltó directamente contra el elfo.

El traje de hierro de éste era viejo y arcaico, diseñado sobre todo para intimidar. Era una reliquia de los viejos tiempos en que había que llevar tal indumentaria para protegerse de la penosa dolencia conocida por «las embolias», que afligía a aquellos que ascendían demasiado deprisa desde los Reinos Inferiores a los situados más arriba. Cuando el capitán elfo descubrió al perro, éste ya cruzaba los aires hacia él. En un gesto instintivo, trató de prepararse para el impacto pero su cuerpo, enfundado en la incómoda armadura, no consiguió reaccionar con la debida rapidez. El perro aterrizó en mitad del pecho y el capitán cayó hacia atrás como un árbol podrido.

Haplo se había puesto en movimiento con el perro, seguido a no mucha distancia por Hugh. Los labios del patryn no entonaban ninguna canción, pero *la Mano* cantaba por los dos con su potente voz.

El fuego en el Corazón guía la Voluntad,
la Voluntad de la Llama, prendida por la Mano...

—¡Siervos, uníos! —gritó Limbeck, sacudiéndose de encima a los molestos gardas. Concentrado en el discurso, no prestó atención al caos que lo rodeaba—. Yo mismo ascenderé a los reinos superiores para descubrir la Verdad, la más valiosa de las recompensas...

«Recompensas...», repitió el misor-ceptor.

—¿Recompensa? —Los gegs a los pies de la Pala se miraron unos a otros—. ¡Ha dicho recompensas! ¡Van a darnos más! ¡Aquí! ¡Aquí!

Los gegs, sin dejar de cantar, avanzaron hacia el portalón de la base del brazo. Una reducida dotación de gardas había recibido la orden de proteger la entrada, pero se vio arrollada por la multitud (más tarde se descubriría desmayado a uno de los hombres, con una pandereta a modo de collar). Los gegs se precipitaron escaleras arriba, entonando siempre la canción

...la Mano que mueve la Canción del Ellxman,
la Canción del Fuego, el Corazón y la Tierra...

Los primeros gegs asomaron por la puerta de lo alto del brazo e irrumpieron en la superficie dorada de la Palma, cuyo piso estaba resbaladizo debido al rocío que esparcía el agua al elevarse en el aire. Los gegs patinaron y trastabillaron y algunos estuvieron peligrosamente cerca de caer al vacío. Reaccionando con prontitud, los gardas trataron sin éxito de detener la invasión y hacerlos retroceder escaleras abajo. Darral Estibador se encontró en medio de la turba que hacía sonar sus instrumentos y contempló, con muda cólera e indignación, cómo cientos de años de paz y

tranquilidad se esfumaban en una canción.

Antes de que Alfred pudiera detenerlo, Bane echó a correr tras Hugh y Haplo, muy excitado. Sorprendido en medio del tumulto, Alfred trató de alcanzar a su príncipe. A Limbeck le habían saltado las gafas en el alboroto. Logró recuperarlas pero, zarandeado en todas direcciones, no consiguió volver a ponérselas. Con un parpadeo de desconcierto, miró a su alrededor, incapaz de distinguir al camarada del adversario. Advirtiendo los apuros del geg, Alfred lo agarró por el hombro y lo arrastró hacia la nave.

...el Fuego nacido al Final del Camino,
la Llama una parte, una llamada iluminada...

El capitán elfo, tendido de espaldas sobre los dedos de la Palma, luchó sin éxito con el perro, cuyos afilados dientes trataban de encontrar un camino entre el yelmo y el peto. Al llegar a la pasarela, Haplo observó con cierta preocupación la presencia de un hechicero elfo, inclinado sobre el comandante caído. Si el hechicero utilizaba su magia, al patryn no le quedaría más remedio que responder con las mismas armas. En medio de tanta confusión, tal vez pudiera hacerlo sin que nadie se fijara. Sin embargo, el hechicero no parecía interesado en la lucha, sino que permanecía junto al capitán contemplando con atención la lucha con el perro. El hechicero tenía en las manos una cajita con incrustaciones de piedras preciosas; una expresión de impaciencia le iluminaba el rostro.

Sin perder de vista al extraño hechicero, Haplo hincó la rodilla por un instante junto al elfo y, con cuidado de no llevarse un mordisco del perro, deslizó la mano bajo el cuerpo recubierto de metal buscando a tientas la espada. Por fin, la asió y tiró de ella. El cinto a la que estaba sujeta cedió y el patryn se encontró con el arma en su poder. Empuñándola, titubeó por un instante. Haplo se sentía reacio a matar a nadie en aquel mundo, y en especial a un elfo, pues empezaba a ver cómo podía utilizarlos su amo en el futuro. Se volvió hacia Hugh y le arrojó el arma.

Con la espada en una mano y el puñal en la otra, Hugh cruzó a la carrera la pasarela y penetró por la compuerta, sin dejar de cantar.

—¡Perro! ¡Aquí! ¡A mí! —ordenó Haplo.

El perro obedeció de inmediato y saltó del pecho del elfo acorazado, quien continuó debatiéndose impotente como una tortuga panza arriba. Mientras esperaba al perro, Haplo consiguió agarrar a Bane cuando el chiquillo pasaba corriendo ante él. El príncipe se hallaba en un estado de intensa excitación y cantaba la canción a pleno pulmón.

—¡Suéltame! ¡Quiero ver la lucha!

—¿Dónde diablos está tu guardián? ¡Alfred!

Mientras buscaba al chambelán entre la multitud, Haplo sujetó con firmeza al

chiquillo, que seguía protestando y luchando por zafarse. Vio a Alfred que conducía con torpeza a Limbeck entre el caos que reinaba en la Palma. El geg, que a duras penas se mantenía en pie, aún seguía con su perorata.

—«Y ahora, distinguidos visitantes de otro reino, me gustaría exponeros los tres principios de la UAPP. El primero...»

La multitud se concentró en torno a Alfred y Limbeck. Haplo soltó a Bane, se volvió hacia el perro, señaló al príncipe y le ordenó al animal:

—Vigílalo.

El perro, con una sonrisa, se sentó sobre las patas traseras y fijó los ojos en Bane. Cuando Haplo se alejó, Bane miró al animal.

—Buen chico —dijo, y se dio media vuelta con la intención de cruzar la compuerta.

El perro se incorporó despreocupadamente, hundió los dientes en la parte posterior de los calzones de Su Alteza y lo retuvo donde estaba.

Haplo retrocedió por la pasarela hasta la Palma, rescató a Alfred y al charlatán Limbeck del seno del tumulto y los empujó hacia la nave. Tras ellos aparecieron varios miembros de la Unión soplando sus instrumentos en un guirigay que ensordecía a cuantos trataban de detenerlos. Haplo reconoció entre ellos a Jarre e intentó llamar su atención, pero la geg estaba sacudiendo a un garda con un gemidor y no se percató de ello.

Pese a la confusión, Haplo procuró mantener el oído atento a cualquier ruido de lucha a bordo de la nave. Sin embargo, no oyó nada salvo los cánticos de Hugh; ni siquiera el sonido de los silbatos.

—¡Aquí, chambelán! El chico es responsabilidad tuya.

Haplo liberó al príncipe de la vigilancia del perro y lo arrojó en brazos de un tembloroso Alfred. El patryn y el perro subieron a la carrera por la pasarela y Haplo dio por sentado que todos los demás lo seguían.

Al pasar del resplandor del sol que se reflejaba en la superficie dorada de la Palma a la oscuridad que reinaba en la nave, el patryn se vio obligado a hacer una pausa para que sus ojos se acostumbraran a ella. Detrás de él escuchó que Limbeck soltaba una exclamación, tropezaba y caía de rodillas; la súbita ausencia de luz y la pérdida de las gafas se aliaban para dejar al geg prácticamente ciego.

La vista de Haplo no tardó en habituarse a la situación. Por fin, distinguió la razón de que no hubiera oído ruidos de combate: Hugh hacía frente a un elfo que empuñaba una espada desnuda. Detrás del elfo se encontraba el resto de la tripulación de la nave, armado y a la espera. En la retaguardia del grupo, la túnica de combate plateada de un mago de a bordo reflejaba la luz del sol con un destello cegador. Nadie hablaba. Hugh había dejado de cantar y observaba al elfo con atención, a la espera de su ataque.

—«El camino lóbrego, el objeto parpadeante...» —Bane entonó las palabras con voz estentórea y chillona.

El elfo volvió la mirada hacia el chiquillo; la mano que sostenía la espada fue presa de un ligero temblor y se pasó la lengua por los labios resecos. Los demás elfos, dispuestos tras el primero, parecían esperar las órdenes de éste pues tenían la mirada fija en él.

Haplo se volvió en redondo.

—¡Cantad, maldita sea! —exclamó.

Alfred, sobresaltado por el grito, alzó su aguda voz de tenor. Limbeck aún seguía revolviendo sus papeles, buscando el punto donde había dejado el discurso.

El patryn vio que Jarre cruzaba la pasarela seguida de algunos correligionarios, estimulados y expectantes ante la perspectiva de hacerse con un tesoro. Haplo le hizo unos gestos frenéticos y Jarre, al fin, reparó en él.

—¡Alejaos! —vio que le decía por gestos, al tiempo que su boca articulaba la palabra—. ¡Alejaos!

Jarre detuvo a sus camaradas y éstos, disciplinadamente, obedecieron la orden de retirada. Los gegs estiraron el cuello para ver qué sucedía, vigilando con suma atención que nadie cogiera una sola cuenta de cristal antes que ellos.

...el Fuego conduce de nuevo desde los futuros, todos.

El cántico era ahora más potente, la voz de Alfred era más firme y entonada, la de Bane, cada vez más ronca pero sin flaquear un solo instante. Seguro ya de que los gegs no estorbarían, Haplo les dio la espalda para observar a Hugh y al elfo. Los dos seguían observándose con cautela, con las espadas en alto y sin cambiar de postura.

—No os deseamos ningún mal —declaró Hugh en élfico.

El elfo levantó una de sus delicadas cejas y volvió la mirada a su tripulación armada, que superaba a su adversario en proporción de veinte a uno.

—No me vengas con bromas —replicó.

La Mano parecía conocer bastante las costumbres de los elfos, pues continuó hablando sin pausa, mostrando un dominio fluido del idioma.

—Hemos naufragado aquí abajo y queremos escapar. Nos dirigimos al Reino Superior...

El elfo mostró una sonrisa burlona.

—Mientes, humano. El Reino Superior está vedado. Lo rodea un círculo mágico de protección.

—Para nosotros, no lo está. Nos franquearán el paso —insistió Hugh—. Ese niño —añadió, señalando a Bane— es hijo de un misteriarca y...

Limbeck encontró el punto.

—«Distinguidos visitantes de otro reino...»

Procedente de fuera de la nave, les llegó un rechinar de metal y una voz:

—¡Los silbatos! ¡Usad los silbatos, idiotas!

Y dos de ellos sonaron a continuación: el del capitán y el del hechicero que portaba la cajita.

El perro lanzó un gañido, irguió las orejas y se le erizó el pelo del cuello. Haplo acarició al animal para tranquilizarlo, pero no lo consiguió y el animal empezó a aullar de dolor. El sonido metálico y el pitido de los silbidos se oían más cerca. Una figura apareció en la escotilla y ocultó la luz del sol.

Alfred se echó hacia atrás, llevando con él a Bane, pero Limbeck seguía leyendo el discurso y no vio al capitán. Un brazo enfundado en metal apartó con violencia al geg y lo mandó contra un mamparo. El elfo se detuvo junto a la escotilla y se quitó el casco. Sus ojos, inyectados en sangre, miraban con rabia a la tripulación.

El capitán apartó el silbato de los labios el tiempo suficiente para gritar, enfurecido:

—¡Haga lo que le ordeno, teniente, maldita sea!

El hechicero, caja en mano, apareció al costado de su pupilo.

El elfo plantado frente a Hugh levantó el silbato con una mano que parecía moverse por propia voluntad. Su mirada fue del capitán a Hugh, y de nuevo al primero. Los demás tripulantes levantaron también sus respectivos silbatos o llevaron los dedos a ellos. Algunos ensayaron un titubeante pitido.

Hugh no entendía qué estaba sucediendo, pero intuyó que la victoria pendía de una nota, por decirlo así, y se puso a cantar con su voz ronca. Haplo se unió a él, el capitán hizo sonar enérgicamente su silbato, el perro lanzó otro aullido de dolor y todos, incluso Limbeck, entonaron con fuerza los dos últimos versos:

El Arco y el Puente son pensamientos y corazón,
el Trayecto una vida, la Sierra una parte.

La mano del teniente se movió y asió el silbato. Haplo, acercándose a un guerrero elfo próximo al oficial, tensó los músculos dispuesto a saltar sobre él para intentar arrebatarle el arma. Sin embargo, el teniente no se llevó el silbato a la boca: con un enérgico tirón, rompió la correa de la que colgaba el instrumento mágico y arrojó éste a la cubierta de la nave. Entre los tripulantes se alzaron unos vítores airados y muchos, incluso el mago de a bordo, siguieron el ejemplo del teniente.

El capitán, rojo de rabia y lanzando espumarajos por la boca, exclamó escandalizado:

—¡Traidores! ¡Sois unos traidores conducidos por un cobarde! Tú eres testigo, weesham: estos puercos rebeldes se han amotinado y cuando volvamos...

—No vamos a volver, capitán —replicó el teniente, erguido y tenso, con una mirada fría en sus ojos grises—. ¡Cesad de cantar! —añadió.

Hugh sólo tenía una vaga idea de lo que estaba sucediendo; al parecer, habían topado con una especie de querella privada entre los elfos. No tardó en reconocer que la situación podía resultarle ventajosa, de modo que efectuó un gesto con la mano. Todo el mundo calló, aunque Alfred hubo de ordenarle por dos veces a Bane que guardara silencio y, al cabo, tuvo que taparle la boca con la mano.

—¡Ya os dije que ese teniente era un cobarde! —Repitió el capitán, dirigiéndose a la tripulación—. ¡No tiene valor ni para luchar con estas bestias! ¡Quítame esto de encima, geir! —El capitán elfo no podía moverse dentro de la armadura. El geir levantó una mano sobre ella y pronunció una palabra: al instante, la cubierta de metal desapareció por arte de magia. Lanzándose hacia adelante, el capitán elfo se llevó la mano al costado y descubrió que su espada había desaparecido, aunque la localizó casi al instante: Hugh apuntaba con ella a su garganta.

—¡No, humano! —Gritó el teniente, avanzando un paso para impedir que Hugh llevara a cabo su propósito—. Este combate debo librarlo yo. Por dos veces, capitán, me has llamado cobarde sin que yo pudiera defender mi honor. ¡Ahora ya no puedes protegerte con tu rango!

—¡Eres muy valiente para decir esto, teniendo en cuenta que estoy desarmado y tú empuñas una espada!

El teniente se volvió hacia Hugh.

—Como puedes ver, humano, ésta es una cuestión de honor. Me han dicho que vosotros, los humanos, comprendéis tales asuntos. Te pido que entregues la espada al capitán. Por supuesto, esto te deja indefenso, pero no tenías muchas oportunidades de cualquier modo, siendo uno contra tantos. Si vivo, me comprometo a ayudarte. Si caigo, te encontrarás en la misma situación que ahora.

Hugh sopesó las alternativas y, con encogimiento de hombros, entregó la espada. Los dos elfos se aprestaron al combate, poniéndose en guardia. Los tripulantes concentraron su atención en la batalla entre el capitán y el teniente. Hugh se acercó con sigilo a uno de ellos y Haplo tuvo la certeza de que el humano no estaría mucho tiempo desarmado.

El patryn tenía otros asuntos de qué ocuparse. No había dejado de vigilar el enfrentamiento que se desarrollaba junto a la nave y vio que las fuerzas de la Unión, tras derrotar a los gardas, estaban sedientas de sangre y ávidas de lucha. Si los gegs abordaban la nave, los elfos pensarían que se trataba de un ataque en toda regla, olvidarían sus diferencias y responderían unidos. Haplo ya podía ver a los gegs señalando la nave y prometiéndose un sustancioso botín.

Las espadas entrechocaron. El capitán y el teniente lanzaron estocadas y las pararon. El mago elfo observaba la escena con expectación, sujetando con fuerza la cajita que sostenía contra el pecho. Con movimientos rápidos pero tranquilos, esperando atraer lo menos posible la atención, Haplo se desplazó hasta la escotilla. El

perro lo acompañó al trote, pegado a sus talones.

Jarre estaba en la pasarela, con las manos cerradas en torno a una pandereta rota y los ojos fijos en Limbeck. Impertérrito, el geg se había incorporado y, tras ajustarse las gafas y localizar de nuevo el pasaje, reanudó el discurso.

—«... una vida mejor para todos...»

Detrás de Jarre, los gegs seguían tomando ánimos, estimulándose unos a otros a asaltar la nave y apoderarse del botín de guerra. Haplo encontró el mecanismo para bajar y alzar la pasarela y se apresuró a estudiarlo para entender su funcionamiento. Ahora, el único problema era la mujer geg.

—¡Jarre! —Le gritó, agitando la mano—. ¡Baja de la pasarela! ¡Voy a izarla! ¡Tenemos que irnos enseguida!

—¡Limbeck! —La voz de Jarre era inaudible, pero Haplo leyó el movimiento de sus labios.

—¡Me ocuparé de él y lo devolveré sano y salvo, te lo prometo!

Era una promesa fácil de hacer. Una vez que lo tuviera convenientemente moldeado, Limbeck estaría preparado para conducir a los gegs y convertirlos en una fuerza de combate unida, en un ejército dispuesto a entregar la vida por el Señor del Nexo.

Jarre dio un paso adelante. Haplo no quería que lo hiciera pues no confiaba en ella. Algo la había cambiado. Alfred. Sí, él la había cambiado. La geg ya no era la feroz revolucionaria que había conocido antes de que apareciera con el chambelán.

Aquel hombre de aspecto débil e inofensivo en realidad no lo era tanto.

Para entonces, los gegs ya se habían decidido a ponerse en acción y avanzaban sin obstáculos hacia la nave. A sus espaldas, Haplo escuchó en todo su furor el duelo entre los dos elfos y preparó el mecanismo para levantar la pasarela. Jarre caería y se precipitaría a la muerte. Parecería un accidente y los gegs echarían la culpa a los elfos. Puso la mano en la palanca, dispuesto a ponerlo en acción, cuando vio que el perro pasaba junto a él y corría pasarela abajo.

—¡Perro! ¡Vuelve aquí!

Pero el animal, o bien no le obedeció o, entre los cánticos y el fragor de las armas, no oyó su orden.

Frustrado, Haplo soltó la palanca y saltó a la pasarela tras el perro. Éste había atrapado con sus dientes la manga de la blusa de Jarre y tiraba de ella, obligando a la geg a descender hacia la Palma.

Jarre, desconcertada, miró al perro y, al hacerlo, vio a sus congéneres que avanzaban hacia la nave.

—¡Jarre! —Gritó Haplo—. ¡Detenlos! ¡Los welfos los matarán! ¡Nos matarán a todos, si atacáis!

La geg volvió la mirada hacia él, y luego hacia Limbeck.

—¡De ti depende, Jarre! —Insistió Haplo—. ¡Ahora, tú eres su líder!

El perro había dejado de tirar y la miraba con un brillo en los ojos, moviendo la cola.

—Adiós, Limbeck —susurró Jarre. Inclinándose, dio un feroz abrazo al perro; luego se volvió y, sacando pecho, descendió por la pasarela hasta los dedos de la Palma. Colocándose frente a los gegs, alzó los brazos y todos se detuvieron.

—Van a repartir un soldo extra. Debéis ir todos abajo para recibirlo. Aquí arriba no hay nada.

—¿Abajo? ¿Lo van a repartir abajo?

Los gegs se apresuraron a dar media vuelta y empezaron a empujar y apelotonarse, tratando de alcanzar la escalera.

—¡Entra aquí, perro! —ordenó Haplo.

El animal trotó por la cubierta, con la lengua colgando de una boca abierta en una irreprimible sonrisa de triunfo.

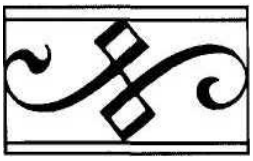
—Orgulloso de ti mismo, ¿eh? —dijo su amo y, soltando la palanca y recogiendo los cabos, izó la pasarela lo más deprisa que pudo. Escuchó la voz de Jarre dando órdenes y a los gegs lanzando vítores. La pasarela quedó en su sitio y Haplo cerró a cal y canto la escotilla, con lo que dejó de ver y de oír a los gegs.

—Estúpido mestizo. Debería despellejarte —murmuró Haplo, acariciando las orejas sedosas del can.

Alzando su voz sobre el estruendo del acero, Limbeck continuó:

«Y, por último, me gustaría decir...»

CAPÍTULO 42



LOS LEVARRIBA, DREVLIN,
REINO INFERIOR

Haplo volvió la cabeza de la escotilla a tiempo de ver cómo el teniente hundía la espada en el pecho del capitán elfo. El teniente soltó su arma y el capitán se derrumbó en cubierta. La tripulación guardó silencio, sin lanzar vítores ni lamentos. El teniente, con rostro frío e impasible, se apartó para dejar sitio al mago, que se arrodilló junto al elfo agonizante. Haplo imaginó que el mago, que en todo momento había estado tan próximo al capitán, debía de ser un sanador a su servicio. Por eso, el patryn se sorprendió al ver que el hechicero no hacía el menor gesto de ayudar al herido y se limitaba a acercar la cajita taraceada a los labios del capitán.

—¡Pronuncia las palabras! —dijo el geir con un siseo.

El capitán hizo un intento, pero su boca escupió un borbotón de sangre.

El mago pareció enfadarse y, levantando la cabeza del elfo, forzó a los ojos que se apagaban rápidamente a mirar hacia la cajita.

—¡Pronuncia las palabras! ¡Es tu deber para con tu pueblo!

Golpe a golpe, con evidente esfuerzo, el moribundo susurró unas palabras que a Haplo le resultaron ininteligibles. Después, el capitán cayó hacia atrás, sin vida. El hechicero cerró la cajita y, con una mirada recelosa a los demás elfos, la guardó celosamente como si en ella acabara de guardar alguna joya rara y preciosa.

—¡No os atreváis a hacerme daño! —Exclamó con un gemido—. ¡Soy un weesham y la ley me protege! ¡Una maldición os perseguirá todos los días de vuestra vida si me impedís llevar a cabo mi sagrada misión!

—No tengo intención de hacerte daño —replicó el teniente, con una mueca de desdén en los labios—. Aunque supongo que vos sabréis mejor que nadie qué utilidad puede tener para nuestro pueblo el alma de ese canalla. En todo caso, ha muerto con honor aunque no lo tuviera en vida. Tal vez eso cuente para algo.

Bajó el brazo, tomó la espada del elfo muerto y se la entregó a Hugh, con la empuñadura por delante.

—Gracias, humano. Y a ti —añadió, mirando a Haplo—. Me he percatado del peligro que representaban los gegs. Tal vez, cuando tengamos tiempo para ello, me explicaréis qué está sucediendo en Drevlin. De momento, debemos aprestarnos para zarpar enseguida. —El elfo se volvió de nuevo a Hugh—. Eso que has dicho del Reino Superior, ¿era verdad?

—Sí. —Hugh despojó al cadáver de la vaina y guardó la espada en ella—. El

muchacho —señaló con el pulgar a Bane, que permanecía mudo ante el cadáver, contemplándolo con aire curioso— es hijo de un tal Sinistrad, un misteriarca.

—¿Cómo es que tienes a tu cuidado a un chiquillo como él?

El elfo observó a Bane, pensativo. El príncipe, con el rostro casi traslúcido de tan pálido, captó la mirada y, fijando la suya en los ojos grises del elfo, le lanzó una sonrisa entre dulce y valiente, acompañada de una seria y garbosa reverencia. El teniente quedó encantado.

A Hugh se le ensombreció el rostro.

—Eso no tiene importancia —contestó—. No es asunto tuyo. Tratábamos de alcanzar el Reino Superior cuando nuestra nave fue atacada por tu pueblo. Logramos desembarazarnos de ellos, pero mi nave resultó dañada y nos precipitamos al Torbellino.

—¿Tu nave? ¡Los humanos no tienen naves dragón!

—¡Los humanos que se llaman Hugh *la Mano* tienen lo que se les antoja!

Entre los elfos se elevó un murmullo, el primer sonido que hacían desde que se iniciara el duelo. El teniente asintió.

—Comprendo. Esto explica muchas cosas.

El elfo extrajo un retal de tela con puntillas del bolsillo del uniforme, lo utilizó para limpiar de sangre la hoja de su espada y guardó el arma en la vaina.

—Tienes fama de ser un humano de honor... Un honor bastante peculiar, pero honor al fin y al cabo. Si me excusáis, humanos, tengo deberes que atender en mi nueva calidad de capitán de esta nave. El guardiamarina Ilth os conducirá a los camarotes.

Haplo pensó que así habrían sido despedidos de la presencia de su amo unos esclavos. El elfo había decidido hacerlos sus aliados, pero no sentía por ellos el menor amor y, al parecer, muy poco respeto. El tripulante elfo les indicó que lo siguieran.

Limbeck estaba arrodillado junto al cuerpo del capitán.

—Entonces, yo tenía razón —murmuró al notar la mano de Haplo en su hombro —: no son dioses.

—En efecto, no lo son. Ya te dije que no hay dioses en este mundo.

Limbeck miró a su alrededor como si hubiera perdido alguna cosa y no tuviera la más remota idea de dónde empezar a buscarla.

—¿Sabes? —Comentó al cabo de un momento—, casi lo lamento.

Mientras abandonaba el puente tras el guardiamarina, Haplo oyó preguntar a uno de los elfos:

—¿Qué hacemos con el cuerpo, teniente? ¿Lo arrojamos por la borda?

—No —respondió aquél—. Era un oficial y sus restos serán tratados con respeto. Colocad el cuerpo en la bodega. Nos detendremos en el Reino Medio y lo dejaremos

allí con su geir. Y, a partir de ahora, cuando te dirijas a mí, llámame capitán.

El elfo se daba prisa en imponer respeto a la tripulación, sabiendo que debía remendar los cabos de la disciplina que él mismo había deshilado. Haplo dedicó una muda alabanza al elfo y acompañó a los demás escalerilla abajo.

El joven guardiamarina los llevó a lo que, según Hugh, era el equivalente a una mazmorra en la nave. El calabozo era inhóspito y sombrío. En los tabiques había unos ganchos de los que, por la noche, podían colgarse unas hamacas para dormir. Durante el día, se recogían para dejar suficiente espacio para moverse. Unas pequeñas portillas proporcionaban una vista del exterior.

Tras informarles de que volvería con agua y comida cuando la nave hubiera atravesado sin contratiempos el Torbellino, el tripulante cerró la puerta y oyeron cómo pasaba el cerrojo.

—¡Estamos prisioneros! —exclamó Bane.

Hugh se acomodó, poniéndose en cuclillas con la espalda apoyada en un mamparo. Con aire malhumorado, sacó la pipa del bolsillo y apretó la boquilla entre los dientes.

—Si quieres ver prisioneros, ve a echar una ojeada a los humanos que emplean como galeotes debajo de la cubierta. El teniente nos ha hecho encerrar precisamente por su causa. Si liberáramos a los esclavos, podríamos adueñarnos de la nave y él lo sabe.

—¡Entonces, hagámoslo! —propuso Bane, con el rostro encendido de excitación. Hugh le dirigió una mirada furibunda.

—¿Crees que puedes pilotar esta nave, Alteza? ¿Tal vez piensas hacerlo como con la mía?

Bane enrojeció de cólera. Cerrando la mano en torno al amuleto de la pluma, el chiquillo se tragó la rabia y cruzó la estancia para asomarse a la portilla con expresión airada.

—¿Y tú? ¿Confías en él, en ese elfo? —inquirió Alfred con cierto nerviosismo.

—No más de lo que él se fía de nosotros. —Hugh dio una malhumorada chupada a la pipa vacía.

—Entonces, ¿esos elfos se han «convertido», o como quiera que llaméis a lo que les sucede cuando escuchan esta canción? —quiso saber Haplo.

—¿Convertirse? Creo que no. —Hugh movió la cabeza—. Los elfos que experimentan de verdad el efecto de esta canción pierden toda conciencia de dónde se encuentran. Es como si se vieran transportados a otro mundo. Ese teniente actúa como lo hace por su propio impulso. Lo que lo atrae es el señuelo de las legendarias riquezas del Reino Superior y el hecho de que ningún elfo se haya atrevido nunca a viajar hasta allí.

—¿Y no se le pasará por la cabeza que sería más sencillo arrojarnos por la borda a

la tormenta y quedarse al chiquillo para él solo?

—Sí, es posible, pero los elfos tienen un «peculiar» sentido del honor. De algún modo, aunque probablemente nunca sabremos cómo, parece que le hicimos un favor a ese elfo poniendo en sus manos al capitán. Su tripulación ha sido testigo de ello y el nuevo capitán perdería reputación ante sus ojos si ahora nos eliminara sólo para hacerse las cosas más fáciles.

—¿Entonces, el honor es importante para los elfos?

—¡Importante! —Exclamó Hugh—. ¡Por él venderían sus almas..., si sus buitres no las devoraran antes!

Un detalle interesante, del que Haplo tomó buena nota. Su amo también tenía intereses en el mercado de almas.

—Así que llevamos a una dotación de piratas elfos al Reino Superior... —Alfred suspiró y empezó a moverse con nerviosismo—. Debes estar cansado, Alteza. Deja que prepare una de esas hamacas y...

Tropezando con un tablón, el chambelán cayó de bruces sobre la cubierta.

—¡No estoy cansado! —Protestó Bane—. Y no te preocupes por mi padre y esos elfos. ¡Mi padre se ocupará de ellos!

—No te molestes en levantarte —sugirió Hugh al postrado chambelán—. Vamos a atravesar el Torbellino y nadie podrá sostenerse en pie cuando llegue el momento. Que todo el mundo se siente y se agarre donde pueda.

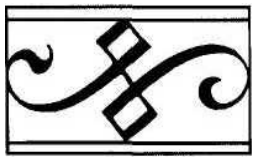
Era un buen consejo. Haplo vio pasar a gran velocidad las primeras nubes de la gran tormenta. Los relámpagos estallaban, cegadores, acompañados del retumbar de los truenos. La nave empezó a cabecear y dar sacudidas. El patryn se relajó en un rincón y el perro se enroscó a sus pies, con el hocico bajo la cola. Alfred se encogió miserablemente contra el mamparo y tiró de un quejoso Bane por el trasero de los pantalones.

Sólo Limbeck permaneció en pie, mirando extasiado por la portilla.

—Siéntate, Limbeck. Es peligroso —le avisó Haplo.

—No puedo creerlo —murmuró el geg sin volverse—. No hay dioses..., y estoy volando hacia el cielo.

CAPÍTULO 43



EN CIELO ABIERTO,
REINO MEDIO

El teniente Bothar'in, ahora capitán Bothar'el[{22}], condujo la nave dragón sana y salva al otro lado del Torbellino. Rehuyendo el encuentro con otras naves elfas, puso rumbo a la ciudad portuaria de Suthnas, en Aristagón, un puerto seguro que le recomendó Hugh *la Mano* y donde proyectaba hacer una breve escala para abastecerse de comida y agua, y desembarazarse del geir, del cuerpo del antiguo capitán y de la cajita del weesham.

Hugh conocía bien Suthnas, pues había atracado allí cuando su nave necesitaba reforzar su carga de magia o reparar alguna avería. Le facilitó el nombre al capitán elfo porque él, *la Mano,* tenía intención de abandonar allí la nave.

El asesino había tomado una decisión. Maldecía el día en que había topado con aquel «mensajero del rey». Maldecía la hora en que había cargado con aquel contrato. Nada había salido bien; ahora había perdido su nave dragón, por poco la vida y casi del todo el respeto por sí mismo. Su plan para capturar la nave elfa había dado resultado, era cierto, pero, como todo lo que tocaba últimamente, no el que Hugh había previsto. Se suponía que era él quien debía haber tomado el mando, no aquel elfo. ¿Por qué se había dejado enredar en aquel condenado duelo? ¿Por qué no los había matado a ambos?

Hugh era lo bastante inteligente para comprender que, si hubiera luchado, él y todos los demás estarían ahora muertos, muy probablemente. Pese a ello, hizo caso omiso de la lógica. Se negó a reconocer que había obrado como lo había hecho para salvar unas vidas, para proteger a Alfred, a Limbeck..., al príncipe.

«¡No!», se dijo. «Lo he hecho por mí mismo: por nadie más. No me importa nadie más y voy a demostrarlo. Los abandonaré; desembarcaré en Suthnas y dejaré que esos estúpidos continúen hasta el Reino Superior y se aventuren con un misteriarca. Que me olviden. Yo haré recuento de mis pérdidas, arrojaré las cartas, me levantaré y abandonaré la partida.»

El puerto de Suthnas estaba gobernado por unos elfos a quienes importaba más su bolsa que la política y se había convertido en guarida de contrabandistas de agua, rebeldes, desertores y un puñado de renegados humanos. Los prisioneros gozaron de una buena vista de la ciudad a través de la portilla y la mayoría de ellos, después de verla, decidió que estaban más seguros encerrados en su calabozo.

La ciudad no era más que un sórdido montón de tabernas y posadas edificadas

cerca de los muelles, y las viviendas de los habitantes se agrupaban como un rebaño de ovejas en la ladera de un acantilado de coralita. Las casas eran viejas y destartaladas y el aire estaba impregnado de un olor a col hervida —uno de los platos favoritos de los elfos—, debido sin duda a que en las callejas infestadas de desperdicios se pudrían montones de ella. No obstante, como en la ciudad lucía un sol radiante y el cielo sobre ella era azul y luminoso, Suthnas resultó una visión maravillosa e imponente para Limbeck.

El geg no había visto nunca calles bañadas por el sol ni un firmamento tachonado por el brillo de un millón de gemas. Nunca había visto gente deambulando sin un propósito determinado, sin ir de acá para allá por algún asunto relacionado con la Tumpa-chumpa. Nunca había sentido una brisa suave en el rostro ni había olido los aromas de los seres vivos, animales o vegetales, o tan siquiera de las cosas putrefactas o moribundas. Las casas que Hugh catalogaba de chabolas le parecían palacios y, mientras contemplaba todo aquel esplendor,

Limbeck reflexionó que cuanto estaba viendo había sido adquirido y pagado con el sudor y la sangre de su pueblo. Al geg se le entristeció el rostro y permaneció callado y retraído. Haplo lo observó con una sonrisa.

Hugh deambuló por la bodega y se asomó a las portillas, impaciente y consumiéndose por dentro. El capitán Bothar'el le había concedido permiso para irse, si quería.

—Deberíais iros todos —dijo el capitán—. Marchaos ahora que aún tenéis ocasión de hacerlo.

—¡Pero si íbamos al Reino Superior! ¡Nos lo prometiste! —Gritó Bane—. ¡Lo prometiste! —repitió, mirando al elfo con expresión suplicante.

—Es cierto —respondió Bothar'el, con los ojos fijos en el muchacho. Sacudió la cabeza como si quisiera sacarse de encima un hechizo y se volvió a Alfred—. ¿Y tú?

—Yo me quedo con mi príncipe, por supuesto.

El elfo miró a Limbeck y éste, que no había entendido lo que hablaban, volvió los ojos hacia Haplo. Cuando hubo oído la traducción, el geg declaró con firmeza:

—Yo voy a ver el mundo, todo el mundo. Al fin y al cabo, existe gracias a mi pueblo.

—Yo voy con él —informó el patryn, sonriendo y señalando a Limbeck con un pulgar envuelto en la venda.

—Entonces —dijo Bothar'el a Hugh—, ¿tú eres el único que se va?

—Eso parece.

Sin embargo, *la Mano* no se marchó. Mientras estaban atracados, uno de los tripulantes se asomó al calabozo.

—¿Aún estás a bordo, humano? El capitán ya está de vuelta. Si has de bajar a tierra, date prisa.

Hugh no se movió.

—Ojalá vinieras con nosotros, maese Hugh —dijo Bane—. A mi padre le gustaría mucho conocerte..., y darte las gracias.

El comentario resultó decisivo: el príncipe lo quería con él. Se marcharía ahora mismo. Ahora...mismo.

—¿Y bien, humano? —Insistió el tripulante—. ¿Vienes?

Hugh rebuscó en un bolsillo y sacó su última moneda, el pago por asesinar a un niño. Con un gruñido, lanzó la moneda al elfo.

—He resuelto quedarme y buscar fortuna. Ve a comprarme un poco de tabaco.

Los elfos no permanecieron mucho tiempo en Suthnas. Una vez que el geir llegara a tierras civilizadas, informaría del motín y la *Carfa'shon* sería buscada por todas las naves de la flota. Una vez en cielo abierto, el capitán Bothar'el obligó a trabajar casi hasta el agotamiento a los esclavos humanos, a los tripulantes y a sí mismo, hasta considerar que la nave estaba a salvo de cualquier posible perseguidor.

Horas después, cuando los Señores de la Noche ya habían tendido sus capas sobre el sol, el capitán encontró tiempo para conversar con sus «huéspedes».

—Así pues, te has enterado de las noticias —fueron sus primeras palabras, dirigidas a Hugh—. Quiero que sepáis que podría haber sacado una bonita suma por todos vosotros, pero tenía una deuda pendiente contigo, *la Mano.* Ahora la considero saldada, al menos en parte.

—¿Dónde está mi tabaco? —quiso saber Hugh.

—¿Qué noticias? —intervino Alfred.

El capitán puso cara de sorpresa.

—¿No lo sabéis? Pensaba que ésta era la razón de que no abandonaras la nave —añadió mientras arrojaba una bolsa a las manos de Hugh. Éste la cogió con destreza, la abrió y olió el contenido. Sacó la pipa y empezó a llenar la cazoleta—. Hay una recompensa por tu cabeza, Hugh *la Mano.*

—No es ninguna novedad —gruñó el asesino.

—Un total de doscientos mil barls.

Hugh levantó la cabeza y lanzó un silbido.

—¡Vaya, un buen pellizco! Eso tiene que ver con el muchacho, ¿verdad?

Volvió la mirada hacia Bane. El príncipe había pedido papel y pluma a los elfos y no había hecho otra cosa que escribir desde su subida a bordo. Nadie lo perturbaba cuando estaba dedicado a aquel nuevo pasatiempo, pues era más inofensivo que dejarlo ir a recoger bayas.

—Sí. Tú y ese hombre —el elfo señaló a Alfred— habéis sido acusados de secuestrar al príncipe de las Volkaran. Hay una recompensa de cien mil barls por tu cabeza —informó al horrorizado chambelán— y otra de doscientos mil por Hugh *la Mano,* y sólo se hará efectiva si uno o ambos son entregados con vida.

—¿Qué hay de mí? —Preguntó Bane, alzando la cabeza—. ¿No hay ninguna recompensa por mí?

—Stephen no quiere que vuelvas —gruñó Hugh.

El príncipe pareció meditar esto último y soltó una risilla.

—Sí, supongo que tienes razón —respondió, y volvió a su quehacer.

—¡Pero eso es imposible! —Exclamó Alfred—. ¡Yo..., yo soy el criado de Su Alteza! Lo acompaño para protegerlo...

—Exacto —lo cortó Hugh—. Eso es precisamente lo que Stephen *no* quería.

—No entiendo una palabra de todo esto —declaró el capitán Bothar'el—. Espero por vuestro bien que no me hayáis mentido acerca del Reino Superior. Necesito dinero para mantener la nave y pagar a la tripulación y acabo de dejar pasar una oportunidad muy favorable.

—¡Por supuesto que es verdad! —Protestó Bane, adelantando el labio inferior en una mueca encantadora—. ¡Soy hijo de Sinistrad, misteriarca de la Séptima Casa, y mi padre te recompensará con largueza!

—¡Será mejor que lo haga! —replicó el capitán. Dirigió una severa mirada a los prisioneros y salió de la bodega. Bane lo vio alejarse, se echó a reír y tomó de nuevo la pluma.

—¡No podré regresar jamás a las Volkaran! —Murmuró Alfred—. Soy un exiliado.

—Y puedes considerarte muerto a menos que encontremos un modo de salir de ésta —añadió Hugh mientras encendía la pipa con una brasa del pequeño caldero mágico{23} que utilizaban para calentar la comida y combatir el frío por la noche.

—Pero Stephen nos quiere vivos...

—Sólo para reservarse el placer de matarnos personalmente.

Bane lo miró con una sonrisa taimada y murmuró:

—Entonces, si hubieras abandonado la nave, alguien te habría reconocido y entregado a los elfos. Te has quedado por mi causa, ¿no es cierto? Entonces, te he salvado la vida.

Hugh no hizo comentarios. Prefirió simular que no lo había oído, y cayó en un silencio pensativo y abatido. Ni se dio cuenta de que se le había apagado la pipa.

Cuando volvió en sí un rato después, observó que todos, excepto Alfred, se habían quedado dormidos. El chambelán estaba junto a la portilla, contemplando la penumbra gris de la noche. *La Mano* se incorporó para estirar las piernas y se acercó a él.

—¿Qué piensas de ese Haplo? —le preguntó.

—¿Por qué? —Contestó Alfred con un respingo, lanzando una mirada atemorizada al asesino—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. Tranquilízate. Sólo quería saber qué opinión te merecía, eso es todo.

—¡Ninguna! ¡No pienso nada de él! Si me disculpas, señor —lo interrumpió Alfred adelantándose a su réplica—, estoy muy cansado y debería dormir un poco.

¿Qué significaba aquello? El chambelán volvió a su manta y se acostó pero Hugh, observándolo con atención, advirtió que Alfred estaba lejos de dormirse. Yacía tieso y tenso, frotándose las manos y trazando líneas invisibles sobre la piel. Su rostro podría haber sido una máscara de alguna obra titulada *Terror y aflicción.*

Hugh casi sintió lástima de él.

Casi, pero no del todo. No; los muros que Hugh había levantado en torno a sí mismo seguían aún en pie, sólidos e intactos. Se había producido una pequeña grieta por la que había penetrado un rayo de luz, cegador y doloroso para unos ojos acostumbrados a la oscuridad, pero él se había apresurado a impedirle el paso, rellenando la grieta. El poder que ejercía el chiquillo sobre él, fuera lo que fuese, era consecuencia de un hechizo. Era algo que quedaba fuera del control del asesino, al menos hasta que llegaran al Reino Superior. Retirándose a un rincón de la celda, Hugh se relajó y cayó dormido.

La nave dragón elfa empleó casi dos semanas en el viaje hasta el Reino Superior, mucho más tiempo del que había calculado el capitán Bothar'el. Lo que éste no había tenido en cuenta era que su tripulación y sus esclavos se fatigarían tanto y tan pronto. Los conjuros realizados por el mago de a bordo permitían gobernar la nave pese a la reducida presión del aire, pero el hechicero no podía hacer nada por aliviar el propio enrarecimiento del aire que los hacía sentir en todo instante como si estuvieran faltos de aliento.

La tripulación se mostraba nerviosa, malhumorada y preocupada. Volar por aquel cielo inmenso y vacío producía pavor. Encima de ellos, el firmamento brillaba y titilaba de día y resplandecía con un tono pálido por la noche. Incluso el más crédulo de a bordo podía apreciar que el misterioso firmamento no estaba compuesto de piedras preciosas flotando en los cielos.

—Pedazos de hielo —anunció el capitán Bothar'el, observándolo por el catalejo.

—¿Hielo? —Su segundo de a bordo pareció casi aliviado—. Entonces, eso nos cierra el paso, ¿verdad, capitán? No podemos volar entre el hielo. Será mejor que demos media vuelta.

—No. —Bothar'el cerró el catalejo con un chasquido. Más que a las palabras de su subordinado, parecía responderse a sí mismo, a algún dilema que debatía en su mente—. Hemos llegado muy lejos y el Reino Superior está ahí, en alguna parte. Y vamos a encontrarlo.

«O a morir en el intento», añadió para sí el segundo de a bordo.

Y continuaron navegando, cada vez más arriba, cada vez más cerca del firmamento que pendía abarcando el cielo como un inmenso y radiante collar. No vieron signo de vida de ningún tipo, y mucho menos tierra alguna donde vivieran los

más dotados de los hechiceros humanos.

La temperatura descendió. Se vieron obligados a ponerse encima todas las prendas de abrigo que tenían e, incluso así, costaba mantenerse en calor. Los tripulantes empezaron a murmurar que su nuevo capitán estaba loco y que todos iban a morir allí, bien de frío o perdidos en cielo abierto, sin fuerzas para regresar.

Cuando transcurrieron unos días más sin ver rastro de vida y empezaron a escasear las provisiones y el frío se hizo casi insoportable, el capitán Bothar'el bajó a comunicar a sus «invitados» que había cambiado de idea y regresaban al Reino Medio.

Encontró a los prisioneros envueltos en todas las mantas que tenían a su alcance, acurrucados en torno al caldero mágico. El geg estaba mortalmente enfermo, ya fuera por el frío o debido al cambio de presión atmosférica. El capitán no sabía qué lo mantenía vivo todavía. (Alfred sí lo sabía, pero se cuidó mucho de que nadie se lo preguntara.)

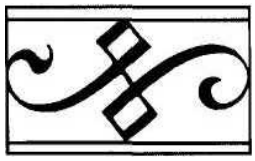
Bothar'el se disponía a anunciar su decisión cuando un grito lo detuvo.

—¿Qué es eso? —El capitán corrió de nuevo al puente—. ¿Lo habéis encontrado?

El segundo oficial, con los ojos desorbitados y fijos en la portilla, balbuceó:

—¡Más bien diría, señor, que él nos ha encontrado a nosotros!

CAPÍTULO 44



CASTILLO SINIESTRO,
REINO SUPERIOR

Iridal, apoyada en el bastidor, contemplaba el paisaje tras la ventana acristalada. La belleza de la vista que se extendía ante ella resultaba incomparable. Las paredes de ópalo del castillo refulgían bajo la luz del sol, sumándose a los colores titilantes de la mágica cúpula que constituía el cielo del Reino Superior. Al pie de las murallas, los parques y bosques del castillo, primorosamente cuidados y modelados, eran atravesados por senderos cuyo piso de mármol triturado estaba salpicado de brillantes piedras preciosas. Tanta belleza podía detener un corazón, pero hacía mucho tiempo que Iridal había dejado de apreciar la belleza en cosa alguna. Su propio nombre, que significaba «del arco iris», resultaba irónico pues todo en su mundo era gris. En cuanto a su corazón, parecía haber dejado de latir hacía mucho tiempo.

—Esposa...

La voz surgió a sus espaldas e Iridal se estremeció. Había creído estar sola en la habitación. No había oído el silencioso avance de las babuchas y el roce de las ropas de seda que anunciaban invariablemente la presencia de su esposo. Este no había entrado en sus aposentos desde hacía muchos años y ella notó que el escalofrío causado por su llegada le atenazaba el corazón y lo estrujaba con fuerza. Temerosa, se volvió y lo miró.

—¿Qué quieres? —Su mano apretó con fuerza la túnica en torno a sí, como si la frágil tela pudiera protegerla contra él—. ¿Por qué has venido a mis aposentos privados?

Sinistrad contempló el lecho de cortinas ondulantes, doseles con borlas y sábanas de seda, aspirando el leve aroma de las hojas de espliego esparcidas sobre ellas cada mañana y cuidadosamente retiradas cada noche.

—¿Desde cuándo tiene prohibido un marido entrar en el dormitorio de su esposa?

—¡Déjame en paz! —El frío de su corazón parecía haberse extendido a sus labios. Iridal apenas podía moverlos.

—No te preocupes, esposa. Hace diez años que no me acerco a ti con el propósito que estás temiendo, y no tengo intención de probarlo otra vez. Tales actos me resultan tan repugnantes como a ti; es como si fuéramos animales en celo en un corral oscuro y apestoso. De todos modos, esto me lleva al tema que he venido a comentarte. Nuestro hijo llega por fin.

—¿Nuestro hijo? —Repitió Iridal—. *¡Tu* hijo! ¡No tiene nada que ver conmigo!

—Celebrémoslo —replicó Sinistrad con una sonrisa pálida y seca—. Me alegro de que tengas este punto de vista, querida. Confío en que lo recordarás cuando llegue el muchacho, y que no te entrometerás en nuestro trabajo.

—¿Qué podría hacer para impedirlo?

—La ironía no es tu fuerte, mujer. Recuerda que conozco tus trucos. Lágrimas, pucheros, abracitos al niño cuando creas que no miro... Te lo advierto, Iridal: te estaré viendo. Mis ojos están en todas partes, incluso cuando me vuelvo de espaldas. El muchacho es mío, tú lo has dicho. No lo olvides nunca.

—¡Lágrimas! No temas mis lágrimas, marido. Se secaron hace mucho tiempo.

—¿Temer? No le tengo miedo a nada, y menos aún a ti, esposa —replicó Sinistrad con un tonillo de diversión—. Pero podría ser una molestia, confundir la mente del muchacho, y no tengo tiempo para andarme con tonterías contigo.

—¿Por qué no me encierras en una mazmorra? Ya soy tu prisionera en todo, salvo en el nombre.

—He pensado en hacerlo, pero el muchacho sentiría un interés inapropiado por una madre a la que tuviera prohibido ver. No; será mucho mejor si apareces y le lanzas tiernas sonrisas, y le haces ver que eres débil y sumisa.

—¡Quieres que le enseñe a despreciarme!

—No aspiro a tanto, querida. —Sinistrad se encogió de hombros—. Será mucho mejor para mis planes que no se forme ninguna opinión en absoluto sobre ti. Y, por fortuna, contamos con algo que hará que te comportes como es debido: rehenes. Tres humanos y un geg son sus compañeros de viaje. ¡Qué importante debes sentirte, Iridal, sabiendo que tienes tantas vidas en tus manos!

La mujer se puso muy pálida, le flojearon las rodillas y se dejó caer en una silla.

—¡Has caído muy bajo, Sinistrad, pero nunca has cometido un asesinato! ¡No creo en tu amenaza!

—Permíteme que corrija tus palabras, esposa. Tú no has sabido nunca que haya dado muerte a nadie pero, reconozcámoslo, tú no has sabido nunca nada de mí. Punto. Que tengas un buen día, esposa. Te mandaré avisar cuando tengas que aparecer para recibir a *nuestro* hijo.

Con una reverencia, Sinistrad se llevó la mano al corazón en el gesto ancestral de saludo entre esposos y abandonó los aposentos de Iridal. Incluso en aquel ademán había un aire de mofa y desdén.

Presa de un temblor incontrolable, la mujer se encogió en la silla y volvió hacia la ventana unos ojos secos, ardorosos...

—Mi padre dice que eres un hombre malvado.

La muchacha, Iridal, estaba asomada a la ventana en la casa de su padre. Muy cerca de ella, casi tocándola pero sin llegar a hacerlo en ningún momento, estaba un joven misteriarca. Era el héroe apuesto y perverso de los cuentos románticos de la

doncella de Iridal: una piel fina y pálida, unos ojos castaños acuosos que siempre parecían dos minas de secretos fascinantes, una sonrisa que prometía compartir esos secretos si una conseguía acercarse lo suficiente a ella. El casquete negro con orlas doradas que denotaba su calidad de maestro de disciplina de la Séptima Casa —el rango más alto que podía alcanzar un hechicero— terminaba en una afilada punta sobre el puente de su nariz aguileña. El casquete, que se ensanchaba desde allí entre los ojos, le proporcionaba un aspecto de sabiduría y añadía expresividad a un rostro que de otro modo habría carecido de ella, pues el misteriarca no tenía cejas ni pestañas. Por una tara de nacimiento, todo su cuerpo era lampiño.

—Tu padre tiene razón, Iridal —respondió Sinistrad sin alzar la voz. Alargando la mano, jugó con un mechón del cabello de la muchacha. Era el gesto de intimidad más atrevido que había hecho desde que se habían conocido—. Soy malvado, no lo niego.

En su voz había un deje de melancolía que conmovió el corazón de Iridal igual que el contacto de sus dedos le conmovía la piel.

Vuelta hacia él, extendió las manos, tomó las suyas y le sonrió.

—¡No, querido! ¡Puede que el mundo lo diga, pero es porque no te conoce bien! ¡No te conoce como yo!

—Pero sí lo soy, Iridal. —La voz de Sinistrad era suave y sincera—. Te digo la verdad ahora porque no quiero que me lo reproches más tarde. Si te casas conmigo, te casas con las tinieblas.

El dedo enroscó el mechón en torno a sí cada vez con más fuerza, obligando a la muchacha a acercarse. Las palabras de Sinistrad y el tono grave en que las había pronunciado hicieron que el corazón de Iridal vacilara dolorosamente, pero el dolor le resultaba dulce y excitante. La oscuridad que envolvía al hombre (rumores tenebrosos, comentarios sombríos sobre él entre la comunidad de misteriarcas) también resultaba emocionante. La vida de Iridal, sus dieciséis años, había sido aburrida y prosaica. En compañía de un padre que se había volcado en ella tras la muerte de su madre, la había criado una nodriza melindrosa. Su padre no podía soportar que los vientos ásperos de la vida soplaran con demasiada fuerza sobre las tiernas mejillas de su hija, y la había mantenido abrigada y recluida, envuelta en un sofocante capullo de amor.

La mariposa que había emergido de aquella crisálida era brillante y deslumbrante. Sus débiles alas la condujeron directamente a la red de Sinistrad.

—Si eres malvado —murmuró, cerrando las manos en torno al brazo del hombre —, es porque el mundo te ha hecho así al negarse a escuchar tus planes y al contrariar tu genio en cada ocasión. Cuando yo camine a tu lado, te conduciré a la luz.

—Entonces, ¿serás mi esposa? ¿Irás en contra de los deseos de tu padre?

—Tengo edad de tomar mis propias decisiones. Y, querido mío, te escojo a ti.

Sinistrad no dijo nada pero, con aquella sonrisa prometedora de secretos en los

labios, besó el mechón de cabello enroscado con fuerza en torno al dedo...

... Iridal yacía en el lecho, debilitada por las labores del parto. La comadrona había terminado de bañar al niño y, envuelto en un lienzo, lo presentó a la madre. El momento debería haber sido de regocijo pero la vieja comadrona, que había traído al mundo a la propia Iridal, se echó a llorar cuando dejó al niño en brazos de su madre.

Se abrió la puerta de la cámara. Iridal emitió un lánguido gemido y apretó con tal fuerza al niño que éste se echó a llorar. La comadrona alzó la vista y, con manos amorosas, arregló los rizos bañados en sudor de la mujer. Una mirada de desafío endureció el rostro arrugado de la asistenta.

—Déjanos —ordenó Sinistrad, dirigiéndose a la comadrona con la vista fija en su esposa.

—¡No abandonaré a mi pequeña!

Los ojos se volvieron hacia ella. La mujer permaneció firme, aunque la mano que acariciaba los rubios cabellos de Iridal se estremeció. Tomando entre los suyos los dedos de la comadrona, Iridal los besó y, con un trémulo susurro, le indicó que saliera.

—¡No puedo, niña! —La mujer se echó a llorar—. ¡Lo que se propone es cruel! ¡Cruel y antinatural!

—¡Vete! —Masculló Sinistrad—. ¡Sal, o te reduciré a cenizas aquí mismo!

La comadrona le dirigió una mirada malévola, pero se retiró de la estancia. Sabía quién sufriría las consecuencias, si no lo hacía.

—Ahora que hemos terminado con esto, esa mujer debe irse, esposa —declaró Sinistrad, acercándose hasta el costado de la cama—. No tolero desafíos en mi propia casa.

—¡Por favor, marido, no! Es la única compañía que tengo. —Los brazos de Iridal se agarraban a su hijo. Alzó una mirada suplicante a su esposo mientras tiraba del lienzo con una de las manos—. Y necesitaré ayuda con nuestro hijo. ¡Mira! —Echó atrás el lienzo y dejó a la vista un rostro enrojecido y arrugado, unos ojos cerrados con fuerza y unos diminutos puños apretados enérgicamente—. ¿No es hermoso, marido? —Iridal tenía la desesperada, imposible esperanza de que la visión de una criatura de su propia sangre haría cambiar de idea a Sinistrad.

—Conviene a mis planes —dijo él, alargando las manos.

—¡No! —Iridal lo rehuyó—. ¡Mi hijo, no! ¡Por favor, no!

—Te expliqué mis intenciones el día que me anunciaste tu embarazo. Te dije entonces que me había casado contigo con este único y exclusivo propósito, y que me había acostado contigo por esa misma razón, y no otra. ¡Dame al niño!

Iridal se encogió sobre su hijo con la cabeza gacha, cubriendo el cuerpecito con sus largos cabellos, como una brillante cortina. Se negó a mirar a su esposo, como si al hacerlo él ejerciera un poder sobre su voluntad. Cerrando sus ojos a él, podría

hacer que desapareciera. Sin embargo, la estratagema no funcionó porque, al cerrar los párpados, vio a Sinistrad como aquel día terrible en que sus radiantes ilusiones de amor se habían roto completa e irrevocablemente; aquel día en que le había comunicado la gozosa noticia de que portaba un hijo en sus entrañas; aquel día en que Sinistrad le había revelado, con voz fría y desapasionada, lo que se proponía hacer con el bebé.

Iridal debería haber sabido que tramaba algo. Lo había sabido, pero no había querido reconocerlo. La noche de bodas, su vida había pasado de unos sueños irisados a un vacío gris. Su marido hacía el amor sin amor, desapasionadamente. Era rápido, práctico, siempre con los ojos abiertos y mirándola con fijeza, induciéndola a algo que ella no alcanzaba a entender. Noche tras noche, Sinistrad acudió a ella. Durante el día, rara vez la veía o hablaba con ella. Iridal llegó a temer las visitas nocturnas y en una ocasión se había atrevido a rechazarlo, suplicándole que la tratara con amor. Esa noche, él la había tomado con violencia y dolor, y la mujer no se había atrevido nunca más a decirle que no. Tal vez su hijo fue concebido esa misma noche. Un mes más tarde, supo que estaba embarazada.

A partir de ese día, Sinistrad no volvió a pisar su alcoba.

El niño lloraba en sus brazos. Unas manos fuertes asieron a Iridal por los cabellos y la obligaron a levantar la cabeza. Las manos fuertes arrancaron al bebé de sus brazos. Suplicante, la madre se arrastró de la cama y avanzó tambaleándose tras su esposo mientras éste se alejaba con el lloriqueante recién nacido, pero estaba demasiado débil. Enredada en las sábanas manchadas de sangre, Iridal cayó al suelo. Una mano se agarró a la túnica del hombre, impidiéndole avanzar.

—¡Mi hijo! ¡No te lleves a mi hijo!

Sinistrad la miró con una fría mueca de desagrado.

—El día en que te pedí que fueras mi esposa, te conté lo que era. Nunca te he mentido. Tú decidiste no creerme, y eso es culpa tuya. Tú te lo has buscado.

El hombre bajó la mano, asió la túnica y tiró de ella. La tela se deslizó entre los dedos débiles de Iridal, y Sinistrad abandonó la estancia.

Cuando regresó, esa misma noche, traía otro bebé: el auténtico heredero de los desdichados reyes de las Volkaran y Ulyandia. Sinistrad se lo entregó a su esposa como si le arrojara un cachorro que hubiera encontrado abandonado en el camino.

—¡Quiero a mi hijo! —protestó ella—. ¡No el de alguna otra desdichada como yo!

—Haz lo que quieras con él, pues —dijo Sinistrad. Su plan había resultado y casi se sentía de buen humor—. Dale de mamar, asfíxialo... No me importa.

Iridal se apiadó del recién nacido y, esperando que el amor que volcaba en él fuera correspondido en su propio hijo donde estuviera, lo cuidó con ternura. Pero el pequeño no pudo adaptarse a la atmósfera enrarecida. Murió a los pocos días, y algo

dentro de Iridal murió con él.

Un mes más tarde, acudió a ver a Sinistrad en su laboratorio y le declaró tranquila y claramente que se marchaba, que volvía a casa de su padre. En realidad, su idea era viajar al Reino Medio y rescatar a su hijo.

—No, querida, creo que no lo harás —replicó Sinistrad sin alzar la vista del texto que estaba estudiando—. Mi boda contigo alejó de mí la nube de dudas. Ahora, los demás confían en mí. Para que nuestros planes de escapar de este reino tengan éxito, necesitaré la ayuda de todos los miembros de mi comunidad. Es preciso que hagan mi voluntad sin titubeos. No puedo permitirme el escándalo de una separación de ti.

Por fin, dirigió la mirada hacia ella e Iridal supo que conocía sus planes, que conocía los secretos de su corazón.

—¡No puedes detenerme! —gritó—. Los hechizos que urdo son poderosos, pues soy experta en magia, tan experta como tú, esposo, que has dedicado toda tu vida a tu arrogante ambición. ¡Yo proclamaré tu maldad al mundo! ¡Entonces no te seguirán, sino que se levantarán para destruirte!

—Tienes razón, querida, no puedo detenerte. Pero tal vez quieras discutir este asunto con tu padre...

Marcando con el dedo el punto del libro donde estaba leyendo, Sinistrad levantó la cabeza e hizo un gesto con una mano. Una caja de ébano se elevó de la mesa donde se encontraba, flotó en el aire y fue a posarse junto al libro del hechicero. Abriéndola con una mano, sacó del interior un relicario que pendía de un cordón de terciopelo negro y se lo entregó a Iridal.

—¿Qué es? —preguntó ella, mirando el relicario con suspicacia.

—Un regalo, querida. De un esposo amante a su amada esposa. —Su sonrisa era un cuchillo que le atravesaba el corazón—. Ábrelo.

Iridal cogió el relicario con dedos tan ateridos y torpes que estuvo a punto de caérsele. En el interior había un retrato de su padre.

—Ten cuidado de no romperlo o dejarlo caer —comentó Sinistrad despreocupadamente, mientras retomaba su lectura.

Iridal observó, horrorizada, que el retrato le devolvía la mirada con un aire suplicante, desvalido, en sus ojos vivos y atrapados. ..

Unos sonidos procedentes del exterior despertaron a Iridal de sus melancólicas meditaciones. Levantándose de la silla, se acercó a la ventana con pasos débiles e inestables. El dragón de Sinistrad flotaba entre las nubes, cortando la niebla con su cola hasta convertirla en finos jirones que se esparcían hasta desvanecerse. «Igual que los sueños», se dijo Iridal. El dragón de azogue había acudido a las órdenes de Sinistrad y ahora daba vueltas y vueltas en torno al castillo, aguardando a su amo. La bestia era enorme, con la piel plateada y reluciente, un cuerpo delgado y sinuoso, y unos ojos encendidos y llameantes. Carecía de alas, pero podía volar sin ellas más

deprisa que sus primos alados del Reino Medio.

Nerviosos e impredecibles, estos dragones llamados de azogue, los más inteligentes de su especie, sólo podían ser controlados por los magos más poderosos. E, incluso así, el dragón sabía que estaba sometido a un hechizo y libraba una constante batalla mental con el mago que lo había encantado, obligándolo a mantenerse en guardia en todo instante. Iridal contempló a la bestia desde la ventana. El dragón estaba en perpetuo movimiento; en un momento dado, se enroscaba hasta convertirse en una gigantesca espiral cuya cabeza se alzaba por encima de la torre más alta del castillo; en el momento siguiente, se desenrollaba con la velocidad del rayo hasta rodear con su largo cuerpo la base del castillo, envuelta en la niebla. Hubo un tiempo en que Iridal temía al dragón de azogue pues, si se liberaba de sus ataduras mágicas, podía matarlos a todos. Ahora, en cambio, ya no le importaba.

Cuando vio aparecer a Sinistrad, Iridal se apartó involuntariamente de la ventana para que no la viera si se le ocurría mirar hacia arriba. Sin embargo, su esposo no hizo el menor ademán de alzar la vista, concentrado en asuntos más importantes. La nave elfa había sido avistada y en ella viajaba su hijo. Sinistrad y los demás miembros del Consejo debían reunirse para llevar a cabo los planes y preparativos finales. Por eso había decidido emplear el dragón.

Como misteriarca de la Séptima Casa, Sinistrad podría haberse transportado mentalmente a la sala del Consejo, disolviendo su cuerpo y volviéndolo a formar cuando la mente llegara a su destino. Tal había sido el modo en que había viajado antes al Reino Medio. No obstante, tal hazaña requería un gran esfuerzo y sólo impresionaba de verdad si había alguien presente para ver materializarse al mago, supuestamente de la nada. Era mucho más probable que los elfos se atemorizaran ante la visión de un dragón gigante que ante una exhibición de las técnicas más refinadas y delicadas de magia mental.

Sinistrad montó el dragón de azogue, al que había puesto el nombre de *Gorgona*, y la bestia remontó el aire hasta desaparecer de la vista de Iridal. El hechicero no miró atrás una sola vez. ¿Por qué iba a hacerlo? No tenía miedo de que su esposa tratara de huir. Ya no. En el castillo no había centinelas apostados, ni sirvientes que la espiaran para informar de sus movimientos a su amo. Sinistrad no tenía necesidad de ellos, incluso si hubiera podido encontrarlos. Iridal era su propia guardiana, encerrada en el castillo por su propia vergüenza, cautiva de su propio terror.

Su mano se cerró en torno al relicario. El retrato del interior ya no vivía. Su padre había muerto hacía algunos años. Atrapada su alma por Sinistrad, el cuerpo se había marchitado. Pese a ello, cada vez que Iridal contemplaba la imagen del rostro de su padre, aún podía apreciar la pena en sus ojos.

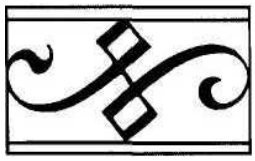
El castillo estaba vacío y silencioso, casi tanto como su corazón. Tenía que vestirse, se dijo con tristeza mientras se despojaba de la camisa de dormir que

últimamente llevaba casi en todo instante, pues los sueños eran su única evasión.

Volviendo la espalda a la ventana, se vio en el espejo de enfrente. Veintiséis años, y parecía haber vivido un centenar... Sus cabellos, que un día habían sido del color de las fresas bañadas en miel dorada, eran ahora blancos como las nubes que pasaban ante la ventana. Iridal tomó un cepillo e inició un desganado intento de desenredar la enmarañada melena.

Llegaba su hijo y debía causarle una buena impresión. De lo contrario, Sinistrad se disgustaría.

CAPÍTULO 45



NUEVA ESPERANZA,
REINO SUPERIOR

Veloz como el viento, el dragón de azogue condujo a Sinistrad a Nueva Esperanza, la capital del Reino Superior. Al misteriarca le gustaba utilizar el dragón para impresionar a su propia gente. Ningún otro mago había conseguido ejercer un dominio sobre el inteligentísimo y peligroso animal y no estaría de más, en aquel momento de crisis, recordar de nuevo a los otros por qué lo habían escogido como líder.

Cuando llegó a Nueva Esperanza, Sinistrad se encontró con que ya se había efectuado el encantamiento: relucientes cristales, altísimas torres, paseos bordeados de árboles... Casi no reconoció la ciudad. Dos colegas misteriarcas lo esperaban a la puerta de la sala del Consejo con un aire de sentirse muy orgullosos de sí mismos, pero también tremendamente fatigados.

En su descenso desde las alturas, Sinistrad les dio ocasión de contemplar a fondo su montura; después, soltó a la bestia y le ordenó que no se alejara y que aguardase su llamada.

El dragón abrió la boca, armada de grandes colmillos, y soltó un gruñido con los ojos llameantes de odio. Sinistrad volvió la espalda a la bestia.

—Te digo, Sinistrad, que un día ese dragón va a sacudirse el hechizo que has tendido sobre él y ninguno de nosotros estará seguro. Capturarlo fue un error... —comentó uno de los hechiceros, un misteriarca de edad avanzada, mirando de reojo al dragón de azogue.

—¿Tan poca fe tienes en mi poder? —replicó Sinistrad con voz suave.

El anciano no dijo nada, pero miró a su compañero. Al advertir el intercambio de miradas, Sinistrad supuso, acertadamente, que los dos brujos habían estado hablando de él antes de que se presentara.

—¿Qué sucede? —Exigió saber—. Seamos sinceros entre nosotros. Siempre he insistido en ello, ¿verdad?

—Sí, es cierto. ¡Siempre nos restriegas por las narices tu sinceridad! —masculló el anciano.

—Vamos, Baltasar, tú me conoces perfectamente. Sabías cómo era cuando me votaste como líder. Sabías que era despiadado y que no permitiría que nada se interpusiera en mi camino. Algunos me llamasteis perverso entonces. Ahora insistes en ello y es un calificativo que no rechazo. Sin embargo, yo fui el único entre

nosotros con visión. Fui yo quien urdió el plan para salvar a nuestro pueblo, ¿no es cierto?

Los misteriarcas miraron a Sinistrad, intercambiaron una nueva mirada y apartaron los ojos, uno hacia la hermosa ciudad y el otro hacia el dragón de azogue que desaparecía en el cielo despejado.

—Sí, es cierto —repuso uno de ellos.

—No teníamos elección —añadió el otro.

—No es un comentario muy halagador, pero puedo pasarme sin halagos. Y, hablando de ello, debo decir que habéis hecho un trabajo excelente. —Sinistrad inspeccionó con ojo crítico los capiteles, los paseos y los árboles. Alargando la mano, tocó la puerta del edificio ante el cual se encontraban—. Tanto, que no estaba muy seguro de que esto no fuera también parte del hechizo. ¡Casi me daba miedo entrar!

Uno de los misteriarcas ensayó una triste sonrisa ante su tímido asomo de humor. El otro, el anciano, frunció el entrecejo, dio media vuelta y se alejó. Sinistrad recogió la capa en torno a sí y siguió a sus colegas. Ascendieron la escalinata de mármol y cruzaron las deslumbrantes puertas de cristal del Consejo de Hechiceros.

Dentro de la sala se habían congregado una cincuentena de brujos que charlaban entre ellos con voces graves y solemnes. Hombres y mujeres vestían túnicas similares a la de Sinistrad en confección y diseño, aunque en una amplia gama de colores, cada uno de los cuales indicaba la dedicación particular del brujo que lo portaba: verde para la tierra, azul marino para el agua, rojo para el fuego (o magia de la mente), azul celeste para el aire. Unos pocos, entre ellos Sinistrad, lucían el negro que representaba la disciplina; una disciplina férrea, que no admitía ninguna debilidad. Cuando penetró en la sala, los presentes, que estaban conversando con voces contenidas pero excitadas, guardaron silencio. Todos hicieron una reverencia y se apartaron, formando un pasillo por el cual avanzó Sinistrad.

Repartiendo miradas a un lado y otro, saludando a los amigos y tomando nota de la presencia de sus enemigos, Sinistrad avanzó sin prisa por el gran salón. Construida en mármol, la sala del Consejo estaba desnuda, vacía y sin adornos. No había tapices que alegraran sus paredes, ni estatuas que adornaran la entrada, ni ventanas que permitieran el paso de la luz, ni magia que disipara la penumbra. Las mansiones de los misteriarcas en el Reino Medio habían tenido fama en todo el mundo de ser las creaciones humanas más maravillosas. Recordando la belleza de la que provenían, la austeridad y la aridez de la sala del Consejo en el Reino Superior producía escalofríos a los hechiceros. Con las manos guardadas en las mangas de sus túnicas, todos se mantenían apartados de las paredes y parecían tratar de evitar que sus ojos se fijaran en otra cosa que en sus colegas y en su líder, Sinistrad.

Este era el más joven de los congregados. Todos los misteriarcas presentes recordaban cuándo había ingresado en el Consejo, siendo un joven bien dotado, con

propensión a mostrarse quejoso y servil. Sus padres habían estado entre los primeros exiliados en sucumbir allá arriba, dejándolo huérfano. Los demás se apiadaron del muchacho, aunque no en exceso pues, al fin y al cabo, había muchos en su misma situación por aquella época. Concentrados en sus propios problemas, que eran enormes, nadie había prestado mucha atención al joven brujo.

Los hechiceros humanos tenían su propia versión de la historia, desfigurada —como la de cualquier otra raza— por su propia perspectiva. Después de la Separación, los sartán habían conducido a la gente allí, a aquel reino bajo la cúpula mágica (y no a Aristagón primero, como habría explicado un elfo). Los humanos, y en especial los brujos, se volcaron en un esfuerzo tremendo para hacer aquel reino no sólo habitable, sino hermoso. Les daba la impresión de que los sartán no acudían nunca a prestarles ayuda, sino que siempre estaban ausentes por algún asunto «importante».

En las escasas oportunidades en que los sartán hacían acto de presencia, les echaban una mano en el trabajo, utilizando su magia de runas. Así fueron creados aquellos edificios fabulosos, y así se reforzó la cúpula. La coralita producía frutos y el agua abundaba. Pero los hechiceros humanos no se sintieron demasiado agradecidos, pues tenían envidia de los sartán y codiciaban la magia de las runas.

Llegó el día en que los sartán anunciaron que el Reino Medio estaba preparado para ser habitado. Humanos y elfos fueron trasladados a Aristagón, mientras que los sartán se quedaban en el Reino Superior. Como razón para el traslado, los sartán dijeron que la tierra bajo la cúpula se estaba poblando demasiado, pero los hechiceros humanos consideraron que los sartán los expulsaban porque se estaban informando demasiado sobre la magia de las runas.

Pasó el tiempo y los elfos se hicieron fuertes y se unieron bajo la dirección de sus poderosos brujos, en tanto los humanos se convertían en bárbaros piratas. Los hechiceros humanos observaron el ascenso de los elfos con desdén, por fuera, y con temor, por dentro.

—¡Si poseyéramos la magia de las runas, podríamos destruir a esos elfos! —se dijeron.

Así pues, en lugar de ayudar a su pueblo, empezaron a concentrar su magia en la búsqueda de un modo de regresar al Reino Superior. Al fin lo encontraron y un gran contingente de los brujos más poderosos, los misteriarcas, ascendió al Reino Superior para desafiar a los sartán *y* recuperar la tierra que habían llegado a considerar legítimamente suya.

Los humanos dieron a este episodio el nombre de la guerra de la Ascensión, aunque de guerra tuvo poco. Una mañana, al despertar, los misteriarcas descubrieron que los sartán se habían marchado, dejando abandonadas sus ciudades y vacías sus moradas. Pero cuando los brujos regresaron victoriosos junto a su pueblo, encontraron el Reino Medio sumido en el caos y desgarrado por la guerra. Así pues,

se vieron obligados a luchar por sobrevivir, sin poder utilizar la magia para trasladar a su gente a la tierra prometida.

Al cabo, tras años de sufrimientos y penalidades, los misteriarcas consiguieron abandonar el Reino Medio y acceder a la tierra que sus leyendas tenían por hermosa, fructífera, segura y acogedora. Allí, asimismo, esperaban descubrir por fin los secretos de las runas. Todo parecía un sueño maravilloso, pero pronto habría de resultar una pesadilla.

Las runas retuvieron sus secretos y los misteriarcas descubrieron con horror cuánta de la belleza y abundancia de la tierra había dependido de aquellos signos mágicos. Obtenían cosechas, pero no las suficientes para alimentar a su pueblo. El hambre azotó la tierra. El agua se hizo más y más escasa, y cada familia tenía que invertir unas cantidades inmensas de magia para producirla. Siglos de endogamia habían debilitado a los hechiceros y la continuación de tal práctica en aquel reino cerrado produjo terribles taras genéticas que no podían remediarse con la magia. Los niños que las presentaban morían y, finalmente, escasearon los nacimientos. Y lo más terrible de todo fue la constatación, por parte de los misteriarcas, de que la magia de la cúpula estaba perdiendo fuerza.

Tendrían que abandonar aquel reino, pero ¿cómo podrían hacerlo sin reconocer su fracaso, su debilidad? Uno de ellos tuvo una idea. Uno de ellos les dijo cómo podían conseguirlo. Estaban desesperados, y prestaron oídos a su propuesta.

A medida que pasó el tiempo y Sinistrad progresó en sus estudios mágicos, sobrepasando en poder a muchos de los ancianos, dejó de mostrarse servil y empezó a hacer alarde de sus facultades. Los ancianos se disgustaron cuando decidió cambiar su nombre por el de Sinistrad, pero no le dieron importancia en aquel momento. En el Reino Medio, un bravucón podía hacerse llamar *Bruto* o *el Navaja* o cualquier otro apodo de rufián para imponer un respeto que no se había ganado. El hecho no tenía nada de extraordinario.

Igual que al cambio de nombre, los misteriarcas habían prestado poca atención a Sinistrad, aunque hubo algunos que alzaron su voz, entre ellos el padre de Iridal. Algunos trataron de hacer ver a sus colegas la arrogante ambición del joven, su despiadada crueldad, su capacidad para manipular, pero las advertencias no fueron oídas. El padre de Iridal perdió a su amada hija única en manos de Sinistrad, y perdió la vida en la mágica cautividad del hechicero. La prisión en que se encontraba estaba hecha con tal habilidad que nadie llegó a advertirla. El viejo brujo deambulaba por la tierra, visitaba a sus amigos y llevaba a cabo sus tareas. Si alguien comentaba que parecía abatido y apático, todos lo atribuían a la tristeza por la boda de su hija. Nadie sabía que el alma del viejo estaba prisionera como un insecto en un recipiente de cristal.

Paciente, imperceptiblemente, el joven hechicero fue urdiendo su red sobre todos

los hechiceros supervivientes del Reino Superior. Los filamentos eran prácticamente invisibles, ligeros al tacto, y apenas se notaban. No tejía una red gigantesca que todos pudieran ver, sino que enroscaba con habilidad un hilo en torno a un brazo y trababa un pie con otro, con tanta suavidad que sus víctimas no se dieron cuenta de que estaban atrapados hasta el día en que se descubrieron inmovilizados.

Ahora estaban apresados, acorralados por su propia desesperación. Sinistrad tenía razón: no les quedaba otra elección. Tenían que confiar en él porque era el único lo bastante listo como para proyectar y llevar a cabo una estrategia para escapar de su hermoso infierno.

Sinistrad llegó al fondo de la sala. Hizo surgir del suelo un podio dorado, se encaramó a él y se volvió para dirigirse a sus colegas.

—La nave elfa ha sido avistada. A bordo viene mi hijo. Siguiendo nuestros planes, iré a su encuentro y lo conduciré...

—No habíamos accedido a permitir que una nave elfa entrara en la cúpula —protestó la voz de una misteriarca—. Tú hablaste de una nave pequeña, pilotada por tu hijo y su zafio acompañante.

—Me vi obligado a efectuar un cambio de planes —replicó Sinistrad, torciendo los labios en una sonrisa débil y desagradable—. La primera nave fue atacada por los elfos y se estrelló en Drevlin. Mi hijo consiguió adueñarse de ese transporte elfo y tiene sometido a su capitán. No hay más de treinta elfos a bordo y sólo un brujo. Un brujo muy débil, por supuesto. Creo que podemos controlar la situación, ¿no os parece?

—Sí, en los viejos tiempos, cualquiera de nosotros podría haberse enfrentado a elfos, pero ahora... —contestó una mujer, dejando la frase en el aire mientras sacudía la cabeza en gesto de negativa.

—Por eso hemos utilizado nuestra magia, creando estos espejismos. —Sinistrad señaló con un gesto el exterior del Consejo—. Su mera visión los intimidará. No nos darán ningún problema.

—¿Por qué no sales a su encuentro en el Firmamento, coges a tu hijo y dejas que prosigan su camino? —sugirió el anciano misteriarca conocido por el nombre de Baltasar.

—¡Porque necesitamos la nave, viejo decrépito y estúpido! —Masculló Sinistrad, visiblemente irritado ante la pregunta—. Con ella podemos transportar a gran número de los nuestros hasta el Reino Medio. De lo contrario nos habríamos visto obligados a esperar hasta poder encontrar naves o encantar mas dragones.

—¿Y qué vamos a hacer con los elfos? —preguntó la mujer.

Todos miraron a Sinistrad. Conocían la respuesta tan bien como él, pero querían oírla de sus labios.

Sin la menor pausa, sin vacilaciones, el hechicero contestó:

—Matarlos.

El silencio resultó sonoro y elocuente. El anciano misteriarca sacudió la cabeza.

—No. No pienso ser partícipe de algo semejante.

—¿Por qué no, Baltasar? Tú mismo has dado muerte a muchos elfos en el Reino Medio.

—Entonces estábamos en guerra. Esto sería un asesinato.

—La guerra es una cuestión de «o ellos o nosotros». Pues bien, esto es una guerra: ¡es su vida o la nuestra!

Los misteriarcas que lo rodeaban asintieron entre murmullos, aparentemente de acuerdo. Varios de ellos discutieron con el anciano, tratando de convencerlo de que cambiara de postura.

—Sinistrad tiene razón —decían—. ¡Esto es una guerra! Entre nuestras dos razas no puede existir otra cosa. Al fin y al cabo —añadían—, Sinistrad sólo pretende conducirnos a casa.

—¡Os compadezco! —Insistió Baltasar—. ¡Os compadezco a todos! —Se volvió hacia Sinistrad y añadió—: Él os está dirigiendo. Os lleva por el ronzal como a terneros cebados. Cuando llegue el momento de llenar el buche, os sacrificará a todos para alimentarse de vuestra carne. ¡Bah! ¡Dejadme en paz! Prefiero morir aquí arriba antes que seguirlo al Reino Medio.

El anciano hechicero se encaminó hacia la puerta.

«Y eso es lo que harás, barbicano», murmuró Sinistrad para sus adentros.

—Dejadlo salir —ordenó en voz alta cuando algunos de sus colegas hicieron ademán de lanzarse en pos de Baltasar—. Salvo que haya alguien más que prefiera marcharse con él...

El misteriarca barrió la sala con una mirada rápida y escrutadora, recogiendo los cabos de su red y tirando de ellos progresivamente. Nadie más consiguió liberarse. Los que hasta entonces se habían debatido para hacerlo, se hallaban ahora tan debilitados por el miedo que se sentían dispuestos y ansiosos por cumplir sus mandatos.

—Muy bien. Traeré la nave elfa a través de la bóveda y conduciré a mi hijo y a sus compañeros a mi castillo. —Sinistrad habría podido contar a su pueblo que uno de los acompañantes del muchacho era un consumado asesino, un hombre que podía derramar la sangre de los elfos con sus manos, dejando limpias las de los misteriarcas. Sin embargo, el hechicero deseaba endurecer a su pueblo, obligarlo a hundirse más y más hasta que hiciera voluntaria e incondicionalmente cuanto él ordenara—. Aquellos de vosotros que os presentasteis voluntarios para aprender a pilotar la nave elfa ya sabéis qué hacer. El resto debe esforzarse en mantener el hechizo de la ciudad. Cuando llegue el momento, daré la señal y nos pondremos en acción.

Contempló a los presentes, estudiando uno por uno sus rostros pálidos y sombríos y quedó satisfecho.

—Nuestros planes progresan bien. Mejor de lo que habíamos previsto, incluso. Con mi hijo viajan varios individuos que nos pueden ser útiles en aspectos que no habíamos pensado. Uno de ellos es un enano de los Reinos Inferiores. Los elfos han explotado durante siglos a los enanos y es probable que podamos incitar a esos gegs, como se llaman a sí mismos, a lanzarse a la guerra. Otro es un humano que afirma proceder de un reino situado más abajo del Reino Inferior; un lugar que, hasta ahora, ninguno de nosotros sabía que existiera. Esta noticia podría ser de enorme valor para todos nosotros.

Se produjeron murmullos de aprobación y asentimiento.

—Mi hijo trae información sobre los reinos humanos y sobre la revolución elfa, todo lo cual nos será de gran utilidad cuando emprendamos la conquista. Y, lo más importante, ha visto la gran máquina construida por los sartán en el Reino Inferior. Por fin tendremos la oportunidad de descubrir el misterio de la llamada Tumpa-chumpa y emplearla, también, en nuestro provecho.

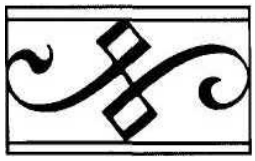
Sinistrad alzó las manos en una bendición y añadió por último:

—Ve ahora, pueblo mío. ¡Id todos y sabed que con esto estáis saliendo al mundo, pues pronto será nuestro todo Ariano!

Los reunidos prorrumpieron en vítores, en su mayor parte entusiastas. Sinistrad descendió del podio y éste desapareció, pues la magia debía ser cuidadosamente racionada y dedicada sólo a lo esencial. Muchos lo detuvieron para felicitarlo, hacerle preguntas o pedirle aclaraciones sobre pequeños detalles del plan de acción. Algunos le preguntaron cortésmente por su salud, pero nadie se interesó por su esposa. Iridal no había asistido a una reunión del Consejo desde hacía diez años; es decir, desde el día en que el Consejo de Brujos había votado su aceptación del plan de Sinistrad de coger a su hijo y cambiarlo por el príncipe humano. En realidad, a los miembros del Consejo les aliviaba el hecho de que Iridal no asistiera a las reuniones pues, pese al tiempo transcurrido, aún les habría resultado difícil mirarla a los ojos.

Sinistrad, consciente de la necesidad de emprender viaje, se sacudió de encima a los aduladores que se arremolinaban en torno a él y salió de la sala del Consejo. Con una orden mental, llamó al dragón de azogue al pie mismo de la escalinata. Pese a su malévola mirada de odio, la bestia soportó que el misteriarca montara sobre su lomo y lo obligara a cumplir sus órdenes. El dragón no tenía más remedio que obedecer al misteriarca, pues éste lo tenía hechizado. En esto, la bestia era distinta de los magos apiñados en el sombrío umbral de la sala del Consejo, pues ellos se habían entregado a Sinistrad por su propia voluntad.

CAPÍTULO 46



EL FIRMAMENTO

La nave dragón elfa colgaba inmóvil en el aire frío y enrarecido. Una vez alcanzados los bloques de hielo flotantes conocidos como el Firmamento, se había detenido, pues sus tripulantes no se atrevían a seguir avanzando. Témpanos de hielo diez veces mayores que la nave se cernían encima de ésta. Otros escollos menores rodeaban los bloques de mayor tamaño y el aire brillaba con miles de gotitas de rocío helado. El reflejo del sol en los témpanos resultaba cegador. Todos se preguntaban qué grosor tendría el Firmamento, hasta dónde se extendía. Nadie, excepto los misteriarcas y los sartán, había volado nunca tan alto y había vuelto para ofrecer una crónica de tal viaje. Los mapas trazados estaban basados en conjeturas y, a aquellas alturas, todo el mundo a bordo sabía que no eran acertados. Nadie había adivinado que los misteriarcas hubiesen atravesado el Firmamento para construir su reino al otro lado.

—Una barrera defensiva natural —comentó Hugh, asomándose por la portilla para contemplar con detenimiento el panorama de aterradora belleza—. No me extraña que hayan mantenido intactas sus riquezas durante tanto tiempo.

—¿Cómo pasaremos? —preguntó Bane, que se había puesto en puntillas para atisbar por la abertura.

—No lo haremos.

—¡Pero tenemos que pasar! —La voz del pequeño fue un chillido agudo—. ¡Es preciso que llegue hasta mi padre!

—Muchacho, si nos toca uno solo de esos témpanos, aunque sea uno pequeño, nuestros cuerpos se convertirán en unas estrellas más de esas que titilan en el cielo diurno. Será mejor que le digas a tu padre que venga a buscarte.

Bane endulzó la expresión y desapareció de sus mejillas el rubor de la cólera.

—Gracias por la sugerencia, maese Hugh —dijo cerrando el puño en torno a la pluma—. Eso haré. Y me aseguraré de contarle todo lo que has hecho por mí, lo que todos habéis hecho por mí. Todos. —Su mirada recorrió a todos los expedicionarios, desde Alfred hasta un Limbeck anonadado por la belleza de lo que estaba viendo, incluido el perro de Haplo—. Estoy seguro de que os recompensará..., como merecéis.

Cruzando de extremo a extremo el calabozo, Bane se dejó caer en un rincón de la bodega y, con los ojos cerrados, empezó aparentemente a comunicarse con su padre.

—No me ha gustado esa pausa entre «recompensará» y «como merecéis» —

comentó Haplo—. ¿Qué le impide a ese hechicero arrebatarnos al niño y envolvernos en llamas?

—Nada, supongo —respondió Hugh—, salvo que estoy seguro de que quiere algo, y no es sólo al muchacho. Si no, ¿a qué vienen tantas molestias?

—Lo siento, pero no te entiendo.

—Ven aquí, Alfred. Bien, tú nos contaste que ese Sinistrad penetró de noche en el castillo, cambió a los bebés y se marchó otra vez. ¿Cómo lo consiguió, si la guardia protegía el lugar?

—Los misteriarcas poseen la facultad de transportarse por el aire. Triano se lo explicó a Su Majestad, el rey, más o menos así: el hechizo se realiza enviando la mente por delante del cuerpo; una vez que la mente está firmemente asentada en un lugar en concreto, puede invocar al cuerpo para que se reúna con ella. El único requisito para quien realice el hechizo es que debe haber visitado el lugar con anterioridad, para que se pueda hacer una imagen precisa del punto al que se dirige. Los misteriarcas han visitado a menudo el palacio real de Ulyandia, que es casi tan viejo como el mundo.

—¿Pero no podría Sinistrad, por ejemplo, transportarse al Reino Inferior o al palacio de los elfos en Aristagón?

—No, señor, no podría. Al menos, mentalmente. Ninguno de ellos podría hacerlo. Los elfos siempre han odiado y temido a los misteriarcas y jamás los han tolerado en su reino. Y tampoco podrían transportarse al Reino Inferior porque nunca han viajado hasta él. Deberían recurrir a otro medio de transporte... ¡Ah, ya entiendo a qué te referías!

—¡Aja! Primero, Sinistrad trató de hacerse con mi nave. Eso le salió mal, pero ahora tiene ésta. Si logra...

—Silencio. Tenemos compañía —murmuró Haplo.

La puerta del calabozo se abrió y entró el capitán Bothar'el, flanqueado por dos miembros de la tripulación.

—Tú —dijo señalando a Hugh—, ven conmigo.

La Mano se encogió de hombros y obedeció, alegrándose de la oportunidad de echar un vistazo a lo que sucedía arriba. La puerta se cerró tras ellos, el centinela pasó el cerrojo y Hugh siguió al elfo escalerilla arriba hasta la cubierta superior. Hasta que estuvo en el puente no advirtió la presencia del perro de Haplo trotando pegado a sus talones.

—¿De dónde ha salido? —preguntó el capitán, mirando al animal con irritación. El perro alzó hacia él unos ojos pardos resplandecientes, meneando la cola y con la lengua colgando.

—No sé. Me ha seguido, supongo.

—Oficial, saque a ese animal del puente. Devuélvaselo a su dueño y dígale que lo

vigile o lo arrojaré por la borda.

—Sí, señor.

El oficial se agachó para coger al perro, pero la actitud del animal cambió al instante. Aplastó las orejas y la cola dejó de menearse para iniciar un lento y amenazador movimiento de lado a lado. Sus fauces se abrieron en una mueca feroz y un ronco gruñido surgió de su pecho.

«Si aprecias esos dedos», parecía decir al oficial, «será mejor que los apartes».

El oficial siguió el consejo del perro. Echándose las manos a la espalda, miró a su capitán, temeroso y dubitativo.

—Perro... —probó Hugh. El animal alzó ligeramente las orejas y lo miró, sin perder de vista por un instante al oficial pero dando a entender a Hugh que lo consideraba un amigo.

—Aquí, perro —ordenó Hugh, chasqueando con torpeza los dedos.

El perro volvió la cabeza, como preguntándole si estaba seguro de aquello.

Hugh chasqueó de nuevo los dedos y el perro, con una sonrisa burlona al desventurado elfo, avanzó hasta Hugh, que le dio unas torpes palmaditas. El animal se echó a sus pies.

—No hará nada. Yo lo vigilo.

—Capitán, el dragón se acerca —informó un vigía.

—¿Un dragón? —Hugh miró al elfo.

Como respuesta, el capitán Bothar'el señaló en una dirección.

Hugh se acercó a la portilla y miró. Abriéndose camino por el firmamento, el dragón era apenas visible como un río de plata que fluía entre los témpanos.

Un río de plata con dos ojos encarnados, llameantes.

—¿Conoces esa especie, humano?

—Sí. Es un dragón de azogue —Hugh hizo una pausa hasta recordar la palabra elfa—. *Silindistani.*

—No podemos superarlo en velocidad —comentó Bothar'el—. ¡Fíjate qué rápido es! Tendremos que combatir.

—Me parece que no —replicó Hugh—. Más bien supongo que vamos a conocer al padre del muchacho.

Los elfos sienten un profundo desagrado y una gran desconfianza hacia los dragones. La magia de los hechiceros elfos no podía controlarlos y la conciencia de que los humanos sí podían era como la punzada constante de una muela cariada en la boca de los elfos. Los tripulantes de la nave estaban nerviosos e incómodos en presencia del dragón de azogue que giraba, se retorcía y serpenteaba con su largo cuerpo reluciente en torno a la nave. Los elfos volvían la cabeza constantemente para observar los movimientos de la criatura, o saltaban de alarma cuando la testa del dragón surgía en un lugar que dos segundos antes estaba vacío. Estas reacciones

nerviosas parecían divertir al misteriarca, que se hallaba en el puente. Aunque el hechicero era la amabilidad misma, Hugh apreció el destello bajo sus párpados sin pestañas y la leve sonrisa que aparecía de vez en cuando en sus labios finos y exangües.

—Estoy en deuda eterna contigo, capitán Bothar'el —declaró Sinistrad—. Mi hijo significa más para mí que todos los tesoros del Reino Superior. —Mirando al muchacho, que se agarraba de su mano y lo miraba con evidente admiración, la sonrisa de Sinistrad se ensanchó.

—Me alegra haberte sido de utilidad. Como ha explicado el muchacho, ahora somos considerados forajidos por nuestra propia gente. Tenemos que encontrar a las fuerzas rebeldes para unirnos a ellas. Tu hijo nos prometió una recompensa...

—¡Ah, sí! La recibiréis y en abundancia, os lo aseguro. Y tenéis que visitar nuestro encantador reino y conocer a nuestro pueblo. Tenemos tan pocos invitados, que llegamos a cansarnos unos de otros. No es que fomentemos las visitas —añadió Sinistrad con delicadeza—, pero ésta es una circunstancia especial.

Hugh miró a Haplo, que había sido conducido al puente con los demás «invitados» a la llegada de Sinistrad. A *la Mano* le habría gustado mucho tener algún indicio de qué pensaba Haplo de todo aquello. No podían hablar, por supuesto, pero con sólo alzar un poco una ceja o con un guiño apresurado, Hugh habría sabido que Haplo tampoco se tragaba aquella fruta endulzada. Pero Haplo miraba a Sinistrad con tal fijeza que cualquiera habría dicho que contaba los poros de la larga nariz del misteriarca.

—No arriesgaré mi nave volando a través de eso —repuso el capitán Bothar'el señalando el Firmamento con un gesto de cabeza—. Danos lo que llevas —la mirada del elfo se fijó en varias joyas refinadas que adornaban los dedos del misteriarca— y regresaremos a nuestro reino.

Hugh habría podido decirle al elfo que estaba malgastando saliva, pues Sinistrad no permitiría bajo ninguna circunstancia que aquella nave escapara de sus manos cubiertas de rubíes y diamantes.

No lo hizo.

—El viaje puede ser algo complicado, pero no imposible y, desde luego, tampoco peligroso. Yo seré vuestro práctico y os guiaré por un paso seguro a través del Firmamento. —Echó una ojeada al puente y añadió—: Sin duda, no negaréis a la tripulación la posibilidad de contemplar las maravillas de nuestro reino, ¿me equivoco?

La riqueza y el esplendor legendarios del Reino Superior, convertidos en reales gracias a la visión de las joyas que el hechicero lucía con tan despreocupada gracia, avivaron una llama que consumió el temor y el sentido común de los tripulantes. Así lo advirtió Hugh en su mirada y sintió una fría lástima por el capitán elfo, que sabía

que se estaba metiendo en una telaraña pero no podía hacer nada por evitarlo. Si daba la orden de abandonar el lugar y regresar a casa, sería él solo quien volvería..., y de mala manera, boca abajo a través de menkas y menkas de cielo vacío.

—Está bien —asintió Bothar'el con displicencia. Los vítores de la tripulación se apagaron ante la mirada furibunda del capitán.

—¿Puedo montar contigo en el dragón, padre? —preguntó Bane.

—Claro, hijo mío. —Sinistrad pasó la mano por el cabello dorado del chiquillo—. Y ahora, aunque me gustaría quedarme y seguir hablando con todos vosotros, en especial con mi nuevo amigo Limbeck... —Sinistrad dedicó una reverencia al geg, que inclinó torpemente la cabeza en respuesta—, mi esposa aguarda con gran impaciencia para ver a su hijo. ¡Mujeres! ¡Qué deliciosas criaturitas! —Se volvió hacia el capitán y añadió—: No he pilotado nunca una nave, pero se me ocurre que el principal problema que podéis encontrar en la travesía del Firmamento será la formación de hielo en las alas. Sin embargo, estoy seguro de que este experimentado y capaz colega —saludó con otra reverencia al brujo de a bordo, que le devolvió la cortesía con respeto, y también con cierta prevención—, sabrá hundirlo.

Sinistrad pasó el brazo en torno a los hombros de su hijo y se dispuso a marcharse, utilizando la magia para transportar al chiquillo la corta distancia de regreso al dragón. Los cuerpos de padre e hijo se habían desvanecido ya casi por completo cuando el misteriarca se detuvo y clavó una mirada de acero en los ojos del capitán.

—Sigue el camino del dragón —murmuró—. Exactamente.

Tras esto, desapareció.

—¿Entonces, qué piensas de él? —preguntó Hugh a Haplo en un murmullo mientras ambos hombres, junto con el perro, Alfred y Limbeck, eran conducidos de regreso al calabozo.

—¿Del hechicero?

—¿De quién, si no?

—¡Ah! Es poderoso —afirmó Haplo, encogiéndose de hombros—. Pero no tanto como esperaba.

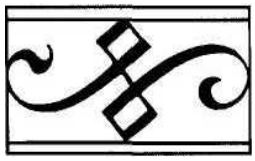
Hugh soltó un gruñido, pues había encontrado intimidador a Sinistrad.

—¿Y qué esperabas encontrar, un sartán?

Haplo estudió intensamente a Hugh y comprendió que era una broma.

—Sí —respondió con una sonrisa.

CAPÍTULO 47



EL FIRMAMENTO

La *Carfa'shon* avanzó entre los témpanos de hielo, dejando a su paso una estela de cristales brillantes que se arremolinaban y centelleaban. El frío era intenso. El brujo de a bordo se había visto obligado a retirar el calor mágico de las zonas de trabajo y de descanso de la nave y utilizarlo para mantener aparejos, cables, alas y casco libres del hielo que caía sobre ellos con un traqueteo que, en palabras de Limbeck, sonaba como un millón de guisantes secos.

Haplo, Limbeck, Alfred y Hugh se acurrucaban en torno al pequeño brasero de la bodega para darse calor. El perro se había enroscado a sus pies, con el hocico bajo la cola de tupido pelaje, y dormía profundamente. Ninguno de los cuatro decía palabra. Limbeck estaba demasiado asombrado ante las cosas que había contemplado y las que esperaba presenciar. En cuanto a Haplo, nadie podía saber qué le rondaba por la cabeza.

Hugh estaba meditando sus opciones: «El asesinato está descartado. Ningún asesino que valga lo que su daga aceptaría el encargo de matar a un hechicero, y mucho menos a un misteriarca. Ese Sinistrad es poderoso. ¿Qué digo, poderoso? ¡Ese hombre es el poder mismo! Vibra con él como un pararrayos bajo una tormenta. ¡Ah!, si pudiera descubrir por qué me quiere ahora, cuando hace un tiempo intentó matarme... ¿Por qué, de pronto, soy tan valioso?»

—¿Por qué me has hecho traer a Hugh, padre?

El dragón de azogue se abría paso entre los témpanos de hielo moviéndose con inusual lentitud, pues Sinistrad retenía su marcha para que la nave elfa pudiera seguirlos. Aquel avance calmoso irritaba al dragón, al cual, además, le habría encantado engullir como cena a las criaturas de delicioso aroma que viajaban a bordo. Pero la bestia sabía que no debía desafiar a Sinistrad. Los dos habían librado numerosas batallas mágicas con anterioridad y la *Gorgona* siempre había perdido, por lo que sentía hacia el hechicero una mezcla de odio y de rencoroso respeto.

—Tal vez necesite a ese Hugh *la Mano*, hijo. Al fin y al cabo es un piloto.

—Pero si ya tenemos uno: el capitán elfo.

—Mi querido muchacho, te queda mucho que aprender, de modo que empezaré a enseñarte ahora mismo. No confíes nunca en los elfos. Aunque su inteligencia es igual a la de los humanos, tienen unas vidas más largas y tienden a superarlos en sabiduría. En los tiempos antiguos, los elfos constituían una raza noble y los humanos, como suelen afirmar esos elfos con aire de burlona superioridad, eran poco

más que animales en comparación con ellos. Sin embargo, los hechiceros elfos no podían dejar de envidiar a sus equivalentes humanos. De hecho, estaban celosos de su magia.

—Pero yo vi cómo el hechicero atrapaba el alma del elfo moribundo —lo interrumpió Bane en un susurro, recordando la escena con asombro y temor.

—Sí —respondió Sinistrad en tono burlón—. Así es cómo pensaban enfrentarse a nosotros.

—No te comprendo, padre.

—Es importante que lo hagas, hijo, y pronto, pues vamos a tener que tratar con el brujo elfo de a bordo. Déjame describirte en cuatro frases la naturaleza de la magia. Antes de la Separación, la magia espiritual y la física, como todos los demás elementos del mundo, estaban fundidas y presentes en todos los pueblos. Tras la Separación, el mundo quedó dividido en sus elementos sueltos (al menos, así lo narran las leyendas sobre los sartán) y lo mismo sucedió con la magia.

»Cada raza busca, de manera natural, emplear el poder de la magia para compensar sus deficiencias. Así, los elfos, que tienden por naturaleza a lo espiritual, necesitaban la magia para mejorar sus poderes físicos y estudiaron el arte de proporcionar facultades mágicas a los objetos físicos que podían serles de utilidad.

—¿Como la nave dragón?

—Sí, como la nave dragón. Los humanos, por su parte, tenían más capacidad para controlar el mundo físico, de modo que trataron de alcanzar nuevos poderes a través de lo espiritual. Así, nuestro mayor talento pasó a ser la capacidad de comunicarnos con los animales, de obligar al viento a seguir nuestra voluntad o de forzar a las piedras a levantarse del suelo. Y, gracias a nuestra preocupación por lo espiritual, desarrollamos la facultad de la magia mental, la capacidad de ejercitar nuestra mente para alterar y controlar las leyes físicas.

—¿Fue así como pude volar?

—Sí. Y, si hubieras sido un elfo, habrías perdido la vida pues ellos no poseen tal poder. Los elfos volcaron toda su capacidad mágica en los objetos físicos y estudiaron en profundidad el arte de la manipulación mental. Un mago elfo con las manos atadas no puede hacer nada. Un hechicero humano en las mismas circunstancias sólo necesita concentrarse en que sus muñecas están encogiendo de grosor y así sucede, de modo que puede liberarse de las ataduras.

—¡Padre! —Indicó Bane, mirando hacia atrás—, la nave se ha detenido.

—Es verdad. —Sinistrad exhaló un suspiro de impaciencia y tiró de las riendas del dragón—. Ese mago de a bordo no debe de haber pasado de la Segunda Casa, si no es capaz de mantener las alas libres de hielo mejor de lo que lo hace.

—Y por eso tenemos dos pilotos. —Bane volvió el cuerpo sobre la silla del dragón para observar mejor la nave. Los tripulantes elfos se habían visto obligados a

tomar las hachas para desprender el hielo que se había formado en los aparejos.

—No por mucho tiempo —añadió Sinistrad.

Si el misteriarca se proponía utilizar la nave, necesitaría un piloto. Una vez establecido este hecho, Hugh sacó la pipa y empezó a llenar a medias la cazoleta con su menguante provisión de tabaco, mientras pensaba: «Y ahora tiene dos pilotos, el elfo y yo. Tal vez desee mantenernos a ambos en ascuas, enfrentados entre nosotros. El ganador sobrevive, el perdedor muere. O tal vez no. Quizá Sinistrad no confíe en absoluto en el elfo. Muy interesante. No estoy seguro de si debería poner sobre aviso a Bothar'el».

Hugh encendió la pipa y observó a sus compañeros con los ojos entrecerrados. Limbeck. ¿Por qué Limbeck? Y Haplo. ¿Dónde encajaba éste?

—Hijo, ese geg que has traído... ¿Dices que es el líder de su pueblo?

—Bueno, algo parecido —respondió Bane, moviéndose inquieto—. No fue culpa mía. Yo intenté que viniera su rey, al que llaman survisor jefe, pero...

—Survisor jefe... —repitió el misteriarca.

—... pero ese otro hombre quiso que fuera Limbeck quien nos acompañara, y así se hizo —continuó el chiquillo, encogiéndose de hombros.

—¿Qué otro hombre? ¿Alfred?

—No. Alfred, no —dijo Bane en tono despectivo—. El otro, el más callado. El amo del perro.

Sinistrad dirigió su mente hacia el puente de la nave. En efecto, recordaba la presencia de otro humano, pero no lograba evocar su aspecto, sino sólo una especie de bruma gris, indefinida. Debía de tratarse del hombre procedente del reino recién descubierto.

—Quizá deberías haberle lanzado tu hechizo y convencerlo de que quería lo que tú querías. ¿No lo intentaste?

—¡Por supuesto, padre! —contestó Bane, enrojeciendo de indignación.

—Entonces, ¿qué sucedió?

—Que el encantamiento no produjo efecto. —Bane agachó la cabeza.

—¿Qué? ¿Es posible que Triano consiguiera realmente romper el hechizo? ¿O acaso ese hombre posee un amuleto que...?

—No, no posee nada salvo un perro. Haplo no me gusta. Yo no quería que viniera con nosotros, pero no pude impedirlo. Cuando lo envolví con el hechizo, éste no funcionó como lo hace con la mayoría de la gente. Todos los demás lo absorben como una esponja que se empapa de agua. En cambio, en ese Haplo, la magia rebotó sin producir ningún efecto.

—Imposible. Debe de tener algún amuleto oculto, o fue cosa de tu imaginación.

—No, padre. No fue ninguna de las dos cosas.

—¡Bah! ¿Qué sabes tú? No eres más que un niño. Ese Limbeck es el líder de una

especie de rebelión entre su pueblo, ¿no es cierto?

Bane, aún con la cabeza gacha y un gesto enfurruñado en los labios, se negó a contestar.

Sinistrad obligó al dragón a detenerse. La nave avanzaba pesadamente tras ellos, rozando con la punta de las alas los témpanos de hielo que podían romper el casco en pedazos. Volviéndose en la silla de montar, el misteriarca agarró con una mano la barbilla de su hijo y lo obligó a levantar la cabeza. La presión de los dedos era dolorosa y a Bane se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Responderás con prontitud a todas las preguntas que te haga. Obedecerás mis mandatos sin replicar ni protestar. Me tratarás con respeto en todo momento. No te culpo de que ahora no lo hagas, pues has vivido entre gente que no hacía nada por imponer ese respeto, que no era merecedor de él. Pero esto ha cambiado. Ahora estás con tu padre. No lo olvides nunca.

—No —musitó Bane.

—No, ¿qué? —La presión de los dedos aumentó.

—¡No, padre! —respondió Bane.

Satisfecho, Sinistrad soltó al muchacho y lo recompensó con una ligera mueca en sus labios finos y exangües. Volviendo la cabeza, ordenó al dragón que reanudara la marcha.

Los dedos del hechicero dejaron unas marcas blancas en las mejillas del muchacho y unas manchas rojizas en sus mandíbulas. Bane, callado y pensativo, se pasó la mano por ellas tratando de aliviar el dolor. No había derramado ninguna lágrima y se obligó a engullir las que tenía en la garganta al tiempo que secaba con un acelerado parpadeo las que le acudían a los ojos.

—Ahora, responde a mi pregunta. Ese Limbeck es el líder de una rebelión, ¿sí o no?

—Sí, padre.

—Entonces, puede sernos útil. Al menos, nos proporcionará información sobre la máquina.

—Yo he hecho dibujos de esa máquina, padre.

—¿De veras? —Sinistrad volvió la mirada hacia él—. ¿Buenos croquis? No, no los saques ahora. Podría llevárselos el viento. Ya los estudiaré cuando lleguemos a casa

Hugh dio unas lentas chupadas a la pipa, sintiéndose más relajado. Fueran cuales fuesen los planes del misteriarca, Limbeck le proporcionaría información y acceso al Reino Inferior. Pero ¿y Haplo? ¿Cuál era su papel allí? A menos que los hubiera acompañado por casualidad. No. Hugh observó con detenimiento al hombre, que incordiaba al perro dormido provocándole cosquillas en el hocico con los pelos de la cola. El perro estornudó, se despertó, buscó con aire irritado la presunta mosca que lo

estaba molestando y, al no encontrarla, volvió a dormirse. Hugh evocó su encarcelamiento en Drevlin y el profundo sobresalto que había experimentado al ver a Haplo de pie junto a los barrotes. No, Hugh no podía imaginar a Haplo haciendo algo por casualidad. Así pues, estaba allí con algún propósito. Pero ¿cuál?

La Mano volvió la mirada hacia Alfred. El chambelán tenía la vista fija en el vacío y su expresión era la de quien sufre una pesadilla despierto. ¿Qué le había sucedido en el Reino Inferior? ¿Y por qué estaba allí, salvo que el chiquillo hubiera querido que su criado lo acompañara? Pero Hugh recordaba muy bien que no había sido Bane quien había subido a bordo a Alfred. El chambelán se había sumado al viaje por propia iniciativa. Y aún seguía con ellos.

—¿Y qué me dices de Alfred? —Inquirió Sinistrad—. ¿Por qué lo has traído?

El misteriarca y su hijo se estaban acercando al límite del Firmamento. Los témpanos de hielo se hacían más pequeños y la distancia entre ellos aumentaba progresivamente. Ante ellos, deslumbrador en la distancia y brillando entre el hielo como una esmeralda incrustada entre diamantes, se hallaba lo que Sinistrad identificó como el Reino Superior. A sus espaldas, en la lejanía, se alzó un griterío discordante en la nave elfa.

—Descubrió el plan del rey Stephen para hacerme asesinar —respondió Bane a su padre—, y vino a mi encuentro para protegerme

—¿Sabe algo más, aparte de eso?

—Sabe que soy hijo tuyo y conoce la existencia del encantamiento.

—Todos los estúpidos la conocen. Por eso ha resultado tan eficaz: porque todo el mundo es deliciosamente consciente de su propia impotencia frente a él. ¿Sabe Alfred que manipulaste a tus padres y a ese idiota de Triano para que creyeran que fueron ellos los responsables de expulsarte? ¿Lo has traído por eso?

—No. Alfred ha venido porque no ha podido evitarlo. Tiene que estar siempre a mi lado. No es lo bastante despierto para hacer otra cosa.

—Nos irá bien tenerlo con nosotros cuando regreses. Podrá certificar tu historia.

—¿Regresar? ¿Regresar adonde? —Replicó Bane, agarrándose a su padre como si se hubiera asustado—. ¡Voy a quedarme contigo!

—¿Por qué no descansas, ahora? No tardaremos en llegar a casa y quiero que causes buena impresión a mis amigos.

—¿Y a mi madre? —Bane se instaló más cómodo en la silla.

—Sí, claro. Ahora, contén la lengua. Nos estamos acercando a la cúpula y debo comunicarme con los que esperan para recibirnos.

Bane descansó la cabeza en la espalda de su padre. No le había contado toda la verdad acerca de Alfred. Quedaba aquel extraño incidente del bosque, cuando le había caído encima el árbol. Alfred había creído que aún estaba inconsciente, pero no era así. Bane no estaba seguro de qué había sucedido, pero se dijo que allí arriba lo

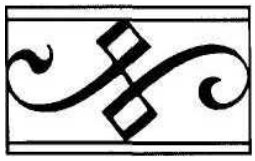
averiguaría. Tal vez algún día se lo preguntara a su padre, pero todavía no. Al menos, hasta enterarse de qué significaba aquel «cuando regreses». Hasta entonces, guardaría para sí el extraño comportamiento de Alfred.

Bane se cobijó aún más cerca de Sinistrad.

Hugh vació el tabaco de la pipa y, envolviendo ésta cuidadosamente con el paño, la guardó en su lugar junto al pecho. Desde el primer momento había sabido que cometía un error ascendiendo hasta allí, pero no había podido evitarlo, pues el muchacho lo tenía sometido a un encantamiento. Por tanto, resolvió no pensar más sobre sus alternativas.

No tenía ninguna.

CAPÍTULO 48



NUEVA ESPERANZA,
REINO SUPERIOR

Guiada por el misteriarca y el dragón de azogue, la *Carfa'shon* cruzó la cúpula mágica que envolvía el Reino Superior. Elfos y humanos, así como el geg, asomaron la cabeza por las portillas para admirar el mundo maravilloso que tenían a sus pies. Deslumbrados por tan extraordinaria belleza y asombrados ante la magnificencia de cuanto estaban viendo, cada uno de los espectadores se recordó a sí mismo con inquietud lo poderosos que eran los seres que habían creado tales maravillas. Instantes después, dejaron atrás el mundo de hielo brillante y frío para entrar en una tierra verde calentada por el sol, con el cielo brillante de matices irisados.

Los elfos guardaron las capas de pieles con las que habían combatido el frío extremo. El hielo que cubría la nave empezó a fundirse, resbalando por el casco para caer en forma de lluvia a la tierra bajo sus pies.

Todos los tripulantes que no estaban directamente encargados de la navegación contemplaron aquel reino encantado con ojos como platos. El primer pensamiento de casi todos fue que allí debía de haber agua en abundancia, pues el suelo estaba cubierto de frondosa vegetación, y árboles de gran porte y verde follaje tachonaban un paisaje de suaves colinas. Aquí y allá, altas torres perladas se alzaban hacia el cielo y unas anchas carreteras formaban una urdimbre en los valles y desaparecían sobre las sierras.

Sinistrad volaba delante de ellos. El dragón de azogue avanzaba como un cometa en el cielo bañado por el sol, haciendo que la esbelta nave pareciera, en comparación, tosca y torpe. La nave elfa siguió su estela y delante de ella, en el horizonte, apareció un grupo de torres terminadas en agujas. Sinistrad dirigió el dragón hacia allí y, cuando la nave estuvo más cerca, todos sus ocupantes vieron que se trataba de una ciudad gigantesca.

Cierta vez, en sus tiempos de esclavo, Hugh había visitado la capital elfa de Aristagón, de la que sus habitantes se sentían justamente orgullosos. La belleza de sus edificios, construidos con coralita modelada en formas artísticas por renombrados artesanos elfos, es legendaria. Sin embargo, las joyas de Tribus no eran más que bastos cristales de imitación, en comparación con la ciudad prodigiosa que se extendía ante ellos, brillante como un puñado de perlas esparcido sobre un terciopelo verde, y salpicado aquí y allá con algún zafiro, un rubí o un diamante.

Un silencio de profundo asombro, casi de temor reverencial, envolvió la nave

elfa. Nadie hablaba, como si temieran perturbar un sueño delicioso. Hugh había aprendido de los monjes kir que la belleza es efímera y que, al final, todas las obras del hombre quedan reducidas a mero polvo. En toda su vida no había visto aún nada que pudiera convencerlo de lo contrario, pero ahora empezaba a pensar que tal vez se había equivocado. A Limbeck le caían las lágrimas por las mejillas, lo cual lo obligaba a quitarse constantemente las gafas para secarlas y poder ver algo. Alfred parecía haber olvidado el tormento interior que estaba sufriendo, fuera cual fuese, y admiraba la ciudad con una expresión amortiguada por lo que uno casi podría calificar de melancolía.

En cuanto a Haplo, si estaba impresionado no lo demostró, salvo evidenciando un leve interés mientras se asomaba a las portillas con los demás. Tras observar con atención al hombre, Hugh se dijo que el rostro de Haplo jamás demostraba nada: ni miedo, ni alegría, ni preocupación, ni júbilo, ni cólera, y, pese a ello, si uno se fijaba mejor, en su expresión había indicios, casi como cicatrices, de unas emociones que habían quedado profundamente marcadas. La sola voluntad del hombre había disimulado su existencia, casi las había borrado, aunque no del todo. No era extraño que le hiciera desear llevarse la mano a la espada; Hugh pensó que antes prefería a un enemigo declarado a su lado, que a Haplo como amigo.

Sentado a los pies de Haplo y mostrando más interés del que evidenciaba su amo, el perro volvió de pronto la cabeza y se rascó el flanco con los dientes, dispuesto al parecer a poner fin a una persistente comezón.

La nave elfa entró en la ciudad y avanzó a marcha lenta sobre los anchos paseos bordeados de flores que se abrían paso entre elevados edificios. Nadie sabía de qué podían estar hechos aquellos edificios. Pulidos y esbeltos, parecían creados con perlas, esas gemas que a veces se encuentran entre la coralita y que son escasas y preciadas como gotas de agua. Los elfos contuvieron la respiración y se miraron unos a otros por el rabillo de sus ojos almendrados. Una piedra angular de tales perlas, solamente, les proporcionaría más riqueza de la que poseía el propio rey. Hugh se frotó las manos y sintió que recobraba el ánimo. Si salía con vida de allí, su fortuna estaba asegurada.

Al descender un poco más, advirtieron bajo el casco unos rostros que se alzaban a su paso y los observaban con aire curioso. Las calles estaban repletas y Hugh estimó que la población de la ciudad debía de sumar muchos miles de habitantes. Sinistrad guió la nave hasta un enorme parque central e indicó, gesticulando, que debían anclar allí. Un grupo de hechiceros se había congregado en el lugar y los contemplaba con el mismo aire curioso. Aunque ninguno de los magos había visto nunca un artilugio mecánico como la nave, no tardaron en coger los cabos que los elfos arrojaban por la borda y atarlos a diversos árboles. El capitán Bothar'el hizo que la nave dragón plegara las alas casi por completo, de modo que bastara un mínimo de magia para

mantenerla a flote.

Hugh y sus compañeros fueron conducidos al puente, donde llegaron en el mismo momento en que hacían acto de presencia Sinistrad y Bane, que parecieron surgir del aire. El misteriarca efectuó un respetuoso saludo al capitán.

—Confío en que el viaje no haya sido demasiado difícil y tu nave no haya sufrido daños importantes con el hielo.

—Poca cosa, gracias —replicó el capitán Bothar'el, correspondiéndole con otra reverencia—. Sin duda, podremos reparar los daños que hayamos podido sufrir.

—A mi pueblo y a mí nos complacerá mucho proveeros del material necesario: madera, cuerda...

—Te lo agradezco, pero no será necesario. Estamos habituados a arreglárnoslas con lo que tenemos.

Era evidente que la belleza de aquel reino y toda su riqueza no habían cegado a Bothar'el. Estaban en tierra extraña, entre una raza enemiga. A Hugh cada vez le caía mejor aquel elfo: no era preciso advertirle del peligro que corría.

Sinistrad no pareció ofenderse. Con un rictus sonriente en los labios, añadió que esperaba que la tripulación desembarcaría y aceptaría disfrutar de los placeres de la ciudad y propuso que algunos de sus hombres subieran a bordo para ocuparse de los esclavos.

—Gracias. Tal vez yo mismo y alguno de mis oficiales aceptemos tu invitación más tarde. De momento, tenemos trabajo que hacer. Y no querría cargar sobre tus hombros la responsabilidad de nuestros esclavos.

Dio la impresión que Sinistrad, de haberlas tenido, habría levantado las cejas. Lo cierto fue que las arrugas de su frente se alzaron ligeramente, pero no dijo nada y se limitó a inclinar la cabeza en gesto de asentimiento. Su sonrisa se hizo más marcada y siniestra. «Si quisiera, podría adueñarme de la nave en un abrir y cerrar de ojos», decía aquella sonrisa.

El capitán Bothar'el hizo otra reverencia y también él sonrió.

La mirada del misteriarca abarcó a Hugh, Limbeck y Alfred. Pareció que se detenía un poco más en Haplo y entre sus ojos se hizo visible la ligera arruga de su expresión pensativa. Haplo respondió a la inspección con su aire tranquilo e impasible, y la arruga desapareció.

—Espero, capitán, que no pondrás objeciones a que conduzca a tus pasajeros ante mi esposa y se queden como invitados en mi casa. Les estamos muy reconocidos por salvarle la vida a nuestro único hijo.

El capitán Bothar'el respondió que estaba seguro de que a los pasajeros les encantaría escapar de la monotonía de la vida a bordo. Hugh, leyendo entre líneas, adivinó que el elfo se alegraba de librarse de ellos. Se abrió la escotilla y se echó por ella una escalerilla. Hugh fue el último en abandonar la nave. Mientras esperaba junto

a la escotilla, observando el lento y torpe descenso de los demás, le sobresaltó notar unos golpecitos en el brazo.

Al volverse, encontró los ojos del capitán elfo.

—Sí —dijo Bothar'el—, ya sé lo que quiere ese Sinistrad y haré cuanto pueda para asegurarme de que no lo consiga. Si regresas con dinero, te sacaremos de aquí. Te esperaremos todo el tiempo que podamos. —El elfo torció la boca en una mueca —. Espero ser recompensado según lo prometido..., de un modo o de otro.

Un grito y un golpe sordo procedentes de abajo anunciaron que Alfred, como de costumbre, había sufrido un contratiempo. Hugh no dijo nada: no había nada que decir. Todo quedaba entendido. Empezó a descender por la escalerilla. Los demás ya estaban en el suelo, donde Haplo y Limbeck atendían a un Alfred inconsciente y hecho un ovillo. Plantado al lado de Haplo, lamiéndole la cara al yaciente, estaba el perro. Mientras bajaba, Hugh se preguntó cómo habrían logrado el animal o su amo semejante hazaña, pues jamás había oído hablar de un animal de cuatro patas capaz de descender por una escalera de cuerda. Sin embargo, cuando preguntó a los demás, nadie parecía haberse fijado.

Un grupo de veinte misteriarcas, diez hombres y diez mujeres, se habían reunido para recibirlos. Sinistrad los presentó como misteragogos, maestros de las artes mágicas y legisladores de la ciudad. Sus edades parecían variar, aunque no había ninguno tan joven como Sinistrad. Dos de ellos, hombre y mujer, eran unos ancianos de rostros acartonados con numerosas arrugas que casi les ocultaban los ojos, astutos e inteligentes y con una sabiduría adquirida a lo largo de quién sabía cuántos ciclos. Los demás eran de mediana edad, con rostros firmes y tersos y cabellos tupidos, con apenas algunas hebras grises o plateadas en las sienes. Tenían un aspecto agradable y cortés, dando la bienvenida a su hermosa ciudad a los visitantes con la intención de ofrecerles cuanto estaba en su mano para hacer su estancia memorable.

Memorable. Hugh tuvo la sensación de que, al menos, eso sí lo sería. Caminando entre los hechiceros y mientras se efectuaban las presentaciones, *la Mano* escrutó unos ojos que nunca se cruzaban con los suyos, vio unos rostros que habrían podido estar tallados en la misma sustancia nacarada que los rodeaba, vacíos de cualquier otra expresión que la de una cortés y digna bienvenida. La sensación de peligro e inquietud creció dentro de él y se puso de manifiesto gracias a un curioso incidente.

—Me pregunto, amigos míos —dijo Sinistrad—, si os apetecería dar un paseo por nuestra ciudad y contemplar sus maravillas. Mi casa está a cierta distancia y tal vez no tengáis otra oportunidad de ver gran cosa de Nueva Esperanza antes de vuestra partida.

Todos asintieron y, tras asegurarse de que Alfred no estaba herido —salvo un chichón en la cabeza— siguieron a Sinistrad por el parque. Gran número de hechiceros se reunió en la hierba o se sentó a la sombra de los árboles para verlos

pasar, pero ninguno de ellos dijo una palabra, ni a los visitantes ni entre ellos. El silencio producía escalofríos y Hugh pensó que prefería mil veces el estrépito de la Tumpa-chumpa.

Cuando llegaron a la calzada, él y sus compañeros avanzaron entre los deslumbrantes edificios cuyos capiteles se alzaban hacia el cielo de colores irisados. Unos pórticos en arco daban paso a unos atrios frescos y umbríos. Las ventanas en arco dejaban entrever las fabulosas riquezas de los interiores.

—Esas de la izquierda pertenecen al colegio de las artes mágicas, donde aprenden nuestros jóvenes. Al otro lado están las viviendas de estudiantes y profesores. El edificio más alto que se puede ver desde aquí es la sede del gobierno, donde se reúnen los miembros del Consejo, a los que acabáis de conocer. ¡Ah!, debo advertiros una cosa... —Sinistrad, que venía caminando con una mano apoyada amorosamente en el hombro de su hijo, se volvió para mirar a sus acompañantes—. El material que utilizamos en nuestros edificios es de origen mágico y por tanto no es... ¿Cómo podría decirlo para que lo entendierais? Digamos que no es de este mundo. Por tanto, sería una buena idea que vosotros, perteneciendo al mundo, no lo tocarais. Bien, ¿qué estaba contando?

Limbeck, siempre curioso, había alargado la mano para acariciar la piedra fina, nacarada. Se escuchó un siseo y el geg lanzó un grito de dolor y retiró las yemas de los dedos, chamuscadas.

—¡Él no entiende tu idioma! —dijo Alfred, con una mirada de reproche al hechicero.

—Pues sugiero que alguien se lo traduzca —replicó Sinistrad—. La próxima vez, podría costarle la vida.

Limbeck contempló con temeroso asombro los edificios, chupándose las puntas de los dedos lesionados. Alfred comunicó la advertencia al geg en voz baja y continuaron su marcha por la calle. Ante sus ojos se sucedían las maravillas. Las aceras estaban repletas de gente que iba y venía a sus asuntos, y todos se detenían a mirarlos con curiosidad y en silencio.

Alfred y Limbeck seguían el paso de Bane y Sinistrad. Hugh también, hasta que advirtió que Haplo se quedaba atrás, caminando lentamente para ayudar a su perro, que de pronto se había puesto a cojear de una pata. Hugh se detuvo a esperarlos, respondiendo a una silenciosa petición. Tardaron mucho en alcanzarlo, pues el animal venía con evidentes dificultades, y los demás se adelantaron bastante. Haplo se detuvo e hincó la rodilla junto al animal, concentrado al parecer en la lesión. Hugh llegó junto a él.

—Bueno, ¿qué sucede con el mestizo?

—Nada, en realidad. Quería enseñarte algo. Extiende la mano y toca la pared que tienes detrás.

—¿Estás loco? ¿Quieres que me queme los dedos?

—Hazlo —insistió Haplo con su calmada sonrisa. El perro también sonrió a Hugh como si compartiese un secreto maravilloso—. No te pasará nada.

Sintiéndose como un chico que no puede resistirse a un reto aunque sabe que sólo va a buscarse problemas, Hugh alargó cautelosamente el brazo hacia la pared de brillo perlado. Se encogió, esperando el dolor, cuando sus dedos tocaron la superficie, pero no notó nada. ¡Absolutamente nada! Su mano atravesó por completo la piedra. ¡El edificio no era más sólido que una nube!

—¿Qué...?

—Un espejismo —dijo Haplo, dando unas palmaditas en el flanco al perro—. Vamos, el hechicero nos busca. ¡Una espina en la pata! —Le gritó a Sinistrad—. Ya la he extraído. El perro se pondrá bien enseguida.

Sinistrad los observó con aire suspicaz, preguntándose tal vez dónde había podido el perro pisar una espina en plena ciudad. Sin embargo, continuó adelante aunque pareció que su encomio de las maravillas de Nueva Esperanza era un poco forzado, con unas descripciones algo teñidas de mordacidad.

Hugh, desconcertado, dio un ligero codazo a Haplo.

—¿Por qué?

Haplo se encogió de hombros.

—Y hay algo más —dijo en voz baja, mascullando las palabras por la comisura de los labios de modo que, si Sinistrad volvía la mirada, no pareciera que estaban hablando—. Fíjate bien en la gente que nos rodea.

—Son tipos taciturnos, eso sí puedo asegurártelo.

—Fíjate en ellos. Míralos bien.

Hugh obedeció.

—Es cierto que hay algo extraño en ellos —reconoció—. Me suenan... —Hizo una pausa.

—¿Familiares?

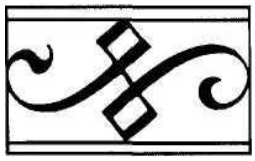
—Sí, familiares. Como si ya los hubiera visto antes. Pero es imposible...

—No, no lo es..., si estás viendo a las mismas veinte personas, una y otra vez.

En aquel instante, casi como si los hubiera oído, Sinistrad puso un brusco final a la gira turística.

—Es hora de que nos dirijamos a mi humilde morada —anunció—. Mi esposa estará esperando.

CAPÍTULO 49



CASTILLO SINIESTRO,
REINO SUPERIOR

El dragón de azogue los condujo a la mansión de Sinistrad. El viaje no fue largo. El castillo parecía flotar en una nube y, cuando la bruma se abría, dominaba una vista de la ciudad de Nueva Esperanza que resultaba espectacular, grandiosa y, para Hugh, perturbadora. Los edificios, la gente..., no eran más que un sueño. Y, si era así, ¿el sueño de quién? ¿Y por qué eran invitados —no, forzados— a compartirlo?

Lo primero que hizo Hugh al entrar en el castillo fue echar una mirada a hurtadillas a los muros. Advirtió que Haplo hacía lo mismo e intercambiaron una mirada. El castillo, al menos, era sólido. Era real.

Y la mujer que descendía la escalinata..., ¿lo era también?

—¡Ah!, ya estás aquí, querida. Pensé que te encontraría en la entrada, aguardando impaciente para recibir a nuestro hijo.

El vestíbulo del castillo era enorme y su rasgo dominante era una soberbia escalinata cuyos peldaños de mármol eran tan anchos que podría haber subido por ellos un dragón de guerra con las alas completamente extendidas, sin que sus puntas tocaran las paredes. Los muros interiores eran del mismo ópalo nacarado y fino al tacto que las paredes del exterior y brillaban mortecinos bajo la luz de un sol que lucía débilmente entre los jirones de niebla que envolvían el castillo. Piezas de mobiliario raras y valiosas —recios arcones de madera, sillas de respaldo alto ricamente talladas— adornaban el vestíbulo. Viejas armaduras humanas de metales preciosos, con incrustaciones de plata y oro, montaban guardia en silencio. Una gruesa y suave alfombra de lana tejida cubría los peldaños.

Cuando Sinistrad llamó la atención sobre su presencia, el grupo distinguió en mitad de la escalinata a una mujer, empequeñecida por el enorme tamaño del escenario. Estaba inmóvil, contemplando a su hijo. Bane se mantuvo muy cerca de Sinistrad, con su manita firmemente asida a la del hechicero. La mujer llevó una mano al collar que lucía en la garganta y lo apretó entre sus dedos. Con la otra mano, se apoyó pesadamente en la barandilla. Hugh se dio cuenta de que aquella mujer no se había detenido en la escalinata para realizar una gran entrada, para atraer todas las miradas; se había detenido porque no podía dar un paso más.

La Mano se preguntó, durante unos segundos, qué clase de mujer era la madre de Bane. ¿Qué mujer participaría en un cambio de niños? Hugh había creído saberlo y no le habría sorprendido ver a alguien tan traicionero y ambicioso como su padre.

Ahora, viéndola allí, se dio cuenta de que no era cómplice de la suplantación, sino una víctima de ella.

—Querida, ¿te han crecido raíces para que no te muevas de ahí? —Sinistrad parecía disgustado—. ¿Por qué no hablas? Nuestros invitados...

La mujer estaba a punto de derrumbarse y, sin detenerse a pensar lo que hacía, Hugh corrió escalera arriba y tomó en brazos el cuerpo en el instante en que se desmayaba.

—Así que ésa es mi madre... —murmuró Bane.

—Sí, hijo mío —contestó Sinistrad—. Señores, mi esposa, Iridal —añadió, señalando con gesto indiferente el cuerpo inmóvil—. Debéis disculparla, pues es un ser débil, muy débil. Y ahora, si queréis seguirme, os mostraré vuestros aposentos. Estoy seguro de que desearéis descansar de vuestro fatigoso viaje.

—¿Qué hay de ella..., de tu esposa? —preguntó Hugh mientras olía la fragancia del espliego machacado y marchito.

—Llévala a sus estancias —respondió Sinistrad, dedicando una mirada de indiferencia a la mujer—. Está en lo alto de la escalera, junto al balcón. La segunda puerta a la izquierda.

—¿Debo llamar a los criados para que se ocupen de ella?

—No tenemos criados. Los encuentro..., una molestia. Iridal tendrá que ocuparse de sí misma. Como todos vosotros, me temo.

Sin volverse a mirar si sus huéspedes los seguían, Sinistrad y Bane doblaron a la derecha y penetraron por una puerta que surgió, al parecer bajo la orden del misteriarca, en mitad de la pared. Pero los demás no avanzaron enseguida tras ellos: Haplo contemplaba ociosamente la sala, Alfred parecía indeciso entre seguir a su príncipe o atender a la pobre mujer que Hugh tenía en brazos, y Limbeck contemplaba con ojos saltones y asustados la puerta que se había materializado en plena roca y no dejaba de frotarse las orejas, añorando tal vez los siseos, matraqueos y estampidos que rompieran aquel silencio opresivo.

—Sugiero que me sigáis, caballeros, pues nunca encontraríais el camino sin ayuda. En este castillo sólo tenemos algunos aposentos fijos; el resto aparece o desaparece cuando los necesitamos. No me gusta el despilfarro, ¿entendéis?

Los demás, algo desconcertados ante tales palabras, cruzaron la puerta tras él, aunque Limbeck se entretuvo hasta que Alfred lo obligó a avanzar con un suave empujón. Hugh se preguntó dónde estaría el perro y, al bajar la vista, lo encontró junto a sus pies.

—¡Lárgate! —exclamó Hugh, apartando de en medio al animal con la punta de la bota. El perro lo esquivó limpiamente y se quedó quieto en la escalinata observándolo con interés, ladeando la cabeza y con las orejas tiesas.

La mujer que sostenía en brazos se agitó levemente y emitió un gemido. Viendo

que no iba a contar con la colaboración de sus compañeros de viaje, *la Mano* se volvió y llevó a la mujer escaleras arriba. La subida hasta el balcón era larga, pero la carga que portaba era ligera, demasiado ligera.

Hugh transportó a Iridal a sus habitaciones, que encontró sin dificultad gracias a la puerta entreabierta y al leve aroma de la misma fragancia dulce que envolvía su cuerpo. Dentro había un saloncito, seguido de un vestidor y, por último, de una alcoba. Al cruzar las sucesivas estancias, Hugh reparó con sorpresa en que estaban casi vacías de mobiliario; escaseaban los objetos decorativos y los pocos que había a la vista estaban cubiertos de polvo. La atmósfera de aquellas cámaras privadas era yerma y helada, muy distinta del cálido lujo del vestíbulo principal.

Hugh depositó con suavidad a Iridal sobre un lecho cubierto de sábanas del tejido más fino, rematadas en encaje. Echó un cobertor de seda sobre el cuerpo delgado de la mujer y se quedó mirándola.

Era más joven de lo que había creído al verla. Tenía el cabello canoso pero tupido y tan delgado como el hilo de una gasa. En reposo, sus facciones eran dulces, moldeadas con delicadeza y carentes de arrugas. Y su piel era pálida, terriblemente pálida.

Antes de que Hugh pudiera echar mano al perro, éste se escurrió entre sus piernas y le dio a la mujer un lametón en la mano, que colgaba a un costado del lecho. Iridal se movió y despertó. Abrió los ojos con un parpadeo, miró a Hugh y sus facciones se contrajeron en una mueca de miedo.

—¡Sal de aquí! —Susurraron sus labios—. ¡Tienes que marcharte enseguida!

... El sonido de los cánticos saludaba al sol en la helada mañana. Era la canción de los monjes de túnicas negras que descendían hacia el pueblo, ahuyentando a las otras aves carroñeras:

Con cada niño que nace,
morimos en nuestros corazones,
negra verdad, la que aprendemos:
que la muerte vuelve siempre.
Con... con... con...

Hugh y los demás muchachos caminaban tras él, tiritando bajo sus finas ropas y con los pies descalzos y ateridos avanzando a trompicones sobre el suelo helado. Todos habían llegado a esperar con ansia el calor de las terribles hogueras que pronto arderían en el pueblo.

No había un ser viviente a la vista; sólo los muertos tendidos en las calles, donde sus parientes habían arrojado los cuerpos infestados con la peste, para ocultarse de inmediato ante la llegada de los kir. Ante algunas puertas, sin embargo, había cestos de comida o incluso una jarra de agua, aún más preciada, como pago del pueblo por

los servicios prestados.

Los monjes estaban acostumbrados a aquello y se concentraron en su tétrico trabajo de recoger los cuerpos y transportarlos a la gran zona abierta donde los huérfanos a su cuidado ya estaban apilando el carcristal. Otros muchachos, entre ellos Hugh, recorrían la calle recogiendo las ofrendas que más tarde llevarían al monasterio. Al llegar ante una puerta, un sonido lo hizo detenerse en el momento en que sacaba una hogaza de pan de una cesta. Hugh se asomó al interior de la casa.

—Mamá —decía un chiquillo, dando unos pasos hacia una mujer que yacía en la cama—. Tengo hambre, mamá. ¿Por qué no te levantas? Es hora de desayunar.

—Esta mañana no puedo levantarme, cariño. —La voz de la madre, aunque dulce, pareció resultarle extraña al niño, pues éste se asustó—. No, no, cariño. No te acerques. Te lo prohíbo. —Exhaló un suspiro y Hugh advirtió que le silbaban los pulmones. Tenía el rostro tan pálido como el de los cadáveres esparcidos por la calle, pero el muchacho apreció que en otro tiempo había sido una mujer hermosa—. Deja que te mire, Mikal. Serás bueno cuando..., mientras esté enferma, ¿me lo prometes? ¡Prométemelo! —insistió débilmente.

—Sí, madre, te lo prometo.

—¡Ahora, sal de aquí! —Murmuró ella en voz baja, con las manos agarradas a las mantas—. ¡Tienes que marcharte enseguida! Ve..., ve a buscarme un poco de agua.

El niño dio media vuelta y corrió hacia Hugh, que ocupaba el umbral de la puerta. Hugh vio que el cuerpo de la mujer experimentaba unas convulsiones agónicas, se ponía rígido y, al fin, perdía todas las fuerzas. Sus ojos abiertos miraron fijamente el techo.

—Tengo que conseguir agua, agua para mamá —dijo el niño, mirando a Hugh. El pobre chiquillo, de espaldas a su madre, no había visto lo sucedido.

—Te ayudaré a traerla —contestó Hugh—. Tú sostén esto —añadió, entregando el pan al chiquillo, para que fuera acostumbrándose a la vida que le esperaba.

Tomando al pobre huérfano de la mano, Hugh lo alejó de la casa. El chiquillo llevaba bajo el brazo la hogaza de pan que su madre, probablemente, estaba cociendo en el instante en que empezó a notar los primeros síntomas de la enfermedad que en poco tiempo la consumiría. A sus espaldas, Hugh podía oír todavía el suave eco de la orden de la madre, mandando lejos a su hijo para que no la viera morir. « ¡Sal de aquí!»

Agua. Hugh tomó una jarra y sirvió un vaso. Iridal no volvió la vista, sino que la mantuvo fija en el hombre.

—¡Tú! —Su voz era suave y susurrante—. Tú eres uno..., uno de los que..., han venido con mi hijo, ¿verdad?

Hugh asintió. La mujer se levantó, incorporándose a medias en el lecho y apoyándose en un brazo. Su cara estaba pálida y en sus ojos había un brillo febril

—¡Vete! —Repitió con voz trémula y ronca—. ¡Corres un peligro terrible! ¡Abandona esta casa enseguida!

Sus ojos. Hugh estaba hipnotizado por aquellos ojos grandes y hundidos que mostraban todos los colores del arco iris, como unos prismas brillantes en torno a unas pupilas negras que se movían y cambiaban al incidir en ellas la luz.

—¿Me has oído? —preguntó Iridal.

En realidad, Hugh no le había prestado atención. Algo acerca de un peligro, le pareció recordar.

—Toma, bebe esto —respondió, pues, acercándole el vaso.

Iridal, airada, lo apartó de un golpe; el vaso se estrelló contra el suelo y derramó su contenido sobre las losas de piedra.

—¿Crees que quiero tener también vuestras vidas en mis manos?

—Háblame de ese peligro, entonces. ¿Por qué debemos irnos?

Pero la mujer se hundió de nuevo entre los almohadones y no le respondió. Al acercarse a ella, Hugh observó que estaba temblando de miedo.

—¿Qué peligro? —insistió, y se agachó para recoger los fragmentos de cristal, sin dejar de observarla.

La mujer movió la cabeza en un gesto frenético de negativa y sus ojos recorrieron la estancia.

—No. Ya he hablado suficiente, ¡quizá demasiado! Mi esposo tiene ojos en todas partes y sus oídos siempre están atentos.

Los dedos de sus manos se cerraron con fuerza contra la palma.

Hacía mucho tiempo que Hugh no sentía el dolor de otro. Hacía mucho tiempo que había dejado de sentir el suyo. Recuerdos y sensaciones que habían quedado muertos y enterrados en lo más profundo de su ser cobraron vida de nuevo, extendieron sus manos huesudas y hundieron las uñas en su alma. Su mano dio una brusca sacudida; un fragmento de cristal acababa de clavársele en la palma.

El dolor lo enfureció.

—¿Qué hago con esto?

Iridal hizo un débil gesto con la mano y los añicos de cristal que Hugh sostenía en las suyas desaparecieron como si nunca hubieran existido.

—Lamento que te hayas hecho daño —murmuró ella en tono apagado—, pero esto es lo que te espera si insistes en quedarte.

Hugh apartó la mirada de la mujer y, volviéndose de espaldas, se asomó a la ventana. Debajo de él, con su piel plateada visible a través de la caprichosa niebla, el dragón había rodeado el castillo con su enorme cuerpo y permanecía allí murmurando para sí una y otra vez el odio que sentía por el hechicero.

—No podemos marcharnos —dijo entonces—. Ahí fuera está el dragón, montando guardia...

—Siempre hay maneras de evitar al dragón de azogue, si de veras quieres escapar.

Hugh guardó silencio, reacio a decirle la verdad por miedo a lo que pudiera oír en respuesta. Pero tenía que saberlo.

—No puedo irme. Estoy hechizado; tu hijo me tiene sometido a un encantamiento.

Iridal se movió penosamente y lo miró con ojos tristes.

—El hechizo sólo actúa porque tú quieres que lo haga. Tu voluntad lo refuerza. Si lo hubieras deseado de verdad, lo habrías roto hace mucho. Eso fue lo que descubrió el mago Triano. Tú te preocupas por el muchacho, ¿entiendes? Y esa preocupación es una prisión invisible. Yo lo sé... ¡Lo sé muy bien!

El perro, que se había estirado a los pies de Hugh con el hocico sobre las patas, se sentó de pronto en actitud de atención y miró a su alrededor con ferocidad.

—¡Ya viene! —exclamó Iridal con voz desmayada—. Rápido, vete de aquí. Ya has estado conmigo demasiado tiempo.

Hugh, con expresión sombría y cargada de malos presagios, permaneció inmóvil.

—¡Oh, por favor, déjame! —Suplicó Iridal, extendiendo las manos—. ¡Por mi bien! ¡Seré yo quien reciba el castigo si no lo haces!

El perro ya estaba a cuatro patas y se dirigía a las habitaciones exteriores. Hugh, tras echar una última mirada a la espantada mujer, consideró preferible hacer lo que le decía..., al menos, de momento. Hasta que pudiera rumiar sobre lo que le había dicho. Cuando salía, se encontró a Sinistrad a la puerta del salón. *La Mano* se adelantó a cualquier pregunta.

—Tu esposa descansa.

—Gracias. Estoy seguro de que la habrás dejado *muy* cómoda.

Los ojos desprovistos de pestañas de Sinistrad repasaron los brazos y el torso musculoso de Hugh y una sonrisa cargada de intención asomó a sus finos labios.

Hugh enrojeció de cólera. Inició el gesto de continuar su marcha apartando al hechicero, pero éste se desplazó ligeramente para impedirle el paso.

—Estás herido —dijo el misteriarca. Alargó la mano, tomó la de Hugh por la muñeca y volvió la palma hacia la luz.

—No es nada. Un pedazo de cristal roto, nada más.

—¡Hum! ¡No puedo permitir que un invitado sufra daño! Vamos a ver. —Sinistrad posó unos dedos largos, finos y vibrantes como las patas de una araña sobre la herida de la mano de Hugh, cerró los ojos y se concentró. La herida se cerró y el dolor (el de la herida) remitió.

Sonriendo, Sinistrad abrió los ojos y los clavó en Hugh.

—No somos tus invitados —dijo *la Mano*—. Somos tus prisioneros.

—*Eso*, mi querido señor —replicó el misteriarca—, depende por completo de ti.

Una de las pocas estancias del castillo que tenían existencia permanente en éste

era el estudio del hechicero. Su ubicación, en relación con las demás salas de la mansión, cambiaba constantemente según el humor o las necesidades de Sinistrad. Aquel día se hallaba en la parte superior del castillo y sus cortinas abiertas permitían el paso de los últimos rayos de Solaris antes de que los Señores de la Noche apagaran la vela de la luz diurna.

Extendidos sobre el gran escritorio del hechicero estaban los dibujos de la Tumpa-chumpa que había realizado su hijo. Algunos eran diagramas de partes de la enorme máquina que Bane había visto en persona. Otros habían sido trazados con la ayuda de Limbeck e ilustraban las partes de la Tumba-chumpa que funcionaban en el resto de la isla de Drevlin. Los planos eran excelentes y notablemente precisos ya que Sinistrad había enseñado al muchacho a utilizar la magia para mejorar su trabajo. Haciéndose una imagen mental, Bane sólo tenía que conectar esa imagen con el movimiento de la mano para traducirla al papel.

El hechicero se encontraba estudiando los diagramas con gran atención cuando un ladrido ahogado le hizo levantar la cabeza.

—¿Qué hace aquí el perro?

—Le gusto —respondió Bane, pasando los brazos en torno al cuello del perro y acariciándolo. Los dos llevaban un rato peleándose en broma por el suelo y, en el forcejeo, se había escapado el gañido—. Siempre me sigue. Le caigo mejor que Haplo, ¿verdad, muchacho?

El perro sonrió, batiendo la cola contra el suelo.

—No estés muy seguro de eso. —Sinistrad lanzó una mirada penetrante al animal —. No me fío. Creo que deberíamos librarnos de él. En los tiempos antiguos, los magos utilizaban a animales como éste para que les hicieran de espías, entrando en lugares donde ellos no podían penetrar.

—Pero Haplo no es un mago. Es sólo un..., un humano.

—Y poco de fiar. Ningún hombre se muestra tan tranquilo y seguro a menos que crea tenerlo todo bajo control. —Sinistrad dirigió una mirada de soslayo a su hijo—. No me gusta la exhibición de debilidad que he descubierto en ti, Bane. Empiezas a recordarme a tu madre.

El chiquillo apartó lentamente los brazos del cuello del perro, se incorporó y acudió al lado de su padre.

—Podríamos librarnos de Haplo. Así podría quedarme el perro y tú no tendrías que ponerte nervioso.

—Una idea interesante, hijo mío —respondió Sinistrad, absorto en los diagramas —. Bueno, saca a ese animal de aquí para que corra y juegue un poco.

—Pero, papá, si el perro no le hace mal a nadie. Si se lo digo, se quedará quieto. ¿Ves?, ya está ahí tumbado.

Sinistrad volvió los ojos y encontró la mirada del can. El animal tenía unos ojos

de sorprendente inteligencia. El misteriarca frunció el entrecejo.

—No lo quiero aquí, apesta. Largaos los dos. —Sinistrad alzó uno de los dibujos, lo colocó junto a otro y contempló ambos, pensativo—. ¿Cuál sería su propósito original? Algo tan gigantesco, tan enorme... ¿Qué se proponían los sartán? Sin duda, no era un simple medio de recoger agua.

—Produce el agua para mantenerse en funcionamiento —afirmó Bane, encaramándose a un taburete para ponerse a la altura de su padre—. Necesita el vapor para impulsar los motores que producen la electricidad que mueve la máquina. Es probable que los sartán construyeran esta parte —Bane señaló uno de los dibujos— para almacenar agua y enviarla al Reino Medio, pero es evidente que no era éste el cometido principal de la máquina. Verás, yo...

Bane captó la mirada de su padre, y la frase murió en sus labios. Sinistrad no dijo nada. Lentamente, el muchacho bajó del taburete.

Sin una sola palabra más, el misteriarca se concentró de nuevo en los dibujos.

Bane llegó hasta la puerta. El perro se incorporó y lo siguió alegremente, pensando sin duda que era hora de jugar. Cuando llegó al umbral, el muchacho hizo un alto y dio media vuelta.

—Yo lo sé.

—¿Sabes, qué? —Sinistrad alzó la vista, irritado.

—Sé por qué se inventó la Tumpa-chumpa. Sé cuál era su cometido. Sé cómo se puede conseguir que lo cumpla. Y sé cómo podemos dominar el mundo entero. Lo he descubierto mientras hacía los dibujos.

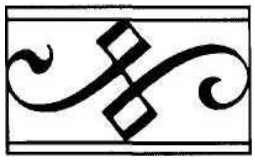
Sinistrad contempló a su hijo. Había algo de su madre en la dulzura de la boca y en las facciones, pero los ojos astutos y calculadores que le sostenían la mirada, impávidos, eran sin duda los suyos.

El misteriarca señaló los diagramas con un gesto negligente.

—Muéstramelo.

Bane volvió hasta el escritorio y lo hizo. El perro, olvidado, se dejó caer a los pies del hechicero.

CAPÍTULO 50



CASTILLO SINIESTRO,
REINO SUPERIOR

El tintineo de múltiples campanillas invisibles llamó a cenar a los invitados de Sinistrad. El comedor del castillo —sin duda recién creado— era largo, oscuro, helado y carente de ventanas. Una gran mesa de roble cubierta de polvo presidía la desolada estancia, rodeada de sillas cubiertas con lienzos como fantasmagóricos centinelas. El hogar estaba frío y sin leña. La sala había aparecido ante las mismas narices de los invitados y éstos pasaron adentro, la mayoría de mala gana, a la espera de que llegara el anfitrión.

Haplo se acercó a la mesa, cubierta con dos dedos de polvo y suciedad.

—No sabes lo impaciente que estoy por probar la comida—declaró.

Sobre sus cabezas se encendieron unas luces, y unos candelabros hasta entonces ocultos cobraron brillante vida, llameantes. El lienzo que cubría las sillas fue recogido por unas manos invisibles. El polvo desapareció. La mesa vacía quedó de pronto repleta de comida: carne asada, verduras al vapor, fragantes panes. Aparecieron vasos llenos de vino y agua. Una música sonó suavemente de algún rincón invisible.

Limbeck, boquiabierto, retrocedió unos pasos y estuvo al borde de caer al fuego que ahora rugía en la chimenea. Alfred estuvo a punto de salirse de su propio pellejo y Hugh no pudo reprimir un respingo y se apartó de la mesa, observándola con suspicacia. Haplo, con una tranquila sonrisa, tomó un búa{24} y lo mordió. El crujido se escuchó en el silencio, «Un buen truco de ilusionismo», pensó, secándose el jugo del mentón. Engañaría a todo el mundo hasta que, pasada una hora, empezaran a preguntarse por qué seguían hambrientos.

—Tomad asiento, por favor —indicó Sinistrad con una mano. Con la otra, sostenía la de Iridal. Bane avanzó al lado de su padre—. Aquí no es preciso que andemos con formalidades. Querida... —Condujo a su esposa hasta el extremo de la mesa y la ayudó a sentarse con una reverencia—. Para recompensar a sir Hugh sus esfuerzos por atenderte hace un rato, esposa mía, lo colocaré a tu derecha.

Iridal se sonrojó y no levantó la vista del plato. Hugh se sentó donde le habían indicado y no dio muestras de disgusto.

—El resto de vosotros puede sentarse donde quiera, menos Limbeck. Mi querido señor, te pido disculpas. —Pasando a hablar en el idioma de los enanos, el hechicero realizó una elegante reverencia—. Es una desconsideración por mi parte haber

olvidado que no hablas el idioma de los humanos. Mi hijo me ha contado tu valiente lucha por liberar de la opresión a tu pueblo. Te ruego que tomes asiento a mi lado y me cuentes cosas de ti. No te preocupes por los demás invitados; mi esposa los atenderá.

Sinistrad ocupó su lugar en la cabecera de la mesa. Complacido, turbado y sonrojado, Limbeck encaramó su robusto cuerpecillo a una silla a la derecha de Sinistrad. Bane se colocó frente a él, a la izquierda de su padre. Alfred corrió a asegurarse el asiento al lado del príncipe. Haplo escogió colocarse en el extremo opuesto de la gran mesa, cerca de Iridal y de Hugh. El perro se echó en el suelo junto a Bane.

Taciturno y reservado como siempre, Haplo podía parecer absorto en su comida y, al mismo tiempo, escuchar perfectamente todas las conversaciones.

—Espero que disculparás mi indisposición de esta tarde —dijo Iridal. Aunque se dirigía a Hugh, sus ojos no dejaban de desviarse, como si se viera obligada a ello, hacia su esposo, sentado frente a ella al otro extremo de la mesa—. Soy propensa a tales accesos, que me afligen a menudo.

Sinistrad, que la observaba, hizo un leve gesto de asentimiento. Iridal se volvió hacia Hugh y lo miró a los ojos por primera vez desde que el hombre había ocupado la silla junto a ella. Ensayó una sonrisa y añadió:

—Espero que no harás caso de lo que pueda haber dicho. La enfermedad..., me hace desvariar.

—Lo que me has dicho no eran desvaríos, señora —replicó Hugh—. Hablabas en serio. Y no estabas enferma. ¡Estabas asustada hasta la médula!

Al hacer acto de presencia en el comedor, Iridal tenía las mejillas sonrosadas, pero el color desapareció de ellas ante los ojos de Hugh. Volviendo la mirada a su esposo, la mujer tragó saliva y llevó la mano a la copa de vino.

—¡Debes olvidar lo que dije, señor! ¡Si aprecias tu vida, no vuelvas a mencionarlo!

—Mi vida, en estos momentos, tiene muy poco valor. —La mano de Hugh asió la de ella por debajo de la mesa y la sujetó con fuerza—. Excepto si puede ser útil para salvarte, Iridal.

—Prueba un poco de pan —intervino Haplo, pasándole un pedazo a Hugh—. Es delicioso. Sinistrad lo recomienda.

El misteriarca estaba, de hecho, observándolos detenidamente. Hugh soltó a regañadientes la mano de Iridal, tomó el pedazo de pan y lo dejó en el plato, sin probarlo. Iridal jugó con la comida y fingió dar un bocado.

—Entonces, por mi bien, no vuelvas a mencionar mis palabras, sobre todo si no piensas tenerlas en cuenta.

—No podría marcharme, sabiendo que te dejo atrás y en peligro.

—¡Estúpido! —Iridal se enderezó y el calor inundó su rostro—. ¿Qué podrías hacer tú, un humano que carece del don, contra nosotros? ¡Yo soy diez veces más poderosa que tú, diez veces más capaz de defenderme, si fuera necesario! ¡Recuérdalo bien!

—Perdóname, pues. —El rostro cetrino de Hugh había enrojecido—. Me parecía que estabas en dificultades y...

—Mis asuntos son cosa mía y no te interesan para nada, señor.

—No volveré a molestarte, señora. ¡Puedes estar segura!

Iridal no respondió y mantuvo la vista en la comida del plato. Hugh dio cuenta de la suya, impasible, y no añadió nada más.

En vista del silencio que reinaba ahora en aquel extremo de la mesa, Haplo prestó atención a lo que se decía en el otro.

El perro, bajo la silla de Bane, mantenía las orejas tiesas y miraba de un lado a otro ávidamente, como si esperara que le cayera alguna sobra.

—Pero, Limbeck, has visto muy poco del Reino Medio —estaba diciendo Sinistrad.

—Lo suficiente.

Limbeck lo miró con un parpadeo grave tras sus gafas de gruesos cristales. El geg había cambiado visiblemente durante las últimas semanas. Las cosas que había presenciado, los pensamientos que había discurrido, habían tallado como a martillo y escoplo su idealismo soñador. Había visto la vida que se le había negado a su pueblo durante tantos siglos, había contemplado la existencia que los gegs proporcionaban, y de la que nada compartían. Los primeros golpes del martillo le dolieron. Después, llegó la rabia.

—He visto suficiente —repitió. Apabullado por la magia, la belleza y sus propias emociones, no se le ocurría otra cosa que decir.

—Desde luego que sí —replicó el hechicero—. Me siento profundamente apenado por tu pueblo; todos aquí, en el Reino Superior, compartimos tu pena y tu justísima cólera. Considero que tenemos una parte de culpa. No porque os hayamos explotado nunca pues, como verás por lo que te rodea, no tenemos necesidad de explotar a nadie, pero aun así siento que estamos en deuda con vosotros, de algún modo. —Tomó con delicadeza un sorbo de vino—. Abandonamos el mundo porque estábamos hartos de guerra, hartos de ver gente sufriendo y muriendo en nombre de la codicia y el odio. Hablamos contra la guerra e hicimos cuanto pudimos por evitarla, pero éramos demasiado pocos, demasiado pocos...

En la voz del hombre había auténticas lágrimas. Haplo podría haberle dicho que estaba desperdiciando una gran actuación, al menos para aquel extremo de la mesa. Iridal hacía mucho rato que había abandonado cualquier intento de fingir que comía. Había permanecido en silencio, con la vista en el plato, hasta que se hizo evidente

que su esposo estaba absorto en la conversación con el geg. Entonces levantó los ojos, pero no dirigió la mirada a su esposo ni al hombre que estaba sentado a su lado. Miró a su hijo y vio a Bane quizá por primera vez desde su llegada. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Rápidamente, bajó la cabeza y, alzando una mano para apartar un mechón suelto de cabello, se enjugó el llanto de las mejillas con disimulo.

La mano de Hugh, posada en la mesa, se contrajo de rabia y dolor.

¿Cómo había podido penetrar el amor, como un cuchillo de filo dorado, en un corazón tan duro como aquél? Haplo no lo sabía ni le importaba. Lo único que sabía era que era un hecho de lo más inconveniente. El patryn necesitaba un hombre de acción, ya que le estaba vedado actuar directamente, y sería terrible que Hugh se hiciera matar en un gesto caballeroso, noble y estúpido.

Haplo empezó a rascarse la mano derecha, hurgando bajo la venda y desplazándola un poco. Cuando el signo mágico quedó al descubierto, alargó la mano como si fuera a coger más pan y se las ingenió para —en el mismo movimiento— presionar con fuerza el revés contra la jarra del vino. Cuando tuvo el pan en la mano, devolvió ésta al plato y pasó la izquierda sobre las vendas hasta que los símbolos mágicos quedaron ocultos de nuevo.

—Iridal, no puedo soportar verte sufrir... —empezó a decir Hugh.

—¿Por qué has de preocuparte por mí?

—¡Yo mismo no lo entiendo! Yo...

—¿Más vino? —preguntó Haplo, con la jarra en la mano.

Hugh le lanzó una mirada iracunda, irritado, y decidió no hacer caso de su compañero.

Haplo sirvió una copa y la arrastró hacia Hugh. La base de la copa tropezó con los dedos del hombre y el vino, un vino de verdad, le salpicó la mano y la manga de la camisa.

—¿Qué diablos...? —Hugh se volvió hacia el patryn, furioso.

Haplo levantó una ceja e hizo un gesto disimulado hacia el otro extremo de la mesa. Atraídos por la conmoción, todos, incluido Sinistrad, se habían vuelto a mirarlos. Iridal permanecía erguida y altiva, con la cara pálida y fría como las paredes de mármol. Hugh alzó la copa y tomó un largo sorbo. Por su expresión sombría, habría podido estar bebiendo la sangre del hechicero.

El patryn sonrió; su intervención no había podido ser más oportuna. Con un pedazo de pan en los dedos, hizo un ademán a Sinistrad.

—Perdón. ¿Decías?

Frunciendo el entrecejo, Sinistrad continuó:

—Decía a Limbeck que deberíamos haber advertido lo que sucedía con su pueblo en el Reino Inferior y acudir a ayudarlos, pero ignorábamos que pasaran dificultades. Dimos por buenas las historias que los sartán nos habían dejado. No sabíamos,

entonces, que mentían...

Un súbito estrépito los sobresaltó a todos. Alfred había dejado caer la cuchara en el plato.

—¿*A* qué te refieres? ¿Qué historias? —preguntó Limbeck, expectante.

—Después de la Separación, según los sartán, tu pueblo fue conducido al Reino Inferior para su propia protección, por ser de inferior estatura que humanos y elfos. En realidad, ahora es evidente que los sartán os querían como fuente de mano de obra barata.

—¡Eso no es cierto!

Era la voz de Alfred, que no había pronunciado palabra en toda la cena. Todos, incluso Iridal, lo miraron con sorpresa.

Sinistrad se volvió hacia él con una sonrisa cortés en sus finos labios.

—¿Ah, no? ¿Y tú conoces la verdad?

Alfred enrojeció desde el cuello hasta la calva.

—Yo..., he hecho un estudio de los gegs y... —Embarazado, tiró y retorció el borde del mantel—. Bueno, yo..., opino que los sartán pretendían..., eso que has dicho acerca de protegerlos. No era exactamente que los enan..., que los gegs fueran más bajos y por ello corrieran peligro ante las razas de mayor talla, sino porque su número era escaso..., después de la Separación. Además, los enan..., los gegs son un pueblo de mentalidad muy mecánica y los sartán necesitaban esa característica para la máquina. Pero nunca pretendieron... Es decir, los sartán siempre pretendieron...

La cabeza de Hugh cayó hacia adelante y golpeó la mesa con un ruido sordo. Iridal saltó de la silla con un grito de alarma. Haplo se incorporó al instante y se acercó a *la Mano.*

—No es nada —dijo, tomando a Hugh por la cintura. Pasando el brazo fláccido del asesino en torno al cuello, Haplo incorporó de la silla el pesado cuerpo. La mano exánime de Hugh arrastró el mantel, derribó varias copas y mandó un plato al suelo, donde se hizo añicos.

—Un buen tipo, pero sin aguante para el vino. Lo llevaré a su habitación. No es preciso que los demás os molestéis.

—¿Estás seguro de que no le pasa nada? —Iridal los miró con ansiedad—. Quizá debería acompañarte...

—Un borracho ha caído inconsciente en tu mesa, querida. No es preciso molestarse —declaró Sinistrad—. Llévatelo, por lo que más quieras —añadió, dirigiéndose a Haplo.

—¿Puedo quedarme el perro? —inquirió Bane acariciando al animal que, al ver a su amo dispuesto para marcharse, se había incorporado de un salto.

—Claro —respondió Haplo de inmediato—. ¡Perro, quédate!

El perro se instaló otra vez al lado de Bane, satisfecho.

Haplo puso en pie a Hugh. Ebrio y tambaleándose, el hombre apenas consiguió arrastrarse —con ayuda— hacia la puerta. Los demás volvieron a sentarse. Los balbuceos de Alfred quedaron olvidados y Sinistrad miró de nuevo a Limbeck.

—Esa Tumpa-chumpa vuestra me fascina. Creo que, dado que ahora tengo una nave a mis disposición, viajaré a tu reino para echarle un vistazo. Por supuesto, también me alegraré mucho de hacer cuanto pueda para ayudar a tu gente a prepararse para la guerra...

—¡Guerra! —La palabra resonó en la estancia. Haplo, volviendo la cabeza, vio el rostro de Limbeck preocupado y muy pálido.

—Mi querido geg, no pensaba que te sorprendería. —Con una amable sonrisa, Sinistrad añadió—: Siendo la guerra el siguiente paso lógico, he dado por hecho que habías acudido aquí con ese propósito: pedirme apoyo. Te aseguro que los gegs tendrán la plena colaboración de mi gente.

A través de los oídos del perro, las palabras de Sinistrad llegaron a Haplo mientras transportaba a un vacilante Hugh por un pasillo oscuro y helado. Empezaba a preguntarse en qué dirección quedaban los aposentos de los invitados cuando se materializó ante él un pasillo con varias puertas tentadoramente abiertas.

—Espero que no haya ningún sonámbulo —murmuró a su embotado compañero.

Haplo captó en el comedor el crujir de la túnica de seda de Iridal y el ruido de la silla al arrastrarse sobre el suelo de piedra. La voz de la mujer, cuando habló, estaba tensa de contenida cólera.

—Si me excusáis, me retiro a mis aposentos.

—¿No te sientes bien, querida mía?

—Gracias, pero me encuentro bien. —Tras una pausa, Iridal añadió—: Es tarde, el muchacho ya debería estar en la cama.

—Sí, esposa, me ocuparé de ello. No te preocupes. Bane, dale las buenas noches a tu madre.

«Bien», se dijo Haplo. «Ha sido una velada interesante: falsa comida, falsas palabras...» Haplo dejó a Hugh sobre la cama y lo cubrió con una manta: *la Mano* no despertaría del hechizo hasta la mañana.

Luego se retiró a su habitación. Al entrar, cerró la puerta y pasó el cerrojo. Necesitaba tiempo para descansar y pensar sin distracciones, para asimilar todo lo que había oído durante el día.

Le siguieron llegando voces a través del perro, pero no decían nada interesante; todos se despedían para ir a acostarse. Tumbado en el lecho, el patryn envió una silenciosa orden al animal y se puso a ordenar sus pensamientos.

La Tumpa-chumpa. Había deducido su función gracias a las imágenes parpadeantes que surgían en el globo ocular sostenido por la mano del dictor, del sartán que exhibía el poder de los suyos, que anunciaba con orgullo su grandioso

plan. Haplo volvió a ver las imágenes en su mente. Volvió a ver la representación del mundo, del Reino del Aire. Vio las islas y continentes esparcidos en desorden, la furiosa tormenta que era a la vez mortífera y creadora de vida; vio el conjunto del mundo moviéndose de una manera caótica que resultaba detestable para los sartán, tan amantes del orden.

¿Cuándo habían descubierto su error? ¿Cuándo se habían dado cuenta de que el mundo que habían creado para el traslado de un pueblo tras la Separación era imperfecto? ¿Después de haberlo poblado? ¿Había sido entonces cuando habían advertido que las hermosas islas flotantes del cielo eran áridas y yermas y no podrían alimentar la vida que se les había confiado?

Los sartán corregirían la situación, como habían corregido todo lo demás; incluso habían separado un mundo antes que permitir que lo gobernaran aquellos a los que consideraban indignos de hacerlo. Los sartán construirían una máquina que, con la ayuda de su magia, alinearía y ordenaría las islas y continentes. Haplo, con los ojos cerrados, volvió a ver con claridad las imágenes: una fuerza tremenda irradiada de la Tumpa-chumpa que se adueñaría de las tierras flotantes, las arrastraría por los cielos y las alinearía, una encima de otra; un geiser de agua, procedente de la tormenta perpetua, que se elevaría constantemente proporcionando a todos la sustancia dadora de vida.

Haplo había resuelto el rompecabezas y le sorprendió bastante que Bane también hubiera encontrado la solución. Ahora, Sinistrad la conocía también y había tenido la ocurrencia, muy amable por su parte, de explicar sus planes a su hijo..., y al perro que acompañaba a éste.

Un movimiento del interruptor de la Tumpa-chumpa y el misteriarca dominaría un mundo realineado.

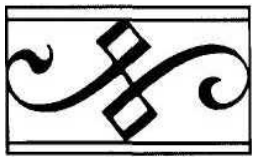
El perro saltó sobre la cama junto a Haplo. Relajado y a punto de conciliar el sueño, el patryn alargó la mano y dio unas palmaditas al animal. Con un suspiro de satisfacción, el perro apoyó la cabeza en el pecho de Haplo y cerró los ojos.

«Vaya locura criminal», pensó Haplo mientras acariciaba las suaves orejas del animal. «Construir algo tan poderoso y, a continuación, marcharse y abandonarlo para que cayera en manos de algún mensch{25} ambicioso.» Haplo no lograba imaginar por qué lo habían hecho. A pesar de todos sus defectos, los sartán no eran estúpidos. Debía de haberles sucedido algo antes de poder terminar su proyecto. Ojalá supiera qué, reflexionó. Pero, al mismo tiempo, aquélla era la demostración más evidente que podía imaginar de que los sartán ya no estaban en aquel mundo.

Su mente evocó entonces el eco de unas palabras pronunciadas por Alfred durante la confusión que siguió al desmayo alcohólico de Hugh, unas palabras que probablemente sólo había escuchado el perro, y que éste se había apresurado a trasladar a su amo:

«Pensaron que eran dioses. Pretendían hacer el bien pero, por alguna razón, todo les salió torcido.»

CAPÍTULO 51



CASTILLO SINIESTRO,
REINO SUPERIOR

—Iré a Drevlin contigo, padre...

—¡No, y deja de discutir conmigo, Bane! Debes regresar al Reino Medio y ocupar tu puesto en el trono.

—¡Pero no puedo volver! ¡Stephen quiere matarme!

—No seas estúpido, hijo. No tengo tiempo para tonterías. Para que heredes el trono, es preciso que Stephen y la reina mueran, y eso puede arreglarse. Naturalmente, en el fondo seré yo quien gobierne de verdad en el Reino Medio, pero no puedo estar en dos lugares a la vez y tendré que quedarme en el Reino Inferior, preparando la máquina. ¡Deja de gimotear! No lo soporto.

Las palabras de su padre resonaron una y otra vez en la cabeza de Bane como el chirrido de algún irritante insecto nocturno que no lo dejara dormir.

«En el fondo seré yo quien gobierne de verdad en el Reino Medio.»

«Sí, pero ¿dónde estarías ahora, padre, si yo no te hubiera revelado el modo de conseguirlo?»

Tendido de espaldas, tenso y rígido en la cama, Bane apretó entre las manos la manta lanuda que lo cubría. El muchacho no lloró. Las lágrimas eran un arma valiosa en su lucha con los adultos y a menudo le habían resultado muy útiles frente a Stephen y la reina. En cambio, llorar a solas, en la oscuridad, era una muestra de debilidad. Al menos, así lo calificaría su padre.

Pero ¿qué le importaba lo que pensara su padre?

Bane agarró con fuerza la manta, pero las lágrimas estuvieron a punto de saltarle de los ojos, de todos modos. Sí, le importaba. Le importaba tanto que le dolía por dentro.

El muchacho recordaba con claridad el día en que se había dado cuenta de que las personas que consideraba sus padres sólo lo adoraban, pero no lo querían. Ese día se había escapado de la vigilancia de Alfred y estaba revolviendo en la cocina, engatusando al cocinero para que le diera un poco de masa de dulce, cuando entró corriendo uno de los mozos de cuadra, llorando y quejándose del arañazo que le había producido la zarpa de un dragón. Era el hijo del cocinero, un chiquillo no mucho mayor que Bane, que había sido puesto a trabajar con su hermano mayor, uno de los cuidadores de los dragones. La herida no era grave. El cocinero la limpió y la vendó con un retal de tela; luego, tomando al chiquillo en brazos, lo besó repetidamente, lo

abrazó y lo mandó de nuevo a sus tareas. El niño se había marchado corriendo con el rostro resplandeciente, sin acordarse para nada del dolor y del susto.

Bane había presenciado la escena desde un rincón. El día anterior, precisamente, también él se había hecho un corte en la mano con un vaso de cristal descantillado. El suceso había desencadenado una tormenta de excitación. El rey había mandado llamar a Triano, que había traído consigo un cuchillo de plata maciza pasado por las llamas, unas hierbas curativas y una gasa para taponar la hemorragia. El vaso causante de la herida fue hecho añicos y Alfred había estado a punto de ser despedido de su cargo a causa del incidente; el rey Stephen le estuvo gritando al chambelán veinte minutos seguidos. La reina Ana casi se había desmayado al ver la sangre y había tenido que salir de la estancia. Pero su «madre» no lo había besado. No lo había cogido en sus brazos ni lo había hecho reír para que se olvidara del dolor.

Bane había experimentado luego cierta satisfacción al moler a palos al mozo de cuadra; una satisfacción aumentada por el hecho de que el mozo fuera severamente castigado por pelearse con el príncipe. Esa noche, Bane le había pedido a la voz del amuleto de la pluma, aquella voz suave y susurrante que solía hablarle durante la noche, que le explicara por qué sus padres no lo querían.

La voz le había revelado la verdad: Stephen y Ana no eran sus auténticos padres. Bane sólo estaba utilizándolos durante un tiempo. Su verdadero padre era un poderoso misteriarca. Su verdadero padre vivía en un espléndido castillo de un reino fabuloso. Su verdadero padre estaba orgulloso de su hijo y llegaría el día en que lo haría volver a su lado *y estarían juntos para siempre.*

La última parte de la frase era un añadido de Bane, en lugar de *y seré yo quien gobierne de verdad en el Reino Medio.*

Bane soltó la manta, tomó entre sus dedos el amuleto de la pluma que llevaba en torno al cuello y tiró con fuerza de la correa de cuero. No se rompió. Enfadado, mascullando palabras que había aprendido del mozo de cuadra, tiró de nuevo con fuerza, pero sólo consiguió hacerse daño. Por fin sus ojos derramaron unas lágrimas de dolor y frustración. Sentado sobre la cama, prosiguió sus esfuerzos hasta que al fin, tras costarle nuevos dolores al enredarse la correa en su cabello, consiguió quitársela pasándola por la cabeza.

Alfred se adentró en el pasillo, buscando su alcoba en aquel palacio ominoso y desconcertante. Su cabeza bullía en cavilaciones.

«Limbeck está cayendo bajo el influjo del misteriarca. Veo el conflicto sangriento al que van a ser arrastrados los gegs. Miles de ellos morirán y, ¿para qué? ¡Para que un hombre malvado se haga con el control del mundo! Debería impedirlo, pero ¿cómo? ¿Qué puedo hacer, yo solo? O tal vez no debería detenerlo. Al fin y al cabo, el intento de controlar lo que debería haberse dejado en paz fue la causa de nuestra tragedia. Y, por otro lado, está Haplo. Sé perfectamente quién y qué es pero, de

nuevo, ¿qué puedo hacer? ¿Debo hacer algo? ¡No lo sé! ¿Por qué me he quedado solo? ¿Es un error, o se supone que debo actuar de alguna manera? Y, en este último caso, ¿de cuál?»

En su deambular sin rumbo, el chambelán se encontró cerca de la puerta de Bane. Inmerso en su agitación interior, el pasillo lóbrego y sombrío se le hizo borroso delante de los ojos. Se detuvo hasta que se le aclarara la vista, ansiando que sucediera lo mismo con sus pensamientos, y llegó a sus oídos el murmullo de unas sábanas y la voz del chiquillo llorando y maldiciendo. Tras echar un vistazo arriba y abajo del pasillo para cerciorarse de que no lo veía nadie, Alfred alzó dos dedos de la mano derecha y trazó un signo mágico sobre la puerta. La madera pareció desaparecer bajo sus órdenes y le permitió ver el interior como si no estuviera.

Bane arrojó el amuleto a un rincón de la estancia.

—¡Nadie me quiere y me alegro de ello! ¡Yo tampoco los quiero! ¡Los odio! ¡Los odio a todos!

El chiquillo se dejó caer en el lecho y hundió el rostro en la almohada. Alfred exhaló un suspiro profundo y agitado. ¡Por fin! ¡Por fin había sucedido, y justo cuando su corazón empezaba ya a desesperar!

Había llegado el momento de alejar al muchacho del borde de la trampa de Sinistrad. Alfred dio un paso adelante, sin acordarse de la puerta, y estuvo a punto de darse de frente contra la madera, pues el hechizo no la había quitado de su sitio sino que, simplemente, le permitía ver a través de ella.

El chambelán se dominó y, al propio tiempo, se dijo: «No; yo, no. ¿Qué soy yo? Un criado, nada más. Su madre. ¡Sí, su madre!».

Bane escuchó un ruido en la alcoba. Se apresuró a cerrar los ojos y permaneció inmóvil. Se había cubierto la cabeza con la manta y se enjugó las lágrimas con un rápido y sigiloso movimiento de la mano.

¿Era Sinistrad, que venía a decirle que había cambiado de idea?

—¿Bane?

La voz era suave y delicada. Su madre.

El muchacho fingió estar dormido. « ¿Qué querrá?», pensó. « ¿Quiero hablar con ella?» Sí, decidió, escuchando de nuevo las palabras de su padre; le apetecía conversar con su madre. Toda su vida, se dijo, los demás lo habían utilizado para sus propósitos. Era hora de que él empezara a hacer lo mismo con ellos.

Con un parpadeo soñoliento, Bane alzó su cabecita despeinada de debajo de las sábanas. Iridal se había materializado en la alcoba y se encontraba al pie de la cama. Poco a poco, una luz que surgía de su interior empezó a iluminar a la mujer y bañó al muchacho con un resplandor cálido y delicioso mientras el resto de la estancia permanecía en sombras. Bane miró a su madre y supo, por la expresión apenada de su rostro, que había advertido sus ojos llorosos. «Estupendo», pensó. Una vez más,

podía recurrir a su arsenal.

—¡Oh, hijo mío! —Iridal se acercó a él y se sentó en la cama. Pasándole el brazo por los hombros, lo estrechó contra sí y lo llenó de caricias.

Una sensación de deliciosa calidez envolvió al chiquillo. Acurrucado en aquellos brazos acogedores, se dijo a sí mismo: «Le he dado a mi padre lo que quería. Ahora le toca el turno a ella. ¿Qué quiere de mí?»

Nada, al parecer. Iridal rompió a llorar y a decirle con murmullos incoherentes lo mucho que lo había añorado y cuánto había deseado tenerlo junto a ella. Esto dio una idea a Bane.

—¡Madre! —La interrumpió, mirándola con sus ojos azules llenos de lágrimas—. ¡Yo quiero estar contigo, pero mi padre dice que va a mandarme lejos!

—¡Mandarte lejos! ¿Adonde? ¿Por qué?

—¡Al Reino Medio, con esa gente que no me quiere! —Tomó su mano y la estrechó con fuerza entre las suyas—. ¡Quiero quedarme contigo! ¡Contigo y con mi padre!

—Sí —murmuró Iridal. Atrajo a Bane contra su pecho y lo besó en la frente—. Sí... Una familia, como siempre he soñado. Tal vez existe una posibilidad. Quizá no pueda salvarlo yo, pero sí su propio hijo. Seguro que no podrá traicionar un amor y una confianza tan inocentes. Esta mano —besó los dedos del niño, bañándolos de lágrimas—, esta mano puede apartarlo del oscuro camino que ha emprendido.

Bane no entendió de qué hablaba. Para él, todos los caminos eran uno, ni luminoso ni oscuro, y todos conducían al mismo objetivo: que la gente hiciera lo que él quería.

—Hablarás con mi padre —pidió mientras se escabullía del abrazo de la mujer, considerando que, después de todo, los besos y abrazos podían llegar a ser un fastidio.

—Sí, hablaré con él mañana.

—Gracias, madre. —Bane bostezó.

—Deberías estar durmiendo —dijo Iridal, levantándose—. Buenas noches, hijo mío. —Con ternura, arregló las ropas en torno a Bane y se inclinó para posar un beso en su mejilla—. Buenas noches.

El resplandor mágico empezó a apagarse. Iridal levantó las manos, se concentró con los ojos cerrados y desapareció de la habitación.

Bane sonrió en la oscuridad. No tenía idea de qué clase de influencia podría ejercer su madre; sólo podía tomar como referencia a la reina Ana, que normalmente conseguía lo que quería de Stephen.

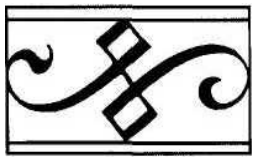
Pero, si aquello no funcionaba, siempre quedaba el otro plan. Para que este último diera resultado, tendría que revelar gratis algo que suponía de inestimable valor. Sería discreto, desde luego, pero su padre era listo. Sinistrad podía adivinarlo y robárselo.

De todos modos, pensó el chiquillo, quien nada arriesga, nada gana.

Probablemente, no tendría que resignarse. Todavía no. No lo mandarían lejos. Su madre se encargaría de eso.

Bane, satisfecho, apartó la ropa de la cama a patadas.

CAPÍTULO 52



CASTILLO SINIESTRO,
REINO SUPERIOR

A la mañana siguiente, Iridal penetró en el estudio de su esposo. Encontró allí a su hijo con Sinistrad, ambos sentados ante el escritorio de su esposo, repasando unos dibujos realizados por Bane. El perro, tendido a los pies del niño, levantó la cabeza al verla y batió el suelo con la cola.

Iridal hizo una pausa en el umbral. Todas sus fantasías se habían hecho realidad. Un padre amante, un hijo adorable; Sinistrad dedicando pacientemente su tiempo a Bane, estudiando el resultado del trabajo del muchacho con una fingida seriedad que resultaba enternecedora. En aquel instante, viendo la cabeza cubierta con el bonete tan cerca de la cabecita rubia, oyendo el murmullo de las voces —una joven, vieja la otra— llenas de excitación por lo que sólo podía ser algún proyecto infantil de su hijo, Iridal se lo perdonó todo a Sinistrad. Con gusto habría barrido y desterrado de su recuerdo todos los años de horror y sufrimiento, si él le hubiera concedido aquello.

Adentrándose en la estancia casi con timidez —hacía muchos años que no pisaba el santuario de su esposo—, Iridal intentó hablar pero no le salieron las palabras. Sin embargo, el sonido ahogado llamó la atención de padre e hijo. Uno la miró con una sonrisa radiante, cautivadora. El otro pareció molesto.

—Bien, esposa, ¿qué quieres?

Las fantasías de Iridal se tambalearon, desvanecida la brillante niebla por la voz fría y la mirada helada de los ojos sin pestañas.

—Buenos días, madre —dijo Bane—. ¿Quieres ver mis dibujos? Los he hecho yo mismo.

—Si no molesto... —La mujer miró a Sinistrad, dubitativa.

—Acércate, pues —concedió él con displicencia.

—Vaya, Bane, son magníficos. —Iridal tomó varias láminas y las volvió a la luz del sol.

—He usado la magia. Padre me ha enseñado. He pensado lo que quería dibujar, y la mano se ha encargado de hacerlo. Aprendo magia muy deprisa —aseguró el chiquillo, mirando a su madre con una expresión encantadora—. Padre y tú podríais enseñarme en las horas libres. No os molestaría.

Sinistrad tomó asiento. La túnica de grueso moaré crujió con un ruido seco, como el aleteo de un murciélago. Entreabrió los labios en una helada sonrisa que disipó los últimos jirones de las fantasías de Iridal. La mujer habría huido a sus aposentos de no

haber estado allí Bane, mirándola esperanzado y rogándole en silencio que continuara. El perro volvió a apoyar la cabeza entre las patas y sus ojos se movieron de un lado a otro, atentos a quien hablaba.

—¿Qué..., qué son esos dibujos? —Preguntó Iridal con un titubeo—. ¿La gran máquina?

—Sí —contestó Bane—. Mira, ésa es la parte que los gegs llaman el utro. Padre dice que eso quiere decir el «útero» y es donde nació la Tumpa-chumpa. Y esta parte pone en acción una gran fuerza que pondrá todas las islas...

—Con eso basta, Bane —lo interrumpió Sinistrad—. No debemos entretener a tu madre; tiene que atender a los... invitados. —Tardó en decir la palabra y dedicó a Iridal una mirada que la hizo enrojecer y que causó la confusión en sus pensamientos —. Supongo que has venido aquí con algún propósito, esposa. ¿O tal vez sólo para asegurarte de que tenía el tiempo ocupado, de modo que tú y ese atractivo asesino...?

—¿Cómo te atreves...? ¿Qué? ¿Cómo lo has llamado?

A Iridal empezaron a temblarle las manos y se apresuró a dejar de nuevo sobre el escritorio las láminas que sostenía en ellas.

—¿No lo sabías, querida? Uno de nuestros invitados es un asesino profesional. Hugh *la Mano*, es su apodo; una mano manchada de sangre, si me perdonas la pequeña broma. Tu galante campeón fue contratado para matar al niño. —Sinistrad le desordenó el cabello a Bane—. De no haber sido por mí, esposa, este chico tuyo no habría vuelto nunca a casa. Yo desbaraté los planes de Hugh...

—¡No te creo! ¡No es posible!

—Sé que te sorprende, querida, descubrir que tenemos en casa a un invitado que nos asesinaría a todos en nuestros propios lechos. Pero no temas: he adoptado todas las precauciones. El mismo me hizo un favor anoche al beber en exceso y caer en ese ciego letargo. Ha resultado muy fácil trasladar su cuerpo empapado en vino a un lugar bajo custodia. Bane dice que hay una recompensa por ese hombre, así como por el criado traidor del muchacho. Esa cantidad servirá para financiar mis planes en el Reino Medio. Y bien, querida, ¿qué es lo que querías?

—¡Que no me quites a mi hijo! —Iridal jadeó buscando aire, como si acabaran de echarle encima un cubo de agua fría—. Haz lo que quieras, no me opondré, ¡pero déjame a mi hijo!

—Hace apenas unos días, renegabas de él. Ahora dices que lo quieres contigo. —Sinistrad se encogió de hombros—. Esposa mía, no puedo someter al muchacho a tus impulsos caprichosos, que cambian cada día. Bane debe regresar al Reino Medio y asumir sus obligaciones. Y, ahora, es mejor que te vayas. Me alegro de que hayamos tenido esta pequeña charla. Deberíamos tenerlas más a menudo.

—Madre —intervino Bane—, creo que antes deberías haber hablado de esto conmigo. ¡Yo *quiero* volver allí! Estoy seguro de que padre sabe qué es lo mejor para

mí.

—Yo también estoy segura —musitó Iridal.

Dando media vuelta, la mujer salió del estudio con porte digno y sereno, y consiguió alejarse por el pasillo helado y tenebroso antes de echarse a llorar por su hijo perdido.

—En cuanto a ti, Bane —declaró Sinistrad, devolviendo a su lugar correspondiente los dibujos que Iridal había desordenado—, no vuelvas a intentar nada parecido conmigo. Esta vez he castigado a tu madre, que debería haber sido más prudente. La próxima vez, te tocará a ti.

Bane aceptó en silencio la reprimenda. Era estimulante que, para variar, su oponente en la partida fuera tan habilidoso como él mismo. Empezó a repartir la siguiente mano, con movimientos rápidos para que su padre no advirtiera que las cartas salían del fondo de una baraja preparada.

—Padre —dijo Bane—, quiero preguntarte una cosa sobre magia.

—¿Sí? —Una vez restaurada la disciplina, a Sinistrad le complació el interés del muchacho.

—Un día vi a Triano dibujando algo en una hoja de papel. Era como una letra del alfabeto, pero no exactamente. Cuando le pregunté, estrujó el papel y lo arrojó al fuego con gesto nervioso. Dijo que era magia y que no debía molestarlo con preguntas al respecto.

Sinistrad levantó la cabeza de los dibujos que estaba estudiando y volvió la atención a su hijo. Bane respondió a la mirada curiosa de sus ojos penetrantes con la expresión ingenua que tan bien sabía utilizar el muchacho. El perro se sentó sobre las patas traseras y empujó con el hocico la mano de Bane, pidiendo que lo acariciara.

—¿Cómo era ese símbolo?

Bane trazó una runa en el reverso de uno de los dibujos.

—¿Eso? —Sinistrad soltó un bufido—. Es un signo esotérico, utilizado en la magia rúnica. Ese Triano debe de ser más estúpido de lo que yo pensaba, para andar jugando con ese arte arcano.

—¿Por qué?

—Porque sólo los sartán eran expertos en runas.

—¡Los sartán! —El muchacho pareció asombrado—. ¿Sólo ellos?

—Bueno, se decía que en el mundo que existía antes de la Separación, los sartán tenían un enemigo mortal, un grupo tan poderoso como ellos y más ambicioso; un grupo que quería usar sus poderes casi divinos para gobernar, y no para guiar. Se los conocía como los patryn.

—¿Seguro que nadie más puede utilizar esa magia?

—¿No te lo he dicho ya una vez? ¡Cuando yo digo una cosa, hablo en serio!

—Lo siento, padre.

Ahora que estaba seguro, Bane podía permitirse ser magnánimo con un oponente perdedor.

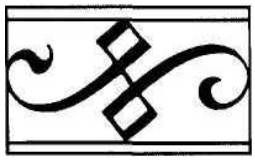
—¿Qué hace esa runa, padre?

Sinistrad observó el dibujo.

—Es una runa curativa, creo —repuso sin interés.

Bane sonrió y dio unas palmaditas al perro, que le lamió los dedos en agradecimiento.

CAPÍTULO 53



CASTILLO SINIESTRO,
REINO SUPERIOR

Los efectos del hechizo tardaron en disiparse. Hugh no podía distinguir entre sueño y realidad. En cierto momento, vio al monje negro de pie a su lado, burlándose de él.

—¿Amo de la muerte? No, nosotros somos tus amos. Toda tu vida nos has servido.

Y, luego, el monje negro era Sinistrad.

—¿Por qué no te pones a mi servicio? Me conviene un hombre de tus facultades. Es preciso que me deshaga de Stephen y Ana. Mi hijo tiene que sentarse en el trono de Ulyandia y las Volkaran, y esa pareja se interpone en su camino. Un hombre listo como tú puede encontrar el modo de darles muerte. Ahora tengo cosas que hacer, pero regresaré más tarde. Quédate aquí y piénsalo.

«Aquí» era una húmeda mazmorra creada de la nada. Sinistrad había conducido a Hugh a aquel lugar, fuera el que fuese. El asesino se había resistido, pero no mucho. Era difícil hacerlo, cuando uno apenas podía distinguir el techo del suelo, los pies se le multiplicaban y las piernas parecían haber perdido los huesos.

Por supuesto, era Sinistrad quien lo había hechizado.

Hugh tenía un vago recuerdo de haber intentado decirle a Haplo que no estaba ebrio, que aquello era producto de alguna magia terrible, pero Haplo sólo había hecho aquella irritante sonrisilla y le había dicho que se sentiría mejor cuando hubiera dormido la borrachera.

Cuando Haplo despertara y viera que había desaparecido, tal vez acudiera a rescatarlo.

Hugh se llevó las manos a la cabeza, que le latía dolorosamente, y maldijo su estupidez. «Aunque Haplo decida buscarme —se dijo—, no me encontrará nunca. Esta celda no se encuentra en las entrañas del castillo, debidamente situada al pie de una escalera larga y retorcida. Yo vi el vacío del cual surgieron las paredes. La mazmorra está en mitad de ninguna parte, al pie de la noche. Nadie me encontrará jamás. Me quedaré aquí hasta que muera...

»... o hasta que acepte por amo a Sinistrad.

»¿Y por qué no? He servido a muchos hombres; ¿qué es uno más? O, mejor aún, puede que me quede donde estoy. Esta celda no es muy diferente de mi vida: una cárcel fría, vacía y desolada. Yo mismo construí sus paredes..., las levanté con dinero.

Me recluí en ellas y cerré la puerta. Yo era mi propio guardián, mi propio carcelero. Y dio resultado. Nada me ha afectado. El dolor, la compasión, la pena, el remordimiento: ninguno de ellos podía pasar los muros. Incluso decidí matar a un niño por el dinero.

»*Y* ese niño se apoderó de la llave.

»Pero eso fue cosa del encantamiento. Fue la magia lo que me hizo apiadarme de él. ¿O ésa era mi excusa? Una cosa es segura: el encantamiento no conjuró esos recuerdos..., recuerdos de mí mismo antes de esta celda.»

«El hechizo sólo actúa porque tú quieres que lo haga. Tu voluntad lo refuerza. Si lo hubieras deseado de verdad, lo habrías roto hace mucho. Tú te preocupas por el muchacho, ¿entiendes? Y esa preocupación es una prisión invisible.»

Tal vez no. Tal vez era la libertad.

Confuso, medio despierto y medio en sueños, Hugh se levantó del suelo de piedra donde estaba sentado y se acercó a la puerta de la celda. Extendió el brazo..., y detuvo el gesto. Tenía la mano cubierta de sangre, y la muñeca, el antebrazo... Estaba empapado hasta el codo.

Y, tal como él se veía, también debía verlo ella.

—Maese Hugh...

La Mano dio un respingo y volvió la cabeza. ¿Era real, aquella presencia, o sólo un truco de su mente dolorida que se había puesto a pensar en ella? Parpadeó, pero la figura no desapareció.

—¿Iridal?

Cuando advirtió en sus ojos que ella sabía la verdad acerca de él, Hugh bajó la vista a sus manos, cohibido.

—De modo que Sinistrad tenía razón —musitó ella—. Eres un asesino.

Los ojos irisados estaban descoloridos, grises. En ellos no brillaba luz alguna.

¿Qué podía decir? Lo que acababa de oír era la verdad. Podría haberse disculpado, haberle hablado de Nick *el Tres Golpes.* Podía explicarle que había decidido que no haría daño al niño, que había proyectado devolvérselo a la reina Ana, pero nada de aquello cambiaría un ápice el hecho de que había cerrado el contrato, de que había aceptado el dinero; de que, en el fondo de su corazón, había sabido que era capaz de matar a un niño.

Por eso se limitó a decir simple y llanamente:

—Sí.

—¡No lo entiendo! ¡Es una cosa perversa y monstruosa! ¿Cómo puedes emplear tu vida matando gente?

Hugh habría podido decir que la mayoría de hombres a los que había matado merecían morir. Podría haberle dicho que, probablemente, había salvado la vida de los que se habrían convertido en sus siguientes víctimas.

Pero Iridal le preguntaría: ¿Quién eres tú para juzgar?

Y él contestaría: ¿Quién lo es? ¿Quién es el rey Stephen, que puede proclamar, «ese hombre es un elfo y, por tanto, debe morir»? ¿Quiénes son los nobles, que pueden decir, «ese hombre tiene unas tierras que quiero y que no me quiere dar; por tanto, debe morir»?

Buenos argumentos, se dijo, pero había accedido. Había aceptado el dinero. Había sabido, en el fondo de su corazón, que era capaz de matar a un niño. Por eso respondió:

—Ahora ya no tiene importancia.

—No, excepto que vuelvo a estar sola. Otra vez.

Iridal musitó esas palabras en voz muy baja. Hugh comprendió que no las había dicho para que él las oyera. La mujer estaba en el centro de la celda con la cabeza inclinada y sus largos cabellos blancos caídos hacia adelante, cubriéndole el rostro. Iridal se había preocupado por él. Había confiado en él. Tal vez había acudido a él con la intención de pedirle ayuda. La puerta de su celda interior se abrió lentamente y bañó su alma con la luz del sol.

—No estás sola, Iridal. Hay alguien en quien puedes confiar. Alfred es un buen hombre, y está consagrado a tu hijo. —«Mucho más de lo que Bane se merece», pensó, pero no lo dijo. En voz alta, añadió—: Le salvó la vida al muchacho en una ocasión, cuando le cayó encima un árbol. Si quieres escapar, si tú y tu hijo queréis hacerlo, Alfred podría ayudaros. Podría llevaros a la nave elfa. El capitán de la nave necesita dinero. A cambio de eso y de una ruta segura para escapar del Firmamento, os dará pasaje.

—¿Escapar? —Iridal dirigió una mirada desesperada en torno a los muros de la celda y hundió el rostro entre las manos. Pero no eran las paredes de la celda de Hugh lo que veía, sino las suyas.

«También ella está prisionera», se dijo Hugh. «Yo le he abierto la puerta de la celda, le he ofrecido una visión fugaz de la luz y el aire libre. Y ahora ve cómo esa puerta vuelve a cerrarse.»

—Es cierto, Iridal, soy un asesino. Peor aún, he matado por dinero. No pretendo disculparme. ¡Pero lo que he hecho no es nada comparado con lo que trama tu esposo!

—¡Te equivocas! Él no ha dado muerte a nadie. Sería incapaz de una cosa así.

—¡Sinistrad habla de una guerra en todo el mundo! ¡De sacrificar miles de vidas para instalarse en el poder!

—No lo has entendido. Es nuestra vida lo que intenta salvar. La vida de su pueblo.

Al advertir su expresión de desconcierto, Iridal hizo un gesto de impaciencia, irritada por verse obligada a explicar lo que había considerado evidente.

—Sin duda, te habrás preguntado por qué los misteriarcas abandonaron el Reino Medio, una tierra donde tenían de todo: poder, riqueza... ¡Ah, ya sé lo que se cuenta de nosotros! Lo sé porque fuimos nosotros mismos quienes hicimos correr la voz de que nos habíamos hartado de aquella vida bárbara y de las guerras constantes contra los elfos. Lo cierto es que nos marchamos porque nos vimos obligados a ello, porque no teníamos otra posibilidad. Nuestra magia estaba decayendo. Los matrimonios con humanos normales la habían diluido. Por eso existen tantos hechiceros en tu reino. Muchos, pero débiles. Los que quedábamos de sangre pura éramos pocos, pero poderosos. Para asegurar la continuidad de nuestra raza, huimos a algún lugar donde no pudiéramos ser...

—¿Contaminados? —sugirió Hugh.

Iridal se sonrojó y se mordió el labio. Luego, alzando la cabeza, lo miró con orgullo.

—Sé que lo dices con desprecio, pero sí, es cierto. ¿Acaso puedes culparnos por ello?

—Pero no dio resultado, ¿verdad?

—El viaje fue difícil y muchos murieron. Otros sucumbieron antes de que pudiéramos estabilizar la cúpula mágica que nos protege del frío y nos proporciona el aire que respiramos. Por fin, todo parecía estar bien y nos nacieron hijos, pero no en abundancia y la mayoría de ellos murió. —La mirada altanera desapareció de sus facciones y hundió de nuevo la cabeza—. Bane es el único de su generación que queda con vida. Y ahora, la cúpula se derrumba. Ese leve resplandor del cielo que encuentras tan hermoso es mortal para nosotros.

»Los edificios no son reales y nuestra gente finge ser una población numerosa para que no adivinéis la verdad.

—Es decir, que estáis obligados a regresar al mundo de abajo pero tenéis miedo de volver y revelar la debilidad en que os halláis —dijo Hugh—. El suplantador se convirtió en príncipe de las Volkaran, ¡y ahora va a volver como rey!

—¿Rey? Imposible. Ya tienen un rey.

—No tan imposible. Tu esposo proyecta contratarme para librarse del rey y de la reina; entonces Bane, su hijo, heredará el trono.

—¡No te creo! ¡Mientes!

—Sí que me crees. Lo veo en tu rostro. No es a tu marido a quien defiendes, sino a ti misma. Sabes muy bien de lo que es capaz Sinistrad. ¡Sabes muy bien lo que ha hecho y lo que tú dejaste de hacer! Tal vez no fuera un asesinato, pero les habría causado menos dolor a esos padres del Reino Medio si los hubieran apuñalado que llevándose a su hijo.

Los ojos sombríos, descoloridos, trataron de sostener su mirada, pero titubearon y volvieron a clavarse en el suelo.

—Lloré por ellos. Intenté salvar a su niño... Habría dado mi vida para que el pequeño viviera, pero... Y también están las vidas de tantos otros...

—Yo he obrado mal, pero me parece, Iridal, que el mismo mal puede haber en abstenerse de actuar. Sinistrad va a volver para cerrar el trato conmigo. Escucha lo que he planeado y juzga por ti misma.

Iridal lo miró y empezó a decir algo. Luego sacudió la cabeza, cerró los ojos y, en un instante, desapareció. Las cadenas eran demasiado pesadas e Iridal no podía liberarse de ellas.

Hugh se dejó caer al suelo, de nuevo solo en la celda dentro de otra celda. Sacó la pipa, apretó la boquilla entre los dientes y miró con rabia los muros de su prisión.

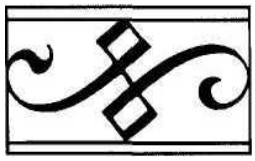
Paseando por el ala del dragón.

Si Sinistrad pretendía sobresaltarlo con su repentina aparición, debió de llevarse una decepción. Hugh alzó la vista hacia él, pero no se movió ni dijo nada.

—Bien, Hugh *la Mano*, ¿te has decidido?

—No hay mucho que decidir. —Hugh se incorporó con esfuerzo, envolvió cuidadosamente la pipa en el paño y la guardó en el bolsillo del pecho—. No quiero pasarme el resto de la vida en este lugar, así que trabajaré para ti. He trabajado para otros peores. Al fin y al cabo, una vez acepté dinero para matar a un niño.

CAPÍTULO 54



CASTILLO SINIESTRO,
REINO SUPERIOR

Haplo vagaba por los pasadizos del castillo, perdiendo el tiempo ociosamente —o así parecía cuando alguien le prestaba alguna atención—. Cuando no tenía a nadie cerca, continuaba buscando, siguiendo el rastro de todos los demás lo mejor que podía.

El perro estaba con Bane. Haplo había escuchado hasta la última palabra de la conversación entre padre e hijo. La extraña pregunta sobre el signo mágico había pillado desprevenido al patryn. Rascándose la piel bajo las vendas, Haplo se preguntó si el chiquillo habría visto sus runas tatuadas y trató de recordar algún momento en que hubiera cometido un desliz, un error. Al fin, decidió que no había sufrido ninguno. Habría sido imposible. Entonces, ¿de qué estaba hablando el muchacho? Desde luego, no de un hechicero mensch probando a jugar con las runas. Ni siquiera un mensch sería tan estúpido.

Bueno, no merecía la pena perder el tiempo en conjeturas. Pronto lo descubriría. Bane —con el perro trotando fielmente a su lado— se había cruzado con él por el pasillo hacía un rato, en busca de Alfred. Tal vez esa conversación le diera la clave. Mientras, tenía que espiar a Limbeck.

Se detuvo ante la puerta de la habitación del geg y miró a un lado y a otro del pasillo. No había nadie a la vista. Haplo trazó un signo mágico sobre la puerta y la madera desapareció..., al menos a sus ojos. Para el geg, sentado con aire desconsolado ante un escritorio, la puerta seguía tan sólida como siempre. Limbeck había pedido instrumentos de escritura a su anfitrión y parecía absorto en su pasatiempo favorito: redactar discursos. Sin embargo, Haplo comprobó que no escribía gran cosa. Con las gafas levantadas sobre la frente, el geg permanecía con la cara apoyada en la mano y la vista fija en una pared de piedra cubierta de tapices que, para él, era una masa confusa multicolor.

—«Colegas míos de la Unión...» No, eso es demasiado restrictivo. «Compañeros de la UAPP y demás gegs...» Pero tal vez esté presente el survisor jefe. «Survisor jefe, ofinista jefe, compañeros de la UAPP, hermanos gegs... hermanos y hermanas gegs, he visto el mundo superior y es hermoso» —la voz de Limbeck se suavizó—, «más hermoso y maravilloso de lo que podáis imaginar. Y yo..., yo...» ¡No! —Se dio un enérgico tirón de la barba—. Así —añadió, encogiéndose de dolor y parpadeando para que no le saltaran las lágrimas—. Como diría Jarre, divago demasiado. A ver si

ahora puedo pensar mejor. «Mis queridos miembros de la Unión...» No. Ya estamos otra vez. Me he dejado al survisor jefe...

Haplo trazó un nuevo signo mágico y la puerta volvió a tomar forma y a hacerse visible. Cuando reanudó su recorrido por el pasillo, le siguió llegando la voz de Limbeck recitando el discurso en voz alta para él solo. «El geg sabe lo que tiene que decir», pensó Haplo, «pero se resiste a hacerlo.»

—¡Ah, Alfred, estás aquí! —Era la voz de Bane, que le llegaba a Haplo a través del perro—. No te encontraba por ninguna parte.

El chiquillo sonaba malhumorado, irritado.

—Lo siento, Alteza. Estaba buscando a maese Hugh...

No era el único.

Haplo se detuvo ante la puerta siguiente y echó un vistazo al interior. La habitación estaba vacía; Hugh había desaparecido. Al patryn no le sorprendía mucho que así fuera. Si Hugh seguía con vida, sólo sería porque Sinistrad tenía intención de hacerlo sufrir. O, mejor aún, de utilizarlo para hacer sufrir a Iridal. Los celos que mostraba el hechicero respecto a su esposa eran extraños, considerando que no le tenía el menor afecto.

«Iridal es una posesión suya», dijo Haplo para sí mientras daba media vuelta y desandaba sus pasos por el corredor, en dirección a la alcoba de Limbeck. Sinistrad se habría enfurecido lo mismo, probablemente, si hubiera pillado a Hugh hurtando la cubertería. «En fin, yo he tratado de protegerlo. Una lástima. Era un tipo osado y habría podido serme útil. De todos modos, ahora que Sinistrad está ocupado con él, sería una ocasión excelente para que los demás nos marcháramos.»

—Alfred... —Bane había adoptado un tono meloso—, quiero hablar contigo.

—Desde luego, Alteza.

El perro se echó en el suelo entre los dos.

«Es momento de irse», se repitió Haplo. «Sí, recogeré a Limbeck, volveremos a la nave elfa y me adueñaré de ella. Y dejaré a ese hechicero mensch abandonado en su reino. No tengo por qué seguir soportando a ese entrometido. Trasladaré al geg de vuelta a Drevlin y, cuando lo haya hecho, habré cumplido los objetivos de mi amo, salvo llevarle a alguien de este mundo para que lo instruya como discípulo. Había pensado en Hugh pero, a lo que parece, ya puedo descartarlo.

»Sin embargo, mi amo y señor tendrá que sentirse satisfecho. Este mundo está tambaleándose al borde del desastre. Si todo sale bien, podré darle el empujón definitivo. Y creo que podré asegurarle que ya no queda aquí ningún sartán...»

—Alfred —dijo Bane—, sé que eres un sartán.

Haplo se detuvo en seco.

Debía de ser una confusión. No habría escuchado bien. Como tenía aquella palabra en la cabeza, le parecía haberla oído cuando, en realidad, el muchacho había

dicho otra cosa. Conteniendo el aliento y casi deseando con impaciencia poder calmar los latidos de su corazón para escuchar con más claridad, Haplo prestó atención.

Alfred notó que el mundo se abría bajo sus pies. Las paredes se agrandaron, el techo pareció caerle encima y, durante unos benditos y terribles instantes, pensó que iba a desmayarse. Pero esta vez su cerebro se negó a dejar de funcionar. Esta vez tendría que afrontar el peligro lo mejor que pudiera. Sabía que debía decir algo, rechazar la afirmación del muchacho, por supuesto, pero la verdad era que no sabía si sería capaz de hablar. Tenía paralizados los músculos faciales.

—Vamos, Alfred —insistió Bane mientras lo contemplaba con pagada suficiencia —, no tiene objeto que lo niegues. Sé que es verdad. ¿Quieres saber por qué lo sé?

El chiquillo estaba disfrutando inmensamente con la situación. Y Alfred advirtió que allí estaba el perro, con la cabeza levantada y los ojos fijos en él, como si hubiera entendido cada palabra y también aguardara su reacción. ¡El perro! ¡Por supuesto que entendía cada palabra! Y también su amo...

—¿Recuerdas el día en que me cayó encima el árbol? —Dijo Bane—. Yo estaba muerto. Y sé que estaba muerto porque me noté flotando y miré atrás y vi mi cuerpo tendido en el suelo, atravesado por las puntas de cristal. Pero, de pronto, fue como si una gran boca se abriera y me absorbiera hacia atrás. Entonces desperté y ya no tenía ninguna herida. Y, cuando me miré, vi que tenía esto en el pecho. —Bane mostró el papel que había cogido del escritorio de su padre—. Le he preguntado a mi padre qué era y me ha dicho que se trataba de un signo mágico, una runa curativa.

«Niégalo», se dijo Alfred. «Tómate sus palabras a la ligera. ¡Qué imaginación tienes, Alteza! ¡Todo eso lo soñaste, por supuesto! Seguro que fue cosa del golpe que recibiste en la cabeza.»

—Y luego está lo de Hugh —continuó Bane—. Sé que le administré suficiente veneno como para acabar con él. Cuando cayó al suelo hecho un guiñapo, estaba muerto. Igual que yo. ¡Y tú lo devolviste a la vida!

«Vamos, vamos, Alteza. Si yo fuera un sartán, ¿por qué tendría que ganarme la vida como criado? No; si lo fuera, viviría en un espléndido palacio y vosotros, mensch, correríais a presentaros ante mí y os postraríais a mis pies y me suplicaríais que os concediera esto y lo otro, que os ayudara a derrotar a vuestros enemigos, y me ofreceríais todo lo que quisiera, excepto la paz.»

—Y ahora que sé que eres un sartán, tienes que ayudarme. Lo primero que vamos a hacer es matar a mi padre. —Bane llevó la mano bajo la túnica y sacó un puñal que Alfred reconoció como perteneciente a Hugh—. Mira, he encontrado esto en el escritorio de mi padre. Sinistrad quiere bajar al Reino Inferior y mandar a los gegs a la guerra y reparar la Tumpa-chumpa para alinear todas las islas y controlar así el suministro de agua. ¡Él se quedará con toda la riqueza y todo el poder, y eso no es justo, porque la idea es mía! ¡He sido yo quien ha descubierto cómo funciona la

máquina! Y, por supuesto, tú también puedes ayudarme en esto, Alfred; dado que fue tu gente quien la construyó, estoy seguro de que conocerás a fondo su funcionamiento.

El perro miraba a Alfred con su expresión excesivamente inteligente. Lo miraba directamente a los ojos. Era demasiado tarde para negarlo: había dejado escapar la oportunidad. Nunca había sido rápido de pensamientos y de reacciones. Por eso su cerebro había adquirido la costumbre de cerrarse cuando se encontraba ante un peligro. Era incapaz de afrontar la batalla constante que rugía en su interior, de dominar el impulso instintivo de utilizar sus poderes prodigiosos para protegerse a sí mismo y a otros, frente a la terrible certeza de que, si lo hacía, quedaría desenmascarado como el semidiós que era..., y que no era.

—No puedo ayudarte Alteza. No puedo arrebatar una vida.

—Vas a tener que hacerlo, Alfred. No tienes alternativa. Si no lo haces, le diré a mi padre quién eres y, cuando mi padre lo sepa, también él tratará de utilizarte.

—Y yo, Alteza, me negaré.

—¡No podrás! Si no lo obedeces, querrá matarte. ¡Entonces tendrás que luchar con él, y lo derrotarás porque eres más fuerte!

—No, Alteza. Perderé. Moriré.

Bane reaccionó con sorpresa, perplejo. Era evidente que no se le había pasado por la *cabeza* tal posibilidad.

—¡Cómo! ¡Eres un sartán!

—No somos inmortales... Algo que ya lo olvidamos una vez, creo.

Había sido la desesperanza lo que los había matado. La misma desesperanza que ahora sentía Alfred. Una enorme y abrumadora tristeza. Habían osado pensar y actuar como dioses y habían dejado de escuchar a los verdaderos dioses. Las cosas habían empezado a torcerse, desde el punto de vista de los sartán, y éstos habían tomado la responsabilidad de decidir qué era mejor para el mundo y actuar en consecuencia. Pero, entonces, otras cosas empezaron a andar mal y ellos tuvieron que dedicarse a arreglarlas. Y cada vez que arreglaban algo, el apaño hacía que se estropeara otra cosa. Pronto, la tarea se hizo demasiado grande y los sartán eran demasiado pocos. Y, al cabo, se dieron cuenta de que habían manipulado indebidamente lo que deberían haber dejado intacto. Pero, para entonces, ya era demasiado tarde.

—Moriré —repitió Alfred.

El perro se incorporó, se acercó hasta él y apoyó la cabeza en su rodilla. Con un gesto lento, titubeante, Alfred alargó la mano y tocó al animal, notó su calor y la solidez de sus bien formados huesos de la cabeza bajo el pelaje sedoso.

«¿Qué está haciendo tu amo en este momento?», le preguntó en silencio. « ¿Qué estará pensando Haplo, al saber que aún tiene al alcance a uno de sus ancestrales enemigos? No puedo ponerme a darle vueltas. Todo depende, supongo, de lo que

Haplo haya venido a hacer a este mundo.»

Para frustración y cólera de Bane, Alfred sonrió. El chambelán se preguntaba qué haría Sinistrad si supiera que tenía, no sólo uno, sino *dos* semidioses bajo su techo.

—Tal vez tú estés dispuesto a morir, Alfred —murmuró Bane con inesperada y socarrona astucia—, pero ¿qué me dices de nuestros amigos, el geg y Hugh y Haplo?

Al oír el nombre de su dueño, el perro meneó lentamente de un lado a otro el rabo despeinado.

Bane dio unos pasos hasta colocarse al lado del chambelán y sus manitas se apoyaron con fuerza en el hombro de su sirviente.

—Cuando le diga a mi padre quién eres y cuando le demuestre cómo sé lo que eres, él se dará cuenta, igual que yo ahora, de que ya no necesitaremos a ninguno de los demás. No necesitaremos a los elfos ni su nave, porque nuestra magia puede llevarnos donde queramos. No necesitaremos a Limbeck porque tú podrás hablar con los gegs y convencerlos de que vayan a la guerra. Tampoco necesitaremos a Haplo; en realidad, nunca lo hemos necesitado. Yo me haré cargo del perro. Y no necesitaremos siquiera a Hugh. Mi padre no te matará, Alfred. ¡Te controlará con la amenaza de matarlos! Así, pues, no puedes morir.

«Lo que dice es cierto», pensó Alfred. «Y Sinistrad lo entenderá así, sin duda. Los he convertido a todos en rehenes. Pero, ¿qué puedo hacer para salvarlos, sino matar?»

—Y lo auténticamente magnífico —añadió Bane con una risilla— es que, en último término, ¡ni siquiera necesitaremos a mi padre!

«Es la vieja maldición de los sartán que vuelve a mí, finalmente. Si hubiera dejado morir al muchacho como, tal vez, era su destino, nada de esto habría sucedido. Pero tuve que entrometerme. Tuve que jugar a dios. Pensé que había bondad en el chiquillo, que cambiaría..., ¡Pensé que *yo* podría salvarlo! ¡Yo, yo, yo! Eso es lo único en que pensamos los sartán, en nosotros mismos. Quisimos moldear el mundo a *nuestra* imagen. Aunque tal vez no era eso lo que pretendíamos.»

Alfred se puso en pie muy despacio, apartando con suavidad al perro. Dio unos pasos hasta el centro de la estancia, alzó los brazos al aire y empezó a moverse en una danza solemne y extrañamente garbosa para su habitual torpeza.

—Alfred, ¿qué diablos estás haciendo?

—Me voy, Alteza —respondió el sartán.

El aire a su alrededor empezó a brillar tenuemente mientras proseguía su baile. Estaba trazando las runas en el aire con las manos y escribiéndolas en el suelo con los pies. Bane abrió la boca.

—¡No puedes! —exclamó. Corrió hacia él e intentó agarrarlo, pero el muro mágico que Alfred había construido a su alrededor era ya demasiado poderoso. Cuando Bane lo tocó, se produjo un chisporroteo y el muchacho, con un gemido, retiró la mano con los dedos chamuscados y doloridos—. ¡No puedes dejarme!

¡Nadie puede abandonarme si yo no quiero que lo haga!

—Tu hechizo no me afecta, Bane —repuso Alfred casi con tristeza, mientras su cuerpo empezaba a disolverse—. Nunca lo ha hecho.

Una gran silueta peluda saltó de detrás de Bane. El perro atravesó la pantalla titilante y aterrizó con agilidad al lado de Alfred. Con los dientes abiertos, el perro saltó e hizo presa en el tobillo, sujetándolo con fuerza.

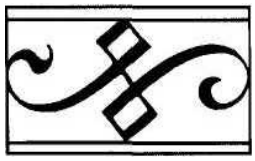
Una expresión de sorpresa apareció en el rostro ya fantasmal de Alfred. Con gestos frenéticos, intentó desasirse a patadas de las fauces del perro.

El perro sonrió, como si considerara aquello un gran juego. Sujetó con más fuerza y empezó a tirar del tobillo con unos gruñidos festivos. Alfred tiró con más fuerza. Su cuerpo había dejado de desvanecerse y empezaba a recuperar la solidez progresivamente. Dando vueltas y vueltas en círculo, el chambelán rogó y suplicó, amenazó y reprendió al perro para que lo soltara. El animal lo siguió, girando también; sus patas resbalaban sobre el suelo de losas, sin asideros para las uñas, pero sus mandíbulas continuaron cerradas con firmeza en torno a la pierna de Alfred.

La puerta de la estancia se abrió de par en par. El perro miró en dirección a ella y meneó con furia la cola, pero no soltó a Alfred.

—Así que te vas y nos dejas atrás, ¿eh, sartán? —Dijo la voz de Haplo—. Como en los viejos tiempos, ¿no?

CAPÍTULO 55



CASTILLO SINIESTRO,
REINO SUPERIOR

En otra habitación, pasadizo adelante, Limbeck llevó por fin la pluma al papel.

«Pueblo mío...», empezó a escribir.

Haplo había imaginado muchas veces el encuentro con un sartán, con alguien que había encerrado para siempre a su pueblo en aquel laberinto infernal. Se había imaginado furioso, pero ahora ni siquiera él podía creer la rabia que sentía. Miró a aquel hombre, a aquel Alfred, a aquel sartán, y vio al caodín atacándolo, vio el cuerpo del perro tendido en el suelo, roto y sangrante. Sintió que se ahogaba. Las venas, rojas contra un intenso amarillo, nublaron su visión y tuvo que cerrar los ojos y concentrarse para recobrar el aliento.

—¡Nos abandonas otra vez! —Buscó aire con un jadeo—. ¡Igual que nuestros carceleros nos abandonaron para que muriésemos en esa prisión!

Haplo masculló las últimas palabras entre dientes. Alzando las manos vendadas como si fueran espolones al ataque, se aproximó a Alfred y observó fijamente el rostro del sartán, que parecía rodeado por un halo de llamas. Si aquel sartán sonreía, si sus labios hacían la menor mueca, Haplo lo mataría. Su amo, su objetivo, sus instrucciones..., todo desapareció tras el violento latir de las oleadas de rabia en su mente.

Pero Alfred no sonrió. No palideció de miedo ni retrocedió; ni siquiera se movió para defenderse. Las arrugas de su rostro envejecido, consumido por las preocupaciones, se hicieron más profundas. Sus ojos mansos estaban apagados y enrojecidos, trémulos de pena.

—El carcelero no os abandonó —repuso—. El carcelero murió.

Haplo notó la cabeza del perro contra su rodilla y, alargando la mano, cogió su suave pelaje y lo agarró con fuerza. El perro alzó la vista con ojos preocupados y se apretó más contra su amo, gimoteando. El patryn fue recuperando la respiración, su visión se aclaró y la claridad volvió también a su mente.

—Ya estoy bien —dijo Haplo, exhalando un tembloroso suspiro—. Ya estoy bien.

—¿Significa eso que Alfred no se va? —preguntó Bane.

—No, no se va. Por lo menos, no ahora. No se irá hasta que yo esté preparado.

Dueño de sí mismo otra vez, el patryn se encaró con el sartán. La expresión de Haplo era ahora tranquila, con una leve sonrisa. Frotándose las manos con gestos lentos, desplazó ligeramente las vendas que cubrían su piel.

—¿Que el carcelero murió? ¡No lo creo!

Alfred titubeó y se humedeció los labios.

—¿Tu pueblo ha estado..., atrapado en ese lugar todo este tiempo?

—Sí. Pero eso ya lo sabías, ¿verdad? ¡Ésa fue vuestra intención!

Limbeck, sin oír nada de lo que estaba sucediendo a dos puertas de su habitación, continuó escribiendo:

«Pueblo mío, he estado en los reinos superiores. He visitado los reinos que nuestras leyendas nos dicen que son el cielo. Y lo son. Y no lo son. Son bellos y son ricos, más de lo que es posible imaginar. El sol los ilumina todo el día. El Firmamento reluce en su cielo. La lluvia cae mansa, no con violencia. Las sombras de los Señores de la Noche los invitan al sueño. Viven en casas, no en piezas de desecho de una máquina o en un edificio que la Tumpa-chumpa decide que no necesita de momento. Tienen naves aladas que vuelan por el aire. Tienen bestias aladas amaestradas que los conducen donde quieren. Y todo eso lo tienen gracias a nosotros.

»Nos han mentido. Nos dijeron que eran dioses y que debíamos trabajar para ellos. Nos prometieron que, si trabajábamos bien, nos juzgarían dignos y nos llevarían a vivir al paraíso. Pero nunca han tenido intención de cumplir esa promesa.»

—¡No! ¡Nunca tuvimos tal intención! —Respondió Alfred—. Tienes que creerme. Y tienes que creer que yo..., que nosotros no sabíamos que aún estabais ahí. Se suponía que sólo ibais a estar un tiempo corto, unos ciclos, varias generaciones...

—¡Un millar de ciclos! ¡Cien generaciones..., los que sobrevivieron! ¿Y dónde estabais vosotros? ¿Qué sucedió?

—Nosotros..., teníamos nuestros propios problemas. —Alfred bajó los ojos e inclinó la cabeza.

—Tienes toda mi comprensión.

Alfred alzó rápidamente los ojos, vio la mueca en los labios del patryn y, con su suspiro, los apartó de nuevo.

—Vas a venir conmigo —dijo Haplo—. ¡Te llevaré a que veas por ti mismo el infierno que crearon los tuyos! Y mi señor te interrogará. Como a mí, le costará creer que «el carcelero murió».

—¿Tu señor?

—Un gran hombre, el más poderoso de nuestra estirpe que ha vivido jamás. Mi amo tiene planes, muchos planes, de los que no dudo que te hará partícipe.

—Y ésta es la razón de que estés aquí... —murmuró Alfred—. ¿Sus planes? No. No iré contigo. No te acompañaré voluntariamente. —El sartán movió la cabeza acompañando sus palabras. En el fondo de sus ojos mansos brilló una chispa.

—Entonces, usaré la fuerza. ¡Me encantará hacerlo!

—No lo dudo. Pero si pretendes ocultar tu presencia en este mundo —su mirada se clavó en las manos vendadas del patryn—, sabes que un combate entre nosotros,

un duelo de tal magnitud y ferocidad mágica, no podría pasar inadvertido y sería desastroso para ti. Los hechiceros de este mundo son poderosos e inteligentes. Existen leyendas sobre la Puerta de la Muerte. Muchos, como Sinistrad o incluso este niño —Alfred acarició los rubios cabellos de Bane—, encontrarían la explicación de lo sucedido y se pondrían a buscar con ansia la entrada de lo que se supone un mundo maravilloso. ¿Está dispuesto a ello tu amo?

—¿Amo? ¿Qué amo? ¡Mírame, Alfred! —estalló Bane, harto—. ¡Nadie se irá a ninguna parte mientras viva mi padre!

Ninguno de los dos hombres respondió, ni lo miró siquiera. El muchacho les dirigió una mirada de odio. Como de costumbre, los adultos, absortos en sus propias preocupaciones, habían olvidado las suyas.

«Por fin, nuestros ojos se han abierto. Por fin vemos la verdad.» A Limbeck le molestaban las gafas y se las colocó en lo alto de la cabeza. « Y la verdad es que ya no los necesitamos...»

—¡No os necesito! —Exclamó Bane—. De todos modos no ibais a colaborar. Lo haré yo mismo.

Se llevó la mano bajo la túnica, sacó el puñal de Hugh y lo contempló con admiración, pasando el dedo con cuidado por el filo de la hoja tallada de runas.

—Vamos —dijo al perro, que seguía quieto al lado de Haplo—. Tú ven conmigo.

El perro miró al chiquillo y meneó la cola, pero no se movió.

—¡Vamos! —Insistió Bane—. ¡Sé buen chico!

El perro ladeó la cabeza y se volvió a Haplo, gimiendo y levantando la pata. El patryn, concentrado en su enemigo, apartó al animal de un empujón. Con un gañido y una última mirada suplicante a su amo, el perro acudió al lado de Bane con la cabeza gacha y las orejas caídas.

El muchacho guardó el puñal al cinto y dio unas palmaditas en la cabeza al perro.

—Buen chico. Vámonos.

«Por eso, en resumen...» Limbeck hizo una pausa. Le temblaba la mano y una niebla le cubría los ojos. Una gota de tinta cayó sobre el papel. Colocándose de nuevo las gafas, las sujetó en la nariz y permaneció sentado e inmóvil, contemplando la línea en blanco donde escribiría las palabras finales.

—¿De veras te puedes permitir un enfrentamiento conmigo? —insistió Alfred.

—No creo que vayas a luchar —respondió Haplo—. Creo que estás demasiado débil, demasiado cansado. Ese niño que tanto mimas es más...

Alfred cayó en la cuenta de Bane y miró a su alrededor.

—¿Dónde está?

—Se ha ido a alguna parte —Haplo hizo un gesto de impaciencia—. No intentes...

—¡No intento nada! Ya has oído lo que me pedía, y tiene un puñal. ¡Va a matar a

su padre! ¡Tengo que impedir...!

—No. —Haplo sujetó al sartán por el brazo—. Deja que los mensch se maten entre ellos. No importa.

—¿No te importa en absoluto? —Alfred lanzó una mirada extraña, inquisitiva, al patryn.

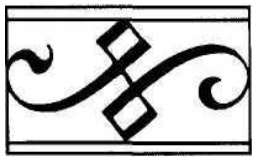
—No, claro que no. El único que me interesa es el líder de la revuelta geg, y Limbeck está a salvo en su habitación.

—¿Y dónde tienes al perro? —preguntó Alfred.

«Pueblo mío...» La pluma de Limbeck trazó lenta y meticulosamente cada palabra, «...vamos a la guerra.»

Ya estaba. Había terminado. Se quitó las gafas y las arrojó sobre la mesa. Luego, hundió la cabez entre las manos y se echó a llorar.

CAPÍTULO 56



CASTILLO SINIESTRO,
REINO SUPERIOR

Sinistrad y Hugh estaban sentados en el estudio del misteriarca. Era casi mediodía y la luz del sol entraba por una ventana acristalada. Entre la niebla del exterior, como si flotaran sobre ella, se alzaban las torres resplandecientes de la ciudad de Nueva Esperanza; de una ciudad que, por lo que le había contado Iridal, bien podría haberse llamado Ninguna Esperanza. Hugh se preguntó si los edificios habrían sido puestos allí para que él los viera. Al pie de los muros del castillo, enroscado en torno a él y calentándose al sol, distinguió al dragón de azogue.

—Veamos, ¿qué será lo mejor? —Sinistrad dio unos golpecitos en el escritorio con sus dedos largos y finos—. Trasladaremos al muchacho a Djern Volkain en la nave elfa..., asegurándonos, por supuesto, de que la nave sea vista por los humanos. Así, cuando descubran a Stephen y Ana asesinados, acusarán del atentado a los elfos. Bane puede contar una historia fantástica: que fue capturado y logró escapar, y que los elfos lo siguieron y dieron muerte a sus padres cuando éstos trataban de rescatarlo. Supongo que podrás hacer que las muertes parezcan cometidas por los elfos, ¿verdad?

El aire en torno a Hugh se agitó, una brisa fría lo envolvió y unos dedos helados parecieron rozarle el hombro, Iridal estaba obrando su magia contra su esposo. La mujer estaba allí, atenta a la conversación.

—Desde luego. Será facilísimo. ¿Y el muchacho? ¿Querrá colaborar? —preguntó Hugh, tenso pero haciendo lo posible para parecer relajado. Ahora que Iridal se veía enfrentada con la ineludible verdad, ¿cuál sería su reacción?—. Tu hijo no parece nada entusiasmado.

—Colaborará. Sólo tengo que hacerle comprender que todo esto va en beneficio suyo. Cuando sepa el provecho que puede obtener de esta acción, estará impaciente por iniciarla. El muchacho es ambicioso y así debe ser pues, al fin y al cabo, es hijo mío.

Invisible a cualquier ojo, Iridal permaneció detrás de Hugh, observando la escena y escuchando. No sintió nada al escuchar a Sinistrad tramando un asesinato; tenía la mente y los sentidos entumecidos, insensibles. « ¿Por qué me he molestado en venir?», se preguntó. «No hay nada que yo pueda hacer. Es demasiado tarde para él y para mí. Pero no es demasiado tarde para Bane. ¿Cómo decía el antiguo lema? "Un niño los conducirá." Si, para él aún hay esperanzas. Bane todavía es inocente, no está

corrupto. Acaso algún día nos salvará.»

—¡Ah!, estás aquí, padre.

Bane penetró en el estudio haciendo caso omiso de la mirada ceñuda de Sinistrad. El chiquillo traía los colores muy subidos y parecía irradiar una luz interior. Sus ojos brillaban con una energía febril. Tras el muchacho, haciendo resonar sus uñas sobre las losas del suelo, el perro parecía triste y preocupado. Sus ojos se volvieron a Hugh con aire suplicante; después, su mirada se desvió hacia un punto a la espalda del asesino, contemplando a Iridal con tal atención que la mujer sintió una oleada de pánico y se preguntó si el hechizo de invisibilidad habría dejado de actuar.

Hugh se movió con inquietud en su asiento. Bane estaba tramando algo. Probablemente, nada bueno, a juzgar por la expresión beatífica de su rostro.

—Estoy ocupado, Bane. Déjanos —dijo Sinistrad.

—No, padre. Sé de qué estáis hablando. Quieres enviarme de vuelta a las Volkaran, ¿verdad? ¡No lo hagas, padre! —De pronto, la voz del pequeño se había hecho dulce y suave—. No me hagas volver a ese lugar. Allí no le gusto a nadie y me siento solo. Quiero estar contigo. Puedes enseñarme la magia, igual que me enseñaste a volar. Te mostraré todo lo que sé de la gran máquina y te presentaré al survisor jefe...

—¡Deja de gimotear! —Sinistrad se puso en pie. Sus finas ropas susurraron en torno a su cuerpo cuando salió de detrás del escritorio para plantarse frente a su hijo —. Tú quieres agradarme, ¿verdad, Bane?

—Sí, padre... —titubeó el muchacho—. Eso es lo que anhelo, por encima de todo. ¡Por eso deseo quedarme contigo! ¿Y tú? ¿No me quieres a tu lado? ¿No fue para eso para lo que me trajiste hasta ti?

—¡Bah! Cuánta tontería. Te he traído conmigo para poder poner en marcha la segunda fase de nuestro plan. Desde tu llegada, algunas cosas han cambiado, pero sólo para mejor. En cuanto a ti, mientras yo sea tu padre irás donde te diga y harás lo que te ordene. Ahora, déjanos. Te mandaré llamar más tarde.

Sinistrad volvió la espalda al niño. Bane, con una extraña sonrisa en los labios, se llevó una mano al interior de la túnica. Cuando la sacó, empuñaba el puñal de Hugh.

—¡Entonces, creo que no serás mi padre por mucho tiempo!

—¿Cómo te atreves...? —Sinistrad giró en redondo, vio la daga en la mano del chiquillo y soltó un jadeo de sorpresa. Pálido de furia, el misteriarca levantó la mano derecha disponiéndose a efectuar el hechizo que disolvería el cuerpo del muchacho en un instante—. ¡Puedo hacer más hijos!

El perro dio un salto, golpeó a Bane en mitad de la espalda y lo derribó al suelo. El puñal voló de la mano del chiquillo.

Algo invisible sacudió a Sinistrad, y unas manos fantasmales asieron las del misteriarca. Furioso, éste se revolvió contra su esposa, cuyo hechizo se desmoronó

durante el forcejeo dejándola a la vista de su marido.

Hugh se puso en pie, se apoderó del puñal caído en el suelo y esperó su oportunidad. Estaba dispuesto a liberar a la mujer y a salvar a su hijo.

El cuerpo del hechicero crepitó con un chisporroteo azulado e Iridal salió repelida por una atronadora onda de choque que la lanzó, aturdida, contra la pared. Sinistrad se volvió hacia su hijo y encontró al perro encima del aterrado chiquillo.

Con los dientes descubiertos y listo para la pelea, el animal emitió un ronco gruñido.

Hugh lanzó una estocada y hundió el puñal en el cuerpo del hechicero. Sinistrad lanzó un grito de furia y dolor. El asesino sacó la daga. El cuerpo el misteriarca brilló tenuamente y se difuminó, y Hugh pensó que había dado muerte a su enemigo pero, de pronto, Sinistrad volvió, sólo que esta vez su cuerpo era el de una serpiente enorme.

Como un dardo, la cabeza del reptil buscó a Hugh. El asesino hundió de nuevo el puñal en el cuerpo, pero era demasiado tarde. La serpiente clavó sus colmillos en la nuca de Hugh. *La Mano* lanzó un grito agónico mientras el veneno se extendía por su cuerpo. Consiguió seguir empuñando con fuerza el arma y la serpiente, en sus agitados esfuerzos, no hizo sino agrandar la herida. Atacando con saña en sus estertores de muerte, enroscó la cola en torno a las piernas de Hugh y ambos rodaron por el suelo.

La serpiente desapareció. Sinistrad yacía muerto, con las piernas enroscadas alrededor de los pies de Hugh.

La Mano contempló el cadáver e hizo un débil esfuerzo por incorporarse. No sentía el menor dolor, pero había perdido las fuerzas y cayó de nuevo.

—Hugh.

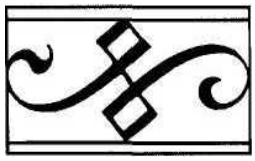
A duras penas logró volver la cabeza. La celda estaba negra como la brea. No podía ver nada.

—¡Hugh! Tenías razón. Lo mío era pecar por omisión. Y ahora es demasiado tarde..., ¡demasiado tarde!

Se estaba abriendo una grieta en los muros. Un fino rayo de luz brillaba, cegador. Hugh aspiró el olor a aire puro, perfumado con el aroma del espliego. Pasando las manos entre los barrotes de su celda interior, Hugh las alargó hacia ella. Iridal, extendiendo las suyas cuanto podía desde detrás de los muros de su propia prisión, logró rozar las yemas de sus dedos.

Y entonces se presentó el monje negro y liberó por fin a Hugh.

CAPÍTULO 57



CASTILLO SINIESTRO,
REINO SUPERIOR

Un sonido grave, atronador, hizo que las piedras del castillo se estremecieran hasta los cimientos. El sonido creció en intensidad como un trueno lejano que avanzara hacia ellos haciendo temblar el suelo. El castillo vibró como si lo agitara una fuerza telúrica. Un aullido triunfal hendió los aires.

—¿Qué diab...? —Haplo miró a su alrededor.

—¡El dragón se ha soltado! —Murmuró Alfred, abriendo los ojos con sorpresa y temor—. ¡Algo le ha sucedido a Sinistrad!

—La bestia matará a todo ser viviente del castillo. Yo ya me he enfrentado a dragones otras veces, pues son numerosos en el Laberinto. ¿Y tú?

—No, nunca. —Alfred miró al patryn y advirtió su acre sonrisa—. Seremos necesarios los dos para luchar contra esa bestia, y emplear todos nuestros poderes.

—No —replicó Haplo, encogiéndose de hombros—. Tenías razón. No me atrevo a poner al descubierto mi identidad. No se me permite luchar, ni siquiera para salvar mi propia vida. Así pues, supongo que todo depende de ti, sartán.

El suelo tembló. En el pasadizo se abrió una puerta y Limbeck asomó la cabeza.

—Esto se parece más a mi patria —comentó con alegres gritos por encima del estruendo. Avanzando con facilidad por el suelo en movimiento, traía en la mano un puñado de papeles que agitaba con excitación—. ¿Queréis escuchar mi discur...?

Los muros exteriores se derrumbaron. Alfred y Limbeck perdieron el equilibrio mientras Haplo chocaba con una puerta que cedió bajo su peso con un crujido. Un centelleante ojo encarnado del tamaño del sol miró entre los restos de la muralla a las víctimas atrapadas en el interior. El trueno se convirtió en un rugido. El dragón irguió la cabeza y abrió las fauces, descubriendo sus blancos colmillos.

Haplo se incorporó tambaleándose. Limbeck yacía de espaldas, con las gafas destrozadas junto a él. Mientras las buscaba a tientas, el geg volvió la vista, impotente, hacia la borrosa silueta plateada de ojos llameantes que era el dragón. Cerca de Limbeck estaba el cuerpo inconsciente de Alfred.

Un nuevo rugido sacudió el edificio. Una lengua de plata centelleó como un rayo. Si el dragón acababa con ellos, Haplo no sólo perdería la vida, sino también el objetivo de su viaje hasta allí. Perdería a un Limbeck que debía conducir la revolución entre los gegs. A un Limbeck que debía iniciar la guerra que había de provocar el caos en aquel mundo.

Haplo se arrancó las vendas de las manos. Plantado entre el geg y el sartán, cruzó los brazos y levantó por encima de la cabeza los puños tatuados con los signos mágicos. Por un instante, se preguntó dónde estaría el perro. No oía nada procedente del animal pero, por otra parte, los rugidos del dragón le impedían oír cualquier otra cosa.

La bestia se abalanzó sobre él con la boca abierta para capturar a su presa.

Haplo no mentía: había combatido en otras ocasiones contra dragones..., dragones del Laberinto, al lado de cuyos poderes mágicos aquel dragón de azogue era un gusano. Lo más difícil era mantenerse firme, dispuesto a recibir el golpe, cuando todos los instintos de su cuerpo le gritaban que echara a correr.

En el último instante, la cabeza plateada se desvió a un lado y sus mandíbulas se cerraron en el aire. El dragón se retiró y contempló al patryn con suspicacia.

Los dragones son seres inteligentes y, cuando salen de un encantamiento, reaccionan con furia y desconcierto. Su primer impulso es revolverse contra el mago que los ha hechizado pero, incluso enfurecidos, no atacan a la ligera. Aquella bestia había experimentado fuerzas mágicas de muchos tipos en su vida, pero ninguna como la que tenía ante sí en aquel momento. Aun sin verlo, notaba el poder que envolvía a aquel hombre como un poderoso escudo de metal.

No había acero que se resistiese a la bestia. Incluso habría sido capaz de hacer pedazos aquella magia, si se hubiera tomado el tiempo necesario para enfrentarse a ella y desenmarañarla, pero ¿para qué molestarse?, había otras posibles víctimas. Podía oler la sangre caliente. El dragón dirigió una última mirada, curiosa y malévola, a Haplo y desapareció de su vista.

—Pero regresará, sobre todo si prueba el sabor de la carne fresca —murmuró Haplo mientras bajaba las manos—. ¿Qué puedo hacer, pues? Sólo coger a mi amiguito y sacarlo de aquí. Mi trabajo en este reino ya está terminado..., o casi.

Por fin, escuchó algo, y lo que captó fue lo que estaba oyendo el perro. Frunció el entrecejo y se frotó la piel de las manos con gesto ausente. A juzgar por el estruendo, el dragón estaba derribando otra parte del castillo. Iridal y el muchacho aún estaban vivos, pero no por mucho tiempo.

Haplo volvió la vista al sartán inconsciente.

—Podría mantenerte en un sopor que durara todo el tiempo necesario para trasladarte ante mi amo, pero tengo una idea mejor. Ahora sabes dónde voy. Ya encontrarás el modo de encontrarlo y vendrás a mí por tu propia voluntad. Al fin y al cabo, tenemos el mismo objetivo: los dos queremos averiguar qué le sucedió a tu pueblo. Así pues, viejo enemigo, te dejaré aquí para que me cubras la retirada.

Hincó la rodilla al lado de Alfred, lo agarró por la ropa y le dio una enérgica sacudida.

—Despierta de una vez, escoria pusilánime.

Alfred parpadeó y se incorporó hasta quedar sentado, con aire confundido.

—Me he desmayado, ¿verdad? Lo siento. Es un acto reflejo. No puedo controlarlo...

—No quiero oír una palabra más sobre eso —lo interrumpió Haplo—. He ahuyentado al dragón de momento, pero la bestia sólo ha ido a buscar otra comida que no se le resista.

—¡Tú..., me has salvado la vida! —Alfred miró al patryn.

—La tuya, no. La de Limbeck. Tú sólo estabas en medio.

Un agudo grito infantil de terror surgió en el aire. El aullido del dragón resquebrajó las sólidas piedras.

Haplo señaló en dirección al dragón.

—El chico y su madre aún están vivos. Será mejor que te apresures.

Alfred tragó saliva con esfuerzo y el sudor perló su frente. Se puso en pie y, con mano temblorosa, trazó un signo mágico sobre su pecho. Su cuerpo empezó a desvanecerse.

—¡Adiós, sartán! —Exclamó Haplo—. ¡De momento! —Se volvió a Limbeck y le preguntó—: ¿Te encuentras bien? ¿Puedes andar?

—¡Mis..., mis gafas! —El geg alzó del suelo una montura torcida y pasó los dedos por sus aros vacíos.

—No te preocupes —dijo el patryn, ayudándolo a ponerse en pie—. Me parece que, de todos modos, no querrás ver adonde vamos.

Haplo hizo una breve pausa para repasarlo todo mentalmente.

Fomentar el caos en el reino.

Su mano cubierta de runas se cerró con fuerza sobre la de Limbeck. «Eso ya lo he cumplido, mi amo. Ahora transportaré al enano a Drevlin. Allí será el líder de la revuelta de su pueblo, el que lance a este mundo a la guerra.»

Tráeme de ese mundo a alguien que me sirva como discípulo. Alguien que después regrese para enseñar la palabra, mi palabra, al pueblo. Alguien que conduzca a la gente como ovejas a mi redil. Debe ser alguien inteligente, ambicioso... y dócil.

Haplo, con su calmada sonrisa, llamó al perro con un silbido.

Iridal había domado dragones en su infancia, pero sólo a unas bestias dóciles que casi habrían obedecido sus órdenes sin necesidad de hechizos. El dragón que tenía ante sí en aquel momento siempre le había producido terror, y la mujer deseó poder refugiarse en el rincón de la segura y acogedora celda donde había permanecido oculta, pero la prisión había desaparecido. Los muros habían sido derribados, la puerta estaba abierta de par en par y los barrotes habían caído de las ventanas. Un viento helado la atravesó y la luz resultó cegadora para sus ojos, largo tiempo acostumbrados a las sombras.

El pecado de la inacción. Y ahora era demasiado tarde para ella y para el muchacho. La muerte era su única liberación.

Los rugidos del dragón atronaron sobre ella, pero Iridal observó impasible cómo el techo se partía en dos. Polvo y rocas cayeron en torno a ella como una cascada. Un feroz ojo llameante miró a los dos humanos; una lengua centelleante se relamió de gula. La mujer continuó sin moverse.

Demasiado tarde. Demasiado tarde.

Acurrucado detrás de su madre, con el brazo cerrado con fuerza en torno al cuello del perro, Bane miró la escena con los ojos desorbitados. Tras un primer grito de miedo, había guardado silencio, observando lo que sucedía y esperando. El dragón aún no podía alcanzarlos. No podía pasar su enorme cabeza por el pequeño agujero que había abierto y se veía forzado a derribar nuevos bloques de piedra de los muros del castillo. Impulsada por la rabia y el ansia de la sangre que ya olfateaba, la bestia se daba prisa en abrir la brecha.

De pronto, el perro volvió la cabeza hacia la puerta de la estancia y lanzó un gañido.

Bane siguió la mirada del perro y vio a Haplo; éste, desde el umbral, le hacía gestos para que se acercara. Junto a Haplo estaba Limbeck; el geg, casi a ciegas entre el polvo y los cascotes, contemplaba tranquilamente un horror que no alcanzaba a ver.

El chiquillo miró a su madre. Iridal tenía los ojos fijos en el dragón. Bane le tiró de la falda.

—Tenemos que irnos, madre. Podemos ocultarnos en alguna parte. ¡Ellos nos ayudarán!

Iridal no volvió la cabeza. Tal vez ni siquiera lo oyó.

El perro emitió otro gimoteo y, sujetando a Bane por la túnica con los dientes, trató de tirar del muchacho hacia la puerta.

—¡Madre! —insistió con un grito.

—Vete, hijo —respondió ella—. Escóndete en alguna parte. Sí, es una buena idea.

Bane la tomó de la mano.

—Pero... ¿no vas a venir, madre?

—No me llames así. Tu no eres mi hijo. —Iridal lo miró con una calma extraña, irreal—. Cuando naciste, alguien cambió a los bebés. Vete, pequeño —era como si hablara al hijo de otra—. Corre a esconderte. No dejaré que el dragón te haga daño.

El muchacho la miró.

—¡Madre! —exclamó de nuevo, pero ella le volvió la espalda.

Bane se llevó la mano al amuleto del cuello, pero no lo encontró. Enseguida recordó que se lo había quitado.

—¡Tráelo! —gritó Haplo.

El perro hizo presa en la camisa del pequeño y tiró de él. Bane vio cómo el

dragón introducía una de sus zarpas por el agujero que había abierto en el techo y la alargaba hacia su presa. Los muros de piedra se derrumbaron y se alzó una nube de polvo que ocultó a Iridal.

La zarpa buscó a tientas la cálida carne cuyo aroma le llegaba a los ollares. Un ojo encendido se asomó al agujero, buscando a su presa. Iridal retrocedió, pero no había dónde esconderse en la cámara semidestruida y sembrada de escombros. Estaba atrapada en una pequeña zona bajo el agujero del techo; cuando el polvo se posara y la criatura volviera a ver, la atraparía.

Trató desesperadamente de concentrarse en la magia. Con los ojos cerrados para evitar aquella visión terrible, dio forma en su mente a unas riendas y se las echó al cuello al dragón.

Con un rugido, la enfurecida criatura apartó la cabeza. La réplica del dragón arrancó las riendas de la mano mental que las sostenía y estuvo cerca de perturbar definitivamente la razón de Iridal. Una zarpa se alargó hacia su brazo y le abrió una herida.

El techo se hundió, fragmentos de piedra la golpearon y la derribaron al suelo. El dragón, con un alarido de triunfo, se abalanzó sobre ella. Con un jadeo, tosiendo debido al polvo, Iridal se encogió en el suelo y apartó la vista de la muerte que se le venía encima.

Aguardó casi con impaciencia el dolor agudo y lacerante de las zarpas desgarrando su carne pero, en lugar de ello, notó una mano suave que la asía del brazo.

—No tengas miedo, hija.

Iridal levantó la cabeza, incrédula. Ante ella estaba el criado de Bane. Con los hombros hundidos, la calva cubierta de polvo de mármol y sus cabellos canos ridículamente de punta, el hombre le dirigió una sonrisa tranquilizadora y se volvió hacia el dragón.

Lentamente, solemne y garboso, Alfred se puso a bailar.

Su voz se alzó en una cantilena aguda y tenue de acompañamiento. Sus manos y pies trazaron signos invisibles, su voz les dio nombres y poder, su mente los potenció y su cuerpo les dio vigor.

De la lengua centelleante del dragón rezumaba un ácido ardiente. Desconcertada por un instante al percibir la magia del hombre y no saber de qué se trataba, la bestia retrocedió para estudiar la cuestión. Pero ya lo habían detenido una vez con aquel truco; el ansia de carne y el recuerdo de lo que ya había soportado a manos del detestado hechicero lo impulsaron a lanzarse adelante. Unas fauces abiertas descendieron por la abertura del techo e Iridal se estremeció de pavor, convencida de que el hombre quedaría despedazado.

—¡Huye! —le gritó.

Alfred alzó la cabeza y vio el peligro, pero se limitó a sonreír y asentir casi distraídamente, concentrado en su magia. La danza aumentó de ritmo y la cantilena subió un poco de volumen; nada más.

El dragón titubeó. Las mandíbulas no se cerraron, sino que siguieron abiertas encima de su víctima. La bestia ladeó ligeramente la cabeza, al compás de la voz de hombre. Y, de pronto, los ojos del dragón se abrieron como platos y empezaron a mirar a su alrededor con aire de asombro.

La danza de Alfred se hizo cada vez más lenta y su cántico se hizo inaudible. A poco se detuvo, fatigado y jadeante, y contempló con fijeza al dragón de azogue. La bestia no parecía advertir su presencia. Sus ojos, introducidos por el boquete abierto en el muro del castillo, miraban algo que sólo ellos podían ver.

Alfred se volvió hacia Iridal e hincó la rodilla a su lado.

—Ya no hará ningún daño —le aseguró—. ¿Estás herida?

—No. —Sin apartar su cautelosa mirada del dragón, Iridal asió la mano de Alfred y la apretó con fuerza—. ¿Qué le has hecho? —preguntó.

—El dragón cree que está de nuevo en su hogar, en su antigua casa; un mundo que sólo él puede recordar. En este instante ve la tierra abajo, el cielo arriba, el agua en el centro y el fuego del sol dando vida a todo ello.

—¿Cuánto tiempo durará el hechizo? ¿Eternamente?

—Nada dura para siempre. Un día, dos, un mes tal vez. En algún momento parpadeará y la ilusión se desvanecerá y sus ojos sólo verán la destrucción que ha causado. Tal vez para entonces se habrán apaciguado su cólera y su dolor. Ahora, al menos, está en paz.

Iridal contempló con respeto y temor al dragón, cuya enorme cabeza se balanceaba adelante y atrás como si escuchara un arrullo tranquilizador.

—Lo has encarcelado en su mente —murmuró.

—Exacto —asintió Alfred—. Ésa es la prisión más sólida que se ha construido jamás.

—Y yo estoy libre —añadió ella con asombro—. Y no es demasiado tarde. ¡Aún hay esperanza! ¡Bane, hijo mío! ¡Bane!

Iridal corrió a la puerta donde había visto al chiquillo por última vez. La puerta no estaba. Los muros de su prisión se habían derrumbado, pero los cascotes le impedían el paso.

—¡Madre! ¡Soy tu hijo! ¡Soy...!

Bane intentó llamarla a gritos una vez más, pero un sollozo le llenó la garganta y le quebró la voz. La mujer había desaparecido tras el polvo del derrumbamiento.

El perro, entre frenéticos ladridos, daba círculos en torno a él mordisqueándole los tobillos en un intento de alejarlo del lugar. El dragón soltó un espantoso alarido y Bane, aterrado, dio media vuelta para escapar. Camino a la puerta, estuvo a punto de

caer al suelo al tropezar con el cuerpo de Sinistrad.

—¡Padre! —musitó el muchacho, alargando una mano temblorosa—. Padre, lo siento...

Los ojos sin vida lo miraron sin ver, sin responder.

Bane retrocedió trastabillando y tropezó con Hugh, el asesino contratado para matarlo y que había muerto para salvarle la vida.

—¡Lo siento! —sollozó—. ¡Lo siento! ¡No me dejes solo! ¡Por favor! ¡No me dejéis solo!

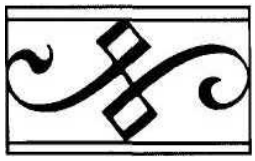
Unas manos fuertes, con unos signos mágicos tatuados en azul en el revés, asieron a Bane y lo levantaron de entre los escombros. Tras cruzar el umbral en volandas, Haplo depositó al muchacho, asustado y confuso, junto a Limbeck.

—Quedaos a mi lado los dos —ordenó el patryn.

Levantó los brazos y cruzó los puños. Unas runas flameantes empezaron a arder en el aire. Aparecían una tras otra, tocándose entre ellas pero sin superponerse en ningún momento. Los signos mágicos formaron un círculo de llamas que rodeaba por completo al trío y los cegaba con su resplandor, pero no los quemaba.

—¡Perro, aquí! —Haplo lanzó un silbido. El perro, sonriendo, saltó con agilidad el círculo de llamas y se plantó al lado de su amo—. Volvemos a casa.

EPÍLOGO



Y así, Señor del Nexo, ésa fue la última vez que vi al sartán. Sé que estás disgustado, tal vez incluso enfadado, porque no lo traje conmigo, pero yo estaba seguro de que Alfred no me permitiría nunca llevarme al muchacho y al geg. Y, como él mismo dijo, no podía arriesgarme a un enfrentamiento con él. Me pareció una espléndida ironía que fuera él quien debiera cubrirme la retirada. Alfred vendrá a nosotros por su propia voluntad, mi señor. No podrá evitarlo, ahora que sabe que la Puerta de la Muerte se puede abrir.

Sí, mi señor, tienes razón. El sartán tiene otro estímulo: la búsqueda del muchacho. Alfred sabe que me lo llevé y, antes de abandonar Drevlin, llegó la noticia de que el sartán y la madre del muchacho, Iridal, se han aliado para buscar a Bane.

En cuanto a éste, creo que te agradará, señor. Tiene muchas posibilidades. Por supuesto, está afectado por lo que sucedió finalmente en el castillo: la muerte de su padre, el terror del dragón... Todo ello lo ha hecho precavido, de modo que debes tener paciencia con él si lo encuentras callado y deprimido. Es un chiquillo inteligente y pronto aprenderá a honrarte, mi amo, como hacemos todos.

Y ahora, para terminar mi historia te diré que, al abandonar el castillo, llevé al muchacho y al geg hasta la nave elfa. Allí descubrimos que el capitán elfo y su tripulación eran prisioneros de los misteriarcas. Hice un trato con Bothar'el: a cambio de su libertad, él nos devolvería a Drevlin. Una vez en la tierra de los gegs, me cedería su nave.

Bothar'el no tenía más remedio que acceder. O aceptaba mis términos o encontraba la muerte a manos de los misteriarcas, que son poderosos y están desesperados por escapar de su reino agonizante. Por supuesto, me vi obligado a utilizar la magia para liberarnos, pues sin ella no podríamos habernos enfrentado con éxito a los hechiceros. De todos modos, conseguí obrar mis hechizos sin que los elfos me vieran, así que no saben nada de las runas. En realidad, ahora mismo me creen uno de esos misteriarcas, y no los he desengañado.

Hugh, el asesino, tenía razón al juzgar a los elfos, mi señor. Descubrirás que son gente de honor, como también lo son los humanos a su curiosa manera. Cumpliendo la palabra empeñada, Bothar'el nos condujo al Reino Inferior. El geg, Limbeck, fue recibido por su pueblo como un héroe y es ahora su nuevo survisor jefe. Su primer acto como tal fue lanzar un ataque contra una nave elfa que pretendía atracar para cargar agua. «Lo ayudaron en esta acción el capitán Bothar'el y su tripulación. Una fuerza combinada de elfos y enanos abordó la nave y, entonando esa extraña canción

de la que te he hablado, consiguió reducir a todos los elfos que iban en ella. Antes de partir, Bothar'el me dijo que se proponía llevar la nave a ese tal príncipe Reesh'ahn, el líder de la rebelión. Espera formar una alianza entre los elfos rebeldes y los enanos contra el imperio de Tribus. Se rumorea que el rey Stephen, del conglomerado de Ulyndia, se unirá a ellos.

Sea cual sea el resultado, la guerra agita el mundo de Ariano, mi señor. El camino para tu llegada está preparado. Cuando decidas entrar en el Reino del Aire, las gentes cansadas de guerra te verán como un salvador.

En cuanto a Limbeck, como yo había predicho, se ha convertido en un líder poderoso. Gracias a él, los enanos han descubierto de nuevo la dignidad, el valor y el espíritu combativo. Es un dirigente despiadado, decidido, que no le tiene miedo a nada. Su idealismo soñador se quebró junto con esas gafas suyas y ahora ve con más nitidez que nunca. Me temo que ha perdido una novia, pero esa Jarre estuvo un tiempo a solas con el sartán, de modo que quién sabe qué extrañas ideas le metería éste en la cabeza.

Como puedes imaginar, mi amo, me llevó cierto tiempo preparar la nave elfa para el viaje a la Puerta de la Muerte. Trasladé la nave y a Bane a los Peldaños de Terrel Fen, cerca de donde se estrelló mi propio vehículo, para poder trabajar sin molestias. Fue mientras realizaba las modificaciones necesarias —utilizando la ayuda de la Tumpa-chumpa—, cuando me enteré de la suerte del sartán y de la madre del muchacho, y de la búsqueda que habían emprendido. Ya habían llegado hasta Drevlin pero, por fortuna, para entonces ya estaba a punto para zarpar.

Sumí al muchacho en un profundo letargo y emprendí el viaje a través de la Puerta de la Muerte. Esta vez conocía los peligros que afrontaría y estaba preparado para ellos. La nave sólo sufrió algunos desperfectos sin importancia y puedo tenerla reparada y dispuesta a tiempo para el siguiente viaje. Es decir, mi señor, si consideras que me he ganado el derecho a ser enviado a otra misión.

Gracias, mi amo. Tus alabanzas son mi mayor recompensa. Y ahora seré yo quien te proponga un brindis. Esto es vino de bua, regalo del capitán Bothar'el. Creo que encontrarás su sabor en extremo interesante, y me pareció adecuado que bebiéramos por el éxito de nuestra siguiente misión con lo que podría llamarse la sangre de Ariano.

Por la Puerta de la Muerte, mi señor, y por nuestro siguiente destino: el Reino del Fuego.

APÉNDICE

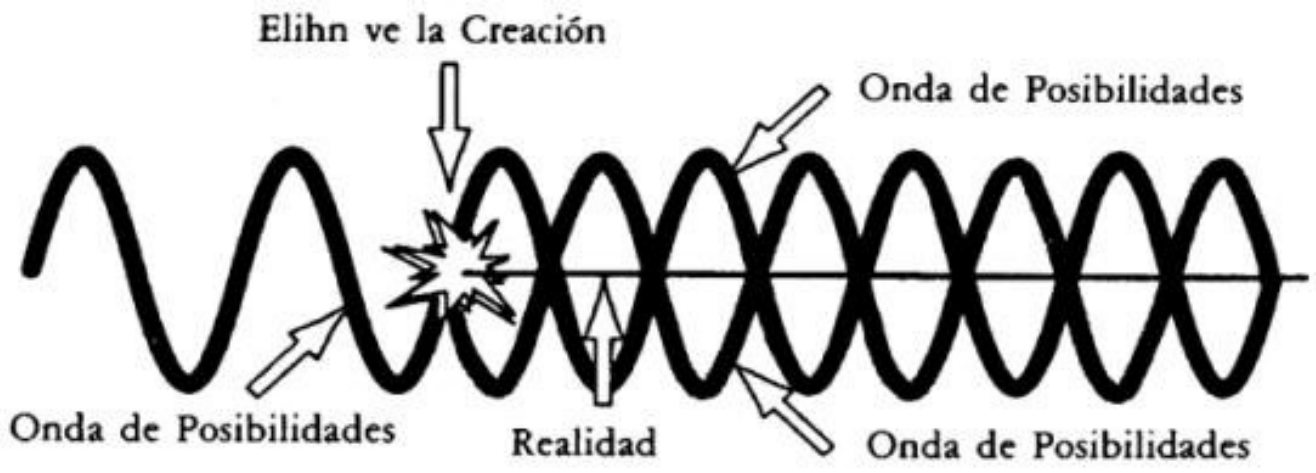
LA MAGIA EN LOS MUNDOS SEPARADOS
EXTRACTO DE LAS MEDITACIONES DE UN SARTÁN

La magia es un trueno que se escucha en cada uno de los Mundos Separados. Su poder resuena a través de los cimientos de toda la Existencia. Es el eco del propio rayo de la creación. En su voz se oye la promesa de la vida y de la muerte. Es un poder a codiciar y a temer.

Los teóricos nos dicen que la magia extrae su poder de la creación original del Omniverso. En el principio, Elihn, Dios en Uno, extendió su mano en el Caos. Este movimiento de la mano ordenó el caos en infinitas posibilidades de creación. Este movimiento fue el primer Orden en el Caos y es denominado la Onda Primera o, con más frecuencia, sencillamente la Prima.

Elihn vio en la Prima la creación de lo etéreo y de lo físico, y la visión creó ambos. En la creación de lo espiritual y de lo físico, la Prima se dividió en dos juegos de ondas, cada una de ellas infinita en sus posibilidades. Las dos ondas se curvaron alejándose una de otra y volviendo a encontrarse, cruzándose. Y, allí donde lo hicieron, se crearon el tiempo y el espacio. Así, a partir de las fuerzas de todas las posibilidades, se tejió la Realidad.

Complacido y maravillado, Elihn volvió a dirigir su mirada hacia las ondas. En lo etéreo vio la creación del Aire y del Fuego; en lo físico vio el Agua y la Piedra..., y la visión del Único los creó. De nuevo, en su creación, las ondas de posibilidades de lo etéreo y de lo físico se dividieron respectivamente en cuatro nuevas ondas, cada una con infinitas posibilidades de nueva creación. Otra vez, Elihn tejió juntas estas nuevas posibilidades. En la intersección de las ondas nacieron la Vida, la Muerte, el Poder y la Mente.

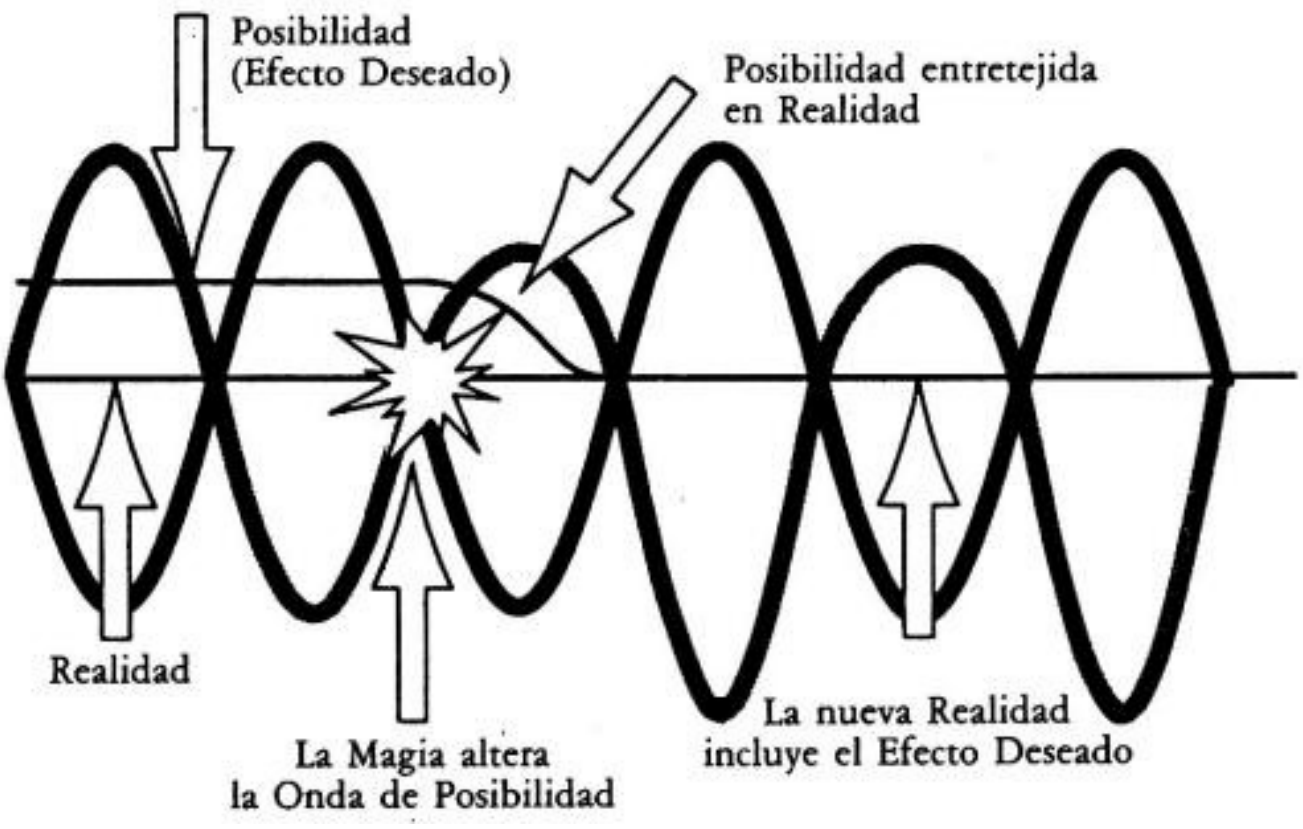


Cuanto más miraba Elihn la onda de Realidad, más posibilidades pasaban a existir. Estrellas, mundo, vida —en resumen, toda la creación— fueron tejidas, pues, de entre infinitas posibilidades. Así fue en un principio y así continúa siendo hoy.

La realidad es, simplemente, la manifestación de ondas de posibilidad que se cruzan. Es una vasta y casi incomprensible onda de tangibilidad física en medio de un sinnúmero de posibilidades infinitas. La ciencia, la tecnología y la biología utilizan todas ellas la urdimbre de la realidad.

La magia, por su parte, actúa volviendo a tejer esa urdimbre de la realidad. El hechicero empieza concentrándose en la onda de posibilidades más que en la propia realidad. A través del aprendizaje y de sus poderes, busca entre las incontables ondas de posibilidades infinitas hasta encontrar la parte de la onda donde se cumpliría la realidad que desea. Entonces, el hechicero crea una onda armónica de posibilidad para modificar la onda existente, de modo que lo que antes era sólo posible pase a formar parte de lo que es real. De este modo, el hechicero incorpora su deseo al tejido de la existencia.

Por ejemplo, un hechicero se enfrenta en un campo de batalla a un gran caballero. El mago, armado sólo con sus ropas, está a merced del caballero, más poderoso y protegido por su armadura. Sin embargo, el mago conoce, por sus estudios previos, dónde existe la posibilidad (el efecto deseado) de un escudo protector en alguna de las incontables ondas de posibilidades.



El hechicero produce una onda armónica de posibilidades mediante sus movimientos, pensamientos, palabras, signos y otros recursos. La magia altera la

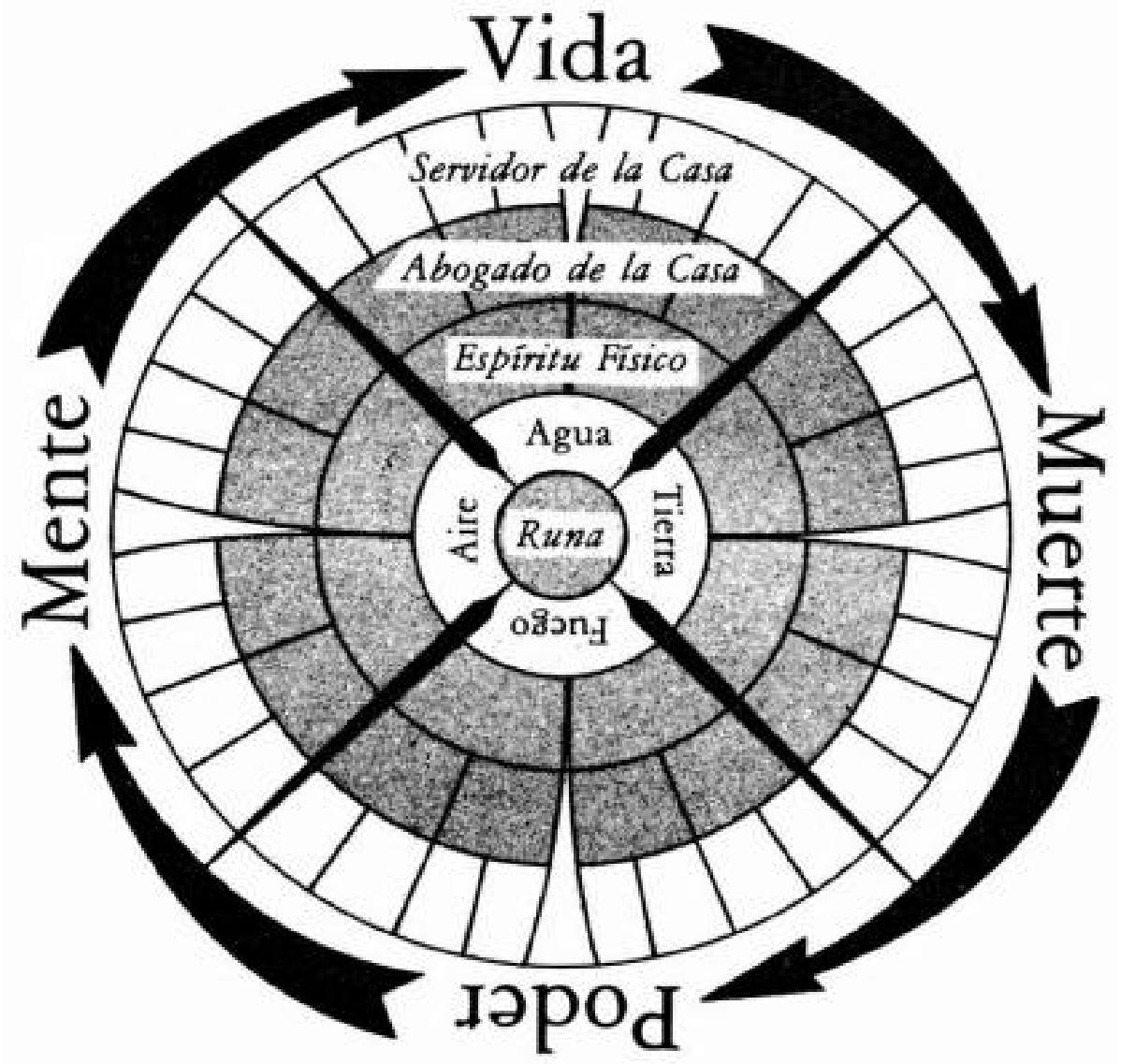
onda de posibilidades de modo que lo que antes era la posibilidad de un escudo mágico quede entretejido en la urdimbre de la realidad. La nueva realidad incluye el efecto deseado y, de este modo, el escudo mágico pasa a proteger al brujo.

Aunque para un observador externo el escudo protector parezca surgir de la nada en torno al hechicero, sería más exacto decir que la posibilidad de tal escudo ha sido incorporada a la realidad de entre las infinitas posibilidades de la Onda Total.

Para utilizar la magia, uno debe ser capaz de encontrar y entretejer en alguna medida la porción adecuada de la Onda Total. Esto queda lejos de la omnipotencia y de la omnisciencia, incluso para aquellos que ven una gran porción de la Onda. La capacidad de actuar en las disciplinas mágicas no explica la razón de la existencia de la magia, ni sus orígenes. Esa capacidad de acción no conduce a explicar la razón de la existencia. Igual que el conocimiento de que una roca caerá si la soltamos en el aire no nos dice por qué existe la gravedad ni qué inteligencia estableció tal orden a partir del caos, lo mismo sucede con la magia.

Sólo los sartán y los patryn comprendimos la magia en toda su complejidad. Habiendo visto la magia desde el centro de la Onda Total, dominamos ese arte en su forma más elemental y poderosa. Nadie más ha visto tanto de la Onda Total como nuestros dos pueblos.

Las relaciones fundamentales de la magia se observan en este grabado. Cuanto más cerca del centro está la magia, mayor es su poder. La magia de las runas, la más fundamental y centrada de todas las magias, es por tanto la más poderosa y consigue los efectos de mayor alcance.



Cada gran nivel de comprensión es denominado una Casa. Estas casas deben entenderse como la cantidad de la Onda Total que percibe el usuario de tal nivel de magia. Cuanto más próxima al centro está la Casa, más longitud de la Onda Primera puede percibir y utilizar su usuario.

La mayor de todas las fuerzas es la magia de la Runa de la Casa, que combina las ondas de la Vida, el Poder, la Mente y la Muerte para proporcionar una comprensión de la urdimbre central de la realidad y una clara imagen de las infinitas posibilidades de la Onda Total. De aquellos que dominan la magia de las runas se dice que han alcanzado el Noveno Poder, o Ultimo Poder. El conocimiento y la potencia de las Disciplinas Rúnicas están directamente vinculados a los signos mágicos o runas que se utilizan en la realización de tales hechizos. Sin embargo, con la Separación del Tiempo, sólo nosotros (los sartán) y los patryn (si aún existe alguno) poseemos el conocimiento de la magia de las runas.

La magia unificada de la Runa de la Casa se divide, pues, en las cuatro Casas Menores del Firmamento (Aire), el Sol (Fuego), la Fuente (Agua) y la Oscuridad (Tierra). En conjunto, se las conoce como los Poderes Soberanos. Estos Poderes

Soberanos representan el Octavo Poder y sólo los supera en poder la magia de las runas. Cada uno de los Poderes Soberanos se divide a su vez, igualmente, en Poderes Espirituales y Poderes Físicos. Los Poderes Espirituales tienden a la manipulación mental y emocional del mundo que rodea al mago. Los Poderes Físicos tienden a utilizar los objetos físicos del mundo que rodea al hechicero.

Tanto los Poderes Espirituales como los Poderes Físicos se dividen en las Disciplinas Mayores y Menores de cada Casa. Las Disciplinas Mayores son conocidas como el Abogado de la Casa, mientras que las Disciplinas Menores reciben el apelativo de el Servidor de la Casa. El Abogado de la Casa comprende del Quinto al Séptimo Poderes, mientras que el Servidor de la Casa abarca del Primero al Cuarto Poderes. Los términos «mayores» y «menores» son un tanto engañosos, por cuanto las Disciplinas Menores constituyen la magia de efectos más amplios y la más utilizada. Las Disciplinas Mayores, aunque más poderosas, también tienden a ser más especializadas.

Tras la Separación del Tiempo, los patryn desaparecieron y los sartán guardaron celosamente la magia de las runas, impidiendo su difusión entre los mortales. Esto provocó la desaparición de cualquier magia superior al Séptimo Poder en los reinos tal como están ahora constituidos. La magia de las runas es hoy desconocida para todos los pueblos mortales de cualquiera de los reinos. Y sigue siendo un secreto minuciosamente protegido.

LA MAGIA DE LAS RUNAS

La magia de las runas es la manifestación más poderosa de todas las magias presentes en los reinos. La magia de las runas entreteje todos los elementos de los Poderes Soberanos en un único conjunto mágico. Como tal, está en contacto con el tejido de toda la creación. Fue esta magia de las runas el instrumento mediante el cual la creación unificada experimentó la Separación en sus partes actuales.

La clave de la magia de las runas (o magia rúnica) es que la onda armónica que entreteje una posibilidad en la existencia real debe crearse con la máxima simultaneidad posible. Esto significa que los diversos movimientos, signos, palabras, pensamientos y elementos que participan en la elaboración de la onda armónica deben llevarse a cabo lo más juntos posible. Cuanto más simultáneamente se estructura la onda armónica, más equilibrio y armonía se consigue en la onda y más potente resulta la magia.

Es bastante parecido a la diferencia entre lanzar una bola de guerra{26} directa y otra con efecto de rotación. Un aro que se lanza recto llega más lejos que uno torcido.

Para conseguir esta simultaneidad, tanto los sartán como los patryn han desarrollado sendos lenguajes mágicos y unas estructuras que dieran cauce a su magia. Este lenguaje, utilizado sólo para la magia, es distinto de todos los empleados

en cualquiera de los reinos. Un segundo lenguaje más tradicional se utiliza para la comunicación normal por ambas razas. El lenguaje de las runas, más que hablarse (aunque la expresión oral es uno de sus elementos), se lleva a cabo con gestos.

El elemento común a ambos lenguajes es su simultaneidad. Los idiomas tradicionales tienen una estructura secuencial que sigue unas pautas lineales a lo largo de un único canal. Cuando uno lee un texto, lee una letra detrás de otra, una palabra detrás de otra, una frase a continuación de la anterior, hasta obtener el sentido completo del texto. Esto significa que se está asimilando el mensaje a través de un único canal o fuente de experiencia en cada momento. En cambio, los espectadores de una obra teatral asimilan el mensaje por varios canales a la vez (las palabras habladas, los gestos y actitudes del actor, la iluminación del escenario). Uno también puede recibir a la vez múltiples mensajes por un único canal (ver al actor, la silla de éste y el telón de fondo del escenario, todo al mismo tiempo). Todos los mensajes de la obra inciden sobre el público simultáneamente. Por esta razón se dice que la obra de teatro posee simultaneidad en su comunicación de ideas.

La complejidad, el equilibrio y la armonía de la magia requiere la perfección en la comunicación simultánea de las ondas armónicas del brujo. Normalmente, esto se logra mediante la realización de la magia a través de las palabras, tonos, gestos y movimientos del hechicero. En la magia rúnica, la simultaneidad se vincula al concepto de un lenguaje escrito no lineal.

Los lenguajes rúnicos han evolucionado en dos ramas distintas siguiendo el patrón de las culturas sartán y patryn. Ambas se basan en los principios rúnicos del universo, pero la estructura y los métodos de cada una son algo distintas.

LA MAGIA RÚNICA DE LOS SARTAN

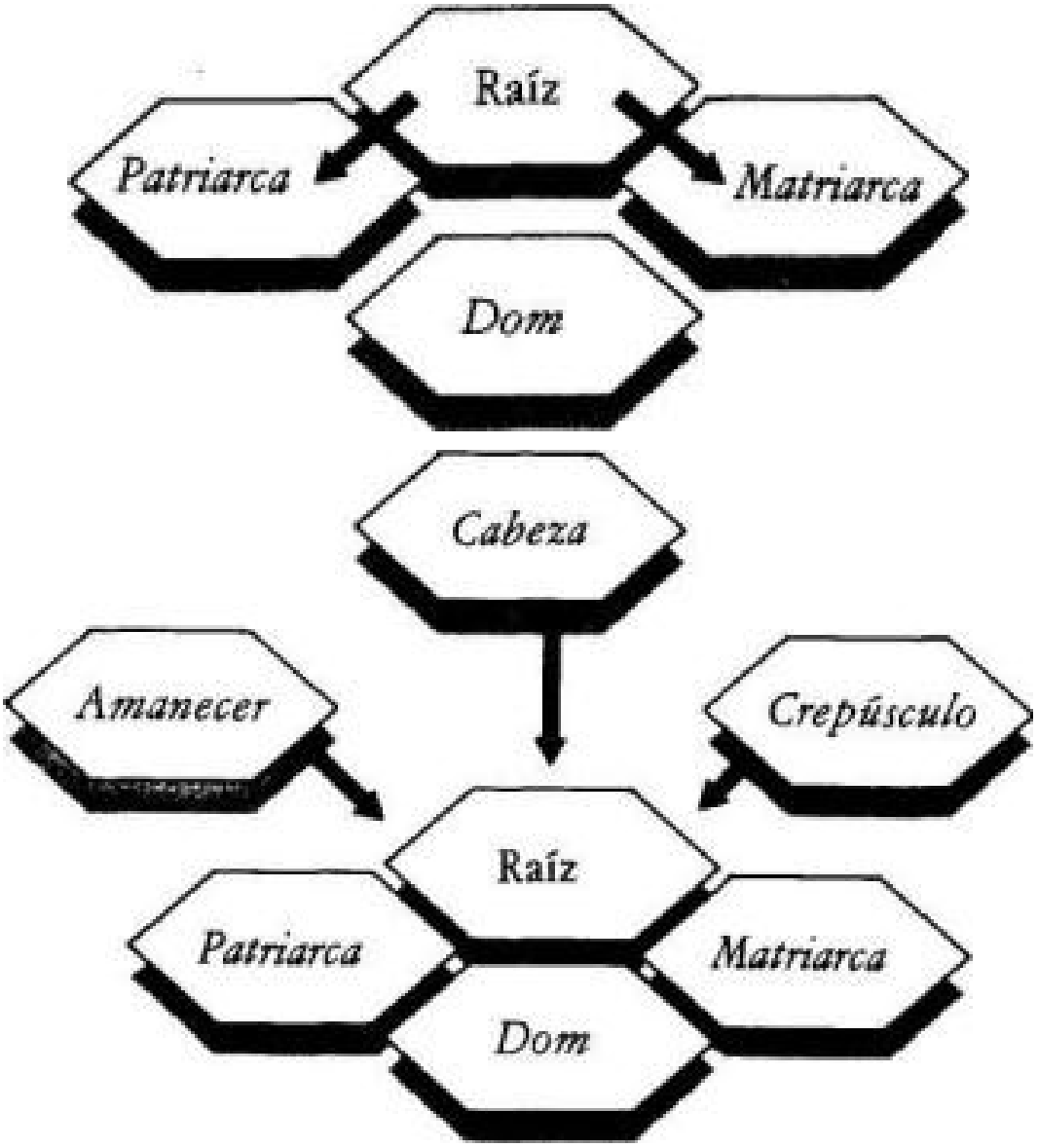
Los sartán utilizan una estructura hexagonal que generalmente se transmite a través de seis canales de comunicación al mismo tiempo. Esto implica el uso de runas que, o bien son dibujadas en el objeto, o se crean en el aire mediante el arte de la actuación. En este último caso, el hechicero que realiza el encantamiento está limitado a tres canales que son el sonido (auditivo con armónicos complejos), la forma (gestos y posiciones de danza) y la mente (proyecciones telepáticas). El uso simultáneo de runas estructuradas (signos mágicos representados en objetos como bastones, varitas, anillos, ropas o cualquier otro adecuadamente dispuesto) puede comunicar los restantes tres elementos del modelo.

Todas las estructuras rúnicas de los sartán están construidas en un modelo hexagonal procedente de la Runa Fuente, o Raíz. Esta runa es el origen de la magia que se utiliza y el punto del que surge toda la estructura mágica. La Runa Fuente determina la energía de la estructura del hechizo. En la magia rúnica, esta Runa Fuente puede ser de cualquier tipo y proceder de cualquiera de las Casas de la magia. Por eso, en los hechizos complejos, es fundamental que uno identifique en su lectura

cuál de las runas es la Runa Fuente. Dos encantamientos distintos que empleen idénticas runas en idénticas posiciones pueden tener efectos muy diferentes si tienen distintas Runas Fuente.

ESTRUCTURAS RADICALES>

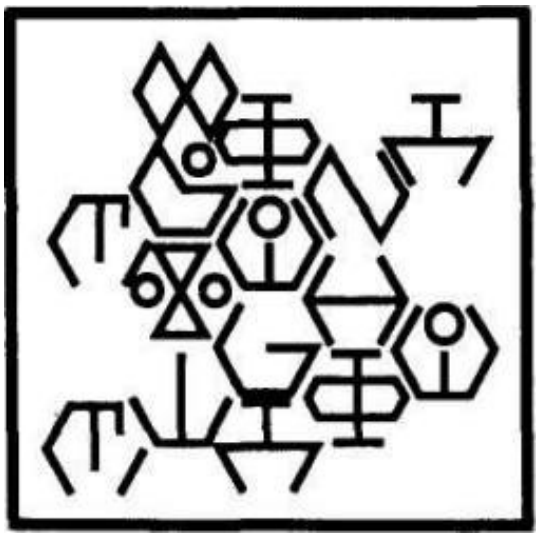
Las estructuras radicales aportan el poder de la magia al complejo de un hechizo rúnico. Estas estructuras empiezan en la propia Raíz, una runa que indica si la fuente de la magia procede del Poder, de la Mente, de la Vida o de la Muerte.



Esta Runa Raíz —o Runa Fuente, como es denominada la mayoría de las veces —, está flanqueada abajo y a la izquierda por su Patriarca (la runa precedente como se observa en la ilustración). Abajo y a la derecha, la flanquea su Matriarca (la runa que sigue al Patriarca en esa raíz). Estos dos sostienen la raíz y proporcionan una dirección y un propósito al poder que rebosa de las runas que tiene debajo.

Justo debajo de la Raíz está el Dom, o Amo. La parte superior del Dom roza la línea inferior de la Raíz y toca tanto al Patriarca como a la Matriarca. Esta runa determina si la naturaleza del poder que se invoca será de naturaleza Espiritual o

Física, y completa la Estructura Radical. Casi siempre, por la parte inferior del Dom se conectan a éste nuevas runas para definir mejor y ampliar el poder de la magia que se emplea.



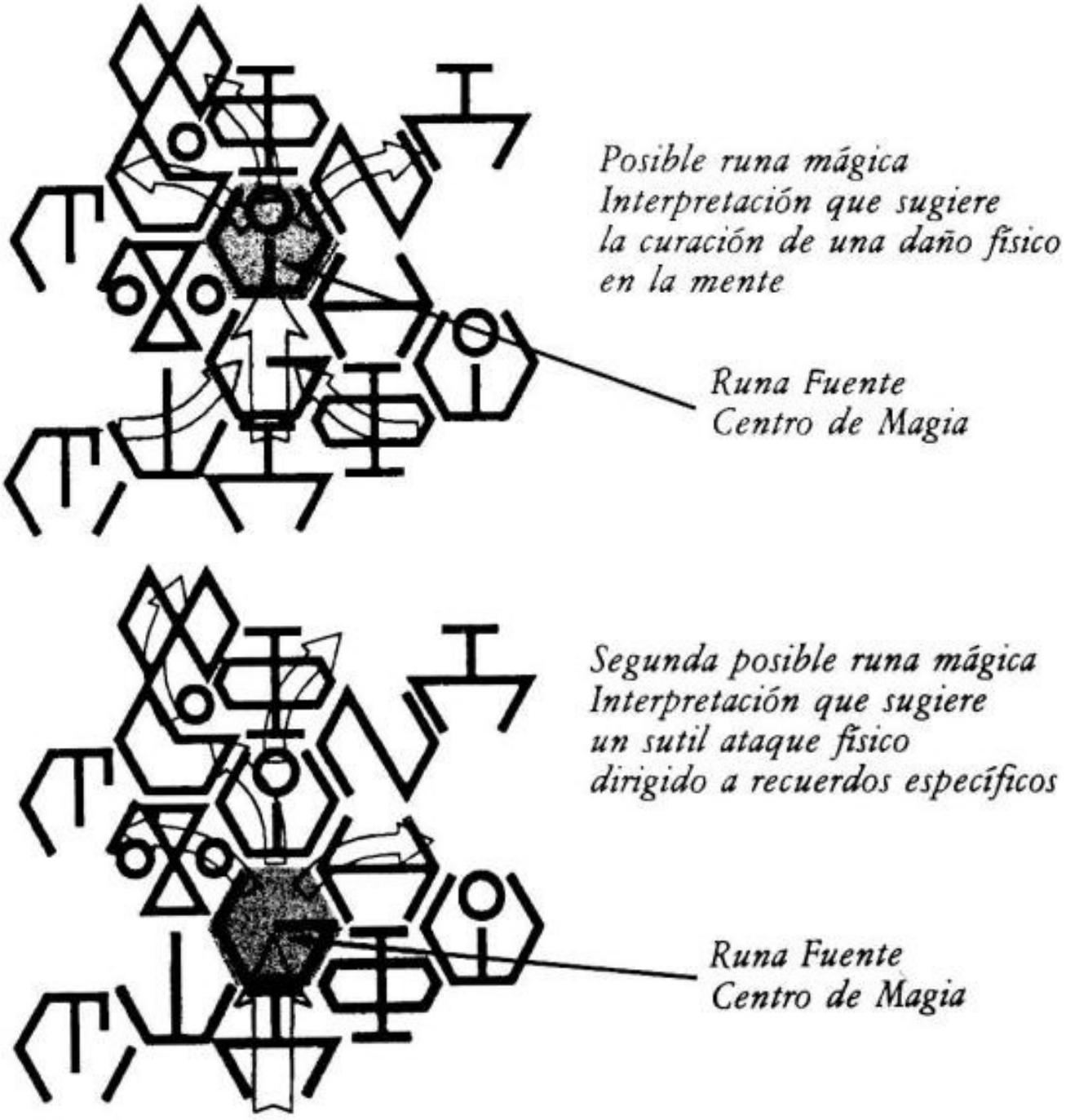
La Runa Fuente está flanqueada en su parte superior izquierda por el Amanecer, y en el lado superior derecho por el Crepúsculo. Estas runas determinan la amplitud (la energía) y el vector (la dirección) a los que se aplicará la onda armónica en el complejo donde se encuentra la Estructura Radical.

Entre las runas del Amanecer y del Crepúsculo, está la Cabeza que completa la estructura radical. La Cabeza es parte de otro complejo de runas que transporta los elementos de la estructura radical al armónico general de la magia cuya existencia se invoca.

LA RUNA FUENTE, CENTRO DE MAGIA

He aquí, como ejemplo, una estructura rúnica muy sencilla.

No existe indicación de la Runa Fuente. ¿Cuál escoger entonces? ¿Por dónde empezar? Veamos dos posibles interpretaciones de esta estructura rúnica.



La Runa Fuente es, a la vez, el centro del concepto mágico que se crea al efectuarse el hechizo y el punto de perspectiva esencial desde el cual se lee y se comprende la magia rúnica. Para la adecuada lectura de las runas es fundamental que la Runa Fuente sea reconocida y localizada en la estructura. Estructuras rúnicas semejantes tienen sentidos completamente diferentes cuando se escogen Runas Fuentes distintas.

Este es el gran secreto de la magia rúnica. La localización de la Runa Fuente sólo la conocen quienes la aprenden de su autor. Gran parte de la preparación de un hechicero consiste en aprender a determinar la Runa Fuente, así como en la simple memorización de la ubicación de tales runas. Sin un sartán que indique la situación de estas Runas Fuentes, las posibilidades de comprender nuestros escritos mágicos son

mínimas.

LA MAGIA RÚNICA DE LOS PATRYN

Poco se conoce de la magia de los patryn, salvo aquello que puede servir para identificarlos. Por sus runas mágicas los conoceremos si alguna vez se los ve entrar en los Reinos Separados desde su lugar Más Allá. Nadie, salvo los propios patryn, sabe mucho más.

Igual que la magia de los sartán, la magia rúnica de los patryn busca también el equilibrio perfecto en la onda armónica. Sin embargo, no encuentra su equilibrio a través de la simetría de estructura. La magia rúnica de los patryn busca el equilibrio en la oposición de pesos.

Para formar el esquema de su magia, los patryn utilizan una serie de octógonos y cuadrados interconectados. Los octógonos forman la Fuente, el Curso y el Destino de la magia patryn. Los cuadrados forman la Bifurcación, la Unión y la Cascada de la magia. Las combinaciones de estos elementos crean la magia a través de ocho canales simultáneos de pensamiento.

Como sucede en la magia sartán, la Runa Fuente es fundamental para la comprensión y el empleo de esta magia.

La magia patryn utiliza subestructuras, una especie de runas dentro de otras runas. Las runas formadas con otras runas imitan entonces los conceptos de la Raíz, el Tronco y otras estructuras que se encuentran en la magia sartán, de una manera mucho más concisa. No obstante, su naturaleza es un tanto inestable y su uso, salvo que se mantenga un escrupuloso equilibrio, puede llevar a una gran merma en el efecto deseado.

LA MAGIA POR REINOS

La Runa de la Casa funciona de la misma manera en todos los Reinos. Cada reino, sin embargo, se especializa en una magia concreta de los Poderes Soberanos. Normalmente, esto es una muestra de la división general de la magia que se realizó en la Separación de los Reinos. La magia de la Casa Firmamento, por ejemplo, sería la magia principal que gobierna los reinos del Aire, mientras que la Casa Vida regiría principalmente en los reinos del Agua. Aquí sólo trataremos la magia de la Casa Vida (la de Ariano).

LA DAMA DEL FIRMAMENTO
(DISCIPLINAS DE LOS PODERES FÍSICOS)

La Dama de la Casa Firmamento (Poderes Físicos/Dominio del Transporte y el Movimiento) está actualmente bajo el control de los elfos kenkari del imperio de Tribus. Estas criaturas de cabellos blancos, altas y delgadas, han formado el imperio de Tribus en el continente de Aristagón. Han sojuzgado todo su continente a base de

conquistas y están librando guerras de expansión en otras tierras. Su poderosa magia es de naturaleza física y requiere el uso de objetos para canalizar, contener y dirigir sus poderes mágicos. A pesar de su Casa, carecen de poderes telepáticos aunque manifiestan capacidades telequinésicas a través de su magia.

Uno de los poderes de los elfos kenkari es la capacidad de integrar complejos mensajes en canciones. Esto es una evocación de los lenguajes rúnicos perdidos y una aplicación práctica de otros lenguajes mágicos más conocidos, que crean hechizos más toscos (desequilibrados) en las magias de los Poderes Soberanos e inferiores. El riesgo de éstas es que cualquiera puede entonar la canción. Puede que los humanos se sientan levemente inspirados por estas canciones pero, a los elfos, esta música les comunica profundos e intensos sentimientos y mensajes. Para conseguir la comunicación plena, el mensaje de la canción despierta recuerdos genéticos comunes entre los elfos, y que los humanos no poseen.

Estas disciplinas utilizan dos canales para comunicar la estructura de su magia: uno verbal /tonal (pronunciando la magia en armónicos audibles) y otro somático (gestos físicos de formas que se funden con los armónicos). Si un hechicero elfo no puede hablar o moverse con libertad, su magia será débil.

SEÑOR DEL FIRMAMENTO
(DISCIPLINAS DE LOS PODERES ESPIRITUALES)

Los humanos vondekar conocen su magia como «Vond» —la Luz— y, más formalmente, como «Vondreth», el Poder Otorgado. Los adeptos a utilizarla son conocidos como los kyr-Vondreth («Los que ven la Luz»), aunque cuando alguien se dirige a ellos suele darles el tratamiento de Vokar (hombre Luz) o kyr (Vidente). Hay humanos más adeptos que otros al Vond, cuyas facultades parecen distribuirse al azar entre sus gentes.

La magia Vondreth es de naturaleza principalmente espiritual y obtiene sus facultades de la manipulación de la naturaleza y del espíritu natural. La Vondreth puede afectar a los animales naturales e invocar a los elementos atmosféricos en su ayuda. Sus conocedores pueden comunicarse y manipular a los animales (es así como dominan a los dragones). Aunque tienen la capacidad para elaborar una magia que permitiría la telepatía, las complejidades de tal magia para una mente más avanzada que la suya hace tiempo que se han borrado de su comprensión.

Los Vokar no tienen escuelas formales; todas las enseñanzas se hacen de maestro a aprendiz. Los Vokar han sido agresivos en su magia desde la amenaza de dominación por parte de los elfos kenkari, y están acostumbrados a invocar plagas naturales (epidemias, ratas voladoras, huracanes, relámpagos y demás) en mitad del combate. Los Vokar viven pendientes del momento presente, y gozan de la vida y de sus placeres.

Los kyr son muy distintos de sus hermanos Vokar. Esta orden, muy disciplinada,

se ocupa sobre todo de la muerte. Consideran la vida como un castigo que deben cumplir para conseguir su recompensa final en el Hvani (paraíso) que ha de venir. Han desarrollado facultades mágicas de telempatía, pero consideran un pecado sentir alegría y felicidad compartidas. También han desarrollado una magia natural de transporte que los ayuda en su trabajo de recoger a los muertos, así como protecciones contra los venenos y las enfermedades.

Esta magia utiliza dos canales para comunicar su estructura: gestos somáticos y proyecciones mentales del concepto. En ella no es necesario hablar para realizar un hechizo. Esta característica le ha valido el nombre de «Muerte Silenciosa» entre los elfos, que han aprendido en su propia piel lo eficaz que puede resultar en combate una magia que no precisa gritarse. Un kyr inmovilizado se ve debilitado en su magia, pero puede elaborar un mínimo de construcciones mentales que le sirvan para escapar.

NOTAS

{1} En estado salvaje, estas enormes aves son una de las presas favoritas de los dragones. Los tieros poseen unas alas grandes y cubiertas de suave plumaje que no les son de casi ninguna utilidad. En cambio, pueden desplazarse aextraordinaria velocidad sobre sus poderosas patas. Constituyen unos excelentes animales de carga y son muy utilizados como tales en las tierras de los humanos. En cambio, los elfos consideran al tiero un ser repulsivo y sucio. (N. dela.)

{2} El barl es la principal medida de cambio, tanto en las tierras de los humanos como en las de los elfos. Su patrón es el tradicional barril de agua. Un trueque equivalente a un barril de agua vale un barl. (N. del a.)

{3} Todas las islas flotantes del Reino del Cielo están compuestas de coralita. Este material, formado por las excreciones de una pequeña criatura inofensiva parecida a una serpiente y denominada gusano de coral, tiene un aspecto esponjoso. Cuando se endurece, es sólido como el granito, aunque no puede ser cortado ni pulimentado. La coralita se forma muy deprisa y los edificios realizados con este material, más que ser construidos, crecen. Los gusanos de coral despiden también un gas más ligero que el aire. Este gas mantiene las islas suspendidas en el cielo, pero puede resultar una molestia cuando se pretende construir un edificio, por lo que es necesario recurrir a las artes de los magos de tierra de la primera casa para eliminarlo. En ocasiones se ha descubierto algún depósito de hierro y de otros minerales incrustado en la coralita. Se desconoce cómo han aparecido, pero se supone que son debidos a un fenómeno acaecido durante la Separación de los Mundos. (N. del a.)

{4} Término de navegación empleado como patrón en Tribus. El centro de todas las referencias es el Palacio Imperial de Tribus, respecto del cual se miden todas las distancias y posiciones para la navegación en el Reino Medio desde los primeros tiempos, cuando las razas convivían en paz. Un rydai negativo expresa un movimiento de aproximación hacia la situación presente de Tribus, mientras que un rydai positivo indica un movimiento en la dirección contraria. (N. del a.)

{5} El esterego es un hongo que crece en la isla de Tytan. Los humanos de esa tierra han utilizado desde antiguo el esterego machacado como bálsamo curativo. Durante la Primera Expansión, los exploradores elfos advirtieron que, por su sabor intenso y combustión lenta, era muy superior a su tabaco favorito, y menos costoso de cultivar. Transportaron el hongo a sus plantaciones pero, al parecer, existe algo especial en Tytan, y ninguna otra variedad puede igualar al original en aroma y sabor. (N. del a.)

{6} En el Reino Inferior, esas islas que se encuentran en el centro de la tormenta perpetua conocida por el Torbellino, existe abundancia de agua. Sin embargo, aún no se ha encontrado el dragón capaz de volar en el Torbellino. Los elfos, con sus mágicas naves dragón mecánicas, consiguen surcar la ruta agitada por la gran tormenta y, en consecuencia, mantienen un monopolio casi absoluto sobre el agua. Los precios a que la venden (cuando acceden a comerciar con ella con los humanos) resultan exorbitantes. Por eso, los abordajes a las naves de transporte élficas y los ataques a sus puertos de almacenamiento de agua no sólo son económicamente lucrativos para los humanos, sino verdadera cuestión de vida o muerte. (N. del a.)

{7} El menka (o, más exactamente, el menkarias rydai) es la unidad de longitud entre los elfos. En su origen, se definía como «la altura de mil cazadores elfos». Modernamente, la medida se ha normalizado determinando que los cazadores elfos miden nueve palmos de altura, con lo cual el menka queda establecido en nueve mil palmos. Esto ha provocado considerables confusiones entre las razas, dado que los palmos élficos son ligeramente menores que los humanos. (N. del a.)

{8} Las mujeres geg sólo llevan faldas (su vestido tradicional) en ocasiones especiales, y únicamente cuando las secciones móviles de la Tumpa-chumpa están a considerable distancia. El resto de su vida, las gegs visten pantalones anchos, ajustados mediante cintas de colores brillantes. (N. del a.)

{9} La escasez de agua en el Reino Medio hace que gran parte de la empleada se extraiga de los vegetales. Los cultivadores de agua se ocupan de cuidar tales plantas acuíferas; los recolectores de agua son los encargados de extraer el líquido. (N. del a.)

{10} Contracurso, procurso, kiracurso, y kanacurso son términos utilizados en la isla para indicar direcciones. «Curso» se refiere al curso medio del Conglomerado, o trayectoria que sigue un conglomerado en su órbita a través del aire. Avanzar procurso es viajar en la misma dirección; «contracurso» indica la dirección opuesta. Kiracurso y kanacurso hacen referencia a movimientos en ángulo recto respecto a la trayectoria del conglomerado. (N. del a.)

{11} Igual que dos palabras, cada cual con su definición, pueden combinarse para formar una tercera con un sentido propio, aunque derive de las otras dos. Se trata de una explicación un tanto tosca del lenguaje rúnico de los patryn, capaces de producir una amplia gama de efectos mágicos combinando cada signo cabalístico con cada uno de los otros. (N. del a.)

{12} Los patryn del laberinto miden el tiempo en «puertas». Probablemente, este patrón data de los primeros días de su encarcelamiento, cuando la edad de una

persona venía determinada por el número de puertas que había atravesado, siendo este tránsito el símbolo más importante de su sociedad.

Cuando el Señor del Nexo regresó finalmente al Laberinto para recuperar en parte el control sobre éste mediante su magia, estableció un sistema normalizado de medición del tiempo (basado en los ciclos regulares del sol en el Nexo) al que se aplica hoy el término «puerta». (N. del a.)

{13} Término élfico para referirse a ellos mismos. (N. del a.)

{14} Los árboles epsol crecen en los bosques de Aristagón y de varias islas de los Marjales de Tribus, y pueden alcanzar más de cuatrocientos cincuenta palmos de altura. Son parecidos a los hargast en que pertenecen a la clase de los vegetales metálico-orgánicos, que absorben los minerales naturales del suelo y utilizan un proceso termoquímico para su crecimiento. Se diferencian de ellos, sin embargo, en que son flexibles y en que sus troncos crecen rectos y redondos, con un núcleo hueco. Esto los hace ideales para la construcción de aeronaves. (N. del a.)

{15} Una bebida caliente que se prepara hirviendo en agua, durante media hora, la corteza de cierto arbusto llamado ferben. Para los elfos, la bebida tiene un ligero efecto narcótico y actúa como sedante; en cambio, a los humanos y enanos sólo les proporciona una sensación de sosiego y relajación. (N. del a.)

{16} «En armonía con los elementos», en elfo. (N del a.)

{17} Algunas opiniones consideran que la orden de los monjes kir pudo desarrollarse entre los humanos como una forma corrupta de las Sombras Élficas. Los monjes kir constituyen una organización cerrada y secreta, por lo que se niegan a hablar de sus orígenes. La leyenda, por su parte, dice que la organización fue fundada por un grupo de magos humanos que se proponía descubrir el secreto de la captura de almas. Los magos no consiguieron su propósito, pero la orden que fundaron se mantuvo. Se permitió el acceso a ella de humanos normales —los no poseedores de facultades mágicas— y, con el transcurso del tiempo, los monjes pasaron del intento de burlar a la muerte, a rendirle adoración. (N. del a.)

{18} Término empleado por los elfos para referirse a los humanos. (N. déla.)

{19} Cada mes, todos los cachivaches y trastos viejos acumulados en las tierras de los elfos son transportados hasta el puerto mediante carretas tiradas por tieros. Una vez allí, se cargan a bordo de la nave y son enviados como recompensa a los fieles y resignados gegs, sin los cuales el Reino Medio no sobreviviría mucho tiempo. (N. del

a.)

{20} Conocido entre los humanos como gaita. (N, del a.)

{21} Difíciles de encontrar, los grenkos son animales salvajes de gran tamaño, muy apreciados por sus dientes. Dado su escaso número, están protegidos de la caza por una estricta ley elfa. Los grenkos cambian los dientes cada año y las piezas descartadas quedan esparcidas por el suelo de la madriguera del animal. La dificultad de obtenerlas reside en el hecho de que el grenko sólo abandona la madriguera —por lo general, una cueva— una vez al año para ir a buscar pareja, y suele regresar en el plazo de un día. Dotado de una gran inteligencia y un agudo sentido del olfato, el grenko ataca de inmediato a cualquiera que descubra en su cueva. (N. del a.)

{22} Los sufijos añadidos a un nombre propio indican el rango. El nombre de un capitán termina en «el». El de un teniente termina en «in». Un príncipe, como el príncipe Reesh, añade a su nombre el sufijo «ahn». (N. del a.)

{23} Una marmita de hierro que contiene unas brasas mágicas, utilizadas para proporcionar luz y calor. (N. del a.)

{24} Una fruta que aprecian especialmente los humanos. Su agria piel púrpura cubre una pulpa rosada casi embriagadoramente dulce. Los paladares más refinados consideran que no hay nada comparable a la sutil mezcla de sabores cuando piel y pulpa se consumen al mismo tiempo. El vino elaborado con esta fruta es muy codiciado por los elfos, quienes, en cambio, rehusan comer el bua natural. (N. del a.)

{25} Palabra utilizada por los patryn y los sartán para referirse a los menos dotados de poderes, y que aplican por igual a elfos, humanos y enanos.(N. del a.)

{26} La bola de guerra es un juego popularizado en tiempos antiguos y que todavía se juega en varias formas en todos los reinos. Las bolas de guerra suelen ser cilíndricas y oblongas; por lo general, cuando se lanzan, suelen ir lastradas y equilibradas para conseguir el mejor vuelo aerodinámico. (N. del a.)